VIDAS DE LOS FILÓSOFOS ILUSTRES

DIÓGENES LAERCIO



Clásicos de Grecia y Roma

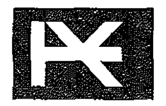
Alianza Editorial


HABENT SUA
FATA LIBELLI
EX LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

DIÓGENES LAERCIO

VIDAS Y OPINIONES DE LOS FILÓSOFOS ILUSTRES

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
DE CARLOS GARCÍA GUAL



El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Ilustración: Rafael Sañudo
Proyecto de colección: Rafael Sañudo

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
ISBN: 978-84-206-6180-3
Depósito legal: M. 34.121-2007
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Coto de Doñana, 10. 28320 (Pinto) Madrid
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN:
LOS DISCRETOS ENCANTOS DE DIÓGENES LAERCIO. REIVINDICACIÓN DE UN ERUDITO TARDÍO

A la memoria de Marcello Gigante,
maestro de filólogos, óptimo traductor
y comentador de Diógenes Laercio

Ante la extensa obra de Diógenes Laercio, el lector actual suele experimentar una sensación ambigua. Mientras avanza en la lectura de su abigarrado texto, le asalta la admiración suscitada por la cantidad y variedad de noticias que nos transmite, y por la agudeza de sus anécdotas y citas y sus curiosos datos biográficos y, de otro lado, una cierta desilusión ante la exposición bastante rápida y poco profunda de las ideas y los sistemas filosóficos y ante el estilo descuidado de su prosa, en ese centón erudito que multiplica tantos nombres propios, tantas citas y tantos títulos de obras pronto perdidas. La reserva de los lectores más críticos está en efecto fundamentada; pero también el aprecio de los otros, como veremos. Es indudable que estas *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* constituye un testimonio insustituible sobre la tradición de las escuelas filosóficas griegas. Es la única narración extensa y antigua de la historia de la filosofía antigua que ha llegado hasta nosotros. A la vez, siendo una fuente singular por su extensión y su riqueza de noticias, suele dejar una cierta insatisfacción en el lector que aspiraría a encontrar una historia filosófica de un talante más crítico, más valorativo; en definitiva, un estudio más riguro-

so y penetrante en la exposición de las ideas y menos recargado de anécdotas y detalles pintorescos.

Ésa es la impresión que recoge bien Leopoldo Marechal, en el breve prólogo a la edición argentina de la obra (Losada, Buenos Aires, 1945):

La sucesión de biografías está lejos de responder al orden en que las escuelas filosóficas se fueron sucediendo armoniosamente; por el contrario, Diógenes trata la vida de los maestros y después las de los discípulos como si las familias filosóficas le interesaran más que el planteo y desarrollo de los problemas metafísicos. Por otra parte, cada biografía de Diógenes Laercio está constituida por un conjunto de filiaciones minuciosas, anécdotas verdaderas o falsas, epitafios, breves exposiciones de doctrinas y hasta fragmentos epistolares que el autor atribuye a sus biografiados, manejando estos materiales con una arbitrariedad que, a pesar de no hallarse exenta de animación y de graciosa vitalidad, le ha valido crueles vituperios de la crítica moderna. En lo que coincide, al parecer, casi toda ella es en señalar la poca versación filosófica de Diógenes Laercio, o el desdén que hacia ella muestra en sus *Vidas*, para cuyo trazado parecen preocuparle de modo más inmediato los rasgos existenciales de sus biografiados que el sentido y concatenación de sus doctrinas. Esta opinión, a mi entender, es bastante injusta...

El indudable interés del texto le ha hecho merecer su inclusión –en la edición de H. S. Long, de 1964– entre los editados en la serie de «Oxford Classical Texts», un honor reservado a los grandes clásicos, y, de modo excepcional, a este erudito de comienzos del siglo III d.C., escritor prolijo y más bien de desmañado estilo. Las censuras al estilo laerciano de historiar la tradición filosófica vienen ya de antiguo, pero en general suelen basarse en ciertos prejuicios modernos acerca de cómo *debería escribirse* una buena historia filosófica. No en vano fue Hegel uno de los lectores más despectivos de nuestro autor, al que trató de «amonto-

nador de opiniones varias» y «chismorreador superficial y fastidioso». Como hemos dicho, se le viene a reprochar al buen Diógenes Laercio que no compusiera su historia atendiendo más a las ideas de fondo, a los grandes textos, al núcleo metafísico doctrinal de los grandes maestros del pensamiento, y que, en cambio, gustara de demorarse en las citas de tantos nombres propios, en referencias bibliófilas de segunda y tercera manos, anteponiendo así lo anecdótico y desatendiendo las ideas esenciales, combinando un cierto desorden, una curiosa chismografía y cierta erudición pedante y pintoresca.

En ese menosprecio crítico se parte, pienso, de un cierto malentendido, pues se le viene así a reprochar al viejo Laercio el no haber compuesto una «Historia de la Filosofía» en sentido moderno, sin preguntarse previamente si era eso lo que él tenía intención de escribir, y, por otra parte, si él podría haberse fijado tal objetivo. Pero no está de más ver las críticas modernas a su obra, porque con sus rigurosas observaciones nos ayudan a perfilar el alcance de una concepción ciertamente prehegeliana de esta historia filosófica.

Maurice Croiset, en su *Historia de la Literatura Griega*, escribe[1]:

> Enumerar los principales representantes de cada escuela, resumir su biografía a partir del mayor número posible de anécdotas y sentencias, dar a continuación una lista de sus obras y una panorámica de sus teorías; eso es todo lo que él toma en cuenta. Parece considerar que ésa era toda la historia de la filosofía.

Y el conocido traductor francés de D. L., Robert Genaille, piensa que Laercio conserva bien el interés por sus muchas

1. Voy a ser aquí muy parco en indicaciones bibliográficas. Estas páginas forman parte de una más extensa «Introducción a Diógenes Laercio», aún en preparación.

anécdotas, pero que es confuso, escritor de mal estilo y muy poco filosófico:

La superficialidad de su pensamiento también la encontramos en su sintaxis -escribe. Y añade-: D. L. se limita, así pues, a menudo al trabajo preliminar de lo que hoy denominamos un estudio verdaderamente científico. Recopiló documentos, elaboró fichas por el nombre del autor. No parece que comprendiera lo que faltaba por hacer lo esencial: clasificar, estudiar, criticar, cribar todos esos documentos para conseguir una obra coherente y armoniosa. Al elaborar, por tanto, un fichero copioso pero desordenado, no nos presenta una historia de la filosofía, sino, en realidad, un catálogo de lo que se ha dicho sobre los filósofos.

Esto se debe a que también él carecía de rigor en su pensamiento. Sus ideas surgen siempre un poco al azar. Mal ligadas, nos ofrecen un razonamiento confuso y poco ágil. Acentúa este defecto un estilo extraordinariamente descuidado, enmarañado y monótono.

A estas exigencias de mayor rigor en el desarrollo de las ideas y de orden en las exposiciones y más claridad de estilo, podemos sin embargo contraponer los elogios de un lector de buen gusto, Michel de Montaigne (citado por Genaille), que dejó escrito:

Me apena bastante que no tengamos una docena de Laercios, o que no esté más difundido o sea más escuchado, pues conocer los avatares y la vida de estos preceptores del mundo me interesa tanto como sus dogmas y ocurrencias.

Ciertamente, en este apasionado elogio de Montaigne pesa su aprecio por las anécdotas estupendas y las frases ingeniosas. Ese mismo aprecio podría haberlo tenido en mente otro tenaz lector de Diógenes Laercio, Friedrich Nietzsche, cuando escribía:

Con la ayuda de tres anécdotas se puede presentar la imagen de un hombre; en cualquier sistema yo trato de sacar a luz tres anécdotas y tiro el resto (*La filosofía en la época trágica de los griegos,* 1873).

Y

De sistemas refutados ya no puede interesarnos más que lo personal, como que es lo eternamente irrefutable. En base a tres anécdotas es posible trazar la estampa de un hombre; trato de destacar en cada sistema tres anécdotas, dejando de lado el resto (*Prefacio,* de 1879).

He ahí una observación para reivindicar el método seguido por el buen Diógenes Laercio, con el que el joven filólogo Nietzsche fue alguna vez demasiado severo.

Entre el reconocimiento de las limitaciones y los encantos de las *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* me gustaría citar aquí unas líneas del traductor castellano de las mismas, José Ortiz y Sanz, que publicó su versión –la única completa en nuestra lengua– en 1792, con un breve y jugoso prólogo, en el que dice:

Su estilo no es elegante; sus descuidos y faltas de memoria, frecuentes; su exactitud, no mucha, ni grande su crítica; pero su libro siempre será precioso por el tesoro de noticias antiguas que encierra, fruto de una lectura de muchos años.

Por esta razón decía Miguel Montaña que «debíamos tener muchos Laercios, o el que tenemos más largo». Por la misma, José Escalígero lo llama «escritor eruditísimo». También Luis Vives lo tenía en gran aprecio.

Líneas antes afirma Ortiz y Sanz:

Apenas hay otro libro antiguo que tantas noticias nos haya conservado de la Antigüedad; y es al mismo tiempo su lección tan amena y sabrosa, que quien empieza a leerlo no sabe dejarlo de la mano hasta concluirlo.

La erudición y la originalidad de Diógenes Laercio

Fueron, con todo, algunos filólogos alemanes del XIX quienes más duramente calificaron a Diógenes Laercio, negándole talento propio y originalidad. Considerando que su erudición era muy de segunda mano, lo denunciaron como «un vulgar plagiario» (según Nietzsche), «un miserable compilador y un auténtico asno» (según Usener) o, en la versión más suave de E. Schwartz, «un escéptico pedante». En aquella época en que la continua búsqueda de fuentes *(Quellenforschung, Quellenriecherei)* parecía el deporte filológico por excelencia, el texto de Diógenes Laercio ofrecía un fértil campo de excavación y conjeturas. Parecía pues evidente que, con su montón de citas, Diógenes Laercio podía haber construido su texto saqueando a otros escritores anteriores, para nosotros perdidos, sin muchos reparos. En su texto hace nada menos que 1.186 referencias a otros autores, identifica 250, menciona 365 obras por su título y da 350 citas anónimas. Estaba claro que se servía de una larga serie de textos y escritores anteriores, de época helenística la mayoría, y todo su saber dependía de ellos. Procedía como un erudito decadente y abrumado por la sabia tradición de un tiempo mejor. Siendo suspicaz, como era el joven Nietzsche, se podía sospechar que ni siquiera había trabado él mismo la vasta compilación final, sino que la había tomado, ya compuesta, de algún auténtico erudito precursor, al que él copiaba en bloque y sin citarlo, como haría cualquier plagiario[2].

Pero los tiempos han cambiado, y se ha operado, gracias a Mejer, Gigante y otros estudiosos actuales, una revalorización de su obra. Lo señala muy bien Jonathan Barnes:

2. Utilizo en esta sección los datos de J. Mejer, *Diógenes Laertius and his Hellenistic Background*, Wiesbaden, 1978 *(DLHB)*, y los del volumen colectivo, introducido por M. Gigante, *Diogene Laerzio, storico del pensiero antico (DLSPA)*, Nápoles, 1986.

En fin es –¿podemos ya decir «fue»?– un lugar común entre los estudiosos tomar a Diógenes por un imbécil: cualquier absurdidad en las *Vidas* le es adjudicada a él, mientras que de aquello que tiene sentido debemos buscar las fuentes en otro. La cuestión de las fuentes, la *Quellenforschung*, ha sido el objetivo primario en las investigaciones sobre Diógenes (DLSPA, 396-7).

Ese rastreo de fuentes se contentaba luego –como señala el mismo Barnes– con señalar la dependencia de Diógenes Laercio respecto a los autores citados por él y desconocidos por nosotros, sin pararse a indagar cómo utilizaba esas citas, si eran meras copias o alusiones reelaboradas con un toque personal. Pues la tarea no se debe limitar a identificar las fuentes, sino que debe centrarse en su modo de usarlas en el texto, calibrando el valor crítico de las mismas. Resulta evidente que Diógenes Laercio utiliza textos de muchos autores antiguos, ya que él mismo los cita con implacable reiteración. Ese afán de dar nombres y títulos es característico de él. Siempre que puede precisar una referencia para avalar una noticia, lo hace; de continuo se presenta como lector y repetidor de textos ajenos. Resulta muy escrupuloso en sus minuciosas citas.

Ahora bien, la cuestión ardua estriba en decidir cuántos de esos textos citados los conocía él por propia lectura y cuántas citas le llegaron mencionadas por otros. ¿Cuántos de esos doscientos y pico autores que él cita había manejado en serio y cuántos conocía por referencias ajenas? Es muy probable que Diógenes Laercio leyera tan sólo a algunos de los autores que cita. Trabajaba, *como era usual* en su tiempo, sobre repertorios y centones, resúmenes y compilaciones. Era un epígono en la tradición filológica del legado helenístico. A partir de esa observación general, podían hacerse conjeturas varias.

Así, en 1868, F. Nietzsche dictaminó que Diógenes Laercio era tan sólo un abreviador de Diocles de Magnesia. Algo

después, en 1880, F. Maas escribía que su texto era sólo «un epítome de Favorino de Arelate». En 1892, H. Usener suponía que se basaba en la obra de Nicias de Nicea. (Estas hipótesis fueron pronto refutadas: Nietzsche por Diels; Maas por Wilamowitz; Usener por Gercke.) Hoy ya nadie piensa que la obra de D. L. dependa de un único precursor. Basta leer su texto sin prejuicios para reconocerle un amplio número de fuentes. Así ya E. Schwartz (en 1905) indicaba como las más directas los textos de Plutarco, Mironiano, Flegón, Sabino, Pánfila, Epicteto, Diocles de Magnesia, Favorino, además de las cartas y otros textos de Epicuro y alguna otra compilación perdida. W. Cronert le señalaba (en 1906) catorce fuentes básicas *(Hauptquellen)* y siete ocasionales *(Nebenquellen)*. A. M. Frenkian (1961) apuntaba como sus fuentes directas textos de Soción, Heraclides, Lembo, Sátiro, Hermipo, Diocles de Magnesia, Favorino, Demetrio de Magnesia, Apolodoro y Alcimo.

En todo caso, como ya señalara en 1880 U. von Wilamowitz, no parece que se le pueda negar a D. L. una seria y honesta dedicación:

> En Diógenes ciertamente no encontramos precisión ni agudeza crítica, pero sí mucha lectura y compilación, sin ningún rastro de falseamiento ni mentira.

Parece pues correcto dar un margen de confianza al buen oficio y talento de D. L. y, después de recordar cómo todos los intentos de reconducir sus informaciones a una o dos fuentes han fracasado, adherirse a las indicaciones de J. Mejer, uno de los mejores analistas de su obra:

> La cantidad de referencias y fuentes en Diógenes es enorme. ¿Debemos pensar que las numerosas formas de referirse a las fuentes provienen de esas mismas fuentes o bien que son un intento de ocultar que copió sólo de una o de unas pocas fuentes? Creo que la única manera de hacer una crítica de las fuentes de

Laercio es aceptar que su libro es ante todo suyo y a partir de aquí intentar comprender cómo se convirtió en lo que es, por qué contiene tantos errores, informaciones desconcertantes, repeticiones, informaciones inexactas, pero también un número importante de afirmaciones interesantes y valiosas sobre sus biografías y opiniones filosóficas. No pretendo con esto «salvar» a Diógenes como escritor –es mediocre como tal, y su obra no se puede considerar satisfactoria (ni desde el punto de vista biográfico ni filosófico)–, sino aceptarlo como una persona honesta. Y para ello, lo que tenemos que analizar es su forma de trabajar y examinar asimismo la de los eruditos antiguos.

Hemos comenzado este capítulo tratando de la añeja cuestión de la búsqueda de fuentes, considerada decisiva en el siglo XIX. Pero, como apunta Mejer, y como han mostrado de modo ejemplar tanto él como M. Gigante, en dos trabajos que hacen época, hay que avanzar preguntándonos cómo trabajaba D. L., cómo usaba sus datos y cuál fue su propósito al redactar su magna compilación de vidas y opiniones, entrelazando biografías y doxografías de los famosos filósofos de antaño. En vez de rastrear un tanto a priori sus fallos y torpezas, en vez de culparle por no haber realizado la obra que pensamos que debería haber hecho para contentar nuestros gustos modernos, intentemos reflexionar sobre lo que Diógenes Laercio se propuso hacer y realizó en sus diez libros de amplio horizonte.

Título y diseño del amplio compendio

Detengámonos un momento en el título de la obra, que conocemos en dos variantes, pues unos manuscritos nos dan el de *Laertíou Diogénous bíoi kaì gnomai tōn en philosóphois eudokimesántōn kaì tôn en hekástei hairései areskóntōn* [«De Diógenes Laercio: "Vidas y sentencias de los más famosos entre los filósofos y de las doctrinas de cada escuela"»],

como dice el Parisinus 1759, pero en otros (Mss. B, en cabeza del libro X) tenemos el más breve *Laertíou Diogénous philosophōn bíōn kal dogmátōn synagogé* [«De Diógenes Laercio: "Compendio de las vidas y opiniones de los filósofos"»]. Debemos destacar en ese breve título el término de *synagogé, compendium,* que abarca tanto la compilación de biografías, *bíoi,* como de opiniones, *dógmata o gnomai.* Esa conjunción de biografías y doxografía en la obra es, en efecto, uno de los rasgos básicos de la compilación. Tal vez la mezcla de lo biográfico y lo dogmático no fuera un rasgo del todo original, pero tampoco era algo típico, ya que en la tradición helenística de origen peripatético biografías y doxografías se presentaban por separado. En el segundo título la *synagogé* queda referida especialmente a «los filósofos más ilustres» y a las doctrinas e ideas de cada escuela: *tôn en hekástei hairései areskóntôn.* El término *haíresis* es un vocablo técnico que designa una «escuela» o «secta» filosófica. *Haíresis* es «elección», y expresa la elección ética que cada escuela ha hecho frente a las otras. Son las decisiones «heréticas» las que definen a cada escuela filosófica frente a otras del mismo origen. La ordenación de los filósofos por escuelas o sectas, *hairéseis,* la toma Diógenes Laercio de la tradición *-diadoché-* según un criterio claro para ordenar su amplísimo material de datos biográficos y sentencias e ideas.

Éstos son los términos clave que articulan el vasto compendio; *bíoi* y *dógmata* y *hairéseis.* Podemos añadirles el de *diadochaí,* «sucesiones», que ordena cronológicamente a los filósofos «ilustres» dentro de cada escuela. La *synagogé* de Diógenes Laercio se sitúa en la tradición helenística de los historiadores de la filosofía. Y es posterior, puesto que los cita, a Favorino de Arlés y a Sexto Empírico, por lo que conviene situarla a comienzos del siglo III d.C. La obra se inscribe en una línea tradicional, pero en su manera de seleccionar y estructurar su amplio material puede expresar una intención y un talento personal, como ya apuntó E. Schwarz,

y ha subrayado luego Mejer, analizando sus referencias a otros autores.

Volvemos aquí al tema de las fuentes de Diógenes Laercio, pero desde una perspectiva más precisa. Mejer estudia aquellos autores a los que Diógenes Laercio cita explícitamente en más de quince ocasiones. Así Favorino de Arlés, que escribió unos *Memorabilia* y una *Omnigena Historia,* está citado 50 veces; Hermipo, autor de unas *Vidas,* es citado a menudo en relación con la muerte de un filósofo y por algunos epigramas; Apolodoro (autor de una *Chronología* o *Chrónika)* le resulta muy útil para las fechas y sincronismos (quizás Diógenes sólo lo conociera indirectamente); alude repetidamente a Aristóteles, al que quizás no había leído o del que conocía sólo algún diálogo hoy perdido, como su *Perì poietôn;* y a Platón, en 20 citas, del que acaso había leído sólo el *Protágoras;* de Demetrio de Magnesia, autor de *Sobre los homónimos,* toma varias anécdotas y listas de homónimos (que aumenta); usa también el texto de Soción en 18 citas, autor de una famosa *Diadoché,* epitomizada por Heraclides Lembo; a Aristóxeno el pitagórico lo nombra en 20 ocasiones, pero no sabemos si lo había leído directamente. Sí leyó a Diocles de Magnesia, autor de unas *Bíoi philosóphon* y una *Epidromé tôn philosóphon,* a quien Nietzsche supuso su fuente principal y directa, sin pruebas convincentes. También cita 15 veces a Hipóboto, autor de un *Perì haireséon,* y a Sosícrates, citado también en 15 ocasiones. Un lugar especial en esta lista de autores citados merece Timón de Fliunte, con sus *Sílloi o Sátiras,* citado nada menos que 38 veces. Pero en este caso no se trata de una fuente sino de un autor satírico a cuyos versos ingeniosos Diógenes Laercio tenía especial afición.

Si pasamos revista a todos estos autores citados, vemos que atestiguan la existencia de una tradición biográfica y doxográfica, que versaba sobre *bíoi, diadochaí, hairéseis, dógmata* y noticias varias sobre los filósofos más ilustres,

pero ninguno de ellos parece haber combinado en una sola obra «vidas» y «opiniones» como hace Diógenes Laercio en sus diez libros. En ninguno hallamos el término de *synagogé* para referirse a su obra, y ninguno parece ser la fuente principal del texto laerciano. También parece claro que Diógenes Laercio ha leído sólo a algunos en sus textos, mientras que a otros los conocía por resúmenes, sólo de segunda mano, y los cita por algunos *excerpta.*

Una influencia mayor, destacada por M. Gigante, pudo ejercer la historia filosófica del epicúreo Filodemo de Gádara, *Syntáxis tôn philosóphōn,* redactada también en diez libros. Pero, por lo que deducimos de los breves fragmentos papiráceos recuperados en Herculano, ésta era una obra que resumía la dogmática de cada escuela, de modo más escueto.

Como ha señalado J. Mansfeld, antes de Diógenes Laercio parece atestiguarse clara una firme distinción entre un enfoque sistemático y doxográfico, predominante en obras como las tituladas *Perì haireséon,* «Sobre las escuelas», o *Diadochaí* «Sucesiones», y un enfoque biográfico, en obras nombradas *Bíoi ton philosóphon,* unas y otras con esquemas de origen peripatético. Valga como ejemplo el de Diocles de Magnesia. que compuso una *Epidromé tôn philosóphon* y además otra bien distinta *Bíoi tôn philosóphon.* Sin pretender, pues, que el cruce de ambos géneros sea una novedad radical de Diógenes Laercio (bastaría mencionar como precedente la obra del médico Sorano titulada *Bíoi iatrôn kal hairéseis kal syntágmata* en diez libros), sí podemos advertir que esa mezcla de biografías y doxografías es uno de sus más característicos. Él se interesaba ante todo por la proyección individual de los grandes filósofos y veía sus opiniones como expresión de la personalidad de los mismos; quiso destacar la interacción continua entre vida y posición filosófica. Por eso estaba interesado primeramente en bosquejar las biografías de los filósofos, y de modo secundario en la historia de la filosofía que los incluía en su marco.

Lo que quiso recordar Diógenes Laercio es la figura memorable y curiosa de cada filósofo famoso, con fechas precisas, anécdotas singulares y sus ideas esenciales, dentro de la adscripción a una escuela de pensamiento y en una tradición. El sumario doxográfico que nos ofrece para las varias sectas tradicionales (cirenaicos, académicos, peripatéticos, cínicos, estoicos, pitagóricos y epicúreos) es bastante sintético y esquemático, sin dar detalles sobre las aportaciones individuales o criticar las teorías expuestas. A veces, como en el caso de la doctrina estoica, parece servirse de un resumen escolar. Sólo en un par de casos, excepcionalmente, subraya la relación directa entre la vida y las ideas del fundador de una escuela. Lo hace así con dos figuras ejemplares: con Pitágoras y con Epicuro. Y sólo en el caso de Epicuro ofrece textos de un interés fundamental, como son las *Cartas* y las *Máximas Capitales* del filósofo.

Características de la biografía laerciana

En su redacción de las biografías, Diógenes Laercio sigue un modelo cuyos trazos básicos están muy bien analizados por M. Gigante (ob. cit., pp. 16-18):

1. «En todo *bíos* laerciano se hallan trazos invariantes –como son el nacimiento, la *akmé*, la muerte– y trazos variables –como son apotegmas, sentencias, máximas, opiniones–.» Hay una serie de tópicos que ayudan a perfilar su personalidad. En muchos casos se traza un retrato moral, se dibuja el carácter, se alude al comportamiento y se exponen cualidades típicas o ejemplares del personaje. Las anécdotas contribuyen a colorear ese retrato.

2. La biografía es informativa y formativa, pero nunca un reproche o un panegírico. (No es ni *épainos* ni *psógos.*) Con alguna excepción: en el caso de Epicuro, traza una clara apología del filósofo.

3. El *bíos* de los filósofos pertenece al tipo de biografía literaria estudiado por F. Leo. Según éste, Diógenes Laercio produjo «el más importante monumento de la biografía literaria» (distinta del tipo histórico cultivado por Plutarco).

4. En todo relato biográfico se ofrece una cooperación de los hechos externos *(l'événementiel)* y la interioridad, de noticias y pensamiento, de *tópoi* e individualidad, y así se construye un propio microcosmos narrativo y biodoxográfico.

5. Se da un perfil suficiente y global, si bien no completo, del filósofo. Ilustra su ejemplaridad, tanto en su *ethos* –noción aristotélica– como en sus *dógmata* –herencia de la doxografía de Teofrasto–, de modo que el esbozo biográfico adquiere un nuevo valor como «emblema doctrinal».

6. «Una biografía laerciana no es por sí misma filosofía, pero puede servir a la filosofía, más o menos como un *bíos* plutarqueo no es historia, pero puede servir a la historia.»

Por otra parte, en la composición de cada biografía, Diógenes Laercio repite un mismo esquema, como una receta con temas fijos: 1) Nombre, origen y cronología, 2) educación, formación filosófica, viajes, 3) lugar en la fundación o sucesión de una escuela, 4) carácter y temperamento, ilustrado por dichos y anécdotas, 6) *acmé* y muerte, 7) discípulos memorables, 8) obras, 9) doctrina e ideas, 10) documentos finales (testamento, en unos pocos casos), 11) otros personajes de idéntico nombre (homónimos), 12) notas sueltas, epigramas, burlas, seguidores, etc. (Esquema bien observado ya por Delatte y Long.)

Dentro del esquema habitual hay variaciones notables, que en parte derivan del material disponible para cada autor y en parte de las simpatías del propio Diógenes Laercio. Basta comparar la «Vida de Platón» o la de «Pitágoras» con la «Vida de Diógenes» –que es una divertida sarta de anécdotas chispeantes– para advertir esas variaciones.

El afán sistemático y los diez libros de Vidas y opiniones

La obra de Diógenes Laercio está dividida en diez libros. Dedica el primero a los famosos Siete Sabios. El II, a los milesios y a Sócrates y los socráticos menores, como Jenofonte, Esquines, Aristipo, Euclides, Estilpón, etc. El III, a Platón, y el IV, a los académicos, desde Espeusipo hasta Clitómaco. El V presenta a los peripatéticos, Aristóteles primero, y luego sus sucesores, de Teofrasto a Heraclides. El VI está dedicado a los cínicos. El VII –el libro más largo, y no conservado por entero– se dedica a los estoicos. El VIII, a Pitágoras, Empédocles y otros pitagóricos. El IX, a algunos filósofos sueltos: Jenófanes, Parménides, Meliso, Zenón, Leucipo, Demócrito, Diógenes de Apolonia, Anaxarco, Pirrón y Timón. El X trata por entero de Epicuro, y es el único en incluir largos textos del biografiado.

Fundamentalmente Diógenes Laercio ha seguido una ordenación por escuelas, pero con notable flexibilidad, como se deja ver en ciertos detalles, como el iniciar su texto con los Siete Sabios y concluirlo con el libro dedicado a Epicuro. Además de la clasificación aquí seguida, ofrece otra propuesta de *hairéseis* postsocráticas: en I, 18 menciona diez escuelas: académica, cirenaica, elíaca, megárica, cínica, eretria, dialéctica, peripatética, estoica y epicúrea. Otros estudiosos antiguos ofrecían divisiones parecidas; Hipóboto (citado por D. L. en 1,19) distinguía 9 sectas, Soción 13, Filodemo 10 y Hesiquio también 10. Dentro de cada escuela los filósofos se presentan en secuencia cronológica, a partir del fundador.

Es interesante señalar que en su exposición sobre la historia de las escuelas filosóficas Diógenes Laercio se detiene mucho antes de llegar a su propia época. (Sólo en el caso de los escépticos se acerca a ella, al citar a Sexto Empírico, que es ya del siglo II d.C.) Es decir, no parece tener interés en señalar la pervivencia de las tendencias filosóficas en su tiem-

po. Ese dejar la historia de las ideas cortada en una época anterior, dos o tres siglos antes de su momento, resulta un detalle muy revelador de su posición personal al respecto. La vigencia de las tendencias filosóficas en su propio tiempo no parece ser objeto de su atención. La actualidad filosófica no le preocupaba.

Este rasgo curioso podría explicarse, pienso, de dos modos: bien suponiendo que nuestro erudito, situado en una localidad provinciana, no estaba al tanto de los desarrollos recientes del pensar filosófico y dependía de una bibliografía anticuada; o bien admitiendo que no tenía mucho interés en tratar de los filósofos cercanos a su propio tiempo.

En el primer supuesto podemos acudir a la explicación de J. Mansfeld cuando escribe:

Me gustaría argüir que D. L. era un ciudadano de Nicea en Bitinia, no un centro importante de cultura, y que probablemente trabajaba allí. El viejo dilema de si en IX, 109 *Apollonídes ho Nikaieus ho par' hemõn significa* «A., que vino de nuestra ciudad» o «de nuestra escuela», es decir, de la secta escéptica, puede -*pace* Schwartz- resolverse. Existe un paralelo en los manuscritos del *Sofista* de Platón, 242 d, donde el Visitante de Elea se refiere a *tó... par' hemôn Eleatikón éthnos.* Pensar en D. L. como un sabio local que dependía ampliamente de la biblioteca pública, no por completo al día, de una ciudad de poca importancia en una provincia marginada del Imperio Romano, suministra una buena explicación de por qué no parece haberse enterado de que el aristotelismo había sido revigorizado por Alejandro de Afrodisias o acerca de las tareas y enfoques más recientes en el platonismo.

Una segunda explicación -que no excluye la anterior- sería que Diógenes Laercio no estaba preocupado por el rumbo actual de las escuelas filosóficas, porque su objetivo no era el de escribir una historia de éstas que llegara al presente, sino una relación de su pasado esplendor, desde una pers-

pectiva cultural. Tal vez era muy consciente de que las corrientes filosóficas habían continuado su desarrollo, pero esa etapa final le interesaba menos que el recordar sus glorias intelectuales pasadas. (En X, 19 dice que «*casi* todas las escuelas han desaparecido, pero el epicureísmo perdura vivaz sin interrupción», una frase que muestra su olvido del renacer del aristotelismo, del neoplatonismo y del neopitagorismo, tendencias a las que, dicho sea de paso, no parece tener personal afición.)

La actitud anticuaria de Diógenes puede corresponder muy bien al marcado afán de la Segunda Sofística por rememorar el pasado. Tanto en el siglo II como en los comienzos del III, intelectuales y retóricos dirigen su vista atrás, a unos siglos más gloriosos. Así Pausanias sólo trata de monumentos anteriores a los siglos III y II a.C.; Ateneo cita sólo a poetas y literatos anteriores al s. III a.C.; Luciano evoca sobre todo a los filósofos y cínicos clásicos; Eliano en su *Varia Historia* relata anécdotas de tiempos lejanos, y Sexto Empírico comenta y discute a pensadores de otros siglos.

Dentro de ese marco cultural –que a veces se ha calificado de «primer Renacimiento» del clasicismo helénico– se sitúa la obra de Diógenes Laercio También él obedece a las tendencias arcaizantes de la época –analizadas por B. P. Reardon, E. L. Bowie y otros– al ocuparse de los filósofos ilustres y antiguos, desdeñando referirse a los pensadores más cercanos. No lo hace por depender de resúmenes helenísticos, sino por una elección acorde con los gustos literarios de su época.

Con su larga información libresca, Diógenes Laercio se sitúa en la línea de estudiosos de la cultura clásica que floreció en la época helenística y renació en la Segunda Sofística. No era un filósofo profesional, desde luego, ni escribía para profesionales de la filosofía. Su visión del legado filosófico griego lo hace monumento de la *paideía* griega. Por otro lado, una Historia de la Filosofía, tal como la entendemos desde

Hegel, no existió entre los griegos. Si bien Aristóteles y luego Teofrasto se interesaron en el desarrollo histórico de los problemas filosóficos, desde una perspectiva crítica propia de la doxografía, no es ése el enfoque de Diógenes Laercio Su obra no se inscribe en la tradición peripatética. Su actitud personal resulta más filológica y anticuaria y no tiene afán crítico al exponer las ideas de los filósofos antiguos. No hay en él alusiones a su presente. Como ha escrito Gigante: «Diógenes se nos aparece fuera del tiempo, superviviente de un mundo pasado en el que ni el cristianismo ni el neoplatonismo está presentes».

Situándolo precisamente en su época –comienzos del siglo III– podemos advertir, sobre ese trasfondo histórico, cómo se perfila en su obra su talante personal, humanista y libresco, en sus simpatías y sus silencios. De nuevo citaré unas líneas de M. Gigante (ob. cit., p. 25):

Estamos en el siglo de la crisis general del Imperio y del contraste aún violento entre la vieja y la nueva religión, tras la permanencia cansina de la antigua cultura y el surgir de nuevos modos de pensar; en el crepúsculo del imparable otoño de la cultura griega. La sed del pasado no es tan sólo nostalgia, es también una necesidad real de suplir lo cotidiano. La sabiduría y la filosofía griegas yacen como encerradas en un archivo, en el sueño de un arsenal silencioso o, simplemente, en una biblioteca pública o privada.

Diógenes penetra en ella y busca a los grandes preceptores de cada época, los maestros del universo: como una tentativa de restauración, un incentivo humanístico, una repristinación del saber filosófico, un retorno a las fuentes de la sabiduría, pero también una multiplicación de los modelos contra el fanatismo o el privilegio monopolista de la verdad –me refiero al doble silencio sobre el neopitagorismo platonizante y el cristianismo–.

Diógenes no predica ninguna doctrina propia, ni es adepto de ninguna escuela filosófica, aunque en su equilibrio pa-

rece un tanto escéptico y deja clara al final su simpatía por el epicureísmo. Lo que impulsa su extensa *synagogé* es, desde luego, su admiración por registrar para la posteridad el espléndido legado sapiencial de los no en vano ilustres filósofos griegos, admirables y estupendos.

Otros rasgos propios. Sus epigramas y sus anécdotas

En definitiva, debemos imaginarnos a Diógenes Laercio como un erudito de afanes más bien literarios y culturales, un epígono provinciano de una tradición de estudiosos que se inicia en las salas del Perípato y en el Museo de Alejandría, un tipo de muy variadas lecturas y de mentalidad muy abierta. Sabemos, gracias a los análisis de Mejer, cómo trabajaba: tomando y agregando notas (haciendo fichas, diríamos) de sus lecturas y zurciendo luego sus noticias en una compilación bastante bien ordenada, como hemos indicado; aunque con algunos descuidos que se producían aquí y allí, al introducir en el texto nuevas glosas. Debía de manejar numerosos apuntes o *excerpta*, que iba integrando en su vasto relato. De ahí algunas incongruencias del texto, que tal vez quedara falto de una última lectura final, como supone Gigante, que lo ha calificado de «*opera aperta*», una obra abierta en la que pueden rastrearse los varios añadidos.

De entre esos elementos aglutinados hay uno que bien merece destacarse por su originalidad. Son los numerosos breves epigramas intercalados aquí y allí, procedentes de una obra poética anterior de Diógenes Laercio, titulada *Pámmetros*, y compuesta probablemente en dos volúmenes. Estos versitos referidos a las figuras de los filósofos (49 y que se refieren a 43 biografiados) acentúan el tono literario y dan un sabor pintoresco de las *Vidas*. Generalmente han merecido poca atención de los estudiosos, y se los ha tildado de ramplones, pero M. Gigante ha defendido la agudeza de al-

gunos de esos poemillas de ocasión. No es éste el momento de comentarlos por extenso, pero sí de hacer constar que, junto a otros poemas citados, como los satíricos de Timón de Fliunte, acentúan el tono literario con el que nuestro erudito quiere colorear un tanto sus prosas, insertando sus propios versos con cierta satisfacción ingenua.

Hay, entre sus diez libros, notables diferencias: unos son más cortos, otros más largos. Algunos son más atractivos, y otros menos. Entre los menos está el que versa sobre Platón, por ejemplo, que expresamente dedicó a una dama admiradora del gran filósofo. Entre los más atractivos están el I, dedicado a los Siete Sabios, y el VI, dedicado a los cínicos, que es una estupenda antología de humor mordaz. (He subrayado su agudeza en mis libros *Los siete sabios y tres más* y *La secta del perro*, publicados en esta misma colección.) También es excelente, por los grandes textos conservados en él, el X, dedicado por entero a Epicuro. Este libro es, en efecto, nuestra fuente más importante para la filosofía epicúrea. Está colocado al final de su compendio como personal recomendación a los lectores. El epicureísmo aparece como la senda definitiva, la más segura para la felicidad, según escribe con cálido elogio Diógenes Laercio al despedirse del lector.

En resumen, aunque hay en sus páginas cabos sueltos y cierto desorden en los detalles (causado muchas veces por amontonar informaciones de fuentes varias o por afán de no olvidar un dato suelto), no puede negarse que la obra está presidida por un afán de sistema. Hay un orden de conjunto en su obra que la distancia de compilaciones misceláneas como las de Favorino, Eliano o Clemente de Alejandría. Aunque se sirve de muchos compendios anteriores, no cabe negar a Diógenes Laercio un cierto aspecto personal (en sus simpatías por los epicúreos, los escépticos y los cínicos, y su poco aprecio de los filósofos más metafísicos y místicos).

No deja de resultar a veces algo pesado en sus minuciosas

precisiones sobre fechas, citas y listas de homónimos, datos que para los antiguos tenían, sin duda, más interés que para el lector actual. Y que, en cambio, es bastante menos preciso cuando trata de ideas y cuestiones filosóficas. Resulta a menudo poco afinado en esos temas. Por ejemplo, en el libro V, entiende mal la definición aristotélica del alma, sacada del *De anima*, y ofrece un catálogo de obras de Aristóteles que es anterior a la labor crítica de Andrónico de Rodas (s. I d.C.), En cambio, nos ha conservado bien los testamentos de Aristóteles y de Teofrasto. En fin, si D. L. hubiera sido más crítico, habría perfilado más algunos textos, pero quizás habría ofrecido una perspectiva más parcial de otros autores.

Su *synagogé* demuestra que fue más un erudito docto que un historiador de las ideas. Nos ha conservado una colección de cartas atribuidas a los Siete Sabios que es una ficción retórica tardía. En cambio, parece que no había leído los mayores textos clásicos, ni los de Platón ni los de Aristóteles (a excepción de alguna obra, como ya dijimos). Tampoco había leído a Jenofonte. Ni a los estoicos, sobre cuyas ideas hace un resumen ajeno, quizás el de Diocles. Vivió en un tiempo de centones y resúmenes, en el que la gran tradición de la filosofía resonaba como un famoso y lejano retumbo. Repitámoslo: Diógenes Laercio era un erudito de gustos arcaizantes, de aficiones más filológicas que filosóficas, educado en el ambiente cultural de la Segunda Sofística, más bien desdeñoso de la retórica en boga, pero admirador incondicional de la sabiduría antigua que quiso historiar. Fue un estudioso que supo conjugar las biografías y doxografías filosóficas, géneros ya de larga tradición, con singular acierto en una obra extensa y documentada de vastas perspectivas y de dudosa originalidad, dirigida a un público docto.

Sus *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* constituyen uno de los textos más atractivos del legado helénico, por su información minuciosa, desde luego, pero también por su amenidad; y por su bagaje filosófico y literario, por sus mu-

chísimas noticias sobre los sabios antiguos, si no por su pedestre estilo. Al haber perdido todos los tratados y compendios parecidos escritos por otros eruditos helenísticos, constituye para nosotros una obra única, ineludible. ¡Cuánto menos sabríamos de los antiguos pensadores si se nos hubiera perdido también Diógenes Laercio! Bien podemos, pues, suscribir sin reservas el claro elogio del sagaz Montaigne.

La nueva apreciación de la obra de Diógenes Laercio

La revalorización de Diógenes Laercio por los filólogos estudiosos de su obra es, como ya hemos indicado, relativamente reciente. Un hito en este proceso lo marcan el libro de J. Mejer *Diogenes Laertius and his hellenistic Background* («Hermes Einzelschriften» 40, Wiesbaden, 1978) y el excelente volumen colectivo *Diogene Laerzio. Storico del pensiero antico* («Elenchos», 7, Nápoles, 1986), con el espléndido texto introductorio de M. Gigante (también editado por separado). Y luego hemos de tener en cuenta los excelentes artículos sobre aspectos de su obra publicados en los tomos de *ANRW* II 36, 5, y II 36, 6, en 1991 y 1992.

Debemos destacar ahora la reciente edición crítica del texto griego, en la colección de Teubner, a cargo de Miroslav Marcovich: *Diogenis Laertii Vitas Philosophorum*, vol. I: Libri I-X; vol. II: Excerpta Byzantina et índices, Stuttgart-Leipzig, 1999. Esta nueva edición, por fin una edición verdaderamente crítica, avanza sobre la benemérita de Long (Oxford, 1964) y supone un logro muy notable en la presentación de un texto de reconocidas dificultades (cf. reseñas de Dorandi, en *Phronesis*. 45.4. 2000, pp. 331-40, y de E. Amato, en *Gnomon*, 74,3, pp. 203-11). Tenemos también dos nuevas traducciones de notable interés; una al alemán de E. Jürss, *Leben und Lehren der Philosophen*, en la colección de Reclam, Stuttgart, 1998, y otra, en francés, de varios autores, dirigida por M. O. Goulet-Cazé, *Vies el doctrines des philo-*

sophes illustres, París, 1999. (Esta última presenta precisas introducciones a cada libro y numerosas notas, con bibliografía actualizada.)

En castellano todavía hemos de recurrir, como única versión completa, a la antigua y benemérita de J. Ortiz y Sanz, de 1792, que se ha reeditado luego muchísimas veces, generalmente sin recordar que es de fines del XVIII. (Fue una excelente versión en su tiempo.) En catalán sí ha aparecido una traducción completa de A. Piqué Angordans, en 1988. (Hay otras versiones sueltas de algunos libros. Así, p. e., del libro VII, sobre los estoicos, hay más de una versión. La última, en edición bilingüe, es de A. López Eire (Barcelona, 1990). Yo he traducido por separado los libros I, VI y X, acompañados de comentarios en mis libros de bolsillo *Epicuro*, *La secta del perro* y *Los siete sabios y tres más*, en esta misma colección.

Más allá de estos estudios críticos y la cotización académica, debemos recordar que el texto de Diógenes Laercio ha gozado de muchos lectores a lo largo de siglos. Incluso en la Edad Media, cuando sólo era leído en las versiones latinas del napolitano Henrico Aristipo (libro I) y de Walter Burley, que precedieron a la también latina renacentista de Ambrosio Traversari (en 1472) y a la *editio princeps* del texto griego por Frobenius, en Basilea, en 1533. Desde el siglo XVI hasta hoy ha sido uno de los textos más atractivos, más informados, amenos y divertidos sobre los dichos y las figuras de los antiguos filósofos, dicho sea con la venia de Hegel y otros adustos historiadores de las ideas, con los que, por decirlo una vez más, nuestro buen erudito no había pensado competir.

A modo de recomendación final

En resumen, Diógenes Laercio no cuenta nada de su época ni de sí mismo. No era un filósofo y no veía la historia de la

filosofía como una marcha progresiva de ideas y sistemas, sino como un repertorio de opiniones interesantes, curiosas e incluso divertidas, emitidas por unos personajes muy atractivos y prestigiosos, espléndidas figuras de ese pasado helénico que, como un legado cultural paradigmático, debía ser estudiado y rememorado. No con fines dogmáticos, sino culturales y literarios. En definitiva, un saber estrictamente helénico, florón de la *paideía* de raigambre clásica.

Como no ha sobrevivido ninguna de las obras de historia de las ideas precursoras o paralelas a su *Compendio,* éste se ha convertido en una mina de informaciones sobre la tradición de casi todas las escuelas filosóficas griegas. Como a Diógenes Laercio no le interesaba demasiado la crítica, sus exposiciones valen ante todo como aportación de noticias. No ha influido en nuestro conocimiento de los grandes filósofos clásicos, como Sócrates, Platón y Aristóteles. Sólo en un caso, el de Epicuro, Diógenes Laercio nos ha trasmitido unos textos esenciales, sin los cuales nuestra visión de una gran filosofía habría quedado muy incompleta.

Quienes lo leen con ciertos prejuicios y atentos sólo a la exposición de las teorías e ideas filosóficas pueden encontrar su texto un tanto decepcionante, y un tanto superficial más de una vez. Pero quienes lo leen deseando conocer mejor la tradición de las escuelas filosóficas y el perfil humano de sus representantes lo ven ameno y divertido y hallan en él un tesoro extraordinario de anécdotas sugerentes y sabrosas, estupendas citas y raros retratos. Aunque no nos diga explícitamente cuáles eran sus gustos literarios (y aunque su prosa resulte bastante desmañada), podemos deducir sus preferencias personales; el libro dedicado a los cínicos es revelador de su humor y su ironía (es, sin duda, uno de los textos humorísticos más amenos del mundo antiguo), y el de Epicuro, de sus simpatías morales. También lo es, en el comienzo mismo de su tratado, en esa introducción que cobra un carácter emblemático, la proclama del origen griego

del oficio filosófico y su gusto arcaizante, al recordar, como proemio a toda su obra, las siluetas y las sentencias de los Siete Sabios. Con ellos empieza, y acaba con las máximas memorables de Epicuro. Este marco buscado es, por sí mismo, una muestra del talento y del talante de nuestro sagaz erudito. No escribe para profesionales de la filosofía, ni para estudiantes con anhelos dogmáticos, sino para lectores curiosos, y para ellos conserva un admirable repertorio de citas, títulos de libros antiguos, junto a las siluetas de los pensadores más famosos.

Las *Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres* no es un texto acreditado por su rigor en la exposición de las ideas, pero es uno de los relatos más amenos, sugerentes y noticiosos de toda la época helenística. Para tener una idea de la tradición escolar de los filósofos, hay que acudir a sus noticias. Y su variopinta erudición es, muy a menudo, tan divertida como discreta y puntillosa. La obra de Diógenes Laercio, y él mismo, como escritor y erudito, se merecen la revalorización al alza llevada a cabo por eminentes filólogos en estos últimos años.

Queda muy claro, desde luego, que el sagaz Montaigne, que tanto apreciaba su lectura, tenía para ello muy buenas razones.

Nota sobre la presente traducción

Como ya hemos escrito, la única traducción castellana completa del texto de Diógenes Laercio es la de José Ortiz y Sanz, que tiene más de dos siglos de existencia y ha sido reeditada muchas veces. Es una traducción muy lograda, a mi parecer, para su época, aunque hoy su lenguaje suene un tanto anticuado y puedan advertirse algunas imprecisiones. De Ortiz y Sanz recuerda M. Menéndez Pelayo -en su *Biblioteca de Traductores Españoles*- que tradujo muy bien del latín el famoso tratado de arquitectura de Vitruvio, pero no

comenta la versión de Diógenes Laercio. La edición de la colección Austral de 1949 aún conserva su «Prólogo», que es muy característico de un ilustrado de fines del XVIII, y muy interesante por ello. El texto griego que Ortiz y Sanz usó para su versión española es el editado, con notas, por Enrique Westenio, en Amsterdam 1692, si bien consultó otros y algunas traducciones al latín y al francés. Evidentemente era un texto bastante distinto del presentado por H. S. Long en su edición oxoniense de 1964.

Esta es la que he utilizado para la presente versión, iniciada hace muchos años. (De haberla empezado ahora, habría tenido más en cuenta la edición posterior, de Teubner, con abundante y renovado aparato crítico, de M. Marcovich, que ya he citado antes.) Hace más de treinta años, animado por mi amigo Andrés Sánchez Pascual, empecé a pensar en traducir de nuevo a Diógenes Laercio para ofrecer un texto más actualizado de un escritor que siempre me ha parecido muy atractivo, no tanto como historiador de la Filosofía, sino como relator muy ameno de tantas biografías y curiosas anécdotas, una perspectiva sobre esa tradición filosófica antigua de carácter singular. Compartiendo el aprecio que por él sintieron Montaigne y Nietzsche, entre otros, muchos lectores se han acercado a estas *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* no para estudiar los argumentos de los grandes pensadores, sino para admirar las figuras de los sabios antiguos, sus originales ideas y sus peripecias vitales. Diógenes Laercio ofrece unos breves esquemas biográficos, algún que otro resumen de los sistemas filosóficos más importantes y, sobre todo, chispeantes frases y anécdotas de los más interesantes por su agudeza y su carácter (valgan como ejemplos la vida de Aristipo o las breves de los cínicos). No era, ciertamente, un gran investigador ni un filósofo serio, sino un erudito dotado de mucho sentido del humor, como he querido subrayar en el prólogo.

Acabé esta traducción hace bastantes años, pero sólo muy

recientemente me he decidido a publicarla. Pensaba que debía acompañarla de numerosas notas explicativas, pero anotar este texto resultaba una larga labor, dada la enorme cantidad de nombres propios y obras antiguas citadas, y es además una tarea que ya no requiere un empeño de originalidad, puesto que ahora resulta fácil acudir para esas notas y noticias a otras ediciones recientes con muy doctas precisiones, como la francesa colectiva dirigida por Goulet-Cazé, antes mencionada. Espero disponer de tiempo, sin embargo, para ofrecer una versión anotada más adelante. Al final, me ha animado de modo decisivo a dar a las prensas esta traducción la inestimable y tenaz ayuda de mi amigo y colega Juan Manuel Guzmán Hermida, al que una vez más quiero mostrar aquí mi agradecimiento cordial. Él ha confeccionado paciente y minuciosamente el amplio y muy útil índice de nombres propios colocado al final del volumen.

Sigo pensando que aun así, sin el añadido de las notas eruditas (a excepción del libro de los cínicos, el VI, que ya publiqué con ellas), el interesado en la literatura y el pensamiento antiguo disfrutará de la lectura de este singular texto, de este desconocido Diógenes Laercio, tan noticioso y divertido, tan recargado de nombres propios como de sabrosas anécdotas y memorables sentencias. Si esa lectura despejada, que yo recomendaría lenta, ayuda a entender a los antiguos sabios y comprender mejor la significación de este texto, la traducción habrá valido el tiempo y esfuerzo empleados.

Madrid, junio de 2007

CARLOS GARCÍA GUAL

VIDAS Y OPINIONES DE LOS FILÓSOFOS ILUSTRES

LIBRO I

Prólogo

1. Esta ocupación de la filosofía afirman algunos que tuvo origen entre los bárbaros; pues hubo magos entre los persas, caldeos entre los babilonios y los asirios, y gimnosofistas entre los indios, y los llamados druidas y santones entre los celtas y los gálatas, según dice Aristóteles en su *Tratado de la magia* y Soción en el libro veintitrés de su *Tradición*. Y (recuerdan) que Oco fue fenicio, Zamolxis tracio, y Atlante libio.

Pues los egipcios, por su parte, dicen que fue Hefesto, hijo del Nilo, quien fundó la filosofía, cuyos más destacados representantes son sus sacerdotes y profetas. 2. Desde éste a Alejandro de Macedonia median cuarenta y ocho mil ochocientos sesenta y tres años, en los que hubo trescientos setenta y tres eclipses de sol y ochocientos treinta y tres de luna. En cuanto a los magos, a cuyo frente está el persa Zoroastro, afirma Hermodoro el Platónico en su obra *Sobre las ciencias* que vivieron cinco mil años antes de la conquista de Troya. Janto de Lidia cuenta que pasaron seis mil años desde Zoroastro a la expedición de Jerjes, y que tras aquél hubo

muchos otros magos en su sucesión, Ostanes y Astrampsicos, Gobrias y Pazatas, hasta la conquista de Persia por Alejandro.

3. Pero éstos olvidan las invenciones de los griegos, por quienes ha comenzado no solo la filosofía, sino incluso la raza humana, al atribuir eso a unos bárbaros. Porque en Atenas vivió Museo, y en Tebas Lino. De aquél, en efecto, el hijo de Eumolpo, cuentan que fue el primero en componer una Teogonía y en construir una esfera. Y dijo éste que todas las cosas nacen de una y se disuelven en la misma. Murió en Falero y como epitafio se le escribió esta elegía:

Al hijo querido de Eumolpo cubre la tierra de Falero, a Museo, cuyo cadáver extinto queda bajo este túmulo[1].

Del padre de Museo le viene también su nombre a la familia de los Eumólpidas de Atenas.

4. Respecto a Lino, era hijo de Hermes y de la musa Urania. Escribió una cosmogonía, y del curso del sol y de la luna, y la generación de los animales y los frutos. Éste era el comienzo de sus poemas:

Fue una vez ese tiempo en que todas las cosas juntas tuvieron nacimiento.

En eso se basó Anaxágoras para afirmar que todas las cosas se han originado conjuntamente y que la inteligencia (Noûs) las puso en orden cuando se aplicó a ellas.

Lino murió en Eubea, flechado por Apolo, y se le compuso este epigrama:

Aquí a su muerte acogió la tierra a Lino de Tebas, al hijo de Urania, la Musa de hermosa corona[2].

1. *Antología Palatina* VII 615.
2. *Ant. Pal.* VII 616.

Y de tal modo comenzó la filosofía entre los griegos. Incluso su propio nombre rechaza el calificativo de «bárbara».

5. Los que conceden su invención a los extranjeros aducen también a Orfeo el tracio, diciendo que fue filósofo y es muy antiguo. Pero yo no sé si hay que llamar filósofo a quien ha contado tan escandalosas cosas sobre los dioses, ni cómo hay que calificar a alguien que atribuye a las divinidades toda pasión humana, e incluso obscenidades cometidas raramente por algunos seres humanos con el órgano de su voz.

Cuenta el mito que él pereció a manos de las mujeres. Sin embargo, el epigrama en Dión de Macedonia cuenta que fue fulminado por un rayo y dice así:

Al tracio Orfeo de áurea lira las Musas aquí enterraron, a quien
Zeus de sublime mente mató con su ardiente dardo[3].

6. Los que afirman que la filosofía tuvo comienzo entre los bárbaros asignan incluso a cada uno el carácter de ésta. Y dicen que los gimnosofistas y los druidas filosofaban al prescribir en sus enigmáticos modos honrar a los dioses y no hacer nada malo y ejercitar el valor. Por ejemplo, de los gimnosofistas dice Clitarco en su libro doce que incluso desprecian la muerte. Que los caldeos se dedicaban a la astronomía y la adivinación del futuro. Y que los magos se ocupaban de los cultos divinos, de ritos sacrificatorios y plegarias, como si sólo ellos obtuvieran su audiencia. Hacían revelaciones acerca de la esencia y el origen de los dioses que eran fuego y tierra y agua. Desechan las estatuas y sobre todo las que indican que los dioses son machos o hembras. 7. Mantienen discusiones sobre la justicia, y juzgan impío practicar la cremación fúnebre. Y consideran decente tener trato sexual con su madre o su hermana, como dice Soción en su libro veintitrés. Ejercitan la mántica y la adivinación del porvenir, incluso di-

3. *Ant. Pal.* VII 617.

cen que se les aparecen los dioses. Además creen que el aire está lleno de imágenes, que por emanación entre la evaporación penetran en la vista de los que poseen una mirada aguda. Proscriben los adornos y los objetos de oro. Su vestido es blanco, su lecho el suelo, y su alimento son vegetales, queso y pan negro, y su bastón una caña, con la que, dicen, ensartan el queso para cogerlo y comerlo.

8. Desconocían la magia negra, dicen Aristóteles en su *De la magia*, y Dinón en el libro quinto de sus *Historias*. Éste dice también que, según la interpretación de su nombre, Zoroastro era un adorador de los astros. Lo mismo afirma Hermodoro. Aristóteles en el libro primero de *Acerca de la filosofía* dice que los magos eran más antiguos que los egipcios. Según los mismos, tenían dos principios: una divinidad buena y una divinidad mala. La primera tenía por nombre Zeus o Ahuramazda, la segunda Hades o Ahrimán. Lo afirman Hermipo en el primer volumen de su obra *En torno a los Magos* y Eudoxo en su *Período* y Teopompo en el octavo libro de sus *Filípicas*. 9. Dice éste también que según los magos los hombres resucitarán y serán inmortales, y los seres perdurarán por sus invocaciones. Esas cosas relata también Eudemo de Rodas. Hecateo dice que incluso los dioses son engendrados según ellos. Clearco de Solos en su *Sobre la educación* dice que los magos son descendientes de los gimnosofistas.

Algunos dicen que de ellos proceden los judíos. Además de estas noticias, los que han escrito sobre los Magos reprueban a Heródoto: dicen que Jerjes no habría disparado sus flechas contra el sol ni habría echado cadenas al mar, considerados dioses por los magos. Sin embargo era verosímil que destruyera las estatuas de los dioses.

10. En cuanto a la filosofía de los egipcios sobre los dioses y la justicia, era del modo siguiente. Decían que la materia era el primer principio, y luego de ella se habían distinguido los cuatro elementos, y habían resultado al fin algunos animales. Los dioses eran el sol y la luna, llamado el uno Osi-

ris y la otra Isis. Se los representaba enigmáticamente mediante un escarabajo, una serpiente, un halcón y otras figuras, según dice Manetón en su *Epítome de teorías físicas* y Hecateo en el primer libro de *Sobre la filosofía de los egipcios*. Se servían de estatuas y templos con el pretexto de no conocer la forma de la divinidad. 11. El cosmos era engendrado, perecedero y esferiforme. Los astros eran fuego, y de su mezcla nacían las cosas terrestres. La luna se eclipsaba al entrar en la sombra de la tierra. El alma persistía después de la muerte y se traspasaba. Las lluvias se producían por una mutación del aire. Y trataban de las demás cosas físicas, según relatan Hecateo y Aristágoras. Habían compuesto también leyes sobre la justicia, que atribuyeron a Hermes. A los animales útiles consideraban como dioses. Dicen también que ellos inventaron la geometría, la astrología y la aritmética. Esto es lo que dicen sobre su inventiva.

12. El primero que denominó a la filosofía y se llamó a sí mismo filósofo fue Pitágoras, dialogando en Sición con León el tirano de los sicionios o de los fliasios, según dice Heraclides del Ponto en su *Sobre la Letargia*. Pues dijo que nadie era sabio más que la divinidad. Antes se la llamaba «sabiduría», y sabio al que hacía profesión de ella, que debía destacarse por la elevación de su espíritu. Filósofo es el que ama la sabiduría. Aquéllos eran llamados sabios y sofistas. Y no sólo ellos, sino incluso los poetas eran sofistas, como, por ejemplo, llama Cratino en *Los Arquílocos* a los discípulos de Homero y Hesíodo, al elogiarlos así. 13. Éstos eran considerados sabios: Tales, Solón, Periandro, Cleobulo, Quilón, Biante, Pítaco. A éstos añaden Anacarsis el Escita, Misón el Queneo, Ferecides de Siros y Epiménides de Creta. Algunos agregan también al tirano Pisístrato. Y éstos son los sabios.

Dos han sido los principios de la filosofía: el uno a partir de Anaximandro y el otro de Pitágoras, aquél discípulo de Tales, y Ferecides había instruido a Protágoras. Y una escuela se llamaba la Jónica, porque Tales era jonio, puesto que era

de Mileto, e instruyó a Anaximandro. La otra Itálica por Pitágoras, que filosofó la mayor parte en Italia. 14. Aquélla concluye en Clitómaco, Crisipo y Teofrasto. La Itálica en Epicuro. Así siguió a Tales Anaximandro, a éste Anaxímenes, a éste Anaxágoras, a éste Arquelao, a éste Sócrates, que introdujo la ética. A éste los demás socráticos y Platón, que fundó la Academia Antigua. Después de éste Espeusipo y Jenócrates, tras éste Polemón, Crántor y Crates, luego Arcesilao, quien introduce la Academia Media. Tras éste Lácides, que ejerció la filosofía en la Academia Nueva; tras éste Carnéades, tras éste Clitómaco. Y así concluye en Clitómaco.

15. En Crisipo termina del modo siguiente. De Sócrates viene Antístenes, de éste Diógenes el Cínico (el Perro), de éste Crates de Tebas, de éste Zenón de Citio, de éste Cleantes, de éste Crisipo.

En Teofrasto así: de Platón viene Aristóteles, y de éste Teofrasto. La escuela Jónica concluye de este modo.

La Itálica procede del modo siguiente. De Ferecides Pitágoras, de éste Telauges, su hijo, de éste Jenófanes, de éste Parménides, de éste Zenón de Elea, de éste Leucipo, de éste Demócrito, de éste muchos, y nominalmente Nausífanes y Naucides, de éstos Epicuro.

16. De los filósofos, unos son dogmáticos, otros eféctícos. Son dogmáticos los que se expresan sobre las cosas como si fueran comprensibles. Algunos de ellos dejaron sus escritos, otros en general no compusieron escritos, como según algunos, Sócrates, Estilpón, Filipo, Menedemo, Pirrón, Teodoro, Carnéades, Brisón. Según otros también Pitágoras, y Aristón de Quíos, a excepción de unas pocas cartas. Otros escribieron un solo tratado: Meliso, Parménides, Anaxágoras, Zenón en cambio muchos, más Jenófanes, más Demócrito, más Aristóteles, más Epicuro, más Crisipo.

17. De los filósofos, los unos recibieron sus apelativos de sus ciudades, como los Eleatas, Megarenses, Eretrios y Cirenaicos. Otros de lugares, como los Académicos y los Estoi-

cos. Incluso de hechos circunstanciales como los peripatéticos, o de apodos burlescos como los cínicos. Otros de su disposición, como los Eudemonistas. Algunos de su creencia, como los Amantes de la Verdad, los Refutadores y los Analogistas. Algunos de sus maestros, como los Socráticos, Epicúreos, etc. También unos por la naturaleza de su investigación (reciben el nombre de) físicos; otros por su aplicación a los caracteres éticos; y son dialécticos los que se dedican a la problemática de los razonamientos.

18. Tres son las partes de la filosofía: física, ética, dialéctica. La física (trata) sobre lo que respecta al cosmos y lo que hay en él. La ética sobre la conducta y las cosas en relación a nosotros. La dialéctica (es) lo que abarca los razonamientos de unos y otros. Y hasta Arquelao la física era general, desde Sócrates, como ya se ha dicho, la ética, y desde Zenón de Elea, la dialéctica.

De la ética hay diez sectas: la Académica, la Cirenaica, la Elíaca, la Megárica, la Cínica, la Eretria, la Dialéctica, la Peripatética, la Estoica y la Epicúrea.

19. Fundó la Academia Antigua Platón, la Media Arcesilao, la Nueva Lácides, la Cirenaica Aristipo de Cirene, la Elíaca Fedón de Élide, la Megárica Euclides de Mégara, la Cínica Antístenes de Atenas, la Eretria Menedemo de Eretria, la Dialéctica Clitómaco de Cartago, la Peripatética Aristóteles de Estagira, la Estoica Zenón de Citio. Y la Epicúrea recibe su nombre del propio Epicuro.

Hipóboto en su *Sobre las sectas* dice que hay nueve sectas y tendencias: la primera la Megárica, segunda la Eretria, tercera la Cirenaica, cuarta la Epicúrea, quinta la de Aníceris, sexta la de Teodoro, séptima la de Zenón, es decir la Estoica, octava la Académica Antigua, novena la Peripatética. 20. No (admite) la Cínica, ni la Elíaca ni la Dialéctica. La mayoría tampoco acepta la de Pirrón, por su incertidumbre. Unos dicen que es una secta en algún respecto, pero en otro no. Pero parece que es una secta. Porque llamamos secta a la que sigue

o parece seguir en su apariencia a un cierto principio de razonamiento. Según eso podemos llamar con buenas razones una secta a la Escéptica. Pero si pensamos como secta en la adhesión a unos principios dogmáticos que requieren obediencia, ya no puede denominarse secta. Porque no posee dogmas. Éstos son los principios y las tradiciones y tantas son las partes y tantas las sectas de la filosofía.

21. Además, hace poco que una cierta secta, la Ecléctica, fue introducida por Potamón de Alejandría, escogiendo lo que le agradaba de cada una de las sectas. Y opina a su agrado, según dice en su *Tratado elemental*, que existen criterios de la verdad: como el agente por el que se hace el juicio, esto es la razón; otro, el medio por el que se logra, como la representación más exacta. Los principios de los conjuntos son la materia y el agente, la cualidad y el lugar. Es decir, el «de dónde» y el «por quién», y el «cómo» y el «en dónde». Existe una finalidad a la que se refiere todo, la vida perfecta en su total excelencia, no desprovista de los bienes del cuerpo según su natural ni de los bienes externos.

Ahora hay que hablar sobre los propios hombres, y en primer lugar sobre Tales.

Tales (*akmé c.* 585 a.C.)

22. Fue Tales, según dicen Heródoto, Duris y Demócrito, hijo de Examias y de Cleobulina, de la familia de los Télidas, que son fenicios, descendientes muy ilustres de Cadmo y Agenor. Fue uno de los Siete Sabios, según dice Platón, y el primero en ser llamado sabio, cuando Damasio era arconte de Atenas, en cuyo tiempo recibieron «los siete» el título de sabios, según dice Demetrio de Falero en su *Registro de los arcontes*. Se le inscribió como ciudadano de Mileto, cuando llegó con Nileo, exilado de Fenicia. Pero, según afirman los más, fue natural de Mileto, y de una familia ilustre.

23. Se dedicó a asuntos políticos, y después a la investigación de la naturaleza. Según algunos no dejó ninguna obra escrita; porque la *Astronomía náutica*, que se le atribuye, afirman que es de Foco de Samos. Calímaco atestigua que fue el descubridor de la Osa Menor cuando dice de él en sus *Yambos* así:

También se decía que había medido (la distancia entre) las estrellitas del Carro, por el que guían su navegación los fenicios[4].

Según otros sólo escribió dos obras sobre el solsticio y el equinoccio, porque estimó que «lo demás es incomprensible». Según el parecer de algunos, fue el primero que se ocupó de Astronomía, y que predijo los eclipses de sol y los solsticios, como dice Eudemo en su *Historia de los descubrimientos astronómicos*. Por eso le admiran Jenófanes y Heródoto. Se lo atribuyen también Heráclito y Demócrito.

24. Algunos dicen, entre ellos el poeta Quérilo, que fue el primero en afirmar que las almas son inmortales.

También fue el primero en deducir el curso del sol de un solsticio a otro; y demostró que en relación al tamaño del sol el de la luna es una parte setecientas veces menor, según otros.

También fue el primero en fijar, como último día del mes, el treinta; y el primero que especuló sobre la naturaleza.

Aristóteles e Hipias dicen que él concede la existencia de almas incluso en los seres inanimados, aduciendo el ejemplo de la piedra de Magnesia (el imán) y del ámbar. Dice Pánfila que después de aprender geometría con los egipcios fue el primero en inscribir en el círculo el triángulo rectángulo, y sacrificó un buey por el descubrimiento. 25. Otros lo cuentan de Pitágoras, como Apolodoro el Logístico.

4. *Frag.* 191, 54 ss.

Hizo grandes progresos sobre los triángulos escalenos, cuya invención atribuye Calímaco en sus *Yambos* a Euforbo el Frigio, y en lo que se refiere a la teoría de las líneas.

Parece que también tomó decisiones óptimas en política. Pues cuando Creso solicitó a los milesios para una alianza de guerra, él lo impidió; lo que salvó a la ciudad cuando Ciro hubo alcanzado la victoria. Y él dice de sí mismo, como cuenta Heraclides, que vivió solitario y retirado. 26. Algunos en cambio dicen que se casó y tuvo un hijo, Cibisto; otros, que permaneció soltero y adoptó el hijo de su hermano. Cuando una vez le preguntaron que por qué no tenía hijos, dijo que por amor a los hijos. Y cuentan que dijo a su madre que le invitaba a casarse: «Aún no es momento oportuno». Luego, cuando ella insistió, después de pasar su juventud, contestó: «Ya no es momento oportuno».

Cuenta también Jerónimo de Rodas en el libro segundo de sus *Recuerdos anecdóticos* que, queriendo demostrar que es fácil hacerse rico, al llegar la época de recolección de la aceituna, alquiló con previsión los talleres de aceite y reunió muchísimo dinero.

27. Estableció como principio de todas las cosas el agua, y afirmó que el universo está animado y lleno de divinidades. Dicen que inventó las estaciones del año y que lo dividió en trescientos sesenta y cinco días.

No tuvo ningún maestro a no ser que al llegar a Egipto trató allí con los sacerdotes. Jerónimo dice también que él midió las pirámides por su sombra relacionando su tamaño con el de la nuestra. Fue contemporáneo de Trasibulo el tirano de Mileto, según dice Minias.

Es muy conocido el suceso del trípode encontrado por los pescadores y enviado a los sabios por el pueblo de Mileto. 28. Pues dicen que unos jóvenes jonios alquilaron la red de los pescadores milesios. Y al izar el trípode en la pesca, hubo disputas sobre él hasta que los milesios consultaron a Delfos. Y el dios vaticinó así:

Descendiente de Mileto, ¿preguntas a Febo sobre el Trípode? A quien sea el primero de todos en sabiduría, a ése le concedo el Trípode[5].

Entonces se lo da a Tales y él a otro y el otro a otro hasta Solón. Él dijo que el dios era el primero en sabiduría y lo envió de regreso a Delfos.

Esto también Calímaco en sus *Yambos* lo cuenta de otra manera, tomando sus datos de Leandrio de Mileto. Pues dice que un cierto Baticles de Arcadia legó una copa famosa y encargó darla al mejor de los sabios. Se le entregó entonces a Tales y después del rodeo regresó otra vez a Tales. 29. Él la remitió al Apolo de Dídima diciendo con esta frase, según Calímaco:

Al que vela por el pueblo de Nileo me entrega Tales que ha recibido por dos veces este premio[6].

La inscripción al pie es así: «Tales de Mileto, hijo de Examias, a Apolo de Delfos el premio que dos veces ha recibido de los griegos».

El que llevaba la copa (de un sabio a otro) se llamaba Tirión hijo de Baticles, según dice Eleusis en su obra *Sobre Aquiles* y Alejón de Mindo en el noveno de sus *Relatos místicos*.

Eudoxo de Cnido y Evantes de Mileto dicen que uno de los amigos de Creso recibió de este rey una copa de oro para entregarla al más sabio de los griegos y él se la dio a Tales. 30. Y llegó la copa hasta Quilón, quien preguntó a Apolo Pítico quién era más sabio que él. Y le contestó que Misón, del que hablaremos. A éste los discípulos de Eudoxo lo ponen en lugar de Cleobulo, y Platón en lugar de Periandro. Sobre él contestó esto el Apolo de Delfos:

5. Diodoro de Sicilia, *Bibli. Hist.* IX 3, 2.
6. *Frag.* 191, 76 ss.

Digo que existe un cierto Misón de Eta en Quene más pertrechado que tú en pensamientos certeros[7].

El que planteó la pregunta fue Anacarsis. Daímaco de Platea y Clearco dicen en cambio que la copa fue enviada por Creso a Pítaco y que así empezó a dar la vuelta.

Andrón en el *Trípode* dice que los argivos ofrecieron un trípode como premio de su virtud para el más sabio de los griegos; fue premiado Aristodemo de Esparta, que se lo entregó a Quilón.

31. A Aristodemo recuerda también Alceo en estos versos:

Así, pues, ya una vez cuentan que Aristodemo dijo en Esparta una frase muy firme: el dinero hace al hombre y ningún pobre fue nunca noble ni honrado[8].

Algunos dicen que Periandro envió un navío cargado a Trasibulo el tirano de Mileto. Éste naufragó en el mar de Cos, y después algunos pescadores encontraron el trípode. Fanódico dice que lo encontraron en el mar de Atenas y al ser llevado a la ciudad se hizo una asamblea que decidió enviarlo a Biante. 32. El porqué, lo diremos en la vida de Biante.

Otros afirman que había sido forjado por Hefesto y regalado por el dios a Pélope en su boda, y luego llegó hasta Menelao y fue arrebatado junto con Helena por Paris y arrojado en el mar de Cos a instancias de la espartana, que dijo que sería motivo de disputas. Con el tiempo unos habitantes de Lébede que habían comprado allí el producto de una pesca recogieron también el trípode. Disputando por él con los pescadores, hicieron el regreso hasta la isla de Cos; y como

7. Diod. Sic., *B. H.* 9, 6.
8. *Frag.* 360.

no lograban acordar nada, los denunciaron a los de Mileto, que era su metrópoli. Después que éstos no lograron un arreglo por medio de embajadores, hicieron la guerra contra los de Cos. Como morían muchos de uno y otro lado, un oráculo decidió que se entregara al hombre más sabio. Y unos y otros acordaron dárselo a Tales. Él después de la ronda lo consagró a Apolo de Dídima. 33. El oráculo a los de Cos era de la forma siguiente:

No cesará la discordia entre Méropes y Jonios,
hasta que el trípode de oro que Hefesto arrojó al mar
saquéis de la ciudad y llegue a la mansión de un hombre
que sea sabio para el presente, el futuro y el pasado[9].

Y a los milesios contestó:

Descendiente de Mileto, ¿preguntas a Febo sobre el trípode?,

como ya se ha dicho. La anécdota es así.

Hermipo en sus *Vidas* atribuye a Tales lo que algunos dicen de Sócrates: que afirmaba, dicen, que por tres cosas daba gracias a la Fortuna. Primero por haber nacido hombre y no animal, luego varón y no mujer, y en tercer lugar griego y no bárbaro.

34. Se dice que salía de su casa acompañado por una vieja para contemplar las estrellas y cayó en un pozo. Cuando se lamentaba, la vieja le dijo: «Y tú, Tales, que no puedes ver lo que tienes ante tus pies, ¿crees que vas a conocer las cosas del cielo?»

También Timón atestigua que se dedicó a la Astronomía al elogiarla en sus *Siloi* (sátiras):

Como Tales, sabio astrónomo entre los siete sabios[10].

9. Diod. Sic., *B. H.* IX 3, 2.
10. *Frag.* 23 Diels.

Lobón de Argos dice que sus escritos llegaban a doscientos versos épicos y que la inscripción sobre su estatua es ésta:

A este Tales la Jonia Mileto que le crió ha mostrado como astrónomo el más venerable de todos por su sabiduría[11].

35. A sus versos pertenecen éstos:

El mucho hablar no demuestra una mente sagaz.
Busca una sola cosa sabia.
Elige una sola cosa respetable.
Acallarás así la cháchara infinita de los hombres necios.

También se le atribuyen las siguientes sentencias:

El más viejo de los seres es dios; porque es ingénito.
Lo más bello es el universo; porque es creación de dios.
Lo más grande es el espacio pues todo lo abarca.
Lo más rápido el pensamiento porque todo lo atraviesa.
Lo más fuerte la necesidad porque domina todas las cosas.
Lo más sabio el tiempo porque todo lo descubre.

Dijo que no había diferencia entre la vida y la muerte. «¿Entonces por qué no te mueres tú?», le preguntó uno. Contestó: «Porque no hay diferencia». 36. A quien le preguntaba qué fue primero, la noche o el día, contestaba: «La noche es anterior por un día». Le preguntó uno si el hombre que cometía una injusticia podía pasar inadvertido a los dioses. «Ni siquiera el que la piensa», dijo. A un adúltero que preguntaba si podía jurar que no había cometido adulterio, le contestó: «El juramento falso no es peor que el adulterio». A la pregunta de ¿qué es difícil?, dijo: «El conocerse a sí mismo». Y ¿qué fácil?: «Aconsejar a otro». ¿Qué es lo más agradable?: «Acertar». ¿Qué es lo divino?: «Lo que no tiene prin-

11. *Ant. Pal.* VII 83.

cipio ni fin». ¿Qué es difícil que uno vea?: «A un tirano viejo». ¿Cómo uno soportaría más fácilmente la desgracia?: «Si viera a sus enemigos que lo pasaban aún peor». ¿Cómo viviríamos de la manera mejor y más justa?: «Si no hacemos lo que censuramos a los demás». 37. ¿Quién es feliz?: «El que tiene el cuerpo sano, el espíritu bien dispuesto y un natural bien educado».

Decía que «hay que acordarse de los amigos presentes y ausentes»; «que no embellece el aspecto, sino que se es hermoso por las acciones». «No te enriquezcas -dice- por malos medios y que tu palabra no te difame ante los que confían en ti.» «Los presentes que ofrezcas a tus padres, espéralos también de tus hijos.»

Dijo que el Nilo se desborda cuando su corriente es rechazada por el azote contrario de los vientos etesios.

Dice Apolodoro en sus *Crónicas* que nació en el primer año de la Olimpiada treinta y nueve. 38. Murió a los 78 años (o, como dice Sosícrates, a los 90), pues murió en la Olimpiada cincuenta y ocho, viviendo en tiempo de Creso, al que prometió que cruzaría el río Halis sin puente, desviando su curso.

Hubo también otros cinco Tales, según dice Demetrio de Magnesia en sus *Homónimos:* un orador de Calatis de estilo perverso; un pintor de Sición de noble familia; un tercero muy antiguo en tiempos de Homero, Hesíodo y Licurgo; un cuarto, al que recuerda Duris en *Sobre la pintura;* un quinto más joven sin gran renombre del que hace mención Dionisio en sus *Críticas*.

39. En cuanto al sabio, murió presenciando un certamen gimnástico a causa del calor y la sed y la debilidad, ya anciano. Y sobre su tumba está escrito:

Si pequeña es esta tumba, su fama es amplia como el cielo; ella encierra al muy inteligente Tales[12].

12. *Ant. Pal.* VII 84.

En el primer libro de mis *Epigramas* o *Versos de metro diverso*, he escrito este epigrama:

Cuando contemplaba el certamen gimnástico, Zeus Helios arrebataste del estadio al sabio Tales.
Apruebo que te lo llevases más cerca, pues el anciano no podía ya ver desde la tierra las estrellas[13].

40. De él es el «Conócete a ti mismo» que Antístenes en sus *Tradiciones* dice que es de Femónoe, y que se lo apropió Quilón.

Acerca de los siete –ya que es justo aquí hacer mención de aquéllos completamente– se refieren estos dichos.

Damón de Cirene, que ha escrito *Acerca de los filósofos*, da el título a todos y especialmente a los siete. Anaxímenes dice que todos se dedicaron a la poesía. Dicearco dice que ni eran sabios ni filósofos sino hombres inteligentes y legisladores. Arquetimo de Siracusa ha escrito una conversación de éstos en la morada de Cípselo, a la que dice que asistió personalmente. Éforo dice que todos visitaron a Creso excepto Tales. Dicen otros que se encontraron en el Panjonio, en Corinto y en Delfos. 41. Hay desacuerdo incluso respecto a sus sentencias, y unos atribuyen una cosa a uno y otros a otro, como aquélla:

Hubo un sabio Quilón de Lacedemonia que dijo esto: Nada en demasía. En su momento oportuno todo resulta bien.

Se discute también sobre el número de éstos. Leandrio, por ejemplo, coloca en lugar de Cleobulo y de Misón a Leofanto, hijo de Gorsíadas, de Lébede o de Éfeso, y a Epiménides de Creta. Platón en el *Protágoras* coloca a Misón en lugar de Periandro. Éforo, a Anacarsis en lugar de Misón. Otros añaden a Pitágoras. Dicearco da cuatro como recono-

13. *Ant. Pal.* VII 85.

cidos: Tales, Biante, Pítaco y Solón; y nombra otros seis de los que pueden elegirse tres: Aristodemo, Pánfilo, Quilón de Lacedemonia, Cleobulo, Anacarsis y Periandro. Algunos añaden a Acusilao, Caba o Escabra de Argos. 42. Hermipo en el *Sobre los sabios* nombra diecisiete de los que de una u otra manera se escogen siete. Son: Solón, Tales, Pítaco, Biante, Quilón, Misón, Cleobulo, Periandro, Anacarsis, Acusilao, Epiménides, Leofanto, Ferecides, Aristodemo, Laso hijo de Carmántides o de Sisimbrino (o, según Aristóxeno, hijo de Cabrino), Hermioneo y Anaxágoras. Hipóboto en el *Catálogo de los Filósofos* cita a Orfeo, Lino, Solón, Periandro, Anacarsis, Cleobulo, Misón, Tales, Biante, Pítaco, Epicarmo y Pitágoras.

Se atribuyen también a Tales estas cartas:

De Tales a Ferecides:

43. «Me entero de que piensas tú ser el primero de los jonios en ofrecer a los griegos un tratado sobre los asuntos divinos. Sin duda tu inteligencia es capaz de ofrecer un escrito en público antes que ofrecer tal asunto a gentes de poco saber. Si te parece bien, quisiera tener información de lo que escribes; y si me invitas acudiré a tu casa en Siros, pues no seríamos sensatos Solón el ateniense y yo si después de haber navegado a Creta para informarnos de las cosas de allí, y de navegar a Egipto para conversar con los sacerdotes y astrólogos del país, no navegáramos junto ti. También Solón acudirá pues, si lo solicitas. 44. Sin embargo, tú pocas veces vienes de viaje a Jonia y no te empuja el deseo de comunicación con extranjeros, sino que, según creo, te dedicas a este único afán de tu escrito. En cambio nosotros, que no escribimos nada, recorremos Grecia y Asia».

De Tales a Solón:

«Si sales de Atenas, me parece que podrías vivir muy a gusto en Mileto junto a vuestros colonos. Allí no tendrás

ninguna molestia aunque te disguste que también los milesios estemos sometidos a un tirano, ya que odias a todos los dictadores; te agradaría sin embargo vivir con nosotros los compañeros. Te invitó también Biante a ir a Priene; si te pareciera más acogedora la ciudad de Priene para vivir allí, entonces nosotros acudiremos a tu casa».

Solón (arconte en el 594 a.C.)

45. Solón de Salamina, hijo de Ejecéstides, en primer lugar introdujo en Atenas la «sisactía», esto es, la remisión de gravámenes sobre personas y bienes. Porque antes se sometían a gravamen incluso las personas físicas y muchos por pobreza se convertían en siervos. Fue el primero en ceder siete talentos que le debían de la herencia de su padre y exhortó a los demás a hacer lo mismo. Y esta ley se llamó «sisactía» (remoción de cargas). Es evidente por qué. Después estableció las demás leyes que sería largo relatar y las fijó en las tablillas de bandos públicos.

46. Otro hecho muy importante. Cuando su patria (Salamina) era disputada por los atenienses y los megarenses y después de muchos desastres bélicos los atenienses habían votado que si alguno aconsejaba combatir por Salamina se le castigara con la muerte, él fingiendo que estaba loco y llevando una corona se introdujo en el ágora. Allí, a los atenienses reunidos por el heraldo, leyó sus elegías compuestas sobre Salamina y los animó. Y de nuevo combatieron contra megarenses y los vencieron, gracias a Solón. 47. Los versos elegíacos que más inflamaron a los atenienses fueron éstos:

> Ojalá entonces yo fuera folegandrio o sicinita
> en lugar de ateniense, cambiando de patria.
> Pues pronto cundirá este dicho entre los hombres:

Ése es un hombre del Ática de los que abandonaron
[Salamina[14].

Y después:

Marchemos a Salamina a combatir por la isla deseada
y a rechazar de nosotros el duro deshonor.

Les convenció también para conquistar el Quersoneso en Tracia. 48. Para que no pareciese que se habían apoderado de Salamina sólo por la violencia sino también con justicia, descubrió algunas tumbas y mostró que los cadáveres estaban colocados hacia oriente, como era costumbre enterrarlos entre los atenienses. Incluso las propias tumbas miraban hacia oriente y tenían grabados los nombres de los demos, lo que era peculiar de los atenienses. Algunos dicen también que él hizo añadir por escrito en el *Catálogo* de Homero, después del verso:

Ayante de Salamina trajo doce naves

el verso:

y las colocó a su llegada donde estaban las falanges de los
[atenienses[15].

49. En cierto momento el pueblo se le había sometido y deseaba de buen grado ser gobernado por él como tirano. Pero él no aceptó sino que incluso se opuso en cuanto estuvo en su mano a su pariente Pisístrato, según dice Sosícrates, previendo la tiranía. Así que acudió a la asamblea con lanza y escudo y les previno del intento de Pisístrato. Incluso estaba dispuesto a socorrerlos, al decirles: «Atenienses, soy más sabio que unos y más valiente que otros. Más sabio que los que

14. *Frag.* 2 Diehl.
15. *Ilíada* II 557-8.

no comprenden el engaño de Pisístrato, y más valiente que los que lo conocen pero lo callan por temor». Entonces el Consejo de la Asamblea, que estaba a favor de Pisístrato, dijo que estaba loco. Por eso compuso lo siguiente:

Ya mostrará mi locura a los ciudadanos un corto tiempo.
La mostrará cuando la verdad se haga pública[16].

50. Los versos elegíacos en que prevenía de la tiranía de Pisístrato eran éstos:

De la nube y de la tormenta llega el ímpetu de la nieve
y el trueno nace del brillante relámpago.
Perece una ciudad de grandes hombres. Porque el pueblo
cayó por su ignorancia en la esclavitud bajo un monarca[17].

Cuando aquél obtuvo ya el poder sin que él les hubiera convencido, depositó sus armas ante la sala de los generales y diciendo: «oh patria, acudí en tu socorro de palabra y de obra», se embarcó para Egipto y Chipre. Llegó hasta Creso y cuando aquél le preguntó «¿quién te parece feliz?», contestó: «Telo el ateniense y Cleobis y Bitón», y las demás cosas tan conocidas.

51. Dicen algunos que Creso, que se había revestido de toda clase de adornos e instalado en su trono, le preguntó si había visto algún espectáculo más hermoso; y él contestó: «Los gallos, los faisanes y los pavos reales, porque están adornados por una belleza natural y mil veces más hermosa». Marchándose de allí llegó a Cilicia y fundó una ciudad que por él se llamó Solos. Estableció allí a unos pocos atenienses de los que al variar su lengua con el tiempo se dijo que cometían «solecismos».

16. *Frag.* 9 Diehl.
17. *Frag.* 10 Diehl.

Los de allí son solenses, y los de Chipre solios. Cuando se enteró de que Pisístrato ya era tirano, escribió estos versos a los atenienses:

52. Si sufrís desgracias por vuestra cobardía,
no achaquéis a los dioses la causa de éstas;
porque vosotros mismos los habéis ensalzado y
[concedido el poder
y por eso soportáis la infame esclavitud.
Cada uno de vosotros camina tras las huellas del zorro
y todos vosotros tenéis una mente ligera.
Porque atendéis a la lengua y la palabra fatua del
[hombre,
y no observáis sus hechos poco claros[18].

Pisístrato le envió una misiva durante su exilio, de esta manera:

Pisístrato a Solón:

53. «Ni fui el primero de los griegos en pretender la tiranía ni este poder me era ajeno, ya que soy de la familia de los descendientes de Codro. Así he recuperado yo lo que los atenienses, después de haber jurado dárselo a Codro y su linaje, habían denegado. En lo demás no falto en nada ni a los dioses ni a los hombres; sino que he dispuesto que se gobierne según las leyes que tú estableciste para los atenienses y están mejor gobernados que durante la democracia. Pues no dejo a nadie cometer desmesuras; incluso yo, el tirano, no recibo ningún exceso de dignidades y honores como por ejemplo eran los presentes reconocidos a los reyes de antes. Cada ateniense entrega el diezmo de su hacienda, no para mí sino para un fondo de gastos para las fiestas públicas y demás gastos generales y por si la guerra nos alcanza.

18. *Frag.* 8 Diehl.

54. »A ti yo no te reprocho que denunciaras mi plan, pues lo denunciaste más por buena intención hacia la ciudad que por odio contra mí. Y además por ignorancia del gobierno que yo iba a establecer. Si lo hubieras sabido, pronto lo habrías soportado y no te habrías exiliado. Regresa ahora a la patria confiando en mí sin juramentos, que nada desagradable sufrirá Solón de Pisístrato. Sabe, pues, que tampoco lo ha sufrido ninguno de mis enemigos. Y si tienes a bien ser uno de mis amigos, estarás entre los primeros, pues no veo en ti nada engañoso ni desleal. Si quieres vivir de otra manera en Atenas, te será permitido. Pero por causa nuestra no quedes privado de tu patria».

55. Esto escribió Pisístrato.

Solón fijó en setenta años el límite de la vida humana. Parece que legisló de manera óptima en lo siguiente. Si alguien no alimenta a sus padres, que quede deshonrado; del mismo modo también el que devore la hacienda paterna. Que el ocioso deba rendir cuentas a todo el que quiera acusarlo. Lisias dice en su *Contra Nicias* que Dracón escribió la ley pero que Solón añadió que se negara la tribuna pública al infamado por sus malas costumbres. Fijó limitaciones a los premios de los juegos atléticos estableciendo quinientas dracmas para un vencedor olímpico, cien para un vencedor ístmico y en proporción para los demás. Porque consideraba superfluo pretender estos honores, consideraba en cambio sólo aquellos de los que morían en combate, cuyos hijos dispuso que fueran mantenidos y criados a costa del erario público. 56. Por ello se afanaron muchos en portarse como personas dignas en la guerra: por ejemplo: Policelo, Cinegiro, Calímaco, y todos los combatientes de Maratón; y además Harmodio y Aristogitón, y Milcíades y otros innumerables. En cambio los atletas son muy gastosos en sus ejercicios, y demasiado ufanos por su victoria reciben coronas a costa de su patria más

que en contra de sus antagonistas. Y al hacerse viejos son, según el verso de Eurípides,

> Mantos raídos que van perdiendo sus colores[19].

En atención a esto, Solón los apreciaba limitadamente.

Otro acierto suyo es aquello de que «el tutor de los huérfanos ni cohabite con la madre, y que no sea tutor aquel al que le venga la herencia al morir los huérfanos». 57. Y eso «que el grabador de anillos no pueda tener el sello de un anillo después de venderlo». Y «si alguien saca el ojo único a un tuerto, que le saquen a cambio los dos suyos». «Lo que no pusiste no lo recojas; de lo contrario, pena de muerte.» «Al arconte que sea cogido borracho, pena de muerte.»

Mandó que los versos de Homero se recitaran a partir de una compilación por escrito, de modo que el recitante empezara en aquel punto donde acabó el anterior. Así que más aclaró a Homero Solón que Pisístrato, como dice Diéuquidas en el quinto libro de sus *Relatos megáricos*. Sobre todo a propósito de estos versos de «los que dominaban Atenas» y siguientes. 58. Solón fue el primero en llamar al día treinta viejo y nuevo, y formó el primero el Consejo de los nueve arcontes para decidir en común, como dice Apolodoro en el segundo libro de *Sobre los legisladores*. Y cuando la contienda civil, no se puso de parte de los de la ciudad ni de los del campo ni de los de la costa.

Decía que la palabra era la imagen de las obras. Que es rey el más potente por su fuerza. Que las leyes son semejantes a las telas de araña: pues también aquéllas, cuando cae algo ligero y débil lo envuelven; pero si cae algo más fuerte, las rasga y traspasa. Repetía que hay que sellar la palabra con el silencio y el silencio con la oportunidad. 59. Decía que los que reciben poder de los tiranos son semejantes a las fichas

19. *Frag.* 282, 12 del drama satírico *Autólico*.

de cálculo. También éstas indican unas veces más y otras menos, como a aquéllos los tiranos una vez los llevan a lo alto y brillante y otras a la deshonra. Al preguntarle por qué no establecía una ley contra el parricidio, dijo: porque espero que no exista. A cómo cometerían menos injusticias los humanos, contestó: «si de igual modo lo sintieran los que las sufren y los que no las sufren». Y «de la riqueza se produce el hartazgo y del hartazgo la desmesura».

Aconsejó a los atenienses regir los días por la luz. Prohibió a Tespis representar sus tragedias porque consideraba perjudicial la ficción. 60. Cuando Pisístrato se causó heridas a sí mismo, dijo que de él se producían. Dio a los hombres los siguientes consejos, según dice Apolodoro en su *Sobre las sectas de los filósofos:* Considera más leal la hombría de bien que un juramento. No mientas. Dedícate a lo importante. No adquieras amigos deprisa; y no desprecies a los que quieras. Empieza a mandar después de aprender a obedecer. No aconsejes lo más agradable sino lo más provechoso. Haz de tu inteligencia tu guía, no te mezcles con los malos. Honra a los dioses, respeta a tus padres.

Dicen que cuando Mimnermo escribió:

Ojalá que sin enfermedades ni amargas preocupaciones
a los sesenta años me alcanzara la muerte fatal[20].

61. Él contestó corrigiéndolo:

Si ahora quieres hacerme caso, borra eso.
No te ofendas porque así te corrija.
Cambia el verso, hijo de Ligiastades, y canta así:
que a los ochenta años me alcance la muerte fatal[21].

20. *Frag.* 6 Diehl.
21. *Frag.* 22, 14 Diehl.

A sus versos pertenecen éstos:

Ten cuidado de cada hombre, mira
que no te hable con rostro sonriente
y tenga en su corazón el odio oculto,
y una lengua falsa te dirija la palabra
desde su negro entendimiento[22].

Dejó escritas, además de sus leyes, discursos públicos y consejos a sí mismo, elegías como los cinco mil versos sobre Salamina y el gobierno de los atenienses, y yambos y epodos.
62. Sobre su estatua se ha grabado esta inscripción:

La tierra que hizo cesar la injusta insolencia de los medos, ésta,
Salamina, dio a luz a este legislador venerable[23].

Floreció en la Olimpiada cuarenta y seis, en cuyo tercer año gobernó en Atenas, según dice Sosícrates. Fue entonces cuando estableció sus leyes. Murió en Chipre después de una vida de ochenta años, dejando a sus familiares estas instrucciones: que llevaran sus huesos a Salamina y tras reducirlos a cenizas los esparcieran sobre la tierra. Por esto Cratino dice en *Los Quirones* poniéndolo en su boca:

Habito una isla al decir de los hombres,
diseminado por toda la ciudad de Ayante[24].

63. Hay también un epigrama nuestro en el ya citado *Poema de metro diverso*, donde he tratado de todos los famosos muertos en varios metros y ritmos, epigramas y canciones, que dice así:

22. *Frag.* 42 Bergk.
23. *Ant. Pal.* VII 86.
24. *Frag.* 228, Kock I 82.

El cuerpo de Solón consumió el fuego chipriota en tierra
[extraña,
pero sus huesos alberga Salamina, de cuyo polvo crecen las
[espigas.
Y su alma ascendió enseguida al cielo.
Pues bien estableció leyes, ligera carga para los
[ciudadanos[25].

Expresó la sentencia, dicen, de «nada en demasía». También cuenta Dioscórides en sus *Recuerdos* que una vez que lloraba la muerte de su hijo (del que nosotros no tenemos memoria) le dijo uno: «Con eso nada consigues», y él contestó: «Por eso mismo lloro, porque nada consigo».

64. Se han trasmitido como suyas estas cartas:

De Solón a Periandro:

«Me comunicas que muchos conspiran contra ti. Y tú aunque pensaras en liberarte de todos no lo conseguirías. Puede conspirar incluso el más insospechado, el uno temiendo por sí mismo, el otro que te desprecia porque no confías en nada. Incluso puede hacerlo para recibir el agradecimiento de la ciudad cuando no lo sospechas. Lo mejor, pues, sería que te marcharas, para apartarte de la causa. Pero si quieres ser tirano de cualquier modo, procura tener una fuerza de guardia extranjera superior a la ciudadana, y nadie será ya temible para ti ni tendrás que librarte de nadie».

De Solón a Epiménides:

«Ni mis leyes iban a beneficiar en mucho a los atenienses ni tú al purificarlas has beneficiado la ciudad. Porque la religión y los legisladores no pueden por sí mismos beneficiar a las ciudades, a no ser que los que conducen a la muchedumbre se comporten con sabiduría. Así la religión y las leyes

25. *Ant. Pal.* VII 87.

cuando ellos se comportan bien son útiles. Pero si se comportan mal, para nada sirven.

65. »No son mejores mis leyes y todo lo que yo he legislado. Los que dirigen la comunidad las echaron a perder, quienes no impidieron a Pisístrato conseguir la tiranía, ni siquiera yo al advertirlos fui creído. Era más digno de fe aquel que adulaba a los atenienses que yo que decía la verdad. Cuando yo deposité mis armas ante la sala de los generales, dije que era más inteligente que los que no comprendían que Pisístrato ambicionaba la tiranía, y más valiente que los que vacilaban en oponerse. Ellos despreciaron la locura de Solón. Al final expresé mi testimonio: oh patria; yo, Solón, estoy dispuesto a defenderte de palabra y de obra. De nuevo a ellos les pareció que decía locuras.

»De tal modo salí de la asamblea como el único enemigo de Pisístrato. Ellos se disponían a ser sus doríforos de buen grado. Porque ese hombre amigo aspiraba de modo terrible a la tiranía. 66. Comenzó a convertirse en demagogo. Luego se causó a sí mismo unas heridas y presentándose en la Heliea gritaba diciendo que se las habían causado sus enemigos. Y pidió que se le ofrecieran cuatrocientos guardias, de los más jóvenes, como escolta. Ellos sin hacerme caso le entregaron los guardias, que estaban armados de porras. Después de esto sometió al pueblo, ¡que en vano me esforcé por liberar a los pobres de la servidumbre ya que ahora todos son esclavos de uno solo, de Pisístrato!».

De Solón a Pisístrato:

«Creo que nada malo sufriré de ti. Efectivamente antes de la tiranía era amigo tuyo, y ahora no te soy más contrario que cualquiera de los demás atenienses a quien no le guste la tiranía. Si les es mejor ser gobernados por uno solo o vivir en una democracia, que lo determine cada uno por lo que conoce. 67. Reconozco que tú eres el mejor de todos los tiranos. Pero veo que no estaría bien que yo regresara a Atenas,

para que nadie me reproche que después de ofrecer a los atenienses la igualdad política y no aceptar la tiranía cuando me era posible, ahora de regreso estoy de acuerdo con lo que tú haces».

De Solón a Creso:

«Te aprecio por tu amistad hacia mí y, ¡por Atenea!, si no fuera para mí lo más importante habitar en una democracia habría preferido continuar mi vida en tu reino que en Atenas, donde gobierna por la fuerza el tirano Pisístrato. Sin embargo, me es más agradable la vida allí donde las leyes son iguales para todos. Pero iré a visitarte con el afán de ser tu huésped y amigo».

Quilón *(c.* 560 a.C.)

68. Quilón hijo de Damagetas de Esparta. Compuso elegías hasta unos doscientos versos, y decía que la excelencia del hombre es la previsión del futuro captada por su razonamiento. A su hermano, que estaba irritado por no ser éforo cuando él lo era, le dijo: «Es que yo sé soportar la injusticia y tú no». Fue éforo en la Olimpiada cincuenta y cinco en tiempos de Eutidemo, según dice Sosícrates. Pánfila dice que en la cincuenta y seis y que fue el primer éforo. Y fue el primero en colocar éforos junto a los reyes para gobernar conjuntamente. Sátiro lo atribuye a Licurgo.

Según dice Heródoto en su primer libro, una vez que Hipócrates sacrificaba en Olimpia, como los calderos hirvieron por sí solos, él le aconsejó que no se casara o que si tenía mujer la expulsara y renegara de sus hijos. 69. Cuenta también que él preguntó a Esopo qué era lo que hacía Zeus y aquél contestó: «Humilla lo elevado y eleva lo humilde». Al preguntarle uno en qué se diferencian los doctos de los ineducados, contestó: «En sus esperanzas en lo bueno». O ¿qué

es difícil?: «Callar los secretos y disponer bien el ocio propio, y saber soportar la injusticia». Daba también estos consejos: dominar la lengua, sobre todo en un banquete; no hablar mal de los vecinos, o de lo contrario tener que oír cosas molestas; 70. no amenazar a nadie, porque es propio de mujeres; acudir más rápido a las desgracias de los amigos que a sus éxitos; hacer un matrimonio modesto; no hablar mal del que ha muerto; honrar la vejez; vigilarse a sí mismo; preferir antes un castigo que una ganancia vergonzosa pues éste causa dolor una vez y aquélla durante toda la vida; no burlarse del desgraciado; ser fuerte y suave para que los demás nos respeten más que nos teman; aprender a dirigir bien la propia casa; que la lengua no corra más que el pensamiento; dominar el ánimo; no odiar el arte adivinatoria; no desear lo imposible; no apresurarse en la marcha; no agitar las manos al hablar, porque es de locos; obedecer las leyes; aprovechar la soledad.

71. De sus cantos ha conseguido fama esto:

> Con las piedras de toque se examina el oro
> para dar su calidad exacta
> y con el oro se pone a prueba la inteligencia de los
> hombres buenos y los malos[26].

Dicen que en cierta ocasión, cuando ya era viejo, dijo que no recordaba haber hecho nada ilegal en toda su vida. Pero dudaba sobre una cosa: que al ir a juzgar una vez a un amigo suyo según la ley, convenció al amigo de que le recusara para cumplir a la vez con la ley y con el amigo.

Se hizo muy famoso entre los griegos por su predicción sobre la isla lacedemonia de Citerea. Pues al darse cuenta de su disposición exclamó: «¡Ojalá no hubiera surgido o después de surgir se hubiera hundido de nuevo!». 72. Y bien

26. *Frag.* III 199 Bergk.

lo previó. Pues Demarato, prófugo de Lacedemonia, aconsejó a Jerjes que dispusiera sus naves junto a la isla; y así habría conquistado Grecia, de hacerle caso Jerjes. Después, al conquistar Nicias la isla en la guerra del Peloponeso, estableció una avanzada de los atenienses y causó muchos daños a los lacedemonios.

Era brevilocuente; por lo que Aristágoras de Mileto llama «quilonio» al estilo braquilógico. (Era también propio de Branco, el que fundó el templo de Bránquidas.)

Era ya viejo en la Olimpiada cincuenta y dos cuando estaba en su apogeo el fabulista Esopo. Murió, como dice Hermipo, en Pisa al abrazar a su hijo, vencedor olímpico del pugilato.

Le ocurrió esto por lo extremado de su alegría y la debilidad de sus muchos años. Y todos los reunidos para el certamen lo escoltaron con los máximos honores.

Le tengo compuesto este epigrama:

73. A ti Pólux lucífero te doy gracias, porque el hijo
de Quilón recogió el verde olivo del pugilato.
Si su padre murió de alegría al ver al hijo portador de la corona
no es reprensible. ¡Ojalá a mí me llegue
una muerte semejante!»[27].

Sobre su estatua está escrito este epigrama:

Esparta coronada de lanzas engendró a este Quilón
que de los Siete Sabios el primero fue en sabiduría[28].

Suya es la sentencia: «Sal fiador y tendrás preocupaciones». También es de él esta pequeña carta:

27. *Ant. Pal.* VII 88.
28. *Ant. Pal.* IX 596.

De Quilón a Periandro:

«Me escribes sobre la expedición militar al extranjero, que tú en persona emprendes. Yo opino que incluso los asuntos internos son peligrosos para un monarca, y entre los tiranos considero feliz al que puede morir en su casa de causa natural».

Pítaco (*c.* 600 a.C.)

74. Pítaco hijo de Hirradio era de Mitilene. Dice Duris que su padre era tracio. Él fue quien con los hermanos de Alceo derribó a Melancro, el tirano de Lesbos. Y cuando atenienses y mitilenios combatían por la comarca aquilítide, él era general de éstos, y Frinón, vencedor olímpico del pancracio, de los atenienses. Acordó luchar contra él en un combate personal. Y con una red que llevaba oculta bajo el escudo envolvió a Frinón, y al matarlo liberó el terreno. Sin embargo dice Apolodoro en sus *Crónicas* que después los atenienses disputaron un pleito contra los mitilenios por este terreno, y el árbitro de la causa fue Periandro, que lo concedió a los atenienses.

75. En aquel tiempo los mitilenios concedieron grandes honores a Pítaco y pusieron el gobierno en sus manos. Después de mantenerlo durante diez años y de aportar el orden a la ciudad, abandonó el poder, y sobrevivió otros diez años. También le otorgaron los mitilenios un terreno, pero él lo hizo consagrar; ese terreno se llama ahora Pitacio. Sosícrates dice que, como se lo recortaran un poco, dijo que «la mitad es mayor que el todo». Sin embargo, cuando Creso le ofreció riquezas, no las aceptó diciendo que tenía el doble de lo que quería. Pues al morir sin hijos su hermano, había recibido su herencia.

76. Pánfila dice en el segundo libro de sus *Recuerdos* que un herrero, dándole con un hacha, mató a su hijo Ti-

rreo que estaba sentado en una barbería en Cumas. Los cumeos enviaron el asesino a Pítaco, quien después de informarse lo liberó diciendo: «El perdón es mejor que el arrepentimiento». Heráclito cuenta que después de hacer prisionero a Alceo lo liberó diciendo: «El perdón es mejor que la venganza».

Estableció unas leyes: para el borracho si delinque, que la pena sea doble (para que no se emborrachasen ya que en esa isla se produce mucho vino). Dijo que «es difícil ser bueno», frase que recuerda Simónides al decir «llegar a ser un hombre bueno de verdad es difícil, según la sentencia de Pítaco».
77. También la recuerda Platón en su *Protágoras:* «Contra la Necesidad ni los dioses combaten»; «y el mando revela al hombre». Al preguntarle una vez qué es lo mejor dijo: «El hacer bien lo que se hace». Y al preguntarle Creso cuál es el mayor poder contestó: «el de la tabla pintada», refiriéndose a la ley. Decía que hay que conseguir las victorias sin sangre. A Focaico, que repetía que hay que buscar a un hombre de bien, contestó: «por mucho que lo busques no lo encontrarás». Y a los que preguntaban qué es agradecido respondió: «el tiempo»; incierto, «el futuro»; seguro, «la tierra»; inseguro, «el mar».

Decía que es propio de las personas inteligentes prever las cosas difíciles antes de que sucedan para que no sucedan;
78. y de los valientes, resolverlas bien cuando suceden. «No predigas lo que quieres hacer; porque si no lo consigues serás objeto de burla»; «no maldigas tu infortunio por temor a su venganza». «Devuelve el préstamo recibido»; «no hables mal de un amigo, ni siquiera de un enemigo»; «practica la piedad, ama la moderación, mantén la verdad, la lealtad, el hábito experimental, la rectitud, el compañerismo y la atención».

De sus versos son famosos éstos:

Con un arco en las manos y un carcaj provisto de flechas
hay que salir al encuentro del hombre maligno.

Porque la lengua de su boca no expresa nada leal
ya que su corazón alberga una intención equívoca[29].

79. Compuso también elegías, en unos seiscientos versos, y escribió en prosa sobre las leyes para sus conciudadanos.

Tuvo su apogeo hacia la Olimpiada cuarenta y dos. Murió en tiempo de Aristómenes en el tercer año de la Olimpiada cincuenta y dos, después de vivir más de setenta años, anciano ya. Sobre su tumba está grabado este epigrama:

Con familiares lágrimas a Pítaco llora
esta isla sagrada de Lesbos que lo engendró[30].

Sentencia suya es «conoce el momento oportuno».

Hubo también otro Pítaco legislador, según dice Favorino, en el primer libro de sus *Memorias* y Demetrio en sus *Homónimos*, al cual le apodaban «el pequeño».

También se dice que el sabio dijo lo siguiente a un muchacho que le pedía consejo sobre el matrimonio, lo que dice Calímaco en sus *Epigramas:*

80. Cierto extranjero Atarnita preguntó así
a Pítaco de Mitilene el hijo de Hirradio:
viejo amigo, un doble matrimonio se me ofrece,
una novia es en riqueza y familia a mi medida,
la otra me aventaja, ¿qué es mejor? Venga, pues,
aconséjame, cuál de las dos conduzco al himeneo.
Contestó él, alzando su bastón, arma de su vejez:
«Mira, ésos te darán todo el consejo». Éstos
eran unos niños que con palos a azotarse
jugaban dando vueltas en una ancha encrucijada.
«Sigue, dijo, tras las huellas de ésos». Aquél se colocó
a su lado. Ellos decían, «toma a tu medida».

29. *Frag.* III 198 Bergk.
30. *Ant. Pal. App.* II 3.

Al escucharlos, el extranjero renunció a emparentarse
con una familia más importante, comprendiendo el
[mensaje de los niños.
Y llevó como esposa a su casa a la mujer como él de
[clase humilde.
También así tú, Dión, toma la esposa a tu medida[31].

81. Parece que dio este consejo por propia experiencia. Pues su mujer era de familia más noble ya que era hermana de Dracón el hijo de Pentilo, y le trataba con mucha altivez.

A Pítaco, Alceo le llama «patoso» por tener los pies anchos y por arrastrarlos; «patituerto» porque tenía llagas en los pies; «fanfarrón» porque era de natural altivo; «panzudo y tripón» porque era gordo. Y además «meriendatinieblas» porque tenía mala vista; «adefesio» porque era desaliñado y tosco. Como ejercicio gimnástico molía trigo, según dice el filósofo Clearco.

También es suya esta breve carta:

De Pítaco a Creso:

«Me invitas a ir a Lidia para ver tu riqueza. Yo aun sin verla estoy convencido de que el hijo de Aliates es el más rico de los reyes. Y nada más tendré por acudir a Sardes; pues no necesito oro sino que tengo riquezas suficientes para mí y mis compañeros. A pesar de todo iré para ser compañero y huésped tuyo extranjero».

Biante (*c.* 570 a.C.)

82. Biante de Priene, hijo de Téutamo, fue reconocido uno de los siete por Sátiro. Unos dicen que fue rico, y Duris, que era un advenedizo. Panódico cuenta que compró unas mu-

31. Pfeiffer 1.

chachas de Mesenia, cautivas, las crió como a hijas propias, les dio dote y las reenvió a sus padres, a Mesenia. Al pasar el tiempo, cuando en Atenas fue encontrado por los pescadores aquel trípode de bronce, del que ya se ha hablado, que tenía la inscripción «al sabio», cuenta Sátiro que se presentaron las muchachas –otros dicen, como Fanódico, que fue su padre quien se presentó– en la asamblea, y dijeron que Biante era sabio, relatando su propia experiencia. Entonces se le envió el trípode; 83. pero Biante al verlo dijo que «Apolo es sabio» y no lo aceptó. Otros dicen que él lo dedicó a Heracles en Tebas por ser descendiente de tebanos que habían fundado la colonia de Priene, según dice también Fanódico.

Se dice que cuando Aliates asediaba Priene, Biante hizo engordar dos mulos y expulsarlos hacia el campamento enemigo. Al verlos, Aliates se quedó asombrado de que su provisión de sustento bastara para mantener incluso a sus bestias. Determinó tratar de la paz y envió un mensajero. Biante derramó montones de arena y por encima los cubrió de trigo, para mostrárselos a éste. Al fin al enterarse Aliates acordó la paz con los de Priene. Enseguida invitó a Biante a acudir a su corte, y él contestó: «Yo mando a Aliates a comer cebollas».

84. Se dice que era muy hábil como orador en los juicios; pero usaba sólo para bien su fuerza oratoria. Por esto dice Demódoco de Leros enigmáticamente:

Si alguna vez vas a ser juez da una sentencia de Priene[32],

e Hiponacte:

Y dar sentencia mejor que Biante de Priene[33].

32. *Frag.* 6 Diehl.
33. *Frag.* 73 Diehl.

Murió de la manera siguiente. Defendía una causa siendo ya muy viejo, y después de acabar su discurso reclinó la cabeza sobre el pecho de su nieto. Habló también el orador de la parte contraria y los jueces depositaron su voto en favor del defendido por Biante, y al levantarse la sesión del tribunal se le encontró muerto sobre el pecho de su nieto. 85. Se enterró con magnificencia en su ciudad y le dedicaron este epigrama:

> En las ilustres tierras de Priene cubre esta piedra
> a Biante que aquí nació, gran gloria de los jonios[34].

Yo le he compuesto otro:

> Albergo aquí a Biante al que serenamente condujo
> Hermes al Hades, cuando le cubría la nieve de la canosa
> vejez. Hablaba y defendía entonces la causa de un amigo.
> Reclinose luego en brazos de su nieto y prolongó su largo [sueño[35].

Compuso un poema sobre Jonia acerca del modo en que podía ser más feliz, de unos dos mil versos. De sus poesías esto consiguió cierta fama:

> Intenta agradar a todos tus conciudadanos si vives en la [ciudad
> porque eso obtiene el mayor agradecimiento. En cambio,
> el carácter orgulloso muchas veces produce dañosa [ruina[36].

86. Decía también que el ser fuerte depende de la naturaleza, pero el poder decir lo conveniente a la patria es propio del alma y la inteligencia. Incluso la abundancia de riquezas

34. *Ant. Pal.* VII 90.
35. *Ant. Pal.* VII 91.
36. *Frag.* III 199 Bergk.

a muchos les vino por azar. Decía que era infortunado quien no sabía soportar el infortunio. Y que es una enfermedad del alma desear lo imposible y no acordarse de las desgracias ajenas. Al preguntarle qué era difícil, dijo: «Sobrellevar con nobleza la decadencia». Una vez que navegaba con unos impíos, cuando al acosar una tormenta a la nave aquéllos se pusieron a invocar a los dioses, dijo: «Callaos que no se enteren de que vosotros navegáis por aquí». Preguntado por un hombre impío sobre lo que es la piedad, callaba. El otro le preguntó la causa de su silencio y contestó: «Me callo porque preguntas lo que nada te importa».

87. Al preguntarle qué es dulce para los hombres, contestó: «La esperanza». Decía que era mejor sentenciar un pleito entre enemigos que entre amigos, porque de los amigos de cualquier modo uno de los dos en litigio quedaría como enemigo; y de los enemigos, uno como amigo. Al preguntarle de qué acción se alegra un hombre, contestó: «De la que obtiene ganancia». Aconsejaba mesurar la vida como si fuéramos a vivir a la vez mucho y poco tiempo; y amar como si fuéramos a odiar, porque la mayoría son malos. Daba los siguientes consejos: «Emprende lentamente tus acciones; pero lo que hagas mantenlo con firmeza hasta el final». «No hables deprisa, pues demuestra alocamiento.» 88. «Aprecia la sensatez.» «De los dioses afirma que existen.» «No elogies por su riqueza a un hombre indigno.» «Cobra con persuasión, no con violencia.» «El bien que hagas atribúyelo a los dioses.» «Como provisión de viaje de la juventud a la vejez, lleva contigo la sabiduría, pues es la más segura de las adquisiciones.»

Hace mención de Biante Hiponacte, como ya se ha dicho. Incluso el desdeñoso Heráclito le ha elogiado especialmente al escribir: «En Priene vivió Biante, el hijo de Téutamo, cuya razón fue superior a la de los demás». Los prieneos le dedicaron un recinto sagrado, el llamado Teutámico. Profirió la sentencia: «la mayoría son malos».

Cleobulo (*c.* 600 a.C.)

89. Cleobulo, hijo de Evágoras, era de Lindos, o, según Duris, de Caria. Algunos hacen remontar su linaje hasta Heracles. Destacaba por su fuerza y su belleza, y estuvo en contacto con la filosofía de Egipto. Tuvo una hija, Cleobulina, autora de enigmas en hexámetros, de la que deja mención Cratino en la comedia de ese título, redactado en plural: *Cleobulinas*. Además se dice que restauró la nave del templo de Atenea fundado por Dánao. Compuso cantos y adivinanzas en unos tres mil versos. Incluso algunos lo consideran autor de este epigrama sobre Midas:

> Soy una broncínea doncella y yazgo sobre la tumba de [Midas.
> Mientras el agua mane y los árboles altos reverdezcan,
> 90. y luzca el sol naciente y la esplendente luna,
> y corran los ríos y rumoreen las olas del mar,
> permaneciendo aquí sobre su muy llorada sepultura,
> anunciaré a los que pasen que aquí está sepulto [Midas[37].

Aducen como testimonio un poema de Simónides, donde dice:

> ¿Qué hombre de juicio sensato elogiaría
> a Cleobulo, el vecino de Lindos,
> que a los ríos de perenne fluir
> y a las flores primaverales
> y al fulgor del sol y la dorada luna
> y a las olas del mar
> contrapuso la resistencia de una estela?
> Porque todo está sometido a los dioses. Pero una piedra

37. *Ant. Pal.* VII 153.

hasta las manos humanas la quiebran. De un insensato
[mortal
es ese pensamiento[38].

Desde luego el epigrama no puede ser de Homero, que vivió, afirman, muchos años antes que Midas. Se transmite como suyo también en los *Recuerdos* de Pánfila el siguiente enigma:

91. Uno es el padre, doce los hijos. Cada uno de éstos
tiene dos veces treinta hijas de diverso aspecto.
Las unas son de rostro blanco, negro las otras.
Son inmortales, pero todas se consumen[39].

Y la respuesta es «el año».
De entre sus cancioncillas se hizo famosa ésta:

Entre los humanos dominan la ramplonería y la charla sin
[tasa.
Pero te salvará el momento oportuno. Piensa algo noble.
[No seas vacuo ni ingrato[40].

Decía que había que casar a las hijas, doncellas en la adolescencia, pero mujeres en el pensar, aludiendo a que es preciso educar también a las jóvenes. Comentaba que hay que hacer beneficios al amigo para que sea más amigo, y al enemigo, para que se haga amigo. Porque hay que evitar el reproche de los amigos, y la asechanza de los enemigos. 92. Siempre que uno salga de casa, medite primero qué va a hacer. Y cuando entre de regreso, pregúntese qué ha hecho. Aconsejaba ejercitar bien el cuerpo; ser más amigo de escuchar que de hablar (más afanoso del aprender que inculto); mantener una

38. *Frag.* 581 Page.
39. *Ant. Pal.* XIV 101.
40. *Frag.* III 201 Bergk.

lengua limpia; ser íntimo de la virtud, ajeno al vicio; evitar la injusticia; aconsejar lo mejor a la ciudad; sobreponerse al placer; no hacer nada por la violencia; educar a los hijos; liquidar la enemistad. Con la mujer propia no dar muestras de cariño ni pelear en presencia de otros; pues lo uno indica bobería, lo otro desvarío. No castigar al esclavo después de beber vino, porque no parezca borrachera. Tomar esposa de las de tu clase; pues si la tomas de las de la superior, dice, tendrás como dueños a sus parientes. 93. No te rías de los que sufren una burla, pues incurrirás en su odio. En la buena fortuna no seas soberbio; en la desventura no te acoquines. Sabe soportar con dignidad las variaciones de la suerte.

Murió viejo, tras haber vivido setenta años. Sobre él se escribió este epigrama:

A un hombre sabio, a Cleobulo, ya muerto, lo llora
esta su tierra patria, Lindos, ensalzada por el mar[41].

Difundió el lema: «Lo mejor, la medida».

Y a Solón le envió esta carta:

De Cleobulo a Solón:

«Tienes numerosos amigos y un hogar en cada lugar. Pero yo te aseguro que el más acogedor para Solón sería Lindos, que se rige democráticamente. Y es una isla en alta mar; para quien vive aquí no hay temor de Pisístrato. Y tus camaradas acudirán a visitarte de todas partes».

Periandro (tirano entre 625-585 a.C.)

94. Periandro, hijo de Cípselo, era de Corinto, del linaje de los Heraclidas. Tomó por esposa a Líside, a la que él llamaba

41. *Ant. Pal.* VII 618.

Melisa, hija de Procles, el tirano de Epidauro, y de Eristenia, la hija de Aristócrates y hermana de Aristodemo, los cuales dominaban en casi toda Arcadia, según relata Heraclides del Ponto en su *Sobre el gobierno*. De ella tuvo dos hijos, Cípselo y Licofrón; el más joven inteligente, pero el mayor tonto. Al pasar el tiempo, en un acceso de ira le tiró un escabel o le dio una patada a su mujer, que estaba encinta, y la mató, por hacer caso a las calumnias de las concubinas, a las que luego quemó vivas.

A su hijo Licofrón, que estaba afligido por la muerte de su madre, lo despachó a Corcira. 95. Pero, al encontrarse ya en la vejez, lo mandó llamar para que heredara su tiranía. Los corcirenses se adelantaron y lo eliminaron. Por eso, enfurecido, envió a los hijos de éstos a Aliates para que los castrara. Pero al arribar la nave a Samos, ellos acudieron como suplicantes a Hera y los samios los salvaron.

Y él, dominado por el desánimo, murió, ya a la edad de ochenta años. Sosícrates dice que murió cuarenta y un años antes de Creso, antes de la Olimpiada cuarenta y nueve[42]. Heródoto en su primer libro cuenta que fue huésped de Trasibulo, el tirano de Mileto.

96. Refiere Aristipo en el libro primero de *Sobre la molicie de antaño* que su madre Cratea estaba enamorada de él y se unía con él en secreto, y él se complacía. Pero, al descubrirse el incesto, se volvió severo contra todos, a causa del remordimiento por quedar descubierto. Por otra parte relata Éforo que había hecho el voto de que, si vencía en Olimpia con su cuadriga, dedicaría una estatua de oro en Olimpia. Tras de obtener la victoria, como se viera falto de oro, al ver en una fiesta local a las mujeres cubiertas de joyas, les arrebató sus adornos, y así envió su ofrenda.

Dicen algunos que, como no quería que se conociera el lugar de su tumba, ideó el recurso siguiente. Ordenó a dos mu-

42. 584-580 a.C.

chachos, señalándoles un camino, que salieran de noche y que mataran y enterraran al que encontrasen. Luego envió a otros cuatro tras de éstos, para que los mataran y enterraran. Y de nuevo a otro grupo más numeroso en pos de los anteriores. Y así él salió al encuentro de los primeros, y lo mataron. Los corintios colocaron sobre un cenotafio esta inscripción:

97. A un príncipe de riqueza y sabiduría, a Periandro,
alberga en su regazo esta su tierra patria, Corinto,
[marinera[43].

Tengo también un poema sobre él:

Nunca te apene el no haber logrado un objetivo.
Regocíjate, en cambio, de todo lo que te conceda la
[divinidad.
Pues así, de desánimo, se extinguió el sabio Periandro,
por no haber logrado el intento que deseaba[44].

Suya es la máxima: «No hagas nada por dinero. Debes sacar provecho de lo provechoso». Compuso un poema sentencioso en dos mil versos. Dijo que los que quieren ejercer la tiranía establemente han de protegerse con la benevolencia, y no con las armas. En una ocasión le preguntaron que por qué ejercía la tiranía, y contestó: «Porque el renunciar por propia voluntad y el ser expulsado comporta peligro».

También son dichos suyos éstos: « Bella es la serenidad. La precipitación es peligrosa. La ganancia de lucro es vergonzosa. La democracia es mejor que la tiranía. Los placeres son perecederos, los honores inmortales. 98. En la buena fortuna sé moderado, en la desventura, sensato. Sé el mismo para tus amigos, estén en el éxito o en el fracaso. Lo que

43. *Ant. Pal.* VII 619.
44. *Ant. Pal.* VII 620.

apruebes, mantenlo. No descubras los secretos. Castiga no sólo a los que delinquen, sino a los que van a hacerlo».

Él fue el primero que tuvo una guardia personal de lanceros, y que transformó su gobierno en una tiranía. Y no permitía a cualquiera que lo deseara vivir en su ciudad, según cuentan Éforo y Aristóteles. Tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada treinta y ocho, y fue tirano durante cuarenta años.

Soción, Heraclides y Pánfila en el libro quinto de sus *Recuerdos* dicen que hubo dos Periandros, el primero, tirano, el otro, un sabio de Ambracia. 99. Lo mismo dice Neantes de Cícico, y añade que eran primos. Aristóteles afirma que el de Corinto es el sabio. Platón, en cambio, lo niega.

Suyo es el lema: «La dedicación lo es todo». También quiso cruzar con un canal el Istmo.

Se transmite como suya esta carta:

Periandro a los Sabios:

«Grande es mi agradecimiento a Apolo Pítico por el hecho de haberos reunido en un lugar. Así mis cartas os atraerán a Corinto. Yo os acogeré, como bien sabéis, con una recepción muy popular. Estoy enterado de vuestra reunión el pasado año en la corte lidia en Sardes. Conque no vaciléis más y venid a visitarme a mí, el tirano de Corinto. Porque también los corintios verán muy gustosos que vosotros acudís a la casa de Periandro».

De Periandro a Procles:

100. «El crimen contra mi mujer fue un hecho involuntario por mi parte. Pero tú, intencionadamente, me afrentas al apartar de mí el corazón de mi hijo. Por lo tanto, cesa de enfurecer a mi hijo, o yo te castigaré. Pues desde hace tiempo yo te pagué una expiación por la muerte de tu hija, haciendo quemar en su honor los vestidos de todas las mujeres de Corinto».

A él le escribió además Trasibulo del modo siguiente.

Trasibulo a Periandro:

«No le di a tu heraldo ninguna respuesta verbal. Pero le conduje a un campo de trigo, y golpeándolas con mi bastón desmoché las espigas que sobresalían, mientras aquél me acompañaba. También te relatará, si se lo preguntas, lo que vio y escuchó de mí. Y tú, si quieres fortalecer tu poder absoluto, obra de este modo. Elimina a los ciudadanos sobresalientes, tanto si te parecen enemigos como si no. Pues para un dictador incluso cualquiera de sus camaradas es sospechoso».

Anacarsis el escita (s. VI a.C.)

101. Anacarsis el escita era hijo de Gnuro, y hermano de Caduidas, el rey de los escitas, pero su madre era griega. Por ese motivo era bilingüe. Éste escribió un poema sobre las instituciones de los escitas y las de los griegos en relación a la frugalidad de la vida y los hábitos de guerra, en ochocientos versos. Dio además pie a un dicho, por ser absolutamente sincero, el de «hablar a lo escita».

Dice Sosícrates que llegó a Atenas en la Olimpiada cuarenta y siete[45] en el arcontado de Éucrates. Hermipo refiere que, presentándose en casa de Solón, ordenó a uno de sus servidores que le anunciara que estaba en su morada Anacarsis, y que quería verle y, si era posible, llegar a ser su huésped; 102. y que, al anunciárselo su sirviente, Solón le mandó decir que los huéspedes se adquieren en la propia patria. Entonces Anacarsis, replicando, dijo que él ya estaba en su patria y que le correspondía adquirir huéspedes. Solón, sorprendido por la pronta réplica, lo hizo entrar y se hizo grandísimo amigo suyo.

45. 591-588 a.C.

Después de pasar un tiempo en Atenas, volvió a Escitia, y como daba la impresión de querer alterar los usos de su patria, en su entusiasmo por helenizarla, su hermano lo asaetó en una cacería. Al morir dijo que mientras la fama le había traído sano y salvo de Grecia, la envidia le daba muerte en la patria. Algunos dicen que lo asesinaron mientras cumplía unos ritos griegos.

Tenemos sobre él estos versos:

103. Cuando Anacarsis regresó a Escitia, después de
[mucho viajar,
trataba de persuadir a todos a vivir con hábitos
[helénicos.
Pero tenía aún incompleto el discurso en la boca,
cuando una alada saeta lo arrebató, velozmente, hacia
[los inmortales[46].

Él decía que la viña producía tres racimos: el primero del placer, el segundo de la embriaguez, y el tercero, el de la amargura. Decía que se asombraba de que entre los griegos compitieran los expertos en los juegos, y los premios los discernieran los no expertos. Preguntado sobre cómo podría uno evitar enviciarse en la bebida, contestó: «Teniendo ante los ojos los gestos vergonzosos de los borrachos». Decía que se asombraba de cómo los griegos que hacían leyes contra los que obraban con violencia honraran a los atletas por pegarse entre sí. Al enterarse de que el espesor del casco de una nave es de cuatro dedos, dijo que sólo eso es lo que separa a los navegantes de la muerte.

104. Decía que el aceite era una droga enloquecedora, porque los atletas en cuanto se lo untaban enloquecían unos contra otros. ¿Cómo, decía, si prohíben el mentir en los tratos comerciales mienten descaradamente? También se asombraba,

46. *Ant. Pal.* VII 92.

dice, de que los griegos, al empezar, beben primero en vasos pequeños, y, cuando están llenos, lo hacen en los grandes. Sobre sus estatuas está la inscripción: «Domina la lengua, el estómago y el sexo». Al preguntarle si había flautas entre los escitas, dijo: «No, ni tampoco vides». Al ser preguntado sobre qué barcos son los más seguros, dijo: «Los varados».

*Y decía que entre los griegos había visto un hecho extra*ñísimo: que dejan el humo en los montes y se llevan la leña a la ciudad. Cuando le preguntaron quiénes son más numerosos, los vivos o los muertos, contestó: «¿En qué grupo pones a los que navegan?». Como uno del Ática le reprochaba que era escita, dijo: «Acaso mi patria es un defecto para mí, pero tú lo eres para tu patria». 105. Preguntado qué es entre los humanos un bien y a la vez un mal, dijo: «la lengua». Decía que era mejor tener un solo amigo valioso que muchos insignificantes. Comentaba que el ágora era un terreno marcado para el engaño y el abuso recíproco. Al ser injuriado por un joven en un convite, le dijo: «Jovencito, si ahora de joven no aguantas el vino, de viejo acarrearás agua».

Descubrió, según algunos, el ancla y la rueda del alfarero, para las necesidades de la vida.

Y escribió esta carta:

Anacarsis a Creso:

«Yo, rey de los lidios, he acudido a la tierra de los griegos, para aprender sus costumbres y sus prácticas. No pretendo conseguir oro, me basta con regresar a Escitia como un hombre mejor. Ahora estoy en Sardes, con gran ansia de conseguir tu aprecio».

Misón (*c.* 600 a.C.)

106. Misón era hijo de Estrimón, según dice Sosícrates apoyándose en Hermipo, nacido en Quene, una aldea de la co-

marca del Eta o de Lacedemonia. Se le cuenta como uno de los Siete. Dicen también que era hijo del tirano de su región patria. Y refiere alguno que, cuando Anacarsis preguntó al oráculo si había alguien más sabio que él, la Pitia respondió lo que ya hemos dicho en la «Vida de Tales» a propósito de una pregunta de Quilón:

Digo que existe en Quene un tal Misón Eteo
que en su entendimiento sagaz es más firme que tú[47].

Cuando, incitado por la curiosidad, llegó a su aldea, lo encontró, en pleno verano, adaptando la empuñadura del arado, y le dijo: «Pero, Misón, no es tiempo de arado». «Pero sí de prepararlo», dijo aquél. 107. Otros cuentan que el oráculo respondió sólo: «Digo que un Eteo». Y se preguntan qué significa lo de «Eteo». Parménides dice que indica un distrito de Lacedemonia, de donde era este Misón. Sosícrates en su *Tradiciones* dice que era Eteo por su padre, y Queneo por su madre. Eutifrón, el hijo de Heraclides del Ponto, dice que era cretense ya que Etea es una ciudad de Creta. Anaxílao dice que era arcadio.

Dejó mención de él también Hiponacte, que dice:

Y Misón al que Apolo
proclamó el más sensato de todos los humanos[48].

Aristóxeno en sus *Notas sueltas* dice que no era muy distinto de Timón y de Apemanto; pues era un misántropo. 108. En una ocasión le vieron reírse solo en Lacedemonia en un lugar solitario. Cuando de repente se presentó uno junto a él y le preguntó por qué motivo reía cuando no había nadie presente, contestole: «Por eso mismo.» Cuenta Aristó-

47. *Antología Planudea* VI 40.
48. *Frag.* 45 Bergk.

xeno que era desconocido por esto, por no ser de una ciudad, sino de una aldea, y aun así insignificante. De ahí que, por su desconocimiento, algunos de sus dichos son atribuidos al tirano Pisístrato por algunos, con la excepción de Platón el filósofo. Que lo recuerda, por cierto, en el *Protágoras*[49] en lugar de Periandro.

Solía decir que no deduzcamos de las palabras los hechos, sino de los hechos las palabras; pues los hechos no se realizan con miras a las palabras, sino las palabras con miras a los hechos.

Murió habiendo vivido noventa y siete años.

Epiménides (*c.* 600 a.C.)

109. Epiménides, según dicen Teopompo y otros varios, era hijo de Festio, pero otros dicen que de Dosíadas, y otros, de Agesarco. Era cretense por nacimiento, de Cnoso, aunque por su larga cabellera no lo parecía en su aspecto. Enviado en cierta ocasión por su padre al campo en busca de una oveja, se desvió del camino a mediodía y se quedó dormido en una cueva durante cincuenta y siete años. Al levantarse después de éstos, se puso a buscar la oveja, pensando que había estado echado un rato. Como no la encontró, regresó al campo, que encontró todo cambiado y en posesión de otro, de forma que regresó a su ciudad sin salir de su asombro. Y allí, al entrar en su casa, se encontró con gente que le preguntaba quién era, hasta que encontró a su hermano menor, que ya era un viejo, y supo de él toda la verdad. 110. Al ser reconocido fue considerado por los griegos como un favorito de los dioses.

Por entonces la Pitia ordenó a los atenienses, que estaban atacados por la peste, purificar la ciudad. Ellos enviaron

49. *Prot.* 343 A.

una nave capitaneada por Nicias el hijo de Nicérato a Creta, para llamar a Epiménides. Y él acudió y purificó la ciudad en la Olimpiada cuarenta y seis[50], e hizo cesar la peste del modo siguiente: tomando unas ovejas negras y blancas las condujo a la colina de Ares. Y desde allí las dejó triscar por donde querían, tras dar orden a los servidores de señalar allí donde descansara cada una, para sacrificar a la divinidad conveniente. Y así hizo cesar el mal. Por eso aún ahora es posible encontrar en diferentes demos del Ática altares anónimos, como reliquia de aquella purificación. Otros dicen que indicó el delito de Cilón como causa de la peste, y la expulsión pertinente. Y en ésta murieron dos jóvenes, Cratino y Ctesibio, y eliminó la plaga.

111. Los atenienses decretaron que se le diera un talento y que una nave le condujera de vuelta a Creta. Él no aceptó el dinero, en cambio concluyó una alianza amistosa entre Atenas y Cnoso.

Y, al cabo de no mucho de su regreso al hogar, murió, según cuenta Flegón en *Acerca de los longevos*, habiendo vivido ciento cincuenta y siete años. Pero los cretenses dicen que le faltaba uno para los trescientos. Según afirma Jenófanes de Colofón, por noticias de viva voz, fueron ciento cincuenta y cuatro.

Compuso un poema sobre el *Nacimiento de los Curetes y los Coribantes* y una *Teogonía*, en cinco mil versos, y otro sobre la construcción de la Argo y el viaje de Jasón a la Cólquide en seis mil quinientos. 112. Escribió también en estilo descriptivo sobre los sacrificios y sobre la constitución cretense y sobre Minos y Radamantis en unos cuatro mil renglones. Hizo construir en Atenas el templo de las Euménides, según refiere Lobón de Argos en su obra *Sobre los poetas*. Se dice que fue el primero en purificar casas y campos y en erigir templos. Hay quienes sostienen que no se

50. 595-592 a.C.

durmió, sino que se apartó de los demás por un tiempo en el que se ocupó de recolectar raíces.

Se le atribuye una carta dirigida a Solón, el legislador, que describe en resumen el régimen político que dio a los cretenses Minos. Pero Demetrio de Magnesia en su *Acerca de los poetas y escritores homónimos* trata de desautorizar la carta por reciente y no escrita en dialecto de Creta, sino en ático y reciente.

Pero yo he encontrado otra carta que dice así:

Epiménides a Solón:

113. «¡Ánimo, amigo mío! Pues si Pisístrato hubiera sometido a los atenienses cuando aún eran siervos de la gleba y no tenían buenas leyes, habría detentado el poder para siempre, esclavizándose a los ciudadanos. Pero ahora esclaviza a hombres dignos. Ellos, al acordarse de la advertencia de Solón, sienten remordimientos y vergüenza, y no soportarán que se los tiranice. Y aun en el caso de que Pisístrato lograra dominar la ciudad, no creo desde luego que ese poder alcance hasta sus hijos. Es difícil que personas que se liberaron con las mejores leyes consientan en ser esclavos. Mas tú no vagabundees, sino vente a Creta con nosotros. De este modo no será para ti ninguna amenaza ese monarca. Que, si en algún lugar en tu peregrinaje te encontraran los amigos de ése, temo que te pudiera pasar algo malo».

114. Eso es lo que le dice.

Dice Demetrio que algunos cuentan que recibió de las Ninfas cierto alimento y lo guardaba en la pezuña de un buey. Tomándolo en pequeñas dosis no se desocupaba con ninguna evacuación ni se le vio jamás comiendo. También Timeo lo menciona en su segundo libro. Refieren algunos que los cretenses le hacen sacrificios como a un dios.

Cuentan, en efecto, que fue un extraordinario profeta. Por ejemplo, al ver Muniquia dijo que los atenienses desconocían de cuántos daños sería causa esta colina; pues, de saber-

lo, la arrancarían hasta con los dientes. Y eso lo decía con tan enorme antelación. Se dice que fue el primero que se dio el nombre de Éaco, y que predijo a los lacedemonios que serían derrotados por los arcadios, y dio a entender que renacería muchas veces.

115. Teopompo en sus *Prodigios* cuenta que, cuando él preparaba el templo de las Ninfas, se dejó oír una voz desde el cielo: «¡Epiménides, no para las Ninfas, sino para Zeus!». Predijo a los cretenses la derrota de los lacedemonios por los arcadios, como se ha dicho. Y efectivamente fueron copados por los de Orcómeno.

Envejeció en tantos días cuantos años había dormido. Esto lo cuenta también Teopompo. Mironiano en sus *Paralelos* dice que los cretenses lo invocan como Curete. Y su cuerpo lo custodian los lacedemonios de acuerdo con cierto oráculo, según afirma Sosibio el lacedemonio.

Hubo otros dos Epiménides, el genealogista y el que escribió en dialecto dorio sobre Rodas.

Ferecides *(akmé c.* 540 a.C.)

116. Ferecides de Siros, hijo de Babis, según dice Alejandro en sus *Tradiciones*, fue alumno de Pítaco. De él refiere Teopompo que fue el primero en escribir sobre la naturaleza y sobre los dioses.

Muchas y prodigiosas cosas se cuentan de él. Por ejemplo, que paseaba por la costa de Samos y, al divisar una nave que corría con viento de popa, dijo que al poco rato se hundiría. Y se hundió ante sus miradas. Otra vez, al beber el agua sacada de un pozo, predijo que al cabo de tres días habría un terremoto, y así sucedió. Al pasar de Olimpia a Mesenia aconsejó a su huésped Perilao que se expatriara junto con sus sirvientes y familiares. No logró persuadirlo, pero Mesenia fue conquistada. 117. También aconsejó a los lacede-

monios no apreciar ni el oro ni la plata, según cuenta Teopompo en sus *Prodigios*. Dijo que se lo había ordenado Heracles en un sueño, y éste durante la misma noche ordenó a los reyes de ellos obedecer a Ferecides. Algunos atribuyen la anécdota a Pitágoras.

Hermipo refiere que, al entablarse la guerra entre los efesios y los magnesios, deseando que vencieran los de Éfeso, le preguntó a un caminante que de dónde era, y al contestar que «de Éfeso», le dijo: «Arrástrame por las piernas y deposítame en territorio de los magnesios, y comunica a tus conciudadanos que tras la victoria me entierren allí. Éstas son las instrucciones de Ferecides». 118. Aquél lo comunicó así, y los lacedemonios en su ataque al día siguiente sometieron a los magnesios y enterraron a Ferecides en aquel lugar al que lo trasladaran y le tributaron magníficas honras fúnebres. Pero algunos cuentan que fue a Delfos y se arrojó desde lo alto del monte Coricio.

En cambio Aristóxeno en su obra *Sobre Pitágoras y sus primeros discípulos* cuenta que murió de enfermedad y que Pitágoras lo sepultó en Delos. Otros cuentan que murió de una enfermedad pustulenta. Cuando Pitágoras fue a visitarle y le preguntó cómo se encontraba, sacando un dedo a través de la puerta le dijo: «Por la piel se ve». De ahí tomaron los filólogos esa expresión que se aplica a los textos peores, aunque algunos erróneamente lo aplican a los mejores. 119. Decía que los dioses llaman a la mesa «tabla de sacrificios».

Andrón de Éfeso dice que hubo dos Ferecides de Siros, el uno, un astrólogo, y el otro teólogo, el hijo de Babis, del que fue alumno Pitágoras. Eratóstenes dice que sólo hubo uno de Siros, y otro ateniense, un genealogista.

Se conserva del de Siros el libro que compuso, cuyo principio dice así: «Zeus y Tiempo y Ctonia existían desde siempre. El nombre de Ctonia fue Gea, desde que Zeus le concedió como botín la tierra». Se conserva también su reloj de sol en la isla de Siros.

Cuenta Duris en el libro segundo de sus *Horas* que le fue dedicada esta inscripción:

120. En mí está la culminación de toda sabiduría. Y si hay
[algo más,
atribúyelo a mi discípulo Pitágoras, que es el primero
[de todos
a lo largo del mundo griego. No miento al anunciaros
[esto[51].

Ión de Quíos dice sobre él:

Así éste, cuyo ornato fueron la hombría y la decencia,
incluso muerto tiene una existencia grata a su espíritu,
si de verdad Pitágoras el más sabio de todos los humanos
sabía y llegó a conocer los destinos de los hombres[52].

Tengo también sobre él los siguientes versos en metro ferecracio:

Del ínclito Ferecides
que antaño engendró Siros,
121. es fama que muriendo
mudó su primer forma,
y ordenó le enterraran
en país de Magnesios,
para dar la victoria a las gentes de Éfeso,
nobles ciudadanos.
Había sí un oráculo, que sabía
él solo, que tal aconsejaba.
Y murió entre aquéllos.
Es ése un relato cierto.
Siempre que alguien es realmente sabio

51. *Ant. Pal.* VII 93.
52. *Frag.* 4 Bergk.

es un provecho mientras vive
y aun cuando desaparece[53].

Vivió (su momento de plenitud) en la cincuenta y nueve Olimpiada.

Escribió esta carta:

Ferecides a Tales:

122. «¡Que tengas una buena muerte cuando lo disponga tu destino! La enfermedad me ha tenido dominado desde que recibí tu carta. Estoy infectado de gusanos por entero y la alta fiebre me da ataques. He encomendado a mis sirvientes, pues, que, después de darme sepultura, te lleven a ti mi obra escrita. Si tú, de acuerdo con los otros sabios, la apruebas, puedes publicarla. Pero, si no la aprobáis, no la publiques. Porque a mí mismo no me satisface. No hay una precisión en los términos ni me comprometo a saber la verdad, sino sólo lo que tú aciertas a conocer en la indagación sobre los dioses. Lo demás hay que meditarlo, pues todo lo expreso por enigmas. Encontrándome cada vez más afligido por la enfermedad no he dejado entrar a ninguno de los médicos ni a mis camaradas. Cuando se paraban ante la puerta y preguntaban qué tenía, sacando un dedo por la cerradura les mostré cómo estaba inundado de la enfermedad. Y les predije que volvieran al día siguiente para el entierro de Ferecides».

Conque éstos son los llamados los Sabios, a los que algunos añaden en la lista al tirano Pisístrato. Pero vamos a hablar de los filósofos. Y en primer término hay que comenzar pos la filosofía jónica, que inauguró Tales, de quien fue discípulo Anaximandro.

53. *Ant. Plan.* III 128.

LIBRO II

Anaximandro (611-546 a.C.)

1. Anaximandro, hijo de Praxíades, de Mileto. Afirmaba éste que el principio y elemento fundamental era lo infinito, sin definirlo como aire, agua u otra cosa. Y que las partes se alteran, pero el todo es inalterable. Que la tierra está en medio, manteniendo una posición de centro, siendo esférica. Que la luna tiene una luz falsa, y que está iluminada, desde el sol, y que el sol no es menor que la tierra y es purísimo fuego.

Fue además el primero en inventar un gnomon, y lo erigió para medir las sombras en Lacedemonia, según cuenta Favorino en su *Historia miscelánea,* indicando los solsticios y equinoccios; y construyó relojes (de sol). 2. También fue el primero en dibujar el perfil de la tierra y del mar (en un mapa), y en construir una esfera.

De sus doctrinas dejó hecho un resumen básico, que aún encontró, al parecer, Apolodoro de Atenas. Dice éste en su *Cronología* que en el año segundo de la Olimpiada cincuenta y ocho[1], Anaximandro tenía sesenta y cuatro años y que al

1. 547-546 a.C.

poco tiempo murió. Floreció pues muy a la vez que el tirano Polícrates de Samos.

Cuentan de él que, cuando cantaba, se reían en burlas los niños, y al enterarse dijo: «Tenemos que cantar mejor por los niños».

Hubo también otro Anaximandro, un historiador, que también fue milesio y escribió en jonio.

Anaxímenes *(akmé c.* 546 a.C.)

3. Anaxímenes de Mileto, hijo de Eurístrato, recibió lecciones de Anaximandro. Algunos dicen que también fue discípulo de Parménides. Éste dijo que el principio es el aire y lo infinito. Que los astros se mueven en torno a la tierra, pero no por debajo de la tierra. Escribe en dialecto jonio sencillo y sin afectación.

Y vivió, según cuenta Apolodoro, en la época de la toma de Sardes, y murió en la Olimpiada sesenta y tres[2].

Existieron luego otros dos Anaxímenes, ambos de Lámpsaco, un orador y un historiador; éste era hijo de la hermana del orador que fue quien escribió los hechos de Alejandro.

En cuanto al filósofo, envió las cartas siguientes:

Anaxímenes a Pitágoras:

4. «Tales, hijo de Examias, ya en la vejez ha perecido desafortunadamente. Por la noche, como acostumbraba, había salido, en compañía de su criada, para contemplar las estrellas, y, como andaba sin fijarse, mientras las contemplaba, dio un paso en falso y cayó por un barranco. Tal fin ha tenido el astrónomo de los milesios. Pero nosotros, sus contertulios, recordaremos al hombre, y nuestros hijos y los compañeros de nuestras charlas, y transmitiremos más allá

2. 528-525 a.C.

las palabras de aquél en nuestras conversaciones. Que desde ahora se comience cualquier discurso con una referencia a Tales».

Y esta otra:

Anaxímenes a Pitágoras:

5. «Fuiste mucho más inteligente que nosotros al trasladarte de Samos a Crotona, donde resides en paz. Los hijos de Ayaces nos causan daños incesantes y a los milesios no nos faltan dictadores. Y terrible se nos presenta el rey de los medos, en cuanto no estemos dispuestos a pagar el tributo. Pero ya están prestos los jonios a marchar a la guerra contra los medos en defensa de la libertad de todos. Y en cuanto marchen ya no habrá esperanza de salvación. ¿Cómo, pues, podría aún pensar Anaxímenes en contemplar los cielos, estando atemorizado por la muerte o la esclavitud? Mientras, tú eres apreciado por los crotoniatas, y estimado también por los demás italiotas; incluso vienen a escucharte discípulos desde Sicilia».

Anaxágoras (500- 428 a.C.)

6. Anaxágoras, hijo de Hegesibulo o de Eubulo, era de Clazómenas. Éste fue discípulo de Anaxímenes, y fue el primero en poner sobre la materia la inteligencia *(noûs),* comenzando del modo siguiente su tratado, que está compuesto amena e inteligentemente: «Todas las cosas estaban juntas; luego se presentó la inteligencia y las ordenó». De ahí precisamente se le llamó «Nous» o «Inteligencia», y a propósito suyo dice así Timón en sus *Siloi:*

> También allá dicen que está Anaxágoras, valeroso héroe,
> Inteligencia, pues sí que tuvo inteligencia, quien de pronto

despertando reorganizó todo lo que antes andaba revuelto
[y confuso[3].

Él fue ilustre por su noble estirpe, y por su riqueza, y más por su magnanimidad, él que dio los bienes heredados a sus familiares. 7. Que cuando le reprocharon aquéllos que obraba con descuido, respondió: «¿Por qué, pues, no os cuidáis vosotros?». Y al fin se retiró y se dedicaba a la investigación de los fenómenos naturales sin preocuparse de los asuntos políticos. Fue entonces cuando al que le dijo: «¿Nada te importa tu patria?», le replicó: «Me importa desde luego muy mucho mi patria», señalando el cielo.

Se dice que cuando la invasión de Jerjes tenía veinte años, y que vivió setenta y dos. Cuenta Apolodoro en su *Cronología* que había nacido en la Olimpiada setenta[4], y que murió en el primer año de la Olimpiada ochenta y ocho[5]. Comenzó a filosofar en Atenas, en el arcontado de Calias[6], cuando tenía veinte años, según refiere Demetrio de Falero en su *Registro de los Arcontes*, donde dice también que permaneció allí durante treinta años.

8. Decía él que el sol era una masa metálica incandescente y mayor que el Peloponeso. Otros lo atribuyen a Tántalo. Que la luna tenía habitáculos, y además colinas y valles. Que los principios (de las cosas) eran las *homeomerías* (partículas homogéneas). Pues así como el oro está compuesto por laminillas que llaman polvillo del oro, así también el todo está compuesto por cuerpos formados por pequeñas partículas homogéneas. Y que la inteligencia era el principio del movimiento. De los cuerpos, los pesados van hacia el lugar bajo (como la tierra), y los ligeros ocupan el lugar de arriba, como

3. *Frag.* 24 Diels.
4. 500-497 a.C.
5. 428 a.C.
6. 456 a.C.

el fuego; mientras que el agua y el aire ocupan el intermedio. De tal modo el mar reposa sobre la tierra, que es plana, mientras que la humedad se evapora por efecto del sol. 9. En un comienzo los astros se movían por la cúpula celeste, de manera que en la cima de la tierra estaba el polo siempre visible, pero luego adquirió su inclinación. Y que la vía láctea era un reflejo de la luz de los astros no iluminados por el sol; que los cometas son una conjunción de estrellas errantes que despiden llamas; que las estrellas fugaces son como chispas que caen vibrando desde el aire. Los vientos se producen al enrarecerse el aire a efectos del sol. Que los truenos son un choque de nubes; y los relámpagos un frotarse las nubes; y el terremoto un removerse del aire dentro de la tierra.

Que los animales se engendraron de la humedad y el calor y lo terráqueo, y luego unos nacen de otros, naciendo los machos del costado derecho, y las hembras de los lados izquierdos.

10. Cuentan que él predijo la caída de la piedra (el meteorito) que aconteció en Egospótamos, que había dicho que caería del sol. Por eso justamente Eurípides, que fue su discípulo, llamó al sol «masa de oro» en su *Faetonte*[7]. En otra ocasión fue a Olimpia y se cubrió con una capa de piel, como si fuera a llover, y así ocurrió. A uno que le preguntó si los montes de Lámpsaco serían alguna vez mar, cuentan que le contestó: «Sí, siempre que no falte el tiempo».

Preguntado una vez que para qué había nacido, dijo: «Para la contemplación del sol, la luna y el cielo». A quien le dijo: «Fuiste privado de los atenienses», replicó: «Pues no; lo fueron ellos de mí». Al ver la tumba de Mausolo, dijo: «Una rica tumba es la imagen de una fortuna petrificada». 11. Al que se lamentaba de que moría en tierra extraña, le dijo: «Desde cualquier lugar es igual el camino de bajada al Hades».

7. *Frag.* 783 Nauck.

Parece que fue el primero, según dice Favorino en su *Historia miscelánea,* que manifestó que la poesía de Homero tenía por tema la virtud y la justicia. Pero aún más hizo avanzar esta tesis Metrodoro de Lámpsaco, que fue amigo suyo, que fue el primero en ocuparse en la doctrina física del poeta. Anaxágoras fue el primero en publicar en un libro el conjunto de su obra.

Dice Sileno en el primer libro de sus *Historias* que la piedra cayó del cielo durante el arcontado de Demilo, 12. y que Anaxágoras dijo que todo el cielo estaba compuesto de piedras; que se mantenían en cohesión por la rapidez de la rotación y que, si ésta se relajara, caerían.

Acerca de su juicio se cuentan historias diversas. Soción en su *Sucesión de los filósofos* dice que fue llevado a juicio por Cleón por impiedad, porque había dicho que el sol era una masa incandescente. Hizo la defensa por él Pericles, discípulo suyo, fue multado con cinco talentos y condenado al destierro. Sátiro en sus *Vidas* dice que fue acusado por Tucídides, que era el oponente político de Pericles y no sólo por impiedad, sino también por traición al servicio de los persas; y que en ausencia fue sentenciado a muerte. 13. Cuando le comunicaron a él ambas noticias, su condena y la muerte de sus hijos, comentó sobre la condena: «Tanto a ellos como a mí desde hace tiempo nos ha condenado la naturaleza». Y acerca de sus hijos: «Sabía que los había engendrado mortales». Pero algunos atribuyen la anécdota a Solón, y otros a Jenofonte. Que él enterró además a sus hijos con sus propias manos lo refiere Demetrio de Falero en su obra *Sobre la vejez.*

En sus *Vidas,* cuenta Hermipo que había sido encerrado en prisión mientras se decidía su sentencia de muerte. Y que Pericles se presentó (ante la gente) y preguntó si tenían algo que reprocharle a lo largo de su vida. Le respondieron que nada, y dijo: «Pues bien, yo soy discípulo de éste. No matéis a esta persona cediendo a las calumnias, sino que hacedme

caso y soltadle». Y lo dejaron libre. Pero no pudo soportar el ultraje y se suicidó.

14. Cuenta Jerónimo en el segundo libro de sus *Recuerdos dispersos* que Pericles lo llevó a presentarse ante el tribunal demacrado y enflaquecido por una enfermedad, de modo que lo dejaron libre más por compasión que por sentencia. Y esto es cuanto se cuenta sobre su juicio.

Dio la impresión de que estaba enemistado con Demócrito porque no logró trabar comunicación con él. Y al final se retiró a Lámpsaco y allí concluyó sus días. Cuando entonces le preguntaron los magistrados de la ciudad qué quería que hicieran por él, contestó: «Que a los niños les den vacaciones cada año en el mes que yo muera». Y esa costumbre se mantiene hasta ahora. 15. Cuando murió, los lampsacenos lo enterraron con honores fúnebres, e inscribieron sobre su tumba:

> Aquí, tras haber recorrido en pos de la verdad muchísimo
> del cosmos celeste, yace Anaxágoras[8].

Tenemos también este epitafio nuestro para él;

> Que el sol es una masa de fuego dije una vez
> y por ello iba a morir Anaxágoras.
> Y su amigo Pericles le protegió entonces;
> mas él rehusó la vida con la dulzura del sabio[9].

Existieron otros tres Anaxágoras, de los cuales ninguno lo tuvo todo. El uno fue un orador de la escuela de Isócrates; otro un escultor, al que recuerda Antígono; y el otro un gramático, discípulo de Zenódoto.

8. *Ant. Pal.* VII 94.
9. *Ant. Pal.* VII 95.

Arquelao (*c.* 450 a.C.)

16. Arquelao era de Atenas o de Mileto, hijo de Apolodoro, o, según algunos, de Midón. Fue discípulo de Anaxágoras, y maestro de Sócrates. Él fue el primero que trajo la filosofía natural desde Jonia a Atenas, y recibió el calificativo de «físico», en razón de que con él concluyó la filosofía física, al introducir Sócrates la ética. Sin embargo, parece que también él trató de ética, pues también filosofó acerca de las leyes y lo bello y lo justo. De él tomó Sócrates los temas y al desarrollarlos a mayor altura se le consideró su introductor.

Decía que eran dos las causas de la generación: lo cálido y lo frío. Y que los animales tienen su origen en el barro. Y que lo justo y lo malo no son por naturaleza sino por convención.

17. Su doctrina sobre esto era del modo siguiente. Dice que al fundirse el agua por efecto del calor, en la medida en que va hacia abajo se condensa por causa del fuego, y produce tierra; y en cuanto fluye rebasando, origina aire. De ahí que la tierra esté dominada por el aire, y el aire por el fuego que circula a su alrededor. Afirma que los animales nacen de la tierra cálida y que rezuma barro, semejante a la leche como alimento nutricio. De tal manera se crean hasta los seres humanos. Fue el primero en decir que el origen de la voz está en la percusión del aire. Y que el mar se constituye en las concavidades de la tierra circulando a través de la misma. Y que el sol es el mayor de los astros, y que el todo es infinito. Hubo además otros tres Arquelaos. El geógrafo que describió los países atravesados por Alejandro, el que escribió sobre «Particularidades naturales», y otro, un orador que escribió un tratado sobre su arte.

Sócrates (469-399 a.C.)

18. Sócrates fue hijo del escultor Sofronisco y la comadrona Fenáreta, como cuenta Platón en el *Teeteto*, y era ateniense, del demo de Alópece. Se cree que colaboró con Eurípides. Por eso dice Mnesímaco lo siguiente:

Los Frigios es ese nuevo drama de Eurípides;
al que también Sócrates ha aportado sus virutas[10].

Y en otro lugar: «Eurípides socratirremachado». Y Calias en sus *Encadenados:*

A. ¿Por qué vas tan solemne y con aires soberbios?
B. Porque puedo. Sócrates es el responsable[11].

Aristófanes en *Las Nubes:*

El que le compone las tragedias a Eurípides,
las parlanchinas e ingeniosas, es éste[12].

19. Asistió a las lecciones de Anaxágoras según algunos, y también a las de Damón, según Alejandro en sus *Sucesiones;* y, tras la condena de aquél, asistió a las de Arquelao, el Físico. Incluso fue amado de éste, según Aristóxeno cuenta. Duris refiere que fue esclavo y que labró piedras. Algunos afirman que son obra suya las Gracias que hay en la Acrópolis, las que están vestidas. Por eso dijo Timón en sus *Siloi:*

De esto se desvió el picapedrero, charlatán en asuntos de [leyes,

10. *Frag.* I 218 Kock.
11. *Frag.* I 696 Kock.
12. Diógenes Laercio se confunde; el *frag.* es el I 490 Kock.

hechizador de los helenos, inventor de sutiles
[razonamientos,
fino olfato, burlador de rétores, ironista, ático a medias[13].

Porque era formidable en la retórica, según dice Idomeneo. Hasta el punto de que los Treinta le prohibieron enseñar el arte de los discursos, como cuenta Jenofonte. 20. También Aristófanes le trata cómicamente por hacer más fuerte el argumento más débil. Pues es que fue el primero, según refiere Favorino en su *Historia miscelánea*, que junto con su discípulo Esquines enseñó a hacer discursos. Y lo dice también Idomeneo en su libro *Sobre los socráticos*.

Fue también el primero en dialogar sobre la manera de vivir, y el primero de los filósofos en morir condenado en un juicio. Aristóxeno, el hijo de Espíntaro, cuenta también que negociaba con dinero; que colocándolo a rédito recogía el interés y, gastándose éste, lo colocaba de nuevo.

Que Critón lo sacó del taller y lo educó, enamorado del encanto que residía en su alma, lo cuenta Demetrio de Bizancio. 21. Y que, advirtiendo que la especulación sobre la naturaleza no era asunto nuestro, filosofaba sobre temas morales en los talleres y en la plaza pública. Y que decía que él buscaba esto:

Cuanto se forja bueno o malo en nuestras moradas[14].

Muchas veces discutiendo con vehemencia recibía puñetazos y arrancadas de pelo, y las más era despreciado y lo tomaban a risa. Y todo esto lo soportaba pacientemente. Una vez le dio uno una patada, y, como lo aguantara, a uno que se asombraba, le comentó: «¿Es que si me diera una coz un asno lo iba a llevar ante los jueces?».

13. *Frag.* 25 Diels.
14. *Odisea* IV 392.

22. No tuvo necesidad de hacer viajes, como la mayoría (de los filósofos), y no viajó a no ser en campañas militares. Durante el tiempo restante, quedándose allí (en Atenas), investigaba apasionadamente en compañía de los que charlaban con él, no para arrebatarles sus opiniones, sino para intentar aprender del todo la verdad. Cuentan que Eurípides le dio el tratado de Heráclito y le preguntó: «¿Qué te parece?», y él le contestó: «Lo que he entendido, excelente. Y creo que también lo será lo que no he entendido. Pero es que requiere un buceador de Delos».

Atendía también a los ejercicios corporales y estaba bien fuerte. En efecto hizo la campaña de Anfípolis. Y cuando Jenofonte cayó del caballo en la batalla en Delion, lo recogió y le salvó la vida. 23. Y cuando todos los atenienses huían, él se retiraba tranquilamente, dándose la vuelta serenamente y vigilando para defenderse si alguno atacaba. Hizo también la campaña de Potidea cruzando por mar, pues por tierra no era posible por impedirlo la guerra. Fue allí donde cuentan que permaneció en la misma posición durante toda la noche y que, habiendo ganado el premio al valor, se lo cedió a Alcibíades. Que estuvo enamorado de éste lo cuenta Aristipo en el cuarto libro de *Sobre la molicie de antaño*. Ión de Quíos cuenta que de joven viajó a Samos en compañía de Arquelao. Y Aristóteles refiere que fue a Delfos. Pero además fue al Istmo, según Favorino en el libro primero de sus *Recuerdos*.

24. Era firme en sus decisiones y democrático, como quedó claro al no ceder ante Critias y sus colegas, que le ordenaron traer ante ellos a León de Salamina, un hombre rico, para darle muerte. Además fue el único en votar a favor de los diez estrategos. Y cuando le era posible fugarse de la cárcel, no quiso hacerlo. Regañó a sus amigos que lloraban por él y estando encadenado les dirigió aquellas sus más hermosas palabras.

Era muy independiente y digno. Cuando en una ocasión Alcibíades, según cuenta Pánfila en el libro séptimo de sus

Recuerdos, le dio un amplio terreno, para que allí se hiciera una casa, le dijo: «Si me hicieran falta unos zapatos y me dieras toda una piel, sería también ridículo que yo la aceptara».

25. Muchas veces, al contemplar los montones de cosas que se vendían, se decía a sí mismo: «¡De cuántas cosas no tengo necesidad!». Y de continuo solía recitar aquellos famosos yambos:

> Los adornos de plata y la púrpura son útiles
> para la escena trágica, que no para la vida[15].

Mostró su desprecio por Arquelao de Macedonia y por Escopas de Cranón y por Euríloco de Larisa, al no aceptar los regalos que le enviaron ni acudir a sus cortes. Era tan ordenado en su manera de vivir que al irrumpir epidemias en Atenas repetidamente fue el único que no enfermó en la ciudad.

26. Dice Aristóteles que se casó con dos mujeres. La primera fue Jantipa, de la que tuvo a Lamprocles; la segunda, Mirto, la hija de Aristides el Justo, a la que aceptó sin dote, de la que tuvo a Sofronisco y a Menéxeno. Otros dicen que se casó primero con Mirto. Pero algunos afirman que las tuvo a la vez, y entre estos Sátiro y Jerónimo de Rodas. Pues cuentan que, como deseaban los atenienses aumentar la población, estando en penuria de hombres, votaron que se desposara a una ciudadana sólo, pero que se pudieran tener hijos de otras además. Por eso actuó así Sócrates.

27. Era muy capaz para despreciar a quienes se burlaban de él. Y estaba orgulloso de su frugalidad y jamás trabajó por ningún sueldo. Y afirmaba que comía con mayor placer lo que no necesitaba de menos condimento, y que bebía con más gusto lo que no le hacía esperar otra bebida; y al sentir mínimas necesidades estaba muy cerca de los dioses. Y eso

15. *Frag.* II 512 Kock.

es posible captarlo incluso de los comediógrafos, que no advierten cómo ellos mismos con lo que quieren ridiculizarlo lo elogian.

Oh tú, amigo, que justamente deseaste la mayor sabiduría,
¡cuán feliz vas a pasar tu vida entre los atenienses y los [griegos!
Pues eres memorioso y reflexivo, y tienes mucho aguante
en tu carácter, que ni de estar en pie ni andando te fatigas,
ni te afliges demasiado tiritando ni ansías los almuerzos,
y prescindes del vino y de la gula, y de otras chucherías[16].

28. Amipsias le lleva a escena envuelto en un capote y dice así:

–Sócrates, el mejor entre pocos, y el más vanidoso con mucho, también tú vienes a nosotros. Eres resistente. ¿De dónde sacarías una túnica?

–¡Esa basura resulta un insulto para los remendones!

–No obstante, aun pasando hambre, él nunca consintió en adular a otros[17].

Ese aspecto suyo desdeñoso y altivo también lo pone de relieve Aristófanes al decir esto:

Te pavoneas por las calles, avanzas revolviendo tus ojos, descalzo soportas mil desdichas, y pasas con rostro digno entre nosotros[18].

Aunque algunas veces, ajustándose a las ocasiones, también se vestía espléndidamente, como cuando se dirigía hacia la casa de Agatón en el *Banquete* de Platón.

16. Aristófanes, *Ranas*, 412-417.
17. *Frag.* I 672 Kock.
18. *Ranas*, 362 s.

29. Era igualmente hábil para ambas cosas, para persuadir y para disuadir. Por ejemplo, a Teeteto, con el que había dialogado sobre la ciencia, lo despidió lleno de entusiasmo, según cuenta Platón. En cambio, a Eutifrón, que había presentado una acusación contra su padre por haber asesinado a un hombre, después de una discusión sobre la piedad, lo desanimó. Y a Lisis le convirtió en un carácter virtuosísimo con sus exhortaciones. Pues era diestro en hallar sus razones a partir de los hechos. Hizo avergonzarse a su hijo Lamprocles, que estaba irritado contra su madre, según dice Jenofonte en algún sitio. A Glaucón, el hermano de Platón, que quería dedicarse a la política, lo convenció para que desistiera, por ser inexperto, como dice Jenofonte. En cambio a Cármides, que tenía una disposición natural, lo convenció de lo contrario.

30. Levantó el ánimo al estratego Ifícrates, haciéndole notar que los gallos del barbero Midias batían sus alas desafiando a los de Calias. Glaucónides consideraba que él daba tanto prestigio a la ciudad como un faisán o un pavo real.

Decía que cuán asombroso era que cualquiera pudiera decir con facilidad cuántas cabezas de ganado tenía, pero no nombrar cuántos amigos había hecho. En tan poca estima los tenía. Viendo a Euclides que tomaba muy en serio los razonamientos erísticos, le dijo: «Euclides, podrás servirte de ellos con los sofistas, pero de ningún modo con las personas». Pues pensaba que era inútil la argumentación palabrera, según indica Platón en el *Eutidemo*.

31. Cuando Cármides le ofreció unos esclavos, para que sacara un sueldo por ellos, no lo aceptó. También despreció la belleza de Alcibíades, según algunos. Y elogiaba el ocio como la mejor de las riquezas, según cuenta también Jenofonte en su *Banquete*. Decía que sólo hay un bien, el conocimiento, y un solo mal, la ignorancia; que la riqueza y el nacimiento noble no aportan ninguna dignidad, sino todo lo contrario, un daño. Como uno le dijera que la madre de Antístenes era tracia, le contestó: «¿Creías tú que un hombre

tan noble había nacido de dos atenienses?». A Fedón, que por ser cautivo de guerra estaba de esclavo en una casa, logró que lo rescatara Critón y lo convirtió en filósofo.

32. Llegó incluso a aprender a tocar la lira en la vejez, diciendo que no es nada absurdo que uno aprenda lo que no sabe. Danzaba además frecuentemente, considerando que tal gimnasia era conveniente para el buen mantenimiento del cuerpo, como dice Jenofonte en su *Banquete*. Decía que la divinidad le indicaba de antemano lo que iba a ocurrirle. Y que el obedecer bien no era poca cosa, pero se aprendía poco a poco. Y que no sabía nada a excepción de eso mismo. De los que compraban la fruta inmadura decía que ignoraban si iban a llegar a su sazón. Cuando en cierta ocasión le preguntaron cuál es la virtud de un joven, contestó: «Esa de nada en demasía». Decía que conviene saber geometría hasta el punto de poder usar uno la medida para comprar o vender un terreno.

33. Cuando en la *Auge* dice Eurípides de la virtud:

> lo mejor es dejar que vaya libre al azar[19],

se levantó y salió del teatro, diciendo que era ridículo que uno estimase valioso buscar a un esclavo al que no se encuentra, mientras que deja perecer así a la virtud. Al ser preguntado si hay que casarse o no, respondió: «De cualquiera de las dos cosas que hagas te arrepentirás». Decía que se asombraba de que quienes esculpían las estatuas atendieran en sus proyectos a que la piedra se pareciera al máximo (a un ser humano), mientras que se desatendían a sí mismos en no mostrarse semejantes a la piedra. Le parecía bien que los jóvenes se miraran continuamente al espejo, a fin de que, si eran hermosos, se hicieran dignos, y, si eran feos, encubrieran con su educación su fealdad.

19. El verso aparece en *Electra*, 379.

34. Habiendo invitado a cenar a unos ricos, como Jantipa se sintiera avergonzada, le dijo: «No te preocupes. Si son moderados, se adaptarán; y si son pretenciosos, no nos importará nada su opinión». Decía que los demás vivían para comer; pero que él comía para vivir. Respecto de la gente que no vale la pena su opinión, decía que sucede como si uno que desprecia un tetradracma falso aceptara como valioso un montón compuesto de tales monedas. Cuando Esquines le dijo: «Soy pobre y no tengo otra cosa, te entrego a mí mismo», contestó: «¿Acaso no comprendes que me das lo más importante?». A quien se mostraba pesaroso de que los Treinta le tenían postergado cuando estaban en el poder, le replicó: «No te apenará eso, ¿verdad?». 35. A uno que le dijo: «Te han condenado a muerte los atenienses», le contestó: «Y a ellos la Naturaleza». Otros atribuyen la frase a Anaxágoras. A su mujer, que le comentaba: «Mueres injustamente», dijo: «¿Acaso preferirías que fuera justamente?». Habiendo visto en sueños que alguien le decía:

al tercer día llegarás a Ptía de fértiles glebas[20],

comentó a Esquines: «al tercer día moriré». Cuando iba a beber la cicuta, le ofreció Apolodoro un bello manto para que muriera sobre él, y él replicó: «¿Por qué iba a ser bueno mi manto para vivir con él, pero no para morir con él?». A uno que le dijo: «Fulano habla mal de ti», le contestó: «Es que no ha aprendido a hablar bien». 36. Volviendo hacia afuera Antístenes los rotos de su burdo manto, le dijo: «Por los agujeros de tu manto veo tu vanidad». A quien le preguntó: «¿No te ofende fulano?», contestó: «No; lo que cuenta de mí no es cierto».

Decía que hay que someterse de buen grado a las burlas de los cómicos. Pues si ponen en escena algunos aspectos que

20. *Ilíada* IX 363.

nos tocan, ayudarán a corregirlos; y si no, no nos importan. A propósito de Jantipa, que primero le insultaba y luego le arrojó agua, dijo: «¿No decía que Jantipa tronaba y luego llovería?». A Alcibíades, que le decía que Jantipa con sus reproches era insoportable, le dijo: «Pero yo estoy acostumbrado, como quien escucha de continuo el ruido de una polea. 37. También tú soportas el graznido constante de los gansos». Contestándole él que: «Es que ésos me dan huevos y polluelos», dice: «También a mí Jantipa me da a luz hijos». Cuando una vez, en medio de la plaza, ella le agarró del manto, sus amigos le aconsejaban que se defendiera con sus puños, y él dijo: «¡Por Zeus! Para que vosotros nos jaleéis mientras boxeamos, gritando unos: ¡Bien Sócrates! y otros: ¡Bravo Jantipa!». Decía que convivía con una mujer de mal carácter como los jinetes con caballos fogosos. «Pues así como aquéllos, tras haberlos domado, fácilmente dominan a los demás, así también yo, tratando a Jantipa, fácilmente me habituaré a las demás personas.»

Estos y semejantes eran, en efecto, sus dichos y hechos, respecto a los cuales dio su testimonio la Pitia, de la que Querefonte trajo aquella respuesta que se divulgó famosa:

De los hombres todos el más sabio es Sócrates.

38. A partir de lo cual fue objeto de extrema envidia. Y especialmente porque además ponía en evidencia a quienes estaban muy orgullosos de sí mismos hasta parecer necios, como sin duda hizo con Ánito, según se ve en el *Menón* de Platón. Así que éste, que no soportaba el ridículo suscitado por Sócrates, primero incitó contra él a los del grupo de Aristófanes, y luego logró persuadir a Meleto para que adujera contra él una acusación de impiedad y corrupción de los jóvenes.

En efecto la acusación fue presentada por Meleto, y el discurso lo pronunció Polieucto, según cuenta Favorino en su *Historia miscelánea*. Pero el discurso lo había escrito Polí-

crates, el sofista, según dice Hermipo, o Ánito, según otros. El demagogo Licón lo preparó todo.

39. Antístenes en sus *Sucesiones de los filósofos* y Platón en su *Apología* dicen que fueron tres los que le acusaron, Ánito, Licón y Meleto; Ánito porque estaba encolerizado en representación de los artesanos y los políticos, Licón por los oradores, y Meleto por los poetas, a todos los cuales satirizaba Sócrates. Favorino dice en el primer libro de sus *Recuerdos* que no es auténtico el discurso de Polícrates contra Sócrates. Porque en éste, dice, alude a la reconstrucción de los muros por Conón, que tuvo lugar seis años después de la muerte de Sócrates. Y así es en efecto.

40. El acta de denuncia tenía la forma siguiente. Pues aún ahora –dice Favorino– se conserva en el Metroon: «Esto denuncia y acusa bajo juramento Meleto, hijo de Meleto, del demo de Pitto contra Sócrates, hijo de Sofronisco, del demo de Alópece: Sócrates delinque al no reconocer a los dioses a los que da culto la ciudad, y al introducir nuevas divinidades. Delinque también corrompiendo a los jóvenes. Pena solicitada: la muerte». Entonces el filósofo, a quien Lisias le había escrito un discurso de defensa, lo leyó y dijo: «El discurso es hermoso, Lisias, pero no va conmigo». Está claro, desde luego, que era en lo fundamental más forense que filosófico. 41. Y, al decirle Lisias: «¿Cómo, si es hermoso el discurso, no te va a ir bien?», respondió: «Así como unos bellos vestidos y zapatos también podrían venirme mal».

Durante el juicio, cuenta Justo de Tiberíades en la *Corona*, subió Platón a la tribuna y dijo: «Siendo el más joven, atenienses, de cuantos subieron a la tribuna...»; pero los jueces le gritaron: «¡Baja, baja!». Conque fue condenado por doscientos ochenta y un votos de mayoría, más que los que lo absolvían. Y al considerar los jueces qué multa debía sufrir o pagar, dijo que pagaría veinticinco dracmas. Eubúlides, en cambio, dice que se pedían cien. 42. Pero, como los jueces murmuraran, dijo: «A causa de los servicios prestados con-

sidero justo que la sentencia sea la de mantenerme en el Pritaneo a costa del erario público».

Y ellos le condenaron a muerte, añadiendo otros ochenta votos (a la mayoría). Entonces fue llevado a prisión, donde no muchos días después bebió la cicuta, manteniendo muchos bellos y nobles coloquios que Platón recoge en el *Fedón*. Además compuso un peán, según algunos, cuyo comienzo es:

¡Salve Apolo Delio, y Ártemis, gloriosos hermanos!

Pero Dionisodoro dice que el peán no es de él. Hizo también una fábula esópica, de modo no muy logrado, que comienza:

Dijo una vez Esopo a los ciudadanos de Corinto:
que la virtud no se juzgue por la sabiduría del tribunal
[popular[21].

43. Así se fue de entre los humanos. Los atenienses se arrepintieron enseguida, hasta el punto de que cerraron tanto palestras como gimnasios. Desterraron a los otros (acusadores), y condenaron a muerte a Meleto. A Sócrates lo honraron con una estatua de bronce, que erigieron en el camino de las procesiones, obra de Lisipo. A Ánito, que fue de viaje los heracleotas, lo expulsaron por decreto el mismo día de su llegada. No sólo en el caso de Sócrates experimentaron tal sentimiento los atenienses, sino también en muchos otros. Pues a Homero, según cuenta Heraclides, lo multaron con cincuenta dracmas bajo pretexto de loco, y decían que Tirteo deliraba, y prefirieron honrar con una estatua de bronce a Astidamante que a Esquilo. 44. También Eurípides les hace reproches en su *Palamedes*, cuando dice: «Ma-

21. *Ant. Plan.* IV 16.

tasteis, matasteis al muy sabio, al inocente ruiseñor de las Musas»[22]. Y eso es así. Pero Filócoro afirma que Eurípides murió antes que Sócrates.

Había nacido, según dice Apolodoro en su *Cronología*, en el arcontado de Apsefión, en el año cuarto de la Olimpiada setenta y siete[23], en el día sexto del mes Targelión, cuando los atenienses purifican la ciudad y los delios dicen que es el día natal de Ártemis. Murió en el primer año de la Olimpiada noventa y cinco[24], habiendo vivido setenta años. Eso mismo afirma Demetrio de Falero. Pero algunos dicen que murió a los sesenta años.

45. Ambos fueron oyentes de Anaxágoras, tanto él como Eurípides, que había nacido en el primer año de la Olimpiada setenta y cinco[25], en el arcontado de Calíades.

Me parece a mí que Sócrates trató también de temas de física, puesto que justamente conversó sobre la providencia, según cuenta también Jenofonte, aunque éste diga que sólo se ocupó de ética. Es más, Platón en la *Apología*[26] rememora a Anaxágoras y a algunos otros fisiólogos, que Sócrates censura, pero él mismo opina sobre ellos, aunque lo pone todo en boca de Sócrates. Cuenta Aristóteles que un mago que vino de Siria a Atenas le pronosticó a Sócrates varias cosas y entre ellas que tendría un final violento.

46. Nuestros versos sobre él son éstos:

Bebe ahora en la mansión de Zeus, Sócrates. En verdad
te llamó sabio el dios, y un dios es la sabiduría.
De los atenienses tú aceptaste sin reparos la cicuta;
pero ellos mismos vinieron a apurarla en tu boca[27].

22. *Frag.* 588 Nauck.
23. 469-468 a.C.
24. 400-399 a.C.
25. 480-479 a.C.
26. 26 D.
27. *Ant. Pal.* VII 96.

A él, según dice Aristóteles en el tercer libro de su *Poética*, le hizo reproches un tal Antíloco de Lemnos, y Antifonte, el augur, como a Pitágoras Cilón de Crotona. También a Homero en vida lo censuró Siagro, y después de muerto Jenófanes de Colofón. También a Hesíodo en vida lo censuró Cércope, y después de muerto el antedicho Jenófanes. Y a Píndaro, Anfímenes de Cos. A Tales, Ferecides, y a Biante, Sálaro de Priene. A Pítaco, Antiménidas y Alceo, a Anaxágoras, Sosibio, y a Simónides, Timocreonte.

47. De los que le sucedieron, los llamados socráticos, los más importantes fueron Platón, Jenofonte, Antístenes; y, de los diez que tradicionalmente se relacionan con él, los cuatro más distinguidos son Esquines, Fedón, Euclides y Aristipo. Hay que hablar primero de Jenofonte, luego de Antístenes entre los cínicos, luego de los socráticos, y así después de Platón, pues con él se inician las diez escuelas, y él fundó la primera Academia. Mi exposición seguirá este orden.

Hubo además otro Sócrates, un historiador, que escribió una *Periegesis de Argos*, y otro, un peripatético, de Bitinia; y otro, poeta autor de epigramas; y el de Cos, que escribió sobre los nombres de los dioses.

Jenofonte (426?-354 a.C.)

48. Jenofonte fue hijo de Grilo, ateniense, del demo de Erquia. Fue un hombre muy discreto y de extremada belleza corporal. Cuentan que se lo encontró Sócrates en un pasaje angosto, y extendió su bastón impidiéndole pasar y le preguntó dónde se compraban unas y otras mercancías. Cuando él le hubo respondido, le preguntó de nuevo que dónde se hacen los hombres personas de bien, y como él vacilara, le dijo: «Sígueme entonces, y apréndelo». Y desde aquel momento fue oyente de Sócrates. Y fue el primero en tomar apuntes de sus dichos y en publicarlos, con el título de *Me-*

morables. Fue también el primero que escribió una historia de los filósofos.

49. De él cuenta Aristipo en el libro cuarto de su *Sobre el refinamiento de antaño* que se enamoró de Clinias. Y que a propósito de éste dijo: «Ahora, pues, veo con más placer a Clinias que a todas las bellezas del mundo humano. Preferiría ser ciego para todas las demás cosas a serlo sólo ante Clinias. Me irrito contra la noche y contra el sueño, porque entonces no lo veo. Siento el mayor agradecimiento hacia el día y el sol, porque me iluminan de nuevo a Clinias».

Llegó a ser amigo de Ciro del modo siguiente. Tenía un íntimo llamado Próxeno, de estirpe beocia, discípulo de Gorgias de Leontinos y amigo de Ciro. Éste, que vivía en Sardes en la corte de Ciro, le envió a Atenas a Jenofonte una carta, invitándole a que se presentara como amigo de Ciro. Jenofonte le enseña la carta a Sócrates y le pide su consejo. 50. Entonces él lo envió al oráculo de Delfos a consultar al dios. Jenofonte le hace caso. Llega al templo del dios. Y pregunta, no si debía marchar junto a Ciro, sino cómo lo haría. De eso no le echó Sócrates la culpa, y le recomendó también que fuera. Así que se presentó a Ciro, y fue su amigo no menos que Próxeno.

En fin, los detalles todos de la expedición hacia Persia y su retorno él mismo nos los relata (en su *Anábasis*) suficientemente. Se mantuvo enemistado con Menón de Fársalo, el jefe de los mercenarios, durante el tiempo de la expedición. Por eso denostándole cuenta que tenía amoríos con favoritos de más edad. También a un cierto Apolonides le reprocha haberse hecho agujerear las orejas[28].

51. Después de la expedición y de las desdichas en el Ponto y de la violación de las treguas por Seutes, el rey de los odrisios, llegó a Asia Menor, ofreciendo como mercenarios a los soldados de Ciro que llevaba, a Agesilao, el rey de los la-

28. *Anábasis* III 1. 26-31.

cedemonios; y fue amigo de éste en extremo. Por este motivo fue condenado al destierro por los atenienses con la acusación de «laconismo». Al llegar a Éfeso, como tenía una cantidad de oro, entregó la mitad al sacerdote de Ártemis, Megabizo, para que se la guardara hasta su regreso. Y, en el caso de que no regresara, para que se erigiera y dedicara allí una estatua a la diosa. Y la otra mitad la envió en presentes a Delfos. Desde allí marchó a Grecia, junto con Agesilao, que había sido llamado para la guerra contra los tebanos. Y los lacedemonios le concedieron la condición de próxeno.

52. Desde allí, dejando a Agesilao, se retiró a Escilunte, un terreno de Elea poco distante de la ciudad. Le acompañaban su mujer, de nombre Filesia, según dice Demetrio de Magnesia, y sus dos hijos, Grilo y Diodoro, según dice Dinarco en su obra *Censura a Jenofonte*, a los que llamaban los Dioscuros. Al presentarse allí Megabizo, con el motivo de una fiesta, le trajo sus dineros, y con ellos compró un terreno y lo consagró a la diosa, y a través de éste corría el río Selinunte, homónimo del río que pasa por Éfeso. Desde entonces pasaba el tiempo cazando, recibiendo en su hogar a sus amigos y escribiendo sus relatos históricos. Afirma Dinarco que la casa y el campo se lo habían dado los lacedemonios.

53. Cuentan además que el espartano Filópidas le envió allí como regalo a algunos esclavos, cautivos de Dárdano, y que él dispuso de ellos a su antojo. Pero los eleos hicieron una expedición de guerra contra Escilunte, y como los lacedemonios se retrasaron, saquearon el lugar. Sus hijos escaparon a escondidas, con unos pocos siervos, hasta Lepreo, y el mismo Jenofonte se refugió primero en Élide, y luego en Lepreo, junto a sus hijos. Desde allí se puso a salvo en Corinto, con sus hijos, y se estableció allá. En esta época votaron los atenienses acudir en ayuda de los lacedemonios y él envió sus hijos a Atenas para que lucharan en favor de los lacedemonios. 54. Se habían educado en Esparta, según dice Diocles en las *Vidas de los filósofos*. El caso es que Dio-

doro salió sano y salvo sin haber hecho nada brillante en la batalla -y éste tuvo un hijo del mismo nombre que su hermano-. Pero Grilo, que estaba alineado con los jinetes -la batalla era la de Mantinea-, murió peleando valerosamente, según refiere Éforo en su libro vigésimo quinto. Mandaba la caballería Cefisodoro, y Agesilao era el general en jefe; y en esa batalla murió también Epaminondas. Se cuenta que se encontraba entonces haciendo un sacrificio, cubierto con una corona. Cuando se le anunció la muerte de su hijo, se quitó la corona, pero al enterarse luego de que murió noblemente se la volvió a poner. 55. Algunos dicen que ni siquiera lloró, sino que dijo: «Sabía que lo engendré mortal». Cuenta Aristóteles que fueron muchísimos quienes escribieron encomios y epitafios, en honor de Grilo, en parte por agradar a su padre. Así también Hermipo en su *Acerca de Teofrasto* dice que incluso Isócrates escribió un encomio fúnebre.

Timón se burla de él en estos versos:

> Una floja pareja de discursos o tres o más,
> como escribiría Jenofonte, o el vigor no falto de persuasión [de
> Esquines...[29].

Y tal fue su vida. Floreció en el cuarto año de la Olimpiada noventa y cuatro[30], y marchó con Ciro en su expedición siendo arconte Xenaéneto, el año antes de la muerte de Sócrates.

56. Falleció, según cuenta Estesiclides de Atenas en su lista de los arcontes y vencedores olímpicos, en el año primero de la Olimpiada ciento cinco[31], en el arcontado de Calidemides, en el que llegó al poder Filipo, el hijo de Amintas, en

29. *Frag.* 26 Diels.
30. 401-400 a.C.
31. 360-359 a.C.

Macedonia. Murió en Corinto, según refiere Demetrio de Magnesia, claramente a una edad ya avanzada. Habíase hecho un hombre bueno, desde luego, amigo de los caballos y de la caza, y un buen táctico, como se ve por sus escritos. Era piadoso y cumplidor de sacrificios, y un experto en escrutar las víctimas, y un celoso seguidor de Sócrates.

Compuso alrededor de cuarenta libros, aunque la división de éstos es a veces de un modo y otras de otro:

57. *Anábasis* (en la que hizo un prólogo a cada libro, pero no uno de conjunto).

Ciropedia.
Helénicas.
Memorables.
Banquete.
Económico.
Sobre el arte de montar a caballo.
El arte de la caza.
Sobre el comandante de caballería.
Apología de Sócrates.
Acerca de los recursos e ingresos.
Hierón o el Tirano.
Agesilao.
Constitución de los atenienses y de los espartanos.

Esta última dice que no es de Jenofonte Demetrio de Magnesia. Se dice que hizo famosos los libros de Tucídides, que habían pasado inadvertidos, cuando habría podido apropiárselos él. Fue llamado la Musa Ática por la dulzura de su estilo. De ahí que mantuvieran una cierta rivalidad él y Platón, como diremos en el capítulo sobre Platón.

58. Tenemos un epigrama nuestro sobre él que reza de este modo:

> No sólo contra los persas por causa de Ciro subió Jenofonte,
> sino porque buscaba una subida que le llevara al reino de [Zeus.

Al mostrar que las hazañas helénicas vienen de la
[educación,
recordó la enseñanza de Sócrates de que la sabiduría es el
[bien[32].

Y otro referente a cómo murió:

Sí, también a ti, Jenofonte, los conciudadanos de Cránao y
de Cécrope te condenaron al destierro, a causa de tu
[amigo Ciro.
Pero la hospitalaria Corinto te acogió, y allí gozaste
luego de sus encantos. Y decidiste permanecer allí[33].

59. He encontrado en otros textos que floreció en la Olimpiada ochenta y nueve[34] junto con otros socráticos, y dice Istro que fue desterrado por un decreto de Eubulo, y reintegrado a la ciudadanía por un decreto del mismo.

Hubo siete Jenofontes. El primero es éste. El segundo, un ateniense, hermano de Pitóstrato, del autor de la *Teseida*, que escribió él otras obras y una *Vida de Epaminondas y Pelópidas*. El tercero, un médico de Cos. El cuarto, un autor de una *Historia de Aníbal*. El quinto, uno que se ocupó de relatos de prodigios míticos. El sexto, un escultor, de Paros. El séptimo, un autor de la Comedia Antigua.

Esquines (*c.* 400 a.C.)

60. Fue hijo de Carino, el salchichero, si bien otros dicen que de Lisanias. Era ateniense, esforzado desde su infancia. Por eso no se apartó del lado de Sócrates. De ahí que él dijera: «Sólo sabe honrarnos el hijo del salchichero». Dice Idomeneo

32. *Ant. Pal.* VII 97.
33. *Ant. Pal.* VII 98.
34. 424-420 a.C.

que fue él quien en la cárcel aconsejó a Sócrates que se fugara, y no Critón. Pero Platón, porque era (Esquines) más amigo de Aristipo, atribuye esos consejos a Critón. Esquines fue calumniado, y sobre todo por Menedemo de Eretria, que aduce que la mayoría de sus diálogos eran de Sócrates y él los habría recibido de Jantipa. Pero los que llaman «acéfalos» son muy flojos y no muestran el firme tono socrático. Pisístrato de Éfeso afirmaba también que no eran de Esquines; 61. y Perseo atribuye la mayor parte de los siete a Pasifonte de Eretria, quien los habría añadido a los de Esquines. Pero además éste ha utilizado los diálogos de Antístenes el *Pequeño Ciro*, el *Heracles menor* y el *Alcibíades*, y los de otros autores. En fin, los marcados por el carácter socrático de Esquines son siete: *Milciades* es el primero, y tal vez por eso es algo más flojo, *Calias, Axíoco, Aspasia, Alcibíades, Telauges* y *Rinón*.

Dicen que por necesidad acudió a Sicilia a la corte de Dionisio, y que fue preterido por Platón, pero fue recomendado por Aristipo, y que tras presentarle algunos diálogos recibió regalos. 62. Al regresar luego a Atenas no se atrevió a ejercer como sofista, por la fama de que entonces gozaban los círculos de Platón y de Aristipo. Pero dio lecciones pagadas, y luego compuso oraciones forenses para los injustamente sometidos a pleito. Por eso dice Timón de él: «el vigor no falto de persuasión de Esquines». Cuentan que Sócrates le dijo, cuando lo veía oprimido por su pobreza, que tomara préstamos de sí mismo disminuyendo sus comidas. De la autenticidad de sus diálogos también Aristipo tenía sospechas. En cierta ocasión en que daba una lectura en Mégara cuentan que se burló de él diciendo: «¿De dónde has sacado eso, ladrón?».

63. Dice Polícrito de Mendos en el primer libro de su *Acerca de Dionisio* que convivió con el tirano hasta la caída de éste y luego hasta el regreso de Dión a Siracusa, afirmando que también estaba con él el tragediógrafo Carcino. Se conserva también una carta de Esquines a Dionisio. Se había ejercitado a fondo en los discursos retóricos, como se ve por

su defensa del padre del estratego Féax y de Dión. Sobre todo imita a Gorgias de Leontinos. Y Lisias escribió un discurso contra él, intitulado «Sobre la deshonestidad». De eso se deduce claramente que era un retórico. Se le atribuye un solo discípulo: Aristóteles apodado «el Mito».

64. De todos los diálogos socráticos piensa Panecio que son auténticos los de Platón, los de Jenofonte, los de Antístenes y los de Esquines, duda acerca de los de Fedón y de Euclides, y rechaza todos los demás.

Hubo ocho Esquines. El primero es este mismo. El segundo, el que escribió los tratados de retórica. El tercero, el que se enfrentó a Demóstenes. El cuarto, un arcadio, discípulo de Isócrates. El quinto, el de Mitilene, al que llamaban «el azote de los retóricos». El sexto, un napolitano, filósofo académico, discípulo y favorito de Melantio de Rodas. El séptimo, uno de Mileto, escritor político. El octavo, un escultor.

Aristipo *(c.* 433-350 a.C.)

65. Aristipo era de Cirene por su familia, y vino a Atenas, según cuenta Esquines, atraído por la fama de Sócrates. Ejerciendo como sofista, según dice el peripatético Fanias de Éreso, fue el primero de los socráticos que lo hizo por una paga, y que envió dinero a su maestro. Así en cierta ocasión en que enviole veinte minas y las recibió devueltas, diciendo Sócrates que la divinidad no le permitía aceptarlas. Quedó, pues, irritado con ello.

Jenofonte se llevaba mal con él. Por eso justamente ha puesto en boca de Sócrates el discurso contra el placer en contra de Aristipo. También Teodoro en su *Sobre las escuelas filosóficas* lo ha denostado, y Platón en su *Acerca del alma*[35], como hemos dicho en otra parte.

35. *Fedón* 59 C.

66. Era hábil para adaptarse al lugar, a la ocasión y a la persona, y en cualquier circunstancia recitaba su papel convenientemente. Por eso gozaba de más prestigio que los otros en la corte de Dionisio, disponiendo siempre la coyuntura en su favor. Gozaba, en efecto, del placer del presente, y no perseguía con esfuerzo el goce de lo no presente. Por eso precisamente Diógenes lo llamaba el perro regio. Y Timón lo zahería por relajado, diciendo de este modo:

Tal es la delicada naturaleza de Aristipo que juzga lo verdadero por el tacto[36].

Cuentan que él una vez mandó comprar una perdiz por cincuenta dracmas. Y como uno se lo reprochara, le contestó: «¿No la habrías comprado tú por un óbolo?». Y al asentir el otro, dijo: «Pues tanto valen para mí cincuenta dracmas». 67. Una vez que Dionisio le dio a escoger una entre tres heteras, se llevó las tres diciendo: «Ni siquiera a Paris le fue bien al escoger una». No obstante, después de llevárselas, las dejó libres delante de su puerta. Tan tremendo era en el aceptar y el desdeñar. Por eso una vez Estratón, o Platón según otros, dijo de él: «A ti sólo te está concedido el vestir una elegante túnica o unos harapos». Le escupió Dionisio y él se aguantó. Y como uno se lo echó en cara, le repuso: «Los pescadores soportan que el mar los empape a fin de pescar un gobio, ¿y no voy a soportar yo que me humedezcan con saliva para pescar un pez más gordo?».

68. Pasaba una vez él por donde Diógenes lavaba sus verduras, y éste se burló de él diciéndole: «Si hubieras aprendido a mantenerte con esto, no servirías en las cortes de los tiranos». Contestó él: «Y tú, si supieras tratar con las personas, no estarías lavando verduras». Preguntado qué había sacado de la filosofía, dijo: «El poder tratar a todos sin rece-

36. *Frag.* 27 Diels.

lo». Cuando le reprochaban que vivía lujosamente, comentaba: «Si eso fuera malo, no se llevaría en las fiestas de los dioses». Preguntado sobre qué ventaja tenían los filósofos, contestó: «Si fueran abolidas todas las leyes, seguiríamos viviendo de igual modo». 69. Preguntado por Dionisio que por qué los filósofos acuden ante las puertas de los ricos y, en cambio, los ricos nunca a las de los filósofos, dijo: «Porque los unos saben lo que les hace falta, y los otros no lo saben». Al serle echado en cara por Platón que vivía dispendiosamente, le dijo: «¿Te parece a ti que es bueno Dionisio?», y al admitirlo él, le dijo: «Pues vive mucho más dispendiosamente que yo, de modo que no hay ningún obstáculo para vivir a la vez bien y lujosamente». Preguntado en qué se diferencian los educados de los ineducados, replicó: «En aquello en que los caballos domados se diferencian de los indómitos». En una ocasión que entraba en la casa de una hetera, como uno de los muchachos que le acompañaban se ruborizara, dijo: «No es feo el entrar, sino el no poder salir».

70. A uno que le proponía un enigma y le decía: «Resuélvelo», le contestó: «¿Por qué, insensato, quieres que resuelva lo que aun sin resolver nos procura problemas?». Mejor es, decía, ser indigente que ignorante; porque los unos necesitan dineros, y los otros, humanidad. Al ser insultado en cierta ocasión comenzó a alejarse, y el otro lo persiguió diciendo: «¿Por qué huyes?», y él dijo: «Porque tú tienes libertad para hablar mal, y yo tengo la de no oírte». Diciéndole uno que siempre veía filósofos ante las puertas de los ricos, le contestó: «También, en efecto, los médicos están en las puertas de los enfermos, pero no por eso preferiría cualquiera ser enfermo a ser médico».

71. Una vez que navegaba hacia Corinto ocurrió que se encontró en un temporal y estaba atemorizado, y entonces uno le dijo: «Nosotros los hombres vulgares no tememos miedo, ¿y vosotros los filósofos estáis amedrentados?». Y contestó: «Es que no es por la misma vida por lo que nos an-

gustiamos unos y otros». A uno que andaba orgulloso de su erudición, le dijo: «De igual modo que no tienen más salud los que comen muchísimo que los que ingieren lo necesario, así tampoco son inteligentes los que leen mucho, sino los que leen cosas útiles». Al abogado que le defendió en un juicio y ganó la causa, y que luego le decía: «¿Qué beneficio sacaste de Sócrates?», le replicó: «Este de que sean verdaderas las palabras que dijiste en mi favor».

72. Dio los mejores consejos a su hija Arete, acostumbrándola a despreciar el exceso. Preguntado por uno en qué sería mejor su hijo cuando hubiera recibido educación, le contestó: «Si no en otra cosa, al menos en que en el teatro no se sentará como piedra sobre piedra». A uno que le presentó a su hijo (para que lo educase) le reclamó quinientas dracmas. Aquél replicó: «Por ese precio puedo comprarme un esclavo». Y dijo: «Cómpratelo y tendrás dos». Dijo que pedía dinero a los íntimos, no para gastárselo él, sino para que ellos supieran para qué hay que usar el dinero. Como le reprocharan que, cuando tuvo un juicio, contrató a un abogado, dijo: «También cuando doy un banquete contrato a un cocinero».

73. Siendo reclamado en cierta ocasión por Dionisio para que hablara de filosofía, le dijo: «Sería ridículo que tú aprendas de mí el tema, pero que me enseñes cuándo debe decirse». Ante esta respuesta se enojó Dionisio y lo envió a ocupar el último extremo de la mesa. Entonces él dijo: «Has querido dar más realce al último puesto». A uno que se ufanaba de saber zambullirse y nadar, le dijo: «¿No te avergüenzas de pavonearte, de hacer de delfín?». Preguntado una vez que en qué se diferencian el sabio y el no sabio, contestó: «Envíalos a ambos ante desconocidos y lo sabrás». Vanagloriándose uno de que bebía mucho y no se emborrachaba, le dijo: «Eso también lo hace un mulo».

74. A uno que le hacía reproches porque vivía con una hetera, le dijo: «¿Acaso hay alguna diferencia en alquilar una

casa en la que antes vinieron otros o nadie?». El otro dijo que ninguna. «¿Y cuál hay en navegar en una nave en la que han navegado diez mil o ninguno?» «Ninguna.» «Tampoco, pues, la hay en convivir con una mujer que usaron muchos o que no usó nadie.» A uno que le echaba en cara que, siendo discípulo de Sócrates, aceptaba dinero, le dijo: «Muy razonablemente. Pues Sócrates, cuando algunos le enviaban comida y bebida, tomaba un poco y devolvía el resto. Porque tenía como proveedores a los más nobles de los atenienses; pero yo sólo tengo a mi esclavo, Eutíquides, comprado por dinero». Tenía relaciones con la hetera Lais, según cuenta Soción en el segundo libro de sus *Sucesiones*. 75. A quienes lo censuraban les dijo: «Yo la tengo a ella, pero no ella a mí. Porque lo mejor es el dominar y no ser sometido en los placeres, no el abstenerse de ellos». Al que le reprochaba el mucho gasto en la refinada comida, le dijo: «¿Tú no te habrías comprado esto por tres óbolos?». Y al admitirlo el otro, replicó: «Por tanto ahora no es que yo sea amante del placer, sino que tú eres un amante del dinero». Una vez que Simo, mayordomo de Dionisio, le mostraba una espléndida mansión con los suelos de mosaico –era el tal frigio y un bribón– expectoró y le escupió en la cara. Cuando aquél se irritaba, le dijo: «Es que no encontré un lugar más apropiado».

76. A Carondas –otros dicen que a Fedón–, que preguntó que quién era el que andaba oliendo a perfume, le replicó: «Soy yo, pobre de mí, y aún más pobre es el rey de Persia. Pero considera que por tal motivo no se menosprecia a ningún animal, y tampoco habría de menospreciarse a un hombre. Sin embargo, que en mala hora perezcan los afeminados, que nos dan mala fama a nuestro bello ungüento». Al preguntarle que cómo murió Sócrates, dijo: «Como yo querría». Una vez que le visitó el sofista Políxeno y, al ver en su casa mujeres y una suntuosa comida, se lo reprochó, dejando pasar un rato, le dijo: «¿Puedes también tú quedarte hoy con nosotros?». 77. Asintió él, y comentó Aristipo: «¿Qué

nos reprochabas entonces? Parece que lo que recriminabas no era la suntuosa comida, sino el gasto». A su criado, que en la calle le llevaba la bolsa del dinero y se quejaba del peso, según cuentan los discípulos de Bión en sus *Diatribas*, le dijo: «Tira lo que sobre y lleva tan sólo lo que puedas». Navegando en cierta ocasión advirtió que el barco era de piratas, y tomó sus monedas y se puso a contarlas. Luego, como si fuera sin querer, las dejó caer al mar y se echó a llorar a continuación. Algunos refieren que luego comentó que mejor era que éstas perecieran a causa de Aristipo que no Aristipo a causa de ellas. A Dionisio, cuando le preguntó que a qué llegaba, le contestó que a dar participación de lo que tenía y a tomar de lo que no tenía. 78. Pero algunos dicen que respondió: «Cuando necesitaba sabiduría, acudí a Sócrates; ahora que necesito dinero, acudo a ti». Despreciaba a los hombres que cuando van a comprar algún cacharro lo ponen a prueba, pero no saben cómo juzgar las maneras de vivir. Otros dicen que la frase es de Diógenes. En una ocasión en un convite Dionisio invitó a todo el mundo a danzar con un vestido purpúreo, y dicen que Platón se negó diciendo:

> No podría revestirme un vestido de mujer[37].

Pero Aristipo se lo puso y al salir a bailar dijo oportunamente:

> Incluso en medio de las danzas
> lo que es decente no se pervertirá[38].

79. Suplicando una vez en favor de un amigo a Dionisio y no consiguiendo el favor, se echó a los pies de éste. A uno que se burlaba le dijo: «No soy yo el culpable, sino Dionisio,

37. Eur., *Bacantes*, 836.
38. Eur., *Bac.* 317s.

que tiene los oídos en los pies». Estando un tiempo en Asia, fue hecho prisionero por el sátrapa Artafernes, y a uno que le dijo: «¿También en esta situación estás tranquilo?», le replicó: «¿Pues cuándo lo estaría más que ahora, cuando voy a conversar con Artafernes?». De los que han cursado las demás enseñanzas de cultura, pero han prescindido de la filosofía, decía que eran semejantes a los pretendientes de Penélope. También aquéllos tenían a su alcance a Melanto, a Polidora y a las demás criadas, y todo, antes que poderse casar con la auténtica señora de la casa. 80. Algo parecido se atribuye a Aristón: que Odiseo, en su descenso al Hades, pudo ver y encontrarse con casi todos los muertos, pero no divisó a la misma reina de los muertos.

Siendo preguntado qué es lo que deben aprender los niños hermosos, contestó: «Lo que les será útil cuando sean hombres». A uno que le echaba en cara que desde Sócrates llegara a Dionisio, le dijo: «Es que a Sócrates fui con vistas a la educación, y a Dionisio para la diversión». A él, que había ganado mucho con sus charlas, le dijo Sócrates: «¿De dónde sacaste tanto?», y él dijo: «De donde tú tan poco».

81. Como le dijera una hetera: «Estoy embarazada de ti», contestole: «No lo sabes más que si dijeras después de atravesar todo un campo de juncos: me ha pinchado éste». Le acusó uno de abandonar a su hijo como si no fuera suyo, y él repuso: «También la flema y las lombrices sabemos que han nacido de nosotros, pero las arrojamos lo más lejos posible como cosas inútiles». Como él recibiera dinero de Dionisio, mientras que Platón recogía un libro, a quien se lo reprochó, le dijo: «Es que yo estoy falto de dinero, y Platón, en cambio, de libros». Al que le preguntó que por qué motivo se dejaba refutar por Dionisio, contestó: «Por el mismo motivo por el que los demás le refutan».

82. Solicitaba dinero a Dionisio, y éste le replicó: «Pero si tú decías que el sabio no tenía apuros». Contestando le dijo: «Dame y discutiremos sobre el tema». Y cuando se lo hubo

dado, dijo: «¿Ves como no estoy en apuros?». Citándole Dioniso los versos:

> En verdad que cualquiera que trate con un tirano
> es esclavo de aquél, aunque se presente libre[39],

le repuso:

> No es esclavo, si se presenta libre.

Lo cuenta Diocles en su obra *Sobre las vidas de los filósofos*, mientras que otros lo atribuyen a Platón. Encolerizado contra Esquines, al poco tiempo le dijo: «¿No nos reconciliaremos, no dejaremos de disputar sino que esperarás a que alguno nos reconcilie al lado de una copa?». Y él dijo: «De acuerdo». «Acuérdate sin embargo -dijo Aristipo- de que yo primero, siendo el de más edad, vine a tu encuentro.» 83. Y contesta Esquines: «Muy bien, por Hera, has hablado con buenas razones, porque te has mostrado mucho mejor que yo. Yo empecé la enemistad, y tú comienzas la amistad». Éstas son las cosas que se relatan de él.

Hubo cuatro Aristipos. Este sobre el que trata nuestro texto. El segundo, el que escribió sobre Arcadia. El tercero, el nieto del primero, hijo de una hija y llamado «alumno de su madre», y el cuarto, el filósofo de la Academia Nueva.

Del filósofo de Cirene se han transmitido tres libros de una historia de Libia, enviada a Dionisio, y una obra en la que hay veinticinco diálogos, unos escritos en ático y otros en dialecto dorio. Son éstos:

84. *Artábazo, A los náufragos, A los desterrados, A un mendigo, A Lais, A Poro, A Lais, sobre el espejo, Hermias, El sueño, Al intendente de la copa, Filomelo, A los amigos, A los que le reprochaban su afición al vino añejo y a las heteras,*

39. Sófocles, *frag.* 789 Nauck.

A los que le reprochaban el comer suntuosamente, Carta a su hija Arete, Al que se entrenaba para Olimpia, Interrogatorio, Otro interrogatorio, Broma para Dionisio, Otra sobre la estatua, Otra sobre la hija de Dionisio, Para quien se creía deshonrado, Para quien pretendía hacerse consejero.

Algunos dicen que escribió además seis libros de *Diatribas* («Conversaciones»), y otros que no escribió nada en absoluto. Entre estos últimos está Sosícrates de Rodas. 85. Pero según Soción, en su segundo libro, y Panecio, son suyos los siguientes escritos:

Sobre la educación, Sobre la virtud, Protréptico, Artábazo, Naufragios, Desterrados, Diatribas (seis libros), *Bromas* (tres libros), *A Lais, A Poro, A Sócrates* y *Acerca de la fortuna.*

Hacía ver que el fin último (de la vida humana) es el suave movimiento que se produce en la sensibilidad.

Y una vez que hemos escrito la vida de éste, vamos nosotros a repasar a los Cirenaicos, que vienen de él, que se llaman a sí mismos unos seguidores de Hegesias, otros de Aniceris, y otros de Teodoro. Y no sólo éstos, sino también los que siguen a Fedón, de los cuales los más importantes son los Eretrios. 86. La lista es la siguiente: oyentes de Aristipo fueron su hija Arete, Etíope de Tolemaide y Antípatro de Cirene. De Arete fueron alumnos Aristipo, el llamado «discípulo de su madre», y de éste Teodoro apodado «el ateo» y luego «el dios». De Antípatro lo fue Epitímides de Cirene, de éste Parébates, de éste Hegesias «el aconsejador de la muerte» y Aniceris (el que rescató a Platón).

Los que se mantuvieron fieles a la doctrina de Aristipo y son llamados Cirenaicos sostienen las tesis siguientes: toman como básicos dos estados de ánimo *(páthe)*, placer y dolor, de los que el uno, el placer, consiste en un movimiento suave, y el otro, el dolor, en un movimiento áspero. 87. Que no difiere un placer de otro, ni ninguno es más placentero que otro. Y lo uno (el placer) es agradable a todos los seres vivos, y lo otro (el dolor) es objeto de rechazo.

No obstante, el placer del cuerpo, que es justamente el fin, según dice también Panecio en su obra *Sobre las escuelas filosóficas,* no es el placer estable, el originado en la remoción de los dolores y que se presenta en la ausencia de perturbación, que Epicuro admite y que afirma que es el fin. Ellos opinan que el fin y la felicidad difieren. Pues el fin es el placer en particular, y la felicidad consiste en la combinación de los placeres particulares, entre los que se cuentan también los pasados y los futuros.

88. El placer particular es elegible por sí mismo, mientras que la felicidad no lo es por sí misma, sino por los placeres particulares. Da fe de que el placer es el fin el hecho de que nosotros desde niños irreflexivamente estamos habituados a buscarlo, y una vez que lo hemos alcanzado no buscamos nada más, y que nada rehuimos tanto como lo opuesto a él, el dolor. El placer es un bien, incluso si se origina de los hechos más vergonzosos, según afirma Hipóboto en su *Sobre las escuelas filosóficas*. Pues aunque la acción (para conseguirlo) sea absurda, sin embargo el placer por sí mismo es deseable y bueno.

89. La eliminación del dolor, según queda establecida por Epicuro, a ellos no les parece que sea placer. Ni tampoco que la falta de placer sea dolor. Pues el uno y el otro consisten en un movimiento, mientras que no son movimiento la ausencia de dolor ni la falta de placer, ya que la ausencia de dolor es, por decirlo así, como la disposición de un durmiente. Afirman también que algunos no son capaces de elegir el placer por su perversión, ya que no todos los placeres y dolores psíquicos se fundan en placeres y dolores del cuerpo. Por ejemplo, pues, de la simple felicidad de la patria nace una alegría como de la propia prosperidad. No obstante niegan que de la memoria o la espectación de los bienes resulte placer, que era precisamente opinión de Epicuro. 90. Porque el movimiento del alma se diluye en el tiempo. Dicen que ni en la simple contemplación ni en la audición se

da el placer. Escuchamos placenteramente a los que imitan los lamentos, pero con desagrado a los que se lamentan de verdad.

A la ausencia de placer y a la carencia de dolor las llamaban estados intermedios. Decían además que los placeres corporales son mejores que los espirituales, y las dolencias corporales peores. Por ello se castigaba a los delincuentes más con éstas. Sostenían que el sufrir es más difícil, y el gozar más natural. De ahí que se dedicaran a la administración de éste con atención. Porque, aun siendo por sí mismo elegible el placer, las cosas que producen algunos placeres se les oponen muchas veces como penosas, de modo que se presenta para ellos dificilísima la suma de los placeres que constituyen la felicidad.

91. Opinan que no todo sabio vive placenteramente, ni cualquier necio penosamente, bien que así sea en la mayoría de casos. Basta con que cada uno disfrute cada placer que encuentre al paso. Dicen que la prudencia es un bien, pero que no es elegible por sí misma, sino por sus consecuencias. Que el amigo lo es con vistas a la utilidad, del mismo modo que se precia una parte del cuerpo mientras funciona. Que también algunas virtudes se dan en los insensatos. Y que el ejercicio corporal contribuye a la adquisición de la virtud. Que el sabio no sentirá envidia ni se enamorará o será supersticioso, pues son cosas que nacen de la vana opinión; no obstante, sentirá pena y tendrá temor, pues esto son sentimientos naturales. Y que la riqueza es causa de placer, no siendo deseable por sí misma.

92. De las pasiones dicen que son inteligibles ellas mismas, pero no las causas de que provienen. Renunciaron al estudio de los fenómenos naturales a causa de su aparente incomprensibilidad; pero abrazaron el estudio de los temas de lógica por su utilidad. Meleagro en el segundo libro de su *Acerca de las opiniones* y Clitómaco en el primero de *Acerca de las escuelas filosóficas* dicen que ellos consideran inútiles

tanto la sección física como la dialéctica, porque quien haya aprendido a fondo el razonamiento sobre los bienes y los males es capaz de hablar bien y de permanecer al margen de la superstición y de escapar al temor de la muerte.

93. Que nada es justo o bello o feo por naturaleza, sino por convención y costumbre; pero el hombre de bien no hará nada inconveniente a causa de las penas impuestas y de las opiniones establecidas. Que el sabio existe. Admiten el progreso tanto en filosofía como en las demás materias. Afirman también que uno sufre más que otro y que las sensaciones no en todos los casos son verídicas.

Los llamados discípulos de Hegesias mantenían los mismos objetivos finales, en cuanto al placer y el dolor. Para ellos no existe en absoluto el agradecimiento ni la amistad ni la beneficencia, por el hecho de que no elegimos estas cosas por sí mismas, sino por sus provechos, y cuando éstos no se presentan tampoco se dan estas acciones. Dicen que la felicidad es completamente imposible. 94. Pues el cuerpo está repleto de muchos padecimientos, y el alma sufre con el cuerpo y se ve agitada, mientras que la suerte nos niega muchas cosas de las que prometía la esperanza. De modo que por eso la felicidad está fuera de nuestro alcance. Tanto la vida como la muerte son algo deseable. Sostenían que por naturaleza nada es agradable o desagradable. A causa de la escasez o de la rareza o de la hartura los unos experimentan placer, y otros, desagrado (ante las mismas cosas). Que la riqueza y la pobreza no son ninguna razón de cara al placer, pues no de manera diferente gozan los ricos y los pobres. Que la esclavitud al par que la libertad es algo indiferente para la medida del placer, y la nobleza como el bajo linaje, y tanto vale el honor como la deshonra. 95. Y que para el necio el vivir es provechoso, mientras que es indiferente para el sensato. Que el sabio hará todo atendiendo a sí mismo, pues a ninguno de los demás lo considera tan digno como a él. Porque incluso si le parece que ha recogido gran-

dísimos beneficios de alguno, no son equivalentes de los que él mismo le ha procurado. Despreciaban las sensaciones por no ser exactas para el conocimiento, y admitían la acción en todo lo que parecía razonable. Decían que los errores merecen perdón, pues ninguno yerra voluntariamente, sino forzado por algún sentimiento. Y no había que odiar, sino instruir.

En cuanto al sabio, que no aventaja tanto en la elección de los bienes como en la evitación de los males, al establecerse como fin el no vivir penosa ni tristemente. 96. En esto ciertamente supera a quienes no establecen diferencias entre los motivos del placer.

Los seguidores de Aniceris en la mayoría de opiniones tienen las mismas que éstos; pero admiten que en la vida existe la amistad y el agradecimiento y el honrar a los padres y el hacer algo en defensa de la patria. Y que por estas causas aunque el sabio reciba algunas preocupaciones y molestias en nada será menos feliz, incluso cuando tuviera pocos sucesos placenteros. La felicidad del amigo no es de por sí misma elegible, pues no es perceptible siquiera al vecino. El razonamiento no es autosuficiente de cara al estar confiado y al mantenerse por encima de las opiniones de la gente, sino que hay que formar el carácter a causa de la floja disposición que se ha desarrollado en nosotros durante mucho tiempo. 97. Al amigo hay que tomarlo no sólo por sus momentos de aprovechamiento –faltando los cuales prescindiríamos de él–, sino también por el sentimiento de benevolencia, por el cual estamos dispuestos incluso a soportar penas. Así que aun tomando como fin el placer y sintiendo el vernos privados de éste, sin embargo lo soportamos de buen grado por el amor a un amigo.

Los llamados «Teodoreos» recibieron este calificativo de Teodoro, el antes mencionado, y adoptaron las opiniones de éste. Este Teodoro fue el que rechazó totalmente las creencias acerca de los dioses. Por cierto que encontré el li-

bro que escribió *Sobre los dioses*, que no es nada despreciable. De éste dicen que Epicuro recogió la mayor parte de lo que dice sobre el tema.

98. Teodoro fue oyente de Aniceris y de Dionisio el dialéctico, según cuenta Antístenes en sus *Sucesiones de los filósofos*. Admitía como fin último la alegría y el pesar. La primera se fundaba en la reflexión, el segundo en la insensatez. Bienes eran la prudencia y la justicia, y males las disposiciones contrarias, mientras que eran cosas intermedias el placer y el dolor.

Negaba la amistad, razonando que no existe ni entre los insensatos ni entre los sabios. Porque entre los unos, en cuanto se extingue la utilidad, queda eliminada la amistad; mientras que los sabios, al ser autosuficientes, no necesitan a los amigos. Decía que era muy de elogiar que el hombre virtuoso no expusiera su vida por la patria, porque no debía desperdiciar su prudencia en provecho de los necios.

99. Y que nuestra patria es el universo. Que se puede robar, ser adúltero y actuar sacrílegamente en el momento oportuno; pues ninguno de estos actos es vergonzoso por naturaleza, si uno rechaza la opinión convencional, que está establecida con vistas a los insensatos. El sabio satisfará sus deseos abiertamente sin ninguna excusa. A este propósito razonaba con estas preguntas: «¿Es que una mujer experta en letras puede ser útil en cuanto experta en letras?». «Sí.» «¿Y un muchacho o un jovencito experto en letras puede ser útil en tanto que experto en letras?» «Sí.» «Por lo tanto una mujer bella será útil en tanto que es bella, y un muchacho y un jovencito hermoso será útil en cuanto que es hermoso.» «Sí.» «¿Y entonces un muchacho y un jovencito hermoso será útil para aquello para lo que es hermoso?» «Sí.» 100. «¿Es hermoso para juntarse con él?» Concedidas estas premisas, concluía: «Por lo tanto si uno lo utiliza para la relación para la que es útil, no comete error. Ni tampoco si se sirve de la belleza para todo aquello en que es útil, cometerá

errores». Con preguntas de este estilo se afianzaba en su argumento.

Parece que lo llamaron «dios», al preguntarle Estilpón del modo siguiente: «¿Acaso, Teodoro, eres lo que declaras ser?». Y él asintió. «¿Dices que eres un dios?» Como él lo reconociera, dijo el otro: «Eres entonces un dios». Como él lo aceptara con gusto, le dice sonriendo: «Pero, condenado, con ese argumento puedes reconocer que eres un grajo y otros diez animales».

101. Teodoro estaba un día sentado al lado del hierofante Euriclides, y le preguntó: «Dime, Euriclides, ¿quiénes son los que cometen impiedad en los misterios?». Le replicó el otro: «Los que los exponen ante los no iniciados». «Entonces tú cometes impiedad -le dijo-, también tú los expones a los no iniciados». Por muy poco no fue llevado ante el tribunal del Areópago; corrió el riesgo pero le protegió Demetrio de Falero. Cuenta Anfícrates en su *Acerca de los hombres famosos* que le condenaron en juicio a beber la cicuta.

102. Pasando un tiempo en la corte de Tolomeo, hijo de Lago, fue enviado por éste como embajador a Lisímaco. Como hablara entonces con total libertad de palabra, le dice Lisímaco: «Dime, Teodoro, ¿no eres tú el que fue desterrado de Atenas?». Y él contesta: «Estás bien enterado. Pues la ciudad de los atenienses, que no podía soportarme, como Sémele a Dioniso, me expulsó fuera de ella». Al decirle otra vez Lisímaco: «Mira que no te presentes más ante nosotros», le contestó: «No lo haré, como no me mande Tolomeo». Y como Mitras, el ministro de Lisímaco, que estaba a su lado, le dijera: «Me parece que tú no sólo ignoras a los dioses sino también a los reyes», le contestó: «¿Cómo voy a ignorar a los dioses, si admito precisamente que tú eres un enemigo de los dioses?».

Dicen que una vez en Corinto pasaba él acompañado de un tropel de discípulos, y el filósofo Metrocles, que estaba lavando unos perifollos, le dijo: «Tú, sofista, no necesitarías

tantos discípulos si lavaras verduras». Y él respondiéndole le dijo: «Y tú, si supieras tratar con las personas, no necesitarías lavar esas verduras». 103. Algo parecido se cuenta, como se ha referido antes, de Diógenes y de Aristipo.

Tal era Teodoro y en tales circunstancias. Al final se retiró a Cirene y viviendo en compañía de Magas concluyó su vida con amplios honores. Se cuenta que de allí cuando fue expulsado la primera vez dijo algo gracioso. Pues dijo: «Hacéis bien, ciudadanos de Cirene, al desterrarme de Libia y enviarme a Grecia».

Ha habido veinte Teodoros. Primero, un samio, hijo de Roico. Éste es quien aconsejó introducir carbones bajo los cimientos del templo de Éfeso; porque siendo húmedo el terreno, decía que los carbones, tras haber perdido la sustancia leñosa, mantendrían la solidez inalterada por el agua. Segundo, uno de Cirene, un geómetra a cuyas lecciones asistió Platón. Tercero, el filósofo del que hemos hablado. Cuarto, uno de quien se transmite un libro muy bello sobre los ejercicios vocales. 104. Quinto, el que se ha ocupado de los compositores de música, comenzando por Terpandro. El sexto, un estoico. Séptimo, el que se ocupó de la Historia de Roma. Octavo, un siracusano que trató de Táctica. Noveno, un bizantino que se dedicó a discursos políticos. El décimo, alguien por el estilo, al que recuerda Aristóteles en su epítome sobre los oradores. El undécimo, un tebano, escultor. El doceno, un pintor, al que menciona Polemón. El trece un pintor, ateniense, sobre el que ha escrito Menódoto. El catorce, un efesio, pintor, del que hace mención Teófanes en su obra *Sobre la pintura*. El quince, un poeta epigramático. El dieciséis, uno que ha escrito sobre poetas. El diecisiete, un médico, discípulo de Ateneo. El dieciocho, un filósofo estoico, de Quíos. El diecinueve, un milesio, también filósofo estoico. El vigésimo, un autor de tragedias.

Fedón (s. v-s. iv a.C.)

105. Fedón de Élide, descendiente de una noble familia, fue tomado como cautivo en la rendición de su patria y forzado a servir en una casa de mala fama. Pero atendiendo la puerta llegó a tratar con Sócrates hasta que éste convenció a los amigos de Alcibíades y de Critón para que pagaran su rescate. Y desde entonces se dedicó a filosofar libremente. Jerónimo en su obra *Sobre la suspensión de juicio* lo ataca y le llama «esclavo». Escribió diálogos; auténticos son *Zópiro* y *Simón; Nicias* es dudoso; *Medio* lo atribuyen algunos a Esquines, y otros a Polieno; *Antímaco* o *Los viejos* está también discutido; las *Charlas de remendones* también dicen algunos que es de Esquines.

Fue su sucesor Plístano de Élide y en la generación siguiente los del grupo de Menedemo de Eretria y Asclepíades de Fliunte, que desertaron de la escuela de Estilpón. Mientras que hasta él la escuela fue denominada «de Élide», después de Menedemo sus miembros fueron llamados «Eretrios». Pero acerca de Menedemo hablaremos luego, ya que también él estableció el comienzo de una escuela.

Euclides (450-380 a.C.)

106. Euclides era de Mégara en el Istmo, o de Gela según otros, como dice Alejandro en su *Sucesiones de los filósofos*. Éste se dedicó a estudiar las obras de Parménides, y los discípulos suyos recibieron el nombre de «Megáricos», luego «erísticos» y más tarde «dialécticos». Comenzó a llamarlos así Dionisio de Calcedonia porque presentaban sus razonamientos con el método de preguntas y respuestas. Junto a Euclides cuenta Hermodoro que se refugiaron Platón y los otros filósofos tras la muerte de Sócrates, temerosos de la crueldad de los tiranos.

Sostenía él que el Bien era una cosa única llamada con muchos nombres: unas veces prudencia, otras, dios, y otras inteligencia, etcétera. Negaba todo lo opuesto al bien, diciendo que no existía.

107. Él argumentaba contra las demostraciones, no contra las premisas, sino contra la conclusión. Y rechazaba el razonamiento por analogía, diciendo que éste debe estar compuesto a partir de cosas semejantes o desemejantes. Y si era sobre cosas semejantes, decía que era a las mismas cosas y no a semejantes a ellas a las que hay que dirigirse. Y si estaba hecho sobre cosas desemejantes, que el paralelo era superfluo. Por ello dice precisamente sobre él Timón lo siguiente, tirando bocado al tiempo contra los demás socráticos:

> Es que nada me importa de estos charlatanes, ni de ningún
> otro, ni de Fedón, quienquiera que sea, ni del discutidor
> Euclides, que inspiró a los Megáricos el furor de la
> [controversia[40].

108. Escribió seis diálogos: *Lamprias, Esquines, Fénix, Critón, Alcibíades* y *Sobre el amor.* De la escuela de Euclides es también Eubúlides el milesio, quien justamente redactó muchos argumentos dialécticos: «el mentiroso», «el disfrazado», «el encubierto», «Electra» y «Sorites» «el cornudo», y «el calvo». Acerca de éste dice uno de los autores cómicos:

> el disputador Eubúlides de córneas preguntas
> que embaucaba a los oradores con vanas y pretenciosas
> [palabras
> se marchó con sus chismorreos y fanfarrias de
> [Demóstenes[41].

40. *Frag.* 28 Diels.
41. *Frag.* IV 618 Meineke = 294 Kock.

Parece pues que Demóstenes fue oyente de él y que al serlo dejó de pronunciar mal la erre. 109. Eubúlides discrepaba también de Aristóteles y lo ha criticado en muchos puntos.

Entre otros muchos que fueron de la escuela de Eubúlides estaba Alexino de Élide, un hombre amiguísimo de disputar. Por eso fue llamado Elenxino («refutador»). Discrepaba sobre todo de Zenón. Cuenta Hermipo de él que marchándose de Élide a Olimpia allí se estableció como filósofo. Al preguntarle sus discípulos que por qué se establecía allí, dijo que quería fundar una escuela que fuera llamada Olímpica. Pero, al verse faltos de víveres y encontrar insalubre el lugar, se marcharon de allí, y en adelante Alexino vivió aislado con un único sirviente. Más tarde, una vez que se bañaba en el Alfeo, se hizo un raspón con una caña y de ese modo murió.

110. Tenemos unos versos sobre él que dicen así:

No fue pues un vano relato aquel
de cómo un hombre infortunado
al zambullirse se atravesó el pie con un clavo.
Que hubo, sí, un hombre respetable
que, antes de cruzar el Alfeo, con una caña
se hizo un raspón y murió, Alexino[42].

No sólo ha escrito contra Zenón, sino también otros libros y contra Éforo, el historiador.

De Eubúlides fue también íntimo Eufanto de Olinto, que escribió una historia de su época. Fue autor también de numerosas tragedias, con las cuales gozó de gran prestigio en los festivales. Fue además maestro del rey Antígono, al cual le dedicó un tratado *Sobre la monarquía*, que gozó de gran renombre. Concluyó su vida en la vejez.

111. Hay otros que fueron también discípulos de Eubúlides, entre los que se cuentan Apolonio el llamado Crono, del

42. *Ant. Plan.* III 129.

que fue discípulo Diodoro de Yaso, hijo de Aminias, que también fue apodado Crono.

Calímaco dice de él en sus epigramas:

> el mismo Momo escribía en las paredes «Cronos es sabio»[43].

Era también éste un dialéctico, y parece según algunos que fue quien inventó el razonamiento llamado «el encubierto» y «el cornudo». Mientras éste pasaba una temporada en la corte de Tolomeo Soter, Estilpón le planteó algunas cuestiones dialécticas, y, como no pudiera resolverlas al instante, se lo reprochó el rey entre otras cosas, y fue allí donde le llamaron «Crono» en plan de burla. 112. Tras retirarse del convite escribió un tratado sobre la cuestión y concluyó su vida en el desánimo. Sobre él tengo estos versos:

> Diodoro Crono, ¿qué divinidad te impulsó
> a tan triste desánimo,
> cuando tú mismo te lanzaste al Tártaro,
> por no haber resuelto las enigmáticas frases
> de Estilpón? Desde luego te ajustaste a lo de Crono
> quitándole la ce y la erre[44] (*ónos* = asno).

De los sucesores de Euclides fue también Ictías, hijo de Metalo, un hombre excelente, al que Diógenes el cínico ha dedicado un diálogo. Y Clinómaco de Turios, que fue el primero en escribir sobre proposiciones, y predicados, y temas semejantes. Y Estilpón de Mégara, filósofo distinguidísimo, del que hay que hablar.

43. *Frag.* 393 Pfeiffer.
44. *Ant. Plan.* VII 19.

Estilpón (380-300 a.C)

113. Estilpón de Mégara en Grecia fue oyente de algunos de los discípulos de Euclides. Otros dicen que él escuchó al mismo Euclides, y además a Trasímaco de Corinto, que era íntimo de Ictías, según refiere Heraclides. Tanto aventajaba a los demás en la invención de argumentos y la habilidad de palabra que faltó poco para que toda Grecia, dirigiendo a él sus miradas, se hiciera megárica. Sobre esto dice Filipo el Megárico lo siguiente en sus mismas palabras: «Del círculo de Teofrasto atrajo a Metrodoro el teorético, y a Timágoras de Gela; del de Aristóteles de Cirene a Clitarco y a Simias; entre los dialécticos a Peonio del de Aristides; y a Dífilo del Bósforo, hijo de Eufanto, y a Mírmex, hijo de Exéneto, que habían ido los dos para refutarle, los retuvo como fieles discípulos». 114. Aparte de a éstos se atrajo también a Frasidemo el peripatético, que era un experto en las teorías físicas, y al retórico Álcimo, que era el primero de los oradores de Grecia, y atrapó a Crates y a otros muchos, incluso a Zenón el fenicio se conquistó entre ellos.

Fue también diestrísimo en política. Habíase casado, pero además convivía con la cortesana Nicáreta, según dice en algún sitio Onétor. Y tuvo una hija disoluta, que desposó un discípulo suyo, Simias de Siracusa. Como ésta vivía al margen de lo decente, le dijo uno a Estilpón que le estaba deshonrando. Y él contestó: «No más de lo que yo la honro.»

115. Lo apreciaba mucho, cuentan, Tolomeo Soter, y cuando se apoderó de Mégara le ofreció una suma de plata y le invitaba a marchar navegando a su lado (hacia Egipto). Pero él aceptó una pequeña parte del dinero, y renunciando al viaje se trasladó a Egina hasta que el rey partió de regreso. A la vez, cuando Demetrio el hijo de Antígono conquistó Mégara, proveyó que su casa fuera respetada y que se le restituyeran las propiedades saqueadas. Pero cuando quiso que le presentara una relación de los bienes que le habían

dañado, dijo que no había perdido ninguna de sus propiedades. Pues nadie le había despojado de su educación y conservaba la razón y la ciencia.

116. Dialogando con el rey acerca de la beneficencia hacia la gente lo conquistó hasta el punto de que seguía sus consejos.

Cuentan de él que acerca de la Atenea de Fidias sostuvo un diálogo como el siguiente: «¿Acaso Atenea, la hija de Zeus, es un dios?». «Sí», le contestó el otro. «Pero esa de ahí no es de Zeus, sino de Fidias.» El otro lo admitió; «por lo tanto, no es un dios», dijo él. Por eso fue convocado ante el Areópago, y no rechazó el cargo, sino que afirmó que mantenía lo correcto: que ella no era un dios, sino una diosa, y que dioses eran las divinidades masculinas. No obstante los areopagitas le ordenaron al punto que abandonara la ciudad. Por aquello luego Teodoro, al que apodaban «dios», le dijo en son de burla: «¿Cómo sabías eso, Estilpón? ¿Es que le levantó la falda y le vio el sexo?». Verdaderamente éste era un tipo audacísimo, y Estilpón, agudísimo.

117. Una vez que Crates le preguntó si los dioses se alegraban de las súplicas y adoraciones, dicen que le replicó: «Sobre eso no me preguntes, insensato, en la calle, sino cuando estemos solos». Lo mismo se dice al preguntarle Bión si existen los dioses: «¿No vas a apartar la gente de mí, sufridor anciano?».

Estilpón era sencillo y sin afectación, fácil de acomodarse al ciudadano medio. En cierta ocasión en que Crates el cínico no respondió a su pregunta, sino que se tiró un pedo, le comentó: «Sabía que emitirías cualquier respuesta menos la que debías». 118. Otra vez que le ofrecieron un higo y una pregunta, cogió el higo y se lo comió. El otro dijo: «¡Por Heracles, he perdido el higo!». «No sólo, sino también la pregunta, cuya prenda era el higo», le contestó. En otra ocasión, viendo que Crates estaba tiritando de frío, le dijo: «Crates, me parece que tienes necesidad de un manto nuevo»

(*kainoû*. Es decir de «manto nuevo» y «entendimiento».) Entonces aquél, enfadado, le replicó así con una parodia:

Allá vi a Estilpón que soportaba tremendos dolores,
en Mégara, donde dicen que se encuentra el lecho de Tifón.
Allí disputaba, y en torno a él sus muchos compañeros.
Persiguiendo la virtud literalmente la iban gastando[45].

119. Se dice que en Atenas atraía a la gente hasta el punto de que concurrían saliendo de las tiendas para verle. Entonces le dijo uno: «Estilpón, te admiran como a un bicho». Y él replicó: «No por cierto, sino como a un hombre de verdad».

Siendo extremadamente agudo en las discusiones, negaba incluso las ideas. Y decía que el que hablaba del hombre no se refería a ninguno (existente). Porque no era éste ni ése. ¿Por qué, pues, iba a ser más éste que ése? Tampoco es, por lo tanto, éste. Y en otro ejemplo: la lechuga no es esta que señalo aquí. Pues la lechuga existía hace mil años. Por lo tanto no se trata de esta lechuga. Cuentan que en una charla con Crates se fue a toda prisa a comprar pescados. Como el otro tratara de detenerle y le dijera: «¿Abandonas el razonamiento?», contestó: «Yo no. Mantengo el razonamiento, pero te dejo a ti. Porque el argumento se mantendrá, pero el pescado van a venderlo».

120. Se le atribuyen nueve diálogos, frígidos (de estilo): *Mosco*, *Aristipo* o *Calias*, *Tolomeo*, *Querécrates*, *Metrocles*, *Anaxímenes*, *Epígenes*, *A su hija*, *Aristóteles*. Heraclides refiere que le asistió a sus charlas también Zenón, el fundador de la Estoa. Murió viejo, cuenta Hermipo, tomando vino para apresurar la muerte.

A Estilpón de Mégara, que probablemente conoces,
la vejez, y luego la enfermedad, incombatible yugo, le
[abatieron.

45. *Frag.* 1 Diels.

Pero encontró en el vino para esa mala yunta
un excelente cochero, bebiendo en abundancia apresuró la
[marcha[46].

Fue objeto de las burlas del cómico Sófilo en su pieza *La boda:*

Las palabras de Carino son las boyas de Estilpón[47].

Critón (s. V a.C.)

121. Critón, ateniense. Tuvo él ante todo una afectuosísima devoción hacia Sócrates, y tanto se cuidaba de éste, que nunca le faltó nada de lo necesario. También sus hijos fueron oyentes de Sócrates: Critobulo, Hermógenes, Epígenes y Ctesipo. Por lo demás, Critón escribió diecisiete diálogos que andan recogidos en un solo libro bajo estos títulos:

Que los buenos no lo son por aprendizaje, Acerca del tener de más, Qué es lo conveniente o *Político, Sobre lo bello, Sobre el hacer mal, Sobre la buena disposición, Sobre la ley, Sobre lo divino, Sobre las artes, Sobre la sociedad, Sobre el saber, Protágoras* o *el Político, Sobre las letras, Sobre poética, Sobre el aprender, Sobre el conocer* o *Sobre la ciencia, Sobre el conocimiento.*

Simón (s. V a.C.)

122. Simón, ateniense, era zapatero. Siempre que Sócrates acudía a su taller y conversaba sobre algunos temas, él tomaba notas de lo que recordaba. De ahí que llamen a sus diálo-

46. *Ant. Plan.* V 42.
47. *Frag.* IV 386 Meineke.

gos «remendones». Son treinta y tres que andan recogidos en un solo libro:

Sobre los dioses, Sobre el bien, Sobre la belleza, Qué es lo bello, Sobre lo justo, I y II, Sobre que la virtud no es enseñable, Sobre el valor, I, II y III, Sobre la ley, Sobre la demagogia, Sobre el honor, Sobre la poesía, Sobre el bien vivir, Sobre el amor, Sobre la filosofía, Sobre la ciencia, Sobre la música, 123. *Sobre la poesía, Qué es lo bello, Sobre la enseñanza, Sobre el dialogar, Sobre el juicio, Sobre el ente, Sobre el número, Sobre el cuidado, Sobre el trabajar, Sobre el afán de ganancia, Sobre la jactancia, Sobre lo honesto.* Y éstos:

Sobre la deliberación, Sobre la razón o *Sobre la conveniencia, Sobre el hacer daño.*

Éste, dicen, fue el primero en poner en diálogo las charlas socráticas. Como Pericles le anunciara que lo mantendría y le invitara a acudir a su casa, replicó que no vendería su libertad de palabra.

124. Hubo también otro Simón, que escribió sobre las técnicas de la oratoria. Y otro, médico en tiempos de Seleuco Nicátor. Y uno que fue escultor.

Glaucón (s. V-IV a.C.)

Glaucón, ateniense. De él se han transmitido en un solo libro nueve diálogos:

Fídilo, Eurípides, Amíntico, Eutías, Lisitides, Aristófanes, Céfalo, Anaxifemo, Menéxeno.

Se han transmitido además otros treinta y dos, que son espurios.

Simias (s. V-IV a.C.)

Simias era de Tebas. A él se le atribuyen veintitrés diálogos en un solo libro:

Sobre la sabiduría, Sobre el razonamiento, Sobre música, Sobre versos épicos, Sobre el valor, Sobre la filosofía, Sobre la verdad, Sobre las letras, Sobre la enseñanza, Sobre el arte, Sobre el gobernar, Sobre lo decente, Sobre lo preferible y lo evitable, Sobre la amistad, Sobre el saber, Sobre el alma, Sobre la buena vida, Sobre lo posible, Sobre el dinero, Sobre la vida, Qué es lo bello, Sobre la solicitud, Sobre el amor.

Cebes (s. V-IV a.C.)

125. Cebes, el tebano. También de éste se transmiten tres diálogos:

La tabla, El día séptimo, Frínico.

Menedemo (350-278 a.C.)

Menedemo era de la escuela de Fedón. Era hijo de Clístenes, de la familia llamada de los Teoprópidas, de un hombre noble, pero maestro de obras y pobre. Otros cuentan que era escenógrafo y que Menedemo aprendió ambos oficios. Por eso una vez que propuso un decreto, un seguidor de Alexinio lo atacó, diciendo que no era propio del sabio ni pintar un decorado de escena ni redactar un decreto. Enviado como miembro de la guarnición de los eretrios a Mégara, visitó la Academia de Platón y, cautivado, abandonó la expedición militar.

126. Asclepíades de Fliunte lo atrajo consigo y estuvo en Mégara en la escuela de Estilpón, del que fueron discípulos uno y otro. De allí emprendieron viaje por mar y en Élide se les añadieron Anquípilo y Mosco, provenientes del grupo de Fedón. Hasta la llegada de éstos, como ya se ha dicho en el capítulo sobre Fedón, eran llamados «de Élide», y luego fueron llamados «Eretrios», por la patria de aquel del que trata el texto.

Parece que Menedemo era de un carácter bastante serio. Por eso caricaturizándolo dice Crates:

Asclepíades de Fliunte y el toro de Eretria[48],

y Timón habla del modo siguiente:

Eleva su dignidad cejijunto el necio vocinglero[49].

127. Era tan severo que Eurîloco de Casandrea, que había sido invitado junto con Clipides, un jovencito de Cícico, por Antígono, rechazó la invitación, porque temía que se enterara Menedemo. Porque era satírico y cáustico. En el caso de un joven que se tomaba ciertas libertades con él, tomó un bastoncillo y dibujó en el suelo la figura de uno al que sodomizaban; hasta que todos miraban al joven y éste, comprendiendo el insulto, se retiró. Paseando con él Hierocles, que mandaba la guarnición del Pireo por delante del templo de Anfiarao, mientras éste le contaba muchos detalles de la toma de Eretria, no le dijo nada, sino que le preguntó que para qué lo empleaba Antígono.

128. A un adúltero que se jactaba de ello, le dijo: «¿Ignoras que no sólo la berza tiene un zumo agradable, sino también el rábano?». A un joven que andaba vociferando, le dijo: «Mira si tienes detrás algo olvidado». A Antígono, que le pidió consejo sobre si debía ir a un festejo, no le dijo más palabras sino que mandó que le recordaran que era hijo de un rey. A un estúpido que le consultaba algo sin motivo le preguntó si tenía un campo. Como le contestara que sí y que con muchas reses, le dijo: «Vete entonces y cuídate de ellas, no vaya a ser que se te echen a perder y un individuo inteligente te mande a paseo».

48. *Frag.* 2 Diels.
49. *Frag.* 29 Diels.

A otro que le preguntaba si el hombre de bien debe casarse, le replicó: «¿Soy yo un hombre de bien o no?». Admitiéndolo el otro, le dijo: «Pues bien, yo estoy casado». 129. A uno que dijo que eran muchos los bienes le replicó si los había contado y si eran más de ciento. Como no podía contener el dispendio de uno de los que lo invitaban a comer, una vez que lo invitó no le dijo nada; pero manteniéndose en silencio lo reprendió al tomar tan sólo las aceitunas. En fin, a causa de su libertad de palabra casi estuvo en peligro, junto con su amigo Asclepíades, en la corte de Nicocreonte en Chipre. Pues al celebrar el rey la fiesta mensual e invitarles a ellos como a los demás filósofos, Menedemo comentó que si la reunión de tales personas era algo bello, la fiesta debía celebrarse todos los días, y si no, que también sobraba en aquella ocasión. 130. Como le contestara a esto el soberano que sólo durante aquel día tenía tiempo libre para oír y atender a los filósofos, insistió aún con más dureza en el tema, indicándole en medio de la fiesta que en cualquier momento hay que atender a los filósofos. De modo que de no ser por la intervención de un flautista que los distanció, podrían haberlos condenado a muerte. Por eso, durante la tormenta en el viaje por mar cuentan que Asclepíades dijo que la habilidad del flautista los había salvado, mientras que la franqueza de expresión de Menedemo los dejaba hundidos.

Era un tanto negligente, dicen, y no se preocupaba de las cosas de su escuela, y en su casa no se veía ningún orden y ni siquiera los bancos estaban en círculo, sino que atendían a sus lecciones cada cual desde donde se encontraba paseando o sentado, y él actuaba de igual modo. 131. Sin embargo para otros aspectos era aprensivo y puntilloso en cuanto a su renombre. Así, por ejemplo, una vez que tanto Asclepíades como él ayudaban a un maestro de obras en una construcción, mientras que Asclepíades se dejaba ver desnudo acarreando el barro sobre el tejado, él, en cuanto veía acercarse a alguno, se ocultaba. Cuando tomaba parte en la polí-

tica, andaba tan nervioso que al poner el incienso se le caía fuera del incensario. Cuando en cierta ocasión Crates lo apremiaba y le echaba en cara el hecho de que se dedicara a la política, dio órdenes de que lo metieran en la cárcel. Pero él no dejó de vigilarlo cuando pasaba por delante y asomándose de puntillas le llamaba a gritos «vástago de Agamenón» y «caudillo de la ciudad».

132. Era ligeramente supersticioso en algunos aspectos. Así por ejemplo, habiendo comido con Asclepíades en una taberna una vez por ignorancia carnes que habían sido desechadas, al enterarse, sentía náuseas y se quedaba pálido, hasta que Asclepíades le reconvino razonándole que ningún trastorno le producían las carnes, sino tan sólo la sospecha sobre ellas. En lo demás era magnánimo y liberal.

En cuanto a su disposición corporal, incluso ya viejo se le veía firme no menos que un atleta y de aspecto bronceado, corpulento y bien ejercitado, bien proporcionado en su estatura, como se puede ver por la estatua que hay en Eretria en el estadio antiguo. Pues está, intencionadamente, casi desnudo, mostrando muchas partes de su cuerpo.

133. Era además muy hospitalario y por lo malsano de Eretria reunía con frecuencia a los amigos en convites, en los que había poetas y músicos. Apreciaba especialmente a Arato y a Licofrón, el poeta trágico, y al rodio Antágoras. Pero sobre todos estimaba a Homero y luego a los líricos. Después a Sófocles, y luego a Aqueo, al que daba un segundo lugar en los dramas satíricos, y concedía el primer puesto a Esquilo. Contra sus oponentes políticos citaba, dicen, estos versos:

Mas también el rápido es alcanzado por los débiles,
y el águila, en breve plazo, por la tortuga[50].

50. Aqueo, *frag.* 34 Nauck.

134. Son de Aqueo, de su pieza satírica *Ónfale*. De manera que yerran los que afirman que él no había leído nada más que la *Medea* de Eurípides, que algunos dicen que es de Neofrón el sicionio.

De los profesores de filosofía despreciaba a los del círculo de Platón y de Jenócrates, y también a Parébates de Cirene, pero tenía gran admiración por Estilpón. No obstante, preguntado una vez acerca de éste, no dijo nada más sino que era un hombre liberal.

Menedemo era difícil de comprender y en el razonar concatenado no tenía rival. Se revolvía en todos los sentidos y tenía gran inventiva en las razones. Era un habilísimo discutidor, como dice Antístenes en su *Sucesiones de los filósofos*. Así, por ejemplo, solía preguntar: «¿Lo diferente es diferente de lo diferente?». «Sí.» «¿Es distinto el ser beneficioso del bien?» «Sí». «Por consiguiente, el ser beneficioso no es un bien.»

135. Eliminaba, dicen, entre las proposiciones, las negativas, estableciéndolas como afirmativas. Y de éstas aceptaba las simples, y eliminaba las no simples, es decir, las hipotéticas y complejas. Dice Heraclides que en sus principios fundamentales era un platónico, pero que utilizaba la dialéctica como un juego. Cuando Alexino le preguntó una vez si había dejado de golpear a su padre, dijo: «Ni le pegaba ni he dejado», y al insistir aquél en que debía responder sí o no para despejar la ambigüedad, le contestó: «Sería ridículo que obedeciera vuestras normas, cuando me es posible deteneros ante mis puertas». De Bión, que empeñadamente atacaba a los adivinos, decía que estaba degollando difuntos.

136. Cuando una vez oyó a uno que decía que el bien mayor de todos es conseguir lo que uno desea, dijo: «Un bien mucho mayor es desear lo que se debe». Antígono de Caristo dice que él no escribió ni compuso nada, de manera que no se aferraba a ningún principio. En las discusiones y encuestas, dice, era tan combativo que se retiraba con contusiones

en la cara. No obstante, siendo así en las discusiones, en sus maneras era muy suave. Así pues, tras de discutir y zaherir con mofas a Alexino duramente, sin embargo favoreció bien a su esposa dándole escolta de Delfos a Cálcide, para defenderla de los bandidos y ladrones del camino.

137. Era un amigo por encima de todo, como queda claro en su afecto por Asclepíades, que en nada resulta distinto de la amistad entre Pílades y Orestes. En este caso Asclepíades era mayor, de modo que se decía que él era el autor y Menedemo el actor en la obra. Y dicen que una vez que Arquípolis les ofreció una asignación de tres mil dracmas, vacilaron tanto sobre cuál la debía recibir como segundo que ninguno la tomó. Se dice que ambos tomaron esposa, y al tomar mujer, Asclepíades casó con la hija, y Menedemo con la madre. Y que después que a Asclepíades se le murió su mujer, tomó la de Menedemo. Y que éste, cuando se puso al frente de su ciudad, desposó a una mujer rica. Pero, no obstante, manteniendo una única casa, Menedemo encomendó la administración a su primera mujer.

138. Asclepíades falleció ya anciano en Eretria, tras de haber convivido con Menedemo muy austeramente a pesar de sus grandes recursos. Conque, habiendo pasado un lapso de tiempo, se presentó en un convite el que fuera el amado de Asclepíades y los muchachos le cerraban el paso, pero Menedemo ordenó que lo admitieran diciendo: «Asclepíades que está bajo tierra le abre las puertas». Los aprovisionadores de ambos eran Hipónico de Macedonia y Agetor de Lamia. El primero dio a cada uno treinta minas, e Hipónico a Menedemo dos mil dracmas para la dote de sus hijas. Éstas eran tres, según cuenta Heraclides, nacidas de una mujer que tuvo procedente de Oropo.

139. Solía celebrar sus convites del modo siguiente. Almorzaba por anticipado con dos o tres hasta que era ya bastante avanzada la tarde, después alguno iba a llamar a los que llegaban, que venían ya también ellos comidos. De ma-

nera que si alguno llegaba demasiado pronto se daba una vuelta y preguntaba a los que salían qué había de menú y cómo andaba de tiempo. Si había legumbres o pescado seco, se marchaban; pero si era algo de carne, entraban. Durante el verano había esterillas de junco sobre los asientos, y en invierno un cobertor de piel. La almohada debía llevársela cada uno. La copa que circulaba no era mayor que la de un cótilo. El postre eran altramuces o habas, y cuando era la época algunas frutas, como peras, granadas, guisantes frescos o, ¡por Zeus!, higos secos. 140. Todo eso lo cuenta Licofrón en los versos satíricos sobre él, en la pieza que intituló *Menedemo,* una obra teatral que hizo en encomio del filósofo. Una muestra de éstos son los siguientes versos:

> ¡Cómo después del breve banquete la pequeña copa
> entre ellos circula con moderación, y de postre
> va la charla prudente y amena para los que gustan oírla![51].

Así que, al comienzo, se vio despreciado, oyéndose motejar de «perro» y «charlatán» por los ciudadanos de Eretria. Pero, luego, se le admiró y la ciudad se puso en sus manos. Fue embajador ante Tolomeo y Lisímaco, siendo honrado en todas partes. Y no sólo, sino también ante Demetrio, y de los doscientos talentos que la ciudad le pagaba como tributo cada año, logró reducirlos en cincuenta. Al ser calumniado ante éste de que intentaba poner la ciudad en manos de Tolomeo, se defendió en una carta cuyo principio es: 141. «Menedemo saluda al rey Demetrio. He oído que te han indispuesto contra mí». Es tradición que le había calumniado uno de sus enemigos políticos, un tal Esquilo. Parece que fue embajador con máxima firmeza ante Demetrio en el asunto de Oropo, según recuerda también Eufanto en sus *Historias.*

51. Licofrón, *frag.* 3 Nauck.

Lo apreciaba Antígono y se hacía proclamar discípulo suyo. En la ocasión en que éste venció a los bárbaros junto a Lisimaquia, Menedemo hizo grabar en su honor un decreto sencillo y falto de adulación, que comienza con esta frase: 142. «Los estrategos y los miembros del consejo han acordado: Que puesto que el rey Antígono ha derrotado a los bárbaros y regresa a su propio país, que también en todo lo demás actúa según su decisión, les parece bien al Consejo y al Pueblo...».

Por estos hechos y por su amistad se sospechó que quisiera entregarle la ciudad (a Antígono), denunciándolo Aristodemo, y se exilió. Entonces pasó un tiempo en Oropo, en el santuario de Anfiarao. Allí desaparecieron unos vasos de oro, según refiere Hermipo, y por común decreto de los beocios fue condenado a expulsión. De allí, desolado, penetró a escondidas en su patria, y recogió a su mujer y a sus hijas, y presentándose en la corte de Antígono en la desesperanza concluyó su vida.

143. Pero Heraclides cuenta todo lo contrario, que, habiendo llegado a ser consejero de los eretrios muchas veces, liberó a la ciudad de los tiranos llamando en su socorro a Demetrio. Por lo tanto no habría traicionado a la ciudad para entregarla a Antígono, sino que soportó una falsa acusación. Que frecuentaba a Antígono justamente porque quería que libertara a su patria. Pero, al no ceder éste, a causa de su desesperación se mantuvo sin comer durante siete días y acabó su vida. Antígono de Caristo cuenta una historia muy semejante a ésta.

Sólo contra Perseo mantuvo una guerra sin cuartel. Pues parece que cuando Antígono quería restablecer la democracia en Eretria como favor a Menedemo, él se lo impidió. 144. Por eso precisamente en una ocasión en un brindis Menedemo lo refutó en sus razones y luego dijo: «Es un filósofo de tal clase, pero como hombre es el peor de los presentes y de los futuros».

Murió, de acuerdo con Heraclides, tras vivir setenta y cuatro años. Y sobre él tengo un epigrama que dice así:

> He oído, Menedemo, tu muerte, cómo por propia voluntad
> te consumiste sin comer nada durante siete días.
> En eso obraste dignamente como eretrio, pero
> [inhumanamente.
> La desesperación fue el caudillo que te apremiaba[52].

Así que éstos son los socráticos y sus sucesores. Ahora tenemos que llegarnos a Platón, el fundador de la Academia, y a los sucesores de éste, a cuantos fueron ilustres.

52. *Ant. Plan.* V 40.

LIBRO III

Platón (427-347 a.C.)

1. Platón, hijo de Aristón y de Perictíone –o de Potona–, era ateniense, y por su madre su linaje se remontaba a Solón. Pues hermano de éste fue Drópide, padre de Critias, padre de Calescro, padre de Critias, el que fue uno de los Treinta, y de Glaucón, del que fueron hijos Cármides y Perictíone, de la cual y de Aristón nació Platón, el sexto descendiente por generaciones de Solón. Solón hacía remontar su linaje hasta Neleo y Posidón. Dicen que el padre de Solón trazaba su ascendencia hasta Codro el hijo de Melanto, los cuales se refiere que descienden de Posidón, de acuerdo con Trásilo.

2. Espeusipo en su obra titulada *Banquete fúnebre de Platón* y Clearco en su *Encomio de Platón* y Anaxilaides en el segundo libro de *Sobre los filósofos* cuentan que era fama en Atenas que Aristón intentó forzar a Perictíone, que estaba en la plenitud de su belleza, pero no lo logró. Y al cesar en su violencia vio la aparición de Apolo. Por ello la conservó intocada durante su matrimonio hasta el parto.

Conque nace Platón, según afirma Apolodoro en su *Cronología*, en la Olimpiada ochenta y ocho[1], el séptimo día del mes Targelión, en el mismo día que dicen los delios que nació Apolo. Y muere, según dice Hermipo, mientras asistía a un convite de bodas, en el año primero de la Olimpiada ciento ocho[2], a la edad de ochenta y un años.

3. Pero Neantes dice que murió a los ochenta y cuatro años. Así que era seis años más joven que Isócrates; éste había nacido en el arcontado de Lisímaco[3], y Platón en el de Aminias, en el que murió Pericles[4]. Pertenecía al demo Coliteo, según dice Antileón en su libro segundo de *Sobre fechas*. Y nació, según algunos, en Egina, en la casa de Fidiades, el hijo de Tales, según cuenta Favorino en su *Historia miscelánea*. Pues su padre había sido enviado junto con otros como colono *-cleruco-* y de allí retornó a Atenas cuando los atenienses fueron expulsados por los lacedemonios que acudieron en socorro de los eginetas. Luego fue también corego en Atenas, corriendo Dión con los gastos, según dice Apolodoro en el libro octavo de *Paseos*. 4. Tuvo como hermanos a Adimanto y a Glaucón, y como hermana a Potona, la madre de Espeusipo.

Aprendió las primeras letras en la escuela de Dionisio, al que menciona en los *Rivales*. Tuvo como maestro de gimnasia a Aristón, el luchador de Argos. De éste recibió Platón su nombre por su robusta constitución, pues antes se llamaba Aristocles por su abuelo, según cuenta Alejandro en su *Sucesiones de los filósofos*. Algunos dicen que lo llamaron así por la amplitud de su estilo; o porque tenía muy amplia la frente, como dice Neantes. Hay algunos que afirman que participó en los combates de lucha en el Istmo -así lo dice Dicearco en

1. 428-425 a.C.
2. 347 a.C.
3. 436-435 a.C.
4. 429 a.C.

el libro primero de *Sobre biografías* 5.– y que se dedicó a la pintura y que escribió poemas, primero ditirambos, luego poesías líricas y tragedias. Era de voz débil, cuentan, como hace por ejemplo Timoteo de Atenas en su *Sobre biografías.* Se dice que Sócrates vio en sueños que tenía un cisne de poca edad en sus rodillas, que al punto desarrollaba sus alas y echaba a volar cantando dulcemente. Y al día siguiente se encontró con Platón, y dijo que él era el ave.

Al comienzo se dedicó a la filosofía en la Academia, y luego en el jardín cercano a Colono, según dice Alejandro en su *Sucesiones de los filósofos,* a la manera de Heráclito. No obstante iba a participar en las fiestas con una tragedia cuando oyó la voz de Sócrates delante del teatro de Dioniso y allí quemó sus versos diciendo:

Hefesto, avanza por aquí. Platón ahora te necesita[5].

6. Desde entonces, cuando tenía ya veinte años, cuentan, fue discípulo de Sócrates. Y al desaparecer éste, se acercó a Crátilo el Heraclíteo, y a Hermógenes el seguidor de Parménides. Más tarde, ya con veintiocho años, según dice Hermodoro, se retiró a Mégara junto a Euclides en compañía además de otros socráticos. Luego marchó a Cirene a la escuela de Teodoro el matemático, y de allí fue a Italia a visitar a los pitagóricos Filolao y Éurito. Y de allá fue hasta Egipto a ver a los profetas. Dicen que hacia allí le acompañó Eurípides, el cual se puso enfermo y fue curado por los sacerdotes mediante un tratamiento con agua de mar. Por eso sin duda que dijo aquello de:

El mar lava todos los males de los humanos[6].

5. *Ilíada* XVIIII 392; sustituyendo el nombre de Tetis por el de Platón.
6. Eur., *Ifigenia en Táuride,* 1193.

7. Y dice además, de acuerdo con Homero, que los egipcios son todos entendidos en medicina[7]. Intentó también Platón tomar contacto con los magos (de Persia); pero fue retenido a causa de las guerras de Asia. A su regreso a Atenas vivía en la Academia, que es un gimnasio bien poblado de árboles en los arrabales de la ciudad, que recibe su nombre de un cierto héroe; Hecademo, según lo que dice Éupolis en su comedia *Exentos de milicia:*

En los umbrosos senderos del héroe Hecademo[8].

Por otra parte hay unos versos de Timón sobre Platón que dicen:

> A todos los acaudillaba Platiamplio, discurseador
> de dulce voz, prosista rival de las cigarras, que posadas
> en los árboles de Hecademo lanzan al aire su agudo son[9].

8. Pues al comienzo se llamaba Hecademia con *e*. El filósofo fue también amigo de Isócrates. Praxífanes precisamente puso por escrito una conversación de ambos sobre poetas que tuvieron en el campo, cuando Platón tuvo como huésped a Isócrates.

Refiere de él Aristóxeno que participó en tres expediciones militares, la primera vez en Tanagra, la segunda en Corinto y la tercera en Delos. Aquí obtuvo el premio al valor. Hizo una combinación de doctrinas de Heráclito y de pitagóricas y socráticas. Pues en su teoría de lo sensible filosofaba de acuerdo con Heráclito, en lo inteligible de acuerdo con Pitágoras y en lo cívico de acuerdo con Sócrates.

9. Dicen algunos, entre los que está Sátiro, que envió a Dión a Sicilia para que le comprara tres libros pitagóricos

7. *Odisea* IV 229 ss.
8. *Frag.* I 265 Kock.
9. *Frag.* 30 Diels.

a Filolao por cien minas. Pues entonces estaba en la abundancia, dicen, al haber recibido de Dionisio más de ochenta talentos, según lo afirma Onétor en el escrito titulado *De si se enriquecerá el sabio*. También sacó gran provecho del comediógrafo Epicarmo, del que transcribió la mayor parte de los dichos, según refiere Álcimo en los escritos dedicados a Amintas, que son cuatro. Allí en el primero dice:

Está claro que Platón dice mucho de lo de Epicarmo. Examinémoslo. Platón dice que lo sensible es lo que nunca permanece ni en cantidad ni en cualidad, sino que siempre fluye y cambia,
10. de modo que si uno les sustrae el número a estas cosas, ya no son iguales ni determinadas ni en su cantidad ni en sus cualidades. Estas cosas están en perenne devenir, y su entidad no permanece nunca por naturaleza. Lo inteligible, en cambio, versa sobre lo que en nada disminuye ni se acrecienta. Esto es la naturaleza propia de las cosas eternas, a la que le conviene ser semejante e idéntica. Ahora bien, Epicarmo ha dicho claramente acerca de los objetos sensibles e inteligibles:

A - Pero siempre fueron los dioses y jamás vinieron a menos. Eso siempre tuvo idéntica existencia e idénticas causas.

B - Pero se cuenta que el Caos fue el primero en nacer de los dioses.

A - ¿Cómo pues? Que no tenía de dónde ni a qué dirigirse.

B - ¿Entonces nada vino primero?

A - Ni, ¡por Zeus!, tampoco segundo, al menos de los seres
11. de los que ahora hablamos nosotros, sino que siempre fueron.

... A - Si a un número impar, o par, si quieres, le puedes añadir una piedrecilla o quitársela de las que tiene, ¿te parece entonces que será aún igual?

B - No, desde luego.

A - ¿Tampoco, pues, si a la medida de un codo quiere añadirle o recortarle alguno otra extensión distinta a la que tenía ya no tendrá la misma medida?

B - Pues no.

A - Mira, pues, ahora a los humanos. El uno crece, el otro mengua, y todos están en un proceso de cambio todo el tiempo. Lo que por naturaleza cambia nunca permanece en lo mismo, y ha de ser eso algo distinto de lo que era antes siempre. También tú y yo éramos ayer unos y ahora somos otros, y mañana seremos distintos y nunca los mismos según esa razón[10].

12. Además dice Álcimo lo siguiente:

Dicen los sabios que el alma percibe algunas cosas a través del cuerpo, por ejemplo, cuando ve, cuando oye; pero otras las considera, sin utilizar para nada al cuerpo. Por lo tanto hay entre lo existente entes que son sensibles, y otros inteligibles. Por ese motivo justamente decía Platón que los que desean contemplar los principios del todo deben, en primer lugar, discernir las ideas por sí mismas, como por ejemplo la semejanza, la unidad, multiplicidad, grandeza, reposo y movimiento; en segundo lugar, admitir como algo existente en sí mismo 13. lo bello, lo bueno, lo justo y (las ideas) de este tipo; en tercero, contemplar entre las ideas aquellas que existen en relación de unas con otras, como la ciencia o la grandeza, o el dominio –reflexionando que las cosas de nuestro entorno son homónimas a ésas (las ideas) por participar de ellas. Es decir, que son justas todas las que participan de lo justo, y bellas cuantas participan de lo bello–. Cada una de las ideas es eterna, y es objeto del entendimiento y además de eso imperturbable. Por eso afirma que las ideas están en la naturaleza como arquetipos, y que todas las demás cosas se nos presentan como imitaciones de ellas.

El caso es que Epicarmo acerca del bien y de las ideas se expresa del modo siguiente:

14. A - ¿Es acaso una cosa el tocar la flauta?

B - Desde luego que sí.

A - ¿Es el tocar la flauta un hombre?

B - De ningún modo.

A - Veamos pues. ¿Qué es un flautista? ¿Qué te parece que es? ¿Es un hombre? ¿O acaso no?

10. Epicarmo, *frag.* 1 Diels-Kranz = 170 a Kaibel.

B - Desde luego, sí.

A - ¿Es que no te parece que algo así pasa con lo bueno? Lo bueno es una cosa en sí misma, y quien lo conoce al haberlo aprendido, ése entonces se hace bueno. Pues así como es flautista el que aprendió a tocar la flauta, y bailarín el que aprendió a bailar, o tejedor por tejer, y de igual modo ocurre con los otros oficios que tú quieras, no se hace él mismo el arte, pero sí un artista[11].

15. Platón, en su concepción de las ideas, afirma que, si existe la memoria, ha de estar en las cosas esenciales en tanto que la memoria es de algo que se demora y permanece, y nada permanece sino las ideas. «Pues, ¿por qué medio -dice- se conservarían los animales de no alcanzar esta idea y de no haber conseguido la inteligencia natural dirigida a ello? Pero ahora recuerdan la semejanza (de la bebida y) de la alimentación, cuál es la apropiada para ellos, demostrando así que en todos los animales está innata la facultad de percibir lo semejante. Mediante eso perciben también a sus compañeros de raza.» ¿Cómo pues (lo dice) Epicarmo?

16. Eumeo, la sabiduría no se da sólo en una especie,
sino que cuantos seres viven, todos tienen inteligencia.
Pues hasta la estirpe femenina de las gallinas,
si quieres observarla atentamente, no da a luz
hijos vivientes, pero los empolla y les da vida.
Cómo se produce este saber lo sabe sólo la Naturaleza.
Porque ella se ha educado por sí misma[12].

Y en otro lugar:

No es nada de admirar que nosotros digamos esto,
y que nos agrademos a nosotros mismos y creamos

11. *Frag.* 3 Diels-Kranz = 171 Kaibel.
12. *Frag.* 4 D-K = 172 Kaibel.

que somos bien nacidos. Pues también el perro a un perro
le parece que es lo más hermoso, y un buey a un buey,
y para un asno un asno es lo más hermoso, y un cerdo a un
[cerdo[13].

17. Tanto estos como otros ejemplos semejantes señala a lo largo de sus cuatro libros Álcimo, indicando a lo largo de ellos la utilidad que Platón extrajo de Epicarmo. Que tampoco el propio Epicarmo ignoraba su propia sabiduría puede verse en aquellos versos en los que profetiza a su imitador:

Así creo yo -y creyéndolo lo sé claramente- que
de estas palabras mías sobrevivirá todavía el recuerdo.
Y alguno recogiendo las mismas les quitará la medida que
[ahora tienen,
dándoles una nueva veste y adornándolas con bellas
[palabras de púrpura
y, siendo difícil de combatir, hará de los otros fácil presa[14].

18. Parece que Platón fue el primero en introducir en Atenas los mimos de Sofrón, que andaban descuidados, y que dibujó caracteres a la manera de aquél. Y estos escritos fueron encontrados bajo su almohada. Por tres veces estuvo de viaje en Sicilia. La primera para contemplar la isla y los cráteres del Etna; fue entonces cuando Dionisio, el hijo de Hermócrates, que era el tirano, le obligó a tratar con él. Al dialogar él sobre la tiranía y decir que el derecho del más fuerte no es conveniente por sí mismo, a no ser que (el más fuerte) destaque también por su virtud, le ofendió. Entonces irritado le dijo: «Tus palabras están enfermas de vejez», y él contestó: «Y las tuyas de afán tiránico».

13. *Frag.* 5 D-K = 173 Kaibel.
14. *Frag.* 6 D-K = 254 Kaibel.

19. Con eso se enfureció el tirano y en un principio se dispuso a asesinarlo. Luego no lo hizo, disuadido por Dión y Aristómenes, pero lo entregó al lacedemonio Pólide, que había llegado en una embajada, para que lo vendiera como esclavo.

Éste lo condujo a Egina y lo puso a la venta. Pero entonces Carmandro, hijo de Carmándrides, decretó contra él la pena de muerte según la ley que se había promulgado en el país de que el primer ateniense que desembarcara en la isla fuera ajusticiado sin juicio. Era él mismo quien había propuesto la ley, según dice Favorino en su *Historia miscelánea*. Pero al comentar uno, si bien por bromas, que era un filósofo el que había desembarcado, lo indultaron. Algunos refieren que lo condujeron ante la asamblea y que al ser interrogado no pronunció palabra, dispuesto a aceptar lo que fuera. Y ellos decidieron no darle muerte, sino venderlo a la manera de los prisioneros de guerra.

20. Lo rescató Anicérides de Cirene, que por suerte se encontraba allí, por veinte minas -otros dicen que por treinta-, y lo envió a Atenas junto a sus compañeros. Éstos le enviaron enseguida el dinero. Que él no admitió, diciendo que no sólo ellos eran dignos de preocuparse por Platón. Algunos dicen que Dión envió el dinero, y él no lo aceptó, sino que le compró el jardincillo de la Academia. Es fama además que Pólide fue derrotado por Cabrias y después de esto pereció en un naufragio en Hélice, porque la divinidad se había irritado contra él por el filósofo, según cuenta Favorino en el libro primero de sus *Recuerdos*. 21. No se tranquilizó, sin embargo, Dionisio. Al enterarse, le escribió a Platón que no hablara mal de él. Y él le remitió la respuesta de que no tenía bastante tiempo libre como para acordarse de Dionisio.

La segunda vez se presentó ante Dionisio el Joven pidiéndole tierra y hombres que fueran a vivir según su *República*. Y éste, aunque se los prometió, no cumplió la promesa. Al-

gunos cuentan que de nuevo corrió peligro, bajo la sospecha de persuadir a Dión y Teodotas en un plan de libertad para la isla. Entonces el pitagórico Arquitas escribió una carta a Dionisio suplicando por él y lo puso a salvo en Atenas. La carta es ésta:

«Arquitas a Dionisio desea salud.

22. Te hemos enviado todos los amigos de Platón a Lamisco y Fotidas con su acompañamiento con el fin de recuperar a nuestro amigo de acuerdo con el pacto tratado contigo. Actuarías rectamente recordando aquel empeño tuyo, cuando nos exhortabas a todos nosotros ante la llegada de Platón incitándonos a enviarlo y a aceptar todas las garantías acerca de su seguridad tanto si permanecía como si decidía regresar. Acuérdate pues de aquello, de que mucho apreciaste su llegada y de que lo tenías en más afecto durante aquel tiempo que a ningún otro de los de tu corte. Si ha habido algún roce áspero, debes ser humanitario y devolvernos indemne su persona. Pues haciéndolo así obrarás justamente y conservarás nuestra gratitud».

23. El tercer viaje lo emprendió para reconciliar a Dión con Dionisio. Al no conseguirlo regresó sin éxito a su patria. Allí no participó en la actividad política, aunque era un político por las obras que escribió. El motivo es que ya el pueblo estaba habituado a otros tipos de gobierno.

Cuenta Pánfila, en el libro veinticinco de sus *Recuerdos*, que los arcadios y los tebanos al fundar Megalópolis lo invitaron como legislador. Pero él se enteró de que no querían que todos fueran iguales, y no acudió. Es fama que tomó la defensa del estratego Cabrias, acusado con pena de muerte, cuando ninguno de los ciudadanos estaba dispuesto a hacerlo. 24. Y entonces, cuando subía a la Acrópolis acompañando a Cabrias, le salió al paso el sicofanta Cróbilo y le dice: «¿Vienes a hablar en defensa de otro, ignorando que

también a ti te aguarda la cicuta de Sócrates?». Y él respondió: «Cuando marché a combatir por la patria, soporté los riesgos, y ahora, en defensa del deber, voy a soportarlos por un amigo.»

Él fue el primero en ofrecer un argumento por medio de preguntas y respuestas, como dice Favorino en el libro octavo de su *Historia miscelánea;* y fue el primero en explicar a Leodamante de Tasos el método de la investigación mediante el análisis. También fue el primero en usar en filosofía los términos de «antípodas», «elemento», «dialéctica», «cualidad», «número oblongo», y entre los límites: «la superficie plana» y «providencia divina».

25. También fue el primero de los filósofos en replicar al discurso de Lisias, el hijo de Céfalo, exponiéndolo al pie de la letra en el *Fedro*[15]. Y fue el primero en investigar la importancia de la gramática. Siendo el primero en oponerse a casi todos sus predecesores, se investiga por qué motivo no mencionó a Demócrito. De Platón cuenta Neantes de Cícico que cuando fue a Olimpia todos los griegos dirigieron sus miradas a él. Fue allí donde trató con Dión, que iba a emprender su expedición contra Dionisio. En el primer libro de los *Recuerdos* de Favorino se relata que el persa Mitrídates erigió en la Academia una estatua de Platón y le puso la inscripción: «Mitrídates, hijo de Rodóbates, persa, dedicó la estatua de Platón, que hizo Silanion».

26. Cuenta Heraclides que de joven era tan vergonzoso y correcto que nunca se le vio reír a carcajadas. A pesar de ser así, también él fue ridiculizado por los poetas cómicos. Pues Teopompo en su *Hedícares* dice:

... Pues ni lo uno es uno,
y el dos apenas es uno, según dice Platón[16].

15. 230 E ss.
16. *Frag.* I 737 Kock.

Y también Anaxándrides dice en su *Teseo:*

Cuando se zampaba las aceitunas sagradas como Platón[17].

Y también Timón hacía a su costa este juego de palabras:

Como plasmaba Platón pláticas prodigiosamente
[plásticas[18].

27. Y Alexis en su *Merópide:*

Llegas en buen momento. Que voy desconcertada
y paseando estoy arriba y abajo, como Platón,
y no logré ningún sabio invento, sino fatigar mis piernas[19].

Y en su *Ancylión:*

Hablas de lo que no sabes. Acompaña corriendo
a Platón, y conocerás la sopa y la cebolla[20].

Anfis en su *Anfícrates:*

En cuanto al bien, sea lo que sea, que tú esperas
obtener mediante ésta, eso lo sé yo menos,
señor, que el Bien de Platón. Atiende pues[21].

28. Y en su *Dexidémides:*

Oh Platón, que nada sabes, sino ensombrecer el rostro
enarcando, como unas conchas, tus solemnes cejas[22].

17. *Frag.* II 142 Kock.
18. *Frag.* 19 Diels.
19. *Frag.* II 351 Kock.
20. *Frag.* II 297 Kock.
21. *Frag.* II 237 Kock.
22. *Frag.* II 239 Kock.

Cratino en su *Falso supuesto:*

–Eres evidentemente un ser humano y tienes alma.
–Según Platón no sé, pero sospecho que la tengo[23].

Alexis en su *Olimpiodoro:*

A la vez que mi cuerpo mortal quedó reseco,
mi parte inmortal se precipitó al éter.
–¿No es eso cháchara de Platón?[24].

Y en su *Parásito:*

O con Platón conversar en la soledad[25].

Se mofa de él también Anaxilas en su *Botrylión* y en su *Circe* y en *Mujeres ricas.*

29. Aristipo en su libro cuarto de *Sobre la molicie de antaño* dice que él se enamoró de un jovencito llamado Áster, que estudiaba con él astronomía, y también de Dión, de quien ya hablamos, y algunos dicen que también de Fedro. Evidencia su amor en estos epigramas, que les dedicó a ellos:

Contemplas los astros, Áster mío. Ojalá fuera yo el cielo,
para mirarte así con numerosos ojos[26].

Y este otro:

Astro que antes brillabas entre los vivos como el lucero del [alba,
y ahora, muerto, brillas entre los muertos como el lucero de [la tarde[27].

23. *Frag.* II 292 Kock.
24. *Frag.* II 355 Kock.
25. *Frag.* II 364 Kock.
26. *Ant. Pal.* VII 669.
27. *Ant. Pal.* VII 670.

30. A propósito de Dión escribió así:

Lágrimas para Hécuba y las mujeres de Ilión
tramaron las Moiras en su existir de antaño.
A ti, Dión, cuando lograbas el epinicio de bellas hazañas
los dioses te desvanecieron las amplias esperanzas.
Ahora yaces en tu vasta patria, honra de ciudadanos,
tú que mi corazón hiciste enloquecer de amor, Dión[28].

31. Estos versos dicen que están escritos en Siracusa sobre la tumba de Dión. Pero además, dicen, enamorado de Alexis y de Fedro, según ya se ha dicho, compuso estos versos:

Ahora, cuando dije tan sólo que «Alexis es hermoso»
se le contempla por doquier y todos se vuelven a su paso.
¿Por qué revelas, corazón, a los perros el hueso? Luego
te dolerás. ¿No perdimos de esa manera a Fedro?[29].

Y poseyó a Arquianasa, para quien compuso este poema:

Poseo a Arquianasa, la hetera venida de Colofón,
en cuyas arrugas aún descansa el punzante amor.
¡Ah desdichados los que encontrasteis su juventud
en un primer periplo: por qué hoguera cruzasteis![30].

32. Y, en otro caso, a propósito de Agatón:

Besando a Agatón tenía mi alma en los labios.
La infortunada estuvo a punto de cruzar al otro lado[31].

Y otro poema:

28. *Ant. Pal.* VII 99.
29. *Ant. Pal.* VII 100.
30. *Ant. Pal.* VII 217.
31. *Ant. Pal.* V 77.

Te arrojo una manzana. Si tú me quieres de buen grado
acéptala y entrega a cambio tu virginidad.
Pero si piensas como no quisiera, recógela también
y observa cuán poco duradera es la belleza[32].

Otro más:

Soy una manzana. Me arroja uno que te ama. Conque
accede, Jantipa. Tanto yo como tú nos agostamos[33].

33. Dicen que también es suyo el epigrama sobre los eretrios que cayeron en una emboscada:

Somos de Eubea, de linaje eretrio, y junto a Susa
hemos caído. ¡Ay, qué lejos de nuestra tierra![34].

Y el famoso poema:

Dijo Cipris a las Musas: «Muchachas, venerad
a Afrodita, o armaré a Eros contra vosotras».
Contestan las Musas a Cipris: A Ares con esas tretas.
Hacia nosotras no vuela ese niñito[35].

Y el otro:

Un hombre que encontró oro desistió de ahorcarse.
Pero el otro que perdió el oro usó la cuerda que halló[36].

34. Por lo demás, Molón, que estaba enemistado con él, dijo: «No es de extrañar que Dionisio se halle en Corinto, sino que Platón esté en Sicilia». Parece que tampoco Jeno-

32. *Ant. Pal.* V 78.
33. *Ant. Pal.* V 79.
34. *Ant. Pal.* VII 259.
35. *Ant. Pal.* IX 39.
36. *Ant. Pal.* IX 44.

fonte estaba en términos amistosos con él. Pues como si rivalizaran han escrito obras de nombre semejante: el *Banquete*, la *Apología de Sócrates*, los comentarios de ética y luego uno la *República*, y el otro la *Ciropedia*. Incluso en las *Leyes*[37] afirma Platón que la educación de Ciro era una ficción, pues Ciro no era de ese modo. Uno y otro rememoran a Sócrates, pero nunca se mencionan entre sí, a excepción de la vez en que Jenofonte cita a Platón en el libro tercero de sus *Memorables*.

35. Se cuenta que Antístenes, que iba a dar lectura a uno de sus escritos, invitó a Platón a intervenir. Y al preguntarle qué iba a leer, dijo que sobre que no era posible la contradicción. Y al replicarle él: «¿Entonces cómo escribes tú sobre eso?» y enseñarle que el argumento se contradecía, escribió un diálogo contra Platón, titulándolo *Satón*. Desde entonces se mantuvieron distanciados uno de otro.

Dicen que Sócrates escuchó a uno que leía el *Lisis* de Platón y comentó: «¡Por Heracles! ¡Qué montón de mentiras cuenta de mí ese jovenzuelo!». Pues había escrito allí no pocas cosas que el Sócrates real no dijo nunca.

36. Tuvo también Platón cierta enemistad con Aristipo. En efecto, en el diálogo *Sobre el alma*[38] afirma acusándolo que no estuvo junto a Sócrates en el momento de su muerte, sino que estaba en Egina, bastante cerca. Mantenía también una cierta rivalidad con Esquines, dicen, porque también éste gozaba de buena reputación ante Dionisio. Al llegar él allí a causa de su indigencia fue despreciado por Platón, pero recibió la ayuda de Aristipo. Las palabras que ha puesto en boca de Critón en la cárcel aconsejando a Sócrates acerca de la fuga dice Idomeneo que son de Esquines, pero que se las atribuyó a Critón por sus recelos contra éste.

37. 694 C.
38. Cf. II 65.

37. De sí mismo Platón no ha hecho mención en ningún pasaje de sus escritos, con excepción de *Sobre el alma*[39] y de la *Apología*[40]. Dice Aristóteles que el estilo de sus escritos es intermedio entre el de la poesía y la prosa. Cuenta Favorino en algún sitio que sólo Aristóteles permaneció hasta el final cuando él leyó su diálogo *Sobre el alma*, pero que todos los demás se levantaron y se fueron. Algunos dicen que Filipo de Opunte transcribió las *Leyes* que estaban escritas en tablillas de cera. De él dicen que es la *Epínomis*. Euforión y Panecio han señalado que el comienzo de la *República* se encontró corregido en muchos puntos. De la *República* dice Aristóxeno que casi toda estaba redactada en las *Antilogías* de Protágoras. 38. Es fama que el primer diálogo que él escribió es el *Fedro*. Pues el tema allí expuesto tiene algo de juvenil. Dicearco critica todo el estilo de su obra como vulgar.

De Platón se cuenta que, viendo a uno que jugaba a los dados, le amonestó. Y, al replicar el otro que la apuesta era por poca cosa, dijo: «Pero la costumbre no es poca cosa». Como le preguntaran si habría dichos memorables de él, como de los filósofos anteriores, dijo: «Primero hay que hacerse con un nombre, después habrá muchas cosas». Una vez que le visitó Jenócrates, le rogó que azotara a su esclavo, pues él no podía por estar irritado. 39. También a uno de sus esclavos le dijo: «Te habría azotado, si no estuviera irritado». Tras de haber montado a caballo, se apeó enseguida, diciendo que no quería que se apoderara de él el orgullo hípico.

A los borrachos les aconsejaba que se miraran al espejo, pues así abandonarían tamaña descompostura. Decía que beber hasta la embriaguez en ninguna parte es decente a excepción de las fiestas del dios que trajo el vino. También censuraba el dormir mucho. Así dice en las *Leyes*: «Nadie vale

39. *Fedón*, 59 B.
40. 34 A.

nada mientras duerme»[41]. Decía que el más dulce de los sonidos era la verdad. Otros dicen que (se refería a) el decir la verdad. 40. Justamente sobre la verdad dice en las *Leyes:* «Bella cosa es la verdad, extranjero, y duradera. Pero no parece fácil convencer a la gente de eso»[42]. Además creía valioso dejar memoria de sí ya en sus amigos, ya en los libros. Aunque él se mantenía retirado casi siempre, según dicen algunos.

Murió de la manera que dijimos el año trece del reinado de Filipo, según refiere Favorino en el libro tercero de sus *Recuerdos*. El rey le hizo rendir honores fúnebres, según dice Teopompo. Mironiano en sus *Semejantes* dice que Filón recuerda un dicho acerca de «los piojos de Platón», como aludiendo a que murió por esa causa. 41. Y fue enterrado en la Academia, donde había pasado la mayor parte de su tiempo filosofando. Por eso su escuela fue llamada Académica. Y en su funeral le acompañaron con honores públicos todos sus discípulos. Dispuso así su testamento:

«Platón dejó las propiedades y disposiciones siguientes. El terreno de Ifistiadas, que tiene como límite por el norte el camino que viene del santuario de Cefisias, y al sur el santuario de Heracles en Ifistiadas, al este la propiedad de Arquéstrato de Frearras, y al oeste la de Filipo de Cólide, que no sea lícito a nadie ni venderlo ni cambiarlo, sino que sea posesión del niño Adimanto mientras sea posible.

42. »Y el terreno en Irésidas, que le compré a Calímaco, que tiene como confín por el norte la tierra de Eurimedonte de Mirrinunte, por el sur la de Demóstrato de Xípete, por el este la de Eurimedonte de Mirrinunte y por el oeste el río Cefiso. Tres minas de plata. Una copa de plata que pesa ciento sesenta y cinco dracmas; un vaso que vale cuarenta y cinco drac-

41. 808 B.
42. 663 E.

mas; un anillo de oro y un pendiente que pesan ambos cuatro dracmas y tres óbolos. El marmolista Euclides me debe tres minas. Dejo libre a Ártemis. Como sirvientes domésticos dejo a Ticón, Bictas, Apolonides y Dionisio. 43. Muebles en inventario..., de los que tiene una copia Demetrio. No debo nada a nadie. Ejecutores (serán) Leóstenes, Espeusipo, Demetrio, Eurimedonte, Hegias, Calímaco y Trasipo».

Conque así dejó su testamento. Sobre su tumba se escribieron estas inscripciones. En primer lugar ésta:

Eminente entre los mortales por su prudencia y justo
[carácter
aquí reposa el divino Aristocles.
Si alguien recibió el elogio de todos por su sabiduría
éste lo conserva máximo y no le persigue la envidia[43].

44. Y esta otra:

La tierra en su regazo oculta aquí el cuerpo de Platón;
pero su alma ocupa un lugar inmortal entre los Felices;
del hijo de Aristón, a quien cualquier hombre bueno
[venera,
por lejos que habite, a él que vio la vida divina[44].

Y otra, más reciente:

–Águila, ¿por qué vas y vienes sobre este sepulcro?
¿Acaso, dime, contemplas la morada estrellada de los
[dioses?
–Soy del alma de Platón que voló hasta el Olimpo
una imagen, sólo su cuerpo nacido de la tierra lo alberga la
[tierra del Ática[45].

43. *Ant. Pal.* VII 60.
44. *Ant. Pal.* VII 61.
45. *Ant. Pal.* VII 62.

45. Hay también un epigrama nuestro que es así:

¿Y cómo, de no haber dado Febo el ser a Platón en Grecia,
habría socorrido con sus escritos las almas de los humanos?
Pues así como su hijo Asclepio es el médico del cuerpo,
así Platón es el médico del alma inmortal[46].

Y otro, acerca de su muerte:

Febo hizo nacer entre los mortales a Asclepio y a Platón,
para que éste salvara el alma, y el otro el cuerpo.
A un convite de bodas acudió a la ciudad, que para sí
antaño fundó y construyó en el suelo de Zeus[47].

Así que éstos son los epigramas.

46. Discípulos suyos fueron Espeusipo de Atenas, Jenócrates de Calcedonia, Aristóteles de Estagira, Filipo de Opunte, Hestieo de Perinto, Dión de Siracusa, Amiclo de Heraclea, Erasto y Coriseo de Escepsis, Tímolao de Cícico, Eveón de Lámpsaco, Pitón y Heraclides de Eno, Hipótales y Calipo de Atenas, Demetrio de Anfípolis, Heraclides del Ponto, y otros muchos, entre los cuales hubo dos mujeres, Lastenia de Mantinea y Axiótea de Fliunte, que llevaba vestidos de varón, según dice Dicearco. Algunos dicen que también Teofrasto escuchó sus lecciones. Y también el orador Hiperides y Licurgo, dice Cameleonte. 47. Y algo parecido cuenta Polemón. E incluso Demóstenes, dice Sabino, aduciendo una cita de Mnesístrato de Tasos, en el libro cuarto de su *Material para la crítica*. Y es verosímil.

Para ti, que eres de manera justa devota de Platón y que, más que de cualquier otro, estudias empeñadamente los pensamientos fundamentales del filósofo, consideré necesa-

46. *Ant. Pal.* VII 108.
47. *Ant. Pal.* VII 109.

rio dar un resumen tanto de la naturaleza de sus razones como de la ordenación de los diálogos y del proceso del método inductivo, en cuanto me es posible de manera elemental y atento a los puntos fundamentales, a fin de que la recogida de datos biográficos no quede falta de una visión de sus doctrinas. Que sería llevar lechuzas a Atenas, como dicen, si intentara relatártelas en detalle.

48. Dicen, pues, que el primero en escribir diálogos fue Zenón el Eléata. Pero Aristóteles, en el libro primero de *Sobre los poetas*, dice que fue Alexámeno de Estira o de Teos, como también (lo dice) Favorino en sus *Recuerdos*. Pero a mí me parece que Platón al llevar a la perfección el género reivindica justamente los primeros premios tanto de la belleza como de la invención de éste. El diálogo es un relato compuesto de preguntas y respuestas acerca de un tema filosófico o político con una conveniente caracterización de los personajes que intervienen y de la expresión estilística. La dialéctica es el arte de las discusiones mediante la cual confirmamos o refutamos cierta tesis por medio de la pregunta y la respuesta de los interlocutores.

49. Del diálogo platónico, en efecto, hay dos tipos fundamentales: el instructivo *(hyphegetikós)* y el inquisitivo *(zetetikós)*. El instructivo se divide en otros dos tipos: teorético y práctico. Y de éstos, el teorético se subdivide en físico y lógico, y el práctico, en ético y político. También del inquisitivo son dos los tipos básicos: el gimnástico y el agonístico. A la vez, del gimnástico derivan el mayéutico y el probatorio, del agonístico, el acusatorio y el rechazador.

50. No se nos oculta que algunos dicen que los diálogos se diferencian de otro modo. Pues dicen que de ellos los unos son dramáticos, los otros narrativos y otros son mixtos. Pero ellos dan nombre a la distinción más por su aspecto dramático que por el filosófico. Los hay de tema físico como el *Timeo*. Y lógico, como el *Político* y el *Crátilo*, el *Parménides* y el *Sofista*. De tema ético son la *Apología*, el *Critón*, el *Fe-*

dón, el *Fedro*, el *Banquete*, el *Menéxeno*, el *Clitofonte*, las *Cartas*, el *Filebo*, *Hiparco* y los *Rivales en amor*. Y de tema político, como la *República*, 51. y las *Leyes*, el *Minos*, la *Epínomis* y el *Atlántico*[48]. Del tipo mayéutico son los *Alcibíades*, *Teages*, *Lisis* y *Laques*. Del probatorio *Eutidemo*, *Menón*, *Ión*, *Cármides* y *Teeteto*. Del crítico el *Protágoras*, y del rechazador *Eutidemo*, *Gorgias* y los dos *Hipias*. Respecto al diálogo, qué es en definitiva y cuáles son sus distinciones, esto es lo que tenía que decir.

Puesto que hay una gran controversia al respecto y los unos dicen que Platón es dogmático, y otros que no, venga, tratemos ahora del asunto. Eso de ser dogmático consiste en establecer dogmas, así como el legislar es establecer leyes. Los dogmas se aplican a dos objetos: a lo opinado y a la opinión misma.

52. De esto, lo opinado es una proposición, y la opinión, una concepción. Ahora bien, Platón en lo que tiene un concepto lo expone, refuta lo falso, y en los temas inciertos suspende su opinión. Así que sobre lo que él opina se expresa a través de cuatro personajes: Sócrates, Timeo, el extranjero ateniense[49] y el extranjero de Elea[50]. Esos extranjeros no son, como algunos suponen, Platón y Parménides, sino figuras inventadas anónimas. Porque incluso cuando habla por boca de Sócrates y de Timeo, Platón expone sus propios principios (dogmatiza). Para refutar las falsas opiniones introduce, por ejemplo, a Trasímaco, y Calicles, a Polo, Gorgias, y Protágoras, y aun a Hipias, Eutidemo, y los demás tipos por el estilo.

53. Al hacer sus demostraciones utiliza con mucha frecuencia el método inductivo, no de manera unilateral, sino doble. Pues la inducción es un argumento que por medio de

48. Esto es, el *Critias*.
49. En las *Leyes*.
50. En el *Sofista* y en el *Político*.

ciertas verdades infiere coherentemente como verdadero lo semejante a eso mismo. Dos son los tipos de la inducción, el que procede por contraposición y el que procede de la consecuencia. El que es por oposición es el que en cada pregunta se concluye lo contrario de lo preguntado. Por ejemplo: «Mi padre es el mismo que tu padre o distinto. Si tu padre es distinto de mi padre, siendo distinto del padre no puede ser padre. Pero si es el mismo que mi padre, siendo el mismo que mi padre, sería mi padre». 54. O en otro ejemplo: «Si el hombre no es un animal, será una piedra o un vegetal. No es piedra ni vegetal, pues es animado y se mueve por sí mismo. Entonces es un animal. Pero si es un animal, y también el perro y el buey son animales, entonces también el hombre será un perro y un buey». Éste es el tipo de inducción que procede por oposición y pelea, que Platón usaba no para establecer principios, sino para refutar.

El tipo de la inducción por consecuencia es doble: en un caso procede demostrando el particular que se busca mediante lo particular, en el otro mediante lo universal. El primer tipo es el retórico, el segundo, el dialéctico. Por ejemplo, en el primer caso, se busca si este individuo ha cometido un crimen. La prueba es haberlo encontrado en aquella ocasión manchado de sangre. 55. Este tipo de inducción es el retórico, puesto que la retórica trata de lo particular, no tiene empeño en lo universal. Pues no indaga sobre lo justo en sí, sino sobre las cosas justas en particular.

El otro tipo es el dialéctico, que concluye lo universal mediante casos particulares. Por ejemplo, se indaga si el alma es inmortal y si los vivos vienen de los muertos. Esto lo induce Platón en su diálogo *Sobre el alma* por medio de una proposición general: que los contrarios proceden de sus contrarios. Aquí la proposición universal se constituye sobre algunas particulares, como, por ejemplo, que el dormir viene del estar despierto, y viceversa, y que lo mayor procede de lo menor, y viceversa. De este método se servía en el estableci-

miento de sus argumentos. 56. Así como antaño en la tragedia primero actuaba sólo el coro a lo largo de la representación, y luego Tespis introdujo un actor único en las pausas del coro, y Esquilo un segundo, y Sófocles el tercero, y se completó la tragedia, así también en la filosofía el tema fue primero único, como fue la naturaleza, como segundo campo añadió Sócrates la ética, y en tercer lugar Platón aportó la dialéctica, y completó la filosofía. Trásilo dice que de acuerdo con la tetralogía trágica publicó él sus diálogos, como los poetas trágicos competían con cuatro dramas –en las Dionisias, las Leneas, las Panateneas y las Chytras–, de los cuales el cuarto era el drama satírico. El conjunto de los cuatro dramas se llamaba tetralogía.

57. Son, en fin, dicen, cincuenta y seis los diálogos auténticos de Platón, de los que la *República* está dividida en diez libros –que se encuentra casi entera en las *Antilogías* de Protágoras, según dice Favorino en el libro segundo de su *Historia miscelánea*– y las *Leyes* en doce. Son nueve tetralogías, si ocupa el lugar de un solo libro la *República* y de otro las *Leyes*. Da a la primera tetralogía un tema común: quiere, en efecto, demostrar con ejemplos cómo debe ser la vida del filósofo. Y (Trásilo) utiliza un doble título para cada uno de los libros, el primero con el nombre de un personaje y el otro de acuerdo con el tema.

58. De esa tetralogía, que es la primera, está al frente el *Eutifrón* o *sobre lo piadoso*. El diálogo es del tipo probatorio. El segundo es la *Apología de Sócrates*, de tipo ético; el tercero, *Critón* o *de lo que debe hacerse*, ético; el cuarto, *Fedón* o *sobre el alma*, ético.

La segunda tetralogía comienza con el *Crátilo* o *sobre la corrección de los nombres*, lógico; *Teeteto* o *sobre la ciencia*, probatorio; *Sofista* o *sobre el ser*, lógico; *Político* o *sobre la monarquía*, lógico. La tercera la encabeza el *Parménides*, o *sobre las ideas*, lógico; *Filebo* o *sobre el placer*, ético; *El banquete*, o *sobre el bien*, ético; *Fedro* o *sobre el amor*, ético. 59. La cuar-

ta empieza por el *Alcibíades* o *sobre la naturaleza del hombre,* mayéutico; *Alcibíades segundo* o *sobre la oración,* mayéutico; *Hiparco* o *sobre el afán de lucro,* ético; *Los rivales en amor* o *sobre la filosofía,* ético. La quinta la encabeza *Téages* o *sobre la filosofía,* mayéutico; *Cármides* o *sobre la prudencia,* probatorio; *Laques* o *sobre el valor,* mayéutico; *Lisis* o *sobre la amistad,* mayéutico. La sexta la encabeza *Eutidemo* o *el erístico,* refutador; *Protágoras* o *los sofistas,* crítico; *Gorgias* o *sobre la retórica,* refutador; *Menón* o *sobre la virtud,* probatorio. 60. La séptima comienza por los dos *Hipias* -el primero *sobre la belleza* y el segundo *sobre la mentira*-, refutadores; *Ión* o *sobre la Ilíada,* probatorio; *Menéxeno* o *discurso fúnebre,* ético. La octava la preside *Clitofonte* o *exhortatorio,* ético; la *República* o *sobre lo justo,* político; *Timeo* o *sobre la naturaleza,* físico; *Critias* o *Atlántico,* ético. La novena la encabeza *Minos* o *sobre la ley,* político; *Leyes* o *sobre la legislación,* político; *Epínomis* o *el Consejo nocturno* o *Filósofo,* político. *Las Cartas,* trece, de carácter ético. 61. En ellas saluda con «pásalo bien», como Epicuro con «pórtate bien», y Cleón con «alégrate». Una está dirigida a Aristodemo, dos a Arquitas, cuatro a Dionisio, una a Hermias, Erasto y Corisco, una a Leodamante, una a Dión, una a Perdicas y dos a los íntimos de Dión. Conque así divide las obras ése (Trásilo) y otros.

Pero algunos, entre los que está Aristófanes el Gramático, agrupan los diálogos en trilogías, 62. y en la primera colocan la *República,* el *Timeo* y el *Critias.* En la segunda *El Sofista, El político* y *Crátilo.* En la tercera las *Leyes, Minos* y *Epínomis.* En la cuarta, *Teeteto, Eutifrón* y *Apología.* En la quinta, *Critón, Fedón* y *Cartas.* Los demás estaban sueltos y sin orden.

Algunos (críticos) ponen al comienzo, como se ha dicho antes, la *República;* otros el *Alcibíades mayor;* otros el *Téages;* algunos el *Eutifrón;* otros el *Clitofonte;* otros el *Timeo;* otros el *Fedro;* otros el *Teeteto;* y muchos comienzan por la *Apología.*

De los diálogos se consideran espurios por consenso *Midón o el criador de caballos, Erixias* o *Erasístrato, Alción, Acéfalos* o *Sísifo, Axíoco, Feacios, Demódoco, Quelidón, El séptimo día, Epiménides.* De éstos el *Alción* parece ser de un tal León, según dice Favorino en el libro quinto de sus *Recuerdos.*

63. Se ha servido (Platón) de términos variados a fin de que su sistema no sea muy fácil de comprender para los ignorantes. En un sentido muy especial considera que la sabiduría *(sophía)* es el conocimiento fundado *(epistéme)* de las cosas inteligibles y de los entes que realmente son, un conocimiento que afirma que es de lo divino y del alma separada del cuerpo. En particular llama sabiduría también a la filosofía, que es un anhelo de la sabiduría divina. En general también se denomina por él sabiduría toda la experiencia, como cuando llama sabio al artesano. Usa, en efecto, los mismos términos para significados diversos. Así pues, en su obra se utiliza el adjetivo «sencillo» *(phaûlos)* también en el sentido de «simple» *(haploûs)*[51], como por ejemplo también se encuentra en Eurípides, en su *Licimnio*, aplicado a Heracles de esta manera:

Sencillo, tosco, apto a las grandes hazañas,
con todo su saber perfilado en la acción,
inexperto en la charla[52].

64. Pero Platón se sirve algunas veces del mismo adjetivo para indicar lo malo. Y hay otras veces que lo refiere a lo pequeño. También muchas veces usa diferentes nombres para indicar un mismo significado. Así, pues, a la idea la denomina forma *(eídos)*, género *(génos)*, arquetipo *(parádeigma)*, principio *(arché)* y causa *(aítion)*. Utiliza además palabras

51. Cf. *República* 527 D.
52. *Frag.* 473 Nauck.

contrarias para lo mismo. Por ejemplo a lo sensible lo llama ente y no ente. Ente porque existe su génesis; no ente por su continua mutación. Así de la idea dice que ni está en movimiento ni inmóvil; y que lo mismo es uno y muchas cosas. Y eso mismo acostumbra a hacerlo en muchos más casos.

65. La exégesis de sus diálogos puede ser triple: en primer lugar, desde luego, hay que explicar lo que significa cada uno de sus asertos; luego, a qué propósito está dicho, si es por una razón fundamental o a modo de imagen, y si vale para afirmación de sus propias doctrinas o para refutar a su interlocutor. Y, en tercer lugar, si está dicho acertadamente.

Puesto que (los editores) han colocado algunos signos críticos al margen en sus libros, veamos si decimos algo sobre éstos. La *chi* (X) se emplea para indicar las expresiones particulares y las figuras retóricas y en general el uso idiomático propio de Platón. El signo *diplê* (>) se usa para los principios básicos y opiniones características de Platón, 66. la *chi punteada* (※) denota pasajes selectos y bellezas de estilo. La *diplê punteada* (⸖) señala correcciones de algunos editores. El *óbelo punteado* (÷) las exclusiones arbitrarias. La antisigma punteada (Ↄ·) para las repeticiones y transposiciones de palabras. El *ceraunio* (T) la tesis filosófica. El *asterisco* (*) indica concordancia de la doctrina. El *óbelo* (-) sirve para la exclusión *(atétesis)*. Éstos son, pues, los signos, y todos esos los libros. Como cuenta Antígono de Caristo en su *Acerca de Zenón*, cuando se hicieron ediciones recientes de los libros con estos signos, si uno quería leerlas, debía pagar unos honorarios a los poseedores.

67. Las doctrinas que mantenía son éstas. Decía que el alma es inmortal y que reviste en su transmigración muchos cuerpos, y tiene un principio aritmético, mientras que el cuerpo lo tiene geométrico. Y la definía como la idea del soplo vital difundido por todas partes. Y decía que se mueve por sí misma, y tiene tres partes: una parte, en efecto, la ra-

cional, está asentada en la cabeza; la parte pasional, en torno al corazón; y la apetitiva que se concentra en torno al ombligo y al hígado.

68. Que envuelve desde el centro, a través de todo, al cuerpo en un círculo y está compuesta de elementos. Y está dividida en intervalos armónicos para forjar dos círculos contiguos, de los que el círculo interior, cortado seis veces, da lugar en total a siete círculos. Y éste se mueve según su diámetro hacia la izquierda, mientras que el otro se mueve según el costado hacia la derecha. Por eso domina éste, que es uno solo. Pues el interior está dividido por dentro. Y aquél es el círculo de lo mismo, mientras que los demás son de lo otro, diciendo que el movimiento del alma es el del universo y de las revoluciones de los planetas.

69. Siendo así la división del alma, desde el centro está armónicamente dispuesta hasta los extremos para conocer lo que existe y armonizarlo por el hecho de tener en sí misma los elementos de acuerdo con la armonía. Y nace la opinión al moverse correctamente el círculo de lo otro, y la ciencia al hacerlo el de lo mismo.

Proclamó dos principios fundamentales de todas las cosas: dios y la materia, y al primero lo llama también mente y causa. La materia es informe e infinita, y de ella nacen los compuestos. Éste, que durante un tiempo se movía desordenadamente, dice que fue congregada en un lugar por la divinidad que juzgó que el orden era superior al desorden.

70. Esta sustancia, dice, se convirtió en los cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra. Y de ellos se engendró el universo y cuanto hay en él. Y dice que sólo la tierra es inmutable, considerando que la causa es la diferencia de las figuras de las que está constituida. Pues afirma que en los demás elementos las figuras son homogéneas –pues todas se componen de una sola figura, la del triángulo escaleno–, pero la figura de la tierra es peculiar. Porque el elemento del fuego es una pirámide, el del aire un octaedro, el del agua el icosae-

dro, y el de la tierra, el cubo. Por eso la tierra no se transforma en los otros, ni ellos en tierra.

71. Pero no está cada elemento separado en terrenos propios, porque la revolución comprimiendo y congregando hacia el centro las partículas pequeñas las mezcla, al tiempo que disgrega las partes grandes. Por esa razón las formas cambiantes cambian también de lugar.

Que existe un único universo creado, puesto que es sensible y está ordenado por la divinidad. Que es animado, ya que el ser animado es superior a lo inanimado, y este producto ha sido obrado por el supremo artífice, que es único y no está construido como infinito porque era único el arquetipo según el cual se creó. Es esférico porque también su creador tiene esa forma. 72. Pues él envuelve a todos los demás seres vivos, y el universo abarca las figuras de todos. Es liso y no tiene ningún órgano en todo su círculo porque no tiene necesidad de éstos. No obstante el universo permanece como indestructible ya que no puede disolverse en lo divino. Y de toda la creación es causa la divinidad, porque sucede que por naturaleza lo bueno es benefactor. También es la causa de la creación del cielo. Pues de lo más bello de lo creado es lo más excelso de lo inteligible la causa. De modo que si tal es la divinidad, y el cielo, por ser lo más hermoso, es semejante a lo más bello, no puede ser semejante a nada de lo creado sino sólo al dios.

73. El universo está compuesto de fuego, agua, aire y tierra. De fuego, para que sea visible. De tierra, para que sea sólido. De agua y aire, para que sea proporcionado. –Pues las fuerzas de los sólidos están relacionadas proporcionalmente por dos intermediarios para que así se engendre una única totalidad–. Y de todos los componentes, a fin de que (el universo) sea perfecto e incorruptible.

El tiempo nació como imagen de la eternidad. Y también éste perdura siempre, y la revolución del cielo es tiempo. Pues tanto la noche como el día y el mes y los fenómenos por

el estilo son todos partes del tiempo. Por lo tanto sin la natural disposición del universo no habría tiempo. Pues le es consustancial que exista el tiempo.

74. Para la creación del tiempo se crearon el sol, la luna y los planetas. Y a fin de que el número de las estaciones quedara patente y los animales participaran del número, encendió la divinidad la luz del sol. Y en el círculo que está sobre la tierra está la luna, en el que lo envuelve el sol, y en los de más arriba los planetas. Y (el universo) es animado totalmente porque está ligado al movimiento rotatorio animado.

Y para que el universo quedara completo haciéndose semejante al ser viviente inteligible, se originó la naturaleza de todos los demás vivientes. Así que, puesto que aquél los contenía, fue necesario que los tuviera también el cielo. Así que contiene dioses que son esencialmente ígneos. Los demás seres vivientes son de tres clases: alados, acuáticos, terrestres.

75. La tierra es la más antigua de las divinidades que hay en el cielo. Se originó como un producto forjado para crear el día y la noche. Estando en el centro se mueve en torno a su centro. Puesto que hay dos causas, hay que decir, afirma, que unas cosas proceden de la mente, y otras de causas necesarias. Éstas son el aire, el fuego, la tierra y el agua -aunque éstas no son exactamente elementos, sino receptáculos de éstos-. Éstos están compuestos de triángulos y se resuelven en esas figuras. Los elementos constituyentes de ellos son el triángulo escaleno y el isósceles.

76. Así que las causas y principios fundamentales son los dos que hemos dicho, de los que el paradigma son dios y la materia. La cual es necesaria que sea informe de modo que pueda recibir las formas de lo demás. Y es causante de ellas por necesidad. Pues al recibir a su modo las ideas engendra las sustancias, y a causa de la desigualdad de su potencia se mueve, y al moverse, pone en movimiento lo que nace de ella. Estas cosas al principio se movían sin razón y desorde-

nadamente, pero luego empezaron a concordarse en el universo, y por los condicionamientos creados por la divinidad empezaron a producirse simétrica y ordenadamente. 77. Pues las causas antes de la formación del universo eran dos y la tercera fue la creación, pero no claras y distintas, sino tan sólo a grandes trazos y confusas. Pero una vez que se fundó el mundo, también ellas adquirieron un orden.

De todos los cuerpos existentes se originó el cielo. Opina Platón que la divinidad, como el alma, es incorpórea. Pues así existe sin admitir en absoluto la corrupción y el padecimiento. Admite que las ideas, como ya se ha dicho, son causas definidas y principios para que las cosas constituidas en el mundo de la naturaleza sean como son ahora.

78. Acerca de los bienes y los males decía lo siguiente: la finalidad de la vida es el asemejarse a la divinidad. La virtud es autosuficiente para la felicidad. Pero necesita como instrumentos las excelencias del cuerpo: vigor, salud, buena sensibilidad, y las disposiciones semejantes. Y también de los recursos exteriores: por ejemplo, riqueza, nobleza y fama. Pero en nada será menos feliz el sabio si le faltan estas cosas. Participará en la política, se casará y no transgredirá las leyes establecidas. Según las circunstancias también dará leyes a su patria, a no ser que vea completamente aconsejable la abstención en esos asuntos por la extremada corrupción del pueblo. 79. Cree que los dioses velan sobre los asuntos humanos y que hay démones. Fue el primero en expresar la noción de lo bello que incluye la de lo elogiable, racional, útil, decente y armonioso. Todo lo cual está ligado a lo adecuado y acorde con la naturaleza.

También trató en los diálogos sobre la corrección de los nombres. De tal manera que fue el primero en sistematizar la ciencia del preguntar y responder correctamente usando el procedimiento con abundancia. En sus diálogos concebía la justicia como la ley de dios que incita con sumo rigor a practicar lo justo, a fin de no pagar las correspondientes pe-

nas incluso tras la muerte como malhechores. 80. Por eso para algunos se mostró demasiado indulgente con los mitos en sus escritos, al introducir las narraciones de ese tipo acerca de las cosas de carácter oscuro que habría después de la muerte, para que se apartaran de las acciones injustas. Y éstas son las opiniones que mantenía.

Distinguía, dice Aristóteles, los asuntos del modo siguiente: de los bienes unos son del alma, otros del cuerpo y otros externos. Por ejemplo, la justicia, la prudencia, el valor, la inteligencia y las cosas por el estilo residen en el alma. En cambio, la belleza, la buena constitución, la salud y el vigor están en el cuerpo. Y los amigos, la felicidad de la patria y la riqueza están en lo externo.

81. Los bienes, por lo tanto, son de tres tipos: los del alma, los del cuerpo, los externos. Tres son los tipos de la amistad: la natural, la social y la hospitalaria. Llamamos, pues, natural a la que tienen los padres hacia los hijos y los parientes entre sí. Ésta la heredan también los demás animales. Llamamos social la que deriva del trato y que no tiene que ver con la familia, como, por ejemplo, la que hubo entre Pílades y Orestes. La amistad hospitalaria nace del apoyo mutuo y de las cartas de recomendación en el caso de los extraños. De la amistad hay, por tanto, la natural, la social y la hospitalaria. Algunos añaden un cuarto tipo: la amorosa.

82. En cuanto al régimen político, hay cinco tipos: uno es, desde luego, el democrático, otro el aristocrático, el tercero el oligárquico, el cuarto el monárquico, el quinto el tiránico. Desde luego el democrático es aquel en el que en las ciudades manda el pueblo y elige por sí mismo los magistrados y las leyes. Hay aristocracia cuando no gobiernan ni los ricos ni los pobres ni tampoco los nobles, sino que los mejores están al frente del gobierno cívico. Hay oligarquía cuando los magistrados son elegidos a partir de sus rentas. Pues son menos los ricos que los pobres. La monarquía puede ser según la ley, y según el linaje. Así pues, la que hay en Cartago

es según una ley; pues puede comprarse. 83. En cambio, las de Lacedemonia y Macedonia son basadas en un linaje; pues la monarquía se hereda dentro de una familia. Tiranía es el régimen en el que uno ejerce el poder por medio de engaño o de violencia. El régimen político, por tanto, es una democracia, una aristocracia, una oligarquía, una monarquía o una tiranía.

Hay tres formas de justicia: una, en efecto, está referida a los dioses, otra a los humanos y otra a los difuntos. Así, los que hacen sacrificios de acuerdo con las leyes y se cuidan de los templos es evidente que practican la piedad hacia los dioses. Los que devuelven los préstamos y depósitos obran justamente con los hombres. Y los que veneran los monumentos fúnebres son justos para con los desaparecidos. Por tanto hay una justicia hacia los dioses, otra hacia los hombres y otra hacia los difuntos.

84. Hay tres tipos de ciencia: el uno es práctico, el otro productivo y el otro teorético. La arquitectura y la construcción naval son ciencias productivas, ya que se puede ver el objeto producido por ellas. La política, la aulética, la citarística y las semejantes son prácticas, pues no se puede ver nada suelto fabricado por ellas, sino que consisten en una acción. Si uno toca el *aulós* y la cítara, el otro actúa en política. La geometría, la armónica y la astronomía son ciencias teoréticas, pues ni consisten en prácticas ni fabrican nada. Sino que el geómetra observa cómo las líneas se relacionan entre sí, y el armónico considera los sonidos, mientras que el astrónomo observa los astros y el universo. De las ciencias, por tanto, unas son teoréticas, otras prácticas y otras productivas.

85. En la medicina hay cinco especies: la farmacéutica, la cirugía, la dietética, la diagnóstica y la de prontos auxilios. La farmacéutica cura las enfermedades mediante fármacos, la cirugía mediante la acción de cortar y quemar restituye la salud, la dietética mediante el someter a una dieta rechaza

los procesos enfermizos, la medicina con diagnóstico actúa mediante el conocimiento de la enfermedad y la de prontos auxilios con el socorrer de inmediato calma el dolor. Por tanto la medicina se divide en farmacéutica, cirugía, dietética, diagnóstica y de prontos auxilios.

86. La ley presenta dos especies: una forma de ella es la escrita, la otra es la no escrita. La que usamos en la vida ciudadana es la ley escrita. La que se aplica por costumbre, ésa es llamada ley no escrita. Por ejemplo, el precepto de no ir hacia el ágora desnudo ni ponerse vestidos de mujer. Eso no lo prohíbe ninguna ley; pero, sin embargo, no lo hacemos porque está vedado por la ley no escrita. De la ley, por tanto, hay dos variedades: la escrita y la no escrita.

El lenguaje se divide en cinco, uno de los cuales es el que los políticos utilizan en las asambleas, que se denomina «político». 87. Otra variedad del lenguaje es el que escriben los oradores y que emplean para una demostración, o para elogios o censuras o acusaciones. Este tipo es, por tanto, el retórico. La tercera variedad es la que utilizan los particulares para conversar unos con otros. Este tipo se califica como privado. Otra variedad del lenguaje es el que emplean para dialogar los que plantean breves preguntas y los que responden a las preguntas. Éste se denomina el lenguaje dialéctico. Una quinta variedad es el que utilizan los artesanos para conversar entre ellos de su técnica. Es el que se llama lenguaje técnico. Por tanto son cinco las variedades del lenguaje: el político, el retórico, el privado, el dialéctico y el técnico.

88. La música se divide en tres clases. Existe, pues, la que nace sólo de la boca, como el canto. En segundo lugar, la que se produce mediante la boca y las manos, como el canto con cítara. Y en tercer lugar, la que sólo nace de las manos, como el son de la cítara. De la música, por lo tanto, una es sólo de la boca, otra de la boca y de las manos y otra de las manos sólo.

La nobleza distingue hasta cuatro formas. Una, cuando los antepasados eran personas de bien y justas, los que han

nacido de ellos dicen que son nobles. Otra, cuando los antepasados fueron príncipes o magistrados, a sus descendientes los llaman nobles. Otra, cuando los antepasados fueron famosos, por ejemplo por un mando militar o por sus honores en los juegos. También a los nacidos de padres semejantes los calificamos de nobles. 89. Otra forma es si uno es generoso de espíritu y magnánimo. También éste es noble. Y ésta es la forma más grande de nobleza. Por tanto de la nobleza una viene de los antepasados distinguidos, otra de los poderosos, otra de los famosos y otra de la propia excelencia humana.

La belleza se divide en tres formas: una la de lo que suscita el elogio de por sí, como la bella prestancia de lo visible. Otra, la útil, como, por ejemplo, un instrumento, una casa y objetos semejantes son bellos en referencia a su uso. Y otra es la que se refiere a leyes y hábitos y cosas semejantes que son bellas por su provecho. Por lo tanto, de la belleza un tipo está en relación con el elogio, otro con el uso y otro con el provecho.

90. El alma se divide en tres. Pues una parte de ella es racional, otra apetitiva y la tercera irascible. De ellas la racional es la responsable del pensar, calcular, planear y de todos los demás actos semejantes. La parte apetitiva es la causante del desear comer y del ayuntarse y de todos los demás actos de ese tipo. La parte irascible es causa del tener valor y del gozarse y apenarse y enfurecerse. Del alma son partes lo racional, lo apetitivo y lo irascible.

De la virtud perfecta hay cuatro divisiones: una es la prudencia, otra la justicia, otra el valor y otra la templanza. 91. De ellas la prudencia es la causa del obrar rectamente en las acciones. La justicia, del actuar justamente en las sociedades y en los pactos. El valor, del lograr en los peligros y en los espantos no escapar, sino resistir firmes. La templanza, del dominar las pasiones y no esclavizarse a ningún placer, sino vivir ordenadamente. De la virtud, por lo tanto, son especies

una la prudencia, otra la justicia, otra la valentía y otra la templanza.

El poder se divide en cinco especies: hay el poder según ley, el según naturaleza, el según la costumbre, el cuarto es de acuerdo con el linaje y el quinto es por violencia. 92. Así pues, los que en las ciudades tienen el poder cuando han sido elegidos por los ciudadanos ejercen el poder según ley. De acuerdo con la naturaleza los machos, no sólo entre los humanos, sino también en los demás animales. Pues en gran medida y por doquier los machos mandan sobre las hembras. El poder de acuerdo con la costumbre es como el que ejercen los pedagogos sobre los niños y los maestros sobre los pupilos. El poder según linaje se dice del que es como el que tienen los reyes lacedemonios. Pues la realeza es por pertenecer a una cierta familia. También en Macedonia reinan según el mismo procedimiento. Pues también allí la realeza está implantada sobre el linaje. Otros mandan ejerciendo violencia o por engaños a sus conciudadanos forzados. De semejante poder se dice que es por violencia. Por tanto los tipos del poder son: el según la ley, el según lo natural, el según la costumbre, el según linaje, el derivado de la fuerza.

93. De la oratoria hay seis tipos. Pues cuando los oradores incitan a guerrear o a aliarse para combatir contra alguien, esa forma de oratoria se llama persuasión. Cuando aconsejan no guerrear o no aliarse para el combate, sino mantener la paz, ese tipo es disuasión. La tercera forma del discurso oratorio es cuando uno dice que ha sido dañado por alguien y lo denuncia como causante de muchos daños. Semejante discurso es llamado acusación. El cuarto tipo de la oratoria surge cuando uno expone que no ha delinquido en nada ni ha hecho nada extraño. A éste lo llaman discurso de defensa. 94. El quinto tipo de retórica es cuando uno habla bien de otro y lo muestra como hombre digno y noble. A este tipo se le llama encomio. El sexto tipo es cuando uno muestra a otro como mezquino y malo. A semejante discur-

so se le llama vituperio. Son clases del discurso oratorio el encomio, el vituperio, la persuasión, la disuasión, la acusación y la defensa (o apología).

El hablar correctamente se divide en cuatro: uno, lo que debe decirse; dos, cuánto ha de decirse; tres, a quiénes debe decirse; y cuarto, cuándo hay que decirlo. Así pues lo que debe decirse es lo que va a ser conveniente al que habla y al que escucha. El cuánto debe decirse es ni más ni menos que lo conveniente. 95. Lo de a quiénes debe hablarse (significa que), si uno habla a las personas de mayor edad, debe acompasar sus palabras como para personas de edad; y si habla a jóvenes, debe ajustarlas como para personas más jóvenes. Y cuándo debe hablar (quiere decir), ni antes ni después (que en el momento oportuno). De lo contrario, fracasará y no hablará correctamente.

La beneficencia se divide en cuatro aspectos: pues se hace con dineros, con un servicio personal o con los conocimientos o con palabras. Con dineros, en efecto, cuando uno socorre a un necesitado a subsistir en asuntos de dinero. Con ayuda corporal se hacen bien unos a otros cuando acuden a socorrer a los que son vapuleados. 96. Los educadores y los que practican la medicina y la enseñanza realizan un bien, y éstos son benefactores por sus conocimientos. Cuando se presenta ante un tribunal uno como abogado para otro y pronuncia un discurso conveniente en favor suyo, éste practica la beneficencia con la palabra. Por tanto de la beneficencia hay la que se practica mediante dinero, la de ayuda corporal, la de los conocimientos, y la cuarta mediante palabras o discursos.

Se distingue el fin de las cosas en cuatro sentidos. Uno, hay cosas que toman fin de acuerdo con una ley, cuando se propone un decreto y la ley lo confirma. Por naturaleza consiguen su fin otras cosas, el día, el año y las estaciones. De acuerdo con la técnica alcanzan su fin otras, como la construcción de casas, así uno concluye una casa; y también la

construcción naval, pues se acaba un barco. 97. Por casualidad les llega el fin a algunos asuntos, cuando concluyen de modo diverso a como uno sospechaba. Conque el fin de las cosas es uno según ley, otro según naturaleza, otro según técnica y el otro según el azar.

La capacidad (o potencia) se divide en cuatro clases. Una, la que podemos con el pensamiento: calcular y opinar de antemano. Otra, lo que podemos con el cuerpo, como marchar, dar, tomar y acciones semejantes. Tercera, lo que podemos con un montón de soldados o de riquezas; por eso se dice que un rey tiene mucha potencia (poder). La cuarta variedad de la capacidad es la de sufrir y hacer, bien o mal. Así somos capaces de enfermar o de ser educados y de estar sanos y todo lo semejante. Por tanto de la potencia, una es la de la inteligencia, otra la del cuerpo, otra la del ejército y las riquezas y otra la del hacer y sufrir.

98. Tres son las variedades de la filantropía. Una es aquella que se realiza mediante el saludo, como en los casos en que unos dirigen sus palabras a cualquiera que encuentran y dándole la mano intercambian sus saludos. Otra forma, cuando uno va en socorro de cualquiera que está en el infortunio. Y otra forma de la filantropía hay en el modo en el que algunos son aficionados a dar convites. De la filantropía, por lo tanto, una consiste en el intercambiar saludos, otra en el obrar benéficamente y otra en convidar a comer y promover las reuniones sociales.

La felicidad se divide en cinco partes. Una es, en efecto, el buen consejo; otra, la integridad de sentidos y la salud del cuerpo; la tercera, el éxito en los asuntos propios; la cuarta, el renombre entre la gente; la quinta, la abundancia de riquezas y de las cosas útiles para la vida. 99. El buen consejo se origina en la buena educación y en el llegar a ser experto en muchos temas. La sensibilidad perfecta procede de las partes del cuerpo, por ejemplo cuando uno ve con sus ojos y oye con sus oídos y percibe con el olfato y con la boca lo que

debe sentir. Eso es, desde luego, la integridad del sentir. El buen éxito cuando realiza con buen fin aquello que pretende y lo que debe realizar la persona de bien. La buena fama es cuando sabe que se habla bien de él. La abundancia de medios existe cuando uno en las empresas de su vida posee suficiente como para hacer bien a sus amigos y para cumplir honrosa y generosamente las tareas encomendadas por la colectividad. Quien tiene a su alcance todo esto, ése es un hombre completamente feliz. A la felicidad, por tanto, le pertenecen el buen consejo, la integridad de sentidos y la salud del cuerpo, la buena fortuna, la buena fama y la abundancia de recursos.

100. Las artes se dividen en tres: hay una primera especie, una segunda y una tercera. La primera, en efecto, es la de la minería y la tala de maderas, que son técnicas preparatorias. Otra especie es la del arte del herrero y del carpintero, transformativa. Pues del hierro la metalurgia hace armas e instrumentos, y la carpintería hace de las maderas flautas y liras. Otra arte es la utilitaria, por ejemplo la hípica que utiliza los frenos, la guerrera las armas, la musical las flautas y la lira. En las artes, por tanto, hay tres tipos: el primero, el segundo y ese otro tercero.

101. El bien se divide en cuatro especies. Una de éstas se da cuando decimos que el que posee la virtud es individualmente bueno. Otra es cuando decimos que la virtud y la justicia son algo bueno. Una tercera, cuando se aplica a alimentos, ejercicios convenientes y a medicamentos. La cuarta, cuando decimos que es bueno algo, como el arte de tocar la flauta, el arte del actor y cosas por el estilo. Por tanto hay cuatro tipos de bondad. Uno es el tener la virtud, otro la virtud misma, el tercero los alimentos, ejercicios gimnásticos y cosas semejantes. Y en cuarto lugar decimos que el arte de tocar la flauta, el arte del actor y la poesía son algo bueno.

102. De las cosas que existen unas son buenas, otras malas y otras neutras. De esas cosas decimos que malas son esas

que pueden siempre causar daño, como la falta de juicio, la insensatez, la injusticia y los vicios semejantes. Las contrarias a éstas son buenas. Y las que en ocasiones pueden beneficiar y otras dañar –como el pasear y el estar echado y el comer–, o en general ni son capaces de beneficiar ni dañar, éstas, pues, ni son buenas ni malas. Por tanto, de lo que existe hay unas cosas buenas, otras malas y otras que son neutras, ni lo uno ni lo otro.

103. El buen orden se distingue en tres aspectos. Uno, cuando las leyes son dignas, decimos que hay buen ordenamiento. Segundo, cuando los ciudadanos se mantienen fieles a las leyes tradicionales, también a esto lo llamamos buen orden. En tercer lugar, aun cuando no existen leyes según la tradición, pero los ciudadanos gobiernan sus hábitos de manera saludable, también a esto le damos el calificativo de buen orden. Por consiguiente, los tipos del buen orden son: uno, que hay leyes apropiadas; dos, que se mantienen según las leyes existentes; y tercero, si se vive políticamente con hábitos y disposiciones útiles.

El desorden político se divide en tres tipos. El primero de ellos es el caso en el que existen leyes perversas tanto para los extranjeros como para los ciudadanos. 104. El segundo, cuando los ciudadanos no obedecen a las leyes en vigor. Y el otro, en caso de que no haya en general ninguna ley. Por tanto, del desorden legal un caso es el que haya leyes perversas; otro, que no se obedezcan las leyes; y el tercero, que no haya ninguna ley.

En los contrarios se distinguen tres clases. Por ejemplo, decimos que los bienes son contrarios a los males, así la justicia a la injusticia, y la cordura a la insensatez, y ejemplos parecidos. Pero hay males contrarios a males, como, por ejemplo, el despilfarro a la tacañería, y el ser torturado injustamente al ser torturado justamente. En tales casos hay males contrarios a otros males. Y lo pesado es contrario a lo ligero, lo rápido a lo lento, lo blanco a lo negro, si bien son

neutros frente a neutros. 105. De los contrarios, por tanto, unos son contrarios como los bienes frente a los males. Otros como males frente a males. Y otros como neutros frente a neutros.

De los bienes hay tres clases. Porque los unos pueden poseerse, los otros son objeto de participación y los otros son existentes. Así que los que son posesiones son cuantos pueden tenerse, como la justicia y la salud. Son participables cuantos no se pueden tener, pero se admite participar en ellos. Por ejemplo, el bien en sí no puede tenerse, pero es posible participar de él. Son existentes todos aquellos que no se admite que puedan tenerse ni participar en ellos, pero es necesario que existan. Por ejemplo, el ser virtuoso y justo es un bien. Y esto no es posible que se tenga ni se comparta, pero es necesario que exista. De los bienes, por tanto, unos son posesiones, otros, participaciones, otros, existentes.

106. El buen consejo admite tres instancias. Pues hay uno que se toma a partir de los tiempos pasados, otro referente a los casos futuros y otro de las circunstancias presentes. Así pues, los ejemplos proceden de los casos pasados, como, por ejemplo, qué sufrieron los lacedemonios por ser confiados. Otros, de las circunstancias presentes, por ejemplo, indicar muros débiles, hombres cobardes, comida escasa. Otros de lo futuro, por ejemplo, no tratar injustamente a los embajadores por sospechas, a fin de que Grecia no quede infamada. Por tanto, el buen consejo en unos casos deriva de los ejemplos pasados, en otros del presente y en otros del futuro.

107. La voz se divide en dos tipos. Uno es la animada, otro la inanimada. Animada es la voz de los seres vivos, inanimada, la de los ruidos y los ecos. De la voz animada una variedad es articulada, y otra inarticulada. Articulada es la de los humanos, inarticulada la de los animales. Por tanto, en la voz la hay animada e inanimada.

De lo existente unas cosas son divisibles en partes, otras, indivisibles. De las divisibles las unas lo son en partes homo-

géneas, las otras, en partes desiguales. Indivisibles, en efecto, son todas aquellas que no admiten división ni están compuestas de algo, como la unidad, el punto y el sonido. Divisibles son las que están compuestas por algo, como las sílabas, los acordes musicales, los seres vivos y el agua y el oro. 108. Divisibles homogéneamente las que están compuestas de partes iguales y que en nada se diferencia el todo de la parte de no ser en cantidad, como el agua, y el oro, y todo lo que se funde y lo demás de esta clase. Divisible desigualmente todo lo que está compuesto de partes desiguales, como una casa y las cosas así. De las cosas existentes, por lo tanto, unas son divisibles y otras indivisibles. De las divisibles, las unas se descomponen en partes iguales, y otras en partes desiguales.

De las cosas existentes unas son por sí mismas, las otras se llaman relativas. Así pues, las que se dice que son por sí mismas son las que no necesitan nada en su explicación. Ejemplos de ellas pueden ser un hombre, un caballo y los demás animales. 109. Pues ninguno de estos seres necesita (para ser entendido) de explicación. Las cosas relativas son todas las que necesitan de alguna explicación, como, por ejemplo, lo mayor que algo, y lo más rápido que algo y lo más bello y lo demás por el estilo. Pues lo mayor es mayor que lo menor, y lo más rápido es más rápido que algo diferente. Por lo tanto, de las cosas se dice que unas son de por sí, y otras son en relación a algo. Así distinguía (Platón) también las cosas primarias, según Aristóteles.

Hubo también otro Platón, un filósofo de Rodas, discípulo de Panecio, según dice Seleuco el gramático en el primer libro de *Sobre la filosofía*. Y otro, un peripatético, discípulo de Aristóteles. Y otro, discípulo de Praxífanes. Y otro, el poeta de la Comedia Antigua.

LIBRO IV

Espeusipo (*c.* 407-339 a.C.)

1. Esto es todo lo que nos fue posible recoger acerca de Platón, tras haber examinado afanosamente lo transmitido acerca de su persona. Le sucedió Espeusipo, hijo de Eurimedonte, ateniense, y del demo de Mirrinunte, hijo de su hermana, de Potona. Y estuvo al frente de la escuela durante ocho años, comenzando en la Olimpiada ciento ocho[1]. Erigió las estatuas de las Gracias en el santuario de las Musas construido por Platón en la Academia. Y permaneció firme en los mismos principios de Platón. Sin embargo en su carácter no mantuvo tal fidelidad. Porque, en efecto, era pronto a la ira y cedía a los placeres. Cuentan, pues, que en un momento de furor arrojó a su perrito a un pozo y que acudió a Macedonia a la boda de Casandro por su propio placer.

2. Se decía que también acudían a sus lecciones las discípulas de Platón, Lastenia de Mantinea y Axiótea de Fliunte. De ahí que Dionisio, en una carta, le comenta sarcásticamente:

1. 348-344 a.C.

Hasta por tu discípula de Arcadia es posible colegir tu sabiduría. Mientras que Platón dejaba libres de pagos a quienes frecuentaban su escuela, tú impones un tributo y lo tomas tanto de los que quieren como de los que no quieren.

Él fue el primero, según dice Diodoro en el libro primero de sus *Recuerdos*, que advirtió la base común en todas las enseñanzas y las relacionó unas con otras en todo lo posible.

También fue el primero en divulgar los llamados secretos del arte de Isócrates, según dice Ceneo. 3. Y fue el primero en inventar el procedimiento con el que los haces de leños se hacen fáciles de transportar.

Ya tenía su cuerpo impedido por la parálisis cuando envió a buscar a Jenócrates invitándolo a acudir y a tomar a su cargo la dirección de la escuela. Cuentan que una vez que lo llevaban a la Academia en un carrito se encontró con Diógenes y le saludó: «¡Que te vaya bien!». Y el otro contestó: «Pero no a ti, que soportas vivir en tales condiciones». Conque al final por desánimo, siendo viejo ya, abandonó la vida por propia voluntad. Tenemos estos versos sobre él:

De no haber sabido que Espeusipo murió de tal manera
nadie me habría persuadido a decir lo siguiente.
Que no era próximo a Platón por la sangre. Pues no había [muerto
desesperado por algo en definitiva tan pequeño»[2].

4. Plutarco cuenta en la *Vida de Lisandro y de Sila* que él murió infectado por piojos. Estaba ya con el cuerpo consumido, según dice Timoteo en su *Acerca de biografías* (o *Sobre vidas)*. Él, dice, a un rico que estaba enamorado de una fea le dijo: «¿Qué necesidad tienes de ésa? Yo, por diez talentos, te encontraré una más guapa».

2. *Ant. Pal.* VII 101.

Dejó muchísimos escritos de memorias y aún más diálogos, entre los que están los siguientes:

A Aristipo de Cirene, Sobre la riqueza (1 libro), *Sobre el placer* (1), *Sobre la justicia* (1), *Sobre la filosofía* (1), *Sobre la amistad* (1), *Sobre los dioses* (1), *Filósofo* (1), *Contra Céfalo* (1), *Céfalo* (1), *Clinómaco o Lisias* (1), *Sobre el alma* (1), *Contra Grilo* (1), 5. *Aristipo* (1), *Crítica de las ciencias y técnicas* (1), *Diálogos recordatorios, Técnico* (1), *Diálogos sobre las semejanzas en la ciencia* (10 libros), *Divisiones e hipótesis en torno a las semejanzas, Sobre géneros y especies ejemplares, Contra el «Sin testigos», Elogio de Platón, Tres cartas a Dión, Dionisio y Filipo, Sobre legislación, Matemático, Mandróbolo, Lisias, Definiciones, Ordenaciones de recuerdos.*

En total son cuarenta y tres mil cuatrocientas setenta y cinco líneas. A él le dedica Timónides sus *Historias*, en las que refirió los hechos de Dión (y de Bión). Cuenta además Favorino en el segundo libro de sus *Recuerdos* que Aristóteles compró sus libros por tres talentos.

Hubo también otro Espeusipo, un médico alejandrino de la escuela de Herófilo.

Jenócrates (396-314 a.C.)

6. Jenócrates, hijo de Agatenor, era de Calcedonia. Desde joven él había sido discípulo de Platón, e incluso viajó en su compañía a Sicilia. Era tardo por naturaleza, de manera que Platón decía, al contrastarlo con Aristóteles, que «el uno necesitaba la espuela, y el otro el freno», y «qué asno entreno para enfrentarlo a qué caballo». Por lo demás, Jenócrates era serio y de aspecto siempre adusto, de modo que Platón le decía continuamente: «Jenócrates, sacrifica a las Gracias».

Pasaba la mayor parte del tiempo en la Academia, y si alguna vez tenía que ir a la ciudad, cuentan que todos los alborotadores y los porteros chillones se retiraban a su paso.

7. Y en cierta ocasión también la cortesana Friné quiso tentarlo y como si fuera perseguida por algunos se refugió en su pequeña habitación. Él la acogió por humanidad y, a sus ruegos, le permitió compartir su cama, del único y estrecho lecho que allí había. Y al fin, después de muchos intentos vanos, ella se levantó sin lograr nada, y decía a los que le preguntaban que no había dejado atrás un hombre, sino una estatua.

Algunos dicen que sus discípulos acostaron a su lado a Lais, pero que tenía tal autodominio que habría soportado igualmente tanto cortes como cauterios en torno al sexo. Era además en extremo digno de confianza, hasta el punto de que, no siendo lícito prestar testimonio sin juramento, a él sólo se lo permitían los atenienses.

8. Fue además extraordinariamente autosuficiente. Habiéndole enviado Alejandro una vez un montón de dinero, tomó tres mil dracmas áticas y le devolvió el resto, diciéndole que más lo había de necesitar él, que alimentaba a más gente.

Por otro lado no aceptó la suma enviada por Antípatro, según dice Mironiano en su *Paralelos*. Y tras haber obtenido una corona de oro en un certamen de bebida en la fiesta de los Choes en el recinto de Dioniso, la depositó al salir al pie de la estatua de Hermes, donde acostumbraba a dejar coronas de flores.

Se contaba que fue enviado como embajador ante Filipo, junto con otros. Entonces los demás, que se dejaron ablandar con regalos, aceptaron las invitaciones y fueron a charlar con Filipo. Él no hizo ni lo uno ni lo otro. Pues tampoco Filipo se le acercó para ello. 9. Así que al regresar los embajadores a Atenas dijeron que Jenócrates los había acompañado en vano. Y los atenienses estaban dispuestos a castigarlo con multa. Pero una vez que supieron por él que «ahora aún más tenéis que preocuparos por la ciudad; pues de éstos ya sabía Filipo que cederían ante sus regalos, pero que a mí no me atraería con ninguna razón», cuentan que le honraron doblemente.

Así que Filipo dijo después que Jenócrates fue el único de los que llegaron hasta él que volvió sin ser sobornado.

En otra ocasión, yendo como embajador ante Antípatro para tratar de los prisioneros atenienses en la guerra Lamíaca[3], fue invitado al banquete y llegó ante él citando estos versos:

Oh Circe, ¿qué hombre, de recto entendimiento,
se decidirá a gustar la comida y la bebida
antes de rescatar a sus compañeros y verlos con sus ojos?[4].

Y el rey, admirando la oportunidad de la cita, los liberó enseguida.

10. Una vez que un pajarillo perseguido por un halcón se refugió en los pliegues de su manto, lo acarició y lo soltó, diciendo que no hay que traicionar al suplicante.

Siendo objeto de las burlas de Bión dijo que no iba a responderle, pues tampoco la tragedia, al ser mofada por la comedia, considera apropiada la respuesta.

A uno que no había aprendido ni música ni geometría ni astronomía, y quería tratar con él, le dijo: «Márchate, que no tienes agarraderas para la filosofía». Otros dicen que dijo: «En mi casa no se esquila lana».

11. Al decirle Dionisio a Platón que le iba a cortar el cuello, respondió él, que se encontraba presente, señalando el suyo: «Nadie tocará ése antes que éste». Cuentan que una vez que llegó Antípatro a Atenas y le saludó, no le respondió antes de concluir el discurso que estaba pronunciando.

Era un hombre sin la menor vanidad y a menudo durante el día meditaba consigo mismo, y durante una hora diaria, dicen, permanecía en silencio.

Dejó muchísimos escritos, y poemas y discursos de exhortación, que son los siguientes:

3. 322 a.C.
4. *Odisea* X 383-385.

Sobre la naturaleza (seis libros), *Sobre la sabiduría* (seis libros), *Sobre la riqueza* (uno), *El Árcade* (uno), *Sobre lo indefinido* (uno), 12. *Sobre el niño* (uno), *Sobre la continencia* (uno), *Sobre lo útil* (uno), *Sobre lo libre* (uno), *Sobre la muerte* (uno), *Sobre lo voluntario* (uno), *Sobre la amistad* (dos), *Sobre la equidad* (uno), *Sobre lo contrario* (dos), *Sobre la felicidad* (dos), *Sobre la escritura* (uno), *Sobre la memoria* (uno), *Sobre lo falso* (uno), *Calicles* (uno), *Sobre la prudencia* (dos), *Económico* (uno), *Sobre la templanza* (uno), *Sobre el poder de la ley* (uno), *Sobre el régimen de gobierno* (uno), *Sobre la santidad* (uno), *Que la virtud puede enseñarse* (uno), *Sobre el ente* (uno), *Sobre el destino* (uno), *Sobre las pasiones* (uno), *Sobre vidas* (uno), *Sobre la concordia* (uno), *Sobre los discípulos* (dos), *Sobre la justicia* (uno), *Sobre la virtud* (dos), *Sobre las formas* (uno), *Sobre el placer* (dos), *Sobre la vida* (uno), *Sobre el valor* (uno), *Sobre la unidad* (uno), *Sobre las ideas* (uno), 13. *Sobre el arte* (uno), *Sobre los dioses* (dos), *Sobre el alma* (dos), *Sobre la ciencia* (uno), *Político* (uno), *Sobre el hábito científico* (uno), *Sobre la filosofía* (uno), *Sobre las obras de Parménides* (uno), *Arquedemo* o *sobre la virtud de la justicia* (uno), *Sobre el Bien* (uno), *De las cosas acerca del entendimiento* (ocho libros), *Solución de los problemas de lógica* (diez), *Lecturas de Física* (seis), *Sumario* (uno), *Sobre géneros y especies* (uno), *Temas pitagóricos* (uno), *Soluciones* (dos), *Divisiones* (ocho), *Tesis* (veinte libros, 30.000 líneas), *Estudio de la dialéctica* (catorce libros, 12.740 líneas).

Después de esto quedan quince libros y luego dieciséis acerca de los estudios *Sobre el estilo;* nueve libros de *Lógica;* seis libros de *Matemáticas;* otros dos libros de *Temas relativos al entendimiento;* cinco libros *Acerca de los geómetras;* uno de *Recuerdos;* uno de *Contrarios;* uno *Sobre los números;* uno de *Teoría de los números;* uno *Sobre las dimensiones;* seis libros *Sobre astronomía;* 14. *Principios elementales sobre la monarquía dedicados a Alejandro* (cuatro

libros); *A Aribas; A Hefestión; Sobre Geometría* (dos libros). En total 224.239 líneas.

A pesar de ser una persona de tal calidad los atenienses lo pusieron una vez a la venta (como esclavo), al no poder pagar la tasa de meteco. Entonces lo compró Demetrio de Falero y restituyó lo uno y lo otro: a Jenócrates la libertad y a los atenienses el tributo de meteco. Esto lo relata Mironiano de Amastris en el primer libro de sus *Capítulos de paralelos históricos.*

Sucedió a Espeusipo y dirigió la escuela durante veinticinco años, comenzando en el arcontado de Lisimáquides, en el segundo año de la Olimpiada ciento diez[5]. Murió al golpearse de noche con una tinaja, teniendo ya ochenta y dos años.

15. Sobre él decimos los versos siguientes:

Golpeándose la frente un día contra una tinaja de bronce
se abrió la cabeza y dio un fuerte grito, y murió luego,
Jenócrates que fue en todo y por doquier un hombre[6].

Hubo además otros seis Jenócrates: un táctico muy antiguo. Otro, que fue pariente y conciudadano del filósofo del que ahora hablamos; de él se conserva un discurso llamado «Arsinoético», escrito a la muerte de una Arsínoe. El cuarto fue un filósofo, que escribió una elegía sin mucho éxito. Es algo singular que los poetas que se lanzan a escribir en prosa lo consigan, mientras que los escritores en prosa que se aficionan a la poesía fracasen. De eso queda claro que lo uno es producto de la naturaleza, y lo otro de la técnica. El quinto fue un escultor. Y el sexto fue un compositor de canciones, según dice Aristóxeno.

5. 339-338 a.C.
6. *Ant. Pal.* VII 102.

Polemón (director de la Academia del 314 al 276 a.C.)

16. Polemón era hijo de Filóstrato, ateniense, del demo de Eea. De joven era tan intemperante y disoluto que acostumbraba a llevar consigo dinero para la satisfacción inmediata de sus deseos. Y además lo escondía en los rincones. Precisamente en la Academia junto a una columna se encontró una pieza de tres óbolos disimulada allí por él con un motivo semejante al que se ha dicho ahora.

Así que una vez, de acuerdo con otros jóvenes, irrumpió borracho y coronado festivamente en la escuela de Jenócrates. Pero éste, sin inmutarse nada, continuó su charla llanamente. Versaba sobre la templanza. Entonces el jovenzuelo, que lo escuchaba, se sintió captado poco a poco y llegó a ser tan amante del esfuerzo que sobrepasó a todos los demás y él le sucedió en la dirección de la escuela, a partir de la Olimpiada ciento dieciséis[7].

17. Dice Antígono de Caristo en sus *Vidas* que su padre era uno de los ciudadanos más notables y que criaba caballos para las carreras de carros. Y que Polemón tuvo un proceso por malos tratos por parte de su mujer, que lo acusaba de tener relaciones con jovencitos. Pero en cuanto comenzó a filosofar afirmó tanto su carácter que se mantuvo siempre en la misma compostura de dignidad formal. Pues hasta en su tono de voz era inalterable. Por esa razón quedó Crántor cautivado por él. Cuando un perro rabioso le desgarró un muslo, él ni tan sólo palideció, y, mientras que en la ciudad se producía un tumulto al enterarse la gente de lo sucedido, él permaneció sin alterarse.

En los espectáculos teatrales permanecía totalmente inconmovible. 18. En efecto, una vez que Nicóstrato, al que apodaban Clitemnestra, les leía un texto de un poeta, a él y a Crates, éste se emocionó profundamente, mientras él no

7. 316-312 a.C.

daba muestras de haber oído nada. En fin, era por entero tal como el tipo que describe Melantio el pintor en sus libros *Acerca de la pintura.* Pues dice que se debe imponer una cierta voluntad decidida y tensa en las imágenes, y de manera semejante también en los caracteres.

Solía decir Polemón que hay que ejercitarse en las acciones reales y no en las especulaciones teóricas, al modo de quien aprendiera algún manual sobre armonía y no lo practicara, de modo que podría alcanzarse así la admiración en un examen, pero luego en su disposición de ánimo uno combatiría consigo mismo.

Era, en efecto, persona natural y noble, evitando las expresiones que Aristófanes a propósito de Eurípides llama «avinagradas y cocidas en silfio» que, 19. como él mismo dice:

son meros melindres frente a un buen pedazo de carne[8].

Por lo demás, no respondía sentado en las discusiones, dicen, sino que trataba los temas paseando. Desde luego, su nobleza de carácter era respetada en la ciudad. Sin embargo se mantenía apartado habitando en el jardín (de la Academia), y los discípulos, construyéndose pequeñas cabañas se establecieron para vivir cerca del altar de las Musas y del aula de lecturas.

Acostumbraba, en efecto, Polemón a emular en todo a Jenócrates. Incluso afirma Aristipo en el libro cuarto de *Sobre la molicie de antaño* que fue amado de aquél.

Continuamente, pues, se estaba acordando de él, y había revestido la benevolencia, la sencillez y la gravedad del personaje, tan características de la armonía doria.

20. Era, además, gran admirador de Sófocles, y sobre todo por aquellos pasajes, donde según un autor cómico:

8. *Frag.* I 423 Kock.

parecía colaborar con él un perro moloso[9],

y donde era, según el verso de Frínico:

Ni mosto ni moscatel, sino vino de Pramnos[10].

Decía que Homero era el Sófocles épico, y Sófocles, el Homero trágico.

Murió ya viejo de consunción, dejando bastantes escritos. Tenemos el siguiente epigrama sobre él:

¿No escuchas? Hemos enterrado a Polemón, que aquí [derribó
una enfermedad, la terrible carga de los humanos.
Más bien no a Polemón, sino su cuerpo. Pues él en persona
ascendiendo a los astros dejó este pasto a la tierra[11].

Crates *(c.* 370-265 a.C.)

21. Crates, cuyo padre fue Antígenes, era ateniense, del demo de Tría. Fue, a un tiempo, alumno y amado de Polemón. Y luego heredó la dirección de la escuela. Y tanto se amaban uno a otro, que no sólo tuvieron los mismos afanes, sino que se asemejaron uno a otro casi hasta en el último suspiro, y a su muerte compartieron la misma tumba. Por eso Antágoras compuso para ambos el epigrama siguiente:

Cuenta, extranjero que por aquí cruzas, que bajo este [sepulcro
cubiertos, aquí yacen Crates, de divino aspecto, y Polemón,
hombres magnánimos en concordia, de cuyas bocas

9. *Frag. Adespota* 18 Kock.
10. *Frag.* I 387 Kock.
11. *Ant. Plan.* II 380.

divinas iban fluyendo los discursos sagrados,
y cuya vida pura, arraigada en inconmovibles principios,
se enderezaba por el inmortal sendero de la sabiduría[12].

22. De ahí, además, que Arcesilao, que se había trasladado desde la escuela de Teofrasto hasta la suya, decía que eran como unos dioses, o unas reliquias de los héroes de la Edad de Oro. No fueron amantes de lo popular, sino como aquel Dionisodoro, el flautista, del que cuentan que se enorgullecía de afirmar que nadie había oído ninguna de sus tonadas ni a bordo de una trirreme ni a la vera de una fuente, como pasaba con las de Ismenias. Dice Antígono que Crates tenía mesa común en casa de Crántor, y que ambos convivían armoniosamente con Arcesilao. Arcesilao compartía su residencia con Crántor; mientras que Polemón, junto a Crates, habitaban en casa de Lisicles, uno de sus conciudadanos. Era, pues, como ya se ha dicho, Crates el amado de Polemón, y Arcesilao el de Crántor.

23. Al morir Crates, según dice Apolodoro en el tercer libro de su *Cronología,* dejó libros propios, los unos de filosofía, otros sobre la comedia y otros de discursos pronunciados en la asamblea o en embajadas. Y además discípulos ilustres: entre ellos Arcesilao, del que hablaremos –pues éste asistió a sus lecciones–, y Bión de Borístenes, que luego fue apodado Teodoreo por la escuela a la que se adhirió, del que también hablaremos expresamente a continuación de Arcesilao.

Hubo diez Crates. El primero, el autor de la Comedia Antigua. El segundo, un orador de Tralles, discípulo de Isócrates. El tercero, un constructor de fosas que anduvo con Alejandro. El cuarto, el cínico, del que vamos a hablar. El quinto, un filósofo peripatético. El sexto, el académico del que hemos hablado. El séptimo, un gramático de Molos. El

12. *Ant. Pal.* VII 103.

octavo, uno que ha escrito obras de geometría. El noveno, un poeta autor de epigramas. El décimo, un filósofo de Tarso, también académico.

Crántor (*c.* 340-290 a.C.)

24. Crántor de Solos, que era admirado en su patria, partió hacia Atenas y asistió a las lecciones de Jenócrates, siendo compañero de escuela de Polemón. Dejó escritos de memorias, de unas treinta mil líneas, de las que algunos atribuyen una parte a Arcesilao.

Cuentan que al ser preguntado que por qué le había cautivado Polemón, respondió que porque jamás le había oído hablar con un tono de voz más alto ni más bajo. Al ponerse enfermo, se retiró al santuario de Asclepio y por allí paseaba. Los demás acudieron a él de todas partes, pensando que lo había hecho no por enfermedad, sino porque quería establecer allí su escuela.

Entre éstos estaba precisamente Arcesilao, que deseaba que le presentara a Polemón, a pesar de su relación amorosa, como diremos en el capítulo sobre Arcesilao. 25. Sin embargo, cuando recobró la salud, continuó asistiendo a las lecciones de Polemón, y por ello fue muy extraordinariamente admirado.

Se dice que dejó sus propiedades a Arcesilao, que eran de doce talentos. Al ser preguntado por él sobre dónde quería ser enterrado, dijo:

Es hermoso quedar albergado en los pliegues de la tierra patria[13].

13. *Frag. Adesp.* 281 Nauck.

Se cuenta que también escribió poemas y que, tras imponerles su sello, los depositó en su patria en el templo de Atenea. Sobre él dice así el poeta Teeteto:

Agradaba a los humanos, pero aún más agradaba a las [Musas
Crántor. Así que no llegó adelante en la vejez.
Tierra, acógele tú, muerto, a este hombre sagrado.
Que también ahí viva serena y plácidamente[14].

26. Admiraba Crántor entre todos especialmente a Homero y a Eurípides, diciendo que era trabajoso escribir a la par con acento trágico y conmovedor en el lenguaje cotidiano. Y citaba como ejemplo el verso sacado del *Belerofonte:*

¡Ay de mí! ¿Por qué ay de mí? Sufro, cierto, penas humanas[15].

Se atribuyen también al poeta Antágoras estos versos que fueron compuestos por Crántor sobre Eros:

En dudas está mi ánimo, puesto que es ambiguo tu [linaje,
sobre si te llamaré, Eros, el primero de los dioses de [vida eterna,
de todos aquellos a los que antaño tuvieron como hijos
Érebo y la Noche en los abismos bajo el amplio Océano,
27. o si te invocaré como hijo de la sagaz Cipris, o de Gea,
o de los Vientos. Tal eres tú que pasas tramando males
y bienes a los humanos. Tiene también tu cuerpo doble [naturaleza[16].

Era también hábil en inventar calificativos. Así pues, de un actor trágico dijo que tenía una voz no desbrozada por el

14. *Ant. Plan.* II 28.
15. *Eur. frag.* 300 Nauck.
16. *Ant. Plan.* III 60.

hacha y llena de cortezas. Y de cierto poeta dijo que sus versos estaban llenos de polilla. Y que las tesis de Teofrasto estaban escritas en una ostra. Se admira sobre todo su libro *Sobre la pena*. Falleció antes que Polemón y Crates, enfermo de hidropesía. Tenemos sobre él el poema siguiente:

Te sumergió también a ti, Crántor, la peor de las
[enfermedades,
y así descendiste al negro abismo de Plutón.
También allí estás feliz, pero privadas de tus palabras
quedaron la Academia y Solos, tu patria[17].

Arcesilao (*c.* 318-242 a.C.)

28. Arcesilao, hijo de Seutes o de Scites, según Apolodoro en el libro tercero de su *Cronología*, era de Pítana de Eolia. Éste es el que da inicio a la Academia Media, siendo el primero en suspender los juicios a causa de las contraposiciones de los argumentos. Fue el primero que trató de argüir en uno y otro sentido, y el primero en modificar el sistema heredado de Platón y lo hizo más destinado a la controversia por medio de preguntas y respuestas.

Llegó hasta Crántor del modo siguiente. Era el cuarto de sus hermanos; dos eran del mismo padre y dos de la misma madre. De los de la misma madre el mayor era Pílades, y de los del mismo padre, Méreas, que fue su tutor. 29. Asistió en un comienzo a las lecciones de Autólico el matemático, que era conciudadano suyo, antes de partir hacia Atenas, y con éste viajó a Sardes. Después asistió a las clases del músico Janto de Atenas, y después a las de Teofrasto. Luego se cambió a la Academia junto a Crántor. Pues, por un lado Méreas, el hermano que ya nombramos, le conducía a la re-

17. *Ant. Plan.* II 381.

tórica. Pero él sentía pasión por la filosofía, y Crántor, que se sentía atraído amorosamente por él, le preguntó citándole las palabras de la *Andrómeda* de Eurípides:

> Oh joven doncella, si te salvara ¿me quedarás agradecida?[18].

Y él contestó con el verso siguiente:

> Llévame, extranjero, tanto si me quieres de criada como de [esposa[19].

30. Desde entonces vivieron uno con otro. Entonces dicen que Teofrasto, amargado, comentó: «¡Qué muchacho tan bien dotado y hábil ha abandonado nuestro trato!». Efectivamente, siendo muy eficaz en las discusiones y amante de la escritura en gran medida, también se dedicó a la poesía. De él se transmite el epigrama dedicado a Átalo, que dice así:

> Pérgamo famosa no sólo por sus armas, sino también por [sus caballos,
> muchas veces es celebrada en la muy divina Pisa.
> Y si le es lícito a un mortal revelar el designio de Zeus,
> por aedos será en el futuro mucho más ensalzada[20].

Y también éste, dedicado a Menodoro, el amado de Éugamo, uno de sus camaradas de escuela:

31. «Lejos está Frigia; lejos, la sagrada Tiatira,
tu patria, oh Menodoro, hijo de Cádamo.
Pero hasta el indecible Aqueronte son iguales los [senderos,

18. *Frag.* 129 Nauck.
19. *Frag.* 132 Nauck.
20. *Ant. Plan.* III 56.

según dice el refrán, de donde quiera que se midan.
En tu honor este túmulo bien visible alzó Éugamo,
para quien tú fuiste más querido que muchos
[conciudadanos[21].

Sobre todos estimaba a Homero, del que normalmente antes de irse a dormir leía un fragmento, e incluso también por la mañana, diciendo que se iba a visitar a su amado siempre que quería leerlo.

De Píndaro decía que era estupendo para infundir sonoridad y procurar abundancia de nombres y verbos. Y en su juventud estudió el carácter de la poesía de Ión.

32. También asistió a las lecciones del geómetra Hipónico. Pero también se burló de éste, que en las demás cosas era perezoso y pronto al bostezo, y sólo adiestrado en su propia ciencia, diciendo que la geometría se le había entrado volando en la boca mientras bostezaba. Cuando éste comenzó a desvariar, lo recogió en su casa y le cuidó hasta que recobró su razón.

Al morir Crates obtuvo la jefatura de la escuela, tras haberse retirado en favor suyo un tal Socrátides.

A causa de suspender el juicio sobre todos los temas no escribió, dicen algunos, ni siquiera un libro. Otros dicen que fue sorprendido corrigiendo algunos escritos de Crántor, que dicen los unos que editó, y otros que quemó. Daba la impresión, desde luego, de admirar a Platón y había adquirido los libros de éste. 33. Pero también, según algunos, se sentía atraído por Pirrón y se atenía a la dialéctica y adoptaba los argumentos de la escuela de Eretria. Por eso justamente dijo de él Aristón:

Por delante Platón, por detrás Pirrón, y en medio Diodoro[22].

21. *Ant. Plan.* II 382.
22. Diógenes Laercio hace aquí una parodia de *Ilíada* VI 181: «por delante león, por detrás serpiente, y en medio cabra».

Y Timón dice a propósito suyo lo siguiente:

> Así que teniendo a Menedemo bajo el pecho como un [plomo,
> va a correr hacia Pirrón -carne todo él- o hacia Diodoro[23].

Y algo más tarde lo introduce a él mismo diciendo:

> Nadaré hasta Pirrón y hasta el tortuoso Diodoro[24].

Era sentencioso en extremo y conciso, y en la conversación preciso en definir los nombres, bastante irónico y sin trabas en sus expresiones. 34. Por eso en otra parte dice de él Timón:

> También combinaba inteligencia con taimados pullazos[25].

Así que a propósito de un jovencito que discutía con demasiado ímpetu, dijo:

> ¿No habrá quien le atice con otra canica?

A uno que mantenía un proceso por violación, como le dijera que una cosa no le parecía mayor que otra, le preguntó que si era lo mismo un chisme de diez dedos que de seis dedos. Había un tal Hemón, que era feo y que se creía guapo y andaba continuamente paseándose con vestidos de fiesta, que dijo que a él no le parecía bien que el sabio se enamorara, y le replicó: «¿Tampoco si aparece alguien tan bello como tú y si lleva unos vestidos tan monos?». En otra ocasión un tipo afeminado para tildarle de arrogante se dirigió a Arcesilao con el verso:

23. *Frag.* 31 Diels.
24. *Frag.* 32 Diels.
25. *Frag.* 33 Diels.

35. ¿Me es posible, reina, preguntarte o guardo silencio?[26].

Y él le contestó con la réplica:

¿Por qué áspera, y no en la forma acostumbrada, me hablas,
[mujer?[27].

Cuando un individuo innoble le daba la lata, le dijo:

Insoportables en el trato son los hijos de los esclavos[28].

A otro que charlaba mucho le dijo que no había tenido robusta ama de cría. A algunos ni siquiera les respondía. A un amante del estudio que era prestamista y le dijo que desconocía algo, le replicó:

Pues, en efecto, también la gallina ignora el efecto
de los embates del viento, hasta que descubre su producto[29].

Estos versos son del *Enómao* de Sófocles.

36. A un cierto dialéctico, discípulo de Alexino, que no era capaz de relatar con propiedad algunos razonamientos de Alexino, le relató la anécdota de lo que hizo Filóxeno con los fabricantes de ladrillos. Fue que aquél se los encontró cantando sus canciones mal y empezó a patear los ladrillos de ellos, diciéndoles: «Ya que vosotros estropeáis mis obras, así también lo hago yo con las vuestras». Se enfadaba, por cierto, con los que no habían emprendido a tiempo los estudios. Por algún hábito natural acostumbraba a usar en la charla la expresión «digo yo» y «no lo admitirá eso fulano», diciendo el nombre (de alguno).

26. *Frag. Ades.* 282 Nauck.
27. *Frag Ades.* 283 Nauck.
28. *Eur. frag.* 976 Nauck.
29. *Frag.* 436 Nauck.

Esto lo imitaban muchos de sus discípulos, como también su modo de hablar y todo su estilo.

37. Era habilísimo en dar la respuesta oportuna y en reconducir a su objetivo de partida el curso de las conversaciones y en reajustarlo en toda ocasión. Era persuasivo más que cualquier otro. Por eso precisamente muchos acudían a sus lecciones en la escuela aunque temerosos de su agudeza. Pero lo soportaban de buen grado, pues era además muy buena persona y sugería esperanzas a sus oyentes. En la vida corriente era generosísimo y muy dispuesto a hacer beneficios y modestísimo al olvidar el agradecimiento. Así por ejemplo, visitando una vez a Ctesibio, que estaba enfermo, y viéndole apurado por su pobreza, le dejó a escondidas una bolsa bajo la almohada. Al encontrarla él, comentó: «De Arcesilao es esta broma». Y en otra ocasión le envió mil dracmas.

38. Al recomendarle a Éumenes a Arquias el arcadio posibilitó que éste alcanzara una gran dignidad. Siendo liberal y muy desprendido con el dinero, era el primero en acudir a las conferencias con entradas de pago, así que se afanó más que nadie en acudir a las de Arquécrates y Calícrates, que costaban una pieza de oro. A muchos socorría y contribuía en colectas en su favor. Incluso cuando en cierta ocasión uno tomó su vajilla de plata para recibir a unos amigos y no se la devolvió, él ni se la reclamó ni se dio por enterado. Otros dicen que se la prestó a propósito y que, al devolvérsela, se la regaló, porque el otro era pobre. Tenía, desde luego, su hacienda en Pítana, de la que su hermano Pílades le enviaba beneficios. Pero además le regaló importantes sumas Éumenes, el hijo de Filetero. Por eso a él solo entre los reyes de su tiempo le dedicó sus trabajos.

39. Aun cuando muchos cortejaban a Antígono y se apresuraban en salir a su encuentro cuando llegaba a Atenas, él se mantenía tranquilo, sin intención de acceder a su conocimiento con prisas.

Era especialmente amigo de Hierocles, el jefe de la guarnición de Muniquia y el Pireo. Y en las fiestas acudía a visitarle cada vez. Pues bien, aunque éste le insistió mucho para que fuera a abrazar a Antígono, no logró persuadirle; tan sólo una vez llegó hasta las puertas (de su palacio) y se volvió. Cuando tras su victoria naval muchos acudieron a él y le enviaron cartas de felicitación, él guardó su silencio. Sin embargo, en favor de su patria, fue como embajador a Demetríade a la corte de Antígono y no tuvo éxito. Luego pasaba todo su tiempo en la Academia, dejando de lado la política.

40. En cierta ocasión también en Atenas, en el Pireo, se demoró discutiendo ciertos temas, por afecto familiar hacia Hierocles, y también por eso le censuraron algunos. Era muy amigo del gasto –¿qué otra cosa sino como un segundo Aristipo?– y de acudir a banquetes con gentes del mismo carácter. Y *desde luego entonces acudía*. Convivía manifiestamente con Teodota y con Fila, las cortesanas de Elea, y a quienes se lo censuraban les citaba los dichos de Aristipo. Era amante de los muchachos y se dejaba seducir. Por eso le acusaban los estoicos del círculo de Aristón de Quíos llamándole «corruptor de la juventud», «maestro maricón» y «sinvergüenza».

41. En efecto, se cuenta que estuvo enamorado al máximo de Demetrio, el que navegó hacia Cirene, y de Cleócares de Mirlea. Sobre éste se cuenta que al grupo de juerguistas (que acudió a su puerta) les dijo: «Yo quisiera abriros, pero Cleócares no me deja». A éste lo amaban también Demócares, hijo de Laques, y Pítocles, hijo de Bugelo, a quienes encontró con él y les dijo que se lo permitía por su tolerancia. Por estos motivos, pues, le atacaban los antedichos y lo befaban como «amigo de la plebe» y «vanidoso».

De modo extraordinario le hacían reproches los secuaces de Jerónimo el Peripatético, cada vez que convocaba a sus amigos para el cumpleaños de Halciones, el hijo de Antígo-

no, un día en el que acostumbraba Antígono enviar abundantes dineros para la fiesta. 42. En tales ocasiones él declinaba siempre las discusiones según pasaban las copas, y como Aridices le propusiera cierto tema y le rogara que se pronunciara sobre él, replicó:

Pero justamente eso mismo es lo propio de la filosofía: el conocer el momento oportuno de cada cosa.

En cuanto al reproche contra él como «amigo del populacho», dice Timón, entre otras cosas, en especial lo siguiente:

Diciendo así se sumergió en la ronda del populacho.
Ellos le observaban como a un monstruo, como gorriones
[en torno a la lechuza,
señalándole como a un fantoche porque era adulador de la
[turba.
¡No es gran cosa, desgraciado! ¿Por qué te ufanas, como un
[necio?[30].

Pero no era así, sino tan modesto que aconsejaba a sus discípulos que escucharan también a otros filósofos. Incluso a un cierto joven de Quíos que no se encontraba a gusto en su compañía y prefería la del citado Jerónimo, él mismo lo condujo fuera y se lo recomendó al filósofo, aconsejándole que se portara bien.

43. Otro comentario gracioso suyo que se cuenta es éste. A uno que le preguntó que por qué de los otros filósofos algunos desertaban hacia la escuela de Epicuro, pero de los de Epicuro jamás, respondió:

De los hombres, desde luego, pueden salir eunucos, pero de los eunucos no salen hombres.

30. *Frag.* 34 Diels.

Al final, encontrándose cerca de su muerte, dejó todos sus bienes a su hermano Pílades, porque a escondidas de Méreas le había llevado a Quíos y desde allí lo condujo a Atenas. En el transcurso de su vida ni tomó esposa ni engendró hijos.

Redactó tres testamentos y depositó uno en Eretria, a los cuidados de Anfícrito, otro en Atenas a cargo de algunos de sus amigos y el tercero lo envió a su patria, a Taumasias, uno de sus parientes próximos, considerando que lo custodiaría. A éste le escribió las siguientes palabras:

«Arcesilao saluda a Taumasias:

44. »He dado a Diógenes mis últimas disposiciones para que te las transmita. Pues con motivo de andar enfermo a menudo y tener el cuerpo con debilidad me pareció bien redactar mi testamento, a fin de que si sucediera algo repentino, no me despida portándome injustamente contigo, que con tanta generosidad te portaste como amigo conmigo. Además eres para mí la persona más digna de confianza de todos los de aquí para conservar estas instrucciones por tu edad y por tu familiaridad conmigo. Trata pues, recordando que deposito en ti mi más firme confianza, de ser justo conmigo, de manera que en cuanto de ti dependa mis asuntos queden administrados honorablemente. Copias de estas disposiciones quedan depositadas en Atenas en casa de algunos familiares y en Eretria en casa de Anfícrito».

Murió, según refiere Hermipo, habiendo ingerido mucho vino puro y delirando, cuando andaba ya en su año setenta y cinco, honrado en Atenas como nadie.

45. Éstos son nuestros versos sobre él:

Arcesilao, ¿por qué sin ningún reparo te trasegaste
tanto vino puro, que quedaste fuera de tus cabales?

Te compadezco no tanto por haber muerto, sino por haber
ofendido a las Musas, al usar de la copa sin medida[31].

Hubo además otros tres Arcesilaos: un poeta de la Comedia Antigua, otro autor de elegías, y otro escultor. Fue para éste para quien Simónides compuso el siguiente epigrama:

Ésta es la estatua de Ártemis, y su precio son doscientas
dracmas de Paros, cuyo emblema es un macho cabrío.
La creó el prestigioso Arcesilao hijo de Aristódico,
un experto en las obras manuales que protege Atenea[32].

El filósofo del que hemos hablado, según dice Apolodoro en su *Cronología,* floreció en la Olimpiada ciento veinte[33].

Bión (s. III a.C.)

46. Bión en cuanto a su linaje era de Borístenes; y respecto a sus padres y a partir de qué circunstancias llegó a la filosofía, él mismo lo aclara ante Antígono. Porque al preguntarle éste: «¿Quién eres entre los hombres? ¿Dónde está tu ciudad y tus padres?»[34], dándose cuenta de que lo habían calumniado de antemano, le contestó:

Mi padre fue un liberto, que se limpiaba la nariz con el brazo –alusión a que trabajaba en poner el pescado en salmuera–, boristenita de familia, que no tenía un rostro, sino una inscripción marcada sobre el rostro, signo de su crueldad. Mi madre fue el tipo de mujer que tal individuo podía desposar, procedente de un burdel. Luego, como mi padre dejó de pagar un impuesto,

31. *Ant. Pal.* VII 104.
32. *Frag.* 157 Bergk = *Ant. Plan.* III 9.
33. 300-296 a.C.
34. *Odisea* X 325.

fue vendido con todos sus bienes y familia. Y a mí me compró un retor, a mí que era jovencillo y bien parecido. Éste, a su muerte, me legó todas sus propiedades. 47. Entonces yo quemé sus escritos, arramblé con todo, me fui a Atenas, y me hice filósofo.

De este linaje, pues, y esa sangre me ufano de ser[35].

Eso es lo que hay sobre mí. De modo que dejen ya de referir esas historias Perseo y Filónides. Obsérvame por mí mismo.

Y fue, verdaderamente, Bión muy astuto en todo y un sofista sutil y que dio muchísimos puntos de apoyo a quienes deseaban hacer reproches a la filosofía. En algunas ocasiones era arrogante y susceptible de gozar de la vanidad. Por ejemplo, cuando le reprocharon que no intentara atraerse a un joven, contestó:

No es posible enganchar un queso blando con un anzuelo.

48. Al serle preguntado una vez quién está más angustiado, dijo: «El que pretende disfrutar de las mayores dichas». Preguntado sobre si conviene casarse –pues también de él se cuenta esta anécdota–, dijo: «Si te casas con una fea, tendrás una pena; si te casas con una guapa, tendrás mujer ajena». Decía que la vejez era el puerto de todos los males, pues todos venían a refugiarse en ella. De la fama decía que era madre de las preocupaciones, la belleza un bien ajeno, la riqueza el nervio de las acciones. A uno que había devorado sus campos le dijo: «A Anfiarao se lo tragó la tierra, y tú te has tragado tu tierra». Gran desgracia es el ser incapaz de soportar la desgracia. Despreciaba a las personas que queman a los muertos como si fueran insensibles, y luego los invocan junto al fuego como si fueran sensibles.

49. Decía continuamente que es preferible obsequiar a otro la propia juventud que recoger la ajena, pues esto signi-

35. *Ilíada* VI 211.

fica daño para el cuerpo y el alma. Llegaba incluso a criticar a Sócrates, diciendo que si sentía pasión por Alcibíades y se contenía, era bobo; y que, si no la sentía, no hacía nada asombroso. Solía comentar que el camino hacia el Hades era fácil, ya que lo bajan todos con los ojos cerrados. Censurando a Alcibíades decía que, siendo adolescente, apartaba a los hombres de sus mujeres; y siendo joven, apartaba a las mujeres de sus maridos. Mientras los atenienses se ejercitaban en la retórica, él dedicose a enseñar la filosofía en Rodas. A uno que se lo echaba en cara, le replicó: «¿Cómo vender cebada cuando traje trigo?».

50. Decía que mayor castigo sufrirían los que están en el Hades si transportaran agua en cántaras compactas que no en cántaros agujereados. A uno muy pesado que le rogaba que lo socorriera le dijo: «Haré lo conveniente siempre que envíes a otros que lo supliquen y no vengas tú». Navegando en compañía de unos malvados, cayó en poder de unos piratas. Y mientras los otros decían: «Estamos perdidos si nos reconocen», él dijo: «Estoy perdido si no me reconocen». La superstición, decía, es un impedimento del progreso. Decía que los avaros y escrupulosos se cuidan de las riquezas como propias, pero en nada se benefician de ellas, como si fueran ajenas.

Comentó que de jóvenes recurrimos al valor, mientras que al envejecer rebosamos de prudencia 51. y que tanto aventaja la prudencia a las otras virtudes cuanto la vista a los demás sentidos. Que no conviene cargar de oprobios a la vejez, a la que, decía, todos deseamos llegar. Ante un envidioso de expresión mohína le dijo: «No sé si es que te ha sucedido algo malo a ti o algo bueno a otro».

Solía decir que el origen bajo era un mal compañero para la libertad de palabra.

«Pues esclaviza al hombre, de no ser que tenga entrañas fieras»[36]. Y que convenía conservar los amigos, como quie-

36. Eur., *Hip.* 424.

ra que fuesen, para no parecer que los hemos tenido malos o que repudiamos a los buenos. Él en sus comienzos seguía las doctrinas de la Academia, durante la época en que asistía a las lecciones de Crates. Luego se convirtió al modo de vivir cínico, tomando el manto y el zurrón. 52. ¿Pues qué otra cosa necesitaba en su insensibilidad?

Más tarde cambió a las tesis de Teodoro, tras haber oído a Teodoro el ateo, que exponía su doctrina con argumentos de todo tipo. Después de éste siguió las lecciones de Teofrasto el Peripatético.

Era, desde luego, teatral y excesivo en el tratarlo todo con burlas, usando de expresiones vulgares en las discusiones. Así que por el motivo de mezclar todo tipo de estilo en sus razonamientos dicen que Eratóstenes dijo de él que Bión fue el primero en vestir a la filosofía con telas de flores.

Estaba muy bien dotado para la parodia. Así, pues, en estos versos suyos:

> Oh noble Arquitas, tan musical, feliz en tu vanidad,
> el más experto de los hombres en la disputa más trivial[37].

53. En general se burlaba tanto de la música como de la geometría.

Era extravagante. Y por eso vagaba de ciudad en ciudad, maquinando algunas veces un truco fantástico. Así en Rodas persuadió a los marineros a que tomaran vestidos de estudiantes y le siguieran. Y al entrar con ellos en el gimnasio atrajo la atención de todos.

Acostumbraba a tomar como hijos adoptivos a algunos muchachos para servirse de ellos en sus placeres y para verse protegido por el agradecimiento de éstos. Sin embargo era fuertemente egoísta y muy inclinado a usar la máxima «Las cosas de los amigos son comunes». Por eso nadie se declaró

37. Parodia de fórmulas épicas. Cf. *Ilíada* I 146; III 182, XVIII 170.

discípulo suyo, teniendo tantos oyentes en su escuela. Por cierto que a algunos los indujo a la desvergüenza.

54. En todo caso, Betión, uno de sus seguidores habituales, se cuenta que le dijo una vez a Menedemo: «Desde luego, Menedemo, paso la noche junto a Bión y me parece que no he sufrido nada extraño». En las charlas coloquiales se expresaba a menudo de modo muy impío, resabio ese tomado de Teodoro. Pero más tarde, una vez que cayó enfermo, según decían los de Cálcide –pues fue allí donde falleció– se dejó convencer para colgarse un amuleto y mostrar arrepentimiento por las ofensas que había proferido contra la divinidad. Se encontraba en una situación terrible por la falta de enfermeros, hasta que Antígono le envió dos sirvientes. Y él iba en compañía de éstos en una litera, según dice Favorino en su *Historia miscelánea.*

Pero aun así murió y nosotros le censuramos con este poema:

55. De Bión, al que dio a luz la tierra escita de Borístenes,
hemos oído que dijo que los dioses en realidad no [existen.
Si hubiera permanecido en esa creencia, lo natural [sería decir:
Que opine como le parezca; si mal, no deja de ser su [opinión.
Pero ahora, al caer en grave enfermedad y temeroso de [morir,
el que negaba la existencia de dioses, el que ni miraba [un templo,
56. el que se burlaba de las personas que hacían sacrificios [a los dioses,
no sólo sobre el hogar, sobre los altares y sobre la mesa,
con incienso, grasa y dulces aromas asedió las narices [de los dioses,
sino que dijo: «¡Pequé, perdón para los errores de mi [pasado!»,

y además le ofreció piadosamente a una vieja el cuello
para un encantamiento y ató sus muñecas con tiras de
[cuero crédulamente
57. Colgó en su puerta espino y un ramo de laurel,
[mostrándose
dispuesto a cualquier humillación antes que a la
[muerte.
¡Necio quien pretendía que la divinidad podía
[comprarse, o que
los dioses existían sólo cuando Bión quería admitirlos!
Desde luego que pensaba locuras quien, cuando toda la
[leña era
carbón, extendió la mano de tal guisa y dijo: «¡Salve,
[salve, Plutón!»[38].

58. Hubo diez Biones. Primero, el contemporáneo de Ferecides de Siros, del que se conservan dos libros en dialecto jonio. Era de Proconeso. El segundo, un siracusano, que escribió tratados de retórica. El tercero, este de ahora. El cuarto, un matemático que fue discípulo de Demócrito de Abdera, que escribió en ático y en jónico. Éste fue el primero que dijo que había algunos lugares donde la noche dura seis meses y seis el día. El quinto, uno de Solos, que escribió una obra sobre Etiopía. El sexto, un retórico al que se atribuyen nueve libros titulados con los nombres de las Musas. El séptimo, un poeta lírico. El octavo, un escultor de Mileto, al que cita también Polemón. El noveno, un autor de tragedias, de los que llaman de Tarso. El décimo, un escultor de Clazómenas o de Quíos, al que menciona expresamente Hiponacte.

38. *Ant. Plan.* V 37.

Lácides (director de la Academia *c.* 242-216 a.C.)

59. Lácides, hijo de Alejandro, era de Cirene. Éste es el fundador de la Nueva Academia y el sucesor de Arcesilao, un hombre de carácter muy respetable y que tuvo no pocos seguidores. Desde joven fue muy esforzado, siendo pobre, pero extraordinariamente agradable y de buen trato.

De él cuentan una anécdota relativa a la administración de su casa que resulta muy graciosa. Que siempre que sacaba alguna cosa de la despensa, cerraba de nuevo imponiendo su sello y echaba el anillo dentro a través de una hendidura, para que no le quitaran ni saquearan nada de lo almacenado. Pero sus criados, al enterarse de eso, rompieron el sello y saqueaban cuanto querían. Luego echaban el anillo de la misma manera a través de la hendidura en la habitación. Y haciéndolo jamás fueron descubiertos.

60. Lácides dio sus lecturas en la Academia, en el jardín construido por el rey Átalo, y al que por él se llamaba Lacideo.

Fue el único de los de su época que entregó en vida la dirección de la escuela, a Telecles y Evandro, los dos de Focea. A Evandro le sucedió Hegesino de Pérgamo, y a éste Carnéades. Un dicho gracioso se atribuye a Lácides. Cuentan, pues, que invitándolo Átalo le contestó que las imágenes hay que admirarlas desde lejos. Como a él, que comentó a estudiar geometría tarde, le dijera uno: «¿Es que ahora es el momento oportuno?», le contestó: «¿Es que tampoco ahora?».

61. Habiendo comenzado a dirigir la escuela en el cuarto año de la Olimpiada ciento treinta y cuatro[39], murió a los veintiséis años de gobernar la escuela. La muerte le sobrevino en una parálisis debida a la abundante bebida. Sobre él compusimos este epigrama burlesco:

39. 241-240 a.C.

De ti también, Lácides, he oído el rumor de que Baco
te atrapó y raptó al Hades avanzando de puntillas.
¡Qué claro está que cuando Dioniso penetra a chorros en el
[cuerpo
libera los miembros! ¿No le llaman por eso el Liberador?[40].

Carnéades (*c.* 213-129 a.C.)

62. Carnéades, hijo de Epicomo o de Filocomo, según Alejandro en sus *Sucesiones*, era de Cirene. Él, que estudió cuidadosamente los libros de los estoicos y sobre todo los de Crisipo, los rebatía convincentemente y con tan buen éxito que solía decir eso de:

De no haber existido Crisipo, tampoco existiría yo.

Fue hombre laborioso, más que ningún otro, siendo menos versado en los temas de Física y más en los de Ética. En su dedicación a los estudios no tenía tiempo para cortarse la cabellera y se dejaba crecer las uñas. Fue tan brillante en la filosofía que hasta los oradores abandonaban sus escuelas para acudir a la Academia a escucharle.

63. Tenía además una voz potentísima, de modo que el director del gimnasio le envió a decir que no gritara tanto y él contestó: «Dame entonces una medida para la voz». Con esto tomó el otro una réplica oportuna y contestó. Le dijo pues: «Como medida tienes a tus oyentes». Era terriblemente sarcástico y muy difícil de combatir en las discusiones. Por lo demás declinaba las invitaciones a las comidas, por los motivos antedichos.

En cierta ocasión un tal Méntor de Bitinia intentó seducir a su concubina, según dice Favorino en su *Historia miscelá-*

40. *Ant. Pal.* VII 105.

nea, y al presentarse este Méntor, que era discípulo suyo, en la reunión, introdujo en su discurso estos versos paródicos contra él:

64. «Frecuenta este lugar cierto viejo, hombre de mar, [infalible,
que se asemeja a Méntor en su cuerpo y su voz.
A ése yo le proclamo que está expulsado de la escuela[41].

Y el otro, levantándose, dijo: «Los unos daban la proclama, y los otros marchaban a toda prisa»[42]. Parece que ante la muerte se comportaba de modo un tanto cobarde, porque decía continuamente: «La naturaleza que nos compuso también nos descompondrá». Al enterarse de que Antípatro había muerto al beber un veneno, quedó conmovido por su entereza ante la muerte y dijo: «¡Dádmelo también a mí!». Los otros dijeron: «¿Qué?». «Vino con miel», repuso. En el momento de su muerte hubo un eclipse de luna, como si el más bello de los astros después del sol hubiera querido indicar, diría uno, su compasión por él.

65. Dice Apolodoro en su *Cronología* que salió de este mundo en el año cuarto de la Olimpiada ciento sesenta y dos[43], a los ochenta y cinco años. Quedan de él unas cartas a Ariarates, el rey de Capadocia. El resto de su obra fue redactado por sus discípulos. Él no dejó nada escrito. Tenemos un poema sobre él en metro logaédico:

¿Por qué quieres, oh Musa, que yo censure a Carnéades?
Pues ignorante es quien no sabe cómo tenía temor
a morir. Incluso cuando tenía la peor de las enfermedades,
que le consumía, se negaba a admitir tal solución. Pero al oír
que Antípatro habíase suicidado bebiendo cierto veneno,

41. Parodia de *Odisea* IV 394 y II 268 o 401.
42. *Ilíada* II 52.
43. 129-128 a.C.

66. dijo: «Dádmelo ahora que beba yo también». «¿Qué?, ¿qué?» «Dadme vino con miel». Tenía muy dispuesta la [sentencia:
«Naturaleza que me ha ensamblado me disolverá [también».
No por ello se fue menos pronto bajo tierra, pero le fue [posible
irse al Hades tomándose como beneficios la mayoría de [los males[44].

Se cuenta que por cataratas una noche perdió la visión y no se daba cuenta. Mandó al esclavo que trajera una luz y la encendiera. Al traérsela y decirle: «La he traído», él replica: «Entonces lee tú».

Tuvo éste muchos y varios discípulos, pero el más ilustre fue Clitómaco, de quien ahora hemos de hablar.

Hubo también otro Carnéades, un frígido poeta elegíaco.

Clitómaco (director de la Academia desde 129 a.C.)

67. Clitómaco era de Cartago. Éste se llamaba Asdrúbal y filosofaba en su propia lengua en su patria. Al llegar a Atenas a los cuarenta años asistió a las lecciones de Carnéades. Y éste, al advertir su empeño, hizo que le enseñaran las letras y colaboró en educar al hombre. Y él llegó a tal punto de diligencia que escribió más de cuatrocientos libros.

Y sucedió a Carnéades en la escuela y mediante sus tratados iluminó especialmente las opiniones de aquél. Fue persona versada en las tres escuelas, en la Academia, la Peripatética y la Estoica.

Timón se burla en conjunto de los académicos con eso de:

Ni la prolijidad insulsa de los Académicos...[45].

44. *Ant. Plan.* V 39.
45. *Frag.* 35 Diels.

Nosotros, tras de haber pasado revista a los Académicos que vinieron después de Platón, vayamos a los Peripatéticos, también derivados de Platón, que comienzan con Aristóteles.

LIBRO V

Aristóteles (384-322 a.C.)

1. Aristóteles, hijo de Nicómaco y de Péstide, era de Estagira. Nicómaco descendía de Nicómaco, hijo de Macaón, el hijo de Asclepio, según dice Hermipo en su *Acerca de Aristóteles.* Y vivía junto a Amintas, el rey de Macedonia, en condición de médico y de amigo. Aristóteles fue el más auténtico de los discípulos de Platón. Era de habla balbuciente, como dice Timoteo de Atenas en su *Sobre vidas.* Además era de piernas delgadas, dicen, y de ojos pequeños, y llevaba un distinguido atuendo y anillos y un elegante corte de pelo. Tuvo un hijo, Nicómaco, de su concubina Herpílide, según refiere Timeo.

2. Se separó de Platón mientras éste aún vivía. Por eso dicen que comentó aquél: «Aristóteles da coces contra mí, como los potrillos recién nacidos contra su madre». Dice Hermipo en sus *Vidas* que estando él de embajador en representación de Atenas en la corte de Filipo fue designado escolarca en la Academia Jenócrates. En cuanto él regresó y vio que la escuela estaba dirigida por otro, eligió el paseo que hay en el Liceo para filosofar en compañía de sus discí-

pulos dando vueltas hasta la hora de las unciones de los atletas. Por eso fue llamado peripatético. Sin embargo, otros dicen que fue porque acompañaba a Alejandro, que se recobraba dando paseos tras una enfermedad y charlaba con él.

3. Cuando sus discípulos se hicieron más numerosos, entonces se decidió a sentarse, diciendo:

Sería vergonzoso callar y dejar hablar a Jenócrates[1].

También acostumbraba a ejercitar a sus discípulos en torno a una tesis, adiestrándolos también retóricamente. Más tarde marchó junto a Hermias, el eunuco, que era tirano de Atarneo. Los unos dicen que fue su amante, los otros que emparentó con él al darle como esposa a su hija o su sobrina, como refiere Demetrio de Magnesia en sus libros *Sobre poetas y escritores del mismo nombre*. El mismo dice que Hermias había sido esclavo de Eubulo, que era bitinio por su nacimiento y que había matado a su dueño. Aristipo en el libro primero de su *Sobre la molicie de antaño* dice que Aristóteles se enamoró de la concubina de Hermias, 4. y que, con el consentimiento de éste, se casó con ella y, lleno de contento, hacía sacrificios en honor de su mujercita como los atenienses en honor de Deméter Eleusinia. Escribió un peán en honor de Hermias, que está recogido más adelante.

Posteriormente estuvo en Macedonia en la corte de Filipo y recibió como discípulo al hijo de éste, a Alejandro, y le rogó que restaurara a su patria que había sido destruida por Filipo, y lo consiguió. Y estableció leyes para sus habitantes. Y también fijó leyes en su escuela, a imitación de Jenócrates, de modo que cada diez días se nombrara un director. Y

1. Eur., *Filoctetes, frag.* 796 Nauck, pero sustituyendo por Jenócrates el original *barbárous*. En otros autores, en vez de Jenócrates aparece Isócrates.

cuando ya le pareció que había estado suficiente tiempo junto a Alejandro, se marchó hacia Atenas, tras recomendarle a su pariente Calístenes de Olinto. 5. Éste le hablaba con excesiva franqueza al rey y no le obedecía, de modo que cuentan que él le amonestó citando el verso:

¡De breve vida me serás, hijo, por las cosas que dices![2].

Y así fue en efecto. Porque considerado sospechoso de haber conspirado junto con Hermolao contra Alejandro fue apresado en una jaula de hierro, enfermando de piojos y de suciedad. Y al final fue arrojado a un león, y así murió.

Conque Aristóteles regresó a Atenas y allí dirigió su escuela durante trece años, y luego se retiró a Cálcide, al presentar una acusación de impiedad contra él Eurimedonte el hierofante, o bien Demófilo, según dice Favorino en su *Historia miscelánea*, después de haber compuesto el himno ya aludido a Hermias, 6. y además el epigrama siguiente para su estatua en Delfos:

A éste, impíamente, violando la santa ley de los dioses
lo asesinó el rey de los persas portadores de arco.
No fue a las claras con la lanza en combates sangrientos
sino utilizando su confianza en un individuo traidor[3].

Allí (en Cálcide) murió, bebiendo acónito, según cuenta Eumelo en el libro quinto de sus *Historias*, habiendo vivido setenta años. Este mismo cuenta que lo presentaron a Platón cuando tenía treinta años, pero está equivocado. Pues vivió sesenta y tres años, y estuvo al lado de Platón a los diecisiete. El himno en cuestión es el siguiente:

2. *Ilíada* XVIII 95.
3. *Ant. Plan.* III 48.

7. Virtud que múltiples esfuerzos procuras al género
[humano,
la más hermosa conquista de una vida,
en pos de tu belleza, oh virgen,
es en Grecia un destino envidiable morir
y soportar feroces, incesantes pesares.
Tal es el fruto que ofreces al espíritu,
un don inmortal, más precioso que el oro
y que los padres y que el aura suave del sueño.
Por ti el divino Heracles y los hijos de Leda
a mucho se arriesgaron proclamando en sus hechos
tu poder de atracción.
8. Por sus anhelos hacia ti Aquiles y Ayante
bajaron a las moradas de Hades.
Y por perseguir tu belleza el vástago del amistoso
[Atarneo
se vio despojado de los rayos del sol.
Por eso, pues, será motivo de cantos por sus hechos,
y las Musas lo elevarán a inmortal,
las hijas de Mnemósine,
que ensalzan el respeto a Zeus Hospitalario
y honran la recompensa de la firme amistad[4].

Tenemos también sobre él unos versos nuestros que dicen así:

Eurimedonte, que era sacerdote de la mistérica Deméter,
intentó una vez acusar de impiedad a Aristóteles.
Pero él se escapó bebiendo el acónito. Sin violencias, por
[tanto,
así venció los ataques de delatores injustos[5].

9. Dice Favorino en su *Historia miscelánea* que él fue el primero en escribir un discurso forense en su propia defensa para este juicio, y que decía que en Atenas

4. Aristóteles, *frag.* 675 Rose = 5 Diehl = 842 Page.
5. *Ant. Pal.* VII 107.

una pera madura tras otra y un higo tras otro higo[6].

Refiere Apolodoro en su *Cronología* que nació en el año primero de la Olimpiada noventa y nueve[7]. Se reunió con Platón y trató con él durante veinte años, permaneciendo como discípulo desde los diecisiete. Luego marchó a Mitilene, en el arcontado de Eubulo, en el cuarto año de la Olimpiada ciento ocho[8]. Al morir Platón en el primer año del arcontado de Teófilo[9], se marchó junto a Hermias y allí permaneció tres años.
10. En el arcontado de Pitódoto llegó a la corte de Filipo, el segundo año de la Olimpiada ciento nueve[10], cuando Alejandro tenía ya quince años. A Atenas regresó el segundo año de la Olimpiada ciento once[11] y mantuvo su escuela en el Liceo trece años, luego marchó a Cálcide: en el tercer año de la Olimpiada ciento catorce[12], y murió a los sesenta y tres años de enfermedad, en el mismo año en que Démostenes murió en Calaures, en el arcontado de Filocles.

Se cuenta que con la presentación de Calístenes a Alejandro se atrajo la irritación del rey, y que éste, por afligirle, enalteció a Anaxímenes, y envió regalos a Jenócrates.

11. Se mofó de él en un epigrama Teócrito de Quíos, según dice Ambrión en su libro *Sobre Teócrito*. Que dice así:

> Al eunuco Hermias, que fue esclavo de Eubulo,
> un monumento vacío le erigió Aristóteles de mente vacía,
> que por la natural intemperancia de su estómago prefirió
> habitar, en lugar de la Academia, el estuario del Bórboro[13].

6. *Odisea* VII 120.
7. 384-383 a.C.
8. 345-344 a.C.
9. 347-346 a.C.
10. 342-341 a.C.
11. 335-334 a.C.
12. 322-321 a.C.
13. *Ant. Plan.* II 46.

Por otro lado también lo atacó Timón, diciendo:

Ni de Aristóteles la futilidad penosa...[14].

Y ésa es la vida del filósofo. Nosotros hemos dado además con el testamento suyo, que está en estos términos:

«Que todo vaya bien. Pero si algo ocurriera, las disposiciones últimas de Aristóteles son éstas:

»De todo y por siempre sea ejecutor Antípatro. 12. Hasta que pueda hacerse cargo Nicanor, que se cuiden Aristómenes, Timarco, Hiparco, Dióteles y Teofrasto –si éste está dispuesto y se lo permiten sus cosas– tanto de los niños y de Herpílide como de los legados. Y cuando le llegue la madurez a la muchacha, sea entregada en matrimonio a Nicanor. Pero si le ocurriera algo –lo que ojalá no suceda ni acontezca– antes del matrimonio o después de haberse casado, no teniendo niños, que Nicanor sea dueño de disponer tanto acerca de mi hijo como de los demás bienes y los administre de modo digno de él y de nosotros. Que se cuide como tutor Nicanor tanto de la niña como del niño Nicómaco, como le parezca acerca de sus cosas, como si fuera su padre y hermano.

»En caso de que le ocurriera algo a Nicanor –¡lo que no suceda!– o antes de desposar a la muchacha o después de desposarla, no teniendo hijos, si él da su testamento, que sus disposiciones sean válidas. 13. Si Teofrasto quiere quedarse con la muchacha, que sea como con Nicanor. En otro caso, que los ejecutores, consultándolo con Antípatro tanto sobre la niña como sobre el niño, administren las cosas como les parezca que es mejor.

»Que los ejecutores y Nicandro se cuiden, acordándose de mí, también de Herpílide, que fue tan buena conmigo, en to-

14. *Frag.* 36 Diels.

dos los aspectos y especialmente si quiere tomar marido, que lo reciba no indigno de nosotros. Que se le dé, además de lo ya dado antes, un talento de plata de los dejados en herencia y tres criadas, las que elija, y la doncella que tiene y un esclavo, Pirreo. 14. Y si quiere vivir en Cálcide, la casa para los huéspedes, junto al jardín. Y si prefiere en Estagira, la casa de mi familia paterna. Cualquiera de estas que elija, que los cuidadores se la amueblen con lo que les parezca que está bien tanto a ellos como a Herpílide, de modo conveniente.

»Que se cuide también Nicanor del niño Mírmex, para que sea devuelto a los suyos junto con los bienes que recibimos de él. Que Ambrácide quede libre y que le den, cuando se case mi hija, quinientas dracmas y la doncella que ella tiene. Que le den también a Tale, además de la doncella que ahora tiene, la que fue comprada, mil dracmas y una criada. 15. Y a Simón, aparte del dinero ya entregado a él para la compra de otro esclavo, o que se le compre un esclavo o se le dé dinero para ello. Que, en cuanto se case mi hija, queden libres Ticón, y Filón y Olimpio y su hijo.

»No vender a ninguno de los esclavos que estuvieron a mi servicio, sino servirse de ellos. Y cuando lleguen a la edad propia, dejarlos ir libres, a su antojo. Que los ejecutores se cuiden también de las estatuas encargadas a Grilión, a fin de que una vez concluidas se erijan, la de Nicanor y la de Próxeno, que había pensado regalarle, y la de la madre de Nicanor. Y la de Arimnesto, que ya está hecha, que se coloque donde quede como recuerdo de él, puesto que murió sin hijos. 16. Y también la de nuestra madre sea dedicada a Deméter en Nemea o donde parezca mejor.

»Cuando construyan mi sepulcro, que transporten y depositen allí los huesos de Pitíade, como ella había ordenado. Y que, para celebrar el regreso sano y salvo de Nicanor, de acuerdo con el voto que hicimos por él, que se dediquen estatuas de piedra de cuatro pies de alto a Zeus Salvador y a Atenea Salvadora en Estagira».

Éste es el tenor de las disposiciones de su testamento. Se dice que se encontraron muchas bandejas de bronce suyas. Y Licón dice que se bañaba en un barreño de aceite caliente y que vendía el aceite. Algunos cuentan también que se colocaba una bolsita de aceite caliente sobre el estómago. Y cuando se acostaba, se ponía una bola de bronce en la mano, extendida sobre una vasija de cobre, para que, al caer la bola en el caldero, lo despertara con el ruido.

17. Se le atribuyen además excelentes sentencias como las siguientes. Preguntado sobre qué ganancia sacan los mentirosos, contestó: «Que cuando dicen la verdad no son creídos». Al serle reprochado en cierta ocasión que había dado limosna a una mala persona, dijo: «Me compadecí del hombre, no de su carácter». Acostumbraba a decir repetidamente ante sus amigos y contertulios, dondequiera que estuviera en sus charlas, que «así como la visión recibe la luz del espacio en torno, así el alma de los conocimientos científicos». Muchas veces, incluso disertando, decía que los atenienses habían descubierto el trigo y las leyes. Pero que se servían del trigo, y de las leyes no.

18. De la educación decía que las raíces son amargas, pero dulce el fruto. Al ser preguntado qué envejece pronto, respondió: «la gratitud». Le preguntaron qué es la esperanza y dijo: «Sueño del despierto». Ofreciéndole Diógenes un higo seco, advirtió que, si no lo aceptaba, le daría oportunidad para el chiste que tenía preparado, y lo tomó y dijo que Diógenes había perdido el higo y el chiste. Otra vez que se lo ofrecía, lo aceptó y tirándolo al aire, como hacen los niños, dijo: «¡Grande es Diógenes!», y se lo devolvió.

Decía que la educación necesitaba de tres cosas: aptitud natural, estudio y ejercicio. Al oír que uno estaba injuriándolo, dijo: «Que me azote mientras estoy lejos». Decía que la belleza es una recomendación mayor que ninguna carta de presentación.

19. Pero otros dicen que fue Diógenes quien la definió así, mientras que él dijo que la bella forma era un regalo de la divinidad. Sócrates la definió como una tiranía de breve duración; Platón, un privilegio de la naturaleza; Teofrasto, un silencioso engaño; Teócrito, bisutería de marfil; Carnéades, un reino sin guardias. Siendo preguntado en qué difieren los educados de los ineducados, contestó: «En tanto como los vivos de los muertos». Decía que la educación era un ornato en la prosperidad, y un refugio en la adversidad.

Decía que los educadores eran más dignos de honra que los padres que sólo engendraron a sus hijos; pues los unos daban sólo el vivir, y los otros el vivir bien. A uno que se ufanaba de ser de una gran ciudad, le dijo: «No hay que mirar eso, sino quién es digno de una gran patria». 20. Preguntado qué es un amigo, contestó: «Una sola alma que habita en dos cuerpos a la vez». De los hombres decía que unos ahorran como si fueran a vivir eternamente, y los otros dilapidan como si fueran a morirse al instante. Al que le preguntaba que por qué con los hermosos conversamos largamente, le dijo: «De un ciego es digna la pregunta». Como le preguntaran qué había obtenido de la filosofía, dijo: «El hacer espontáneamente lo que otros hacen por miedo a las leyes». Preguntado que cómo progresan los discípulos, contestó: «Siempre que persiguen a sus precursores sin aguardar a los que vienen detrás». A un pesado que le hablaba, y que, después de haberlo abrumado con el tropel de sus palabras, le preguntó: «¿No te he dado la lata?», le contestó: «No, por Zeus, porque no te prestaba atención».

21. Al que le reprochaba que había dado una limosna a un tipo que no era bueno -ya que la historia se refiere también de este modo- le dijo: «Se la di no al hombre, sino a la humanidad». Preguntado cómo debemos comportarnos con nuestros amigos, dijo: «Como desearíamos que ellos se comportaran con nosotros».

De la justicia decía que era la virtud del alma consistente en distribuir según el mérito. Decía que la cultura es el mejor equipaje para la vejez. Relata Favorino en el segundo libro de sus *Recuerdos* que una y otra vez repetía: «Quien tiene amigos, no tiene amigo». Que también se encuentra en el libro séptimo de sus *Éticas*. Y eso es lo que se le atribuye.

Compuso muchísimos libros. Me ha parecido oportuno dar el catálogo por la excelencia de su persona en todo tipo de tratados.

22. *Sobre la justicia*, cuatro libros.
Sobre los poetas, tres libros.
Sobre la filosofía, tres libros.
Sobre el político, dos libros.
Sobre la retórica o *Grilo*, uno.
Nerinto, uno.
Sofista, uno.
Menéxeno, uno.
Sobre el amor, uno.
Banquete, uno.
Sobre la riqueza, uno.
Exhortación a la filosofía (Protréptico), uno.
Sobre el alma, uno.
Sobre la plegaria, uno.
Sobre la nobleza de nacimiento, uno.
Sobre el placer, uno.
Alejandro o sobre las colonias, uno.
Sobre la monarquía, uno.
Sobre la educación, uno.
Sobre el bien, tres.
Extractos de La República, dos.
Sobre administración doméstica, uno.
Sobre la amistad, uno.
Sobre el padecer o estar afectado, uno.
Sobre las ciencias, uno.
Cuestiones erísticas, dos.

Soluciones a las disputas erísticas, cuatro.
Distinciones sofísticas, cuatro.
Sobre opuestos, uno.
Sobre géneros y especies, uno.
Sobre atributos propios, uno.
23. *Notas para argumentaciones rápidas*, tres.
Propuestas acerca de la virtud, dos.
Objeciones, uno.
Sobre en cuántos sentidos usamos los términos, uno.
Sobre las pasiones o *sobre la cólera*, uno.
Ética, cinco.
Sobre los elementos, tres.
Sobre la ciencia, uno.
Sobre el fundamento, uno.
Divisiones, diecisiete libros.
Sobre la división, uno.
Sobre pregunta y respuesta, dos.
Sobre el movimiento, uno.
Proposiciones, uno.
Proposiciones de controversia, uno.
Silogismos, uno.
Primeros analíticos, ocho.
Segundos analíticos mayores, dos.
Sobre problemas, uno.
Cuestiones de método, ocho.
Sobre lo mejor, uno.
Sobre la idea, uno.
Definiciones antepuestas a los Tópicos, siete.
Silogismos, dos.
24. *Del silogismo y definiciones*, uno.
Acerca de lo elegible y lo accidental, uno.
Lo previo a los Tópicos, uno.
Tópicos ante las definiciones, dos.
Afecciones, uno.
Sobre la división, uno.

Sobre lo matemático, uno.
Definiciones, trece libros.
Refutaciones, dos.
Sobre el placer, uno.
Proposiciones, uno.
Sobre la voluntad, uno.
Sobre lo bello, uno.
Tesis para refutación, veinticinco.
Tesis sobre el amor, cuatro.
Tesis sobre la amistad, dos.
Tesis sobre el alma, uno.
Cuestiones de política, dos.
Lecturas políticas como las de Teofrasto, ocho.
Sobre las acciones justas, dos.
Compendio de artes, dos.
Del arte retórica, dos.
Arte (Manual), uno.
Otro compendio de artes, dos.
Sobre el método, uno.
Compendio del Arte de Teodectes, uno.
Tratado sobre el arte poética, dos.
Entimemas retóricos, uno.
Sobre el tamaño, uno.
División de los entimemas, uno.
Sobre la dicción, dos.
Sobre el consejo en común, uno.
25. *Un compendio,* dos.
Sobre la Naturaleza, tres.
Física, uno.
Sobre la filosofía de Arquitas, tres.
Sobre Espeusipo y Jenócrates, uno.
Temas del Timeo y de Arquitas, uno.
Contra los asertos de Meliso, uno.
Contra la doctrina de Alcmeón, uno.
Contra los pitagóricos, uno.

Contra la doctrina de Gorgias, uno.
Contra la doctrina de Jenófanes, uno.
Contra la doctrina de Zenón, uno.
Sobre los pitagóricos, uno.
Sobre los animales, nueve libros.
De anatomía, ocho libros.
Selección de disecciones anatómicas, uno.
Sobre los animales compuestos, uno.
Sobre los animales míticos, uno.
Sobre la esterilidad, uno.
Sobre las plantas, dos.
Fisognómico, uno.
De medicina, dos.
Sobre la unidad, uno.
26. *Signos de tormenta*, uno.
De astronomía, uno.
De óptica, uno.
Sobre el movimiento, uno.
Sobre la música, uno.
De la memoria, uno.
De problemas homéricos, seis libros.
Poética, uno.
Problemas de Física en orden alfabético, treinta y ocho libros.
Problemas teóricos, dos.
De la educación general, dos.
Mecánica, uno.
Problemas sacados de las obras de Demócrito, dos.
Sobre la piedra imán, uno.
Analogías, uno.
Notas sueltas, doce.
Problemas tratados según género, catorce.
Controversias judiciarias, uno.
Vencedores en Olimpia, uno.
Vencedores píticos, uno.

Sobre la música, uno.
Sobre Delfos, uno.
Crítica a la lista de vencedores píticos, uno.
Victorias dionisíacas, uno.
Sobre las tragedias, uno.
Didascalias, uno.
Refranes, uno.
Leyes para banquetes comunitarios, uno.
Leyes, cuatro.
Categorías, uno.
Sobre la interpretación, uno.

27. *Constituciones de ciento cincuenta y ocho ciudades, generales y particulares, democráticas, oligárquicas, aristocráticas y tiránicas.*
Cartas a Filipo.
Cartas de Selimbrio.
Cartas a Alejandro, cuatro.
A Antípatro, nueve.
A Méntor, una.
A Aristón, una.
A Olimpíade, una.
A Hefestión, una.
A Temistágoras, una.
A Filóxeno, una.
A Demócrito, una.
Versos hexamétricos que comienzan:
«Dios santo, el más venerado, que hiere de lejos...»
Elegías, cuyo comienzo es:
«Hija de una madre de bellos retoños...».

En total, son cuatrocientas cuarenta y cinco mil doscientas setenta líneas.

28. Todos estos son los libros que él compuso. En ellos intenta exponer lo siguiente. Que el contenido de la filosofía es doble: hay una filosofía práctica y otra teorética. Y la práctica incluye la Ética y la Política, en la que están conte-

nidos los asuntos acerca de la administración de la ciudad y de la casa. La teorética abarca la Física y la Lógica, si bien la Lógica no constituye un todo independiente, sino que está elaborada como un instrumento *(órganon)* respecto del conjunto. Atribuyéndole un doble objetivo, lo definió claramente como lo verosímil y lo verdadero. Para cada uno de éstos le adjudicó dos facultades: la dialéctica y la retórica orientadas a lo verosímil, y la analítica y la filosofía para lo verdadero, sin omitir nada ni de lo que respecta a la invención ni de lo que respecta al juicio, ni tampoco de lo que se refiere al uso.

29. En efecto, con vistas a la invención ofreció en los *Tópicos* y en los *Metódicos* un montón de proposiciones, de las que es fácil servirse para la solución de los problemas de argumentación lógica. Para el juicio elaboró los *Primeros* y *Segundos Analíticos*. Pues a través de los *Primeros* se juzgan las premisas, y mediante los *Segundos* se verifica el proceso de argumentación. Para el uso están los preceptos sobre controversias, y los que tratan de preguntas y respuestas, y los de refutaciones sofísticas, y los de los silogismos, y los semejantes a éstos. Como criterio de verdad de las percepciones en el campo de la representación estableció la sensación; y en el terreno de la ética y de los asuntos que afectan a la ciudad, la familia y las leyes, la razón.

30. Como fin único (de la vida humana) estableció el ejercicio de la virtud en una vida completa. Dijo que la felicidad era la conjunción de tres bienes: los del alma, a los que califica como principales por su poder; en segundo lugar los del cuerpo, salud, vigor, belleza y los parecidos; y en tercer lugar, de los externos, como riqueza, nacimiento noble, buena reputación y otros por el estilo.

La virtud no es suficiente para la felicidad. Pues necesita de los bienes del cuerpo y de los externos, de modo que será infeliz el sabio si vive entre penalidades y en la pobreza y en condiciones semejantes. Sin embargo el vicio es suficiente

para la infelicidad, incluso si se dan en extremo junto a él los bienes externos y los del cuerpo.

31. Afirmaba que las virtudes no están en mutua conexión. Porque puede suceder que un hombre sea sensato e igualmente justo, siendo intemperante y apasionado en exceso. Decía que el sabio no estaba exento de pasiones, pero era moderado en sus pasiones.

Definía la amistad como igualdad de afecto recíproco. Distinguía la amistad entre parientes, entre amantes y entre huéspedes. Y que existía el amor, no sólo hacia la unión corporal, sino también hacia la filosofía. Y que el sabio se enamorará, y participará en la vida política, y se casará, y vivirá en la corte de un rey. Siendo tres los tipos de vida: teorética (contemplativa), práctica (activa) y hedónica (consagrada al placer), consideraba superior la contemplativa. Consideraba provechosa la cultura general para la conquista de la virtud.

32. En el campo de los hechos naturales superó a todos en la definición de las causas, de modo que presentaba las causas para explicar incluso los mínimos fenómenos. Por eso redactó no pocos libros de apuntes relativos a causas físicas.

En cuanto a la divinidad, sostenía que era incorpórea, como también lo había sostenido Platón; que su providencia se extendía hasta a los cuerpos celestes y que era inmóvil. Y que los sucesos de la tierra estaban administrados por la simpatía con los cuerpos celestes.

Además de los cuatro elementos admitía un quinto, del que están compuestos los entes del éter. Y su movimiento es diferente, ya que se mueve circularmente.

También el alma es incorpórea, siendo la entelequia primera del cuerpo, como conjunto natural y orgánico dotado en potencia de vida.

33. Llama entelequia a lo que es una forma *(eídos)* incorpórea. Ésta es de dos clases, según él. La una es en potencia,

como el Hermes en la cera, que tiene capacidad de recibir las impresiones de su imagen, y la estatua en el bronce. Y la otra, en acto, se llama a la entelequia del Hermes ya realizado o a la de la estatua. Es de un cuerpo natural, ya que de los cuerpos los unos son artificiales, como los realizados por los artesanos, así una torre o un barco. Y otros son producto de la naturaleza, como las plantas y los cuerpos de los animales. Y lo califica de orgánico, es decir, de organizado con un cierto fin, como la vista está para ver y el oído para escuchar. Dotado en potencia de vida, es decir, en sí mismo.

34. Lo de «en potencia» se dice en dos sentidos: o bien en hábito, o bien en acto. En acto, por ejemplo, como se dice que el despierto tiene alma. En hábito, como la tiene el durmiente. Para que también éste quedara incluido, le añadió lo de «en potencia».

Muchas otras cosas precisó sobre multitud de temas, que sería largo enumerar. Así que en conjunto fue laboriosísimo y extraordinario en su invención, como resulta evidente de la lista de obras antes transcritas, cuyo número de libros llega cerca de los cuatrocientos, y eso sólo los indiscutibles, porque además se le atribuyen otros escritos y muchas sentencias, oportunas expresiones no recogidas por escrito.

35. Hubo ocho Aristóteles. El primero es este de ahora. El segundo, un político de Atenas, al que se le atribuyen discursos del foro con cierta gracia. El tercero, uno que trabajó sobre la *Ilíada*. El cuarto, un orador siciliano, que escribió una réplica al *Panegírico* de Isócrates. El quinto, un alumno del socrático Esquines, que recibió el apodo de Mito. El sexto, uno de Cirene, que escribió de poesía. El séptimo, un educador de niños, al que menciona Aristóxeno en su *Vida de Platón*. El octavo, un oscuro gramático, del que se conserva su manual *Sobre la redundancia*.

Del estagirita hubo muchos discípulos, pero el que más destacó fue Teofrasto, sobre el que ahora hemos de tratar.

Teofrasto (*c.* 370-286 a.C.)

36. Teofrasto, nacido en Éreso, era hijo de Melantes, un tintorero, según dice Atenodoro en el libro octavo de sus *Paseos.* Éste fue primero oyente de su conciudadano Alcipo en su patria, luego asistió a las lecciones de Platón y luego se pasó a Aristóteles. Y al retirase éste a Cálcide, le sucedió al frente de su escuela, en la Olimpiada ciento catorce[15].

Se cuenta que incluso un esclavo suyo, de nombre Pompilo, fue filósofo, según refiere Mironiano de Amastris en el libro primero de sus *Capítulos históricos semejantes.* Teofrasto fue un hombre muy comprensivo y muy amante del trabajo, y, según cuenta Pánfila en el libro treinta y dos de sus *Recuerdos,* fue profesor de Menandro, el poeta cómico.

37. Era extraordinariamente benéfico y amigo del coloquio. Desde luego Casandro lo apreciaba y Tolomeo le hizo invitaciones. En tanta estima fue tenido por los atenienses que, como Agnonides se atreviera a entablar contra él un proceso de impiedad, casi se atrajo él mismo el castigo. A sus clases acudían cerca de dos mil discípulos. Él se ha expresado, entre otras cosas, sobre el tema de la lección en la carta a Fanias, el peripatético, en estos términos:

No es fácil, pues, obtener un público como el de una fiesta, ni tampoco un breve círculo, como uno desea. Las lecturas suscitan correcciones, y el repetirlo todo y descuidarse ya no lo soportan las nuevas generaciones.

Y en esa carta ha dado a uno el calificativo de «escolástico» (= «pedante»).

38. Siendo una persona tan importante, apenas se ausentó y por poco tiempo, sólo en la ocasión en que lo hicieron tanto él como todos los demás filósofos, al introducir

15. 323 a.C.

un decreto Sofócles, el hijo de Anficlides, de que ninguno de los filósofos dirigiera una escuela de no ser con la aprobación del Consejo y el Pueblo. En caso contrario, la pena sería la muerte. Pero regresaron de nuevo al año siguiente, al incoar Filón a Sófocles un proceso de ilegalidad. Entonces los atenienses anularon el decreto y a Sófocles le impusieron una multa de cinco talentos y votaron el regreso de los filósofos, para que regresara Teofrasto y viviera con los mismos derechos que antes. A él, que se llamaba Tírtamo, le cambió de nombre Aristóteles a causa de lo divino de su expresión.

39. Cuenta Aristipo en el libro cuarto de *Sobre la molicie de antaño* que estuvo enamorado de Nicómaco, el hijo de Aristóteles, aunque era su maestro. Se dice que de él y de Calístenes Aristóteles decía algo parecido a lo que cuentan que había dicho Platón sobre Jenócrates y Aristóteles mismo, como se ha anotado: que el uno necesitaba freno y el otro aguijón. Pues mientras Teofrasto interpretaba con un exceso de agudeza todo lo que él pensaba, el otro resultaba tardo por naturaleza.

Dicen que también él tuvo un jardín propio, tras la muerte de Aristóteles, gracias a la protección de Demetrio de Falero, que fue ciertamente íntimo amigo suyo.

Se le atribuyen sentencias valiosas como ésta: que antes hay que confiar en un caballo sin frenos que en un razonamiento sin orden. 40. A uno que durante todo el banquete estuvo callado, le dijo: «Si eres ignorante, obras sensatamente; pero si estás educado, insensatamente». Repetía a menudo que el tiempo es un gasto muy costoso.

Murió ya anciano, tras haber vivido ochenta y cinco años, a poco de haber abandonado sus trabajos. También sobre él tengo unos versos:

No pronunció en vano un mortal esa sentencia:
El arco de saber se quiebra al relajarse.

Así pues Teofrasto mientras trabajaba tuvo su cuerpo indemne, mas apenas se retiró a descansar murió tullido[16].

Dicen que, al ser preguntado por sus discípulos si les dejaba algún último mensaje, respondió: «Nada puedo legaros, sino que la vida desperdicia muchas de las cosas amables por culpa de la gloria. 41. Y nosotros apenas empezamos a vivir cuando morimos. Nada, desde luego, es tan inútil como el afán de renombre. Pero sed felices, y, o bien abandonad la razón –que cuesta un gran esfuerzo–, o bien aplicaos a ella hermosamente. Porque la gloria es grande. Pero a mí ya no me es posible deliberar con vosotros qué debéis hacer; vosotros examinad qué debe hacerse». Y diciendo esto, cuentan, expiró.

A él, según es fama, los atenienses le hicieron un funeral con honores públicos, escoltándolo a pie, honrando así al hombre. Cuenta Favorino que, siendo ya viejo, lo llevaban en una litera. Lo dice también Hermipo, que lo ha tomado de Arcesilao de Pítana, que lo refiere en las cartas que dedica a Lácides de Cirene.

42. Ha dejado también Teofrasto una numerosísima cantidad de obras, que he considerado digno dar en catálogo por estar colmadas de todo tipo de excelencia. Son las siguientes:

Analíticos primeros, tres libros.
Analíticos posteriores, siete libros.
Sobre el análisis de los silogismos, un libro.
Epítome de los analíticos, un libro.
Tópicos clasificados, dos.
Disertación acerca de la teoría de los razonamientos erísticos.
Sobre las sensaciones, uno.
Contra Anaxágoras, uno.

16. *Ant. Pal.* VII 110.

Sobre la doctrina de Anaxágoras, uno.
Sobre la doctrina de Anaxímenes, uno.
Sobre la doctrina de Arquelao, uno.
De las sales, del nitro y del alumbre, uno.
Sobre las petrificaciones, uno.
Sobre las líneas indivisibles, uno.
Lecturas, dos.
Sobre los vientos, uno.
Diferencias en las virtudes, uno.
Sobre la monarquía, uno.
Sobre la educación del rey, uno.
Sobre vidas, tres.
43. *Sobre la vejez*, uno.
Sobre la astronomía de Demócrito, uno.
Metereología, uno.
Sobre las imágenes, uno.
Sobre zumos, colores, carnes, uno.
Sobre el orden del mundo, uno.
Sobre los seres humanos, uno.
Compendio de los dichos de Diógenes, uno.
Definiciones, tres.
Sobre el amor, uno.
Otro sobre el amor, uno.
Sobre la felicidad, uno.
Sobre las formas, dos.
Sobre la epilepsia, uno.
Sobre el entusiasmo, uno.
Sobre Empédocles, uno.
Argumentos de refutación, dieciocho.
Objeciones, tres.
Sobre la voluntad, uno.
Epítome de la República de Platón, dos.
Sobre las distintas voces de animales de raza semejante, uno.
Sobre apariciones súbitas, uno.

Sobre animales que muerden y atacan, uno.
Sobre animales que se dice sienten envidia, uno.
Sobre los que viven sobre tierra firme, uno.
44. *Sobre los que cambian de color,* uno.
Sobre los que viven en escondrijos, uno.
Sobre animales, siete.
Sobre el placer según Aristóteles, uno.
Otro sobre el placer, uno.
Tesis, veinticuatro.
Sobre lo caliente y lo frío, uno.
Sobre el vértigo y la oscuridad, uno.
Sobre la afirmación y la negación, uno.
Calístenes o *sobre la pena,* uno.
Sobre las fatigas, uno.
Sobre el movimiento, tres.
Sobre las piedras preciosas, uno.
Sobre las pestes, uno.
Sobre el desmayo, uno.
Megárico, uno.
Sobre la melancolía, uno.
Sobre metales, dos.
Sobre la miel, uno.
Sobre los temas del compendio de Metrodoro, uno.
Meteorología, dos.
Sobre la borrachera, uno.
Leyes, por orden alfabético, veinticuatro.
Epítome de Leyes, diez.
45. *En torno a las definiciones,* uno.
Sobre los olores, uno.
Sobre el vino y el aceite, uno.
Primeras proposiciones, dieciocho.
Legisladores, tres.
Política, seis.
Tratado político para momentos oportunos, cuatro.
Costumbres sociales, cuatro.

Sobre la mejor constitución, uno.
Colección de problemas, cinco.
Sobre proverbios, uno.
Sobre coagulación y licuefacción, uno.
Sobre el fuego, dos.
Sobre los vientos, uno.
Sobre la parálisis, uno.
Sobre el ahogo, uno.
Sobre el desvarío, uno.
Sobre las pasiones, uno.
Sobre los signos, uno.
Sofismas, dos.
Sobre la solución de los silogismos, uno.
Tópicos, dos.
Sobre el castigo, dos.
Sobre los cabellos, uno.
Sobre la tiranía, uno.
Sobre el agua, tres.
Sobre el sueño y los ensueños, uno.
Sobre la amistad, tres.
Sobre la ambición, dos.
46. *Sobre la naturaleza*, tres.
Sobre fenómenos físicos, dieciocho.
Sobre un epítome de Física, dos.
Física, ocho.
Contra los físicos, uno.
Sobre investigaciones botánicas, diez.
Sobre las causas de las plantas, ocho.
Sobre los zumos (de las plantas), cinco.
Sobre el falso placer, uno.
Una disertación sobre el alma.
Sobre las pruebas no científicas, uno.
Sobre los problemas simples, uno.
Harmónica, uno.
Sobre la virtud, uno.

Puntos de partida y oposiciones, uno.
Sobre la negación, uno.
Sobre el juicio, uno.
Sobre lo ridículo, uno.
Temas de atardecer, dos.
Divisiones, dos.
Sobre las diferencias, uno.
Sobre los actos injustos, uno.
Sobre la calumnia, uno.
Sobre el elogio, uno.
Sobre la experiencia, uno.
Cartas, tres.
Sobre los animales producidos por sí mismos, uno.
Sobre la secreción, uno.
47. *Elogios de los dioses*, uno.
Sobre las fiestas, uno.
Sobre la dicha, uno.
Sobre entimemas, uno.
Sobre inventos, uno.
Lecciones de ética, uno.
Caracteres morales, uno.
Acerca del tumulto, uno.
Sobre la historia, uno.
Sobre el juicio de los silogismos, uno.
Sobre la adulación, uno.
Sobre el mar, uno.
A Casandro sobre la monarquía, uno.
Sobre la comedia, uno.
(*Sobre los metros poéticos*, uno.)
Sobre el estilo, uno.
Compendio de razonamientos, uno.
Soluciones, uno.
Sobre la música, tres.
Sobre los metros, uno.
Megacles, uno.

Sobre las leyes, uno.
Sobre las ilegalidades, uno.
Compendio de las obras de Jenócrates, uno.
Tratado de la charla, uno.
Sobre el juramento, uno.
Preceptos de retórica, uno.
Sobre la riqueza, uno.
Sobre poética, uno.
Problemas de política, moral, física, y amorosos, uno.
48. *Proemios*, uno.
Compendio de problemas, uno.
Sobre problemas naturales, uno.
Sobre el ejemplo, uno.
Sobre el prólogo y la narración, uno.
Otro libro sobre poética, uno.
Sobre los sabios, uno.
Sobre la deliberación, uno.
Sobre los solecismos, uno.
Sobre el arte retórica, uno.
Figuras acerca de las artes retóricas, diecisiete.
Sobre el arte del actor, uno.
Notas aristotélicas o teofrasteas, seis.
Opiniones de los filósofos naturales, dieciséis.
Compendio de las opiniones de los filósofos naturales, uno.
Sobre la gratitud, uno.
(*Caracteres morales*, uno).
Sobre lo verdadero y lo falso, uno.
Historia de los estudios sobre lo divino, seis.
Sobre los dioses, tres.
Investigaciones de geometría, cuatro.
49. *Epítomes de las obras de Aristóteles sobre los animales*, seis.
Argumentos refutativos, dos.
Tesis, tres.

Sobre la realeza, dos.
Sobre las causas, uno.
Sobre Demócrito, uno.
(*Sobre la calumnia*, uno).
Sobre el nacimiento, uno.
Sobre la inteligencia y carácter de los animales, uno.
Sobre el movimiento, dos.
Sobre la visión, cuatro.
Sobre la definición, dos.
Sobre el haber dado, uno.
Sobre lo mayor y menor, uno.
Sobre los músicos, uno.
Sobre la felicidad divina, uno.
Réplica a los de la Academia, uno.
Exhortación (o *Protréptico*), uno.
Cómo pueden ser mejor habitadas las ciudades, uno.
Apuntes de clase, uno.
Sobre la erupción de Sicilia, uno.
Sobre lo generalmente admitido, uno.
(*Sobre problemas naturales*, uno).
Cuáles son los tipos del saber, uno.
Sobre el argumento «el mentiroso», tres.
50. *Prolegómena a los Tópicos*, uno.
A Esquilo, uno.
Investigación astronómica, seis.
Aquícaro, uno.
Sobre discursos forenses, uno.
(*Sobre la calumnia*, uno).
Cartas a Asticreonte, Fanias y Nicanor.
Sobre la piedad, uno.
Evíade, uno. (¿De la bacante?).
Sobre las crisis, dos.
Sobre discursos domésticos, uno.
Sobre la educación de los niños, uno.
Otro distinto (con igual título), uno.

Sobre educación o sobre las virtudes, o sobre la moderación, uno.
(Exhortación o *Protréptico*, uno).
Sobre los números, uno.
Definiciones acerca de la expresión de los silogismos, uno.
Sobre el cielo, uno.
Político, dos.
Sobre la naturaleza.
Sobre los frutos.
Sobre los animales.

Lo que resulta, en conjunto, doscientas treinta y dos mil ochocientas ocho líneas. Así que todos esos son sus libros.

51. Encontré también su testamento, que contiene estas disposiciones:

«Que todo vaya bien. Pero, si algo sucediera, dispongo esto. Todas las cosas que están en casa[17] las doy a Melantes y a Pancreonte, los hijos de León. En cuanto a las cantidades confiadas al cuidado de Hiparco, quiero que se haga lo siguiente. En primer lugar, que sean concluidas las obras en el Museo y las estatuas de las diosas, y cualquier adorno que convenga para mayor embellecimiento de éstas. Luego, que quede colocada en el templo la imagen de Aristóteles y las demás estatuas que antes estaban en el templo. Luego, que se reconstruya el pequeño pórtico que está junto al Museo, no peor que como estaba antes. Y que se repongan los cuadros, en los que están trazados los mapas de la tierra explorados, en el pórtico de abajo. 52. Y que también se repare el altar, para que quede completo y elegante.

»Quiero también que se concluya la estatua de Nicómaco, con su misma estatura. El pago de la escultura lo tiene ya Praxíteles, y el gasto restante se hará de lo que digo luego.

17. En Éreso.

Que sea colocada donde les parezca bien a los ejecutores de todas las cosas de este testamento. Y lo que concierne al templo y a las estatuas, quédese de este modo.

»El terreno en Estagira que es de mi propiedad lo lego a Calino. Y todos mis libros a Neleo. En cuanto al jardín y el paseo (Perípato) y todas las casas que dan al jardín las lego a aquellos de los amigos nombrados luego que quieran permanecer siempre en la escuela y filosofar en común en este ámbito, 53. puesto que no a todos les es posible habitar siempre allí, a condición de que no enajenen esta propiedad ni se la apropie ninguno, sino que la posean en común como un santuario, y utilicen las cosas unos y otros con ánimo amistoso y familiar, como es conveniente y justo. La comunidad la formarán Hiparco, Neleo, Estratón, Calino, Demótimo, Demarato, Calístenes, Melantes, Pancreonte y Nicipo. También le será posible, si quiere filosofar, a Aristóteles, el hijo de Metrodoro y de Pitíade, asociarse al grupo. Y que los más ancianos le dediquen toda su atención para que progrese al máximo en filosofía. Que me entierren en el lugar del jardín que parezca más adecuado, sin hacer nada extraordinario en torno al funeral ni a la sepultura.

54. »Para que todo continúe normalmente, después de que se cumpla mi destino, que se encargue de los cuidados relativos al templo, al sepulcro, al jardín y a la escuela Pómpilo, que habita allí y que tendrá el cuidado de todo que tenía ya antes. De los gastos de la propiedad que se cuiden los que la posean. Pómpilo y Trepta, que son libres desde hace tiempo, y que nos han proporcionado mucha asistencia, además de lo que ya tenían de nuestra casa y de lo que ellos mismos hayan adquirido, reciban dos mil dracmas, que ahora les he destinado de lo que guarda Hiparco, y creo que esto lo obtendrán de modo seguro, ya que yo mismo lo hablé con Melantes y Pancreonte muchas veces y ambos me dieron su consentimiento. Les doy también a ellos la esclavilla Somátala.

55. »De los esclavos dejo ahora mismo libres a Molón, Timón y Parmenonte. A Manes y Calias, si permanecen cuatro años en el jardín y colaboran en el trabajo y no cometen graves errores, les dejo libres. De los muebles y utensilios domésticos que los ejecutores den lo que les parezca bien a Pómpilo, y el resto que se venda. Doy además Carión a Demótimo, y Dónax a Neleo. A Eubeo que lo vendan. Que Hiparco entregue a Calino tres mil dracmas. Si no hubiéramos visto que Hiparco nos ha procurado grandes servicios a Melantes, a Pancreonte y a nosotros antes y que ahora ha sufrido un naufragio en sus propios bienes, le habríamos invitado junto a Melantes y Pancreonte a llevar adelante mis disposiciones. 56. Pero, puesto que he visto que no les sería fácil administrar la casa en común, y sospechando que les será más provechoso recibir una cantidad fijada de Hiparco, que les dé Hiparco a Melantes y a Pancreonte un talento a cada uno. Y que Hiparco además a los ejecutores les pague para los gastos fijados en el testamento según los plazos ajustados a los desembolsos. Y que cuando Hiparco haya administrado todo esto, quede liberado de todas sus obligaciones y acuerdos conmigo. Y si Hiparco ha establecido algún arreglo económico en Cálcide en mi nombre, que eso sea de Hiparco.

»Ejecutores de lo estipulado en este testamento serán Hiparco, Neleo, Estratón, Calino, Demótimo, Calístenes y Ctesarco. 57. Estas disposiciones quedan depositadas, en copia, selladas con el sello de Teofrasto, una en casa de Hegesias, el hijo de Hiparco. Testigos son Calipo de Palene, Filomelo de Evonimea, Lisandro de Hibas, Filón de Alopece. La otra copia la guarda Olimpiodoro. Los testigos son los mismos. Y la tercera la ha recibido Adimanto, que se la llevó su hijo Andróstenes. Son testigos: Arimnesto, hijo de Cleobulo; Lisístrato de Tasos, hijo de Pidón; Estratón de Lámpsaco, hijo de Arcesilao; Tesipo del Cerámico, hijo de Tesipo; y Dioscórides, hijo de Dionisio de Epicefisia».

Así son las disposiciones de su testamento.

Algunos dicen que asistió a sus lecciones Erasístrato el médico, y es verosímil.

Estratón (director del Liceo entre 286-268 a.C.)

58. Le sucedió en la escuela Estratón, hijo de Arcesilao, de Lámpsaco, que estaba mencionado en el testamento. Fue hombre muy excelente y recibió el apodo de «el físico», por su teoría de la naturaleza, a la que se dedicó con una atención superior a la de cualquier otro.

Además fue maestro de Tolomeo Filadelfo y recibió del rey, cuentan, ochenta talentos. Comenzó a ser jefe de la escuela, según dice Apolodoro en su *Cronología*, en la Olimpiada ciento veintitrés, y dirigió la escuela durante dieciocho años.

59. Se le atribuyen estos libros:

Sobre la monarquía, tres libros.
Sobre la justicia, tres.
Sobre el bien, tres.
Sobre los dioses, tres.
Sobre los principios fundamentales, tres.
Sobre vidas.
Sobre la felicidad.
Sobre el rey filósofo.
Sobre el valor.
Sobre el vacío.
Sobre el cielo.
Sobre el aire.
Sobre la naturaleza humana.
Sobre el nacimiento de los animales.
Sobre la mezcla.
Sobre el sueño.
Sobre los sueños.

Sobre la vista.
Sobre la sensación.
Sobre el placer.
Sobre los colores.
Sobre las enfermedades.
Sobre las crisis (en la enfermedad).
Sobre las facultades.
Sobre las máquinas metálicas.
Sobre el hambre y los mareos.
Sobre lo ligero y lo pesado.
Sobre el entusiasmo.
Sobre el tiempo.
Sobre la nutrición y el crecimiento.
Sobre los animales discutidos.
Sobre los animales míticos.
Sobre las causas.
Soluciones de dificultades.
Introducción a los Tópicos.
Sobre el accidente.
60. *Sobre la definición.*
Sobre el más y el menos.
Sobre la injusticia.
Sobre el antes y el después.
Sobre el género primero.
Sobre lo particular.
Sobre el porvenir.
Refutaciones de inventos, dos libros.
Apuntes, de dudosa autenticidad.
Cartas. Que empiezan: «Estratón saluda a Arsínoe».

De él cuentan que estaba tan débil que se murió sin darse cuenta. Así que tenemos sobre él unos versos que dicen:

Era un hombre delgado, escúchame, con tantos ungüentos.
Te hablo de ese Estratón al que antaño
Lámpsaco dio a luz. Peleando siempre con enfermedades

murió en secreto y ni él se dio cuenta de ello[18].

61. Hubo ocho Estratones. El primero, un discípulo de Isócrates. El segundo, este de ahora. El tercero, un médico, alumno de Erasístrato, según algunos, pupilo suyo. El cuarto, un historiador, que escribió los hechos de guerra de Filipo y Perseo contra los romanos [...] El sexto, un poeta autor de epigramas. El séptimo, un médico antiguo, al que menciona Aristóteles. El octavo, un peripatético, que vivió en Alejandría.

En cuanto a «el Físico», se conservan también sus disposiciones últimas, que son del carácter siguiente:

«Dispongo lo siguiente, por si me sucede algo. Lo de mi casa lo dejo todo a Lampirión y a Arcesilao. Del dinero de mi propiedad en Atenas dispongan en primer lugar los ejecutores para lo del funeral y todo lo acostumbrado después del funeral, sin hacer gastos extravagantes ni algo mezquino. 62. Los ejecutores encargados de las disposiciones del testamento serán éstos: Olímpico, Aristides, Mnesígenes, Hipócrates, Epícrates, Górgilo, Diocles, Licón, Atanes.

»Dejo la escuela a Licón, ya que de los otros los unos son más viejos y los otros están más ocupados. Pero harían bien los demás colaborando con él conjuntamente. Le lego además todos los libros, excepto los que yo he escrito, y todo el menaje y vajilla de la mesa comunitaria y los cobertores y las copas.

»Que los ejecutores le den a Epícrates quinientas dracmas, y uno de los esclavos, el que le parezca bien a Arcesilao.

63. »Y en primer lugar que Lampirión y Arcesilao cancelen el acuerdo que tomó Daipo en beneficio de Ireo. Y que no quede a deber nada ni a Lampirión ni a los herederos de Lampirión, sino que quede liberado de toda la transacción.

18. *Ant. Pal.* VII 111.

Que le den a él también los ejecutores quinientas dracmas de moneda y uno de los esclavos, el que decida Arcesilao, a fin de que, tras de haber trabajado mucho con nosotros y habernos procurado sus servicios, tenga una vida digna y un buen pasar.

»Dejo libres a Diofanto, a Diocles y a Abus, y doy a Simias a Arcesilao. También dejo libre a Dromón. En cuanto llegue Arcesilao, que Ireo, en compañía de Olímpico y Epícrates y los demás ejecutores, calcule los gastos resultantes del funeral y todas las ceremonias restantes. 64. El dinero que quede lo retirará Arcesilao de la custodia de Olímpico, sin agobiar a éste respecto de los tiempos y los plazos. Que cancele también Arcesilao el arreglo que hizo Estratón con Olímpico y Aminias, y que está depositado en poder de Filócrates, hijo de Tisámenes. Respecto a mi monumento funerario, que lo hagan según les parezca a Arcesilao, a Olímpico y a Licón».

Y éstas son las disposiciones de su testamento, según está en la colección de Aristón de Ceos.

Estratón fue también personalmente, como ya se ha expuesto antes, un hombre digno de una gran estima, destacando en todo tipo de saber y especialmente en la llamada «Física» (o Teoría de la Naturaleza), que es una rama de la filosofía muy antigua y respetable.

Licón (299-225 a.C.)

65. A éste le sucedió Licón, hijo de Astianacte, de la Tróade, un maestro del estilo y altamente calificado para la educación de los niños. Acostumbraba, pues, a decir que los niños deben ser adiestrados bajo el yugo de la modestia y el sentido del honor como los caballos bajo el espolón y el freno.

Su elocuencia y su maestría en la expresión resaltan incluso en cualquier comentario. Dicen que a propósito de una muchacha pobre se expresó así: «Pesada carga para un padre es una doncella que por falta de dote siente que se le pasa el momento floreciente de su juventud». A este respecto dicen que Antígono comentó sobre él que así como no era posible transferir el aroma y la gracia de la manzana a otro lugar cualquiera, también había que admirar cada una de sus sentencias en boca de él mismo como los frutos en el árbol. 66. Es porque era suavísimo en el habla. Por lo que algunos le anteponían una G a su nombre (Glicón = «el dulce», en lugar de Licón). Pero en el escribir era un tanto desigual consigo mismo.

En efecto, sin ningún miramiento, a propósito de los que se arrepentían de no haber estudiado en su momento y mostraban deseos de hacerlo, comentaba finamente: «Se acusan a sí mismos, denunciando con su voto irrealizable el remordimiento de una pereza incorregible». De los que deliberaban incorrectamente decía que se desviaban en su razonamiento, como quienes intentan probar un objeto recto con una recta torcida o contemplar un rostro en un agua turbia o en un espejo distorsionante. Y que muchos eran los que salían a buscar una corona en el ágora, pero muy pocos o ninguno los que iban a por ella a Olimpia. En muchas ocasiones dio sus consejos a los atenienses en muchos temas, y les proporcionó grandísimos beneficios.

67. Era además pulcrísimo en su vestimenta, de modo que usaba túnicas de una insuperable tersura, según atestigua Hermipo. Pero, a la vez, era un gran gimnasta y en la buena disposición de su cuerpo declaraba su completa actitud atlética, estando con las orejas machacadas y la piel engrasada, según cuenta Antígono de Caristo. Por eso se dice que incluso peleó en la palestra en su patria, en Ilión, y que jugó a la pelota. Fue, como ningún otro, amigo de Éumenes y de Átalo, que lo patrocinaron económicamente muchísi-

mas veces. También intentó atraérselo Antíoco, pero no lo consiguió. 68. Era tan enemigo del peripatético Jerónimo, que, por no encontrarse con él, fue el único en no acudir a la fiesta del aniversario, de la que hemos hablado en la «Vida de Arcesilao»[19].

Estuvo al frente de la escuela cuarenta y cuatro años, habiéndosela legado Estratón en su testamento en la Olimpiada ciento veintisiete[20]. Por entonces había asistido a las lecciones del dialéctico Pantoides. Murió a los setenta y cuatro años, afligido de la enfermedad de podagra.

Tenemos estos versos nuestros sobre él:

> No nos olvidemos, ¡por Apolo!, de Licón, que murió
> enfermo de gota. Lo que más me deja admirado
> es que, siendo tan largo el camino hacia el Hades, impedido
> de andar con sus propios pies lo recorriera en una sola
> [noche[21].

69. Hubo además otros Licones. El primero, un pitagórico. El segundo fue él. El tercero, un poeta épico. El cuarto, un poeta epigramático.

Hemos encontrado el testamento del filósofo, que es éste:

«Dispongo lo siguiente acerca de mis cosas, por si no consigo superar esta enfermedad. Todo lo de la casa lo dejo a mis hermanos Astianacte y Licón. Creo que de eso habrá que pagar todo lo que he tomado en préstamo o adquirido en Atenas, y los gastos que resulten del funeral y las restantes ceremonias. 70. En cuanto a mis cosas en la ciudad y en Egina, se las doy a Licón, porque lleva mi mismo nombre y porque ha convivido conmigo durante mucho tiempo muy a gusto, como era justo de quien siempre tuvo la estima de un hijo.

19. Cf. IV 41.
20. 274-270 a.C.
21. *Ant. Pal.* VII 112.

»El Perípato se lo dejo a los que quieran de los íntimos, a Bulón, Calino, Aristón, Anfión, Licón, Pitón, Aristómaco, Heraclio, Licomedes y a mi sobrino Licón. Que ellos mismos pongan al frente al que crean que perdurará en el puesto y que será más capaz de engrandecerlo. Que todos los demás amigos colaboren con él por afecto hacia el lugar y hacia mí. Respecto al funeral y a la cremación, que cuiden de ello Bulón y Calino, de acuerdo con los compañeros, de modo que no resulte ni mezquino ni ostentoso.

71. »Que de los terrenos que son míos en Egina, después de mi muerte, disponga Licón en beneficio de los jóvenes, para que utilicen el aceite (de los olivos para sus unciones), de manera que a través de ese uso mantenido perdure el recuerdo de quien me honró y el mío. Y que se dedique una estatua nuestra. En cuanto al sitio, de modo que resulte adecuada su instalación, que lo atiendan y se ocupen de ajustarlo Diofanto y Heraclides, el hijo de Demetrio. De mis bienes en la ciudad pague Licón a todos a los que pedí algo después de su marcha de allí. Que Bulón y Calino se encarguen de proveer a los gastos de mi funeral y las demás ceremonias. Que lo saquen de lo que les lego en común a ambos en mi casa. 72. Que den sus honorarios también a los médicos Pasítemis y Medias, que, por sus cuidados hacia mí y por su oficio, merecen una paga aún mayor.

»Lego al hijo de Calino un par de copas de Tericles, y a su mujer una pareja de copas de Rodas, un tapiz grueso, un tapiz fino, una colcha y dos cojines, los más hermosos de los que queden, de modo que en cuanto depende de nuestro aprecio, con eso mostremos que no somos olvidadizos.

»Sobre mis sirvientes decido del modo indicado ahora. A Demetrio, que ya es libre, le restituyo el precio de su manumisión y le doy cinco minas, un manto y una túnica, para que, después de haber trabajado mucho a mi servicio, tenga un buen pasar en su vida. A Critón de Calcedonia, también a él le devuelvo el dinero de su manumisión, y le doy cuatro

minas. A Micrón también lo dejo libre. Y que Licón se encargue de su crianza y su educación durante seis años a partir de ahora. 73. También dejo libre a Cares; y que Licón le mantenga. Y le lego dos minas y todos mis libros ya editados. Los no publicados los dejo a Calino para que los edite cuidadosamente.

»Le doy a Siro, que es libre, cuatro minas y le regalo a Menodora. Y si me debe algo, se lo perdono. Y a Hilara le doy cinco minas y una alfombra tejida por las dos caras, y dos almohadones, y una colcha, y la cama que elija. Dejo libre también a la madre de Micrón, y a Noemón, Dión, Teón, Eufránor y Hermias. Y que quede en libertad también Agatón después de dos años de servicios; así como los portadores de litera Ofelión y Posidonio, después de cuatro años de servicio. 74. Lego a Demetrio, Critón y Siro una cama a cada uno, y cobertores, de los que queden en casa los que a Licón le parezca que están bien. Que eso sea suyo por haber mostrado que cumplieron correctamente los trabajos encomendados a cada uno.

»Respecto a mi sepultura, tanto si Licón quiere enterrarme aquí, o si prefiere en mi casa, que haga como decida. Estoy convencido, desde luego, que él considerará lo adecuado como si fuera yo. Tras de haber cumplido todas estas disposiciones, la entrega de mi herencia sea definitiva. Son testigos Calino de Hermione, Aristón de Ceos y Eufronio de Peania».

Así pues él, que tanta cordura mostrara en su disposición pedagógica y en todos sus razonamientos, no dejó tampoco de mantenerla en el estilo de su testamento que se muestra tan cuidado y atento a la administración doméstica. De manera que también ahí es digno de imitación.

Demetrio (*c.* 350-280 a.C.)

75. Demetrio, hijo de Fanóstrato, era de Falero. Fue discípulo de Teofrasto. Como orador público en Atenas estuvo al frente de la ciudad durante diez años. Y le consideraron merecedor de trescientas sesenta estatuas de bronce, de las que la mayoría le representan a caballo o guiando un carro o una pareja de corceles. Y estas estatuas se concluyeron en menos de trescientos días. Tan grande fue su prestigio.

Dice Demetrio de Magnesia en sus *Homónimos* que comenzó a actuar en política cuando llegó a Atenas Hárpalo, huyendo de Alejandro[22]. Como político logró muchas y espléndidas cosas para su patria. Pues incluso en ingresos y en construcciones engrandeció la ciudad, aun no siendo de nacimiento noble. 76. Pues era de la familia de Conón, según refiere Favorino en el primero de sus libros de *Recuerdos;* si bien era ciudadana y de familia noble la cortesana Lamia, con la que convivía, como dice el mismo autor en ese primer libro. No obstante, cuenta en el segundo, fue perseguido por Cleón. Dídimo en sus *Charlas de banquete* dice que le llamó Caritobléfaro («de agraciados párpados») y Lampito («de brillante mirada») una hetera. Se cuenta que en Alejandría perdió la visión y la recuperó de nuevo en el templo de Sérapis. Por eso compuso los peanes que aún ahora se cantan (en honor del dios).

Siendo tan brillante en Atenas, fue sin embargo también él oscurecido por la envidia que todo lo devora. 77. Acusado, pues, por algunos conspiradores, fue condenado a pena de muerte en su ausencia. No pudieron adueñarse de su persona, pero derramaron el veneno sobre el bronce, y derribaron sus estatuas, vendiendo unas, arrojando al mar otras y remoldeando otras como orinales. Pues eso es lo que se cuenta. Una sola se conserva en la Acrópolis. Dice Favori-

22. 324 a.C.

no en su *Historia miscelánea* que los atenienses hicieron esto por órdenes de Demetrio, el rey. Además inscribieron (en los anales) el año de su arcontado como «el año de la anarquía».

78. Cuenta de él Hermipo que, tras la muerte de Casandro, temeroso de Antígono, acudió a la corte de Tolomeo Soter. Y permaneció allí bastante tiempo y aconsejó a Tolomeo entre otras cosas que trasmitiera la corona a los hijos suyos y de Eurídice. Pero no le persuadió, sino que entregó la corona al hijo de Berenice, quien, después de la muerte de su padre, estimó conveniente retener prisionero en el país a Demetrio hasta tomar una decisión respecto a él. Entonces vivió en gran desánimo. Y de algún modo mientras dormía fue mordido por un áspide y perdió la vida. Y está enterrado en el distrito de Busiris, junto a Dióspolis.

79. Este epigrama le hemos compuesto:

Asesinó al sabio Demetrio un áspide
con abundante e impuro veneno,
que no centelleaba luz por sus ojos,
sino negro infierno y muerte[23].

Heraclides en su *Epítome a las Sucesiones de los filósofos* de Soción relata que Tolomeo quiso ceder su reino a su hijo, el Filadelfo, pero Demetrio le disuadió diciéndole: «Si se lo entregas a otro, no lo tendrás tú».

Cuando fue atacado por los sicofantas en Atenas –que también estoy enterado de ello–, el poeta cómico Menandro estuvo a punto de ser llevado a juicio por nada más sino por ser amigo suyo. Pero logró evitarlo Telésforo, el sobrino de Demetrio.

80. Por la cantidad de sus libros y el número de sus líneas superó casi a todos los peripatéticos de su tiempo, teniendo

23. *Ant. Pal.* VII 113.

una cultura y una experiencia amplias como ningún otro. De sus obras unas son políticas, otras históricas, otras sobre poetas, otras de Retórica, y de discursos públicos y de embajadas, y además colecciones de fábulas esópicas, y otras muchas más materias.

Son las siguientes:

Sobre la legislación en Atenas, cinco libros.
Sobre las constituciones atenienses, dos.
Sobre la demagogia, dos.
Sobre política, dos.
Sobre leyes, uno.
Sobre Retórica, dos.
De estrategia, dos.
81. *Sobre la Ilíada*, dos.
Sobre la Odisea, tres.
Tolomeo, uno.
Del amor, uno.
Fedondas, uno.
Medón, uno.
Cleón, uno.
Sócrates, uno.
Artajerjes, uno.
Homérico, uno.
Aristides, uno.
Aristómaco, uno.
Exhortación (Protréptico), uno.
Sobre la constitución política, uno.
Sobre los diez años, uno.
Sobre los jonios, uno.
De embajadas, uno.
Sobre la fe, uno.
Sobre el agradecimiento, uno.
Sobre la fortuna, uno.
Sobre la magnanimidad, uno.
Sobre el matrimonio, uno.

Sobre la opinión, uno.
Sobre la paz, uno.
Sobre las leyes, uno.
Sobre las costumbres, uno.
Sobre la oportunidad, uno.
Dionisio, uno.
Calcídico, uno.
Invectiva contra los atenienses, uno.
Sobre Antífanes, uno.
Prólogo histórico, uno.
Cartas, uno.
Asamblea juramentada, uno.
Sobre la vejez, uno.
Derechos, uno.
Fábulas esópicas, uno.
Anécdotas, uno.

82. Su estilo es filosófico, pero está impregnado de firmeza y potencia retórica. Cuando se enteró de que los atenienses habían derribado sus estatuas, dijo: «Pero no (derribaron) la virtud por la que las habían erigido». Decía que las cejas son una pequeña parte de la cara, pero que pueden ensombrecer toda la vida. Y que no sólo el dios Pluto es ciego, sino también la Fortuna que lo guía. Que cuanto puede en la guerra el hierro, tanto vigor tiene en la vida ciudadana la palabra razonable. Viendo una vez a un joven calavera, dijo: «He ahí a un Hermes perfecto, que tiene túnica larga, vientre, sexo y barba». De los hombres vanidosos decía que había que recortarles la elevación, y dejarles sólo el pensamiento. De los jóvenes decía que debían respetar en casa a sus padres, en las calles a los que encontraran y en la soledad a sí mismos. 83. Que los amigos eran los que acudían llamados para los éxitos, y por sí mismos para los momentos de apuro. Todas estas cosas parece que se le atribuyen.

Hubo veinte Demetrios dignos de mención. El primero, de Calcedonia, un orador más viejo que Trasímaco. El se-

gundo, este que hemos tratado. El tercero, uno de Bizancio, peripatético. El cuarto, apodado «el Gráfico», uno claro en su narrativa. Este mismo era además pintor. El quinto, de Aspendo, discípulo de Apolonio de Solos. El sexto, de Calatis, el autor de una geografía de Asia y Europa en veinte libros. El séptimo, un bizantino, que escribió en trece libros la migración de los gálatas desde Europa hasta Asia, y en otros ocho los hechos de Antíoco y Tolomeo y el poblamiento de Libia a órdenes de éstos. 84. El octavo, un sofista que vivió en Alejandría, autor de unos tratados de Retórica. El noveno, un gramático de Adramitio, apodado «Ixión» porque parecía haber sido injusto con Hera. El décimo, de Cirene, un gramático, el apodado «jarro de vino», un hombre eminente. El undécimo, uno de Escepsis, persona rica y de noble linaje, y un filólogo de altura. Éste además hizo progresar a su conciudadano Metrodoro. El duodécimo, un gramático de Eritrea, inscrito como ciudadano de Lemnos. El trece fue un Bitinio, hijo de Dífilo el estoico y discípulo de Panecio de Rodas. 85. El catorce, un retor de Esmirna. Todos esos eran prosistas. De los poetas, el primero con ese nombre era un autor de la Comedia Antigua. El segundo, un poeta épico, del que sólo se conservan estos versos dirigidos contra los envidiosos:

> Lo deshonraron en vida y lo añoran muerto.
> Y alguna vez por su tumba y su exánime imagen
> asaltó a los pueblos la discordia y la gente se enzarzó en [disputas.

El tercero fue un escritor de sátiras de Tarso. El cuarto, un autor de yambos, un hombre amargo. El quinto, un escultor, al que menciona Polemón. El sexto, uno de Eritrea, persona de escritos variados, que compuso libros de historia y de retórica.

Heraclides (*akmé* 360 a.C.)

86. Heraclides, hijo de Eutifrón, era de Heraclea del Ponto, y hombre rico. En Atenas se relacionó primero con Espeusipo. Luego también asistió a las lecciones de los pitagóricos y fue admirador de las obras de Platón. Y más tarde escuchó a Aristóteles, según dice Soción en las *Sucesiones*. Solía llevar él una vestimenta elegante y era de cuerpo voluminoso, de modo que los del Ática le llamaban Pómpico en vez de Póntico. Su aspecto era tranquilo y respetable. Se conservan tratados suyos muy bellos y excelentes. Hay diálogos. Morales son:

Sobre la justicia, tres libros.
Sobre la templanza, uno.
Sobre la piedad, cinco.
Sobre el valor, uno.
Sobre la virtud en general, otro.
Sobre la felicidad, uno.
87. *Sobre el mando*, uno.
Sobre leyes y temas semejantes a estos, uno.
Sobre nombres, uno.
Pactos, uno.
De lo involuntario, uno.
Del amor y Clinias, uno.

De Física son:

Sobre la mente.
Sobre el alma, y en particular sobre el alma.
Sobre la naturaleza.
Sobre las imágenes.
Contra Demócrito.
Sobre las cosas del cielo.
Sobre las cosas del Hades.
Sobre vidas, dos.
Causas de las enfermedades, uno.
Sobre el bien, uno.

Contra las tesis de Zenón, uno.
Contra la doctrina de Metrón, uno.

De Crítica literaria son:

Sobre la edad de Homero y Hesíodo, dos.
Sobre Arquíloco y Homero, dos.

De Literatura son:

Sobre pasajes de Eurípides y Sófocles, tres.
Sobre música, dos.
88. *Soluciones de problemas homéricos*, dos.
De los espectáculos, uno.
Sobre los tres poetas trágicos, uno.
Caracteres, uno.
Sobre poesía y los poetas, uno.
Sobre la conjetura, uno.
De la previsión, uno.
Explicaciones de Heráclito, cuatro.
Explicaciones en réplica a Demócrito, uno.
Soluciones a problemas erísticos, dos.
Axioma, uno.
Sobre las formas, uno.
Soluciones, uno.
Consejos, uno.
A Dionisio, uno.

De Retórica son:

Sobre la oratoria o *Protágoras*.

De Historia:

Sobre los Pitagóricos.
Sobre los inventos.

De estas obras unas están compuestas en un tono de comedia, como las de *Sobre el placer* y *Sobre la templanza*; otras en tono de tragedia, como el *Sobre las cosas del Hades* y el *Sobre la piedad* y *Sobre el poder*. 89. Pero tiene también un estilo intermedio, de la charla coloquial, cuando dialogan filósofos, estrategos y políticos entre ellos. También tiene obras de Geometría y de Dialéctica. Resulta extraordina-

riamente variado y distinguido en la expresión y notablemente dotado para seducir al lector.

Parece que liberó a su patria de la tiranía, matando al dictador, según dice Demetrio de Magnesia en sus *Homónimos*. Éste es también quien refiere acerca de Heraclides la siguiente historia:

Crió desde pequeña una serpiente que creció con él, y, cuando estaba a punto de morir, ordenó a uno de sus amigos de confianza que ocultara su cuerpo y que depositara la serpiente en el lecho fúnebre, para que pareciera que se había marchado hacia los dioses. 90. Así se hizo todo. Pero mientras los ciudadanos celebraban el funeral y cantaban las loas de Heraclides, la serpiente, al oír los gritos, salió de debajo de los mantos y sembró el tumulto entre la gente. Más tarde se descubrió todo, y se vio a Heraclides no como se creía, sino tal como era.

Tenemos unos versos nuestros sobre él que son así:

Quisiste dejar fama entre los hombres, Heraclides,
de que al morir te habías transformado en una sierpe viva.
Pero te engañaste, resabiado. Pues se comprobó que la [bestia
era una serpiente, y tú una bestia y no un sabio[24].

También Hipóboto cuenta eso.

91. Refiere Hermipo que, asolando el hambre la región los de Heraclea decidieron consultar a la sacerdotisa de Delfos el caso. Pero Heraclides sobornó con dinero a los enviados y a la mencionada Pitia, a fin de que contestara que se verían libres del mal si Heraclides, hijo de Eutifrón, recibía en vida una corona de oro de sus manos, y al morir le honraban como a un héroe. El oráculo en estos términos se presentó, pero nada ganaron con él los falsarios. Pues en el mo-

24. *Ant. Pal.* VII 104.

mento de ser coronado en el teatro Heraclides sufrió un ataque de apoplejía, y los enviados a la consulta murieron lapidados. E incluso la sacerdotisa pítica al bajar a la misma hora al recinto del templo y trasponer el umbral fue mordida por una de las serpientes del templo y al instante falleció. Y esto es todo lo que se cuenta sobre su muerte.

92. Dice Aristóxeno el músico que también compuso tragedias y las presentó bajo el nombre de Tespis. Cameleonte dice que escribió su obra *Sobre Hesíodo y Homero* plagiándole. También Autodoro el Epicúreo le fustiga, criticando su escrito *Sobre la justicia*. Además Dionisio el Tránsfuga (o Espíntaro según otros) escribió un drama *Partenopeo* y se lo atribuyó a Sófocles. Y Heraclides confiadamente lo cita en uno de sus escritos como textos auténticos de Sófocles. 93. Al advertirlo Dionisio le confesó su autoría. Y como Heraclides desconfiara y se negara a creerle le, aconsejó que leyera el acróstico. Que decía «Páncalo». Ése era el amado de Dionisio. Y como aún desconfiara, diciendo que eso era así por una casualidad, de nuevo le envió recado Dionisio de que «también encontrarás estas frases:

A. Un viejo mono no se atrapa en una red.

B. Se atrapa, con el tiempo se atrapa».

Y añádelas a éstas: «Heraclides no sabe de letras y no se ha avergonzado de ello».

Hubo catorce Heraclides. El primero es este de aquí. El segundo, un conciudadano suyo, autor de canciones pírricas y de chistes. 94. El tercero, uno de Cumas, que escribió una *Historia de Persia* en cinco libros. El cuarto, de Cumas, un retor autor de un manual. El quinto, de Calatis o de Alejandría, que escribió la *Sucesión de los filósofos* en seis libros y un discurso *Lembéutico*, por el que fue llamado Lembos. El sexto, un alejandrino, que escribió sobre peculiaridades de los persas. El séptimo, un dialéctico de Bargilis, que ha escrito contra Epicuro. El octavo, un médico de la escuela de Hicesio. El noveno, un médico de Tarento, de la secta empírica.

El décimo, un poeta autor de exhortaciones. El undécimo, un escultor de Focea. El duodécimo, un poeta epigramático, ingenioso. El decimotercero, uno de Magnesia, que escribió una historia de Mitrídates. El decimocuarto, el autor de un tratado de astronomía.

LIBRO VI

Antístenes (*c.* 446-366 a.C.)

1. Antístenes, hijo de Antístenes, era ateniense, si bien se comentaba que no era de legítimo origen. De ahí justamente que contestara a quien se lo reprochaba: «También la madre de los dioses es frigia». Porque parecía que su madre era tracia[1]. Por eso también, cuando se distinguió en la batalla de Tanagra, le dio ocasión a Sócrates para decir que no habría sido tan noble nacido de dos padres atenienses[2]. Y él mismo,

1. La «Madre de los dioses» que los latinos designaron como *Magna Mater*, era una divinidad procedente de Frigia que se introdujo en el Ática ya en el siglo V y cobró gran relieve en el siglo IV, identificada a veces con Rea o con Cíbele. Su culto popular y orgiástico, pregonado por unos sacerdotes que llevaban la estatua de la diosa en procesión, conservó notorios elementos orientales. La referencia tiene cierta precisión histórica. Por otra parte, de Frigia y la vecina Tracia provenía un buen número de los esclavos y esclavas griegos.
2. En pleno auge de la democracia se manifestó el empeño oficial por restringir los derechos de ciudadanía, y los consiguientes beneficios, a los hijos de padre y madre ateniense. Así, en el 451 la asamblea decidió privar de derechos políticos a los nacidos de una madre extranjera, a propuesta del mismo Pericles (véase Aristóteles, *Constitución de los ate-*

desdeñando a los atenienses que se jactaban de su condición de nacidos de la tierra, les decía que en nada eran más nobles que los caracoles y los saltamontes[3].

Fue él, en sus comienzos, discípulo del orador Gorgias. Por eso impregna sus diálogos de estilo retórico, y de manera especial los de *La Verdad* y sus *Exhortaciones*[4]. 2. Cuenta Hermipo que se había propuesto pronunciar en la concentración de los Juegos Ístmicos un reproche y elogio de los atenienses, los tebanos y los lacedemonios, pero que, luego, al ver los numerosos grupos llegados de estas ciudades, renunció.

Más tarde trabó relación con Sócrates, y tanto se benefició de él, que exhortaba a sus propios discípulos a hacerse condiscípulos suyos en torno a Sócrates. Como habitaba en el Pireo, venía a escuchar cada día a Sócrates, subiéndose los cuarenta estadios[5]. Tomando de él la firmeza de carácter y

nienses, 16,4). La medida le afectaba personalmente en relación con su hijo y de Aspasia, Pericles el Joven.
Es probable, sin embargo, que no se aplicara con extremo rigor, ya que volvió a introducirse en el 403, después de la caída de los Treinta Tiranos, de un modo más apremiante. (Cf. G. Giannantoni, ob. cit., III, pp. 203-204.) La frase de Sócrates la había contado ya Diógenes Laercio en la vida de éste (II, 31). La batalla de Tanagra fue en 426; tal vez, por confusión, la referencia sea a la de Delion, en que sabemos cierto que estuvo Sócrates.

3. La mítica autoctonía de los atenienses era un motivo tópico de orgullo. Resaltaban el detalle en contraste con la supuesta procedencia nórdica de los espartanos, dorios venidos de otro lugar, con los Heraclidas, en fecha imprecisa, y se jactaban de haber nacido de la tierra, como el mítico Ericotnio. Cf. N. Loraux, *Les enfants d'Athéna*, París, 1982, para más detalle sobre su mito y su trasfondo ideológico.

4. Los breves discursos de Ayante y Ulises que tenemos confirman el influjo retórico del gran sofista, tan significativo en Antístenes como en otros contemporáneos suyos, como Tucídides.

5. Unos ocho kilómetros. Ese camino entre la ciudad y el gran puerto estaba protegido por los Largos Muros y era muy frecuentado. Recuérdese que en él se inicia el diálogo platónico de la *República*.

emulando su impasibilidad, fue el fundador del cinismo. Y sostuvo que el esfuerzo es un bien con el ejemplo del gran Heracles y de Ciro, aportando al uno del mundo griego y al otro de entre los bárbaros[6].

3. Fue el primero en definir la proposición[7], al decir: «Proposición es lo que expresa lo que era o es algo». Afirmaba continuamente: «Prefiero someterme a la locura antes que al placer». Y también que «hay que tener trato con mujeres que nos demuestren su agradecimiento». A un muchacho del Ponto, que quería frecuentar su trato, y que le preguntó qué cosas necesitaba para ello, le contestó: «Un librillo nuevo, un estilete nuevo y una tablilla nueva, e inteligencia», subrayando la inteligencia[8]. Al que le preguntaba qué tipo de

6. El libro ya citado de R. Höistad constituye un excelente estudio sobre el ideal cínico del héroe y el rey; un ideal que se refleja de modo más extenso en la *Ciropedia* de Jenofonte, que recoge sin duda rasgos del de Antístenes. Y no deja de ser un rasgo significativo que el ejemplo más notable de ese óptimo monarca lo encuentre en el fundador del Imperio Persa, el primer rey de la dinastía que trabó repetidas contiendas contra los griegos.

7. Doy esta traducción de *lógos*, pero quiero advertir que resulta imposible recoger en un solo término la amplitud semántica de la palabra griega. Hay otras versiones: Ortiz y Sanz traduce «oración», y R. Mondolfo «nombre», M. Gigante prefiere «discorso» y Hicks da «statement (or assertion)» como equivalente. Otro término aceptable sería «definición», pues lo importante es que aquí *lógos* tiene un sentido lógico. Éste es uno de los pocos pasajes en que Diógenes Laercio destaca el interés del socrático Antístenes por la lógica, que fue grande. Aristóteles lo cita en tres pasajes: *Metafís.*, 1024 b 32, 1043 b 24, y *Tópicos* 104 b 21, precisamente en relación con su teoría lógica, en la que Antístenes sostenía que la contradicción es imposible, porque a cada cosa o nombre le corresponde un único significado o definición. Cf. G. C. Field, *Plato and his Contemporaries*, Londres, 1967, 3.ª ed., pp. 163-169. Éste es un aspecto del que no trataremos; en relación con los cínicos, cabe observar que ellos no recogieron ese interés por la lógica y la dialéctica, que Antístenes mostraba, como los sofistas y como otros socráticos, y el mismo Sócrates.

8. Hay un juego de palabras intraducible entre *kainoû*, «nuevo», y *kaì noû*, «e inteligencia». El estilete y la tablilla, recubierta de cera, eran los

mujer elegir para esposa, le dijo: «Si es hermosa, será tuya y también ajena; y si fea, sólo tuya será la pena». Al enterarse una vez de que Platón hablaba mal de él, dijo: «Es propio de un rey obrar bien y ser calumniado»[9].

4. Cuando en cierta ocasión se iniciaba en los misterios órficos, al decir el sacerdote que los iniciados en tales ritos participan de muchas venturas en el Hades, replicó: «¿Por qué entonces no te mueres?». Como uno le reprochara una vez que no era hijo de dos personas libres, dijo: «Tampoco de dos luchadores, pero yo soy un luchador». Al preguntarle que por qué tenía pocos discípulos, contestó: «Porque los expulso con un bastón de plata». Al ser preguntado por el motivo de que zahiriera cáusticamente a sus discípulos, dijo: «También los médicos tratan así a los enfermos». Al ver una vez a un adúltero que iba huyendo, comentó: «¡Qué desdichado, de qué peligro podía haberse librado por el precio de un óbolo!»[10]. Reputaba mejor, según refiere Hecatón en sus *Anécdotas*, caer entre cuervos que entre aduladores, ya que los unos devoran cadáveres, y los otros, seres vivos[11].

5. Al preguntarle qué era la mayor dicha entre los humanos, dijo: «El morir feliz». Como una persona importante se le quejara una vez de haber perdido sus memorias[12], le replicó: «Es que debías haberlas escrito esas mismas en tu alma y no en las tablillas». Como el hierro por la herrumbre, así decía que los malvados son devorados por su mal carácter. A los que pretendían ser inmortales les decía que debían vivir piadosa y justamente. Decía que las ciudades perecen en el momento en que no pueden distinguir a los malos de los

utensilios gráficos usuales; por lo visto, los discípulos de Antístenes tomaban apuntes de sus charlas.

9. La frase la recuerdan Epicteto y Marco Aurelio, indicando que estaba en su obra sobre Ciro (Ep. IV, 6, 20; M. A., VII, 36).

10. Lo que le habría costado acostarse con una cortesana barata.

11. Juego de palabras entre *kórax*, «cuervo», y *kólax*, «adulador».

12. *Hypommémata:* «apuntes personales», «recordatorio», etc.

buenos. Al verse elogiado una vez por unos rufianes, declaró: «Me angustio por si habré hecho algo malo».

6. La convivencia en concordia de los hermanos afirmaba que era más segura que cualquier muro. Decía que convenía disponer el equipaje que en el naufragio fuera a sobrenadar con uno. Como le criticaran una vez por el hecho de tratar con gente de malvivir, dijo: «También los médicos andan en compañía de los enfermos, pero no tienen fiebre». Consideraba absurdo apartar del trigo las pajas y en la batalla a los inútiles, y, en cambio, no eximir a los malos del servicio ciudadano. Al preguntarle qué había sacado de la filosofía, dijo: «El ser capaz de hablar conmigo mismo». A uno que le dijo en un convite: «¡Canta!», le contestó: «¡Y tú tócame la flauta!». A Diógenes, que le pedía una capa, le recomendó doblarse el vestido[13]. 7. Preguntado por el más necesario de los conocimientos, dijo: «El que impida el desaprender». Aconsejaba fortificarse contra las calumnias más que contra los apedreamientos.

Se burlaba de Platón por creerle henchido de vanidad. Durante un desfile vio a un caballo que piafaba con estruendo y dijo a Platón: «A mí me parece que tú también eres un potro jactancioso». Eso también es porque Platón elogiaba de continuo al caballo. En otra ocasión fue a visitarle estando enfermo y, al ver la palangana donde Platón había vomitado, dijo: «Aquí veo tu bilis, pero no veo tu vanidad»[14].

13. Si fue Antístenes o Diógenes el primero en «doblarse el manto» es discutible. Diógenes Laercio lo atribuye a uno y otro (VI, 13 y 22). Frente al uso de túnica *(chitón)* y manto *(himátion)*, los cínicos se impondrán como austera y única prenda el basto tejido de estameña: el famoso *tribón*, que puede doblarse para protegerse del frío y por la noche como cobertor.

14. Aquí aparece la palabra *typhos*, que es uno de los términos clave del cinismo; indica «vanidad, orgullo, altanería superflua», y alude a que Platón no sólo debía vomitar en su cólico la «bilis», sino también ese otro humor dañino: el *typhos*.

8. Aconsejaba a los atenienses nombrar por decreto caballos a los asnos[15]. Como lo consideraran absurdo, dijo: «Sin embargo, también los generales surgen de entre vosotros sin ningún conocimiento, sino sólo por ser votados a mano alzada». A uno que le dijo: «Muchos te elogian», respondió: «¿Pues qué he hecho mal?». Cuando sacó lo roto de su manto hacia afuera lo vio Sócrates y le dijo: «A través de tu manto veo tu afán de fama». Preguntado por uno, según cuenta Fanias en su obra *Acerca de los Socráticos*, qué debía hacer para ser un hombre de bien, le contestó: «Aprender de los sabios que debes evitar los vicios que tienes». A uno que elogiaba el lujo replicó: «¡Ojalá vivieran en el lujo los hijos de mis enemigos!».

9. A un muchacho que posaba vanidosamente ante un escultor le preguntó: «Dime, si el bronce cobrara voz, ¿de qué crees que se ufanaría?». «De su belleza», contestó él. «¿No te avergüenzas entonces –dijo– de contentarte con lo mismo que un objeto desalmado?» Cuando un joven del Ponto le prometió colmarle de regalos, en cuanto su barco de salazones llegara, lo tomó consigo así como un saquillo vacío y se plantó en casa de la vendedora de harinas; y allí lo llenó y ya se largaba, cuando ésta le reclamó el precio, y le dijo: «Te lo dará éste, en cuanto llegue su barco de salazones»[16].

Se estima que él fue el responsable del destierro de Ánito y de la muerte de Meleto[17]. 10. El caso es que encontrose con unos jóvenes del Ponto, que habían llegado atraídos por la fama de Sócrates, y los condujo hasta Ánito, diciendo que era por su carácter más sabio que Sócrates. Ante esto los

15. Véase Platón, *Fedro*, 260 c.
16. La anécdota alude a una época en que A., como un sofista, cobraba, y al contado, sus lecciones. Quienes niegan, como Giannantoni (ob. cit., III, p. 205), que cobrara, aduciendo algún texto muy claro como el de Jenofonte, *Banquete*, 4,43, negarán su autenticidad.
17. Los acusadores de Sócrates, causantes de su condena a muerte.

que se encontraban junto a él se enfurecieron y lo condenaron al exilio.

Si alguna vez contemplaba a una mujer muy alhajada, se dirigía a su casa e incitaba a su marido a sacar su caballo y sus armas; de forma que si las tenía, le permitía exhibir su lujo, ya que podía defenderse con ellas. Pero en caso contrario, le ordenaba prescindir del boato.

Sus temas favoritos eran éstos: demostrar que es enseñable la virtud. 11. Que los nobles no son sino los virtuosos. Que la virtud es suficiente en sí misma para la felicidad, sin necesitar nada a no ser la fortaleza socrática. Que la virtud está en los hechos, y no requiere ni muy numerosas palabras ni conocimientos. Que el sabio es autosuficiente, pues los bienes de los demás son todos suyos. Que la impopularidad[18] es un bien y otro tanto el esfuerzo. Que el sabio vivirá no de acuerdo con las leyes establecidas, sino de acuerdo con la de la virtud. Que se casará con el fin de engendrar hijos, uniéndose a las mujeres de mejor planta. Y conocerá el amor, pues sólo el sabio sabe a quiénes hay que amar.

12. De él rememora también Diocles estos temas: para el sabio nada hay extraño ni imposible. El bueno es digno de amor. Las personas de bien son parientes. Hacerse aliado de los valientes y también de los virtuosos; la virtud es un arma que no se deja arrebatar. Es mejor combatir con unos pocos buenos contra todos los malos que con muchos malos contra unos pocos buenos. Prestar atención a nuestros enemigos, porque son los primeros en percibir nuestras faltas. Tener más estima por el justo que por el familiar. La virtud del hombre y la de la mujer es la misma. Las buenas acciones son hermosas y las malas vergonzosas. Considera ajenos a todos los vicios.

18. La *adoxía* puede ser, más simplemente, «la falta de renombre», «la ausencia de fama»; quizá similar al «vive ocultamente» de los epicúreos.

13. La sensatez es un muro segurísimo, que ni se derruye ni se deja traicionar. Hay que prepararse muros en nuestros propios razonamientos inexpugnables.

Conversaba en el gimnasio de Cynosarges[19], poco distante del pórtico del mercado. De ahí precisamente dicen algunos que tomó nombre la escuela cínica. A él mismo le apodaban el Perro Sencillo. Fue el primero en doblarse la túnica, según cuenta Diocles, y usaba sólo esta prenda de vestir. Adoptó también el bastón y la alforja. También Neantes dice que fue el primero en doblarse el vestido. Sosícrates, en cambio, dice en el tercer libro de sus *Sucesiones* que fue Diodoro de Aspendo quien se dejó barba y usó también bastón y morral.

14. A él solo entre todos los discípulos de Sócrates le elogia Teopompo, que asegura que era muy hábil para atraerse a cualquiera con su amable charla. Y se ve por sus escritos y por el *Banquete* de Jenofonte[20]. Se estima que fundó el estoicismo más recio y viril. A propósito dice así sobre esto Ateneo, el poeta epigramático:

> ¡Oh sabedores de los preceptos estoicos, que los mejores
> principios fijasteis en las sagradas tablillas:
> La virtud es el único bien del alma, pues ella sola
> protege la conducta y las ciudades de los hombres!
> Ella sola entre las hijas de la Memoria rechazó

19. El gimnasio de Cynosarges («del perro blanco»), situado fuera de los muros, en el distrito de Diomeya, junto al camino hacia Maratón, estaba reservado a los *nóthoi*, los «bastardos», según cuenta Plutarco en su *Vida de Temístocles*. Dice que Temístocles, cuya madre era extranjera, lo frecuentaba, acompañado de otros jóvenes de buenas familias. El dios tutelar del local era Heracles, fruto también de una unión desigual, entre el olímpico Zeus y una mortal, Alcmena.
No parece probable que el nombre de los cínicos venga del nombre del gimnasio, y es dudoso –a pesar del testimonio de Diógenes Laercio– que llamaran «perro» a Antístenes. Ver nota 32.

20. Véase el cap. 4 y ss. de esa obra.

la placentera sensación de la carne, fin grato a otros
[hombres[21].

15. Éste abrió camino a la impasibilidad de Diógenes, y a la continencia de Crates y a la firmeza de ánimo de Zenón, y él puso los fundamentos básicos a su régimen político. Jenofonte afirma que era el hombre más agradable en las conversaciones, y el más sobrio en todo lo demás.

Se conservan sus escritos en diez apartados (secciones):

Sección primera, que contiene:

Acerca de la dicción o *sobre los caracteres.*
Ayante o *discurso de Ayante.*
Odisea o *Sobre Odisea.*
Apología de Orestes o *acerca de los redactores de pleitos.*
Paralelo de escritores o *Lisias e Isócrates.*
Contra el «sin testimonio» de Isócrates.

Sección segunda, en la que se incluyen:

16. *Sobre la naturaleza de los animales.*
Sobre la procreación o *Erótico sobre el matrimonio.*
Sobre los sofistas, un tratado fisiognómico.
Acerca de la justicia y la valentía, protréptico, en tres libros.
Sobre Teognis, libros cuarto y quinto.

Sección tercera, en la que se incluyen:

Sobre el bien.
Sobre el valor.
Sobre la ley o *Sobre la constitución política.*
Sobre la ley o *Sobre lo bello y justo.*
Sobre libertad y esclavitud.
Sobre la fe.
Sobre el guarda o *Sobre la obediencia.*
Sobre la victoria, un tratado económico.

21. *Ant. Pal.*, IX 496.

Sección cuarta, que contiene:

Ciro.

Heracles el mayor o *Sobre la fuerza.*

Sección quinta, en la que se incluyen:

Ciro o *Acerca de la realeza.*

Aspasia.

Sección sexta, en la que se incluyen:

La Verdad.

Sobre la discusión, obra dialéctica.

Satón o *Sobre la contradicción.*

Sobre el habla coloquial.

17. Sección séptima, que comprende:

Sobre la educación o *Sobre los nombres,* en cinco libros.

Sobre la aplicación de las denominaciones, erístico.

Acerca de la pregunta y la respuesta.

Sobre la opinión y el conocimiento científico, cuatro libros.

Sobre el morir.

Sobre la vida y la muerte.

Acerca de las cosas del Hades.

Sobre la Naturaleza, dos libros.

Inquisición acerca de la naturaleza, dos libros.

Opiniones o *Erístico.*

Problemas sobre el aprender.

Sección octava, que comprende:

Sobre música.

Sobre los comentaristas.

Sobre Homero.

Sobre la injusticia y la impiedad.

Acerca de Calcante.

Sobre el espía.

Sobre el placer.

Sección novena, en la que están:

Acerca de la Odisea.

Sobre el bastón del adivino.
Atenea o *Sobre Telémaco.*
Sobre Helena y Penélope.
Sobre Proteo.
El cíclope o *Sobre Odiseo.*
18. *Sobre el uso del vino* o *Sobre la embriaguez* o *Sobre el cíclope.*
Sobre Circe.
Sobre Anfiarao.
Acerca de Odiseo y Penélope y el perro.

Sección décima, que contiene:

Heracles o *Midas.*
Heracles o *Acerca de la fuerza o la sensatez.*
Ciro o el amado.
Ciro o *los espías.*
Menexeno o *Sobre el mando.*
Alcibíades.
Arquelao o *sobre la realeza.*

Y ésas son las obras que escribió[22].

Timón le censura por la cantidad de escritos y le llama «universal charlatán». Murió de enfermedad. Precisamente entonces vino a visitarle Diógenes y le dijo: «¿No necesitas a un amigo?». Entraba a verle con un puñal, y cuando él exclamó: «¿Quién puede librarme de estos dolores?», sacando el cuchillo, dijo: «¡Éste!». Y él replicó: «De los dolores, dije,

22. De esta larga lista de obras no nos quedan sino los títulos y, probablemente, los discursos breves acerca de Ayante y Odisea. Pero la lista en sí misma es ya reveladora de la variedad de intereses y saberes de Antístenes. Alternan los tratados éticos con los de lógica y dialéctica y los de exégesis mitológicas, e incluso algunos que tratan «de la naturaleza de las cosas». Influjos socráticos, sofísticos y presocráticos, además de un variado enfoque literario, abarcando desde cuestiones y comentarios homéricos hasta discursos sobre la naturaleza física y el mundo de más allá de la muerte, se dan cita en este catálogo tan sugerente. (Cf. Giannantoni, ob. cit., III.)

pero no de la vida». 19. Se opinaba, en efecto, que soportaba su enfermedad con una cierta debilidad por apego a la vida. Tengo una composición sobre él que dice así:

> En tu vida fuiste un perro, Antístenes, de tal naturaleza,
> que sabías morder con tus palabras, no con los dientes.
> Pero moriste consumido, enfermo. Replicará acaso alguno:
> [¿Qué importa?
> De todos modos se necesita encontrar un guía para el
> [Hades.

Hubo otros tres Antístenes. Uno seguidor de Heráclito, otro de Éfeso y otro de Rodas, un historiador.

Puesto que ya hemos enumerado los discípulos de Aristipo y de Fedón, ahora presentemos a los cínicos y estoicos a partir de Antístenes. Y sea de este modo:

Diógenes (404-323 a.C.)

20. Diógenes era de Sinope, hijo de Hicesio, un banquero. Cuenta Diocles que se exilió, porque su padre, que tenía a su cargo la banca estatal, falsificó la moneda. Eubúlides, en su *Acerca de Diógenes,* dice que el propio Diógenes lo hizo y marchó al destierro con su padre[23]. Y no sólo éste, porque él mismo confiesa en el *Pórdalo*[24] que había alterado la acuña-

23. Sobre la frase *paracharáttein tò nómisma*, «reacuñar la moneda», se ha montado una historieta personal, a la que en algún momento se le atribuyó un fundamento histórico real (así en Dudley; criticado por Höistad y otros). Sinope, en el Ponto, era una ciudad muy helenizada en esa época; Hicesio es un nombre real en esa ciudad, según testimonios arqueológicos.

24. Pórdalo es un título curioso, algo así como «pedorrero». Algunos piensan que es una corrupción y que el nombre de la obra en cuestión (aquí y luego en VI, 80) era *Párdalis,* «la pantera». De todos modos un título tan pintoresco no parece inapropiado para una obra de Diógenes.

ción de moneda. Algunos cuentan que, nombrado inspector, se dejó persuadir por los operarios, y fue a Delfos o a Delos, la patria natal de Apolo, a preguntar si debía hacer lo que le aconsejaban. Cuando el dios le dio permiso para modificar la legalidad vigente[25], sin comprender su sentido, falsificó la acuñación y, al ser descubierto, según unos, fue desterrado; según otros, se exilió por su propia voluntad, asustado. 21. Otros cuentan que su padre le encargó de la moneda y él la falsificó. Y mientras aquél fue apresado y murió, él escapó y marchó a Delfos, donde preguntó no si había de falsificar la moneda, sino qué podía hacer para hacerse muy famoso, y allí recibió ese oráculo[26].

Al llegar a Atenas entró en contacto con Antístenes. Aunque éste trató de rechazarlo porque no admitía a nadie en su compañía, le obligó a admitirlo por su perseverancia. Así una vez que levantaba contra él su bastón, Diógenes le ofreció su cabeza y dijo: «¡Pega! No encontrarás un palo tan duro que me aparte de ti mientras yo crea que dices algo importante». Desde entonces fue discípulo suyo, y, como exiliado que era, adoptó un modo de vivir frugal.

22. Al observar a un ratón que corría de aquí para allá, según cuenta Teofrasto en su *Megárico*, sin preocuparse de un sitio para dormir y sin cuidarse de la oscuridad o de perseguir cualquiera de las comodidades convencionales, encontró una solución para adaptarse a sus circunstancias. Fue el primero en doblarse el vestido según algunos por tener necesidad incluso de dormir en él. Y se proveyó de un morral, donde llevaba sus provisiones, y acostumbraba usar

(Cf. P. von der Mühll, en *Mus. Helveticum*, XXIII, 1966, pp. 236 y ss.; y el comentario de Giannantoni en ob. cit., III.)

25. *Tó politikòn nómisma:* «la valoración política», lo aceptado políticamente como valor y norma.

26. La consulta del oráculo de Delfos es un tópico en la vida de algunos filósofos; así, para Sócrates (aunque la consulta la hace Querofonte, su discípulo), o para Zenón el estoico. (D. L., VII, 2.)

cualquier lugar para cualquier cosa, fuera comer, dormir o dialogar. En ocasiones decía, señalando el Pórtico de Zeus y el camino de las procesiones, que los atenienses los habían decorado para que él viviera allí.

23. Comenzó a apoyarse en un bastón cuando cayó enfermo. Pero después lo llevaba en toda ocasión, no sólo en la ciudad, sino también en sus vagabundeos iba con él y con su hato, como dicen Olimpiodoro el que fue magistrado ateniense y Polieucto el orador y Lisanias el hijo de Escrión. Había encargado una vez a uno que le buscara alojamiento. Como éste se retrasara, tomó como habitación la tina que había en el Metroon, según relata él mismo en sus cartas. Y durante el verano se echaba a rodar sobre la arena ardiente, mientras en invierno abrazaba a las estatuas heladas por la nieve, acostumbrándose a todos los rigores.

24. Era terrible para denostar a los demás. Así llamaba a la escuela de Euclides biliosa[27], a la enseñanza de Platón tiempo perdido[28], a las representaciones dionisíacas grandes espectáculos para necios y a los demagogos los calificaba de siervos de la masa. Decía también que cuando en la vida observaba a pilotos, médicos y filósofos, pensaba que el hombre era el más inteligente de los animales; pero cuando advertía, en cambio, la presencia de intérpretes de sueños y adivinos y sus adeptos, o veía a los figurones engreídos por su fama o su riqueza, pensaba que nada hay más vacuo que el hombre. De continuo decía que en la vida hay que tener dispuesta la razón o el lazo de horca.

25. Observando una vez en un espléndido banquete a Platón, que se servía aceitunas, le dijo: «¿Cómo tú, el sabio que ha navegado hasta Sicilia para banquetes como éste, ahora no disfrutas de los manjares presentes?». Y aquél res-

27. Juego de palabras entre *scholé*, «escuela», y *cholé*, «bilis».
28. Juego de palabras entre *diatribé*, «enseñanza, compañía», y *katatribé*, «gasto de tiempo».

pondió: «Por los dioses te aseguro, Diógenes, que también allí las más de las veces viví de aceitunas y cosas por el estilo». Y él: «¿Para qué entonces tenías que viajar a Siracusa? ¿Es que en aquel tiempo no producía aceitunas el Ática?». Pero cuenta Favorino en su *Historia miscelánea* que fue Aristipo el que lo dijo. También otra vez que estaba comiendo higos secos se topó con Platón y le dijo: «Puedes participar». Cuando éste tomó algunos y se los comía, exclamó: «¡Participar dije, no zampártelos!»[29].

26. Una vez que Platón recibía como invitados a unos amigos de Dionisio, pisoteaba sus alfombras diciendo: «Pisoteo la superfluidad de Platón». Le respondió Platón: «¡Cuánto evidencias tu vanidad, Diógenes, tú que te crees no estar envanecido!». Otros dicen que dijo Diógenes: «Pisoteo el orgullo de Platón». Y él replicó: «Con otro orgullo, Diógenes».

Soción, en cambio, dice en su libro cuarto que fue el cínico quien dio esta réplica a Platón. En cierta ocasión Diógenes le pidió vino, y luego unos higos. Éste le envió un jarro entero. Y él le dijo: «Si te preguntan cuántos son dos y dos, ¿responderás que veinte? Así ni respondes a lo que se te pregunta ni das lo que se te pide, por exceso». Lo ridiculizó, desde luego, como hablador inacabable.

27. Cuando le preguntaron en qué lugar de Grecia se veían hombres dignos, contestó: «Hombres en ninguna parte, muchachos en Esparta». Como no se le acercaba nadie al pronunciar un discurso serio, se puso a tararear. Al congregarse la gente a su alrededor, les echó en cara que acudían a los charlatanes de feria, pero iban lentos a los asuntos serios. Decía que los hombres compiten en cavar zanjas y en dar coces, pero ninguno en ser honesto. Admiraba a los eruditos que investigaban las desventuras de Odiseo, mientras ignoraban las suyas propias. Y también a los músicos, que afina-

29. Probable alusión a la teoría platónica de que las cosas «participan» de las ideas.

ban las cuerdas de la lira, y tenían desafinados los impulsos del alma. 28. Se extrañaba de que los matemáticos estudiaran el sol y la luna y descuidaran sus asuntos cotidianos. De que los oradores dijeran preocuparse de las cosas justas y no las practicaran jamás. Y, en fin, de que los avaros hicieran reproches al dinero y lo adoraran.

Criticaba a los que elogiaban a los justos, por estar por encima de las riquezas, pero por otro lado envidiaban a los muy ricos. Le irritaba que se sacrificara a los dioses para pedirles salud, y en el mismo sacrificio se diera una comilona contra la salud. Se extrañaba de que algunos esclavos que veían a sus dueños comer vorazmente no hurtaran nada de los platos. 29. Elogiaba a los que se disponían a casarse y no se casaban, a los que iban a hacerse a la mar y no zarpaban, a los que iban a entrar en política y no lo hacían, a los que iban a criar a sus hijos y no los criaban, y a los que estaban preparados para servir de consejeros a los poderosos y no se acercaban a ellos. Decía, además, que se debe tender la mano a los amigos, pero sin cerrar el puño.

Cuenta Menipo en su *Venta de Diógenes* que, cogido prisionero y siendo vendido como esclavo, le preguntaron qué sabía hacer. Respondió: «Gobernar hombres». Y dijo al pregonero: «Pregona si alguien quiere comprarse un amo». Como le obligaran a tumbarse, dijo: «No importa. También los pescados se venden echados de cualquier forma». 30. Decía extrañarse de que, al comprar una jarra o una bandeja, probáramos su metal haciéndolas sonar, pero en un hombre nos contentamos con su aspecto. Le decía a Jeníades, que lo compró, que debía obedecerle, aunque fuera un esclavo. Cuenta Eubulo en su obra con el título de *La venta de Diógenes* que éste enseñó a los hijos de Jeníades, además de otros conocimientos, a cabalgar, a disparar el arco y la honda y lanzar la jabalina. Luego, en la palestra no le dejaba al maestro de gimnasia educarlos como atletas, sino en la medida conveniente para su buen color y sana disposición.

31. Aprendieron estos niños muchos pasajes de poetas y prosistas e incluso de obras del propio Diógenes. Y revisaba el modo de abreviar cualquier texto para hacerlo memorizable con facilidad. En casa les enseñaba a cuidarse a sí mismos usando de una alimentación sencilla y bebiendo sólo agua. Los llevaba con el pelo rapado y sin adornos, y los habituaba a ir sin túnica y sin calzado, silenciosos y sin reparar más que en sí mismos en las calles. Y los sacaba incluso para llevarlos de caza. Ellos también se cuidaban de Diógenes y estaban solícitos en su favor ante sus padres.

El mismo Eubulo cuenta que envejeció y murió en casa de Jeníades y que sus hijos le dieron sepultura. Y a propósito de esto que Jeníades le preguntó cómo le enterraría, 32. y él contestó: «Boca abajo». Al preguntarle aquél: «¿Por qué?», contestó: «Porque en breve va a volverse todo al revés». Eso era porque ya dominaban los macedonios y de humildes se habían hecho poderosos.

Al invitarle uno a una mansión muy lujosa y prohibirle escupir, después de aclararse la garganta le escupió en la cara, alegando que no había encontrado otro lugar más sucio para hacerlo. Otros cuentan esto de Aristipo[30].

Como una vez exclamara: «¡A mí, hombres!», cuando acudieron algunos, los ahuyentó con su bastón, diciendo: «¡Clamé por hombres, no desperdicios!». Así lo relata Hecatón en el primer libro de sus *Anécdotas*. Dice también que Alejandro había dicho que, de no ser Alejandro, habría querido ser Diógenes.

33. Consideraba minusválidos no a los sordos o a los ciegos, sino a los que no tenían morral[31]. Introduciéndose una vez medio afeitado en un banquete de jóvenes, según refiere Metrocles en sus *Anécdotas*, fue apaleado. Pero luego escri-

30. Cf. Diógenes Laercio, II, 75.

31. Juego de palabras entre *anapérous*, «lisiados», y *pera*, el «morral» o «hato» del cínico.

bió los nombres de los que le habían pegado en una tablilla blanca y se paseaba con ella colgada del cuello, hasta que les hizo pagar el daño exponiéndolos a la censura y el desprecio. Decía de sí mismo que era un perro de los que reciben elogios, pero con el que ninguno de los que lo elogian quiere salir a cazar[32]. A uno que decía: «En los Juegos Píticos he vencido a otros hombres», le replicó: «Yo venzo a hombres, tú sólo a esclavos».

34. A quienes le decían: «Eres ya viejo, descansa ya», les contestó: «Si corriera la carrera de fondo, ¿debería descansar al acercarme al final, o más bien apretar más?». Al invitarle a un banquete, dijo que no asistiría; porque la vez anterior no le habían dado las gracias. Caminaba sobre la nieve con los pies desnudos y hacía las demás cosas que se han dicho antes. Incluso intentó comer carne cruda, pero no pudo digerirla. Encontró una vez a Demóstenes el orador, que comía en una taberna. Como éste se retirara hacia el fondo, le dijo: «Todavía estarás más dentro de la taberna». Como algunos extranjeros querían en cierta ocasión contemplar a Demóstenes, les dijo al tiempo que extendía el dedo del medio[33]:

32. Un escoliasta de Aristóteles dice que «hay cuatro razones por las que los cínicos son llamados así. La primera es por la "indiferencia" de su manera de vivir *(dià tó adiáphoron tês zoês)*, porque cultivan la indiferencia y, como los perros, comen y hacen el amor en público, van descalzos y duermen en toneles y encrucijadas... La segunda razón es porque el perro es un animal impúdico, y ellos cultivan la desvergüenza, no como algo inferior a la vergüenza, sino por encima de ésta... La tercera es que el perro es un buen guardián y ellos guardan los principios de su filosofía... La cuarta razón es que el perro es un animal selectivo que puede distinguir entre sus amigos y sus enemigos; así ellos reconocen como amigos a quienes atienden a la filosofía, y a éstos los tratan amistosamente, mientras que a los contrarios los rechazan, como los perros, ladrándoles».

33. Haciendo el signo de la higa, en un gesto bien conocido, como alusión sexual. Cf. Periso, *Sat.*, II, 33; Marcial, VI, 76, 5, y Juvenal, *Sat.*, X, 53.

«¡Aquí tenéis al demagogo de los atenienses!». 35. Como a uno se le había caído un trozo de pan y le daba vergüenza recogerlo, queriendo darle una lección, ató una cuerda al cuello de una jarra y la arrastró por todo el Cerámico.

Decía que imitaba a los directores de un coro: que también ellos dan la nota más alta para que el resto capte el tono adecuado. Decía que la mayoría estaban locos por un dedo de margen. En efecto, si uno se pasea extendiendo el dedo del medio, cualquiera opinará que está chalado, pero si extiende el índice, ya no le considerarán así[34]. Decía que las cosas de mucho valor se compran por nada y viceversa: pues una estatua se vende por tres mil dracmas y un cuartillo de harina por dos monedas de cobre.

36. A Jeníades, que lo había comprado, le dice: «Ven, para que cumplas mis órdenes». Y al citar éste el verso:

> Hacia arriba corren las aguas de los ríos[35],

le dijo: «Si hubieras comprado un médico y estuvieras enfermo, ¿no le harías caso, sino que le replicarías que "hacia arriba corren las aguas de los ríos"?».

Quería uno filosofar en su compañía. Diógenes le dio un arenque seco y le invitó a seguirle. El otro, por vergüenza, arrojó el arenque y se fue. Algún tiempo después se lo encontró y riendo le dijo: «Un arenque ha quebrado nuestra amistad». Diocles lo relata de este modo: Como uno le dijera: «Estoy a tus órdenes, Diógenes», lo apartó a un lado y le dio un queso de medio óbolo para que lo llevara. Cuando él se negó, le dijo: «Nuestra amistad la ha quebrado un quesillo de medio óbolo».

37. Al observar una vez a un niño que bebía en las manos, arrojó fuera de su zurrón su copa, diciendo: «Un niño

34. Véase nota anterior.
35. Verso de Eurípides *(Medea, 410)*, convertido en frase proverbial.

me ha aventajado en sencillez». Arrojó igualmente el plato, al ver a un niño que, como se le había roto el cuenco, recogía sus lentejas en la corteza cóncava del pan.

Razonaba del modo siguiente: «Todo es de los dioses. Los sabios son amigos de los dioses. Los bienes de los amigos son comunes. Por tanto, todo es de los sabios». Al ver una vez a una mujer que adoraba a los dioses en una postura bastante fea, con la intención de censurar su carácter supersticioso, según dice Zoilo de Perga, le dijo: «¿No te da reparo, mujer, que haya algún dios a tu espalda, ya que todo está lleno de su presencia, y le ofrezcas un feo espectáculo?». 38. Dedicó a Asclepio un boxeador, que perseguía a los que besaban el suelo y los aporreaba.

Acostumbraba a decir que todas las maldiciones de la tragedia habían caído sobre él. Que, en efecto, estaba:

sin ciudad, sin familia, privado de patria,
pobre, vagabundo, tratando de subsistir día a día[36].

Afirmaba que oponía al azar el valor, a la ley la naturaleza y a la pasión el razonamiento. Cuando tomaba el sol en el Craneo se plantó ante él Alejandro y le dijo: «Pídeme lo que quieras». Y él contestó: «No me hagas sombra». Cuando uno que llevaba mucho tiempo leyendo dejó ver al final del papiro un espacio en blanco, Diógenes exclamó: «¡Valor, camaradas! ¡Veo tierra!». A uno que por silogismos concluía que tenía cuernos, le replicó, palpándose la frente: «Pues yo no los veo»[37]. 39. De igual modo contra el que decía que el movimiento no existe[38], se levantó y echó a an-

36. Versos trágicos de autor desconocido (*Adesp.* 284 Nauck).
37. El razonamiento «cornudo» era uno de esos pseudosilogismos famosos: «Si uno tiene lo que no ha perdido, y no perdió los cuernos, los tiene». (Cf. D. L. II, 111; VII, 44, 82.)
38. Algún discípulo de Zenón de Elea, con sus célebres aporías sobre el movimiento.

dar. Ante el que hablaba de los fenómenos celestes, exclamó: «¿Cuántos días hace que bajaste del cielo?». Habiendo colocado un individuo perverso sobre la pared de su casa la inscripción: «Que nada malo entre», comentó: «¿Y el dueño de la casa dónde se meterá?». Después de untarse de ungüento perfumado los pies, declaró que el perfume de la cabeza sube al aire, pero de los pies al olfato. Cuando los atenienses le instaban a que se iniciara en los misterios, le decían que los iniciados ocupan un lugar de preferencia en el Hades, y él replicó: «Sería ridículo que Agesilao y Epaminondas yacieran en el fango, mientras unos cualquiera por ser iniciados vivieran en las islas de los Bienaventurados».

40. Dirigiéndose a unos ratones que corrían a su mesa, dijo: «¡Mira que hasta Diógenes alimenta parásitos!». Al llamarle Platón «perro», le dijo: «Sí, pues yo regreso una y otra vez a quienes me vendieron». Saliendo de los baños públicos a uno que le preguntó si se bañaban muchas personas le dijo que no. Pero a otro, sobre si había mucha gente allí, le dijo que sí. Platón dio su definición de que «el hombre es un animal bípedo implume» y obtuvo aplausos. Él desplumó un gallo y lo introdujo en la escuela y dijo: «Aquí está el hombre de Platón». Desde entonces a esa definición se agregó «y de uñas planas». A uno que le preguntó a qué hora se debe comer, respondió: «Si eres rico, cuando quieras; si eres pobre, cuando puedas».

41. Viendo una vez en Mégara a los rebaños protegidos con pieles, mientras los niños iban desnudos, comentó: «Es mejor ser el cordero que el hijo de un megarense». A uno que le golpeó con un madero y luego le dijo: «¡Cuidado!», le respondió: «¿Es que vas a atizarme de nuevo?». Calificaba a los demagogos de siervos de la masa, y las coronas, de eflorescencias de la fama. Se paseaba por el día con una lámpara encendida, diciendo: «Busco un hombre». Una vez se había quedado de pie bajo el chorro de una fuente; mientras que los circundantes le compadecían, presentose Platón y dijo:

«Si queréis compadeceros de él, abandonadle», aludiendo a su afán de notoriedad. Cuando uno le dio un puñetazo, exclamó: «¡Por Heracles! ¿Cómo me he descuidado en salir a pasear sin casco?».

42. También le dio de puñetazos Midias, al tiempo que le decía: «Te quedan tres mil a crédito». Pero al día siguiente tomó él unas correas de boxear y le dio una paliza, diciéndole: «Te quedan tres mil a crédito»[39]. Al preguntarle el vendedor de fármacos Lisias si creía en los dioses, dijo: «¿Cómo no voy a creer en ellos, cuando tengo por seguro que te detestan?». Otros atribuyen este dicho a Teodoro[40]. Viendo a uno que hacía abluciones de purificación, le espetó: «Desgraciado, ¿no sabes que, así como no puedes librarte de tus errores de gramática por más abluciones que hagas, tampoco te purificarás de los de tu vida?».

Reprochaba a las personas en relación a sus oraciones el que suplicaran las cosas que les parecían a ellos bienes, pero que no eran tales en realidad. 43. A los que se angustiaban por sus sueños les reprochaba no ocuparse de lo que hacían en la vigilia, pero preocuparse gravemente de lo que fantaseaban dormidos. Cuando en Olimpia proclamó el heraldo: «Dioxipo vence a otros hombres», exclamó: «Ése vence, sí, a esclavos; a hombres, yo».

Era apreciado ciertamente por los atenienses. Pues cuando un muchacho rompió la tina donde habitaba, a éste le apalearon, y le procuraron otra a Diógenes. Cuenta Dionisio el estoico que, apresado tras la batalla de Queronea, fue conducido a presencia de Filipo. Entonces le preguntó éste quién era, y contestó: «Un observador de tu ambición insaciable». Así suscitó su admiración y quedó en libertad.

39. Alusión a un famoso pleito en que Demóstenes, golpeado por Midias, obtuvo como compensación tres mil dracmas.
40. Teodoro el ateo, cf. Diógenes Laercio, II, 102.

44. Cuando en una ocasión Alejandro envió una misiva a Antípatro en Atenas por medio de un tal Atlio, Diógenes, que estaba allí, comentó: «Un miserable hijo de miserable a través de un miserable a otro miserable»[41].

Como Perdicas lo amenazó, diciendo que, de no alejarse de él, lo habría matado, dijo: «No es nada extraordinario; pues también un escorpión o una tarántula habrían hecho lo mismo». Consideraba que le habría amenazado mejor con la frase de «aunque vivas lejos de mí, podré vivir feliz». Voceaba a menudo que los dioses habían concedido a los hombres una existencia fácil, pero que ellos mismos se la habían ensombrecido al requerir pasteles de miel, ungüentos perfumados y cosas por el estilo. A este respecto le dijo a uno al que su esclavo le ataba el calzado: «Aún no eres feliz del todo, mientras éste no te suene también; pero eso llegará en cuanto quedes inútil de los brazos».

45. Al contemplar una vez a los hieromnémones de un templo llevar detenido a uno de los sacristanes que había robado un copón, exclamó: «Los grandes ladrones han apresado al pequeño». Al observar un día a un muchacho que tiraba piedras contra una cruz, dijo: «Bien, alcanzarás seguramente ese objetivo». A los muchachos que le rodeaban y decían: «Cuidamos de que no nos muerdas», les contestó: «No temáis; un perro no come berzas». A uno que se pavoneaba con una piel de león, le dijo: «¡Deja de insultar el sayo de la virtud!»[42]. A uno que elogiaba como feliz a Calístenes[43] y comentaba que participaba de la espléndida vida de la corte de Alejandro, le replicó: «No es más que un infeliz, que come y cena cuando le parece bien a Alejandro».

41. Juego de palabras: *áthlios* significa «miserable».
42. Recordando la que llevaba sobre sus hombros Heracles, la piel del león de Nemea.
43. Calístenes de Olinto; historiador y cortesano de Alejandro.

46. Necesitando dinero, decía a sus amigos que no se lo pedía, sino que se lo reclamaba. Una vez que se masturbaba en medio del ágora, comentó: «¡Ojalá fuera posible frotarse también el vientre para no tener hambre!». Al ver a un jovencito que iba al convite de unos sátrapas, lo apartó, lo recondujo a casa de sus familiares y les encargó que lo vigilaran. A un muchacho muy acicalado que le planteaba una pregunta le dijo que no podía responderle hasta que, desnudándose, mostrara si era hombre o mujer[44]. A un muchacho que jugaba al cótabo en los baños públicos le dijo: «Cuanto mejor (lo hagas), tanto peor (para ti)». En un banquete empezaron a tirarle huesecillos como a un perro. Y él se fue hacia ellos y les meó encima, como un perro.

47. A los oradores y a todos los que buscaban la fama con sus discursos los llamaba «sobrehumanos», queriendo decir «superdesgraciados». Al rico ignorante lo calificaba de «vellón de oro»». Viendo una vez sobre la casa de un juerguista el cartel de «Se vende», dijo: «¡Ya sabía que, con tantas borracheras, acabarías por vomitar a tu dueño!». A un jovencito que se quejaba de la turba de sus admiradores le replicó: «Deja tú de pasear los reclamos de invitación». Ante unos baños sucios, dijo: «¿Dónde se bañan luego los que se han bañado aquí?». Sólo él elogiaba a un fornido citarista al que todos criticaban. Cuando le preguntaron por qué, contestó: «Porque con esa corpulencia se dedica a tocar la cítara y no a ladrón de caminos».

48. A un citarista ante el que siempre desertaban los oyentes le saludó: «¡Hola, gallo!». Él dijo: «¿Por qué?». Contestó: «Porque con tu canto los levantas a todos». Mientras un joven pronunciaba un discurso de aparato, Diógenes con el pliegue de su vestido lleno de altramuces se puso a comérselos enfrente de éste. Cuando la gente desvió su atención hacia él, dijo que se extrañaba de que abandonaran al orador

44. Para emplear el género gramatical correcto, masculino o femenino, en la respuesta.

para mirarle. Cuando una vez le dijo un individuo muy supersticioso: «¡Te partiré la cabeza de un golpe!», replicó: «Y yo sólo con estornudar a la izquierda te daré escalofríos»[45]. Como Hegesias le rogaba que le prestara alguno de sus escritos, le dijo: «¡Eres un frívolo, Hegesias! Tú no echas mano a los higos pintados, sino a los de verdad. Pero en el ejercicio de la virtud dejas de lado lo real y acudes a lo literario».

49. A uno que le echaba en cara su exilio, le dijo: «Pero por ese motivo, desgraciado, vine a filosofar». Y otra vez, cuando uno le dijo: «Los sinopenses te condenaron al destierro», dijo: «Y yo a ellos a la permanencia en su ciudad». Viendo una vez a un vencedor olímpico que pastoreaba un rebaño, le dijo: «Pronto, amigo, has trocado Olimpia por Nemea»[46]. Cuando le preguntaron por qué eran insensibles los atletas, contestó: «Porque están hechos de carne de cerdo y de buey». Pedía limosna a una estatua. Al preguntarle que por qué lo hacía, contestó: «Me acostumbro a ser rechazado». Al pedirle limosna a uno –y empezó a hacerlo por necesidad–, dijo: «Si has dado ya a otros, dame también a mí. Y si no, empieza por mí».

50. Al ser preguntado por un tirano cuál era el mejor bronce para una estatua, dijo: «El que usaron para forjar a Harmodio y Aristogitón»[47]. Al preguntarle que cómo trataba Dionisio a sus amigos, contestó: «Como a sacos, colgando los llenos y tirando los vacíos». Cuando un recién casado hizo escribir sobre la pared de su casa:

> El hijo de Zeus, el victorioso Heracles,
> aquí habita. Que no entre ningún mal,

añadió por escrito: «Después de la guerra, la alianza».

45. Hacerlo era augurio funesto.
46. Juego de palabras entre Nemea, donde se celebraban los famosos juegos, y *némein*, «pastorear».
47. Los célebres tiranicidas atenienses, a los que se elevó una famosa estatua en Atenas.

Dijo que la pasión por el dinero es la metrópoli de todos los males. Al ver a un juerguista que comía aceitunas en una taberna, dijo: «Si hubieras comido así, no cenarías así».

51. Decía que los hombres buenos son imágenes de los dioses. Que el amor era la ocupación de los desocupados. Cuando le preguntaron qué era una desdicha en la vida, dijo: «Un viejo sin recursos». Preguntado sobre cuál de las bestias muerde más dañinamente, respondió: «De las salvajes, el sicofanta; de las domésticas, el adulador». Al ver a dos centauros muy mal pintados, dijo: «¿Cuál de los dos es Quirón?»[48]. Decía que el discurso de elogio era un lazo meloso. Llamaba al vientre Caribdis de la existencia. Al oír cierta vez que el flautista Dídimo había sido atrapado en adulterio, flagrante, dijo: «Merece que le cuelguen por su nombre»[49]. Como le preguntaron una vez que por qué es pálido el oro, contestó: «Porque son muchos los que conspiran contra él». Al ver a una mujer transportada en una litera, dijo: «La jaula no está proporcionada a la fiera».

52. Viendo una vez a un esclavo fugitivo echado sobre el brocal de un pozo, le dijo: «¡Muchacho, ten cuidado no recaigas!». Al ver a un ladrón de mantos en los baños públicos, le preguntó: «¿Vienes a desnudarte o a vestirte?»[50]. Al ver a unas mujeres ahorcadas de un olivo, exclamó: «¡Ojalá todos los árboles dieran un fruto semejante!». Viendo a un ladrón de vestidos, le dijo:

¿A qué estás aquí, bravísimo?
¿Acaso para despojar a algún cadáver de los yacentes?[51].

48. Juego de palabras entre el nombre del ilustre Centauro y *cheíron*, «peor».
49. *Dydimoi:* «testículos».
50. Juego intraducible; el texto dice: *ep'aleimmátion è ep'all' imátion*: «a por un pequeño ungüento o a por otro vestido».
51. Verso de la *Ilíada* X 343.

Cuando le preguntaron si tenía algún pequeño esclavo o un siervo, respondió que no. Y al volverle a preguntar: «¿Entonces, cuando te mueras, quién te llevará a la tumba?», contestó: «Cualquiera que necesite mi casa».

53. Al ver a un hermoso muchacho que dormía descuidadamente, lo sacudió y le dijo:

> ¡Despierta!
> No sea que mientras duermes alguno te clave su lanza en la espalda.

A uno que compraba las golosinas caras del mercado:

> De breve vida serás, hijo mío, según te portas en la plaza[52].

Cuando Platón dialogaba sobre las ideas y mencionaba la «mesidad» y la «tazonez», dijo: «Yo veo una mesa y un tazón, pero de ningún modo la mesidad y la tazonez». Y él replicó: «Con razón, porque posees los instrumentos con los que se ven la mesa y el tazón, los ojos. Pero aquello con lo que se percibe la mesidad y la tazonez, la inteligencia, no la posees».

Cuando a Platón le preguntaron: «¿Qué te parece Diógenes?», respondió: «Un Sócrates enloquecido».

54. Preguntado por alguien sobre cuál es el momento oportuno para casarse, dijo: «Los jóvenes todavía no, los viejos ya no». Preguntado acerca de qué querría recibir a cambio de un puñetazo, dijo: «Un casco». A un jovencito que se acicalaba, le dijo al verlo: «Si lo haces con vistas a los hombres, eres un perdido; si para las mujeres, un bribón». Al observar a un muchacho que se ruborizaba, le dijo: «Ánimo, ése es el color de la virtud».

52. *Ilíada* VIII 95, con una pequeña variante *(heúdonti* por *pheúgonti)*, e *Ilíada* V 5, con otra *(agorázeis* por *agoreúeis)*.

55. A uno que decía que la vida es un mal le dijo: «No la vida, sino la mala vida». A los que le aconsejaban que persiguiera a su esclavo que se había fugado, contestó: «Sería ridículo que Manes viva bien lejos de Diógenes, y que Diógenes no pueda vivir sin Manes».

Comiendo aceitunas, le trajeron un pastel, y, arrojándolo, dijo: «¡Extranjero, apártate, paso libre a los tiranos!»[53]. Y otra vez: «Azotó una aceituna»[54].

Cuando le preguntaron qué raza de perro era, dijo: «Cuando tengo hambre, un maltés; cuando estoy harto, un moloso, de esos que la mayoría elogia, pero que no se atreven a llevar con ellos de caza por temor a la fatiga. Así tampoco sois capaces de convivir conmigo por temor a los dolores».

56. Le preguntaron si los sabios comen pasteles y respondió: «Todo, como los demás hombres». Al serle preguntado por qué dan limosnas a los pobres, y no a los filósofos, respondió: «Porque piensan que pueden llegar a ser cojos o ciegos, pero nunca a filosofar». Le mendigaba a un avaro, y como éste se demorara, le dijo: «Amigo, te pido para mi comida, no para mi entierro»[55]. A uno que le censuraba por haber falsificado la moneda, le dijo: «Hubo una vez una época en que yo era como tú ahora; pero como yo soy ahora, tú no serás jamás». Y a otro que le hacía el mismo reproche le replicó: «También antes me meaba encima, pero ahora no».

57. Al llegar a Mindo y ver los portones de la muralla enormes y la ciudad pequeña, dijo: «¡Ciudadanos de Mindo, cerrad los portalones, para que no se os escape la ciudad!».

53. Eurípides, *Fenicias*, 40.
54. Juego de palabras sobre una frase homérica; *eláan:* «para avanzar» y «aceituna». Cf. *Ilíada* V 36.
55. Juego de palabras entre *trophé*, «alimento, comida», y *taphé*, «entierro».

Al ver una vez a un ladrón de púrpura atrapado en delito, citó el verso[56]:

Le sorprendió la muerte purpúrea y la Moira poderosa.

Como Crátero le invitara a acudir a su corte, respondió: «Prefiero lamer sal en Atenas que disfrutar de la espléndida mesa en el palacio de Crátero». Acercándose al orador Anaxímenes, que era gordo, le dijo: «Danos a los pobres parte de tu barriga; así tú te aligerarás y a nosotros nos beneficiarás».

En una ocasión en que este mismo pronunciaba un discurso, alzando en su mano un pescado seco, dispersó a sus oyentes. Como aquél se enfadó, le dijo: «La conferencia de Anaxímenes ha quedado disuelta por un pescado en salazón de un óbolo».

58. Al reprocharle que comía en medio del ágora, repuso: «Es que precisamente en medio del ágora sentí hambre». Algunos le adjudican también la anécdota de que Platón, al verle lavar unas lechugas, se le acercó y en voz baja le dijo: «Si adularas a Dionisio, no lavarías lechugas». Y él respondió igualmente en voz baja: «Y si tú lavaras lechugas no adularías a Dionisio». Al que le dijo: «La gente se ríe de ti», le respondió: «También de ellos los asnos algunas veces; pero ni ellos se cuidan de los asnos ni yo de ellos». Al ver una vez a un joven que filosofaba, le dijo: «Muy bien, porque desvías a los amantes del cuerpo a la belleza del alma».

59. Admirando uno las ofertas votivas del santuario de Samotracia, comentó: «Serían muchas más si también los que no se salvaron hubieran dedicado las suyas». Otros atribuyen esto a Diágoras de Melos. A un bello muchacho que iba a un convite le dijo: «Volverás peor». Como se lo encontró al regreso y le comentó enseguida: «Ya regreso y no salí

56. Verso homérico: *Ilíada* V, 83.

peor», contestó: «Peor no, más juerguista sí»[57]. Le pedía limosna a un individuo de mal carácter. Cuando éste dijo: «Si logras convencerme», le replicó: «Si pudiera convencerte, te habría convencido para que te ahorcases».

Regresaba de Esparta a Atenas, y uno le preguntó: «¿De dónde y adónde?». Respondió: «De la habitación de los hombres a la de las mujeres».

60. Regresaba de Olimpia y alguien le preguntó si había allí mucha gente. Respondió: «Mucha gente, sí, pero pocas personas».

Los libertinos, dijo, eran semejantes a higueras crecidas en una cresta abrupta, cuyos frutos no gusta ninguna persona, sino que los devoran los cuervos y los buitres. Cuando Friné dedicó una estatua de oro de Afrodita en Delfos, dicen que él escribió sobre ella: «Don de la lujuria helénica». Acudió una vez Alejandro hasta él y le dijo: «Yo soy Alejandro el gran rey». Repuso: «Y yo Diógenes el Perro». Al preguntarle por qué se llamaba «perro», dijo: «Porque muevo el rabo ante los que me dan algo, ladro a los que no me dan y muerdo a los malvados».

61. Estaba cogiendo los frutos de una higuera, cuando el guardián le dijo: «De ahí mismo se ahorcó anteayer un hombre». Contestó: «Yo la purifico ahora»[58]. Al ver a un vencedor olímpico que miraba embelesadamente a una hetera, dijo: «Ved a un carnero furioso en la pelea que es arrastrado del dogal por una muchachuela cualquiera». Decía que las heteras hermosas eran parecidas a un dulce envenenado.

Mientras comía en el ágora, los que le rodeaban le gritaban repetidamente: «¡Perro!». Contestó: «¡Perros sois voso-

57. Juego de palabras entre *cheíron*, «Quirón», el buen centauro, *cheíron*, «peor», y *Eurytion*, Euritión, que era otro centauro «ebrio y vinoso» (Ortiz y Sanz).
57. El instrumento de una muerte se consideraba como manchado de impureza; el cínico «limpia» la de la higuera llevándose los higos.

tros que me rondáis cuando como!». Dos tipos tímidos se ocultaban a su paso y les dijo: «¡No temáis! ¡Un perro no come berzas!». Preguntado a propósito de un muchacho que se había prostituido que de dónde era, dijo: «De Burdelia»[59].
62. Viendo a un necio atleta ejercer de médico, le dijo: «¿A qué viene eso? ¿Acaso quieres tumbar así a los que antes te derrotaron?». Al ver al hijo de una hetera tirar piedras a la gente, le dijo: «Ten cuidado, no le des a tu padre».

Enseñándole una vez un mozalbete el cuchillo que había recibido de su amante, comentó: «La hoja es hermosa, pero el mango feo»[60]. Al elogiar algunos a quien le había hecho un obsequio, dijo: «¿Y no me elogiáis a mí que merecí recibirlo?». Como uno le reclamara su vestido, le dijo: «Si me lo diste, es mío; si me lo prestaste, lo llevo de prestado». Como un ciudadano espurio le dijera que llevaba oro en su manto, le respondió: «Sí, por eso duermes tan bien cubierto con él».

63. Al serle preguntado qué había sacado de la filosofía, dijo: «De no ser alguna otra cosa, al menos el estar equipado contra cualquier azar». Preguntado que de dónde era, respondió: «Cosmopolita». Cuando unos hacían un sacrificio para tener un hijo, les dijo: «¿Y para que salga de buena condición no hacéis sacrificios?». Al serle reclamada su aportación por el director de una comida colectiva, le replicó con el verso:

¡Despoja a los demás, pero mantén tus manos lejos de [Héctor![61].

59. Juego de palabras. *Tegeates* puede indicar que es de la ciudad de Tegea o «de burdel».
60. Otro juego de palabras: *labé* puede ser «mango, empuñadura» o «manera de obtener o agarrar algo».
61. Las comidas a escote *(éranos)* eran corrientes en Grecia y tenían un jefe o encargado de recoger las aportaciones de los comensales. El verso con el que intenta detenerlo Diógenes es un verso homérico u homerizante, que no se encuentra en nuestra *Ilíada*. (Algunos editores lo insertaron detrás de XVI, 82, o de XVI, 90.)

Decía que las concubinas de los reyes eran reinas; pues hacían lo que querían. Al honrar por decreto los atenienses a Alejandro como Dioniso, dijo: «¡Y a mí hacedme Sérapis!»[62]. Al que le reprochaba que se metía en lugares infectos, le repuso: «También el sol entra en los retretes, pero no se mancha».

64. Cuando comía en un santuario, como colocaran a su lado algunos panes sucios, los cogió y los arrojó, diciendo que en un lugar consagrado no debía entrar nada sucio. A uno que le dijo: «Sin ningún conocimiento filosofas», le respondió: «Aunque tan sólo pretenda la sabiduría, también eso es filosofar». A uno que le presentaba a su hijo y decía que era de excelente natural y de costumbres muy ordenadas, le contestó: «¿Entonces para qué me necesita?». De los que hablaban de lo correcto, pero que no lo practicaban, decía que nada diferían de una cítara, pues tampoco ésta oye ni percibe. Entraba en el teatro en contra de los demás que salían. Al preguntarle que por qué, dijo: «Eso es lo que trato de hacer durante toda mi vida».

65. Al ver a un muchacho afeminado, le dijo: «¿No te avergüenzas de tomar sobre ti mismo una decisión peor a la de la naturaleza? Porque ella te hizo hombre, mientras tú te fuerzas a ser mujer».

Al contemplar a un alocado que afinaba un psalterio, le dijo: «¿No te avergüenzas de armonizar los sones de un madero, y no acompasar tu alma a la vida?». A uno que decía: «No estoy capacitado para la filosofía», le repuso: «¿Para qué entonces vives, si no te importa el vivir bien?». A uno

62. Puesto que los atenienses aceptan la identificación de Alejandro con el dios Dioniso, Diógenes les propone la suya con Sérapis, el dios egipcio que en la época helenística –ya en tiempos de Alejandro– se admitía como figura de Zeus, en el sincretismo en boga. Tal vez, supone Hicks, porque Sérapis tenía a su lado un enorme animal de tres cabezas, de perro, *león* y lobo, como *mítico* Cancerbero egipcio.

que menospreciaba a su padre, le dijo: «¿No te avergüenzas de despreciar a ese gracias al cual puedes enorgullecerte?». Observando a un joven de bella figura que hablaba muy mal, le comentó: «¿No te da vergüenza sacar de un mango de marfil una cuchilla de plomo?».

66. Cuando le reprocharon que se pusiera a beber en la tienda de vinos, dijo: «También me corto el pelo en la barbería». Como le censuraran por haber recibido un vestido de Antípatro, respondió:

No son desde luego rechazables los dones preciosos de los dioses[63].

Al que le sacudió dándole con una viga, y luego dijo: «¡Cuidado!», le atizó con su bastón a la vez que decía: «¡Cuidado!». Al que perseguía a una hetera, dijo: «¿Por qué quieres alcanzar, desventurado, lo que es mejor extraviar?». A uno que se perfumaba, le dijo: «Ten cuidado que el aroma de tu cabeza no procure mal olor a tu vida». Decía que los criados son esclavos de sus amos, y que los débiles lo son de sus pasiones.

67. Al preguntarle que por qué llamaban a los esclavos *andrápoda,* contestó: «Porque tienen los pies de hombres *(andrón pódas),* pero el espíritu como el tuyo ahora, preguntador». A un juerguista le pedía una mina[64]. Le preguntó éste que por qué a los demás les pedía un óbolo y a él una mina, y le contestó: «Porque de los demás espero recibir de nuevo, pero de ti está en las rodillas de los dioses si tendré otra oportunidad de recibir algo». Al serle reprochado que él pedía limosna, mientras que Platón no mendigaba, dijo:

63. Verso de la *Ilíada* III 65.
64. Una dracma tenía seis óbolos, y una mina, cien dracmas.

También pide, pero acercando su cabeza, para que no se enteren los demás[65].

Al ver a un arquero torpe se sentó junto al blanco, diciendo: «Para que no me alcance». Decía que los amantes son desdichados por placer.

68. Al ser preguntado si la muerte es un mal, contestó: «¿Cómo va a ser un mal, si cuando está presente no la sentimos?»[66]. A Alejandro, que, erguido ante él, le preguntó: «¿No me temes?», le dijo: «¿Por qué? ¿Eres un bien o un mal?». Como él respondió: «Un bien», dijo: «¿Pues quién teme un bien?».

Dijo que la educación era sensatez para los jóvenes, consuelo para los viejos, riqueza para los pobres, adorno para los ricos. A Didimón el adúltero, que una vez estaba curando el ojo de una muchacha, le dijo: «Pon atención, no sea que al tratar de curar el ojo de la muchacha perviertas a la pupila»[67]. Al decirle alguien que sus amigos conspiraban contra él: «¿Y qué hay que hacer –dijo– si es que hay que tratar a los amigos de igual modo que a los enemigos?».

69. Al preguntarle qué es lo más hermoso entre los hombres, contestó: «La sinceridad»[68]. Entrando en la casa de un maestro y viendo muchas estatuas de Musas, pero pocos alumnos, exclamó: «¡Gracias a las diosas, maestro, tienes muchos discípulos!». Acostumbraba a realizarlo todo en público, tanto las cosas de Deméter como las de Afrodita. Y exponía unos argumentos de este estilo: «Si el comer no es

65. Verso de *Odisea* I 157; IV 70.
66. Ése será también para Epicuro un argumento contra el temor a la muerte: no puede sentirse, ya que mientras existimos no existe ella, y cuando llega ya no somos ni sentimos.
67. Juego de palabras en griego y en castellano: *kóre* es «muchacha» y «pupila», o «niña del ojo».
68. La *parresía* o «libertad de palabra»; etimológicamente significa el «decirlo todo».

nada extraño, tampoco lo es en el ágora. No es extraño el comer. Luego tampoco lo es comer en el ágora». Masturbándose en público repetidamente, decía: «¡Ojalá se calmara el hambre también con frotarse la barriga!». Se le atribuyen, además, otras cosas, que sería largo enumerar porque son muchas.

70. Decía que hay un doble entrenamiento: el espiritual y el corporal. En éste, por medio del ejercicio constante, se crean imágenes que contribuyen a la ágil disposición en favor de las acciones virtuosas[69]. Pero que era incompleto el uno sin el otro, porque la buena disposición y el vigor eran ambos muy convenientes, tanto para el espíritu como para el cuerpo. Aportaba pruebas de que fácilmente se desemboca de la gimnasia en la virtud. Pues en los oficios manuales y en los otros se ve que los artesanos adquieren una habilidad manual extraordinaria a partir de la práctica constante, e igual los flautistas y los atletas cuánto progresan unos y otros por el continuo esfuerzo en su profesión particular; de modo que, si éstos trasladaran su entrenamiento al terreno espiritual, no se afanarían de modo incompleto y superfluo.

71. Decía que en la vida nada en absoluto se consigue sin entrenamiento, y que éste es capaz de mejorarlo todo. Que deben, desde luego, en lugar de fatigas inútiles, elegir aquellas que están de acuerdo con la naturaleza quienes quieren vivir felices, y que son desgraciados por su necedad. Y que incluso el desprecio del placer, una vez practicado, resulta muy placentero. Y que, así como los acostumbrados a vivir placenteramente cambian a la situación contraria con disgusto, así los que se han ejercitado en lo contrario desprecian con gran gozo los placeres mismos. Conversaba sobre estas cosas y las ponía en práctica abiertamente, troquelando con nuevo cuño lo convencional de un modo auténtico, sin hacer ninguna concesión a las convenciones de la ley,

69. La frase es difícil. Véase Höistad, ob. cit., pp. 41-43.

sino sólo a los preceptos de la naturaleza, afirmando que mantenía el mismo género de vida que Heracles, sin preferir nada a la libertad.

72. Decía que todo era propiedad de los sabios y empleaba los argumentos que ya hemos referido antes: todo es de los dioses. Los sabios son amigos de los dioses. Las propiedades de los amigos son comunes. Por tanto, todo es de los sabios. Acerca de la ley decía que sin ella no es posible la vida democrática; y que sin una ciudad democrática no hay ningún beneficio del ser civilizado. La ciudad es civilización. No hay ningún beneficio de la ley sin una ciudad. Por tanto, la ley es un producto de la civilización. Se burlaba de la nobleza de nacimiento y de la fama y de todos los otros timbres honoríficos, diciendo que eran adornos externos del vicio. Decía que sólo hay un gobierno justo: el del universo; y que las mujeres debían ser comunes, sin establecer ningún matrimonio, sino que el que persuadiera a una se uniera con la que había persuadido. Por eso también los hijos habían de ser comunes.

73. No le parecía nada impropio llevarse cualquier cosa de un templo ni comer la carne de cualquier animal. Ni siquiera le parecía impío el devorar trozos de carne humana, como ejemplificaba con otros pueblos. Incluso comentaba que, según la recta razón, todo estaba en todo y circulaba por todo. Así, por ejemplo, en el pan había carne y en la verdura pan, puesto que todos los cuerpos se contaminan con todos, interpenetrándose a través de ciertos poros invisibles y transformándose conjuntamente en exhalaciones[70]. Así lo hace ver en el *Tiestes*, si es que las tragedias son obras suyas y no de aquel Filisco de Egina, íntimo suyo, o de Pasifonte el hijo de Luciano[71], que, según Favorino en su *Histo-*

70. La teoría que se atribuye a Diógenes es similar a la mantenida por Anaxágoras.

71. El nombre de Luciano *(Loukianoû)* es, según varios estudiosos, una corrupción del texto anterior, para el que se han propuesto varios hipo-

ria miscelánea, las habría compuesto tras la muerte de Diógenes. De la música, la geometría, la astrología y las ciencias de esa especie se desentendió, por considerarlas inútiles e innecesarias.

74. Era ocurrentísimo en los enfrentamientos coloquiales, como está claro por los ejemplos que hemos presentado antes.

Y soportó del modo más digno su venta como esclavo. En un viaje a Egina fue capturado por unos piratas, a los que mandaba Escírpalo, conducido a Creta y puesto a la venta. Cuando el pregonero le preguntó qué sabía hacer, dijo: «Gobernar hombres». Entonces señalando a un corintio que llevaba una túnica con franja de púrpura, el ya mencionado Jeníades, dijo: «¡Véndeme a ése! Ése necesita un dueño». En efecto, lo compró Jeníades y, llevándoselo a Corinto, le encomendó educar a sus hijos y dejó en sus manos su casa. Y él la administraba de tal forma en todos los asuntos, que aquél solía pasar diciendo: «Un buen genio ha entrado en mi casa».

75. Cuenta Cleómenes en su obra titulada *Pedagógico* que sus amigos quisieron rescatarle, y él los llamó simples. Porque los leones no son esclavos de quienes los alimentan, sino que los que los alimentan lo son de los leones. Pues el temor es característica del esclavo, y son los hombres los que temen a las fieras.

Era admirable su fuerza de persuasión, de modo que fácilmente se atraía a cualquiera con sus palabras. Se cuenta, en efecto, que un cierto Onesícrito de Egina envió a Atenas a uno de sus dos hijos, Andróstenes, que al escuchar a Diógenes se quedó en la ciudad. Tras éste mandó a su otro hijo,

téticos sustitutos. Tal vez este Pasifonte sea el de Eretria, del que habla Diógenes Laercio en II, 61. Favorino de Arelate (Arlés) es un famoso erudito del que Diógenes Laercio toma muchos datos. Véase A. Barigazzi, *Favorino di Arélate. Opere*, Florencia, 1966.

el mayor, Filisco, ya mencionado antes, e igualmente Filisco se quedó allí. 76. Cuando en un tercer viaje llegó él mismo, de igual modo se unió a sus hijos para filosofar en su compañía. Tan mágica era la atracción de las palabras de Diógenes. Tuvo también como discípulo a Foción, el apodado el Honesto, y a Estilpón de Mégara y a numerosos hombres políticos.

Se dice que murió tras haber vivido cerca de noventa años. Acerca de su muerte se cuentan versiones diversas. Pues unos refieren que, después de haberse comido un pulpo vivo, tuvo un tremendo cólico y murió a consecuencia de éste. Otros dicen que fue por contener su respiración. Entre éstos está Cércidas de Megalópolis, que en sus versos coliámbicos dice así:

> No, ya no está el de antes, el de Sinope,
> aquel paseante de bastón, de veste doblada, vividor a [cielo raso.
> 77. Porque ya partiose, hincando los dientes en el labio,
> y reteniendo el aliento de un mordisco. En verdad fue
> Diógenes de la estirpe de Zeus, un celeste perro.

Otros dicen que, cuando trataba de repartir un pulpo entre unos perros, le mordieron en un tendón de la pierna y cayó al suelo. Sus amigos, en cambio, según cuenta Antístenes en sus *Sucesiones*, conjeturaron la retención del aliento.

El caso es que por entonces vivía en el Craneo, el gimnasio a la entrada de Corinto. Según lo acostumbrado, acudieron allí sus amigos y lo hallaron envuelto en su ropa y creyeron que dormía, aunque él no era dormilón ni perezoso. Luego, al levantar el pliegue del vestido, lo encontraron exánime, y sospecharon que había hecho tal cosa con la intención de escapar a lo que le quedaba de vida.

78. Entonces hubo una disputa entre sus amigos, según dicen, sobre quiénes le enterrarían. E incluso llegaron a las

manos. Pero acudieron los padres de los discípulos y otras personas influyentes, y éstos lo enterraron junto al portón que mira hacia el Istmo. Sobre la tumba alzaron una columna y sobre ella un perro de mármol de Paros. Después también los ciudadanos le honraron con estatuas de bronce y pusieron esta inscripción[72]:

Hasta el bronce envejece con el tiempo, pero en nada
tu gloria la eternidad entera, Diógenes, mellará.
Pues que tú solo diste lección de autosuficiencia a los
[mortales
con tu vida, y mostraste el camino más ligero del vivir.

79. Hay también unos versos míos en metro proceleusmático[73]:

A - Diógenes, venga, di qué azar te arrastró fatal
al Hades.
D - Arrastrome el salvaje mordisco de un perro.

Algunos dicen que, al morir, encargó que lo dejaran sin enterrar para que cualquier animal pudiera alimentarse de él, o que le arrojasen a un hoyo y le echaran encima un poco de polvo. Otros, que le echaran al Iliso[74], para ser de utilidad a sus congéneres.

Demetrio en sus *Homónimos* dice que en el mismo día murió Alejandro en Babilonia y Diógenes en Corinto. 80. Era ya viejo en la Olimpiada ciento trece[75].

Se le atribuyen los libros siguientes:

Diálogos:

Cefalión.

72. = *Ant. Pal.* XVI 334.
73. = *Ant. Pal.* VII 116.
74. Según esta versión, habría muerto en Atenas y no en Corinto, ya que el Iliso es el río de aquella ciudad.
75. Los años 328 a 325.

Ictias.
Corneja.
Fárdalo.
Pueblo de Atenas.
República.
Tratado de ética.
Acerca de la riqueza.
Erótico.
Hipsias.
Aristarco.
Sobre la muerte.
Cartas.

Y siete tragedias:

Helena.
Tiestes.
Heracles.
Aquiles.
Medea.
Crisipo.
Edipo.

Sosícrates, en el primer libro de su *Tradición,* y Sátiro en el cuarto de sus *Vidas,* dicen que nada es de Diógenes. Las tragediuchas afirma Sátiro que son de Filisco de Egina, el amigo íntimo de Diógenes. Soción, en su libro séptimo, dice que sólo son de Diógenes las obras siguientes: *Sobre la virtud, Sobre el bien, Erótico, Mendigo, Tolmeo, Pórdalo, Casandro, Cefalión, Filisco, Aristarco, Sísifo, Ganimedes, Anécdotas, Cartas*[76].

81. Existieron cinco Diógenes. El primero, el de Apolonia, un filósofo de la naturaleza. El comienzo de su tratado es éste: «Al comenzar cualquier razonamiento me parece

76. Las dudas sobre la autenticidad de algunas de estas obras se remontaban a tiempos antiguos. Véase el capítulo dedicado por G. Giannantoni al tema (ob. cit., III).

que es necesario proponerle una base indiscutible». El segundo, de Sición, el que escribió sobre el Peloponeso. El tercero, este de que hablamos. El cuarto, un estoico, de Seleucia en cuanto a su origen, pero también llamado el babilonio por su vecindad de esta región. El quinto, de Tarso, que dejó un escrito sobre *Cuestiones de Poética* que intenta resolver.

En cuanto al filósofo, cuenta Atenodoro en el libro octavo de sus *Paseos* que tenía siempre el cutis brillante porque solía darse ungüentos.

Mónimo (s. IV a.C.)

82. Mónimo de Siracusa fue un discípulo de Diógenes, siervo de cierto banquero de Corinto, según refiere Sosícrates. Como a éste lo visitaba con frecuencia Jeníades, el que había comprado a Diógenes, que relataba su excelente disposición, tanto respecto a sus dichos como de sus hechos, infundió en Mónimo un amor extremado hacia aquél. Conque Mónimo, fingiendo ataques de locura, empezó de pronto a arrojar por el aire las monedas y toda la plata de la mesa del banquero, hasta que su dueño lo despidió. Y al momento estaba a las órdenes de Diógenes. Siguió también a Crates el cínico con asiduidad y se atuvo a una conducta similar, de modo que al verle de nuevo su amo más se persuadía de que andaba loco.

83. Llegó a ser un hombre de cierta reputación, ya que incluso el cómico Menandro lo ha mencionado. En efecto, en una de sus piezas teatrales, en *El palafrenero,* escribió esto:

Había un tal Mónimo, hombre sabio, Filón,
si bien bastante estrafalario... A.-¿El que llevaba zurrón?
B - Y tres zurrones, sí. Pues aquél dijo
una frase que no era semejante, ¡por Zeus!,
a la de «Conócete a ti mismo» ni a otras sentencias

afamadas. Sino que estaba por encima de ellas el sucio
mendigo, que dijo: «Todo lo que imaginamos es vanidad».

Éste se hizo muy riguroso en su desprecio de la opinión pública y en el hábito de perseguir la verdad.

Dejó escritas pequeñas obras festivas en las que hay una dosis de seriedad solapada, y un *Acerca de los impulsos,* en dos libros, y un *Protréptico.*

Onesícrito (s. IV a.C.)

84. De este Onesícrito unos dicen que era de Egina, pero Demetrio de Magnesia afirma que era de Astipalea. También éste fue uno de los discípulos conspicuos de Diógenes. Su experiencia personal parece guardar cierta similitud con la de Jenofonte. En efecto, mientras el uno hizo una campaña con Ciro, éste la hizo con Alejandro; aquél escribió la *Ciropedia (La educación de Ciro),* y éste ha escrito *Cómo fue educado Alejandro.* Y el uno trazó el encomio de Ciro, y el otro, el de Alejandro. Y en su comentario se le asemeja, si bien como imitador queda por detrás de su modelo.

Hubo también un Menandro discípulo de Diógenes, el apodado «Madera de roble», admirador de Homero, y Hegesias de Sinope, apodado «Collar de perro», y Filisco de Egina, al que ya hemos mencionado.

Crates (s. IV a.C.)

85. Crates, hijo de Ascondas, era de Tebas. También éste es uno de los discípulos ilustres del Perro. Hipóboto, sin embargo, dice que no fue discípulo de Diógenes personalmente, sino de Brisón de Acaya. Como suyo se transmite este poemilla festivo:

Pera es una ciudad que se alza en medio de la púrpura
ilusión,
hermosa y espléndida, bañada de mugre, desprovista de
[todo,
en la que no atraca ningún alocado parásito,
ni ningún glotón, de los que se ufanan de sus cachas de
[puta.
Pero produce tomillo, ajos, higos y chuscos de pan,
por los cuales no combaten entre sí sus moradores,
ni se proveen de armas para defender su moneda o su
[honor.

86. Hay también un «diario» suyo muy difundido que dice así:

Prepara diez minas para el cocinero, una dracma para el médico, cinco talentos para el adulador, humo para el consejero, un talento para la prostituta, un trióbolo para el filósofo.

Le llamaban «el abrepuertas» porque entraba en cualquier casa y aconsejaba a sus habitantes. También es suyo esto:

Poseo todo cuanto aprendí y medité y los venerables preceptos de las Musas. Lo demás, mucho y magnífico, lo arrebata la ilusión.

También dijo que de la filosofía había sacado: «un cuartillo de lentejas y el no preocuparme por nada».
También se le atribuye la conocida sentencia:

El amor lo hace cesar el hambre, y si no, el tiempo.
Y si no puedes servirte de estos medios, el lazo de horca.

87. Alcanzó su momento de madurez en la Olimpiada ciento trece. De él cuenta Antístenes en sus *Tradiciones* que,

al ver en una tragedia a Télefo que llevaba un pequeño hato y nada más en una situación lamentable, se sintió atraído a la filosofía cínica. Vendió su hacienda -y era una persona de notable posición-, logrando reunir unos doscientos talentos, y los repartió entre sus conciudadanos. Y él se dedicó a filosofar tan rigurosamente que incluso el comediógrafo Filemón deja mención de él, cuando dice:

> Y durante el verano llevaba un manto grueso,
> para ser como Crates, y en invierno unos andrajos.

Cuenta Diocles que le convenció Diógenes de que dejara su hacienda como pasto para rebaños, y de arrojar al mar todo el dinero que tenía. 88. Y dice también que la casa de Crates (fue habitada) por Alejandro, como la de Hiparquia por Filipo. A menudo se le acercaban algunos de sus parientes con la intención de disuadirle y los ahuyentaba persiguiéndolos con su bastón, y se mantenía firme. Cuenta Demetrio de Magnesia que confió su dinero a cierto banquero, con instrucciones de que, si sus hijos resultaban personas corrientes, se lo entregara; pero si se hacían filósofos, que lo repartiera entre el pueblo, pues aquéllos, al dedicarse a la filosofía, no necesitarían nada más. Eratóstenes refiere que de Hiparquia, de la que hablaremos luego, tuvo un hijo, llamado Pasicles, y que, cuando salió del servicio militar, lo condujo a la habitación de una prostituta, y le dijo que ésa era la boda que le disponía su padre.

89. Decía que los amoríos de los adúlteros eran un motivo de tragedia, pues tienen como pago destierros y asesinatos; mientras que los de los que se lían con heteras resultan cómicos, pues a partir de la intemperancia y la embriaguez concluyen en locura. Hermano de éste fue Pasicles, discípulo de Euclides.

Favorino en el libro segundo de sus *Recuerdos* cuenta un gracioso hecho de Crates. Cuenta, pues, que, al implorar

algo de un director de un gimnasio, le agarraba de las caderas. Y como éste se irritara, le dijo: «¿Pues qué, no son éstas tan tuyas como las rodillas?»[77]. Decía que es imposible encontrar a alguien sin defecto, sino que, como en una granada, siempre hay un grano pocho. Habiendo irritado al citaredo Nicódromo, éste le dejó la cara señalada por sus golpes. Entonces se pegó en la frente una tablilla que tenía escrito:
90. «Obra de Nicódromo».

Insultaba a propósito a las prostitutas para acostumbrarse a las calumnias. A Demetrio de Falero, que le había enviado unos panes y vino, se lo reprochó, al decir: «¡Ojalá que las fuentes dieran también panes!». Porque es evidente que bebía agua. Al ser detenido por los inspectores de policía de Atenas por ir vestido de muselina, díjoles: «Hasta a Teofrasto puedo mostraros envuelto en muselina». Como ellos no se lo creían, los condujo a una barbería y les mostró a Teofrasto que se cortaba el pelo. En Tebas fue azotado por el jefe de un gimnasio –otros dicen que fue en Corinto por Eutícrates– y luego era arrastrado por un pie. Sin darle importancia, exclamó el verso:

Lo arrastraba agarrándolo de un pie por el celeste atrio[78].

91. Diocles cuenta que fue arrastrado por Menedemo de Eretria. El caso es que éste era de hermoso aspecto y se creía que tenía relaciones íntimas con Asclepíades de Fliunte. Conque Crates le palmeó las caderas y dijo: «¿Anduvo por aquí Asclepíades?». Por esto se enfureció Menedemo y lo arrastraba, cuando él pronunció aquella frase.

77. Recuérdese que ése era el gesto habitual de súplica: echarse ante uno y agarrarle de las rodillas (como hace, por ejemplo, Tetis ante Zeus en el canto I de la *Ilíada*).
78. Cf. *Ilíada* I 591 (que se refiere a cómo antaño Zeus arrojó a Hefesto del Olimpo).

Zenón de Citio cuenta en sus *Anécdotas* que en cierta ocasión cosió una piel de cordero a su vestido, sin miramientos. Él era feo de aspecto, y cuando hacía gimnasia se reían de él. Acostumbraba decir entonces alzando sus brazos: «¡Ánimo, Crates! Es por el bien de tus ojos y de todo tu cuerpo. 92. A esos que se burlan, ya los verás, torturados por la enfermedad, felicitarte, mientras se hacen reproches a sí mismos por su negligencia».

Decía que hay que filosofar hasta el momento en que los generales le parezcan a uno conductores de asnos. Comentaba que los que están acompañados por aduladores están tan abandonados como los corderos entre los lobos; pues ni a aquéllos ni a éstos los acompañan quienes quieren protegerlos, sino dañarlos. Al darse cuenta de que se moría, salmodiaba para sí estas palabras:

Ya te vas, querido jorobado,
y partes a los dominios de Hades doblegado por la vejez.

Pues estaba encorvado por la edad.

93. A Alejandro, que le preguntó si quería que se reconstruyera su patria, le contestó: «¿Qué más da? Probablemente otro Alejandro la arrasará de nuevo». Decía que tenía como patria el anonimato y la pobreza, inexpugnables a la Fortuna, y que era conciudadano de Diógenes, a quien no pudo atacar la envidia. También lo ha mencionado Menandro en su comedia *Las gemelas*, así:

Deambularás conmigo llevando tu sayal
como en tiempos con el cínico Crates su mujer[79].

Además, él entregó a su hija en matrimonio, según él mismo dijo, dejándola treinta días a prueba.

79. Menandro, *frag.* 10 Roerte. Éste es el texto más antiguo en que tenemos atestiguado el adjetivo *cínico* (Menandro, 342-293 a.C.).

Sus discípulos fueron los siguientes:

Metrocles (s. IV-III a.C.)

94. Metrocles de Maronea, hermano de Hiparquia, fue primero alumno de Teofrasto el peripatético, y se hizo tan refinado que, como una vez en medio de un ejercicio de lectura en la escuela se le escapó un pedo, se había encerrado en su casa abatido por la desesperación, con la intención de dejarse morir de desánimo. Al enterarse Crates, llamado para socorrerlo, acudió a su casa, después de hartarse a propósito de lentejas, y trababa de persuadirle con sus razonamientos de que no había hecho nada feo; pues habría sido un milagro impedir la salida de los gases de acuerdo con el proceso natural. Al fin, echándose unos pedos, le convenció, aportando el consuelo con la similitud de las acciones. Desde entonces siguió sus enseñanzas y se hizo un hombre cabal en filosofía.

95. Él quemó sus propios escritos, según cuenta Hecatón en el primer libro de sus *Anécdotas*, comentando estas palabras[80]:

> Éstos son fantasmas de los sueños de los muertos.

Otros refieren que fueron las lecciones de Teofrasto lo que echó al fuego, citando el verso[81]:

> Acude acá Hefesto, Tetis ahora te necesita.

80. Verso de una tragedia de autor no identificado (*frag. Adesp.*, 285 Nauck).
81. *Ilíada* XVIII 392.

Éste decía que de las cosas unas se adquieren comprándolas con dinero, como una casa, y otras, con tiempo y dedicación, como la educación. Y de Teómbroto lo fue Demetrio de Alejandría, de Cleómenes Timarco de Alejandría y Equecles de Éfeso. No sólo esto, que Equecles lo fue de Teómbroto, además, como Menedemo, del que vamos a hablar. También Menipo de Sinope destacó entre éstos.

Hiparquia (s. IV-III a.C.)

96. También quedó cautivada por sus doctrinas la hermana de Metrocles, Hiparquia. Los dos eran de Maronea. Efectivamente, se enamoró de Crates, tanto por sus palabras como por su conducta, al tiempo que no prestaba ninguna atención a los que la cortejaban, ni a su riqueza, ni a su nobleza ni a su hermosura. Para ella sólo existía Crates. Incluso amenazó a sus padres con el suicidio, si no la entregaban a él. Crates entonces fue llamado por los padres para disuadir a la joven y hacía todo lo posible para ello. Al final, como no la convencía, se puso en pie y se desnudó de toda su ropa ante ella, y dijo: «Éste es el novio, ésta tu hacienda, delibera ante esta situación. Porque no vas a ser mi compañera si no te haces con estos mismos hábitos».

97. La joven hizo la elección y, tomando el mismo hábito que él, marchaba en compañía de su esposo y se unía con él en público y asistía a los banquetes. Fue precisamente en un banquete en casa de Lisímaco donde rebatió a Teodoro el apodado el Ateo, dirigiéndole el sofisma siguiente: lo que no sería considerado un delito si lo hiciera Teodoro tampoco será considerado delito si lo hace Hiparquia. Teodoro no comete delito si se golpea a sí mismo, luego tampoco lo comete Hiparquia si golpea a Teodoro. Él no replicó a esta frase, pero le arrancó el vestido. Pero Hiparquia ni se alarmó ni quedó azorada como una mujer cualquiera. 98. Sino que,

cuando él le dijo: «¿Ésta es la que abandonó la lanzadera en el telar?»[82], respondió: «Yo soy, Teodoro. ¿Es que te parece que he tomado una decisión equivocada sobre mí misma, al dedicar el tiempo que iba a gastar en el telar en mi educación?». Esta y otras mil anécdotas se cuentan de la filósofa.

Se transmite además de Crates un libro de *Cartas*, en las que filosofa con excelente método, y su estilo es parecido al de Platón. Dejó escritas también tragedias que tienen un elevadísimo carácter filosófico, como, por ejemplo, se ve en aquello de:

> No es mi patria una sola torre, ni un tejado,
> mas toda la tierra me sirve de ciudadela y de morada
> dispuesta a cobijarme.

Crates murió viejo y fue sepultado en Beocia.

Menipo (1.ª mitad, s. III a.C.)

99. Menipo, también cínico este, por su ascendencia era un fenicio; un esclavo, según refiere Acaico en sus libros de *Ética*. Diocles añade que su amo era del Ponto y se llamaba Batón. Pero por avaricia mendigaba con una tremenda desfachatez y consiguió hacerse tebano.

No escribió nada en serio. Sus libros rebosan incesantes burlas, de igual modo que los de su contemporáneo Meleagro[83].

Cuenta Hermipo que fue prestamista de los de por días y le apodaron así. Incluso se dedicaba a prestar para empresas

82. Eurípides, *Bacantes*, 1236.
83. La noticia está equivocada, como bien señala M. Gigante. El poeta epigramático Meleagro de Gádara vivió entre el siglo II y el I a.C.; él se confesaba émulo de Menipo (*Ant. Pal.*, VIII, 417, 4) y tal vez esa referencia explique la alusión de Diógenes Laercio al poeta.

marítimas y exigía prendas en garantía, de modo que reunió muchas riquezas. 100. Al final, víctima de un complot, se quedó despojado de todas y presa de desesperación abandonó la vida ahorcándose. Le hemos compuesto un poemilla jocoso:

Fenicio de raza, pero un perro de Creta,
prestamista de a día (que así le apodaban)
fue Menipo, el que acaso conozcas.
Ese que, cuando en Tebas se arruinó
y todo lo perdió, sin reparar en la naturaleza del cínico,
se ahorcó.

Algunos dicen que los libros atribuidos a él no son suyos, sino de Dionisio y de Zópiro de Colofón, que, después de haberlos compuesto en plan de sorna, se los cedieron porque él podía divulgarlos.

101. Hubo seis Menipos: primero el que escribió sobre los lidios y resumió la historia de Janto; segundo, este de ahora; tercero, un sofista de Estratonicea, de ascendencia caria; cuarto, un escultor, y el quinto y el sexto, pintores. Los menciona a ambos Apolodoro.

En cuanto a los libros del cínico, son trece:

Nekuia (En el país de los muertos).

Testamentos.

Cartas fingidas de personajes divinos.

Contra los fisiólogos y matemáticos y gramáticos.

Sobre el nacimiento de Epicuro y el festejado día veinte.

Y otros.

Menedemo (s. III a.C.)

102. Menedemo fue discípulo de Colotes de Lámpsaco. Éste, según relata Hipóboto, se ilusionó tanto con la tauma-

turgia que se paseaba revestido con un disfraz de Erinia, diciendo que había venido del Hades como inspector de los pecados que se cometían para denunciarlos a su regreso a las divinidades de allí abajo. Su vestimenta era ésta: una túnica grisácea hasta los pies, ceñida con un cinto púrpura, un gorro arcádico sobre su cabeza que llevaba bordados los doce signos del zodíaco, coturnos trágicos, una barbaza enorme y un báculo de madera de fresno en la mano[84].

103. Y éstas son las vidas de los cínicos uno a uno. Añadiremos como colofón, además, los preceptos comunes a ellos, porque juzgamos que también esta filosofía es una escuela, y no, como afirman algunos, un modo de vida.

Deciden, desde luego, prescindir del estudio de la lógica y del de la física, más o menos como Aristón de Quíos, y aplicarse sólo al de la ética. Y lo que algunos atribuyen a Sócrates, eso lo refiere Diocles de Diógenes, asegurando que él dijo:

Hay que estudiar
lo bueno y lo malo que acontece en nuestros hogares[85].

Rechazan los conocimientos generales. Por lo menos Antístenes decía que los prudentes no debían aprender a leer libros, para no dejarse distraer con escritos ajenos. 104. Prescinden también de la geometría, la música y los otros saberes semejantes. Así Diógenes a uno que le mostraba un reloj de sol le dijo: «El chisme parece útil para no retrasarse para la cena». A un músico que le dio un recital le dijo:

84. Sobre la relación entre el epicúreo Colotes de Lámpsaco y Menedemo hay un excelente libro: W. Crönert, *Kolotes und Menedemus*, Ámsterdam, 1965. Lo del disfraz fantasmal de Menedemo parece ser una historia falsa, inventada por Menipo tal vez.
85. Verso de *Odisea* IV 392.

Con los consejos de los hombres se gobiernan bien las
[ciudades y
se rige bien la familia, no con los sones de la lira y la flauta[86].

Sostienen que el fin de la vida es vivir de acuerdo con la virtud, como dice Antístenes en el *Heracles,* de modo parecido a los estoicos. Existe en efecto una cierta coincidencia[87] entre estas dos escuelas. Por eso precisamente se ha dicho que el cinismo es un atajo hacia la virtud. También vivió así Zenón de Citio.

Se proponen vivir sencillamente, sirviéndose de alimentos básicos y de unos sayos simples, despreciando la riqueza y la fama y la nobleza de familia. Algunos, en efecto, se nutren de vegetales y beben sólo agua fresca, adaptándose a cualquier refugio, incluso a una tina, como Diógenes, quien decía que era característica de los dioses no necesitar nada, y de los semejantes a los dioses el desear pocas cosas.

105. Sostienen que la virtud puede enseñarse, según dice Antístenes en el *Heracles*, y que no puede perderse, una vez adquirida. Que el sabio es digno de amor, impecable, amigo de su semejante, y que no confía nada al azar. Lo que se halla entre la virtud y el vicio lo califican de indiferente, de igual modo que Aristón de Quíos[88].

Y éstos son los cínicos. Pasemos a los estoicos, de los que el fundador fue Zenón, que fue discípulo de Crates.

86. Eurípides, *frag.* 200 Nauck (de la tragedia perdida *Antíope).*
87. O «comunidad» *(koinonía)* entre ambas. Los estoicos reconocieron esa vinculación histórica y conceptual, con los cínicos, aunque luego se desviaron de la extrema simplicidad de éstos. (Cfr. el cap. 4 del libro de J. M. Rist, *Stoic Philosophy,* pp. 54-80).
88. Sobre Aristón de Quíos, cf. Diógenes Laercio, VII, 160-164.

LIBRO VII

Zenón (333-261 a.C.)

1. Zenón, hijo de Mnaseas o de Demeas, era de Citio de Chipre, una ciudad griega que había tenido colonos fenicios.

Tenía el cuello inclinado hacia un lado, según dice Timoteo de Atenas en su obra *Sobre las vidas*. Apolonio de Tiro agrega que era flaco, más bien bajo, de piel oscura -por lo que alguien le apodó «el sarmiento egipcio», como cuenta Crisipo en el libro primero de sus *Proverbios*-, de piernas gruesas, desgarbado y flojo. A este propósito dice Perseo en sus *Recuerdos conviviales* que rechazaba la mayoría de las invitaciones a comer. Se contentaba con higos frescos, dicen, y baños de sol.

2. Fue discípulo, según se dijo antes, de Crates. Luego, dicen que fue alumno de Estilpón y de Jenócrates durante diez años, según Timócrates en su *Dión;* y además de Polemón. Refiere Hecatón, y Apolonio de Tiro en el primer libro de *Sobre Zenón*, que, al consultar al oráculo qué había de hacer para vivir de la mejor manera, le respondió el dios que adquiriera el color de los muertos. Desde entonces, captando el sentido, se dedicó a la lectura de los autores antiguos.

El encuentro con Crates aconteció de este modo. Cuando se dedicaba al comercio de la púrpura, naufragó con su carga de Fenicia ante el Pireo. Subió a Atenas -era ya un hombre de treinta años- y se sentó en la tienda de un librero. Éste estaba leyendo el libro segundo de las *Memorables* de Jenofonte, y Zenón, muy contento, le preguntó que dónde habitaban hombres como aquéllos. 3. Como pasara entonces oportunamente Crates, el librero se lo señaló y dijo: «Sigue a ése». Desde entonces escuchó las lecciones de Crates, extraordinariamente aplicado a la filosofía, pero recatado frente a la desvergüenza de los cínicos. Por eso Crates, queriendo curarle de este reparo, le dio una olla llena de sopa de lentejas para que la transportara por el Cerámico. Cuando le vio que se avergonzaba y que trataba de esconderla, le dio un golpe con su bastón y rompió la olla. Mientras él escapaba y la sopa de lentejas corría por las piernas, le dijo Crates: «¿Por qué huyes, pequeño fenicio? No has sufrido ningún daño».

4. De modo que durante cierto tiempo escuchó a Crates. Por eso cuando escribió su *República* algunos dijeron, burlándose, que estaba escrita «en la cola del Perro»[1]. Además de la *República*, escribió estas obras:

Acerca de la vida acorde a la Naturaleza.
Acerca del impulso o *sobre la naturaleza humana.*
Sobre las emociones.
Sobre el deber.
Sobre la ley.
Sobre la educación helénica.
Sobre la vista.
Sobre el universo.
Sobre los signos.
Cuestiones pitagóricas.
Cuestiones generales.

1. Juego de palabras con el promontorio de Cinosura.

Sobre los estilos.
Problemas homéricos, en cinco libros.
Acerca de la audición poética.

También son suyas las siguientes:

Arte (de Retórica).
Soluciones.
Refutaciones, dos libros.
Recuerdos de Crates.
Ética.

Así que éstos son sus libros.

Finalmente se apartó (de Crates) y escuchó a los ya mencionados durante veinte años. Entonces dicen que él dijo: «Ahora logré un buen viaje, al naufragar». 5. Pero otros dicen que lo dijo cuando él estaba junto a Crates. Otros cuentan que ya estaba en Atenas cuando se enteró del naufragio y dijo: «Hace bien el Destino al empujarnos a la filosofía». Pero otros cuentan que depositó su cargamento en Atenas y luego se dedicó a la filosofía.

Yendo y viniendo por el Pórtico Pintado, también llamado Pórtico de Pisianacte, y «Pintado» por las pinturas de Polignoto[2], exponía sus lecciones, con la intención de utilizar un terreno libre de paseantes curiosos. En aquel lugar habían sido ejecutados en el gobierno de los Treinta unos mil cuatrocientos ciudadanos. En adelante la gente comenzó a acudir para escucharle y por eso éstos fueron llamados estoicos, y de igual modo sus discípulos, que antes eran denominados zenónicos, según atestigua Epicuro en sus *Cartas.* En un tiempo anterior estoicos eran llamados los poetas que conversaban en aquel lugar, según dice Eratóstenes en el libro octavo de *Sobre la comedia antigua,* los cuales aumentaron la fama del calificativo.

2. Una especie de galería de arte; como el nombre de pórtico en griego es *stoá,* de ahí el nombre de estoicos («los del pórtico») a los seguidores de Zenón.

6. Desde luego los atenienses honraron mucho a Zenón, tanto que le hicieron depositario de las llaves de las murallas y le premiaron con una corona de oro y una estatua de bronce. Esto también lo hicieron sus conciudadanos, considerando que la estatua de su persona era un ornamento para su ciudad. Incluso los nativos de Citio que vivían en Sidón lo reclamaban como compatriota.

Incluso Antígono lo apreciaba, y cada vez que iba a Atenas acudía a escuchar sus lecciones a menudo y le invitaba a presentarse en su corte. Él declinó esta invitación, pero envió a Perseo, uno de sus íntimos, que era hijo de Demetrio y nacido en Citio, que tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada ciento treinta[3], cuando era ya viejo Zenón. Según Apolonio de Tiro en su *Sobre Zenón*, la carta de Antígono estaba redactada en los siguientes términos:

7. «El rey Antígono saluda al filósofo Zenón:

»Yo considero que te aventajo en fortuna y fama, pero que en lo intelectual y en educación soy inferior a ti, así como en esa felicidad plena que tú has conseguido. Por eso precisamente he decidido invitarte a que vengas a mi lado, convencido de que no te opondrás a mi propuesta. Trata pues tú por cualquier medio de ponerte en contacto conmigo, comprendiendo claramente que con eso no serás sólo mi educador, sino el de todos los macedonios en conjunto. Pues el que educa y guía al caudillo de Macedonia hacia la senda de la virtud está claro que a la vez prepara a sus súbditos para la hombría de bien. Porque así como sea el caudillo, así es natural que sean, en su mayor parte, sus súbditos».

Y Zenón le escribe en respuesta de este modo:

3. 260-256 a.C.

8. «Zenón saluda al rey Antígono:

»Aprecio tu afán de aprender, en cuanto que anhelas la educación auténtica y verdaderamente provechosa, pero no esa popular y que lleva a la corrupción moral. El que está inclinado a la filosofía, descartando el placer ensalzado muy frecuentemente, que afemina las almas de algunos jóvenes, está claro que no sólo por su natural se decanta por la nobleza, sino también por previa elección. La naturaleza noble que recibe como ayuda un entrenamiento apropiado, y además acoge a quien puede educarla sin recelos, fácilmente avanza hasta la consecución perfecta de la virtud.

9. »Pero yo estoy retenido por mi cuerpo débil a causa de la vejez; que ya tengo ochenta años. Te envío a algunos de mis compañeros de estudios, quienes en sus cualidades espirituales no son inferiores a mí, y me aventajan en las del cuerpo. Estando en su compañía no quedarás rezagado entre los que aspiran a la felicidad perfecta».

Le envió a Perseo y a Filónides de Tebas; de ambos hace mención Epicuro, como conviviendo con Antígono, en su carta a su hermano Aristobulo.

Me ha parecido oportuno copiar también el decreto de los atenienses sobre él. 10. Es éste:

«En el arcontado de Arsénides, en la quinta pritanía de la tribu Acamántide, el día veintiuno del mes Memacterion, en la vigésimo tercera asamblea plenaria de la pritanía, uno de los presidentes, Hipón, hijo de Cratistóteles, del demo de Xípete, puso el tema a votación, junto con sus copresidentes, y Trasón, hijo de Trasón, del demo de Anacea, hizo la propuesta.

»Puesto que Zenón de Citio, hijo de Mnaseas, que ha vivido durante muchos años en la ciudad dedicado a filosofar, y que también en los demás respectos se ha portado como persona de mérito, exhortando a quienes acudían a su en-

cuentro a la virtud y a la moderación, los ha estimulado a los fines más elevados, presentando a todos como ejemplo su propia vida en perfecto acuerdo con las doctrinas que él profesaba, 11. le ha parecido bien al pueblo -con buena fortuna- elogiar a Zenón de Citio, hijo de Mnaseas, y coronarlo con una corona de oro de acuerdo con la ley, en honor a su virtud y sabiduría moral, y construirle un sepulcro en el Cerámico a costas del erario público. Para la forja de la corona y la construcción de la tumba el pueblo vota ya a cinco ciudadanos de Atenas que se ocuparán de esto. Que el secretario de la asamblea haga grabar este decreto en dos estelas de piedra y que se le autorice a erigir la una en la Academia y la otra en el Liceo. Y que el gasto que resulte de las estelas corra a cargo del encargado de la administración, a fin de que todos sepan que el pueblo de Atenas honra a los hombres de bien tanto vivos como muertos. 12. Trasón de Anacea, Filocles del Pireo, Fedro de Anaflisto, Medón de Acarnas, Esmicito de Sipaleto, Dión de Peania han sido designados por votación para la comisión de la construcción de la corona y la tumba.»

Así rezan los términos del decreto.

Cuenta Antígono de Caristo que él no dejaba de afirmar que era de Citio. Siendo uno de los que contribuyeron a la restauración del edificio de los baños, al ser inscrito su nombre en la estela como: «Zenón el filósofo», pidió que se agregara «de Citio».

Tras de hacer una tapadera hueca a su lecito acostumbraba a llevar en ella algunas monedas, para que su maestro Crates tuviera a mano la solución de sus necesidades inmediatas. 13. Cuentan que llegó a Grecia con más de mil talentos y que los invirtió en créditos navales[4]. Comía

4. Los préstamos se hacían con la garantía de los barcos; como el riesgo era alto, también lo era el interés de estos préstamos. Sobre la usura

panecillos y miel y bebía un poco de vinillo de buen aroma. Raramente tuvo trato con muchachos, y sólo una o dos veces con una meretriz para no pasar por misógino. Habitaba en la misma casa que Perseo compartiendo la morada, y cuando éste introdujo a una joven flautista para él, se apresuró a devolvérsela a Perseo. Era, dicen, muy adaptable a las circunstancias, de modo que el rey Antígono se lo llevaba de juerga e iba en su compañía a casa del citaredo Aristocles de parranda, pero luego se salía sin que lo advirtieran.

14. Trataba de evitar, cuenta (Antígono de Caristo) la aglomeración del gentío, de modo que se sentaba en lo alto de la escalinata, ahorrándose así una parte al menos de la molestia. Tampoco paseaba en compañía con más de dos o tres. Y algunas veces hacía pagar una moneda de cobre a los que le rodeaban, para que no le molestaran temerosos de tal reclamación, según cuenta Cleantes en su *Acerca del cobre*. Una vez que le rodeaban muchos, señalando la valla de madera que rodeaba el altar en un extremo del Pórtico, dijo: «Esa antaño estaba en el medio y la trasladaron precisamente porque era un obstáculo. También vosotros, si os retiráis del medio nos molestaréis menos».

Como Demócares el hijo de Laques le vino a saludar y a decirle que dijera y escribiera todo lo que necesitara a Antígono, porque aquél se lo concedería, Zenón, después de escucharlo, no volvió ya a tratar con él. 15. Se cuenta que, a la muerte de Zenón, Antígono exclamó: «¡Qué auditorio he perdido!». De ahí que a través de su embajador Trasón solicitara a los atenienses que le dieran sepultura en el Cerámico. Cuando le preguntaron que por qué lo admiraba, contestó: «Porque recibiendo de mí muchos y grandes regalos jamás se envaneció ni se le vio humillado».

practicada por los filósofos, cf. los casos de Sócrates (II 20) y Menipo (VI 99).

Tenía un carácter inquisitivo y discurría con precisión sobre cualquier tema. A este respecto dice Timón en sus *Siloi* así:

> También vi a la guluzmera vieja fenicia, envuelta en su tufo
> [sombrío,
> ansiosa de todo. Pero ya se le estropeó el cañamazo
> que era breve. ¡Tenía menos cerebro que una bandurria ![5].

16. Discutía fervorosamente con Filón el dialéctico y estudiaba a su lado. Así que ése fue tan admirado por Zenón, que era más joven, como por su maestro Teodoro.

En torno a él acudían también algunos andrajosos mendigos, según dice también Timón:

> Allí convocaba una nube de mendigos, que eran de entre
> [todos
> los más miserables y los más sutiles de los ciudadanos[6].

Tenía una expresión dura y amarga, con el entrecejo fruncido. Era enormemente frugal y se mantenía con una cicatería propia de un bárbaro, bajo pretexto de economizar.

Si se burlaba de alguien, lo hacía con rodeos y sin fiereza, sino con una alusión. Por ejemplo, como una vez de un vanidoso narcisista, dijo, 17. cuando aquél vacilaba en vadear un arroyuelo: «Es natural que desprecie el charco, ya que no puede verse espejeado en él». Cuando un cínico, que aseguraba que no tenía aceite en su ampolla, le pidió, contestó que no le daría. Y cuando éste se retiraba le invitó a que examinara cuál de los dos era más desvergonzado. Andaba enamorado de Cremónides, y al sentarse a su lado éste y Cleantes, se levantó para irse. Como Cleantes se asombrara, le

5. *Frag.* 38 Diels.
6. *Frag.* 39 Diels.

dijo: «Es que he oído a los buenos médicos que el mejor remedio para las inflamaciones es la tranquilidad». De dos que estaban echados a su lado en un banquete el que estaba junto a él le daba con el pie al que tenía a su costado, y Zenón le dio con la rodilla. Al volverse éste, le dijo: «¿Pues qué crees tú que siente el que está a tu otro lado?».

18. A uno que amaba a los jovencitos le dijo que ni siquiera los maestros que pasaban su tiempo entre jovenzuelos tenían sensatez, ni tampoco ellos. Solía decir que los razonamientos de los puristas y los muy cuidados eran semejantes a la plata alejandrina. Tenían bella apariencia y estaban acuñados con letras claras, como también esa moneda, pero que no por eso eran más valiosos. Y a los que les pasaba lo contrario los comparaba a los tetradracmas áticos, acuñados con descuido y con algunas erratas, pero que se imponían a las monedas con bellos dibujos. Cuando Aristón, un discípulo suyo, discutía un tema sin compostura, sino con precipitación y arrebato, le dijo: «¡Desde luego tu padre debió de engendrarte en un momento de borrachera!». Con eso él, que era de poco hablar, lo calificaba también de charlatán.

19. Ante un glotón que no dejaba nada para sus compañeros de mesa, cuando una vez le colocaron al lado un gran pescado, lo alzó con el gesto de ir a comérselo, y como aquél le miraba pasmado le dijo: «¿Pues qué crees tú que sienten cada día los que viven contigo, tú, que al parecer no puedes soportar ni una sola vez mi glotonería?».

A un muchacho que le había preguntado una cuestión que excedía la curiosidad propia de sus años, lo condujo ante un espejo y le invitó a mirarlo; luego le preguntó si le parecía que concordaban esas preguntas con la imagen aquella. A uno que afirmaba que en muchos asertos no le satisfacía Antístenes, le citó su *Elogio de Sófocles*, y le preguntó si no le parecía que estaba bien. El otro contestó que no lo sabía, y él dijo: «¿Y no te avergüenzas de criticar y aprenderte

de memoria todo lo que Antístenes haya dicho mal, y de no esforzarte por aprender si ha dicho algo bien?».

20. Al decir uno que los opúsculos de los filósofos le parecían breves, contestó: «Tienes razón. Sin embargo hasta las sílabas de éstos deberían ser cortas, si fuera eso posible». Al decir uno que Polemón proponía un tema y hablaba de otro, frunciendo el gesto, le replicó: «¿En cuánto habrías estimado lo que proponía?». Decía que el que dialogaba con él debía tener como los actores la voz y el impulso grandes, pero no obstante no desencajar la boca. Que es lo que hacían los que hablaban mucho, pero sin base. Decía que los que razonaban bien no tenían que dejar un espacio libre como los buenos artistas para la contemplación de sus obras, sino que, por el contrario, el oyente debía de estar tan pendiente de lo que se decía que no le quedara tiempo para tomar notas.

21. A un joven que hablaba mucho, le dijo: «Tus oídos te han confluido en la lengua». A un guapo mozo que afirmaba que a él no le parecía bien que el sabio se enamorara, replicó: «Nada será entonces más desdichado que vosotros, los guapos». Decía que incluso entre los filósofos la mayoría no son expertos en las más de las cosas, y que son ignorantes de las pequeñas y fortuitas. Y aducía la anécdota de Cafisio, que cuando uno de sus discípulos se empeñó en soplar mucho, le dio una bofetada y le dijo que «lo bueno no está en lo mucho, sino lo mucho en lo bueno». A un joven que discutía con sobrada violencia, le respondió: «No puedo decirte, muchacho, todo lo que se me ocurre».

22. Había uno de Rodas, que era hermoso y rico, pero nada más, que se le pegaba, pero al que él no quería admitir; así que primero lo hizo sentarse en las gradas más polvorientas para que se manchara su manto de gala, y luego lo llevó hacia el lugar de reunión de los mendigos, para que se codeara con los harapos de éstos. Y al fin el joven se largó. Comentaba que la vanidad era lo más inconveniente de manera especial para los jóvenes. Y que no hay que memorizar

todas las frases y expresiones, sino tener la mente atenta a la intención de lo discurrido, para no tragárselo como un plato cocido y condimentado. Afirmaba además que a los jóvenes les conviene guardar compostura en su andar, en su actitud y en su forma de vestir. De continuo citaba los versos de Eurípides sobre Capaneo, que era rico,

> Pero en su riqueza no era nada soberbio,
> y su pensamiento no era más altanero que el de un pobre[7].

23. Decía que nada era más ajeno a la adquisición de las ciencias que la presunción, y que de nada andamos tan necesitados como de tiempo. Cuando le preguntaron qué es un amigo, respondió: «Otro yo». Cuentan que azotaba a un esclavo por un hurto, y aquél le dijo: «Estaba predestinado a robar». «Y a ser azotado», replicó él. Decía que la belleza era la flor de la castidad. Otros dicen que la castidad es la flor de la belleza. Al observar al esclavo de uno de sus íntimos cubierto de cicatrices, le dijo a éste: «Veo las huellas de tu furia». A uno que se había ungido con perfume, le dijo: «¿Quién es el que huele a mujer?». Dionisio el Tránsfuga le preguntó que por qué a él sólo no le corregía y le respondió: «Porque no confío en ti». A un muchachuelo charlatán le dijo: «Tenemos dos orejas y una sola boca por esta razón, para que oigamos más y hablemos menos.» 24. En un banquete estaba echado en silencio y le preguntaron el motivo. Contestó entonces al que le interrogaba que podían anunciar al rey que allí había alguien que sabía callar. Los que se lo preguntaron eran unos embajadores de Tolomeo que habían venido a verle para saber qué le dirían de su parte al rey. Al ser preguntado sobre cómo se comportaba ante la maledicencia, repuso: «Como un embajador despedido sin una respuesta». Refiere Apolonio de Tiro que,

7. Eur., *Suplicantes* 861-863.

como Crates lo arrastraba del manto para apartarlo de Estilpón, le dijo: «Ah Crates, el arrastre adecuado de un filósofo es por las orejas. Sácame de aquí cuando me hayas convencido. Pero si me fuerzas, mi cuerpo se irá contigo, mi alma se quedará junto a Estilpón».

25. Frecuentó el trato de Diodoro también, como dice Hipóboto. Con éste se ejercitó en la dialéctica. Ya avanzado en el estudio fue a escuchar a Polemón sin asomo de vanidad, de modo que dicen que el otro exclamó: «No se me pasa por alto que te deslizas por las puertas del jardín para robar sus ideas y revestirte con ellas a la usanza fenicia». También a un dialéctico que le enseñó siete formas de exponer el argumento dialéctico del «segador», le preguntó cuántas dracmas costaba la lección. Al enterarse de que pedía cien, le dio doscientas. Tanto practicaba su amor al conocimiento. Dicen que fue el primero en denominar *kathékon* («lo adecuado») al deber y en haber compuesto un tratado sobre este tema. Y que remodelaba los famosos versos de Hesíodo así:

> El mejor es aquel que atiende al que habla con razón,
> si bien excelente es también el que por su cuenta lo
> [descubre todo[8].

26. Pues es superior, consideraba, el que es capaz de escuchar el buen consejo y ponerlo en práctica que el que por sí mismo lo medita todo. Porque éste posee sólo el entendimiento, el otro, el que se deja aconsejar bien, añade la práctica.

Al ser preguntado que por qué, siendo tan severo, se regocijaba con la bebida, contestó: «También los altramuces, que son amargos, al mojarse se endulzan». Cuenta además Hecatón en el libro segundo de sus *Anécdotas* que se relajaba en

8. Hesíodo, *Trabajos y Días* 293ss., aunque Zenón invierte el orden de los versos.

semejantes reuniones. Comentaba que era mejor resbalar con los pies que con la lengua. El encontrarse bien, decía, depende de poco, pero no es poco. (Otros lo atribuyen a Sócrates.)

Era muy sufrido y frugalísimo, 27. tomando alimentos crudos y usando un vestido ligero, de forma que se decía de él:

A él pues ni el gélido invierno ni la lluvia incesante,
ni la llama del sol le somete, ni la penosa enfermedad;
ni la incontable pasión popular le perturba, sino que,
[inflexible,
está dedicado al estudio durante las noches y el día.

Los cómicos no se daban cuenta de que le elogiaban con sus burlas. Así, por ejemplo, dice Filemón en su pieza *Filósofos:*

Un pan, de postre higos secos, y agua para beber.
Desde luego enseña una filosofía original este tipo:
adiestra a pasar hambre y consigue discípulos[9].

Otros lo refieren a Posidipo.

Ya se hizo una figura proverbial. En efecto, se decía de él:

Más sufrido que el filósofo Zenón.

Conque también dice Posidipo en su *Transportados:*

De modo que en diez días
parecía ser más sufrido que Zenón[10].

28. Pues, en realidad, superaba a todos en este aspecto, así como en dignidad y, ¡por Zeus!, también en felicidad.

9. *Frag.* II 502 ss. Kock.
10. *Frag.* III 340 Kock.

Murió en efecto a los noventa y ocho años, habiéndose conservado sano y sin enfermedad. Aunque Perseo cuenta en sus *Lecciones morales* que murió a los setenta y dos años, y que había llegado a Atenas con veintidós. Apolonio, en cambio, cuenta que estuvo al frente de su escuela durante cincuenta y ocho años.

Murió de este modo. Al salir de su escuela cayó de un tropezón y se rompió un dedo. Golpeando la tierra con la mano, exclamó el verso de la *Níobe*[11]:

Ya voy. ¿Por qué me apremias?

Y al momento murió, ahogándose.

29. Los atenienses lo sepultaron en el Cerámico y le honraron con los decretos que ya hemos citado, para dar testimonio de su virtud. Y Antípatro de Sidón compuso este epigrama:

Aquí está aquel Zenón, caro a Citio, que en tiempos
el Olimpo escaló, sin amontonar el Pelión sobre el Osa,
y sin esforzarse en los trabajos de Heracles. Hacia los astros
encontró un camino, el de la propia templanza[12].

30. También Zenódoto el estoico, discípulo de Diógenes, hizo otro:

Fundaste la autosuficiencia, despreciando la vana riqueza,
Zenón, venerable, de canoso entrecejo,
encontraste una doctrina viril, y con tu previsión fundaste
arduamente una escuela, madre de intrépida libertad.
Si Fenicia es tu patria, ¿qué reproche hay en ello? ¿No lo fue
también de Cadmo, a quien debe Grecia la tablilla escrita?[13].

11. De Timoteo; *frag.* 787 Page.
12. *Ant. Plan.* III 104.
13. *Ant. Pal.* VII 117.

Y en general sobre todos los estoicos el epigramatista Ateneo escribe estos versos:

¡Ah sabios de los preceptos estoicos, que los mejores
principios fijasteis en las sagradas tablillas!
La virtud es el único bien del alma. Pues ella sola
protege la conducta y las ciudades de los hombres.
Ella sola entre las hijas de la Memoria rechazó
a la placentera sensación de la carne, fin grato a otros
[hombres[14].

31. Dijimos también nosotros cómo murió Zenón en nuestra obra *Poemas de todo tipo* con estos versos:

Cuéntase que Zenón el citieo murió en la vejez
cuando de sus muchos esfuerzos liberose dejando de comer.
Otros dicen que, al caerse, dijo golpeando la tierra con su
[mano:
«Voy por mí mismo, ¿Por qué me reclamas?»
Pues algunos afirman que éste es el modo como él murió[15].

Y esto es lo que hay respecto a su muerte.

Demetrio de Magnesia refiere en sus *Homónimos* que su padre, Mnaseas, estuvo muchas veces en Atenas como mercader, y que le llevaba muchos de los escritos de los socráticos a Zenón, cuando él aún era niño. De tal modo ya se había familiarizado con ellos en su patria. 32. Y así, a su llegada a Atenas, se lanzó al encuentro de Crates. Parece, dice éste, que él había definido su meta, mientras los otros vacilaban en sus declaraciones. Juraba, cuentan, «por el alcaparro», como Sócrates «por el perro».

Algunos sin embargo, entre los que figuran los seguidores del escéptico Casio, le hacen reproches en muchos puntos, di-

14. *Ant. Pal.* IX 496.
15. *Ant. Pal.* VII 118.

ciendo en primer lugar que él manifestaba al comienzo de su *República* que la educación general es inútil, y, más adelante, que todos los no virtuosos son enemigos y hostiles, esclavos y extraños entre sí unos a otros, incluso los padres a los hijos, los hermanos a los hermanos y los parientes a sus parientes.

33. En otro lugar en la *República* sostendría que ciudadanos, amigos, familiares y libres lo son solamente los virtuosos, de modo que para los estoicos los padres y los hijos son enemigos mutuos. Porque no son sabios. De igual forma también predicaba, le critican, en la *República*, a lo largo de doscientas líneas, la comunidad de mujeres, y prohibía la construcción de templos, tribunales y gimnasios en las ciudades. Acerca de la moneda escribía esto: «que no hay que creer que la moneda sea una creación necesaria ni para el intercambio ni para los viajes al extranjero». E invita a hombres y mujeres a usar la misma vestimenta y a no mantener oculta ninguna parte de su cuerpo. 34. Que la *República* es obra suya lo dice incluso Crisipo en su *Acerca de la República*. Sobre temas amatorios ha tratado al principio de la obra titulada *Arte de amar*. Pero también en sus *Diatribas* escribe de temas parecidos. De tal tono son algunas afirmaciones que se encuentran en Casio, y en el orador Isidoro de Pérgamo. Éste relata que los pasajes escabrosos de sus libros en contraste con la doctrina de los estoicos habían sido expurgados por Atenodoro el estoico, a quien se le había confiado la biblioteca de Pérgamo. Pero que luego fueron introducidos de nuevo, cuando Atenodoro fue descubierto y procesado. En fin esto es lo que hay sobre los pasajes considerados espurios de su obra.

35. Hubo ocho Zenones. El primero fue el de Elea, del que vamos a tratar. El segundo, éste. El tercero, uno de Rodas, que escribió la historia local, en un libro. El cuarto, un historiador, que escribió sobre la expedición de Pirro a Italia y Sicilia, además de un epítome sobre la historia política de romanos y cartagineses. El quinto, un discípulo de Crisi-

po, que escribió pocos libros, pero que dejó numerosos discípulos. El sexto, un médico de la escuela de Herófilo, de pensamiento acertado, pero de estilo flojo. El séptimo, un gramático, del que entre otras cosas se conservan epigramas. El octavo, de Sidón por su linaje, un filósofo epicúreo tan claro en sus ideas como en sus explicaciones.

36. Los discípulos de Zenón fueron muchos, pero citaremos a los más destacados, como Perseo de Citio, hijo de Demetrio, que algunos consideran un íntimo suyo, y otros como un criado, uno de los enviados por Antígono para la transcripción de sus libros, que además fue el ayo del hijo de éste, el príncipe Halciones.

Queriendo una vez Antígono ponerle a prueba, hizo que le dieran vivamente la noticia de que sus campos habían sido conquistados por sus enemigos. Y cuando él estaba con el rostro angustiado le comentó: «¿Ves cómo la riqueza no es una cosa indiferente?».

Como libros suyos se conservan los siguientes:

Sobre la Monarquía.
República de los lacedemonios.
Sobre el matrimonio.
Sobre la impiedad.
Tiestes.
Sobre los amores.
Protrépticos.
Diatribas, varios libros.
Anécdotas, cuatro libros.
Recuerdos.
Contra las Leyes de Platón, siete libros.

37. (Otros discípulos famosos fueron:) Aristón de Quíos, hijo de Milcíades, el que introdujo la noción de indiferencia. Herilo de Cartago, que postuló como fin la ciencia. Dionisio, el que se cambió al placer. Pues a causa de una grave enfermedad de los ojos se negó a declarar que el sufrimiento es algo indiferente. Éste era de Heraclea. Esfero del Bósforo.

Cleante de Asos, hijo de Fanias, que fue el sucesor de Zenón en la escuela. A éste Zenón lo comparaba con las tablillas de cera dura, que apenas se dejan escribir, pero que conservan bien lo escrito en ellas. Esfero fue discípulo de Cleantes a la muerte de Zenón. También hablaremos de él al tratar de Cleantes. 38. Fueron además discípulos de Zenón los siguientes, según atestigua Hipóboto: Filónides de Tebas, Calipo de Corinto, Posidonio de Alejandría, Atenodoro de Solos y Zenón de Sidón[16].

Me he decidido a tratar en general de todos los principios estoicos en la «Vida de Zenón», porque él fue el fundador de la escuela. Desde luego son suyos los libros antes citados, en los cuales habló como ningún otro de los estoicos. Pero sus ideas básicas son las siguientes. Las expondremos en sus líneas fundamentales, como hemos acostumbrado a hacer en los demás casos.

39. Su teoría filosófica se divide en tres secciones: la Física, la Ética y la Lógica. El primero en trazar esta división fue Zenón de Citio en su *Sobre la razón*, y también la aceptan Crisipo en el libro I de su *Sobre la razón*, y en el libro primero de *Física*, y Apolodoro y Silo en el primer libro de su *Introducción a los principios básicos* y Éudromo en su *Elementos de moral*, y Diógenes de Babilonia y Posidonio.

A estas secciones Apolodoro las llama «temas» *(tópoi)*, Crisipo y Éudromo «especies» *(eíde)*, otros «géneros» *(géne)*. 40. Comparan la filosofía a un ser vivo, comparando la lógica a los huesos y nervios, la ética a las partes carnosas y la física al alma. O, en otra comparación a un huevo, la cáscara es la lógica, la clara es la ética y la parte central, la física. O a un huerto frutal: la valla que lo rodea es la lógica, las frutas son la ética, y la tierra y los árboles, la física. O a una ciudad bien amurallada y administrada de acuerdo con la razón.

16. Confusión de Diógenes Laercio; se trata de Zenón de Tarso (cf. VII 41, 84).

Y ninguna sección está separada de las otras, según dicen algunos de ellos, sino que están interrelacionadas. Así que las enseñaban conjuntamente. Pero algunos colocan en primer lugar la lógica, en segundo lugar la física y en tercero, la ética; entre éstos están Zenón en su *Sobre la razón,* Crisipo, Arquedemo y Éudromo.

41. El caso es que Diógenes de Tolemaide comienza por la ética, que Apolodoro, en cambio, pone en segundo lugar, mientras Panecio y Posidonio comienzan por la física, según dice Fenias, el discípulo íntimo de Posidonio, en el libro primero de sus *Cursos de Posidonio.* Cleantes, en cambio, distingue seis partes: dialéctica, retórica, ética, política, física y teología. Otros afirman que éstas no son partes de la teoría, sino de la filosofía misma, como hace Zenón de Tarso. Algunos sostienen que la sección lógica se divide en dos ciencias: en retórica y dialéctica. Algunos la dividen en la teoría de las definiciones, y la de las reglas y criterios. Y otros suprimen la que se refiere a las definiciones.

42. Así pues, la teoría respecto a las reglas y criterios la admiten como dirigida al descubrimiento de la verdad. En ella, pues, precisan las diferentes especies de representaciones. Pero también la parte sobre las definiciones se dirige igualmente al reconocimiento de la verdad. Pues es a través de las nociones como se aprehenden las cosas. La retórica es la ciencia de hablar bien en los discursos de amplio curso, y la dialéctica, la ciencia de dialogar correctamente por medio de argumentos expuestos en preguntas y respuestas. Por eso también la definen como ciencia de cosas verdaderas, falsas y neutras.

Además dicen que la retórica tiene tres partes: la una es la deliberativa, otra la forense, y otra la encomiástica.

43. Y hay otra división de la misma en: invención, elocución, disposición y actuación. En cuanto al discurso retórico, lo dividen en proemio, narración, réplicas a los contrarios y el epílogo.

La dialéctica la dividen en el ámbito de los significados y el de la lengua. Y la sección que respecta a los significados comprende el ámbito de las representaciones y de las expresiones dependientes de ellas, enunciados tanto independientes como predicativos, tanto los rectos como los oblicuos, y géneros y especies, e igualmente frases y figuras de dicción y silogismos e incluso sofismas que son contrarios a la lengua y a los objetos reales. 44. Entre ellos hay argumentos falsos y verídicos, sorites y otros que aparecen de tipo semejante, defectivos, insolubles, concluyentes, y falaces sofismas como los del «Velado» o «Cornudo», el «Ninguno», «el Cosechador».

Hay un ámbito propio de la dialéctica que es el ya dicho de la lengua misma, en la que está incluida la lengua escrita, y las partes de la frase cuáles son, y lo que trata de solecismos, barbarismos, poemas, ambigüedades, expresión refinada, música verbal y definiciones según autores, distinciones y estilos y léxico. 45. Afirman que el estudio de la teoría de los silogismos es utilísimo; pues evidencia su carácter demostrativo, que contribuye en mucho a la corrección de los juicios, y su ordenación y memoria destacan la concepción firme de la realidad. El razonamiento en sí es un conjunto de premisas y conclusión. El silogismo es un razonamiento concluyente a partir de estos elementos. La demostración es un razonamiento que avanza a través de lo aprehendido mejor a lo aprehendido menos claramente.

La representación *(phantasía)* es una impresión en el alma, habiéndose trasferido tal nombre apropiadamente de las impresiones producidas en la cera por un anillo. 46. De la representación hay dos tipos: una comprehensiva (que capta lo real, *kataleptiké)* y otra incomprehensiva *(akatálepton).* La comprehensiva, de la que afirman que es el criterio de lo real, es la procedente del objeto, conformada y estampada según el mismo objeto real. Y es incomprehensiva la que no proviene del objeto, o que proviene de un objeto,

pero no es conforme al objeto mismo. Ésta no es distinta ni precisa.

En cuanto a la dialéctica en sí, afirman que es necesaria, y que es una virtud que genéricamente abarca a otras. La firmeza en el juicio es la ciencia del cuándo debe darse asentimiento y cuándo no. La cautela conjetural es un razonamiento seguro contra lo sólo probable, de manera que no se ceda a esto. 47. La irrefutabilidad es la estabilidad en el razonamiento, de modo que no se deje uno arrastrar por él hasta el extremo opuesto. La ausencia de frivolidad es el hábito de reportar las representaciones al recto razonamiento.

De la ciencia en sí dicen que es la aprehensión estable, o bien el hábito inalterable por el razonamiento en la aprehensión de las representaciones.

Sin el estudio de la dialéctica el sabio no puede permanecer impecable en su razonamiento. Pues por medio de ella es capaz de discernir científicamente lo verdadero y lo falso, y distinguir bien lo persuasivo y lo que se expresa ambiguamente. Y si se prescinde de la dialéctica, no es posible preguntar y responder con método.

48. La precipitación en las afirmaciones extiende sus consecuencias hasta los mismos objetos, de modo que quienes tienen sus representaciones indisciplinadas incurren en el desorden y en la irresponsabilidad. No de modo extraño el sabio se mostrará agudo y perspicaz y en el conjunto diestro en sus argumentaciones. Pues es propio del mismo dialogar y discurrir correctamente, discutir las cuestiones propuestas y responder a lo que se pregunta; todo eso es propio del hombre experto en la dialéctica.

En fin, esto es lo que parece capital en sus fundamentos de Lógica. Y por citar también en detalle lo que exponen en su introducción (a la Lógica), eso es lo que afirma literalmente Diocles de Magnesia en su *Compendio de los filósofos*, diciendo de este modo:

49. A los estoicos les gusta exponer previamente su teoría acerca de la representación y de la sensación, por cuanto que el criterio por el que se reconoce la verdad de las cosas es, en general, la representación, y por cuanto la teoría de la comprensión *(katalépsis)* y de la intuición *(nóesis)*, que precede a todas las otras, no se mantiene sin la representación. Conque la representación tiene la precedencia, y luego le sigue el pensamiento que se ha dotado de habla, que lo que experimenta a partir de la impresión sensible lo expresa por medio del lenguaje *(lógos)*.

50. La representación difiere de la imaginación. Pues imaginación *(phántasma)* es una suposición *(dókesis)* del pensamiento, que se le aparece en sueños, mientras que la representación *(phantasía)* es una impresión en el alma, es decir, una alteración, como sostiene Crisipo en su libro segundo de *Sobre el alma*. Porque no hay que suponer que esa impresión sea exactamente como la impronta de un sello, ya que es inaceptable que muchas improntas se impriman a la vez en una misma cosa. Por representación se entiende la que se emite a partir del objeto, conformada, improntada y sellada de acuerdo con el objeto real, como no podría serlo a partir de lo no existente.

51. Según ellos, algunas representaciones son sensibles, y otras no. Son sensibles las que se captan a través de algún órgano sensitivo o por los sentidos, y no sensibles las que surgen del pensamiento, tal como los entes incorpóreos y los demás concebidos por la razón. De las sensibles las unas provienen de los objetos reales por consentimiento y asentimiento. Pero también hay entre las representaciones algunas que son apariencias como si fueran procedentes de objetos reales.

Además, en las representaciones hay unas racionales y otras irracionales. Racionales son las de los seres racionales, e irracionales las de los irracionales. En fin, las racionales son intuiciones *(nóeseis)*, mientras que las irracionales no

poseen un nombre. También hay unas que son técnicas y otras profanas. Pues una estatua la observa de manera diferente un artista y de modo distinto un profano.

52. Sensación *(aísthesis)* designa, según los estoicos, el aire que se traslada del hegemónico a los sentidos, y la aprehensión por medio de éstos, y la estructura misma de estos órganos, de la que algunas personas pueden quedarse privadas. También su actividad se llama sensación. La aprehensión se da, según ellos, por la sensación de cosas blancas y negras, rugosas y lisas, etc., y por el razonamiento en las conclusiones obtenidas por demostración, como que los dioses existen y que son providentes. Así pues, los objetos pensados se intuyen por contacto los unos, otros por semejanza, otros por analogía, otros por transferencia, otros por composición y otros por oposición.

53. Por contacto, en efecto, tenemos noción de los objetos sensibles; por semejanza, aquellos que se intuyen de algo próximo, como Sócrates a partir de su retrato. Por analogía, aumentándolos en unos casos, como el gigante Ticio o el Cíclope; o bien disminuyéndolos, como el pigmeo. También del centro de la tierra tenemos noción por analogía, a partir de ciertas esferas más pequeñas. Por ejemplo, ojos en el pecho. Por composición se intuye el Hipocentauro. Y por oposición, la muerte. Algunos objetos se intuyen mediante un cierto proceso de trascendencia, como los significados y el espacio. Por naturaleza se intuye lo justo y el bien. Y otras nociones por privación, como un manco. Éstos son algunos de sus juicios acerca de la representación, la sensación y el pensamiento.

54. El criterio de la verdad dicen que reside en la representación comprehensiva, es decir, la que procede de un objeto externo y real, según afirma Crisipo en el libro duodécimo de su *Física*, y según Antípatro y Apolodoro. Ahora bien, por un lado Boeto admite varios criterios: la inteligencia, la sensación, el instinto y el conocimiento científico. Y, por

otro, Crisipo, contradiciéndose a sí mismo, afirma que hay dos criterios, que son la sensación y la prenoción *(prolépsis)*. La prenoción es una idea natural de contenido genérico (una concepción innata de los conceptos generales o universales). Mientras que algunos otros de los estoicos más antiguos aceptan como criterio la recta razón, como afirma Posidonio en su obra *Sobre el criterio*.

55. Según acuerdo de la mayoría, el estudio de la dialéctica ha de comenzarse por el tema de la voz. La voz es el aire vibrante, o el objeto propio de la sensación del oído, como dice Diógenes de Babilonia en su *Manual sobre la voz*. La voz de un animal es el aire golpeado por un impulso natural; en cambio, la del hombre es articulada y emitida por su inteligencia, según dice Diógenes, y ésta llega a su madurez a los catorce años. También la voz es un cuerpo, según los estoicos, como dicen Arquedemo en *Sobre la voz* y Diógenes, Antígono y Crisipo en el libro segundo de su *Física*. 56. Pues todo lo que es efectivo es un cuerpo, y la voz al llegar a los que la oyen de quienes la vocean produce efectos. El habla *(léxis)* es, según dice Diógenes, una voz formada de letras, como *heméra* («día»). La frase *(lógos)* es una voz significativa emitida por la inteligencia, como «es de día» *(heméra estí)*. Dialecto es una expresión caracterizada según una comunidad regional, dentro de la lengua griega, o una expresión local particular, es decir, de carácter dialectal, por ejemplo: *thálatta* (mar) según el ático, y *hemére* («día») según el jonio. Elementos de la dicción son las veinticuatro letras. Pero «letra» se dice en tres sentidos: el elemento, el signo gráfico del elemento y el nombre de la misma, por ejemplo «alfa». 57. De los elementos, siete son vocálicos: *a, e, ę̄* [η], *i, o, u, ō* [ω]. A nuestras cinco vocales se añaden la eta y la omega *(ę̄ = η; ǭ = ω)* y seis son mudos: *b, g, d, k, p, t*. Se diferencian voz y dicción, porque la voz puede ser también un son confuso, pero dicción es sólo la voz articulada. La dicción *(léxis)* se diferencia de la frase *(lógos)* en que la

frase es siempre significante, mientras que una dicción puede carecer de sentido, como la de *blítyri*, pero la frase nunca. Se diferencia también el decir *(légein)* del pronunciar; pues se pronuncian los sones vocálicos, y se dicen las cosas, que son, en efecto, «enunciados» *(lektá)*.

Las partes de la frase (u oración) son cinco, como dice Diógenes en su obra *Sobre la voz* y también Crisipo: nombre, apelativo, verbo, conjunción y artículo *(ónoma, prosegoría, rêma, syndesmós, árthron)*. Antípatro añade además un término medio (adverbio, *mesótes)* en sus escritos *Sobre la dicción y lo dicho*.

58. El apelativo *(prosegoría)* es, según Diógenes, la parte de la oración que indica una cualidad general, como «hombre», «caballo». El nombre es la parte de la oración que indica una entidad singular (individual), como «Diógenes», «Sócrates». El verbo es la parte de la oración que indica un predicado simple *(asyntheton kategórema)*, según Diógenes, o, según otros, una parte indeclinable de la oración que indica algo que queda referido a algo o a algunos, como por ejemplo «escribo», «hablo». La conjunción es una parte indeclinable de la oración, que enlaza las partes de la frase. El artículo es un elemento declinable de la oración, que distingue los géneros de los nombres y los números; por ejemplo, *ho, he, tó; hoi, hai, tá (el, la, lo; los, las, los)*.

59. Las excelencias (o virtudes) de la frase son cinco: helenismo, claridad, concisión, propiedad y distinción. Helenismo es la expresión impecable, en su construcción culta y no en un uso coloquial o vulgar. La claridad está en la dicción que expresa inteligentemente lo pensado. Concisión es la dicción que abarca tan sólo lo necesario para la revelación de su asunto. La propiedad consiste en la expresión adecuada y natural al objeto. La distinción se da en la expresión que rehúye el vulgarismo. De entre los vicios del habla está el barbarismo, que es la expresión que va contra el uso de los griegos nobles, y el solecismo, que es una frase con incoherencia sintáctica.

60. Un poema es, según dice Posidonio en su *Introducción a la expresión lingüística (léxis),* una expresión métrica o rítmica que con su artificio destaca por encima de la prosa. De forma rítmica es, por ejemplo, esto:

la tierra magnífica y el éter de Zeus[17].

Poesía es el poema con un sentido propio, que abarca una imitación (o imagen, *mímesis)* de hechos divinos y humanos.

Definición es, como dice Antípatro en el primer libro de *Sobre las definiciones,* un enunciado que se despliega según un análisis ajustado exactamente, o, según Crisipo en su *Sobre las definiciones,* una explicación de lo característico y propio. La descripción o esbozo *(hypographé)* es una exposición que introduce de un modo característico los temas básicos, o una definición que de modo más sencillo expresa lo fundamental de la definición. El género es la reunión comprehensiva de nociones del pensamiento múltiples e inseparables, por ejemplo «animal». Pues este término comprende los animales de todas clases.

61. Una noción *(ennóema)* es una imagen del pensamiento *(phántasma dianoías)* que no existe como algo ni tiene cualidad, pero que es como algo y es como si tuviera cualidades; por ejemplo, la noción de caballo que surge aun si éste no está presente.

La especie *(eidos)* es lo que está comprendido bajo el género; así, por ejemplo, el «hombre» está comprendido en el género «animal». Género máximo *(genikótaton)* es lo que, siendo género, no tiene ningún género, por encima de él; por ejemplo «lo ente». La especie extrema *(eidikótaton)* es la que, siendo especie, no tiene ninguna especie bajo sí, por ejemplo, «Sócrates».

17. Eur. *frag.* 839 Nauck.

La división de un género es su partición en las especies inmediatas, por ejemplo «de los animales unos son racionales y otros irracionales». La división contrapuesta es la partición del género: en especies, mediante lo contrapuesto, como por medio de negación. Por ejemplo, «de las cosas existentes, unas son buenas, otras no buenas».

La subdivisión es la división aplicada a una división, como, por ejemplo «de las cosas que son, unas son buenas y otras son no buenas», y seguir: «de las cosas que son no buenas, las unas son malas y otras indiferentes».

62. Segmentación *(merismós)* de un género es su ordenamiento según categorías diversas, como dice Crinis. Por ejemplo, «de los bienes los unos son del alma, y otros del cuerpo».

La ambigüedad *(amphibolía)* es la expresión verbal *(léxis)* que significa dos o más cosas lingüística y básicamente y de acuerdo con la norma misma, de modo que puede aplicarse al mismo tiempo a varios usos con la misma dicción.

Por ejemplo, la expresión *auletrìs péptoke.* Pues con esas palabras se indica tanto «la casa se ha caído tres veces» *(aulé trìs péptoke)* como «la flautista se ha caído». Según dice Posidonio, la Dialéctica es la ciencia de lo verdadero y lo falso y de lo que no es ni lo uno ni lo otro. Según dice Crisipo, la Dialéctica trata de significantes y significados. Todo esto es lo que se dice, en efecto, en la teoría de la voz según los estoicos.

63. En la sección sobre los hechos reales y sus enunciados se instala la teoría sobre los enunciados, tanto los autosuficientes como las proposiciones *(axiómata)* y los silogismos, y la de los defectivos y de los predicados, tanto rectos como oblicuos.

Dicen que el enunciado *(tò lektón)* es el resultado de una imagen mental. De tales enunciados los estoicos afirman que los unos son completos en sí, y otros, deficientes. Los deficientes son, en efecto, los que tienen una formulación in-

completa, como por ejemplo «escribe». Pues preguntaremos: «¿Quién?».Y completos son los que presentan una formulación autosuficiente; por ejemplo, «Sócrates escribe». Entre los enunciados deficientes se incluyen los predicados; y entre los autosuficientes, las proposiciones, los silogismos, las preguntas y las indagaciones.

64. El predicado es lo que se dice respecto a algo, o al asunto relacionado con alguno o algunos, según dicen los de Apolodoro, o bien el enunciado defectivo relacionado con un caso recto en la formación de un juicio *(axíoma)*. Pero hay entre los predicados unos que son accidentales, por ejemplo «navegar entre escollos». Además, de los predicados unos son rectos, otros inversos y otros neutros. En efecto, los «rectos» son los que se enlazan con uno de los casos oblicuos para la formación del predicado; por ejemplo, «oye», «ve», «dice». Inversos son los que se enlazan con un sintagma de pasiva, como «soy visto», «soy oído». Y son neutros los que no se comportan de ninguna de ambas maneras, como «medita», «pasea». Los reflexivos están comprendidos entre los inversos, pero siendo inversos (o pasivos, por su forma) indican actividades, como «se corta el pelo». 65. Pues el que se corta el pelo se incluye (en la acción) a sí mismo. Casos oblicuos *(plagíai ptóseis)* son el genitivo, el dativo y el acusativo.

Proposición *(axíoma)* es lo que es verdadero o falso, o un juicio autosuficiente que se formula por sí mismo, como dice Crisipo en sus *Definiciones dialécticas:* «Proposición es lo que se afirma o se rechaza en sí mismo, como por ejemplo, «es de día», «Dión pasea». Recibe su nombre la proposición (o juicio) del hecho de que se propone o se juzga *(axioústhai)* o se niega. Pues el que dice «es de día» parece proponer que es de día. Así que, si es de día, la proposición expuesta resulta verdadera. Y si no, es falsa.

66. Son diferentes el juicio, la pregunta y la indagación; y el mandato, el juramento, la imprecación, la hipótesis, la ex-

clamación y la acción semejante a un juicio. Pues un juicio es lo que al decirlo lo afirmamos, lo que justamente resulta verdadero o falso. La pregunta es un enunciado completo, como el juicio, pero que reclama una respuesta, como: «¿Acaso es de día?». Esto no es ni verdadero ni falso, como «es de día», de manera que esta frase es un juicio, mientras que «¿acaso es de día?» es una interrogación. Indagación es una cuestión a la que no se puede responder sucintamente, como a la pregunta, con «sí», sino que hay que expresarse con una frase, como «habita en este terreno».

67. El mandato (o imperativo, *prostaktikón)* es una expresión que al decirla usamos como orden, como:

> Camina tú hacia las fuentes del Ínaco[18].

El juramento es una expresión [...] La exclamación (o vocativo, *prosagoreutikón)* es la expresión que uno emplearía para dirigirse a alguien, como:

> ¡Gloriosísimo Atrida, señor de guerreros, Agamenón![19].

Una frase semejante a un juicio es la que presentando una formulación de un juicio por un especial énfasis o emoción cae fuera del género de los juicios, como, por ejemplo:

> ¡Qué bello el Partenón!
> ¡Cuán parecido a los hijos de Príamo el boyero![20].

68. Existe también una expresión dubitativa que es algo diferente de un juicio, que, al decirla uno, presenta sus dudas:

18. *Adesp., frag.* 177 Nauck.
19. *Ilíada* II 434.
20. *Adesp., frag.* 286 Nauck.

¿Acaso están naturalmente unidos el penar y la vida?[21].

Las preguntas y las indagaciones y las frases semejantes no son verdaderas ni falsas, mientras que los juicios son verdaderos o falsos.

De los juicios, los unos son simples y los otros no simples, como afirman los discípulos de Crisipo, y Arquedemo, y Atenodoro, y Antípatro y Crinis. Simples son los compuestos por una proposición que no es ambigua, como, por ejemplo, «es de día». No simples son los compuestos por una proposición que es ambigua, o por proposiciones de las que una es ambigua. 69. Por ejemplo, «si es que es de día...», o de varias proposiciones, por ejemplo: «si es de día, hay luz».

Entre los juicios simples están el negativo, el exclusivo, el privativo, el afirmativo, el declarativo y el indefinido. Y entre los no simples, están el hipotético, el ilativo, el copulativo, el disyuntivo, el causal y el que compara a partir de más o de menos...

Un ejemplo de juicio negativo es: «no es de día». Supernegativo es el que expresa la negación de un negativo; por ejemplo: «no es posible que no sea de día». Esto afirma el que «es de día».

70. El juicio exclusivo consiste en un elemento negativo y un predicado. Por ejemplo: «ninguno pasea». El privativo es el compuesto de un término privativo y de un aserto que tiene el valor de un juicio. Por ejemplo: «éste es inhumano».

Juicio afirmativo es el compuesto de un nominativo y de un predicado; por ejemplo: «Dión pasea». El declarativo está compuesto de un pronombre definido en nominativo y el predicado; por ejemplo: «ése pasea». Indefinido es el juicio compuesto por un elemento indefinido o elementos indefinidos y un predicado; por ejemplo: «alguno pasea», «aquél se mueve».

21. Menandro, *frag.* III 281 Kock.

71. De los juicios no simples, el hipotético, según dicen Crisipo en sus *Definiciones dialécticas* y Diógenes en su *Manual de dialéctica*, es el compuesto mediante la conjunción subordinada «si». La conjunción anuncia que a la primera frase le sigue una segunda, como en «si es de día, hay luz». La proposición ilativa es, según dice Crinis en su *Manual de dialéctica*, el juicio que está enlazado por la conjunción «pues», comenzando por un aserto y concluyendo en otro aserto. Por ejemplo: «Pues es de día, hay luz». La conjunción anuncia que la segunda frase sigue a la primera, y que la primera es su explicación. 72. La proposición copulativa es la que está enlazada por conjunciones copulativas. Por ejemplo: «es de día y hay luz». La disyuntiva es la que está dividida por la conjunción disyuntiva. Por ejemplo: «o es de día o es de noche». Esa conjunción anuncia que uno de los dos términos es falso.

Causal es la proposición que está formada sintácticamente con la conjunción «porque». Por ejemplo: «Porque es de día, hay luz». Es como si la primera fuera la causa de la segunda. La proposición comparativa a partir de más es la formada con la conjunción comparativa «más» y el «que» colocado en medio de las oraciones, como por ejemplo: «es más de día que de noche». 73. La proposición comparativa con el menos es la contraria a la anterior, como por ejemplo: «es menos de noche que de día».

Además en los juicios hay unos que son opuestos unos a otros según la verdad y la mentira, de los cuales el uno es la negación del otro. Por ejemplo: el «es de día» y el «no es de día». Y una proposición hipotéticamente compuesta es verdadera si el contrario al juicio final es incompatible con el juicio inicial. Por ejemplo: «si es de día, hay luz». Esto es verdad. Porque el juicio: «no hay luz» es incompatible con el juicio inicial «es de día». Por otra parte, una proposición hipotética es falsa si la contradicción del juicio final no es incompatible con el juicio inicial. Por ejemplo: «si es de día,

Dión pasea» lo es, porque la afirmación «Dión no pasea» no está en contradicción a la de «es de día».

74. Una proposición explicativa es verdadera cuando partiendo de una proposición verdadera concluye en la que la sigue. Por ejemplo: «puesto que es de día, el sol está sobre la tierra». Y es falsa si parte de una proposición falsa o bien no tiene una conclusión consecuente. Por ejemplo: «puesto que es de noche, Dión pasea». Esta última afirmación puede realizarse aun cuando es de día.

Una proposición causal es verdadera si, partiendo de una premisa verdadera, termina en una proposición consecuente, aunque la premisa no sea consecuente a la conclusión. Por ejemplo: «porque es de día, hay luz». Pues del juicio «es de día» se sigue el de «hay luz»; si bien de «hay luz» no se sigue lo de «es de día».

Una proposición causal es falsa si parte de un aserto falso, o acaba en un juicio inconsecuente, o tiene una premisa que no se corresponde con la conclusión. Por ejemplo: «Porque es de noche, Dión pasea». 75. Probable (o persuasivo, *pithanón)* es el juicio que induce al asentimiento; por ejemplo, «si una hembra ha dado a luz a algo, ella es su madre». Pero esto es falso. Pues el ave no es la madre del huevo. Además hay unas cosas posibles, y otras imposibles. Y unas son necesarias, y otras innecesarias. Posible es lo que es admisible que sea verdad, siempre que los hechos exteriores no se opongan a que sea verdadero; por ejemplo: «Diocles vive». Imposible es lo que no es aceptable que sea verdad; como por ejemplo, «la tierra vuela». Necesario es aquello que, siendo verdad, no es aceptable que sea falso o que es admisible (que lo sea), pero las circunstancias externas se oponen a que sea falso; como, por ejemplo, «la virtud aprovecha». No necesario es lo que es verdad, pero es posible que fuera falso, si ninguna de las cosas exteriores se opusiera, como el aserto: «Dión pasea». 76. Razonable es la proposición que tiene mayores fundamentos para ser verdadera; por ejemplo, «viviré mañana».

También hay otras diferencias en los juicios y transformaciones de éstos de verdaderos en falsos, y reconversiones, acerca de las cuales hablaremos con amplitud.

Un argumento es, como dicen los discípulos de Crinis, el razonamiento compuesto de premisa mayor, premisa menor y conclusión, como el siguiente: «Si es de día, hay luz. Es de día. Por consiguiente hay luz». Pues entonces la premisa mayor es lo de: «Si es de día, hay luz». Premisa menor lo de: «Es de día». Y conclusión lo de «Por consiguiente hay luz».

El modo *(trópos)* es algo así como el esquema del razonamiento, como el siguiente ejemplo: «Si lo primero, lo segundo. Conque se da lo primero. Por consiguiente, lo segundo».

77. El argumento-modo *(logótropos)* es el compuesto de ambos; por ejemplo: «Si Platón vive, Platón respira. Conque sucede lo primero. Por consiguiente (sucede) lo segundo». El argumento-modo fue introducido a fin de que en las combinaciones muy largas de argumentos no fuera tan larga la premisa menor y se dijera la conclusión, pero se expresara brevemente: «Se da lo primero, entonces se da lo segundo».

De los razonamientos, los unos son inconcluyentes y los otros concluyentes. Inconclusivos son aquellos en que lo contrario de la conclusión no se contradice con la conjunción de las premisas, como el siguiente: «Si es de día, hay luz. Es de día. Por lo tanto Dión se pasea».

78. De los razonamientos concluyentes los unos son denominados con igual nombre que el género, «concluyentes». Otros son llamados «silogísticos». Son silogísticos los que o bien son indemostrables o se reducen a indemostrables por una o varias de sus premisas; como, por ejemplo: «Si se pasea Dión, se mueve Dión. Conque se pasea Dión, entonces se mueve Dión». Son concluyentes específicamente los que concluyen de modo diferente al silogístico; por ejemplo: «Es falso lo de es de noche y de día. Es de día. Por lo tanto no es de noche». No silogísticos son los que se exponen de forma persuasiva parecidos a los silogísticos, pero no son conclu-

yentes; como: «Si Dión es un caballo, Dión es un ser vivo. Pero Dión no es un caballo. Luego Dión no es un ser vivo».

79. Además, de los razonamientos unos son verdaderos y otros falsos. Verdaderos son, en efecto, los que concluyen por medio de premisas verdaderas; como, por ejemplo: «si la virtud beneficia, el vicio daña. Conque beneficia la virtud. Por tanto, el vicio daña». Falsos son los que tienen algo falso en sus premisas o que son inconclusivos, como «si es de día, hay luz. Es de día. Entonces Dión vive».

También hay razonamientos posibles e imposibles; necesarios e innecesarios. También hay algunos que son indemostrables, porque no requieren demostración, por medio de los cuales se construye cualquier argumento. Según unos autores son unos u otros; según Crisipo son cinco. Se incluyen en los razonamientos concluyentes, en los silogísticos y en los modales.

80. El primer indemostrable es aquel en el que todo el razonamiento está formado por un argumento hipotético, del que comienza el antecedente y concluye el consecuente: «Si lo primero, lo segundo. Conque lo primero. Luego lo segundo». El segundo indemostrable es el que, por el argumento hipotético y la negación del consecuente, concluye la negación del antecedente. Por ejemplo: «Si es de día, hay luz. Pero es de noche. Luego no es de día». Aquí la premisa menor es la opuesta a la consecuente, y la conclusión, la contradictoria del antecedente. El tercer razonamiento indemostrable es el que de una combinación negativa de juicios y de uno de los términos de esta combinación conduce a la conclusión opuesta al otro: «No es posible que Platón esté muerto y que Platón viva. Pero ya ha muerto Platón. Por lo tanto no vive Platón».

81. El cuarto indemostrable es el que, a partir de una disyuntiva y de uno de los miembros de esta disyuntiva, concluye lo opuesto al restante. Por ejemplo: «O lo primero o lo segundo. Hay lo primero. Por tanto, no lo segundo». El

quinto indemostrable es aquel en el que el argumento entero se forma con una disyuntiva, de lo opuesto a uno de sus miembros, y concluye el restante. Por ejemplo: «O es de día o es de noche. No es de noche. Entonces es de día».

De lo verdadero se sigue lo verdadero, según los estoicos, como de «es de día» lo de «hay luz». Y también de lo falso se sigue lo falso, como de «es de noche», falso, «está oscuro». También a lo falso puede seguir algo verdadero, como de «la tierra vuela» lo de «la tierra existe». Sin embargo, a lo verdadero no le sigue lo falso; pues de «la tierra existe» no se sigue que «la tierra vuela».

82. También hay algunos argumentos insolubles: los «velados», «inadvertidos», «sorites», «cornudos» y los «nadie». El «velado» es el del tipo siguiente... <ejemplo de «sorites»> «No es posible que el dos sea un número bajo y no también el tres, y no es posible que éstos lo sean y no el cuatro, y así hasta el diez. Y el dos es un número bajo. Por lo tanto también el diez.»

[...] El argumento «nadie» está formado de una combinación de un término indefinido y uno definido en la premisa mayor, y de premisa menor y conclusión, de este tipo: «Si alguien está aquí, no está en Rodas. Pero alguien está aquí. Por tanto no hay alguien en Rodas»...

83. En fin, así se expresan los estoicos en temas de Lógica, en los que sobre todo hacen hincapié en que sólo es dialéctico el sabio. Pues todas las cosas se contemplan mediante la teoría de las palabras y razonamientos, tanto lo que comprende el ámbito de la Física, como, a su vez, lo referente a la Ética. Pues qué hay que decir en el terreno lógico acerca de la corrección de las denominaciones y en cómo las aplicaron las leyes a los hechos, no podrían decirlo de otro modo. Y de las dos cuestiones habituales acerca de la virtud, la una examina qué clase de ente es, y la otra qué nombre se le da. Y así es la Lógica de éstos.

84. La parte ética de la filosofía la dividen en la doctrina del impulso (instinto, *hormé),* y en la sección de los bienes y

los males, en la de las pasiones, la de la virtud, la del fin, la del valor primordial, la de las acciones y los deberes, y la de elecciones y rechazos. Así la subdividen los discípulos de Crisipo, Arquedemo, Zenón de Tarso, Apolodoro, Diógenes, Antípatro y Posidonio. Pues, en cambio, Zenón de Citio y Cleantes, como más antiguos, trataron de estos temas más sencillamente. Y ellos distinguieron también Lógica y Física.

85. El impulso primero que tiene el ser vivo, dicen, es el de conservarse, familiarizándole la naturaleza consigo mismo desde un comienzo, según dice Crisipo en el libro primero de *Sobre los fines*, cuando dice que «La primera propiedad en todo ser vivo es su constitución y su conciencia de ella». Pues no sería razonable que la naturaleza hiciera al ser viviente extraño a sí mismo, ni que lo haya creado para enajenarlo y no apropiarlo (a sí misma). Queda, por tanto, que digamos que al constituirlo lo ha familiarizado consigo mismo *(oikeiôsai pròs heautó)*. Así pues rechaza lo que le es dañino y acepta lo que le es propio.

Lo que dicen algunos, que el primer impulso en los seres vivientes está dirigido al placer, lo declararon falso. 86. Pues el placer dicen que es, si es que lo es, un añadido, una vez que la naturaleza por sí misma ha buscado y conseguido lo que armoniza con su constitución; a la manera como los animales se divierten y florecen las plantas. En nada, dicen, distanció la naturaleza la condición de las plantas y la de los animales, en cuanto que también a aquéllas sin impulso y sensación las organiza, y en nosotros se dan algunos procesos de índole vegetativa. El impulso sobreviene por añadidura en los animales y lo usan para dirigirse hacia lo que les es propio; para ellos lo acorde a su naturaleza es gobernarse por el impulso (instinto). Pero a los (animales) racionales les ha sido dada la razón en una preeminencia más perfecta, y para éstos el vivir de acuerdo con la razón rectamente resulta lo acorde a su naturaleza. Pues ésta es como un artesano que supervisa el instinto.

87. Por eso Zenón fue el primero, en su *Sobre la naturaleza del hombre*, en decir que el fin es «vivir acordadamente con la naturaleza», que es precisamente vivir de acuerdo con la virtud. Pues hacia ella nos conduce la naturaleza. Del mismo modo se expresa Cleantes en su obra *Sobre el placer*, y Posidonio y Hecatón en sus escritos *Sobre los fines*. Y viceversa, es igual vivir de acuerdo con la virtud que vivir de acuerdo con la experiencia de lo adecuado por naturaleza, según dice Crisipo en el primer libro de *Sobre los fines*. Porque nuestras naturalezas son partes de la naturaleza universal.

88. Por eso se presenta como fin el vivir conforme a la naturaleza, lo que es decir conforme a la naturaleza propia y la de todas las cosas, sin llevar a cabo nada de lo que suele prohibir la ley común, que es la recta razón, que se halla presente en todo, siendo idéntica a Zeus, que es el gobernante real de la ordenación de todo lo existente. Y en eso mismo consiste la virtud del hombre dichoso y el curso fácil de la vida, cuando todo se hace de acuerdo con la armonía del espíritu *(daímon)* de cada uno con el designio del administrador del universo.

Diógenes dice literalmente que el fin es «el razonar bien en la elección de las cosas acordes con la naturaleza». Y Arquedemo (dice que es) el vivir cumpliendo todos los deberes.

89. Por naturaleza, conforme a la cual hay que vivir, entiende Crisipo la común y particularmente la humana. Cleantes, sin embargo, acepta sólo la naturaleza común, como aquella a la que hay que seguir, sin añadir luego la naturaleza particular.

La virtud es una disposición concorde. Y es digna de elegirse por sí misma, no por algún terror o esperanza o alguna de las cosas externas. En ella misma está la felicidad, cuando existe en un alma formada para la armonía durante toda la vida. Pero el animal racional se pervierte, unas veces a causa de las seducciones de las cosas externas, y otras por la in-

fluencia de las circunstancias. Porque la naturaleza produce impulsos no pervertidos.

90. Virtud *(areté)* es, en general, una cierta perfección en cualquier cosa, por ejemplo en una estatua. La hay no intelectual, como la salud, y la intelectual, como la prudencia. Dice, pues, Hecatón en el primer libro de *Sobre las virtudes* que son científicas y especulativas las que tienen su constitución intelectual, como la prudencia y la justicia; no intelectuales son las que son consideradas en paralelismo de las constituidas sobre base intelectual, como la salud y la fuerza. Pues parece que la salud acompaña y se extiende paralela a la templanza (cordura, *sophrosyne)*, como la fuerza acompaña a la buena construcción de un arco.

91. Se llaman no intelectuales (o irreflexivas, *atheóretoi)* porque no requieren el asentimiento, sino que se encuentran también en gentes de poco valer, como la salud o el valor. Prueba de que la virtud existe realmente, dice Posidonio en el libro primero de su *Tratado de Ética*, es el que los individuos en torno a Sócrates, Diógenes y Antístenes estén en progreso hacia ella. También el vicio existe por ser lo opuesto a la virtud. Y que ésta es enseñable, me refiero a la virtud, lo afirma también Crisipo en el primer libro de *Sobre el fin*, y Cleantes y Posidonio en sus *Protrépticos*, y Hecatón. Que es enseñable, por lo demás, está claro por el hecho de que algunos malos se vuelven buenos.

92. Panecio, desde luego, dice que hay dos virtudes, la teorética (lo intelectual) y la práctica. Otros distinguen la lógica, la física y la ética. Los del círculo de Posidonio señalan cuatro, y los de Cleantes y Crisipo y Antípatro, más. En cambio Apolófanes dice que hay sólo una, la prudencia *(phrónesis)*.

De las virtudes, unas son primarias, y otras están subordinadas a ésas. Primarias son las siguientes: prudencia, valentía, justicia y templanza. Y como especies de éstas están la magnanimidad, la continencia, la paciencia, la perspicacia y

el buen consejo. Así que la prudencia es el conocimiento *(epistéme)* de los bienes y los males y las cosas indiferentes. La valentía es el conocimiento de lo que hay que elegir y lo que hay que temer y lo ambiguo. 93. La justicia...[22]

La magnanimidad es el conocimiento o el hábito que eleva por encima de las circunstancias en general, tanto las malas como las buenas. La templanza es una disposición invencible a seguir la recta razón, o bien una disposición que no pueden vencer los placeres. La paciencia es la ciencia o el hábito de las cosas en las que hay que mantenerse firme, o no, y de las neutras. La perspicacia es la disposición para descubrir al punto nuestro deber. El buen consejo es la ciencia que advierte qué cosas hacer y cómo, para actuar convenientemente.

De modo semejante también de los vicios los unos son primarios, y los otros, subordinados. Por ejemplo la insensatez, la cobardía, la injusticia y la intemperancia están entre los primeros; la incontinencia, la estupidez y la mala intención entre los secundarios. Los vicios son ignorancias de aquellas cosas cuyo conocimiento forma las virtudes.

94. El bien en general es aquello de lo que proviene algún beneficio, y en particular es lo mismo y no diferente de la utilidad. De donde procede que la virtud misma y lo que participa de la virtud se califiquen de bueno del modo siguiente, en tres acepciones: lo bueno de lo que deriva lo útil; el bien de acuerdo con el cual resulta útil, como la acción de acuerdo con la virtud; y el agente de esto, como el virtuoso que participa de la virtud.

De este otro modo en particular definen el bien: «la perfección según naturaleza de lo racional en tanto que racional». Y tal cosa es la virtud, *así que son partícipes* de ella tanto las acciones según la virtud como los hombres de bien.

22. Hay una laguna en el texto. Marcovich propone, con conjeturas, unas definiciones *más completas* (cf. Marcovich, ob. cit., p. 499)

Son accesorios la alegría, el gozo y las cosas parecidas. 95. De la misma manera, de los vicios, por un lado, lo son la insensatez, la cobardía, la injusticia y los semejantes. Y son participantes del vicio las acciones viciosas y los hombres malvados. Y accesorios son el desánimo, el malhumor y los semejantes.

Además, de los bienes los unos son del alma, otros externos y otros ni del alma ni externos. Los del alma son las virtudes y las acciones de acuerdo con ellas. Los externos el tener una patria digna, y un amigo noble, y la felicidad de éstos. El bien que no es del alma ni externo es el ser para sí mismo noble y feliz.

96. A su vez, de los males los unos son del alma: los vicios y las acciones según éstos. Los otros externos, como el tener una patria insensata y un amigo necio y la desdicha de una y otro. Y lo que no es ni externo ni del alma es el ser para uno mismo mezquino y desdichado. Además, de los bienes los unos son finales (absolutos, *teliká*) y otros eficientes *(poietiká)*, y otros finales y eficientes. Así pues, el amigo y los beneficios obtenidos de él son bienes eficientes. En cambio, el valor, la sensatez, la libertad, la alegría, la cordura, la ausencia de pesar y toda acción de acuerdo con la virtud son finales.

97. Las virtudes son bienes a la vez eficientes y finales. En cuanto, pues, proporcionan la felicidad, son bienes eficientes. Y en cuanto la colman, de modo que son partes de ella, son bienes finales.

De modo semejante también de los males los unos son finales, otros eficientes y otros tienen ambas notas. Así pues, el enemigo y los daños que derivan de él son males eficientes. La estupidez, la mezquindad, la esclavitud, la sordidez, el mal carácter, la amargura y cualquier acción según el vicio son males finales. Y participan de ambas notas los vicios; porque en cuanto que procuran la desdicha son eficientes, y en cuanto la colman, de modo que son partes de ella, son finales. 98. Por otro lado, de los bienes del alma unos son

hábitos *(héxeis)*, otros disposiciones (o estados de ánimo, *diathéseis)*, y otros no son ni hábitos ni disposiciones. Disposiciones son las virtudes, hábitos las actitudes, y ni disposiciones ni hábitos son las actividades *(enérgeiai)*.

En general, de los bienes hay unos mixtos, como una buena descendencia y una buena vejez; mientras que la ciencia (o el conocimiento estable, *epistéme)* es un bien simple. Y los unos permanecen para siempre, como las virtudes, mientras otros no siempre, como la alegría o el hábito de pasear.

Todo bien es conveniente, religante, oportuno, provechoso, aprovechable, bello, útil, digno de elegirse y justo.

99. Es conveniente porque aporta aquello de que nos beneficiamos que exista a nuestro lado. Religante porque nos mantiene en lo que debemos. Provechoso porque compensa lo gastado en él, de modo que en el intercambio de su obtención destaca su provecho. Es oportuno porque ofrece la utilidad de su ganancia. Es aprovechable porque nos reporta la utilidad estimada. Es bello porque está proporcionado de acuerdo con su utilidad. Es útil porque es de tal clase que lleva consigo beneficios. Es elegible porque por su naturaleza es muy razonable elegirlo. Y es justo porque es acorde con la ley y fomenta los acuerdos colectivos.

100. Llaman bello al bien perfecto porque contiene los números requeridos por la naturaleza o lo perfectamente proporcionado. Las especies de lo bello son cuatro: lo justo, lo valeroso, lo armónico y lo sabio. Pues en estas formas concluyen las bellas acciones.

De modo semejante también de lo feo (o de lo dañino, *aischroû)* hay cuatro especies: lo injusto, lo cobarde, lo caótico y lo insensato. En un sentido unánime llaman lo bello a lo que hace dignos de elogio a quienes lo poseen, los que tienen el bien digno de elogio. En otra acepción lo dicen de lo que está bien ajustado por naturaleza a su función propia. Y en otro sentido a lo que confiere orden y adorno, como cuando decimos que sólo el sabio es bueno y bello.

101. Dicen que sólo lo bello es bueno, según afirman Hecatón en el libro tercero de *Sobre los bienes* y Crisipo en sus escritos *Sobre lo bello.* Y que eso es la virtud y lo que participa de la virtud, que es igual (que decir) que todo lo bueno es bello y que se equivalen lo bello y lo bueno, que viene a ser lo mismo. Puesto que (algo) es bueno, es bello. Es bueno, luego es bello. Opinan que todos los bienes son iguales, y que todo bien es apetecible en extremo y que no admite ni relajamiento ni mayor intensidad. Y de los seres reales dicen que unos son buenos, otros malos y otros ni lo uno ni lo otro.

102. Así pues, bienes son las virtudes: prudencia, justicia, valentía, templanza y las demás. Males, los contrarios: insensatez, injusticia y las demás. Neutras son aquellas cosas que ni benefician ni dañan, como la vida, la salud, el placer, la belleza, el vigor, la riqueza, la buena fama, el nacimiento noble. Y las contrarias a éstas: la muerte, la enfermedad, la fatiga, la fealdad, la debilidad, la pobreza, el deshonor, el origen bajo y las semejantes, según dicen Hecatón en el libro séptimo de *Sobre el fin*, y Apolodoro en su *Ética*, y Crisipo.

Pues esas cosas no son buenas, sino indiferentes, preferibles según su especie. 103. Ya que, así como lo propio del calor es calentar y no el enfriar, así justamente es propio del bien el beneficiar y no el dañar. Y no más benefician que dañan la riqueza y la salud. No son por tanto un bien ni la riqueza ni la salud. Y añaden que aquello de lo que es posible servirse bien y mal, eso no es un bien. Y de la riqueza y la salud es posible servirse bien y mal. Por lo tanto no son un bien la riqueza y la salud.

No obstante, Posidonio afirma que también éstas pertenecen a las cosas buenas. Por otro lado, niegan que el placer sea un bien Hecatón en el libro noveno de *Sobre los bienes* y Crisipo en sus escritos *Sobre el placer.* Pues dicen que hay placeres feos, y que nada feo puede ser bueno. 104. Beneficiar es activar o mantener algo según la virtud, y dañar es activar o mantener algo según el vicio.

«Indiferentes» es un término que se aplica en dos sentidos. En uno a las cosas que no contribuyen ni a la felicidad ni a la desdicha, como son riqueza, fama, salud, vigor y las parecidas. Pues es posible ser feliz sin ellas, si bien cuál sea el uso de ellas puede contribuir a la felicidad o la desdicha. En otro sentido se dicen indiferentes las cosas que no provocan ni atracción ni rechazo, como es el tener los pelos de la cabeza proporcionados o excesivos, o extender y contraer el dedo, pero éstas ya no se califican de indiferentes en el sentido de las anteriores. Ya que aquéllas son provocadoras de atracción y de rechazo. 105. Por lo cual unas son escogidas y las otras desechadas, mientras que las otras se presentan sin valor para una elección o un rechazo.

De las cosas indiferentes a unas las llaman «preferibles», y a otras, «rechazables». Preferibles son las que tienen valor, y rechazables las que son de valor negativo. Definen el valor como, de un lado, una cierta contribución a una vida acorde consigo, que existe centrada en cualquier bien. Y, por otro lado, el valor es una cierta facultad intermedia o una utilidad secundaria, que aporta una ayuda para la vida acorde con la naturaleza. Por citar un ejemplo, la que aporta a la vida acorde con la naturaleza la riqueza, o la salud. Y además, existe el valor de cambio de algo apreciado, que puede fijar el experto en la materia; por citar un ejemplo, cuando se cambia un cargamento de cebada por uno de trigo más el mulo (que lo transporta).

106. Preferibles, por lo tanto, son las cosas que poseen valor; como, entre las cosas del alma, la nobleza natural, la habilidad artística, el progreso y las semejantes; y, entre las del cuerpo, la vida, la salud, la fuerza, la buena constitución, la integridad, la belleza y las parecidas; y, entre las cosas externas, la riqueza, la fama, el origen noble y las semejantes. Y rechazables son, entre las cosas del alma, la torpeza, la inhabilidad y las semejantes; y, entre las corporales, la muerte, la enfermedad, la debilidad, la mala complexión, las mutila-

ciones, la fealdad y las semejantes; y entre las cosas externas, la pobreza, el deshonor, el linaje oscuro y las parecidas. Y las que no pertenecen a uno ni a otro grupo son las que no son preferidas ni rechazadas.

107. Las preferibles lo son más por sí mismas, otras con vista a otras cosas, y otras por sí mismas y por otras cosas. Son preferidas por sí mismas la nobleza natural, el progreso y las semejantes. Con vista a otros fines, la riqueza, el origen noble y las parecidas. Por sí mismas y por otros fines, la fuerza, la sensibilidad, la integridad del cuerpo. Por sí mismas en cuanto que son acordes con la naturaleza; por otras razones, porque proporcionan no pocas ventajas. De igual modo sucede en lo rechazable según el razonamiento paralelo.

Además dicen que el deber (lo adecuado, *kathêkon)* es el acto que tiene una defensa razonable, como lo que es adecuado en el curso de la vida, y eso se extiende también a las plantas y animales. Pues también en éstos pueden advertirse los deberes.

108. Zenón fue el primero en darle el nombre de *kathêkon* («lo adecuado», el deber), siendo su denominación derivada de *katá tinas hékein* («alcanzar o incumbir a algunos»). Es la acción que por sí misma es afín *(oikeîon)* a las disposiciones de la naturaleza. Pues de los actos realizados por un impulso, los unos son adecuados, y otros en contra de lo adecuado, y otros ni adecuados ni en contra de lo adecuado.

Adecuados, desde luego, son todos aquellos que la razón decide realizar, como es el honrar a los padres, hermanos, patria y el rodearse de amigos. Al margen de lo adecuado, está todo lo que no decide la razón, como son actos tales como abandonar a los padres, despreciar a la patria y los parecidos. 109. Y no son adecuados ni están en contra de lo adecuado todas aquellas acciones que la razón ni elige ni prohíbe, como recoger paja, tener un punzón de escribir o un estrígilo, y los semejantes a éstos.

Y unos actos son adecuados sin influencia de las circunstancias, y otros circunstancialmente. Así en cualquier circunstancia son adecuados los siguientes: cuidarse de la salud, de los sentidos y lo semejante. Por una circunstancia (puede serlo), el mutilarse uno mismo o el arrojar por la borda la fortuna propia. De modo paralelo sucede en los actos contra lo adecuado.

Además, de los deberes, los unos son adecuados siempre y los otros no siempre. Así, siempre es adecuado el vivir de acuerdo con la virtud, y no siempre el preguntar, responder, pasear y lo semejante. El mismo cálculo se aplica a los actos en contra de lo adecuado. 110. Y también en las cosas intermedias es posible un cierto deber; por ejemplo, que los niños obedezcan a sus pedagogos.

Afirman que el alma tiene ocho partes; pues son partes de ella los cinco sentidos, la facultad de hablar y la facultad intelectual, que es la inteligencia misma, y la facultad reproductiva.

De los errores sobreviene en la inteligencia la perversión, de la que brotan muchas pasiones y motivos de inestabilidad. La pasión misma es, según Zenón, un movimiento irracional del alma en contra de la naturaleza, o un impulso excesivo.

Las pasiones principales, según dicen Hecatón en el libro segundo de *Sobre las pasiones* y Zenón en su *Sobre las pasiones*, forman cuatro géneros: la pena, el temor, el deseo y el placer. 111. Ellos opinan que las pasiones son juicios *(kríseis)*, según afirma Crisipo en su *Sobre las pasiones*. Por ejemplo la avaricia es la suposición de que el dinero es bello, e igualmente la embriaguez, la incontinencia y las demás.

La pena es una contracción irracional. Especies de ésta son: la piedad, la envidia, los celos, la rivalidad, la pesadumbre, el enojo, la tristeza, el dolor, la confusión. La piedad, entonces, es la pena por alguien que padece injustamente; la envidia es la pena ante los bienes ajenos; los celos, la pena

porque otro tiene lo que uno mismo desea; la rivalidad es la pena porque otro tenga también lo que él tiene; 112. la pesadumbre es una pena oprimente; el enojo, una pena que nos angustia y procura disgusto; la tristeza, una pena que permanece y se extiende con las reflexiones; el dolor, una pena abrumadora; la confusión, una pena irracional, que desgarra e impide contemplar la situación en conjunto.

El temor es la previsión de un mal. Y al temor se refieren el terror, la indecisión, la vergüenza, el espanto, la turbación, la angustia. El terror, en efecto, es el miedo que produce espanto; la vergüenza es el temor de la deshonra; la indecisión es el temor de la acción futura; el espanto es temor ante la imagen de una cosa insólita; 113. la turbación es miedo acompañado de agitación de la voz; y la angustia es miedo de una cosa invisible.

El deseo es una tendencia irracional, bajo la cual se ordenan también estas pasiones: el ansia, el odio, el afán de rencillas, la cólera, el amor, el rencor, el furor. El ansia es un deseo en el fracaso y como separado de su objeto, pero tenso en vano hacia él y anhelante. El odio es el deseo de hacer daño a alguien con un cierto progreso y extensión. El afán de rencillas es el deseo relacionado con la toma de partido. La cólera es el deseo de castigo de quien parece que nos ha injuriado sin motivo. El amor es un deseo que no se da en la gente de bien *(perì spoudaíous)*; pues es un empeño por atraerse a alguien querido por su belleza aparente. 114. El rencor es una cólera envejecida y enconada, que aguarda su momento, lo que se declara en estos versos:

Pues si bien digiere su furor en este día
sin embargo guarda su rencor para el futuro, hasta [saciarlo[23].

23. *Ilíada* I 81-82.

El furor es la cólera inicial.

El placer es una exaltación irracional ante algo que parece apetecible en nuestro poder, y a éste se subordinan el encanto, la alegría maligna, la seducción, la disolución. Así que el encanto es el placer que hechiza a través de los oídos. La alegría maligna es el placer ante los males ajenos. La seducción *(térpsis)*, como una vuelta *(trépsis)* es una cierta inclinación del alma al relajamiento. La disolución es la descomposición de la virtud.

115. Como se habla de algunas enfermedades del cuerpo, como la gota y las artritis, así también las hay en el alma, como el afán de gloria y el amor del placer y las parecidas. La enfermedad es una dolencia acompañada de debilidad, y la dolencia es la suposición de algo como extremamente deseable. Y así como se dice que hay predisposiciones a ciertas enfermedades del cuerpo, como catarros y diarrea, así también en el alma hay predisposiciones, como al carácter envidioso, a la conmiseración, a las disputas y a las cosas parecidas.

116. Afirman también que hay tres afecciones buenas del ánimo: la alegría, la cautela y la decisión. Así la alegría es contraria, dicen, al placer, siendo una exaltación razonable. La cautela es contraria al temor, siendo una precaución razonable. Pues el sabio de ningún modo se amedrentará, sino que se mostrará cauto. Afirman que la decisión, que es una tendencia razonable, es contraria al deseo. Así como algunas pasiones quedan subordinadas a las primarias, de la misma manera algunas lo están también a las afecciones buenas primarias. Así, bajo la decisión caen la benevolencia, la amabilidad, el respeto y el afecto; bajo la cautela, la reverencia y la modestia; bajo la alegría, el gozo, el contento y el buen humor.

117. Afirman que el sabio es desapasionado, por estar libre de inclinaciones. Pero que también es insensible el malvado, en el sentido de que es duro e implacable. El sabio carece de vanidad, pues se mantiene ecuánime ante lo glorioso

y lo infamante. Pero también es modesto otro, el incluido en lo vulgar, que es el individuo mediocre. Dicen además que todos los virtuosos son austeros, porque no tienen tratos entre sí con vistas al placer ni aceptan de otros las invitaciones al placer. Pero también hay el austero en otro sentido, que se dice de modo parecido del vino «austero» (extremadamente seco), que se utiliza en la confección de medicinas, pero muy raramente para beberlo.

118. Y los sabios son auténticos y atentos a mostrarse en el mejor aspecto, por su disposición para ocultar lo mezquino, y para poner de relieve los bienes presentes. Son sinceros, pues han eliminado todo fingimiento en su voz y en su aspecto. No se ocupan de negocios, pues declinan hacer cualquier cosa al margen de lo adecuado (el deber). Y beberán vino, pero no se emborracharán.

Tampoco enloquecerán. Sin embargo alguna vez les afectarán imágenes extrañas, a través de la melancolía o del delirio, no de acuerdo con el principio razonable de lo digno de elección, y en contra de su naturaleza. Tampoco se apenará el sabio, porque la pena es una contracción irracional del alma, según afirma Apolodoro en su *Ética*.

119. Son divinos, pues tienen, por decirlo así, a Dios dentro de ellos. En cambio, el necio *(phaûlos)* es ateo. El ser ateo tiene doble sentido: se dice del que se enfrenta a la divinidad y del que niega lo divino. Esto no se aplica a cualquier individuo malo. Los buenos son piadosos; pues la piedad es el reconocimiento del culto divino. Por lo tanto incluso harán sacrificios a los dioses y se conservarán puros. Y los dioses los aprecian (a los sabios y buenos). Pues son reverentes y justos ante la divinidad. Los únicos sacerdotes son los sabios. Pues ellos han meditado a fondo sobre las ceremonias religiosas, la construcción de templos, las purificaciones y los demás asuntos íntimamente referidos a los dioses.

120. Opinan ellos que hay que honrar a los padres y a los hermanos en segundo lugar, después que a los dioses. Afir-

man, en efecto, que el amor a los hijos es natural y no se da en los malvados.

Otra de sus tesis es que los pecados son iguales, según dicen Crisipo en el libro cuarto de sus *Investigaciones morales*, y Perseo y Zenón. Pues como una verdad no lo es más que otra verdadera, y tampoco una mentira lo es más que otra mentira, así tampoco un engaño lo es más que otro engaño, ni un pecado más que otro pecado. Igualmente el que se halla distante cien estadios de Canobo y el que está a uno están ausentes de Canobo; de igual modo tanto el que peca más como el que menos están por igual alejados de lo recto. 121. No obstante Heraclides de Tarso, discípulo de Antípatro de Tarso, y Atenodoro dicen que los pecados son desiguales.

Dicen que el sabio actuará en política, a no ser que algo se lo impida, según dice Crisipo en el libro primero de *Sobre los modos de vida*. Pues así contendrá el vicio e incitará a la virtud. Y se casará, según dice Zenón en su *República*, y engendrará hijos. Además (afirman que) el sabio no tendrá opiniones, es decir, que no dará su asentimiento a ninguna falsedad. Y que él vivirá como un cínico. Pues el cinismo es un camino abreviado hacia la virtud, según Apolodoro en su *Ética*. E incluso probará la carne humana en alguna circunstancia. Sólo él es libre, mientras que los necios son esclavos. Porque la libertad es la facultad de actuar por sí mismo, y la esclavitud, la privación de esa autodeterminación. 122. También hay otra esclavitud que consiste en la sumisión, y una tercera, que reside en el ser propiedad de otro y estar sometido, a la que se opone la dominación del amo, que es también ella algo malo.

Y no sólo son libres los sabios, sino también reyes, siendo el reinar un poder absoluto, que sólo en los sabios puede sostenerse, según dice Crisipo en su tratado *Sobre el sentido fundamental de los términos de Zenón*. Pues afirma que el que manda posee conocimientos de lo bueno y lo malo, y que ninguno de los necios posee esa ciencia.

Y por igual razón son los únicos magistrados, jueces y oradores, y no lo es ninguno de los necios. Además son infalibles porque son incapaces de caer en un fallo. 123. Y son inofensivos; pues no dañan a otros ni a sí mismos. Y no son compasivos ni conceden perdón a nadie. Pues no transigirán en las penas impuestas por la ley, ya que el ceder y la piedad y la misma indulgencia son muestras de debilidad de un alma que se finge bondadosa ante los castigos. Tampoco consideran que éstos sean demasiado duros.

Y además, no sentirán asombro de ninguna de las supuestas maravillas, como las cavernas de Caronte, los flujos y reflujos marinos, los manantiales de aguas calientes y las erupciones de fuego. Por otro lado tampoco vivirá en la soledad, dicen, el hombre de bien. Pues es sociable por naturaleza y activo. Y además practicará el esfuerzo físico para fomentar la resistencia de su cuerpo.

124. El sabio rezará, dicen, pidiendo los bienes a los dioses, según dicen Posidonio en el libro primero de *Sobre los deberes* y Hecatón en el libro tercero de *Sobre los prodigios*. Afirman incluso que la amistad sólo se da entre los buenos, por su semejanza mutua. Dicen que ella (la amistad) es una cierta comunidad en las cosas de la vida, al tratar a los amigos como si fuéramos nosotros mismos.

Demuestran que el amigo es digno de ser elegido por sí mismo, y que la pluralidad de amigos es buena. Y que entre los necios no existe la amistad y que ningún malvado tiene un amigo. Y que todos los insensatos andan locos; porque no son sensatos, sino que lo hacen todo de acuerdo con la locura, que es idéntica a la insensatez.

125. Y que todo lo hace bien el sabio, como decimos que Ismenias tocaba bien todas las tonadas de flauta. Y todo pertenece a los sabios. Pues la ley les ha otorgado una libertad de actuación total. Se dice que algunas cosas son propiedad de los necios, de igual manera que incluso de los injustos;

que es como decimos que algo es propiedad de la ciudad en un sentido, y que en otro es de sus usuarios.

Respecto a las virtudes, afirman que se implican unas a otras, y que el que posee una las posee todas. Pues los principios teóricos de éstas son comunes, como dicen Crisipo en el libro primero de *Sobre las virtudes*, y Apolodoro en su *Física según la Estoa Antigua*, y Hecatón en el libro tercero de *Sobre las virtudes*.

126. El virtuoso, luego, es un experto teórico y práctico de las cosas que deben hacerse. Las cosas que deben hacerse son también las que hay que elegir, soportar, sostener y distribuir, de modo que si las hace selectiva, paciente, valerosa y distributivamente es prudente, valeroso, justo y temperante. Cada una de las virtudes se resume en algo propio fundamental, como el valor para lo que hay que soportar, y la prudencia en lo que hay que hacer, lo que no y lo neutro. De igual modo también las otras virtudes enfocan su particular dominio. A la prudencia la siguen el buen consejo y la comprensión, a la templanza el buen orden y la decencia, a la justicia la equidad y la precisión, y al valor la firmeza y el buen temple.

127. Sostienen la tesis de que no hay ningún intermedio entre la virtud y el vicio, mientras que los peripatéticos dicen que hay un intermedio entre la virtud y el vicio: el progreso moral. Pues dicen que así como un palo ha de estar recto o torcido, así uno es justo o injusto, y no más justo o más injusto, y en las demás virtudes de modo semejante.

Respecto a la virtud, Crisipo dice que puede perderse, y Cleantes que no puede perderse. El uno la considera perecedera en la embriaguez y en la melancolía, y el otro inalienable a causa de la firmeza de las aprehensiones mentales. Y la virtud es digna de ser elegida por sí misma. Pues nos avergonzamos de aquello en que nos portamos mal, como si supiéramos que sólo es bueno lo bello. Y es autosuficiente para la felicidad, como dice Zenón, y Crisipo en el libro primero

de *Sobre las virtudes* y Hecatón en el libro segundo de *Sobre los bienes*. 128. «Pues si –dice– la magnanimidad es suficiente para elevar a alguien por encima de todo, y es una parte de la virtud, también la virtud es autosuficiente para la felicidad, despreciando todos los escollos aparentes.» No obstante Panecio y Posidonio dicen que la virtud no es autosuficiente, sino que afirman que hay necesidad además de salud, fortuna y vigor.

Opinan los estoicos que en todo momento hay que servirse de la virtud, como dicen Cleantes y los suyos. Pues la virtud no puede perderse y el hombre de bien se sirve en toda ocasión de su alma, que es perfecta. Lo justo existe por naturaleza y no por convención, así como también la ley y el recto razonamiento, según dice Crisipo en su obra *Sobre lo bello*.

129. Piensan que no se debe renunciar a la filosofía por las divergencias entre los filósofos, puesto que por esa misma razón se abandonaría la vida entera, según dice Posidonio en sus *Protrépticos*. Además, afirma Crisipo que son bienes útiles los estudios enciclopédicos. Además sostienen la tesis de que no tenemos ninguna relación de justicia con los demás animales, a causa de la desigualdad, según dicen Crisipo en el libro primero de *Sobre la justicia* y Posidonio en el primero de *Sobre el deber*. Dicen que también sentirá amor el sabio hacia los jóvenes que en su aspecto evidencian su noble disposición natural hacia la virtud, según dicen Zenón en su *República* y Crisipo en el libro primero de *Sobre las formas de vida*, y Apolodoro en su *Ética*.

130. Dicen que el amor es un empeño de infundir amistad, a través de la belleza visible. Y no por la unión sexual, sino por el afecto. Así pues, Trasónides, aunque tenía plena libertad para disponer de su amada, se abstenía de ella porque se sentía odiado. Es que el amor es un deseo de amistad, como afirma Crisipo en su obra *Sobre el amor*. También dicen que el amor no es enviado por los dioses. Y que la belleza es la flor de la virtud.

De los tres tipos de vida que existen, la contemplativa, la activa y la racional, dicen que debe elegirse el tercero. Pues el animal racional está formado por la naturaleza capaz de la teoría y de la acción. Por un motivo razonable, dicen, el sabio podrá despojarse de la vida, tanto en defensa de su patria como de sus amigos, o si se encuentra con un dolor muy insufrible o con mutilaciones o con enfermedades incurables.

131. Sostienen la tesis de que entre los sabios las mujeres deben ser comunes, de modo que cualquiera pueda servirse de la primera que encuentre, como dicen Zenón en su *República* y Crisipo en *Sobre la república* (y también Diógenes el Cínico y Platón).

Amaremos por igual a todos los niños con afecto de padres, y desaparecerán los celos por motivos de adulterio. El mejor régimen de gobierno es una mezcla de democracia, monarquía y aristocracia.

Así que tales cosas son las que dicen en sus fundamentos morales y aún más de esto, acompañándolo de las oportunas demostraciones. Pero bástenos con lo que hemos dicho en resumen y atendiendo a lo fundamental.

132. El estudio de la Física lo dividen en los siguientes campos: sobre los cuerpos, sobre los principios, sobre los elementos, sobre los dioses, sobre los límites y sobre el espacio y el vacío. Así es la división específica, pero la genérica es en tres campos: el referente al universo, el que se refiere a los elementos, y el tercero de la teoría de las causas.

El estudio del universo afirman que se divide en dos secciones. Pues en un dominio de la investigación les es común también a los matemáticos, en tanto que investigan acerca de las estrellas fijas y de los astros errantes, por ejemplo si el sol es del tamaño que se muestra, y de igual manera la luna, y sobre la revolución de los astros, y de las demás disquisiciones semejantes a éstas. 133. Pero hay otra parte de la investigación que compete sólo a los físicos, que es la que investiga la esencia del mundo (y si el sol y los astros constan

de materia y de forma), de si es engendrado o si eterno, de si está animado o inanimado, si es perecedero o imperecedero, y de si está gobernado por la providencia, y de las demás cuestiones por el estilo.

La teoría de las causas tiene también ella dos partes: la primera en cuanto a su investigación tiene mucho en común con la investigación de los médicos, en cuanto que investigan sobre el elemento dominante en el alma y los fenómenos del alma, y sobre los elementos generativos, y las demás cosas semejantes. En la segunda reclaman competencia también los matemáticos; por ejemplo, en cómo vemos, cuál es la causa de la imagen en el espejo, cómo se forman las nubes, los truenos, el arco iris, los halos, los cometas y cosas semejantes.

134. Les parece que hay dos causas de todo: lo agente y lo paciente. Así pues, el elemento paciente es una sustancia sin cualidad, la materia, y lo agente es la razón ínsita en ella, la divinidad. Pues ésta, que es eterna, a través de toda ella modela todas las cosas. Esta idea fundamental la sostienen Zenón de Citio en su *Sobre la esencia,* Cleantes en su *Sobre los átomos,* Crisipo en el primer libro de su *Física,* hacia el final, Arquedemo en su *Sobre los elementos,* y Posidonio en el segundo libro de su *Tratado de Física.* Afirman, pues, que hay diferencias entre los principios y los elementos. Pues aquéllos son eternos e indestructibles; mientras que los elementos se destruyen en la conflagración ígnea. Además, los principios son incorpóreos y sin forma, y los elementos están conformados.

135. Cuerpo es, según lo define Apolodoro en su *Física,* lo extenso en tres dimensiones, en anchura, altura y largura. A esto lo llaman también cuerpo sólido. La superficie es un límite del cuerpo, o lo que tiene largura y anchura, pero no altura. Posidonio admite su existencia tanto en el pensamiento como en la realidad, en el libro tercero de su *Sobre los fenómenos celestes.* La línea es el límite de una superficie o

una longitud sin anchura o lo que sólo presenta longitud. El punto es el límite de la línea, que es el signo mínimo.

Es un único ser dios, la inteligencia, el destino y Zeus. Y es llamado con muchos otros nombres. 136. En un principio, pues, existiendo por sí mismo, transformó toda la sustancia a través del aire en agua. Y así como en la generación está contenido el germen, así también él, que es la razón germinal del universo *(spermatikòs lógos toû kósmou)*, queda latente en lo húmedo, haciendo a la materia capaz para la generación de los seres próximos. Luego engendró los cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra. Sobre ellos diserta Zenón en su obra *Sobre el universo*, y Crisipo en el primer libro de su *Física*, y Arquedemo en algún libro de *Sobre los elementos*. Elemento es aquello de lo que primero surgen las cosas que nacen y lo último en que éstas se resuelven.

137. Los cuatro elementos, conjuntamente, son la sustancia sin cualidades, la materia. El fuego es lo caliente, el agua lo húmedo, el aire lo frío, y la tierra lo seco. Sin embargo esta última cualidad se encuentra también en el aire. En lo más alto está el fuego, que entonces es llamado éter, en el que se engendra en un principio la esfera de los astros fijos, y luego la de los astros errantes, los planetas. Tras ella viene el aire, luego el agua, y como base de todo la tierra, que está en el centro de todas las cosas.

Hablan de *kósmos* en tres acepciones. El dios mismo, cualidad propia, hecha de la sustancia entera, que es incorruptible e inengendrado, siendo el demiurgo de la creación, que en períodos delimitados del tiempo recoge en sí toda la sustancia y de nuevo la engendra. 138. En un segundo sentido llaman *kósmos* (universo) a la ordenación misma de los astros. Y en tercera acepción, al conjunto de ambos (el dios ordenador y el mundo ordenado). Y el *kŏsmos* es también el ser propio que cualifica la sustancia del todo, o, según dice Posidonio en su tratado de *Elementos celestes*, el sistema formado por el cielo, la tierra y los seres naturales existentes en

ellos, o el sistema formado por los dioses y los hombres y lo producido para ellos. El cielo es la circunferencia última en la que está asentada toda la divinidad.

El mundo está ordenado según la razón y la providencia, según afirman Crisipo en el quinto libro de *Sobre la providencia* y Posidonio en el tercero de *Sobre los dioses*, penetrando la inteligencia en cualquier parte del mismo, como hace en nosotros el alma. Si bien ésta penetra en algunas partes más, y en otras menos. 139. Pues a través de algunas partes penetra como una disposición *(héxis)*, como es a través de los huesos y de los nervios y tendones, y en otras como inteligencia, como a través de la razón *(tó hegemonikón)*.

Así también el mundo, que es un ser animado y racional, tiene al éter como su guía *(tó hegemonikón)*, como afirma Antípatro de Tiro en el libro octavo de *Sobre el mundo*. Pero Crisipo en el primero de su *Sobre la providencia* y Posidonio en su *Sobre los dioses* dicen que el cielo es el guía supremo del mundo, y Cleantes dice que es el sol. Sin embargo Crisipo, un tanto divergentemente, dice en otro lugar que es la parte más pura del éter, en él mismo, que llaman primeramente dios, de un modo sensitivo, porque es como si se desparramara por todos los seres del aire y todos los animales y las plantas, e incluso hasta en la tierra misma como disposición.

140. El mundo es un todo único y finito, que tiene la figura esférica. Pues para el movimiento es tal forma la más apropiada, como dice Posidonio en el libro quinto de su *Tratado de Física* y Antípatro en *Sobre el mundo*. Más allá de éste está derramado el vacío infinito, que es incorpóreo. Incorpóreo es lo que es capaz de contener cuerpos, pero no los contiene. En el mundo no hay ningún vacío, sino que se cohesiona en unidad. Pues a eso lo fuerzan la conspiración y comunión de las cosas celestes y las terrestres. Escriben sobre el vacío Crisipo en su obra *Sobre el vacío* y en el libro primero de su *Manuales de Física*, y Apolófanes en su *Física*, y

Apolodoro, y Posidonio en el libro segundo de su *Tratado de Física*. Hay también otros seres incorpóreos.

141. También el tiempo es incorpóreo, siendo la medida del movimiento del universo. Del tiempo el pasado y el futuro son infinitos, pero el presente es limitado. Afirman la tesis de que el universo es perecedero, porque es engendrado, por el razonamiento de lo inteligible a través de la sensación, que de aquello de lo que las partes son perecederas, también lo es el conjunto. Las partes del universo son perecederas (corruptibles, *phthartá)*. Pues se cambian de unas a otras. Por tanto el universo es perecedero. Además, si algo admite el cambio a peor, es perecedero. Por lo tanto también el universo. Pues se reseca y se disuelve en agua.

142. El universo nace cuando desde el fuego la sustancia se vuelve a través del aire en humedad, y entonces la porción espesa de ésta se condensa y concluye en tierra, y la de mayor ligereza se hace aire, y ésta rarificándose aún más da nacimiento al fuego. Luego por mezcla de estos elementos nacen las plantas y los animales y las otras especies de seres. En fin, sobre la generación y la destrucción del universo disertan Zenón en su *Sobre el todo*, Crisipo en el libro primero de su *Física*, y Posidonio en el libro primero de *Sobre el universo*, y Cleantes y Antípatro en el libro décimo de *Sobre el universo*. Panecio, en cambio, sostuvo que el universo es imperecedero.

Que el universo es un ser vivo, racional, y animado, e inteligente, lo dicen Crisipo en el libro primero de su *Sobre la providencia*, Apolodoro en su *Física*, y Posidonio. 143. Siendo así un ser vivo, es una sustancia animada y sensible. Porque lo viviente es superior a lo no viviente. Nada es superior al universo. Luego el universo es un ser vivo. Y está dotado de alma, como está claro por nuestra propia alma, que es una emanación de la de él. Pero Boeto afirma que el universo no es un ser vivo.

La unidad del universo la afirman Zenón en su *Sobre el todo*, y Crisipo, y Apolodoro en su *Física*, y Posidonio en el

libro primero de su *Tratado de Física*. Se da el nombre de totalidad *(tò pan)*, según dice Apolodoro, al cosmos y, según otro uso, al sistema formado por el cosmos y el vacío exterior. El cosmos es limitado; el vacío, infinito.

144. De los astros, los fijos están sujetos al movimiento circular con el cielo entero, mientras que los astros errantes (o planetas) se mueven de acuerdo con movimientos particulares. El sol cubre un trayecto oblicuo a través del círculo del Zodíaco. De modo semejante la luna lo hace de figura helicoidal. El sol es fuego puro, como dice Posidonio en el libro séptimo de *Sobre los fenómenos celestes*. Y es mayor que la tierra, según él mismo en el libro sexto de su *Tratado de Física*. Por otra parte, también es esférico, según dicen él y su escuela, análogamente al mundo. En efecto, es fuego, porque produce todos los efectos del fuego. Es mayor que la tierra porque toda ella es iluminada por él, y también el cielo. También el que la tierra proyecta una sombra de forma cónica indica que es mayor. Y se ve desde cualquier parte a causa de su grandeza.

145. La luna es más terrestre, puesto que está más cercana a la tierra. Estos astros ígneos y los demás se nutren, y el sol, que es una luminaria inteligente, a partir del gran mar; y la luna, que está mezclada con el aire y próxima a la tierra, se nutre a partir de aguas potables, según dice Posidonio en el libro sexto de su *Tratado de Física*. Los demás astros, de la tierra. Opinan que son esféricos tanto los demás astros como la tierra, que está inmóvil. Y la luna no tiene luz propia, sino que la recibe del sol, reflejando su fulgor.

El sol se eclipsa cuando pasa por delante la luna en la parte que está ante nosotros, como lo escribe Zenón (con un dibujo) en su obra *Sobre el todo*. 146. Pues parece que se le superpone en sus encuentros y que lo oculta y de nuevo lo deja a un lado. Esto puede advertirse a través de su reflejo en un barreño con agua.

Por otra parte, la luna se introduce en la sombra de la tierra. De ahí vienen sus eclipses, sólo en las lunas llenas, aun-

que ella se encuentra en oposición al sol cada mes. Porque, en su órbita oblicua en relación al sol, se aparta de su latitud, encontrándose más al norte o más al sur. Sin embargo, cuando la latitud de la luna coincide con el círculo medio del zodíaco y ella se encuentra opuesta diametralmente al sol, entonces se eclipsa. Y esta latitud de la luna en el medio del zodíaco se produce en las épocas de *Cáncer, Escorpio, Aries* y *Tauro,* según Posidonio y sus discípulos.

147. La divinidad es un ser vivo, inmortal, razonable, perfecto e inteligente en su felicidad, incapaz de aceptar nada malo, providente del universo y de los seres del universo. No obstante, no tiene forma humana. Es, por otro lado, el demiurgo de todas las cosas, y como el padre de todas las criaturas, en general, y en particular lo que penetra en todo, es llamado con muchos nombres según sus varios poderes. Le llaman, pues, *Día*, por estar mediando *(di'hón)* en todo, lo denominan *Zêna* en cuanto es el causante del vivir *(zên)* y está extendido por toda la vida. Es denominado Atenea por la extensión de su dirección hasta el éter *(Athenâ-aithéra)* y Hera por el aire *(Hera-aéra)*, y Hefesto por su relación con el fuego artífice, y Posidón en relación con lo líquido, y Deméter en relación con la tierra. Y también es denominado con otros nombres en virtud de alguna otra propiedad suya.

148. En cuanto a la sustancia de Dios, Zenón dice que es el universo entero y el cielo, y de igual modo lo dicen Crisipo en el primer libro de *Sobre los dioses* y Posidonio en su primer libro de *Sobre los dioses*. Luego Antípatro en el libro séptimo de *Sobre el universo* dice que su esencia es aérea. Pero Boeto en su *Sobre la naturaleza* afirma que la esencia de la divinidad es la esfera de los astros fijos.

Por naturaleza unas veces entienden la que mantiene unido al universo, otras veces la que hace crecer las cosas de la tierra. La naturaleza es una fuerza que por sí misma se mueve de acuerdo con las razones seminales, desarrollando hasta el fin y manteniendo los productos naturales en períodos

de tiempo definidos, y realizando efectos semejantes a aquellos de los que se compuso. 149. La naturaleza toma como objetivos lo conveniente y el placer, como está claro por el paralelo con la industria del hombre.

Según el destino, dicen que sucede todo Crisipo en sus escritos *Sobre el destino* y Posidonio en su libro segundo de *Sobre el destino*, y Zenón, y Boeto en el libro primero de *Sobre el destino*. El destino es la causa encadenada de los entes, o bien la razón según la cual se conduce el universo.

Además dicen que toda arte adivinatoria está fundamentada, si es que existe la providencia. E incluso que ésta es un arte lo muestran por algunos de sus resultados, como dicen Zenón, Crisipo en el libro segundo de *Sobre la adivinación*, Apolodoro, y Posidonio en el libro segundo de su *Tratado de Física* y en el quinto de *Sobre la adivinación*. Pero Panecio dice que la adivinación carece de fundamento.

150. Afirman que la sustancia de todo lo existente es la materia primera; así lo dicen, en efecto, Crisipo en el primer libro de su *Física* y Zenón. Materia es aquello de lo que cualquier cosa se hace. Tanto la sustancia como la materia reciben su nombre, en una doble acepción, la universal y la particular. La (sustancia y materia) del todo no se hace ni mayor ni menor; en cambio la particular crece y mengua.

Cuerpo es, según ellos, la sustancia delimitada, como dice Antípatro en el libro segundo de *Sobre la sustancia* y Apolodoro en su *Física*. Y (la materia) es susceptible de sufrir cambios, como dice el mismo. Pues si fuera inalterable no se originarían de ella las cosas que de ella se producen. De ahí también la conocida afirmación de que es divisible al infinito. (Que la división es infinita <pero no al infinito> dice Crisipo. Pues no hay algo infinito a lo que llegue la división, sino que ésta es inacabable.)

151. Sostienen además que las mezclas (de sustancias) ocurren completamente, según Crisipo en el libro tercero de su *Física*, y no superficialmente o por yuxtaposición. Así,

por ejemplo, un poco de vino arrojado al mar se irá extendiendo en toda su cantidad, y luego desaparecerá fusionado con el agua.

Afirman que existen algunos espíritus (o démones) que tienen simpatía hacia los hombres, observadores de los hechos humanos. Y también héroes, que son las almas subsistentes de los buenos.

De los fenómenos que se producen en la atmósfera dicen que el invierno es el enfriamiento del aire de encima de la tierra debido al alejamiento del sol; la primavera es la buena mezcla del aire en su acercamiento a nosotros; 152. el verano es el aire sobre la tierra que se caldea en la travesía del sol hacia el norte; el otoño viene del viaje del sol que se aparta de nosotros.

En cuanto a los vientos, son corrientes de aire. Al cambiar reciben distintos nombres, según los lugares de donde soplan. La causa de su existencia es el sol que evapora las nubes.

El arco iris son los brillos reflejados por las nubes húmedas, o, según dice Posidonio en su *Meteorología,* una imagen de un segmento del sol o de la luna en una nube cuajada de rocío, hueca y continua para su representación como si se reflejara en un espejo ajustada a la periferia del círculo. Los cometas, las estrellas barbadas y las luminarias son fuegos surgidos del aire denso que asciende hasta la región del éter.

153. El destello es la inflamación de aire compacto que se mueve velozmente en la atmósfera y produce la imagen de una longitud brillante. Lluvia es la transformación de una nube en agua, siempre que la humedad evaporada de la tierra o del mar por efecto del sol no consigue su consolidación. Al enfriarse eso se denomina escarcha. El granizo es una nube congelada, triturada por el viento. La nieve es la humedad de una nube helada, según Posidonio en el libro octavo de su *Tratado de Física.* El relámpago es la inflamación de las nubes al frotarse o quebrarse bajo efectos del

viento, según Zenón en su obra *Sobre el todo*. Trueno es el ruido producido por el entrechocar o rasgarse de esas nubes. 154. Rayo es la tremenda inflamación que con gran violencia cae sobre la tierra al entrechocarse las nubes o al rasgarse a efectos del viento. Otros dicen que es una compresión de aire fogoso que cae violentamente.

El tifón es un rayo múltiple, violento y ventoso, o bien un viento humeante que viene del desgarramiento de una nube. El huracán es una nube rasgada por viento acompañado de fuego. Los temblores de tierra se originan al penetrar el viento en las cavidades de la tierra, o bien por el viento retenido en la tierra, según dice Posidonio en el libro octavo. Entre ellos están los terremotos, las rasgaduras del suelo, los deslizamientos de tierras y las sacudidas.

155. Sostienen la tesis de que la ordenación cósmica es la siguiente: la tierra está en medio, haciendo la función de centro. Tras ella está el agua esferoidal, con el mismo centro que la tierra, de modo que la tierra está sobre el agua, y tras ésta está la atmósfera esférica. Hay cinco círculos en el cielo, de los que el primero es el ártico, siempre visible; segundo, el trópico estivo; tercero, el equinoccial; cuarto, el trópico invernal; quinto, el antártico, oculto. Son llamados paralelos, porque no se inclinan entre sí, pero están trazados en torno al mismo centro. El zodíaco es oblicuo, como transversal a los paralelos. 156. Las zonas sobre la tierra son cinco: primera, la boreal sobre el círculo ártico, inhabitable a causa del frío; segunda, la templada; la tercera, la llamada tórrida, inhabitable a causa de los ardores; cuarta, la contratemplada; quinta, la austral, inhabitada a causa del frío.

Les parece que la naturaleza es un fuego artífice, que procede con método a la generación, que es un soplo ígneo y artificioso.

El alma es una naturaleza sensitiva. Ella es el hálito *(pneûma)* que nos es congénito. Por esa razón resulta que es un

cuerpo y que persiste tras la muerte. Pero es perecedera, mientras que el alma universal es indestructible, y de ella son partes las almas de los seres vivos.

157. Zenón de Citio, Antípatro en su *Sobre el alma* y Posidonio dicen que el alma es un soplo cálido *(pneúma énthermon).* Pues por éste somos nosotros animados y por él nos movemos. Cleantes, en fin, por otro lado, sostiene que todas las almas persisten hasta la conflagración universal; y Crisipo dice que sólo las de los sabios.

Dicen que hay ocho partes del alma: los cinco sentidos, las razones seminales dentro de nosotros, la facultad del habla y la facultad del razonamiento. Y que vemos al extenderse la luz en forma de cono entre el ojo y su objeto, según dicen Crisipo en el libro segundo de su *Física* y Apolodoro. El cono se extiende, pues, en el aire desde la vista, y la base está junto al objeto que se ve. Como mediante un bastón de aire, extendido entonces el objeto visto se anuncia a nosotros.

158. Oímos al vibrar esféricamente el aire intermedio entre el que habla y el que escucha, moviéndose luego en olas y yendo a dar en los oídos, como se mueve en olas el agua en el estanque cuando se ha arrojado una piedra.

El sueño se produce al relajarse la tensión sensitiva que afecta al centro racional (el *hegemonikón).* Admiten como causas de las pasiones las variaciones del hálito vital.

Dicen que la simiente (o semen, *spérma)* es lo que es capaz de engendrar seres semejantes a aquellos de los que se ha desgajado. El semen humano, que el hombre emite con un líquido, se mezcla con las partes del alma en la proporción que tenía en sus progenitores. 159. Crisipo en el libro segundo de su *Física* dice que es un hálito (espíritu, *pneûma)* en su esencia, como resulta evidente por las simientes arrojadas a tierra, que si están viejas ya no se desarrollan claramente porque su potencia se ha evaporado.

Esfero y sus discípulos afirman que el semen deriva de los cuerpos enteros, puesto que es capaz de engendrar todas las

partes del cuerpo. E indican que el de la mujer es estéril, pues es flojo, escaso y acuoso, según dice Esfero.

La parte hegemónica es la más importante del alma. En ella se originan las representaciones y los impulsos, y de ahí se envía la palabra y razón. Y esta parte está en el corazón.

160. Éstas son las doctrinas en Física, en la medida en que nos parece que es adecuada, atendiendo a la correcta proporción de mi obra. En cuanto a los temas en que algunos de ellos han sostenido divergencias, a ello dedicaré lo siguiente.

Aristón (*c.* 320-250 a.C.)

Aristón de Quíos, el Calvo, apodado también Sirena, afirmó que el fin (de la vida) era el vivir manteniéndose indiferente ante lo que está entre la virtud y el vicio, prescindiendo de cualquier distinción en esas cosas, y portándose por igual ante todas ellas. Porque el sabio era semejante a un buen actor, que, tanto si representa el papel de Tersites como el de Agamenón, actúa de uno u otro convenientemente. Rechazaba el estudio de la Física y el de la Lógica, alegando que aquélla está más allá de nosotros, y ésta no es nada para nosotros; sólo la Ética es lo que nos afecta.

161. Decía que los razonamientos dialécticos son parecidos a las telas de araña, que aunque parecen evidenciar cierto ingenio artístico son inútiles. No admitía muchas virtudes, como Zenón, ni tampoco una sola llamada con muchos nombres, como los megáricos, sino el comportarse en cierta relación. Filosofando de tal manera y manteniendo sus charlas en el Cynosarges tuvo tal influencia que pudo ser llamado fundador de una escuela. En efecto, Milcíades y Dífilo fueron llamados «aristónicos». Era un personaje persuasivo y preparado para la muchedumbre. Por eso Timón dice a propósito de él:

Y uno de la estirpe de Aristón que atraía con sutilezas...[24].

162. Al encontrarse con Polemón, dice Diocles de Magnesia, mientras Zenón se encontraba postrado por una grave enfermedad, cambió de escuela. Se adhería sobre todo al principio estoico de que el sabio no mantiene opiniones. Contra este dogma se le opuso Perseo, que hizo que de dos hermanos gemelos el uno le entregara una suma en depósito, y luego el otro se la retirara. Y al quedarse él confuso lo refutó. Discutía con Arcesilao, cuando vio a un toro que tenía una matriz monstruosa, y exclamó: «¡Ay de mí, ahí tiene Arcesilao un ejemplo a mano contra la evidencia de los sentidos!».

163. A uno de la Academia que afirmaba que no captaba nada con sus sentidos, le dijo: «¿Entonces ni siquiera ves al que está sentado a tu lado?».

Y, como el otro dijera que no, añadió: «¿Quién te cegó? ¿Quién te arrebató los brillos de la luz?».

Se transmiten como suyos los libros siguientes:

Exhortaciones, dos libros.
Sobre los principios de Zenón.
Diálogos.
Lecturas, seis libros.
Diatribas sobre la sabiduría, siete libros.
Conversaciones sobre el amor.
Apuntes sobre la vanagloria.
Apuntes, veinticinco libros.
Memorias, tres libros.
Charlas, once libros.
Contra los oradores.
Contra las réplicas de Alexino.
Contra los dialécticos, tres libros.
Cartas a Cleantes, cuatro libros.

24. *Frag.* 40 Diels.

Panecio y Sosícrates aseguran que sólo las cartas son de él, y que los demás escritos son de Aristón el Peripatético.

164. A propósito de él hay una versión de que, como era calvo, pescó una insolación bajo el sol y así murió. Sobre esto hemos compuesto en burlas el siguiente poema en metro coliámbico:

¿Por qué, siendo viejo y calvo, Aristón,
expusiste tu cráneo a la brasa del sol?
Así pues, por buscar el calor más de lo debido,
de hecho encontraste, sin quererlo, el frío Hades[25].

Hubo además otro Aristón, un peripatético nacido en Iulis. Y otro, un músico ateniense. Un cuarto, autor de tragedias. Un quinto, que escribió tratados de Retórica, y un sexto, un peripatético de Alejandría.

Herilo *(akmé c.* 260 a.C.)

165. Herilo, de Cartago, dijo que el fin era la ciencia, lo que quiere decir vivir refiriéndolo siempre todo a la vida acompañada de ciencia y no enturbiada por la ignorancia. Definía la ciencia como un hábito en la recepción de las representaciones que es inconmovible ante un argumento. A veces decía que no hay fin ninguno, sino que éste varía según las circunstancias y los sucesos, como también un mismo bronce puede hacerse estatua de Alejandro o de Sócrates. Y que difieren el fin último y los fines intermedios; a éstos apuntan los no sabios, y a aquél sólo el sabio. Lo que está entre la virtud y el vicio es indiferente. Sus libros son de pocas líneas, pero están llenos de vigor y contienen réplicas a Zenón.

25. *Ant. Plan.* V 38.

166. Se cuenta que, siendo él niño, tenía un montón de admiradores, y que Zenón queriendo apartarlos obligó a Herilo a raparse la cabeza, y ellos se retiraron.

Sus libros son los siguientes:

Sobre el ejercicio.
Sobre las pasiones.
Sobre la opinión.
El legislador.
Mayéutico.
El oponente.
El maestro.
El ordenador.
El censor.
Hermes.
Medea.
Diálogos.
Temas morales.

Dionisio (*c.* 330-250 a.C.)

Dionisio, el Tránsfuga, afirmó que el fin es el placer a causa de una dolencia de los ojos; pues, cuando sufría tremendamente, no pudo admitir el dolor como una cosa indiferente.

Era hijo de Teofanto, y de la ciudad de Heraclea. Fue alumno, según refiere Diocles, primero de su conciudadano Heraclides, luego de Alexino y de Menedemo y finalmente de Zenón.

167. Y en sus comienzos era muy adicto a la literatura y trató de componer poemas de todo tipo, pero luego tomó como modelo a Arato, y quiso imitarlo. Desertando de Zenón se pasó a los Cirenaicos, y entraba en los tugurios y gozaba de los placeres sin recatarse. Vivió cerca de ochenta años y se dejó morir de hambre.

Como libros suyos se transmiten los siguientes:

Sobre la impasibilidad, dos libros,
Sobre el ejercicio, dos libros.
Sobre el placer, cuatro libros.
Sobre la riqueza, el agradecimiento y la venganza.
Sobre el uso de las personas.
Sobre el éxito.
Sobre los reyes de antaño.
Sobre los que reciben elogios.
Sobre costumbres de los bárbaros.

Y éstos son los disidentes. Pero a Zenón le sucedió Cleantes, del que ahora vamos a hablar.

Cleantes (331-232 a.C.)

168. Cleantes, hijo de Fanias, era de Asos. Éste fue primero boxeador, según cuenta Antístenes en sus *Sucesiones*. Llegado a Atenas con cuatro dracmas, según dicen algunos, encontrose allí con Zenón y dedicose a filosofar del modo más noble y persistió en sus mismos principios. Fue famoso por su amor al esfuerzo, ya que, al ser muy pobre, se vio lanzado a buscarse un jornal. Así que por la noche trabajaba en los huertos, y durante el día se ejercitaba en los razonamientos. Por eso precisamente le llamaron «Freantles» («el que saca agua del pozo»).

Cuentan que fue conducido ante un tribunal para que diera explicaciones acerca de los recursos de los que se mantenía con tan buen aspecto. Enseguida fue absuelto, tras de presentar como testigo al hortelano en cuya finca sacaba el agua
169. y a la vendedora de harina a la que le cocía el grano. Satisfechos con él, los Areopagitas votaron que se le dieran diez minas, pero Zenón le prohibió aceptarlas. Dicen también que Antígono le regaló tres mil dracmas. Cuando guiaba a los efebos a cierto espectáculo público, fue desnudado por una ráfaga de viento y se le vio sin túnica, y con ello obtuvo el

aplauso de los atenienses en su honor, según dice Demetrio de Magnesia en sus *Homónimos*. Ganose también la admiración de muchos por el siguiente suceso. Cuentan que Antígono, que estaba de oyente suyo, le preguntó por qué sacaba agua, y él contestó: «¿Es que sólo saco agua? ¿Y no cavo? ¿Y no riego? ¿Y no lo hago todo por amor a la filosofía?».

Porque además Zenón le ponía a prueba a tal punto que le ordenaba entregarle un óbolo de su jornal. 170. Y cuando hubo reunido un montón de monedas, lo presentó en medio de los asiduos y dijo: «Cleantes podría incluso mantener a otro Cleantes, si quisiera. Y los que tienen medios de vida tratan de obtener de otros los recursos cotidianos, aunque podrían filosofar relajadamente». Por eso fue llamado Cleantes el segundo Heracles.

Era muy esforzado, pero poco apto para la Física y extraordinariamente lento. Por tal motivo se expresa sobre él Timón de este modo:

> Quién es ese que avanza como un carnero entre las filas de [los hombres,
> obtuso en sus palabras, mole de Asos, torpe mortero?[26].

Y soportaba las burlas de sus condiscípulos y se resignaba oyéndose llamar burro, diciendo que él solo podía llevar el fardo de Zenón. 171. Y una vez que le reprocharon que era tímido, respondió: «Por eso cometo pocos errores».

Pero él prefería su vida a la de los ricos y decía que mientras que aquéllos jugaban a la pelota, él trabajaba cavando la tierra dura y estéril. Muchas veces se hacía reproches a sí mismo. Al oírle, Aristón le preguntó: «¿A quién haces reproches?», y él, sonriendo, dijo: «A un viejo que tiene canas, pero no entendimiento».

Como uno dijera que Arcesilao no hacía lo que era su de-

26. *Frag.* 41 Diels.

ber, él le replicó: «Para y no le censures. Porque si de palabra destruye lo justo, luego con sus obras lo restituye». Entonces Arcesilao le dijo: «No me dejo adular». Y él replicó: «Sí, te adulo al decir que dices unas cosas y haces otras».

172. Al preguntarle uno qué debía aconsejarle a su hijo, le dijo: «La sentencia de Electra: "En silencio, en silencio, paso leve"[27]. Cuando un lacedemonio le dijo que el trabajo era una buena cosa, se alegró y dijo:

> Eres de sangre noble, querido hijo[28].

Cuenta Hecatón en sus *Anécdotas* que al decirle un guapo jovencito: «Si el que se golpea el vientre *ventriza*, entonces el que se golpea el muslo *musliza*», le contestó: «Ándate con cuidado con las aperturas de muslos, jovencito. Las expresiones análogas no significan siempre cosas análogas».

Dialogando una vez con un muchacho le preguntó si entendía. Y al asentir éste, le dijo: «¿Por qué no entiendo yo que tú entiendes?».

173. Al decir el poeta Sosíteo en el teatro ante él que estaba allí presente

> a algunos los conduce como a bueyes la locura de [Cleantes[29]

permaneció con su gesto imperturbable. Ante ello los espectadores, llenos de admiración, le aplaudieron y expulsaron a Sosíteo. Arrepentido éste, él admitió su disculpa por el insulto, diciendo que sería absurdo que Dioniso y Heracles, al ser ridiculizados por los poetas, no se indignaran, y que él fuera a enfadarse por un insulto cualquiera.

Decía que a los filósofos del Perípato les ocurría algo se-

27. Eur., *Electra* 140.
28. *Odisea* IV 611.
29. Sosíteo, *frag.* 4 Nauck.

mejante a lo de las liras, que dando bello sonido no se oyen a sí mismas.

Se cuenta que, asegurando él que, de acuerdo con Zenón, el carácter de una persona era aprehensible por su aspecto, unos jóvenes alegres le trajeron ante él a un maricón endurecido por la vida en el campo, y le incitaban a que pusiera de manifiesto su carácter. Viose él en dudas y le dijo al individuo que se fuera. Cuando al marcharse el otro estornudó, entonces dijo: «Ya lo tengo. Es afeminado».

174. A un hombre solitario, que hablaba consigo mismo, le dijo: «No hablas con una mala persona». Como alguno le reprochara por su vejez, él le dijo: «También yo deseo partir. Pero cuando reflexiono que tengo buena salud en todos los aspectos, y que escribo y leo, me resigno a aguardar todavía». Cuentan de él que escribía en conchas y en paletillas de vaca lo que escuchaba de Zenón, a falta de monedas para comprarse papiro. Siendo así cobró, sin embargo, prestigio como para suceder a Zenón en la dirección de la escuela, aunque había muchos otros discípulos de éste dignos de mención.

Ha dejado libros muy hermosos, que son éstos:

Sobre el tiempo.
Sobre la filosofía de la naturaleza de Zenón, dos libros.
Interpretaciones de Heráclito, cuatro libros.
Sobre la sensación.
Sobre el arte.
Contra Demócrito.
Contra Aristarco.
Contra Herilo.
Sobre el instinto, dos libros.
175. *Antigüedades.*
Sobre los dioses.
Sobre los gigantes.
Sobre el matrimonio.

Sobre el poeta.
Sobre el deber, tres libros.
Sobre el buen consejo.
Sobre la gratitud.
Exhortación.
Sobre las virtudes.
Sobre el buen natural.
Sobre Gorgipo.
Sobre la envidia.
Sobre el amor.
Sobre la libertad.
Arte amatoria.
Sobre el honor.
Sobre la fama.
Político.
Sobre la deliberación.
Sobre las leyes.
Sobre el juzgar.
Sobre la conducta.
Sobre el razonamiento, tres libros.
Sobre el fin.
Sobre los bienes.
Sobre las acciones.
Sobre la ciencia.
Sobre la monarquía.
Sobre la amistad.
Sobre el banquete.
Sobre que la virtud es la misma en el hombre y en la mujer.
Sobre el sabio que hace de sofista.
Sobre los usos.
Diatribas, dos libros.
Sobre el placer.
Sobre las propiedades.
Sobre los imposibles.

Sobre la dialéctica.
Sobre los modos (tropos).
Sobre las categorías.

Éstos son sus libros.

176. Y murió del modo siguiente. Se le hinchó la encía. Por recomendación de los médicos, se abstuvo durante dos días de comer. Y entonces se encontró bien, de modo que los médicos le permitieron volver a todo lo acostumbrado. Pero él no lo aceptó, sino que ya había avanzado bastante en su camino y absteniéndose en los días siguientes murió, a la misma edad de Zenón, según afirman algunos, después de vivir ochenta años y haber sido discípulo de Zenón durante diecinueve.

También nosotros le dedicamos unos versos burlescos a él:

Elogio a Cleantes, pero aún más a Hades.
Que, al verle viejo, no se resignó
a negarle el descanso futuro entre los muertos
a quien tanto tiempo acarreó agua durante su vida[30].

Esfero (*akmé c.* 220 a.C.)

177. Como hemos dicho, alumno de Cleantes, después de serlo de Zenón, fue Esfero del Bósforo, que habiendo logrado un notable progreso en sus estudios marchose a Alejandría a la corte de Tolomeo Filopátor. Al entablarse una vez una discusión sobre si el sabio sostiene opiniones, y diciendo Esfero que el sabio no tendrá opiniones, el rey quiso ponerlo a prueba y ordenó que le pusieran delante unas granadas de cera. Cuando Esfero cayó en la trampa, el rey exclamó que había dado su asentimiento a una representación falsa.

30. *Ant. Plan.* V 36.

A lo que Esfero replicó oportunamente, diciendo que en efecto había dado su asentimiento no a que eran granadas, sino a que sería muy razonable que fueran granadas. Y que era diferente la aprehensión afirmativa de una imagen y la imagen de lo razonable. Contra Mnesístrato, que le acusaba de no afirmar que Tolomeo era rey, dijo: «Siendo tal como es, Tolomeo es también rey».

178. Escribió los libros siguientes:

Sobre el universo, dos libros.
Sobre los elementos.
Sobre la simiente.
Sobre el azar.
Sobre los mínimos.
Contra los átomos y las imágenes.
Sobre los órganos de la sensación.
Sobre Heráclito, cinco conversaciones.
Sobre la disposición moral.
Sobre el deber.
Sobre el impulso.
Sobre las pasiones, dos libros.
Sobre la monarquía.
Sobre el régimen lacedemonio.
Sobre Licurgo y Sócrates, tres libros.
Sobre la ley.
Sobre la adivinación.
Diálogos de amor.
Sobre los filósofos de Eretria.
Sobre los parecidos.
Sobre definiciones.
Sobre la costumbre.
Sobre las contradicciones, tres libros.
Sobre la razón.
Sobre la riqueza.
Sobre la opinión.
Sobre la muerte.

Arte de la dialéctica, dos libros.
Sobre los predicados.
Sobre los términos ambiguos.
Cartas.

Crisipo (*c.* 282-206 a.C.)

179. Crisipo, hijo de Apolonio, era de Solos, o de Tarso, según Alejandro en sus *Sucesiones*, y fue discípulo de Cleantes. Éste antes se ejercitaba como corredor de fondo, y luego fue oyente de Zenón, o de Cleantes, según Diocles y la mayoría. Y viviendo aún éste se apartó de él y llegó a ser importante en filosofía. Era un hombre bien dotado y agudísimo en todo terreno, tanto que en muchísimos temas disintió de Zenón, e incluso también de Cleantes, al cual muchas veces le decía que sólo necesitaba la enseñanza de los principios fundamentales, y que él mismo hallaría las demostraciones. No obstante se arrepentía cada vez que disputaba con aquél, de modo que continuamente se decía esto:

> Yo en lo demás he llegado a ser un hombre feliz,
> excepto en mi trato con Cleantes. En eso no soy
> [afortunado[31].

180. Tan famoso llegó a ser en los asuntos de dialéctica, que la mayoría pensaba que si existía dialéctica entre los dioses, no sería otra sino la de Crisipo. Teniendo gran abundancia en sus temas, no acertó en el estilo. Fue un inmenso trabajador, más que cualquier otro, como queda patente por sus escritos. Pues en número son más de setecientos cinco. Los incrementó muchas veces volviendo a debatir un mismo

31. Diógenes Laercio parodia los versos de Eurípides, *Orestes* 540-541, sustituyendo el original «mis hijas» por «Cleantes».

principio, y anotando todo lo que se le ocurría, y rectificándolos muchas veces añadiendo muchísimas citas de otros autores. Hasta tal punto que en cierta ocasión en una de sus obras citaba casi toda la *Medea* de Eurípides. Y uno, que tenía en sus manos el libro, respondió a otro que le preguntaba qué obra tenía: «La *Medea*, de Crisipo».

181. Precisamente Apolodoro de Atenas en su *Colección de principios*, al querer mostrar que las obras de Epicuro, escritas con singular capacidad y sin citas, son mil veces más extensas que los libros de Crisipo, dice con esta misma expresión: «Pues si uno quitara de los libros de Crisipo todo lo que proviene de citas ajenas, la hoja de pergamino quedaría en blanco». Son palabras de Apolodoro.

La vieja que le asistía, según refiere Diocles, decía que escribía quinientas líneas cada día. Hecatón dice que se dedicó a la filosofía cuando la propiedad paterna fue confiscada por el erario real.

182. Era menguado de cuerpo, como se ve por la estatua que hay en el Cerámico, que casi queda escondida junto a la del jinete que está a su lado. Por eso Carnéades le llamaba Cripsipo («el oculto por el caballo»). Cuando uno le reprochaba que no iba junto con la muchedumbre a filosofar con Aristón, respondió: « Si me juntara a la muchedumbre, no filosofaría». A un dialéctico que se presentó ante Cleantes y le proponía sofismas, le dijo: «Deja de distraer a este anciano de asuntos de más importancia, y dirígenos tales cuestiones a nosotros los jóvenes». Otra vez, cuando uno que venía a preguntarle dialogaba con él apaciblemente, pero al ver que se les acercaba mucha gente empezaba a disputar en alto, le dijo:

> Ay de mí, hermano, tu mirada se altera.
> Pronto derivaste a la locura y ha poco estabas cuerdo[32].

32. Eur., *Orestes* 253-254.

183. En medio de las reuniones de bebedores se mantenía sereno y sólo movía las piernas, de modo que la sirvienta dijo: «De Crisipo sólo las piernas se emborrachan». A tal punto llegaba su propia estima que, como uno le preguntara: «¿A quién encomiendo mi hijo?», le contestó: «A mí. Pues si sospechara que hay alguno mejor que yo, yo estaría filosofando en su escuela». Por eso cuentan que se dijo a propósito de él:

Es el único que entiende, los otros vagan como sombras[33].

Y también:

Porque si no hubiera Crisipo, no habría Estoa.

Al final, juntándose con Arcesilao y Lácides, según refiere Soción en su libro octavo, estudió filosofía con ellos en la Academia. 184. Por esta razón arguyó tanto en contra como en favor de la experiencia y acerca de los tamaños y los números utilizando el sistema de los Académicos.

Cuenta Hermipo de él que, cuando tenía su escuela en el Odeón, fue invitado por sus discípulos a una fiesta. Allí trasegó vino puro y se mareó, y al quinto día se despidió del mundo de los humanos, tras haber vivido setenta y tres años, en la ciento cuarenta y tres Olimpiada[34], según dice Apolodoro en su *Cronología*.

Tenemos un epigrama burlesco sobre él:

Sintió vértigos Crisipo al trasegar un chorro
del licor de Baco, y no dejó a buen recaudo
ni el Pórtico, ni su patria, ni su vida,
sino que se encaminó a la mansión de Hades[35].

33. *Odisea* X 495.
34. 208-204 a.C.
35. *Ant. Pal.* VII 706.

185. Algunos cuentan que murió presa de un ataque de risa. Pues como un asno se hubiera comido sus higos, le dijo a la vieja que le diera de postre al asno su vino puro, y echose a reír a carcajadas y murió.

Parece haber sido una persona muy arrogante. Pues aunque escribió tantas obras no dedicó ninguna a ninguno de los reyes. Se contentaba con la ayuda de una viejecilla, como dice Demetrio en sus *Homónimos*. Cuando Tolomeo escribió a Cleantes invitándole a que fuera él (a su corte) o a enviar a otro, marchó Esfero, mientras que Crisipo lo rechazó. Habiendo enviado a buscar a los hijos de su hermana, Aristocreonte y Filócrates, los educó. Fue también el primero que se atrevió a mantener una escuela al aire libre en el Liceo, según refiere el antes mencionado Demetrio.

186. Hubo también otro Crisipo, un médico de Cnido, del que dice Erasístrato haber obtenido el máximo provecho. Y otro, hijo del anterior, médico de Tolomeo, que fue calumniado, detenido y castigado con latigazos. Otro fue discípulo de Erasístrato y otro que fue autor de unas *Geórgicas*.

El filósofo exponía algunos argumentos como los siguientes: «El que cuenta a los no iniciados los misterios comete sacrilegio. El hierofante cuenta a los no iniciados los misterios. Luego comete sacrilegio el hierofante». Otro: «Lo que no está en la ciudad, eso no está en la casa. No hay pozo en la ciudad. Luego no hay pozo en la casa». Otro: «Hay una cabeza, y ésa no la tienes. Hay una cabeza que no tienes. Luego no tienes cabeza». 187. Otro: «Si un hombre está en Mégara, no está en Atenas. Un hombre está en Mégara. Luego no hay un hombre en Atenas». Y otro más: «Si mencionas algo, eso circula por tu boca. Mencionas un carro. Luego un carro circula por tu boca». Y otro: «Si no has perdido algo, lo tienes. No has perdido los cuernos. Luego tienes cuernos». Otros atribuyen esto último a Eubúlides.

Hay algunos que censuran a Crisipo por haber escrito muchas cosas de manera fea e indecente. Porque en su trata-

do *Sobre los antiguos filósofos de la naturaleza* representa a Zeus y a Hera en una escena indecorosa, refiriendo en sus seiscientas líneas lo que ningún desdichado se mancharía la boca en repetirlo. 188. Pues, dicen, se inventa una explicación indecentísima, que, si la elogia como escena natural, es más apropiada de prostitutas que de dioses. Y que tampoco se encuentra representada en los que escribieron (o pintaron) en las tablillas de argumentos, ni en Polemón ni en Hipsícrates, y ni siquiera en Antígono, sino que fue inventada por él. En su obra *Sobre el gobierno* (o *Sobre la república)* dice que se dan relaciones sexuales entre las madres y los hijos y las hijas. Lo mismo dice al comienzo de su obra *Sobre las cosas que no son deseables por sí mismas*. En el tercer libro de *Acerca de lo justo* está a lo largo de mil líneas invitando a comerse a los cadáveres. Y en el segundo libro de *Sobre la manera de vivir y de ganarse la vida* se extiende en prever cómo puede sacar beneficios el sabio. 189. «Aunque, ¿para qué ha de sacar provecho el sabio? Porque si es de cara a la vida, la vida es algo indiferente. Si con vistas al placer, también éste es indiferente. Si para la virtud, ella por sí misma es suficiente para la felicidad. Y los modos de sacar beneficios son ellos también ridículos: por ejemplo, los unos lo sacan a expensas de un rey, y están sujetos a sus deseos. Otros vendrán de la amistad, y entonces la amistad será por la ganancia y venal. Incluso otros los sacarán de su saber, y entonces el saber resultará mercenario.» En fin, esto se le echa en cara.

Puesto que sus libros son famosísimos, me ha parecido bien dividir la lista de ellos ahora en apartados. Y son éstos:

1. De tema lógico:

Tesis de Lógica.
De las inquisiciones filosóficas.
Definiciones dialécticas a Metrodoro, seis libros.
Sobre los términos usados en la Dialéctica, a Zenón, un libro.

190. *Manual de Dialéctica, a Aristágoras,* dos libros.
Juicios hipotéticos probables, a Dioscúrides, cuatro libros.

2. De tema lógico referidos a objetos:

Primera serie:

Acerca de las proposiciones, un libro.
Sobre las proposiciones no simples, uno.
Sobre la (proposición) conjuntiva, a Atenades, dos libros.
Sobre los juicios negativos, a Aristágoras, tres libros.
Sobre los juicios categóricos, a Atenodoro, un libro.
Sobre los enunciados de privación, a Tearo, un libro.
Sobre los juicios indefinidos, a Dión, tres libros.
Sobre las diferencias de los juicios indefinidos, cuatro.
Sobre los juicios según el tiempo, dos libros.
Sobre las proposiciones de perfecto, dos.

Segunda serie:

Sobre el verdadero juicio disyuntivo, a Gorgípides, uno.
Sobre el juicio hipotético verdadero, a Gorgípides, cuatro.

191. *La elección, a Gorgípides,* un libro.
Sobre lo de las consecuentes, uno.
Sobre el juicio con tres términos, a Gorgípides otra vez.
Sobre los posibles, a Clite.
Contra la obra sobre los significados de Filón, un libro.
Sobre la cuestión de qué son los errores, uno.

Tercera serie:

Sobre imperativos, dos libros.
Sobre la pregunta, dos libros.
Sobre la indagación, cuatro libros.
Epítome sobre la pregunta y la indagación, uno.

Sobre la investigación, dos libros.
Sobre la respuesta, cuatro libros.

192. Cuarta serie:
Sobre los predicados, a Metrodoro, diez libros.
Sobre casos rectos y oblicuos, a Filarco, uno.
Sobre los silogismos hipotéticos, a Apolonides, uno.
A Pásilo, sobre los predicados, cuatro.

Quinta serie:
Sobre los cinco casos, un libro.
Sobre los enunciados definidos por su tema, uno.
Sobre la modificación de sentido, a Esteságoras, dos.
Sobre los nombres propios, dos.

3. De asunto lógico, referente a las palabras y a la frase según ellas:

Primera serie:
Sobre expresiones en singular y plural, seis libros.
Sobre vocablos, a Sosígenes y a Alejandro, cinco libros.
Sobre la anomalía en el léxico, a Dión, cuatro libros.
Sobre los argumentos sorites en su expresión verbal, cuatro libros.
Sobre los solecismos.
Sobre las frases de solecismo, a Dionisio, uno.
Frases al margen del uso normal, uno.
Dicción, a Dionisio, un libro.

Segunda serie:
Sobre los elementos del lenguaje y los dichos, cinco libros.
Sobre la ordenación (sintaxis) de las frases, cuatro libros.

193. *Sobre la ordenación y elementos de las frases, a Filipo*, tres libros.
Sobre los elementos del lenguaje, a Nicias, uno.
Sobre lo dicho en relación a otra cosa, uno.

Tercera serie:

Contra los que rechazan la dimisión, dos libros.
Sobre las ambigüedades, a Apolas, cuatro libros.
Sobre las ambigüedades figurativas, uno.
Sobre la ambigüedad en los modos del silogismo hipotético, dos.
Contra la obra de Pantoides sobre las ambigüedades, dos.
Colectánea para la introducción al estudio de las ambigüedades, dos.

4. De tema lógico referentes a silogismos y los modos:

Primera serie:

Manual de argumentos y modos, a Dioscúrides, cinco libros.

194. *Sobre los razonamientos*, tres libros.
Acerca de la construcción de los modos, a Esteságoras, dos.
Comparación de los juicios modales, un libro.
Sobre los razonamientos recíprocos e hipotéticos, uno.
A Agatón o de los problemas que siguen, uno.
Sobre qué argumentos silogísticos pueden unirse con otro y con otros, uno.
Sobre las inferencias, a Aristágoras, uno.
Sobre el ordenar al mismo silogismo en varios modos, uno.
Contra las objeciones a que un mismo argumento se ordene en un silogismo y en un modo sin silogismo, dos libros.
Contra las objeciones a los análisis de los silogismos, tres.
Contra la obra de Filón sobre los modos, a Timóstrato, uno.
Colectanea de Lógica, a Timócrates y Filómates; sobre sus obras sobre argumentos y modos (del silogismo), uno.

195. Segunda serie:

Sobre los razonamientos concluyentes, a Zenón, uno.

Sobre los silogismos primeros e indemostrables, a Zenón, uno.

Sobre el análisis de los silogismos, uno.

Sobre los silogismos redundantes, a Pásilo, dos libros.

Sobre los principios teóricos de los silogismos, un libro.

Sobre los silogismos introductorios, a Zenón, un libro.

De los modos para la introducción, a Zenón, tres libros.

Sobre los silogismos según esquemas falsos, cinco libros.

Argumentos silogísticos en resolución en razonamientos indemostrables, un libro.

Investigaciones modales, a Zenón y Filómates, un libro. (Éste parece que es espurio.)

Tercera serie:

Sobre los argumentos variables, a Atenades, un libro (espurio).

196. *Argumentos variables respecto a lo intermedio,* tres libros (espurios).

Contra los silogismos disyunctivos de Aminias, un libro.

Cuarta serie:

Sobre hipótesis, a Meleagro, tres libros.

Razonamientos hipotéticos sobre las leyes, de nuevo, un libro.

Razonamientos hipotéticos para introducción, dos libros.

Razonamientos hipotéticos en teoremas, dos libros.

Soluciones de los razonamientos hipotéticos de Hédilo, dos libros.

Soluciones de los razonamientos hipotéticos de Alejandro, tres libros (espurios).
Sobre las exposiciones, a Laodamante, un libro.

Quinta serie:

Sobre la introducción al argumento «el mentiroso», a Aristocreonte, un libro.
Argumentos «mentirosos» para introducción, un libro.
Sobre el argumento «mentiroso», a Aristocreonte, seis libros.

Sexta serie:

Contra los que sostienen que las mismas cosas son a la vez verdaderas y falsas, un libro.
197. *Contra los que resuelven «el mentiroso» descomponiéndolo, a Aristocreonte,* dos libros.
Pruebas de que los razonamientos indefinidos no deben dividirse, un libro.
Contra las objeciones a los argumentos contra la división del razonamiento indefinido, a Pásilo, tres libros.
Solución según los antiguos, a Dioscúrides, un libro.
Sobre la solución de «el mentiroso», a Aristocreonte, tres libros.
Soluciones de los razonamientos hipotéticos de Hédilo, a Aristocreonte y Apolas, un libro.

Séptima serie:

Contra los que afirman que las premisas de «el mentiroso» son falsas, un libro.
Sobre el razonamiento negativo, a Aristocreonte, dos libros.
Razonamientos negativos, para ejercicio, un libro.
Sobre el razonamiento que parte de poco, a Esteságoras, dos libros.
Sobre los argumentos sobre suposiciones y los inactivas, a Onétor, dos libros.

198. *Sobre el razonamiento «el velado», a Aristobulo,* dos libros.

Sobre «el inadvertido», a Atenades, un libro.

Octava serie:

Sobre el razonamiento «el ninguno», a Menécrates, ocho libros.

Sobre razonamientos derivados de frases indefinidas, y definidas, a Pásilo, dos libros.

Sobre el razonamiento «ninguno» a Epícrates, un libro.

Novena serie:

Sobre los sofismas, a Heraclides y Polis, dos libros.

Sobre cuestiones dialécticas insolubles, a Dioscúrides, cinco libros.

Contra el método de Arcesilao, a Esfero, un libro.

Décima serie:

Contra la opinión común, a Metrodoro, seis libros.

En favor del sentido común, a Gorcípides, siete libros.

Hay treinta y nueve investigaciones de tema lógico al margen de las cuatro secciones mencionadas, que no pueden incluirse en conjuntos orgánicos porque tratan cuestiones sueltas. En conjunto los escritos de Lógica son trescientos once.

199. 1. De tema ético, en cuanto a la clasificación de las nociones morales:

Primera serie:

Esbozo de la teoría ética, a Teóporo, un libro.

Tesis morales, un libro.

Premisas probables para los principios de ética, a Filómates, tres libros.

Definiciones del virtuoso, a Metrodoro, dos libros.

Definiciones del vicioso, a Metrodoro, dos libros.

Definiciones de los mediocres, a Metrodoro, dos libros.

Definiciones de los conceptos generales, a Metrodoro, siete libros.

Definiciones de otras ciencias particulares, a Metrodoro, dos libros.

Segunda serie:

Sobre los símiles, a Aristocles, tres libros.

Sobre las definiciones, a Metrodoro, siete libros.

Tercera serie:

Sobre las objeciones incorrectas contra las definiciones, a Laodamante, siete libros.

200. *Probabilidades en favor de las definiciones, a Dioscúrides,* dos libros.

Sobre especies y géneros, a Gorgípides, dos libros.

Sobre clasificaciones, un libro.

Sobre los contrarios, a Dionisio, dos libros.

Probables argumentos respecto a los géneros, especies, y los tratamientos sobre los contrarios, un libro.

Cuarta serie:

Sobre temas etimológicos, a Diocles, siete libros.

Etimologías, a Diocles, cuatro libros.

Quinta serie:

Sobre proverbios, a Zenódoto, dos libros.

Sobre poemas, a Filómates, un libro.

Sobre cómo deben oírse las poesías, dos libros.

Contra los críticos, a Diodoro, un libro.

201. 2. De tema ético, acerca del concepto general y de las ciencias y virtudes concordantes con éste:

Primera serie:

Contra las restauraciones de las pinturas, a Timonacte, un libro.

Acerca de cómo nombramos y nos representamos cada cosa, un libro.

Sobre las nociones, a Laodamante, dos libros.

Sobre la opinión, a Pitonacte, tres libros.

Demostraciones de que no opinará el sabio, un libro.

Sobre la aprehensión, la ciencia y la ignorancia, cuatro libros.

Sobre la razón, dos libros.
Sobre el uso de la razón, a Leptines.
Segunda serie:
Sobre que los antiguos admitían la dialéctica con las demostraciones, a Zenón, dos libros.
202. *Sobre la dialéctica, a Aristocreonte*, cuatro libros.
Sobre las objeciones contra los dialécticos, cuatro libros.
Sobre la retórica, a Dioscúrides, cuatro libros.
Tercera serie:
Sobre el hábito, a Cleón, tres libros.
Sobre el arte y la falta de arte, a Aristocreonte, cuatro libros.
Sobre la diferencia entre las virtudes, a Diodoro, cuatro libros.
Sobre cuáles y de qué tipo son las virtudes, un libro.
Sobre las virtudes, a Polis, dos libros.
3. De tema ético acerca de los bienes y los males:
Primera serie:
Sobre el bien y el placer, a Aristocreonte, diez libros.
Demostraciones de que el placer no es el fin último, cuatro libros.
Demostraciones de que el placer no es un bien, cuatro libros.
Sobre los argumentos que se dicen a favor (del placer)...[36]

36. El resto del catálogo de obras de Crisipo y todo el final del libro VII se ha perdido.

LIBRO VIII

Pitágoras (*c.* 582-500 a.C.)

1. Después de haber tratado de la filosofía jónica a partir de Tales y de los hombres que en ella destacaron y son dignos de mención, vengamos ahora a la itálica, que fundó Pitágoras, hijo de Mnesarco, un grabador de anillos, según dice Hermipo, de Samos, o, según Aristóxeno, tirreno, de una de las islas que dominaron los atenienses tras haber expulsado a los tiranos. Algunos refieren que fue hijo de Mármaco, hijo de Hípaso, hijo de Eutifrón, que lo fue de Cleónimo, un desterrado de Fliunte, y como Mármaco vivió en Samos; de ahí que llamen samio a Pitágoras.

2. A su llegada a Lesbos fue recomendado a Ferecides por su tío Zoilo. Y tras haber dispuesto tres copas de plata las llevó consigo, como regalo, a los sacerdotes de Egipto, una a cada uno. Tuvo hermanos; el mayor fue Éunomo, y el segundo, Tirreno. Y, además, un esclavo, Zamolxis, a quien dedican sacrificios los getas, asimilándolo a Cronos, según relata Heródoto. Asistió a las lecciones de Ferecides de Siros, como ya se ha dicho. Después de la muerte de éste, se fue a Samos, y allí escuchó a Hermodamante, descendiente de Creófilo,

que ya era de edad avanzada. Siendo joven y ansioso de aprender, emigró de su patria y se inició en todos los misterios, tanto griegos como bárbaros.

3. Estuvo, pues, en Egipto, donde precisamente Polícrates lo recomendó a Amasis por medio de una carta. Y aprendió a fondo la lengua de los egipcios, según dice Antifonte en su *Acerca de los prominentes en la virtud*, y visitó a los Caldeos y a los Magos. Más tarde, en Creta, en compañía de Epiménides, bajó a la caverna del Ida; así como en Egipto había penetrado en los santuarios, y aprendió las doctrinas secretas sobre los dioses en las ceremonias mistéricas.

Más tarde regresó a Samos y, al encontrarse a su patria bajo la tiranía de Polícrates, partió hacia Crotona, en Italia. Y allá estableció leyes para los italiotas y fue honrado, junto con sus discípulos, los cuales, siendo cerca de trescientos, administraron excelentemente los asuntos de la ciudad, de modo que su gobierno fue casi una aristocracia (como gobierno de los mejores).

4. Cuenta Heraclides Póntico que él decía de sí mismo que antaño había sido Etálides, considerado como hijo de Hermes. Y que Hermes le dijo que eligiera lo que prefiriera a excepción de la inmortalidad. Entonces él le había pedido conservar memoria de sus vivencias tanto vivo como muerto. De manera que lo recordaba todo. E incluso después de haber muerto conservaba la misma memoria de todo lo pasado. En el curso del tiempo revivió luego en Euforbo y fue traspasado por Menelao. Euforbo afirmaba haber sido antaño Etálides y haber recibido de Hermes el famoso don y refería la transmigración de su alma, y de qué modo había vagado sin rumbo y en qué vegetales y animales había revivido, y todo lo que su alma había sufrido en el Hades y lo que las otras almas tenían que soportar allí. 5. Y, al morir Euforbo, su alma se trasladó a Hermótimo, el cual, con intención de dar testimonio de eso, marchó en persona a Bránquidas y, penetrando en el templo de Apolo, identificó el escudo

que había manejado Menelao (y explicó luego que éste, al regresar de Troya, había dedicado el escudo a Apolo), un objeto que ya estaba tan podrido que sólo se conservaba bien su tapa de marfil. Tras la muerte de Hermótimo, fue también Pirro, el pescador de Delos. Y de nuevo lo rememoraba todo: cómo primero fue Etálides, luego Euforbo, después Hermótimo y más tarde Pirro. Y cuando hubo muerto Pirro, vino a ser Pitágoras y mantenía recuerdos de todo lo dicho.

6. Afirman algunos que Pitágoras no dejó ningún escrito, pero no andan acertados en su opinión. Heráclito, el filósofo físico, casi se expresa a gritos, ciertamente, cuando dice: «Pitágoras, hijo de Mnesarco, dedicose a la investigación muy por encima de todos los humanos, y seleccionando de los escritos ajenos se fabricó una sabiduría propia, mucha erudición y ciencia engañosa». Así dijo, porque Pitágoras en su tratado *Sobre la naturaleza* comienza con estas palabras:

No, por el aire que respiro; no, por el agua que bebo; no, jamás voy a sufrir reproche con motivo de esta obra[1].

Hay tres obras redactadas por Pitágoras: *Sobre la educación, Sobre el gobierno* y *Sobre la naturaleza.* 7. Pero el escrito que se transmite como de Pitágoras es de Lisis, el pitagórico de Tarento, que huyó a Tebas y fue maestro de Epaminondas. Heraclides, el hijo de Serapión, cuenta en su *Epítome de Soción* que Pitágoras había escrito, en versos épicos además, *Sobre el universo,* y después el *Discurso sagrado,* cuyo comienzo es:

Oh jóvenes, con sereno silencio venerad todo esto.

Y como tercera obra, *Sobre el alma;* en cuarto lugar, *Sobre la piedad;* en quinto, *Helotales, el padre de Epicarmo de Cos;*

1. *Frag.* 129 Diels-Kranz.

en sexto, *Crotón,* y luego otras. Pero el *Discurso místico* afirma que es de Hípaso, escrito para difamación de Pitágoras, así como muchos compuestos por Astón de Crotona se le han atribuido también a Pitágoras.

8. Dice además Aristóxeno que la gran mayoría de sus doctrinas morales las tomó Pitágoras de Temistoclea, la sacerdotisa de Delfos. Ión de Quíos en sus *Triagmos* afirma que compuso algunos poemas y que se los atribuyó a Orfeo. A él le adjudican también las *Imposturas,* cuyo comienzo es:

No seas desvergonzado ante nadie.

Sosícrates, en sus *Sucesiones,* relata que, cuando le preguntó León, el tirano de Fliunte, quién era, le contestó: «Un filósofo». Dijo también que la vida se parecía a un festival olímpico. Porque, así como a éste acuden los unos a competir en los juegos, otros por motivos de negocios y los más dignos como espectadores, así en la vida unos son de naturaleza servil, otros son cazadores de fama y fortuna y los otros filósofos que van en pos de la verdad. Y así es.

9. En sus tres mencionados escritos a Pitágoras se le atribuyen, de un modo general, los preceptos siguientes: prohibir que recemos por nosotros mismos, ya que ignoramos lo que es conveniente. A la borrachera la llama, sin más, ultraje, y desaconseja cualquier exceso, afirmando que nadie debe transgredir la medida ni en el beber ni en el comer. Y en cuanto a las relaciones sexuales, dice así: «Las relaciones sexuales han de tenerse en invierno, no en verano. Son más suaves en otoño y en primavera, pero son pesadas en cualquier estación y no buenas para la salud». Por otra parte, siéndole preguntado cuándo conviene ajuntarse con una mujer, contestó: «Siempre que quieras hacerte más débil a ti mismo».

10. Dividía en épocas la vida del ser humano del modo siguiente: «Niñez, veinte años; adolescencia, veinte; juven-

tud, veinte; y vejez, veinte». Las edades están así en correspondencia con las estaciones: la niñez es primavera, la adolescencia verano, la juventud otoño, y la vejez invierno. Para él el adolescente es un muchacho, y el joven es ya un hombre.

Fue el primero en decir, según afirma Timeo, que «las cosas de los amigos son comunes», y que «la amistad es igualdad». Así, sus discípulos depositaban sus pertenencias en un único montón. Durante un período de cinco años se mantenían en silencio, escuchando sólo sus palabras, y sin ver siquiera a Pitágoras hasta superar un examen. Luego ya pasaban a ser miembros de su casa y compartían su presencia. Absteníanse de la madera de ciprés para el ataúd, por la razón de que el cetro de Zeus está hecho de ella, según refiere Hermipo en el libro segundo de *Sobre Pitágoras.*

11. Desde luego es fama que fue veneradísimo y sus discípulos le tenían tanto respeto como si fuera Apolo regresado del País de los Hiperbóreos. También se cuenta que, en cierta ocasión en que se desnudó, pudo verse que tenía un muslo de oro. Y que le dirigió un saludo el río Neso cuando lo cruzaba son muchos los que lo atestiguan. Cuenta Timeo en el libro décimo de sus *Historias* que él comentaba que las mujeres que conviven con sus esposos tienen los nombres de las diosas, al ser llamadas Vírgenes, Ninfas y luego Madres.

Él fue quien condujo la geometría a su perfección, siendo Meris quien había descubierto los principios de los elementos de esta ciencia, como afirma Anticlides en el segundo libro de su *Sobre Alejandro.* 12. Pero Pitágoras estudió sobre todo su aspecto aritmético. Y encontró el canon (musical) de una sola cuerda. Y tampoco se desinteresó de la medicina.

Cuenta Apolodoro, el logístico, que sacrificó una hecatombe por haber descubierto que en el triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa equivale a la suma del cuadrado de los catetos. Y hay un epigrama que dice así:

Cuando Pitágoras descubrió su famosa figura,
ésa por la que ofreció un espléndido sacrificio de bueyes[2].

Se dice también que fue el primero que sometió a los atletas a una dieta de carne, y en primer lugar a Eurímenes, según refiere Favorino en el tercer libro de sus *Recuerdos*, mientras que anteriormente ellos ejercitaban su cuerpo con un régimen a base de higos secos y queso fresco, y con trigo, como refiere el mismo Favorino en el libro octavo de su *Historia miscelánea*. 13. Pero otros dicen que quien estableció tal dieta fue un cierto Pitágoras entrenador de atletas, y no este nuestro. Porque él vetaba incluso el matar animales, no ya sólo el comer seres animados que tienen en común con nosotros el privilegio de un alma.

Ahora bien, eso fue un pretexto. La razón verdadera para prohibir el consumo de seres animados era que entrenaba y acostumbraba a los hombres a una dieta frugal, de modo que tuvieran alimentos fáciles de conseguir, condimentándolos sin fuego y tomando como bebida agua pura, porque así obtendrían la salud del cuerpo y la sutileza del espíritu. Por descontado que el único altar que él reverenciaba era el de Apolo Progenitor en Delos, el que está detrás del Altar con cuernos, por la razón de que sobre aquél sólo se hacen ofrendas de higos, cebada y tortas, sin fuego, y ningún sacrificio, como dice Aristóteles en su *Constitución de Delos*.

14. Dicen que fue el primero en manifestar que el alma, que muda de cuerpos en el ciclo de la fatalidad, está incorporada unas veces en uno y otras en otro en distintas especies de animales. Y fue el primero en introducir pesos y medidas entre los griegos, según dice Aristóxeno, el músico. Y el primero en identificar el lucero de la tarde con la estrella matutina, según dice Parménides.

2. *Ant. Pal.* VII 119.

Fue tan venerado que a sus discípulos los apodaban «intérpretes de la voz del dios». Además, él mismo afirma en su escrito que después de doscientos siete años había regresado del Hades al mundo de los humanos. Y a todo eso acudían sus fieles y, para escuchar sus palabras, venían hasta él lucanios, peucetes, mesapios y romanos.

15. Pero hasta Filolao no fue posible estudiar la doctrina pitagórica, ya que sólo él publicó los tres renombrados libros, que Platón envió a comprar por cien minas. No menos de seiscientos auditores acudían a su lección cada noche. Y cuando algunos eran reputados dignos de contemplarlo, se lo comunicaban por escrito a sus familiares como si hubieran conseguido algo magnífico. Es más, los metapontinos llamaban a su casa «santuario de Deméter», y al atrio «Museo», según dice Favorino en su *Historia miscelánea*. Decían también los pitagóricos que no todo podía comunicarse a todo el mundo, según dice Aristóxeno en el libro décimo de sus *Normas pedagógicas*. 16. Allí cuenta que Jenófilo, el pitagórico, al serle preguntado cómo podía educarse mejor un niño, contestó que siempre que viviera en una ciudad bien gobernada. A muchos otros habitantes de Italia los hizo personas de bien, y especialmente a los legisladores Zaleuco y Carondas. Porque estaba muy dotado para la amistad y era muy activo en todo, y cuando sabía que alguien había adoptado sus normas de vida enseguida lo admitía como compañero y lo hacía su amigo.

17. Lemas suyos son los siguientes: «No atizar el fuego con un cuchillo. No pasar por encima de una balanza. No sentarse sobre el quénice[3]. No comer corazón. Ayudar a descargar un fardo, pero no a cargarlo. Tener siempre bien remetidas las ropas de la cama. No llevar en el anillo la figura de un dios. Borrar las huellas de la olla en la ceniza. No restregar la silla con aceite. No orinar de cara al sol. No pa-

3. El quénice era una medida de grano.

sear por los márgenes de las calzadas. No dar la mano ligeramente. No tener golondrinas bajo el mismo techo. No criar aves con garras. No orinar ni estar de pie sobre los recortes de uñas y pelo cortado. Apartar el cuchillo afilado. Al salir de viaje no darse la vuelta y observar los límites».

18. Con eso de «no atizar el fuego con el cuchillo» quería decir que no hay que agitar la furia y el exaltado rencor de los poderosos. Lo de «no pasar por encima de la balanza» es lo mismo que «no pasar por encima de lo equitativo y justo». «No sentarse sobre el quénice» significa prestar atención tanto al presente como al porvenir, ya que el quénice es la medida del alimento cotidiano. Mediante lo de «no comer corazón» aludía a que no se consumiera el alma en angustias y penas. Con lo de que quien emprende un viaje no se vuelva a mirar atrás quería aconsejar a los que abandonan la vida a no quedar ansiosos de vivir y a no sentirse encadenados a los placeres de aquí. También los demás lemas es posible explicarlos al modo de éstos, pero lo omitimos por no alargarnos.

19. Sobre todo prohibía comer salmonete y melanuro, y advertía la privación de comer corazón y habas. Aristóteles dice que también prohibía (comer) la matriz y el salmonete. Afirman algunos que él se contentaba sólo con miel o con un panal, o pan, y que durante el día no probaba el vino. Como plato corriente en la mayoría de sus comidas tomaba verduras cocidas y crudas, y en raras ocasiones pescados. Portaba una túnica blanca, inmaculada, y mantos blancos de lana, ya que los vestidos de lino aún no habían llegado a aquellas regiones. Nunca se le vio evacuando ni haciendo el amor ni borracho. 20. Se abstenía de risas y de cualquier jolgorio con burlas y frases vulgares. Jamás castigó irritado a ningún sirviente, fuera esclavo o libre. Llamaba al reprender «enderezar».

Recurría al arte adivinatorio por medio de voces y de augurios, y nunca por medio de ofrendas quemadas, a no ser de incienso. Y hacía sacrificios siempre incruentos. Sin em-

bargo, otros dicen que sí sacrificaba, pero tan sólo gallos y cabritos de leche y los llamados cochinillos, y nunca corderos. No obstante, Aristóxeno dice que consentía en comer todos los demás animales y sólo rechazaba el buey de labor y el carnero.

21. Cuenta este mismo (Aristóxeno), como ya se ha escrito, que Pitágoras tomó su doctrina de Temistoclea, la sacerdotisa de Delfos. Refiere Jerónimo que, al descender él al Hades, contempló allá el alma de Hesíodo atada a una columna de bronce y rechinando los dientes, y la de Homero colgada de un árbol y rodeada de serpientes, a causa de las cosas que uno y otro habían dicho acerca de los dioses, y que también sufrían castigos allí los que no habían querido convivir con sus mujeres. Así que era justamente venerado por los habitantes de Crotona. Dice Aristipo de Cirene en su *Sobre los fisiólogos* que Pitágoras recibió ese nombre porque revelaba *(agoreúein)* la verdad no menos que la sacerdotisa pítica.

22. Se cuenta que recomendaba a sus discípulos que se preguntaran al regresar a sus casas esto:

¿Dónde me he equivocado? ¿Qué hice? ¿Qué deber dejé incumplido?

Vetaba hacer sacrificios a los dioses, y aconsejaba prosternarse tan sólo ante el altar no manchado de sangre. Y no hacer tampoco juramentos en nombre de los dioses, porque era preciso acostumbrarse a presentarse uno mismo como digno de confianza. Y honrar a los mayores, considerando que lo precedente en el tiempo es siempre más digno de honras. Así, en el universo, está antes el alba que el ocaso, y en la vida humana antes el principio que el final, y en la vida orgánica antes el nacimiento que la consunción.

23. Recomendaba honrar a los dioses más que a los démones, a los héroes más que a los hombres, y entre los hu-

manos ante todo a los padres. Y tratar unos con otros de manera que no hagamos enemigos a nuestros amigos, y sí convirtamos en amigos a nuestros enemigos. No considerar nada como propiedad particular. Socorrer a la ley y combatir la ilegalidad. No dañar ni destruir ninguna planta cultivada, ni tampoco ningún animal que no sea dañino para los humanos. Que sea discreción y cautela no dejarse dominar por la risa ni mostrar un rostro adusto. Evitar el hartazgo de carne. Durante el viaje que se alterne el esfuerzo y el descanso. Ejercitar la memoria. En la irritación no hacer nada ni decir nada. 24. Apreciar cualquier tipo de adivinación. Practicar el canto acompañado con la lira para ofrecer en un himno en honor de los dioses y de los hombres el agradecimiento y el elogio. Abstenerse de las habas, ya que al contener gases participan extraordinariamente del hálito vital. Y, por lo demás, al no tomarlas, queda el estómago más ordenado. Y de tal modo se presentan claras y sin perturbaciones las visiones de los sueños.

Dice Alejandro en sus *Sucesiones de los filósofos* que también encontró en los *Apuntes pitagóricos* estas sentencias: 25. Que el principio de todo es la unidad (o *mónada).* Que de esta unidad surge la dualidad (o *díada)* infinita, que se establece frente a la unidad originaria como la materia (frente a la forma). De la unidad y la dualidad infinita se originan los números, y de los números los puntos; y de éstos las líneas, de las que se forman las superficies planas, y de las superficies nacen los volúmenes sólidos. De ellos se producen los cuerpos sensibles, cuyos elementos son justamente cuatro: fuego, agua, tierra y aire. Éstos se alteran y voltean en todos los conjuntos, y de ellos mismos se origina un universo animado, inteligente, esférico, que rodea a la tierra, que ocupa su centro, siendo también ella esférica y estando habitada.

26. Además existen los antípodas, y lo que para nosotros es abajo es arriba para ellos. Y en el cosmos tienen igual por-

ción la luz y la sombra, el calor y el frío, lo seco y lo húmedo. De tales factores por la preponderancia del calor nace el verano, y en la del frío el invierno, de la de lo seco la primavera, y de la de lo húmedo el otoño. Si están en equilibrio, son los mejores tiempos del año, cuando la floreciente primavera es saludable y el declinante otoño resulta enfermizo. Pero incluso dentro del día el alba florece y el atardecer agosta. Por ello justamente es más enfermizo.

El aire que envuelve la tierra está sin movimientos y es malsano, y todos los que viven en él son mortales. En cambio, el que está más arriba está siempre movido y es puro y sano, y todos cuantos viven en él son inmortales y, por ello, son seres divinos.

27. El sol, la luna y los demás astros son dioses. Pues en ellos predomina lo cálido, que es la causa de la vida. La luna está iluminada por el sol. Existe luego una afinidad familiar entre los hombres y los dioses, en cuanto que el ser humano participa de lo cálido. Por ello también los dioses ejercen su providencia sobre nosotros. El destino es la causa de la distribución de las cosas en los conjuntos y en lo particular.

Los rayos del sol penetran a través del éter, incluso del frío y espeso. (Llaman al aire éter frío, y al mar y lo húmedo éter espeso.) Esos rayos del sol penetran incluso en los hondones marinos y por eso lo vivifican todo. 28. Que viven todos los seres que participan del calor. Por ello también las plantas son seres vivos. Sin embargo, no todos los vivientes tienen un alma. Porque el alma es una emanación del éter, y de lo cálido y lo frío, al participar del éter frío. Se diferencia el alma de la vida, pues aquélla es inmortal, ya que también es inmortal aquello de lo que ha emanado.

Los animales se reproducen unos a partir de otros por sus simientes, mientras que la generación a partir de la tierra es imposible. La simiente (o esperma) es una gota del cerebro, que contiene en su interior un vapor caliente. Al introducirse éste en la matriz libera un líquido, originario del cerebro,

humedad y sangre, de lo que se constituyen carnes, nervios, huesos, cabellos y todo el cuerpo. Del vapor justamente salen el alma y la sensibilidad.

29. El primer organismo (el embrión) cobra forma a los cuarenta días, y, de acuerdo con las proporciones de su armonía, la criatura completa se da a luz a los siete, nueve o, a lo máximo, diez meses. Y tiene en sí todas las razones de la vida, que, formando un organismo, se mantienen unidas según las proporciones de su armonía, apareciendo cada elemento en el momento ajustado a su ordenamiento. El sentido en general, y la vista en concreto, resulta de un cierto vapor en extremo cálido. Y por eso se dice que se ve todo a través del aire y del agua, porque lo cálido queda contrapesado por lo frío. Ya que si el vapor en los ojos fuera frío, quedaría disipado frente al aire del mismo tono. Pero ahora no sucede eso, y hay ciertos pasajes en los que llama a los ojos «puertas del sol». Las mismas conclusiones expone acerca del oído y de los otros sentidos.

30. El alma del hombre se divide en tres partes: inteligencia, razón y ánimo *(noûs, phrénes, thymós)*. La inteligencia y el ánimo existen en los animales también, pero la razón sólo en el ser humano. El ámbito del alma se extiende desde el corazón al cerebro. Y la parte de ella que está en el corazón sirve de fundamento al ánimo, pero la inteligencia y la razón residen en el cerebro. Los sentidos son partículas (o gotas) de estas partes. Y el ser racional es inmortal, mientras que los demás son mortales. El alma se nutre de la sangre. Y las facultades del alma son ráfagas aéreas. Invisible es tanto ella como sus facultades, ya que también el éter es invisible.

31. Ligaduras del alma son las venas, las arterias y los nervios. Pero cuando está en pleno vigor y goza de calma reposando en sí misma son sus ligaduras las palabras y las acciones. Cuando es expulsada al exterior (del cuerpo), vaga ella sobre la tierra por el aire, parecida a su cuerpo. Hermes es el guardián de las almas, y por eso se le llama el Acompa-

ñante, el Portero y el Subterráneo, porque él envía a las almas fuera de sus cuerpos, de la tierra y del mar. Y conduce a las puras a lo más alto y a las impuras no las permite acercarse a ellas ni unas a las otras, sino que quedan aprisionadas en irrompibles cadenas por las Erinias.

32. Todo el aire está repleto de almas. Y a ellas se las denomina démones y héroes. Y éstos son quienes envían a los humanos los sueños y los indicios de salud y de enfermedad, y no sólo a los humanos, sino también a los corderos y a las demás bestias. Y para ellos se hacen las purificaciones y los ritos apotropaicos, todo género de adivinaciones, augurios y demás ceremonias. Y afirma (Pitágoras) que la más importante de las acciones humanas es el persuadir a un alma al bien o al mal. Que son felices los hombres cuando tienen una buena alma; y, al contrario, que no tienen paz ni dominan el curso mismo de su vida si la tienen mala.

33. Lo justo es lo juramentado, y por eso se dice que Zeus es el guardián de los juramentos. Consiste en armonía la virtud, y la salud, y todo lo bueno, y lo divino. La amistad es una igualdad armoniosa. Por eso precisamente en la armonía se mantienen los elementos del universo.

Hay que celebrar honras a los dioses y a los héroes, pero no idénticas, sino que a los dioses hay que ofrecérselas en un ritual silencioso siempre, con vestidos blancos y tras haberse purificado, y a los héroes a partir del mediodía. La pureza se obtiene con purificaciones y baños y lustraciones y mediante los ritos de purificación después de un duelo fúnebre, el parto, y cualquier mancha *(míasma)*, y además absteniéndose de carnes de animales muertos, de salmonetes, y melanuros, y de huevos y de animales ovíparos, y de habas, y de las otras cosas que suelen rechazar también los que inician en las ceremonias mistéricas en los santuarios. 34. Refiere Aristóteles en su *Sobre los Pitagóricos* que Pitágoras recomendaba abstenerse de las habas porque son parecidas a los órganos sexuales o porque están en las Puertas del Hades...

Pues es la única planta no articulada. O bien porque corrompe o porque imita a la naturaleza del universo, o porque es oligárquica, ya que con ellas se echan a suertes los cargos.

Prohibía recoger lo que había caído al suelo, a fin de acostumbrarse a no comer inmoderadamente o bien porque eso indicara la muerte de alguien. Precisamente Aristófanes dice que lo que se cae pertenece a los héroes, cuando dice en sus *Héroes:*

Y no probar nada de lo que cae al suelo bajo la mesa[4].

Prohibía comer el gallo blanco, porque está consagrado a la Luna y es un suplicante. Ésta es una de sus buenas características. Y está consagrado a la Luna, porque indica las horas. Y lo blanco tiene la naturaleza de lo bueno, y lo negro de lo malo. De los pescados hay que abstenerse de cuantos son sagrados. Pues no deben estar adjudicadas las mismas cosas a los dioses y a los hombres, como tampoco a los libres y a los esclavos.

35. Prohibía desgarrar el pan, porque en torno al pan se congregaban antaño los familiares, como ahora hacen los bárbaros. Ni tampoco hay que trocear al pan que reúne a los comensales. Otros dicen que es a causa del juicio en el Hades. Otros, que porque produce cobardía en la guerra. Otros, que porque de él tiene su comienzo el mundo.

De las figuras corporales la más bella es la de la esfera, y de las superficies, el círculo. La vejez y todo lo que mengua es afín; como el desarrollo y la juventud es lo mismo. Salud es el mantenimiento de la forma, y enfermedad la corrupción de ésta. Sobre la sal decía que debe estar presente para recuerdo de lo justo. Porque la sal conserva todo aquello a lo que se agrega y ha surgido de los elementos más puros, el sol y el mar.

4. *Frag.* 305 Kock.

36. Y esto lo refiere Alejandro en sus *Apuntes pitagóricos*, y Aristóteles cuenta lo derivado de ello.

El aspecto venerable de Pitágoras no lo pasó por alto tampoco Timón en sus *Síloi*, a pesar de criticarlo, al decir así:

> Pitágoras, que se acercó a los Magos y a sus doctrinas
> para embaucamiento de los hombres, habituado al
> [lenguaje solemne[5].

Acerca de que él había nacido unas veces en una forma y otras en otra, da testimonio Jenófanes en una elegía, cuyo comienzo es:

> Ahora me dirijo a otro discurso y mostraré el camino...[6].

Y lo que sobre eso dice son estas palabras:

> Y en cierta ocasión, pasando junto a un perro apaleado
> dicen que sintió compasión por él y dijo esta frase:
> «Deja de golpearlo, que es el alma de un amigo mío,
> a la que he reconocido al oírla lamentarse»[7].

37. Eso es lo que dice Jenófanes. También se burló de él Cratino en *La Pitagorizante*. Pero es en su obra *Los Tarentinos* donde dice:

> Por norma tienen cada vez que agarran a un individuo
> que se inicia en la secta, someterlo a sus exámenes,
> confundir el vigor de sus razonamientos, y van
> y lo zarandean con las antítesis, definiciones, ecuaciones,
> y los desarrollos y las magnitudes, abrumadoramente[8].

5. *Frag.* 58 Diels.
6. *Frag.* 7 Diels-Kranz.
7. *Ant. Pal.* VII 120.
8. *Frag.* II 290 ss. Kock = III 376 Meineke.

Y Mnesímaco en su *Alcmeón*:

Al modo pitagórico haremos un sacrifico a Loxias:
no comeremos nada animado, nada de nada[9].

38. Y Aristofonte en su *Pitagorizante*:

A - Narraba que en su descenso vio el modo de vivir
de todos los de abajo, y que en mucho diferían
los adeptos de Pitágoras de los demás difuntos.
Sólo con éstos se juntaba a comer en mesa común,
dijo, Plutón, a causa de su piedad.
B - Describes a un dios fácil de conformar,
si se complace en la compañía de esos guarros[10].

Y, además, en la misma comedia:

Comen verduras y beben con ellas agua.
Sus piojos, sus harapos y su falta de limpieza
no los aguantaría ninguno de los otros muertos.

39. Murió Pitágoras del modo siguiente. Mientras pasaba unos días en casa de Milón con sus habituales, ocurrió que la casa fue incendiada, por despecho, por uno que no había sido considerado digno de la admisión. Algunos dicen que fueron los crotoniatas quienes lo hicieron, precaviéndose contra un intento de tiranía. Pitágoras se quedó aislado cuando escapaba. Encontrándose ante un campo de habas se detuvo, alegando que era mejor ser apresado que pisotearlas, y mejor ser asesinado antes que hablar. Y así le dieron muerte sus perseguidores, degollándolo. Así también perecieron la mayoría de sus secuaces, que eran alrededor de cuarenta. Escaparon pocos, entre ellos Arquipo de Tarento y el ya mencionado Lisis.

9. *Frag.* II 436 Kock = III 567 Meineke.
10. *Frag.* II 280 Kock = III 362 Meineke.

40. Cuenta Dicearco que Pitágoras murió refugiado en el templo de las Musas en Metaponto, después de cuarenta días de ayuno. Dice Heraclides en su *Epítome a las Vidas de Sátiro* que, después de haber enterrado a Ferecides en Delos, volvió a Italia y allá se encontró con que Cilón de Crotona daba un enorme banquete, y entonces se retiró a Metaponto y allí puso fin a sus días con una huelga de hambre, no queriendo vivir más.

Dice Hermipo que en la guerra que mantenían los agrigentinos y los siracusanos salió Pitágoras con sus adeptos y se puso al frente de los de Agrigento. Y que, al producirse la retirada, fue muerto por los siracusanos, cuando intentaba rodear un campo de habas. Y los demás de sus fieles, que eran alrededor de treinta y cinco, fueron quemados en una hoguera en Tarento, por haber tratado de oponerse a los que tenían el poder.

41. Hay otra anécdota de Pitágoras que cuenta Hermipo. Dice que durante su residencia en Italia se construyó un habitáculo bajo tierra, y encargó a su madre que le apuntara en una tablilla los sucesos indicándole también la fecha, y que se la enviara abajo hasta tanto que él resurgía. Y así lo hizo su madre. Al cabo de cierto tiempo Pitágoras salió de nuevo a la luz, escuálido y esquelético. Y al irrumpir en la asamblea afirmó que venía del Hades. Y entonces les recitó lo que había sucedido durante su ausencia. Los otros, conmoviéndose con tal relato, se echaron a llorar y a gemir, y admitieron que Pitágoras era un personaje divino, al punto de que le confiaban a sus mujeres para que las instruyera en sus doctrinas. A esas mujeres es a las que llaman «Pitagóricas». Esto es lo que dice Hermipo.

42. Pitágoras tuvo también mujer. Su nombre era Téano, hija de Brontino de Crotona. Pero otros dicen que era mujer de Brontino y discípula de Pitágoras. Tuvo además una hija, Damo, según refiere Lisis en su carta a Hípaso, que dice así respecto a Pitágoras:

Muchos afirman que tú filosofas en público, algo que Pitágoras había rechazado, él, que al confiar sus escritos a su hija Damo, le encomendó no entregarlos a nadie de afuera de la casa. Ella, que pudo haber vendido por mucho dinero sus textos, no quiso hacerlo. Estimó que la pobreza y las instrucciones de su padre eran preferibles al oro. Y eso siendo mujer.

43. Tuvo, además, un hijo, Telauges, que sucedió a su padre al frente de la escuela y que, según algunos, instruyó a Empédocles. Hipóboto, por lo menos, afirma que Empédocles habló de:

Telauges, hijo ilustre de Téano y de Pitágoras[11].

A Telauges no se le atribuye ningún escrito, pero sí algunos a su madre Téano. Por otro lado, cuentan también que, al serle preguntado a ella que en cuántos días se purifica una mujer de su trato con un hombre, respondió: «Al instante de su marido; de un hombre ajeno nunca». Y a la que iba a acostarse con su marido la aconsejaba que se despojara a la vez de los vestidos y del pudor, y que de nuevo recogiera, al levantarse, los unos y el otro. Y, como le hubieran preguntado: «¿Recoger qué?», dijo: «Eso por lo que me llaman mujer».

44. Respecto a Pitágoras, según dice Heraclides, el hijo de Serapión, murió a los ochenta años, de acuerdo con su sentencia acerca de las edades del hombre. Sin embargo, los más dicen que murió a los noventa años.

Y son nuestros estos versos sobre él, un tanto en broma:

No sólo tú te abstenías de seres animados; también nosotros.
Pues ¿quién va a comerse seres animados, Pitágoras?
Cuando uno los cuece, los asa y los mete en sal,
entonces ya se quedan sin alma, y nos los comemos[12].

11. *Frag.* 155 Diels-Kranz.
12. *Ant. Pal.* VII 121.

Otro poema:

Era Pitágoras un sabio tal que él en persona
no probaba la carne y lo consideraba algo impío.
Pero dejaba que los demás la comieran. Admiro su saber.
Se aseguraba de no pecar él, y dejaba a los otros el pecado[13].

45. Y otro:

Si quieres comprender el carácter de Pitágoras,
contempla el ombligo del escudo de Euforbo.
Él afirmaba: «Yo era uno de antaño». Quien afirmaba
ser alguien cuando no era nadie sería cuando era[14].

Y otro, acerca de su muerte:

Ay, ay, Pitágoras, ¿por qué respetaste tanto las habas,
y así fuiste a morir en medio de tus fieles adeptos?
Había un campo de habas, y por no pisarlas
murió en una emboscada de los agrigentinos[15].

Floreció en la Olimpiada sesenta[16], y su escuela se mantuvo durante nueve o diez generaciones. 46. Los últimos pitagóricos, en efecto, a los que conoció Aristóxeno, fueron Jenófilo, de la Calcídica, en Tracia, Fantón de Fliunte y Equécrates, Diocles y Polimnasto, también de Fliunte. Fueron oyentes de Filolao y de Éurito de Tarento.

Hubo cuatro Pitágoras por la misma época, y no muy lejanos unos de otros. Uno era de Crotona, un personaje con ambiciones tiránicas. Otro, de Fliunte, era un atleta, un entrenador, según dicen algunos. El tercero, uno de Zacinto. El

13. *Ant. Plan.* V 34.
14. *Ant. Plan.* V 35.
15. *Ant. Pal.* VII 122.
16. 540-536 a.C.

cuarto fue este de ahora, a quien dicen que pertenecen los arcanos de la filosofía y que fue el maestro de éstos. Por él la sentencia «él lo dijo» *(autós épha)* se convirtió en proverbio en la conversación.

47. Dicen algunos que hubo otros Pitágoras: un escultor de Regio, que tiene fama de haber sido el primero que trató de ritmo y simetría; y otro, un escultor de Samos; y otro, que fue un mal orador; y otro más, un médico que escribió un tratado sobre la hernia y compuso algunas obras sobre Homero; y otro, que trabajó sobre historias dorias, según cuenta Dionisio. Refiere Eratóstenes, de acuerdo con lo que también escribe marginalmente Favorino en el libro octavo de su *Historia miscelánea*, que él fue el primero en practicar técnicamente el boxeo, en la Olimpiada cuarenta y ocho[17], llevando cabellera larga y revestido de púrpura. Como fuera excluido del combate de niños y se mofaran de él, al punto se presentó en el de hombres y consiguió la victoria. 48. Eso lo atestigua también este epigrama que compuso Teeteto:

> Pitágoras, un tal Pitágoras, de larga melena, extranjero,
> si tú buscas a ése, un famoso boxeador de Samos, yo
> Pitágoras soy. Y si preguntas por mis hechos a alguno
> de los eleos, dirás que te cuenta hazañas increíbles[18].

Dice Favorino que nuestro filósofo se sirvió de definiciones en el manejo de los temas matemáticos, y luego, aún más, lo hicieron Sócrates y los de su círculo, y, tras ellos, Aristóteles y los estoicos.

Por lo demás, fue también el primero en denominar «cosmos» al cielo, y «esfera» a la tierra. Sin embargo, según Teofrasto, lo hicieron así Parménides y, según Zenón, ya

17. 588-584 a.C.
18. *Ant. Plan.* III 35.

Hesíodo. 49. Dicen que a él se le opuso Cilón como a Sócrates Antíloco.

A propósito del atleta Pitágoras se decía también este epigrama:

> Este aún no adolescente que vino a boxear con los niños
> en Olimpia es Pitágoras, hijo de Crates, de Samos[19].

El filósofo compuso también esta carta:

De Pitágoras a Anaxímenes:

«También tú, eminentísimo, de no haber sido mejor que Pitágoras por tu linaje y renombre, habrías emigrado de Mileto hacia otro lugar. Pero te retiene el honor familiar y el de tu patria, como me habría retenido a mí siendo igual que Anaxímenes. Si vosotros, las gentes de honor, abandonáis vuestras ciudades, su buen gobierno se verá abatido y resultará para ellas más peligrosa la vecindad de los medos. 50. Que no es bueno dedicarse continuamente a escrutar los cielos, sino que es mejor velar también con ahínco por la patria. Tampoco yo estoy enteramente dedicado a mis especulaciones, sino que me hallo implicado también en las guerras en las que se enfrentan entre sí los itálicos».

Puesto que ya hemos hecho el recorrido sobre Pitágoras, ahora nos toca hablar acerca de los pitagóricos ilustres. Después de éstos vendremos a tratar de los que algunos llaman filósofos independientes («esporádicos»), y luego reanudaremos la sucesión de los filósofos dignos de mención hasta Epicuro, como ya hemos anunciado. En fin, ya hemos mencionado a Téano y Telauges. Ahora hay que presentar, en primer lugar, a Empédocles. Porque, según algunos, fue discípulo directo de Pitágoras.

19. *Ant. Plan.* III 16.

Empédocles (484-424 a.C.)

51. Empédocles, según dice Hipóboto, fue hijo de Metón, hijo de otro Empédocles, de Agrigento. Lo mismo refiere también Timeo en el libro decimoquinto de sus *Historias*, añadiendo que ese Empédocles, el abuelo del poeta, fue un hombre de mucha nota. Lo mismo dice Heraclides en su *Sobre las enfermedades*, que era de una familia ilustre y que su abuelo sostuvo una cuadra de caballos. Dice además Eratóstenes en sus *Vencedores olímpicos* que el padre de Metón consiguió la victoria en la Olimpiada setenta y una[20], y cita el testimonio de Aristóteles. 52. El gramático Apolodoro afirma en su *Cronología* que: «Era hijo de Metón, y afirma Glauco que llegó a la colonia recién fundada de Turios»[21].

Y más adelante añade:

Los que relatan que, desterrado de su patria en Siracusa, luchó con los siracusanos contra los atenienses me parece a mí que tienen una completa ignorancia. Porque entonces ya no vivía, o era enormemente anciano, lo que no parece ajustarse a eso.

El caso es que Aristóteles, y también Heraclides, confirman que murió a los sesenta años. Y que el que había sido vencedor en la Olimpiada setenta y una «con el caballo de carreras» fue su abuelo, de su mismo nombre. De manera que Apolodoro confirma a la vez el testimonio y la época.

53. Pero Sátiro en sus *Vidas* asegura que Empédocles fue hijo de Exéneto y que dejó, a su vez, un hijo llamado Exéneto. Y que en la misma Olimpiada él fue vencedor con su caballo, y su hijo en la palestra o, según Heraclides en su *Epítome*, en la carrera pedestre. Yo hallé en los *Recuerdos* de Fa-

20. 496 a.C.
21. 445-444 a.C.

vorino que Empédocles sacrificó en honor de los «teoros» (inspectores de la fiesta) un buey hecho de miel y de harina; y que tuvo un hermano, Calicrátides. Telauges, el hijo de Pitágoras, dice en su carta a Filolao que Empédocles era hijo de Arquínomo.

54. Pero que era de Agrigento en Sicilia lo afirma él mismo al comenzar el poema de las *Purificaciones:*

> Oh amigos que la amplia ciudadela junto al rubio Acragante
> habitáis en la cima de la población...[22].

Y esto es cuanto atañe a su familia.

Que él fue oyente de Pitágoras lo cuenta Timeo por el libro noveno (de sus *Historias),* al referir que una vez lo condenaron por plagiar los discursos de aquél, lo mismo que Platón, y que fue expulsado de las discusiones de la escuela. También él menciona a Pitágoras, cuando dice:

> Había entre ellos un hombre de saber extraordinario,
> que en su inteligencia había obtenido una gran riqueza[23].

Mas otros afirman que dijo eso con referencia a Parménides.

55. Refiere Neantes que hasta la época de Filolao y de Empédocles los pitagóricos discutían en común sus temas. Pero después que éste hubo publicado estos fundamentos en sus poemas, fijaron como ley no comunicárselos a ningún poeta. Y eso mismo afirma le ocurrió a Platón. Que también él fue excluido. Sin embargo, no dejó dicho de cuál de los pitagóricos fue discípulo Empédocles. Que respecto a la carta difundida de Telauges, que afirma que lo fue de Hípaso y de Brontino, sostiene que no es digna de fe.

22. *Frag.* 31 B 112 Diels-Kranz.
23. *Frag.* 31 B 129 Diels-Kranz.

Cuenta Teofrasto que fue émulo de Parménides e imitador de éste en sus poemas. Pues también él había expuesto sus pensamientos en los versos épicos de su *Acerca de la naturaleza*. 56. Pero Hermipo dice que fue émulo no de Parménides, sino de Jenófanes, con quien mantuvo relaciones y de quien imitó la versificación épica. Y que más tarde se encontró con los pitagóricos. Alcidamante en su *Física* dice que en la misma época fueron Zenón y Empédocles discípulos de Parménides y que luego ambos se retiraron, Zenón a desarrollar su propia filosofía y él a escuchar a Anaxágoras y a Pitágoras. Y de éste imitó la solemnidad de la vida y aspecto, y de aquél adoptó la investigación de la naturaleza.

57. Dice Aristóteles en su *Sofista* que Empédocles fue el primero en descubrir la Retórica, y Zenón el inventor de la Dialéctica. En *Sobre los poetas* dice que Empédocles era un homerizante y que fue hábil en la dicción, prolífico en sus metáforas y diestro en utilizar los demás procedimientos de la poética. Y, además, que escribió otros poemas, y en especial uno sobre la expedición de Jerjes, y un proemio a Apolo, y que luego éstos los quemó una hermana suya –o su hija, según dice Jerónimo–, el proemio sin querer, y el poema sobre las guerras médicas intencionadamente, porque estaba incompleto. 58. En términos amplios, dice que escribió también tragedias y tratados de política. Pero Heraclides, el hijo de Serapión, dice que las tragedias son de otro. Jerónimo afirma haber encontrado cuarenta y tres, y Neantes dice que había compuesto las tragedias cuando era joven, y que él había encontrado siete de ellas.

Afirma Sátiro en sus *Vidas* que fue médico y excelente orador. En efecto, Gorgias de Leontinos, hombre muy eminente en la retórica, y que dejó un tratado sobre este arte, fue discípulo suyo. De Gorgias dice Apolodoro en su *Cronología* que vivió ciento nueve años.

59. Refiere Sátiro que Gorgias decía que había presenciado cómo Empédocles practicaba la magia. Por lo demás, in-

cluso él mismo lo declara en sus poemas, eso y otras cosas, cuando dice:

Todos los fármacos contra los males y el remedio a la vejez
vas a aprender, que para ti solo yo te declararé todo eso.
Harás cesar la furia de los incansables vientos, que
[irrumpen
con sus ráfagas sobre la tierra y arrasan los campos.
Y, otra vez, si quieres, suscitarás los vientos contrarios.
Y aportarás, tras la tenebrosa lluvia, oportuna sequía,
benéfica para los pueblos, y lograrás tras la sequía estival
torrentes de agua que reavivan las plantas, descendientes
[del cielo.
Y harás regresar del Hades el espíritu de un difunto[24].

60. Cuenta además Timeo en su libro dieciocho que en muchos respectos fue venerado nuestro hombre. Así, por ejemplo, cierta vez en que soplaban furiosos los vientos etesios, al punto de que estropeaban la cosecha, dio órdenes de despellejar unos asnos y con sus pieles hacer unos sacos, y los hizo tender en lo alto de las colinas para capturar el viento. Y, al cesar éste, recibió el apodo de «calmador de vientos».

Heraclides en su libro *Sobre las enfermedades* dice que suministró a Pausanias la información en el famoso caso de la mujer exánime. A este Pausanias era, según dicen Aristipo y Sátiro, su amado, a quien está dirigiéndose en la dedicatoria de su *Sobre la naturaleza*, con estas palabras:

61. Escúchame tú, Pausanias, hijo del prudente Anquito[25].

Pero también compuso un epigrama dedicado a él:

24. *Frag.* 31 B 111 Diels-Kranz.
25. *Frag.* 31 B 1 Diels-Kranz.

A Pausanias, médico de aceitado nombre, hijo de Anquito,
valeroso Asclepíada lo crió como su patria Gela.
A muchos abrumados de lacerantes dolencias él
con su arte los apartó de las moradas de Perséfone[26].

Respecto de la mujer exánime, Heraclides dice que sucedió algo así: que había pasado treinta días sin respirar y sin pulso en su cuerpo. (Cuando él la resucitó.) Por tal motivo lo llamó justamente médico y profeta, tomando esos nombres de sus versos:

62. Oh amigos que la gran ciudadela junto al rubio [Acragante
habitáis en lo alto de la población, dedicados a nobles [tareas
os saludo. Yo entre vosotros, un dios inmortal y no un [hombre,
voy y vengo, honrado por todos, como bien me merezco,
coronando mi frente con cintas y verdes guirnaldas.
Cuando llego con ellas a las florecientes ciudades
soy venerado por hombres y mujeres. La gente me sigue
a millares, indagando la senda que lleve a su provecho.
Los unos vienen necesitados de profecías, y otros [ansiosos
de escuchar un benéfico mensaje para sus varias [enfermedades[27].

63. Cuentan que calificó de «grande» a Agrigento porque entonces poblaban la ciudad ochocientas mil personas. Dijo además Empédocles, acerca de la refinada manera de vivir de éstos, que: «Los agrigentinos dilapidan la vida como si fueran a morir al día siguiente y edifican sus casas como si pensaran vivir eternamente».

26. *Frag.* 31 B 156 Diels-Kranz.
27. *Frag.* 31 B 112 Diels-Kranz.

Se dice que el rapsodo Cleómenes recitó en Olimpia su poema *Purificaciones*. Así lo certifica Favorino en sus *Recuerdos*. Dice también Aristóteles que fue de talante liberal y enemigo de todo cargo, puesto que rechazó la realeza que le habían ofrecido, como cuenta Janto en sus escritos sobre él, evidentemente por preferir una vida sencilla. 64. Lo mismo ha escrito Timeo, añadiendo como motivo que él era de temperamento democrático. Cuenta, pues, que, invitado por uno de los arcontes, como avanzara la comida y no hubieran traído el vino, mientras los demás estaban callados, él se irritó y mandó que trajeran ya la bebida. Pero el autor del convite dijo que estaban aguardando al secretario del Consejo. En cuanto éste se presentó, fue elegido «simposiarco», evidentemente con el apoyo del dueño de la casa, que suscribía sus pretensiones a un poder tiránico. Entonces éste dio órdenes de beber o de que les echaran el vino sobre la cabeza. Allí Empédocles se mantuvo en silencio. Pero al día siguiente los llevó ante el tribunal popular y los hizo condenar y dar muerte a ambos, al autor del convite y al jefe del banquete («simposiarco»). Éste fue el principio de su actuación política.

65. En otra ocasión, como el médico Acrón solicitara del Consejo un lugar para erigir allí un monumento fúnebre a su padre por su excelsa reputación entre los médicos, presentose Empédocles y lo impidió, con un discurso acerca de la igualdad y otros principios, concluyendo con una pregunta de este estilo:

¿Qué epigrama inscribiremos como elegía? ¿Acaso éste:

> «Al excelso médico Acrón, de Agrigento, hijo de Acrón,
> lo guarda la excelsa cumbre de una excelsísima patria?»[28].

28. *Ant. Plan.* V 4.

Aunque algunos dan el segundo verso en otra forma:

En muy excelsa cumbre lo encierra excelso túmulo.

Algunos afirman que este epigrama pertenece a Simónides.

66. Más tarde Empédocles consiguió que se disolviera la Asamblea de los Mil, que se había constituido tres años antes, de modo que se ve que no estaba él de parte de los ricos, sino que era de los que tenían aficiones democráticas. Con todo, dice Timeo en sus libros once y doce –pues lo menciona varias veces– que parece que sostuvo opiniones contrarias a su actuación pública, según uno podría advertir al verlo, orgulloso y egocéntrico, en sus poemas. Pues, en efecto, dice así:

Os saludo. Yo entre vosotros, como dios inmortal y no [hombre,
voy y vengo...[29].

En el tiempo en el que visitó Olimpia atrajo la mayor atención, de manera que a ningún otro se mencionaba en los corrillos tanto como a Empédocles.

67. Posteriormente, cuando Agrigento se hallaba revuelta, se opusieron a su regreso los descendientes de sus adversarios, por lo que él se refugió en el Peloponeso y allá murió.

Tampoco de él se olvidó Timón, sino que lo zahiere al decir:

... Y Empédocles, modulador
de versos populacheros. Distinguió tantos elementos como [fuerzas
y estableció unos principios que requerían de otros [principios[30].

29. *Frag.* 31 B 112 Diels-Kranz.
30. *Frag.* 42 Diels.

Acerca de su muerte corren varias versiones.

Así pues Heraclides, al contar el caso de la mujer exánime, y de cómo se cubrió de gloria Empédocles, al devolver viva a tal cadáver supuesto, dice que organizó una fiesta con sacrificio junto al campo de Pisianacte. Algunos de sus amigos acudieron invitados, y entre ellos estaba Pausanias. 68. Luego, tras la fiesta, los demás se retiraron a descansar, los unos echándose bajo los árboles del vecino campo, y otros donde le apetecía a cada uno, mientras que él se quedó en el sitio donde había sido la celebración. En cuanto se hizo de día se levantaron todos, pero a él fue al único que no encontraron.

Lo buscaron e interrogaron a los sirvientes y ellos contestaron que no sabían nada. Luego uno dijo que había oído una voz sobrehumana que en medio de la noche llamaba a Empédocles; y que al punto se levantó y vio una luz celeste y un resplandor de antorchas, y nada más. Asombráronse todos ante el suceso, y Pausanias acudió y envió a algunos a proseguir la búsqueda. Pero más tarde ordenó que dejaran de preocuparse por éste, diciendo que había sucedido un prodigio maravilloso, y que debían hacer sacrificios en honor de Empédocles, como si se hubiera trasformado en un dios.

69. Hermipo cuenta que a una tal Pantea, agrigentina, que estaba desahuciada por los médicos, la curó él, y que por tal motivo celebraba la fiesta sacrificial; y que los invitados eran cerca de ochenta. Refiere Hipóboto que él se puso en pie y se encaminó en dirección al Etna, y que, luego, al llegar junto al cráter, fue envuelto por las llamas y desapareció, queriendo dejar firme la fama que cundía en torno a él, de que se había convertido en un dios. Pero luego quedó desenmascarado, al ser expulsada fuera del volcán una de sus sandalias. Pues tenía la costumbre de llevar un calzado de bronce. Esta versión la negaba Pausanias.

70. Diodoro de Éfeso, al escribir sobre Anaximandro, dice que Empédocles lo imitaba, afectando una pose trágica y portando un atuendo solemne.

Al atacar la peste a los habitantes de Selinunte, a causa de las mefíticas emanaciones del vecino río, hasta tal punto que las gentes morían y las mujeres malparían, Empédocles ideó reunir las aguas de los ríos próximos, a sus expensas. Y al mezclarlos saneó la corriente. Conque, en efecto, había cesado ya la peste y estaban los de Selinunte festejándolo junto al río cuando hizo su aparición Empédocles. Y ellos salieron a su encuentro para prosternarse y adorarlo como a un dios. De modo que él, con el propósito de confirmar tal creencia, se precipitó en el Etna.

71. Pero a estos testimonios se opone Timeo, quien afirma expresamente que se exilió en el Peloponeso y que de allí no regresó más. Así que resulta discutible el modo en que murió. Contra Heraclides, y lo cita por su nombre, expone su réplica en su libro catorce. Pues dice que Pisianacte era de Siracusa y que no poseía campo ninguno en Agrigento. Y que Pausanias habría levantado algún monumento fúnebre a su amigo, de haberse admitido tal suceso, o una estatuilla, o un altar, ya que era un hombre rico. «¿Y cómo, pues –escribe–, habría saltado dentro del cráter, que, aun siendo cercano, jamás lo mencionó? Conque murió en el Peloponeso. 72. Y no resulta nada sorprendente que no aparezca su tumba, ya que tampoco se conoce la de muchos otros.»

Y, tras decir eso, añade Timeo: «Pero es que, como de costumbre, Heraclides es un cuentista de fábulas, como cuando cuenta que un hombre cayó de la luna».

Refiere Hipóboto que en Agrigento hubo antaño una estatua de Empédocles, con la cabeza cubierta, y que luego estaba ante el Senado en Roma con la cabeza descubierta, claramente porque los romanos la habían trasladado allí. Por lo demás, retratos suyos en pintura aún ahora están en circulación. Neantes de Cícico, el que ha tratado de los pitagóricos, cuenta que, tras la muerte de Metón, se incubaba un comienzo de tiranía y que entonces Empédocles persuadió a

los agrigentinos a cesar en sus contiendas políticas y a practicar la igualdad democrática.

73. Además, con la riqueza que era suya dotó él a muchas de las jóvenes de la ciudad que carecían de dote. Ciertamente se vestía con una túnica purpúrea, y se ceñía con un cinturón de oro, según cuenta Favorino en sus *Recuerdos,* y además llevaba sandalias de bronce y una corona délfica. Su melena era espesa y le daban escolta unos esclavos. Y él mostraba siempre un rostro severo con un gesto impasible. Tal era la actitud en que deambulaba que los ciudadanos que lo encontraban percibían en él como un sello de realeza.

Más tarde, al marchar a una fiesta tumultuosa en Mesenia en su carro, se cayó y se quebró una cadera. A consecuencia del accidente enfermó y murió luego a los setenta y siete años. Y su tumba está en Mégara.

74. Respecto de su edad Aristóteles no está de acuerdo. Dice que él murió a los sesenta años. Otros dicen que a los ciento nueve. Tuvo su auge en la Olimpiada ochenta y cuatro[31]. Demetrio de Trecén, en su libro *Contra los sofistas,* dice de él, con palabras de Homero, que:

> Anudando un feroz lazo a un alto guindo
> colgó su cuello y su alma descendió al Hades[32].

En la breve carta de Telauges antes citada[33] se cuenta que, a causa de su ancianidad, resbaló y cayó al mar y así pereció. Y todas estas son las versiones que circulan sobre su muerte.

También nosotros hemos publicado en nuestro *Poemario de metros diversos* un epigrama burlesco sobre él, de este corte:

31. 444-441 a.C.
32. *Odisea* XI 278.
33. VIII 35.

75. Y tú, Empédocles, antaño, al purificar tu cuerpo en [sutil llama,
apuraste el fuego en inmortales cráteres.
No diré que por propia voluntad te lanzaste al flujo del [Etna,
pero sí que, queriendo desaparecer, caíste en él sin [quererlo[34].

Y este otro:

Sí, en efecto, hay noticia de que Empédocles pereció
al caerse de un carro y quebrarse la cadera diestra.
Pues, si se precipitó en el cráter del Etna y apuró su vida,
¿cómo es que en Mégara se mostraba luego su tumba?[35].

76. Sus doctrinas fundamentales eran éstas: que los elementos eran cuatro: fuego, agua, tierra y aire. Que la amistad los congrega y el odio los disgrega. Y él dice así:

Fulgente Zeus, nutricia Hera, Aidoneo, y Nestis,
que con sus lágrimas inunda la fuente de la vida humana[36].

Pues llama Zeus al fuego, Hera a la tierra, Aidoneo al aire y Nestis al agua.

«Y éstos –dice– no dejan nunca de variar continuamente»[37], como si el ordenamiento cósmico fuera eterno. Añade luego:

Unas veces todas las cosas confluyen en una por el Amor,
y otras veces son arrastradas lejos unas de otras por el [rencor del Odio[38].

34. *Ant. Pal.* VII 123.
35. *Ant. Pal.* VII 124.
36. *Frag.* 31 B 6, 2 ss. Diels-Kranz.
37. *Frag.* 31 B 17, 6 Diels-Kranz.
38. *Frag.* 31 B 17, 7 s. Diels-Kranz.

77. También afirma que el sol es una enorme aglomeración de fuego y de un tamaño superior al de la luna. Y que la luna tiene forma de disco y que el cielo mismo es cristalino. Y que el alma reviste cualquier figura, de animal o de planta. Dice, en efecto:

Porque yo he sido ya antaño muchacho y muchacha,
un arbusto, y un pájaro, y un pez fogoso salido del mar[39].

En fin, sus poemas *Acerca de la Naturaleza* y las *Purificaciones* comprenden cerca de cinco mil hexámetros, y su tratado de medicina unos seiscientos. De sus tragedias ya hemos tratado antes.

Epicarmo (*c.* 550-460 a.C.)

78. Epicarmo, hijo de Helótales, era de Cos. También éste había asistido a las lecciones de Pitágoras. Cuando tenía tres meses fue llevado a Mégara de Sicilia y de allí a Siracusa, como él mismo cuenta en sus tratados. Sobre su estatua está inscrito este epigrama:

Si algo supera el brillante gran sol a las estrellas,
y mayor empuje tiene el mar que los ríos,
yo afirmo que de igual modo descuella Epicarmo,
a quien coronas otorgó esta su patria, Siracusa[40].

Dejó él escritos de memorias en los que trata de Física, de Ética y de Medicina. Y ha dejado notas marginales en la mayoría de sus escritos de memorias, lo que deja bien a las claras que tales obras son suyas.

39. *Frag.* 31 B 117 Diels-Kranz.
40. *Ant. Pal.* VII 78.

Arquitas (s. IV a.C.)

79. Arquitas, nacido en Tarento, era hijo de Mneságoras, o, según Aristóxeno, de Hestieo, y fue también pitagórico. Él es quien salvó a Platón, por medio de una carta, de Dionisio, que iba a asesinarlo. Fue respetado también por el pueblo, por su virtud de todo tipo. Y así fue estratego de sus conciudadanos siete veces, mientras que los demás no lo eran más que un año por prescribirlo así la ley. A él le escribió Platón dos cartas, después de haber comenzado él la correspondencia, con el escrito siguiente:

«Arquitas desea salud a Platón:

80. »Te va bien, al haberte restablecido de tu enfermedad, según nos has comunicado y Lamisco y sus amigos nos han contado. Acerca de las *Memorias* nos hemos interesado, y fuimos a Lucania y encontramos a los descendientes de Ocelo. Conque las obras *Sobre la ley*, *Sobre la monarquía*, *Sobre la piedad* y *Sobre el origen de todo*, nosotros las tenemos y te las hemos enviado. Las otras no se pueden encontrar por ahora. Si se hallaren, te llegarán».

Así escribió Arquitas. Platón contesta en su carta de esta manera:

«Platón desea ventura a Arquitas:

81. »Recibimos muy contentos las *Memorias* que venían de tu parte y nos hemos alegrado al máximo con su autor, y nos ha parecido que era digno de sus antepasados antiguos. Porque, en efecto, se cuenta que ellos eran de Mira, y eran nobles guerreros de los que emigraron de Troya en tiempos de Laomedonte, según refiere el mito tradicional. En cuanto a mis apuntes de recuerdos, por los que enviaste, aún no están completos. Pero tal como se encuentran, te los he remitido. Acerca de su custodia estamos de acuerdo ambos, de modo que no necesito darte ninguna recomendación. Consérvate bien».

Y éstas son las cartas que intercambiaron el uno con el otro.

82. Hubo cuatro Arquitas. El primero es este de aquí. El segundo, un músico de Mitilene. El tercero fue el autor de un tratado de agricultura. El cuarto, un poeta que escribía epigramas. Algunos mencionan además a un quinto, un arquitecto del que se conserva un libro *Sobre mecánica,* que tiene este inicio: «Esto aprendí de Teucro, el cartaginés». Acerca del músico se cuenta el dicho de que, cuando se le criticó que no se le oía, respondió: «Bien; mi instrumento habla y compite por mí».

Del pitagórico dice Aristóxeno que jamás fue derrotado como estratego. Y que una vez, por efecto de envidias, se retiró de su puesto de general, y al punto sus conciudadanos se vieron dominados.

83. Él fue el primero en tratar de mecánica metódicamente, utilizando los principios matemáticos; y el primero que aplicó el movimiento mecánico a una figura geométrica, tratando de obtener, mediante la sección del semicilindro, dos medias proporcionales para conseguir el doble del cubo. Y en geometría fue el primero en hallar el cubo, según dice Platón en su *República*[41].

Alcmeón (s. V a.C.)

Alcmeón era de Crotona, y también él fue alumno de Pitágoras. En principio escribe de medicina, pero algunas veces trata también de filosofía de la naturaleza, como cuando dice: «la mayoría de las cosas humanas van por parejas».

Parece que fue el primero en componer un tratado de *Física,* según refiere Favorino en su *Historia miscelánea.* Y dijo que la luna y en general todos los astros por encima de ella tienen una naturaleza eterna.

41. 528 B.

Era hijo de Pirítoo, como dice él mismo al comenzar su obra: «Alcmeón de Crotona, hijo de Pirítoo, afirmó lo siguiente, dedicado a Brontino, León y Batilo. Sobre las cosas invisibles y sobre las humanas los dioses albergan la evidencia, pero a los mortales nos queda la conjetura»[42]. Etc. Y dijo además que el alma es inmortal, y que se mueve continuamente, como el sol.

Hípaso (s. IV a.C.)

84. Hípaso de Metaponto fue también pitagórico. Afirmó que la duración del desarrollo del universo está sujeta a límites y que el todo es limitado, y está siempre en movimiento.

Dice Demetrio en sus *Homónimos* que él no dejó ningún escrito. Hubo dos Hípasos. Este y otro que escribió, en cinco libros, *La Constitución de los Lacedemonios*. Ése era, justamente, lacedemonio.

Filolao (*c.* final s. IV a.C.)

Filolao de Crotona fue pitagórico. De éste escribe Platón a Dión que le compre los libros pitagóricos. Murió siendo sospechoso de aspirar a la tiranía. Sobre él hemos compuesto estos versos:

> Afirmo que hay que atender sobre todo a la apariencia.
> Pues por parecer algo, aunque no lo seas, incurres en [desdicha.
> Así, por ejemplo, a Filolao le dio muerte su patria Crotona,
> porque pareció que pretendía habitar la mansión del [tirano[43].

42. *Frag.* 24 B 1 Diels-Kranz.
43. *Ant. Pal.* VII 126.

85. Su opinión fundamental era que todo sucede por necesidad y en armonía. Y fue el primero en decir que la tierra se mueve en círculo. Otros atribuyen esto a Hicetas de Siracusa.

Escribió un único libro, que dice Hermipo que refiere otro cronista que, cuando Platón vino a Sicilia, a la corte de Dionisio, se lo compró a los parientes de Filolao por cuarenta minas alejandrinas de plata, y que de allí transcribió su *Timeo*. Otros dicen que Platón lo obtuvo por haber solicitado de Dionisio la liberación de un joven, discípulo de Filolao, que estaba encarcelado.

Dice Demetrio en sus *Homónimos* que fue el primero en publicar los libros de los pitagóricos y en ponerles el título *Acerca de la naturaleza* a esos escritos que comienzan: «La naturaleza está constituida armónicamente en el universo a partir de elementos ilimitados y limitantes, y el universo entero y todas las cosas que hay en él».

Eudoxo (*c.* 407-357 a.C.)

86. Eudoxo de Cnido, hijo de Esquines, fue astrónomo, geómetra, médico y legislador. Él estudió la geometría como alumno de Arquitas, y la medicina de Filistión de Sicilia, según dice Calímaco en sus *Tablas*. Pero cuenta Soción en su *Sucesiones de los filósofos* que también asistió a las lecciones de Platón.

El caso es que, a los veintidós años, más o menos, hallándose en situación apurada, fue atraído por la fama de los socráticos a Atenas, en compañía del médico Teomedonte, quien cuidaba de sus gastos. (Otros refieren que fue amante de este). Aposentado en el Pireo, subía todos los días a Atenas, y después de escuchar a los sofistas regresaba allí otra vez. 87. Después de haber pasado allí dos meses, regresó a su patria y, con las ayudas económicas de sus amigos, zar-

pó hacia Egipto, en compañía del médico Crisipo, con cartas de presentación para Nectanabis de Agesilao. Y aquél lo recomendó a los sacerdotes. Allá permaneció durante un año y cuatro meses, se rasuró la barba y las cejas y escribió, según algunos, su *Octaetéride*. Desde allí marchó a Cícico y a la Propóntide, dando lecciones como sofista. Luego llegó también a la corte de Mausolo. Más tarde volvió a Atenas, reuniendo en torno suyo a muy numerosos discípulos, según dicen algunos, para fastidiar a Platón, quien al principio lo había desdeñado.

88. Cuentan algunos que en un banquete que daba Platón, como los convidados eran muchos, inventó la forma de acomodarlos en semicírculo. Afirma Nicómaco, el hijo de Aristóteles, que él sostenía que el placer era el bien.

Fue recibido en su patria con grandes honores, como demuestra el decreto que se promulgó en su favor. Pero también fue muy famoso entre los griegos por haber redactado leyes para sus conciudadanos, según dice Hermipo en el libro cuarto de *Acerca de los siete sabios*, y obras de astronomía, geometría y varias otras dignas de respeto.

Tuvo tres hijas: Actide, Filtide y Delfide. 89. Dice de él Eratóstenes en sus libros dedicados a Batón que compuso además unos *Diálogos de los perros*. Pero otros afirman que los habían compuesto los egipcios en su lengua propia y que él los tradujo y los divulgó entre los griegos. Discípulo suyo fue Crisipo de Cnido, el hijo de Erineo, en cuanto a los asuntos sobre los dioses y el universo y los fenómenos celestes, mientras que en medicina lo fue de Filistión, el siciliano.

Dejó también excelentes apuntes y comentarios. Hijo suyo fue Aristágoras, padre de Crisipo, el discípulo de Aetlio. A éste se le atribuyen escritos sobre el tratamiento de los ojos, porque también las observaciones físicas caían bajo su consideración racional.

90. Hubo tres Eudoxos. Uno es este del que hablamos. Otro, un rodio que escribió de Historia. Y el tercero, un sici-

liano, hijo de Agatocles, que fue autor de comedias, vencedor tres veces en las Dionisias ciudadanas y cinco en las Leneas, según dice Apolodoro en su *Cronología*. Pero, además, hallamos a otro, un médico de Cnido, sobre el que escribe Eudoxo en su *Período de la Tierra* que recomendaba mover constante y continuamente todos los miembros con cualquier ejercicio gimnástico, y de igual modo los sentidos. El mismo (Apolodoro) cuenta que Eudoxo de Cnido floreció en la Olimpiada ciento tres[44], y que descubrió las propiedades de las líneas curvas. Murió a los cincuenta y tres años. Cuando estaba en Egipto, con Conufidis de Heliópolis, el buey Apis le lamió el manto. Los sacerdotes le pronosticaron entonces que sería famoso, pero de corta vida, como afirma Favorino en sus *Recuerdos*.

91. Tenemos sobre él unos versos nuestros que dicen así:

Es fama que en Menfis aprendió Eudoxo
de antemano su propio destino, gracias al toro
de bellos cuernos. No le dijo nada. ¿Como hablaría un toro?
No le dio Natura al bovino Apis una boca parlera.
Pero, al pasar al lado, le lamió el vestido,
para indicarle esto: «Dejarás la vida muy pronto.»
Y así, de tal manera, muy pronto cumplió su destino,
después de haber visto cincuenta y tres veces las Pléyades[45].

Le llamaban Endoxo («ilustre») en vez de Eudoxo por lo brillante de su fama.

Ahora que ya hemos tratado de los pitagóricos famosos, vamos a referirnos a los filósofos independientes o sueltos, según los llaman. Y hemos de comenzar hablando de Heráclito.

44. 368-364 a.C.
45. *Ant. Pal.* VII 744.

LIBRO IX

Heráclito (*acmé* 500 a.C.)

1. Heráclito de Éfeso fue hijo de Blosón o, según algunos, de Heraconte. Tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada sesenta y nueve[1]. Fue, más allá que cualquier otro, altanero y despectivo, como se ve incluso por su propio libro, en el que dice: «La erudición no enseña a tener entendimiento. Pues, en ese caso, se lo habría enseñado a Hesíodo y a Pitágoras, y también a Jenófanes y a Hecateo»[2]. Pues consiste en «una sola cosa la sabiduría: conocer el designio que lo gobierna todo a través de todo»[3]. Y comentaba que Homero merecía ser expulsado de los certámenes y apaleado, y de igual modo Arquíloco[4].

2. Decía también que «es preciso extinguir la desmesura más que un incendio»[5], y que «debe el pueblo combatir en defensa de la ley como en defensa de la muralla»[6]. Recrimina

1. 504-501 a.C.
2. *Frag.* 22 B 40 Diels-Kranz.
3. *Frag.* 22 B 41 Diels-Kranz.
4. *Frag.* 22 B 42 Diels-Kranz.
5. *Frag.* 22 B 43 Diels-Kranz.
6. *Frag.* 22 B 44 Diels-Kranz.

además a los efesios por haber desterrado a su camarada Hermodoro, cuando dice: «Sería justo que todos los efesios adultos se ahorcaran y dejaran la ciudad a los impúberes, ellos que expulsaron a un hombre más valioso que los demás, Hermodoro, diciendo: ninguno ha de ser muy valioso entre nosotros. Si hay alguien así, a otra parte y con otros váyase»[7]. Al ser elegido para establecer leyes para sus conciudadanos, rehusó por estar ya regida la ciudad por un régimen depravado.

3. Retirándose al templo de Ártemis, jugaba a las tabas con los niños. Como le rodeaban en corro los efesios les dijo: «¿De qué os sorprendéis, gente ruin? ¿Acaso no es mejor hacer esto que gobernar la ciudad en vuestra compañía?».

Y al final volviéndose misántropo y apartándose a los montes, allí vivía, alimentándose de hierbas y verduras. Sin embargo, por este modo de vida, enfermó de hidropesía y regresó a la ciudad, donde comenzó a preguntar enigmáticamente a los médicos si podían obtener sequedad a partir de un exceso de agua. Como ellos no le comprendieron, se enterró en un establo de bueyes, con la esperanza de que bajo el calor animal de las boñigas se evaporaría la humedad de su cuerpo. Pero sin conseguir nada tampoco por este medio, murió tras vivir sesenta años.

4. Tengo sobre él unos versos que dicen así:

Muchas veces de Heráclito me admiró cómo, tras apurar
el sentido de la vida, con triste sino, así muriera.
Pues una penosa enfermedad inundó su cuerpo de agua,
extinguió la luz de sus ojos y le aportó la sombra[8].

Hermipo cuenta que él preguntó a los médicos si alguno podría extraer la humedad vaciándole las tripas. Y como ellos

7. *Frag.* 22 B 121 Diels-Kranz.
8. *Ant. Pal.* VII 127.

dijeron que no, se tendió al sol y ordenó a sus esclavos que le taparan con un montón de estiércol. Así se quedó tumbado y murió al segundo día y fue enterrado en el ágora. Neantes de Cícico, en cambio, cuenta que, no pudiendo despegar de él las boñigas, quedó bajo ellas y, como no se le pudo reconocer a causa de tal transformación, fue devorado por los perros.

5. Fue extraordinario desde su infancia. Cuando era joven afirmaba no saber nada; pero al hacerse adulto, que lo sabía todo. No fue discípulo de nadie; sino que dijo que se había buscado a sí mismo y de sí mismo lo había aprendido todo[9]. Soción cuenta que algunos han afirmado que fue alumno de Jenófanes. Y Aristón en su *Acerca de Heráclito* dice que incluso se curó de la hidropesía, y murió de otra enfermedad. Lo mismo refiere también Hipóboto.

El libro que se le atribuye es, según su contenido, un *Acerca de la naturaleza*, y está dividido en tres tratados: uno sobre el universo, otro político y otro teológico.

6. Lo depositó en el santuario de Ártemis, según algunos, habiéndose cuidado de escribirlo en un estilo bastante oscuro, para que sólo los capaces lo hallaran accesible y no fuera despreciado fácilmente por el vulgo. A él alude también Timón, cuando dice:

> Entre ellos, plañidero, denostador de la plebe, Heráclito,
> enigmático, levantose[10].

Teofrasto dice que, por su melancolía, escribió unas cosas incompletas, y otras con varias contradicciones. Como muestra de su magnanimidad cuenta Antístenes en sus *Tradiciones* que le cedió los derechos al trono real a su hermano. Tan gran fama alcanzó su obra que de ella surgieron sus seguidores, los denominados heraclíteos.

9. *Frag.* 22 B 101 Diels-Kranz.
10. *Frag.* 43 Diels.

7. Sus opiniones de carácter general son éstas: que a partir del fuego se conforman todas las cosas y que en él se resuelven. Todo sucede según el destino y por la concurrencia de los contrarios se ensamblan los seres. Y todo está lleno de espíritus y de dáimones. Ha escrito también acerca de todos los fenómenos que coexisten en el cosmos, y que el sol es del tamaño que se ve.

También dice: «Yendo a los límites del alma no podrás descubrirlos, por más que recorras todo camino; tan profunda razón tiene»[11]. De la opinión decía que era una «enfermedad sagrada» (epilepsia), y de la vista que es engañosa[12]. Algunas veces se expresa en su escrito de modo brillante y claro, de forma que incluso el más torpe lo comprende con facilidad y consigue elevar su espíritu. La concisión y la densidad de su exposición son algo incomparables.

8. En cuanto a sus opiniones particulares sobre los principios básicos, son del siguiente tenor: el fuego es el elemento primordial y todas las cosas son un cambio del fuego, surgiendo por rarefacción y condensación. Pero claramente no explica nada. Todas las cosas surgen por oposición y fluyen en el conjunto a modo de un río, el todo es limitado y constituye un único cosmos. Éste se origina en el fuego y de nuevo se consume por el fuego alternadamente, según ciertos períodos fijados para toda la eternidad. Esto acaece de acuerdo con una fatal necesidad. En los contrarios lo que les lleva al nacimiento lo llama guerra y discordia, y lo que los conduce a la conflagración, concordia y paz; y la transformación es un camino hacia arriba y hacia abajo, y el cosmos existe conforme a este proceso.

9. Pues al condensarse el fuego acaba por humedecerse y, al concentrarse, se vuelve agua; y al solidificarse el agua se vuelve tierra. Y éste es el camino hacia abajo. De nuevo, en

11. *Frag.* 22 B 45 Diels-Kranz.
12. *Frag.* 22 B 46 Diels-Kranz.

sentido contrario, la tierra se desparrama, de ella nace el agua, y de ésta las demás cosas, concluyendo más o menos todas en la evaporación del mar. Éste es el camino hacia arriba. Se originan exhalaciones de la tierra y del mar, las unas, brillantes y puras, las otras, tenebrosas. Se aumenta el fuego con las brillantes, y lo húmedo con las otras. En cuanto a lo envolvente, no explica cómo es. Sin embargo, existen en ese espacio unas artesas con la parte cóncava dirigida hacia nosotros, en las que se congregan esas exhalaciones brillantes y forman unas llamas, que son los astros. 10. La llama más brillante y más cálida es la del sol. Los demás astros están más distantes de la tierra, y por eso brillan menos y dan menos calor, mientras que la luna, que está más próxima a la tierra, no se mueve a través de un espacio puro. El sol, en cambio, se mueve en un espacio luminoso y límpido y mantiene con respecto a nosotros una distancia proporcionada; por lo tanto calienta e ilumina más. El sol y la luna se eclipsan cuando las artesas se dan la vuelta hacia arriba. Las fases mensuales de la luna se originan en los giros parciales de la artesa sobre sí misma. El día y la noche, los meses y las estaciones, las lluvias anuales y los vientos y los fenómenos por el estilo se producen de acuerdo con las varias exhalaciones.

11. La brillante exhalación inflamada en el círculo del sol produce el día, y cuando domina la exhalación contraria se presenta la noche. Y el calor que se aumenta con lo brillante da lugar al verano, y lo húmedo, fortalecido con lo tenebroso, produce el invierno. Consecuentemente con éstas da explicaciones sobre las causas de otros fenómenos. Pero nada expone sobre la tierra en cuanto a cómo es, ni tampoco acerca de las artesas. En fin, éstas son sus opiniones.

Lo de Sócrates y lo que dijo al leer su libro, cuando se lo llevó Eurípides, según lo refiere Aristón, lo hemos contado en la vida de Sócrates[13]. 12. No obstante Seleuco el gra-

13. II 22.

mático dice que un tal Crotón relata en su *Buzo* que cierto Crates fue el primero que trajo a Grecia su libro; y que éste comentó que necesitaba un buzo de Delos el que no quisiera ahogarse en él. Lo titulan algunos *Musas,* otros *Acerca de la Naturaleza,* Diódoto *Gobernalle preciso para regla de la vida*[14], otros *Guía de conducta, Ordenación única del movimiento universal.* Cuentan que, cuando le preguntaron por qué callaba, contestó: «Para que vosotros charléis».

Incluso Darío deseó comunicarse con él y le escribió de este modo:

13. El Rey Darío, hijo de Histaspes, envía sus saludos a Heráclito, sabio ciudadano de Éfeso:

«Has publicado un tratado *Acerca de la naturaleza* difícil de comprender y de explicar. Al interpretarlo en algunos pasajes de acuerdo con tu estilo expositivo, se advierte que contiene una base teórica para explicar el universo entero y los sucesos que acaecen en el mismo, que se deben a un movimiento divino. Pero en la mayoría de temas me encuentro sin entenderlo porque hasta los más enterados en literatura se desconciertan acerca de la interpretación correcta de lo que tú has escrito. Por tanto el rey Darío, hijo de Histaspes, quiere participar de tu enseñanza, y de la educación helénica. Conque acude rápidamente a mi presencia y al palacio real. 14. Porque los griegos por lo general no saben distinguir a los sabios y descuidan los buenos consejos de éstos para una enseñanza y formación auténticas. Junto a mí tendrás todos los honores, y una conversación cotidiana amable y atenta y una conducta noble de acuerdo con tus preceptos».

Heráclito de Éfeso al rey Darío, hijo de Histaspes, salud:

«Todos los que viven sobre la tierra se apartan de la verdad y de la justicia, y a causa de su miserable inconsciencia

14. *Frag.* Adesp. 287 Nauck.

se aprestan a la codicia y al deseo de fama. Pero yo, que no guardo memoria de cualquier villanía, y que evito la propiedad excesiva de cualquier cosa, que va unida a la envidia, por despreciar además el boato, no quiero acudir a la región de Persia, contentándome con poco, conforme a mi sentir personal».

Así era el hombre incluso ante un rey.

15. Demetrio cuenta en sus *Homónimos* que despreciaba a los atenienses, aunque entre ellos tenía una elevadísima reputación, y aunque era menospreciado por los efesios, prefería vivir en su patria. Lo menciona también Demetrio de Falero en su *Apología de Sócrates*. Son numerosísimos los comentadores de su obra. Entre ellos figuran Antístenes y Heraclides del Ponto, Cleantes y Esfero el estoico, y además Pausanias el llamado Heraclíteo, Nicomedes y Dionisio. Y entre los gramáticos Diódoto, quien afirma que su obra no trata de la naturaleza, sino de la constitución de la sociedad, y que las cuestiones sobre la naturaleza se exponen a modo de ejemplo.

16. Jerónimo cuenta que Escitino el poeta yámbico intentó poner el escrito de Heráclito en verso. Hay muchos epigramas a él. Entre ellos el siguiente:

> Yo soy Heráclito. ¿Por qué me traéis arriba y abajo, [indoctos?
> No me esforcé por vosotros, sino por los que me entienden.
> Un solo hombre vale por treinta mil para mí, e incontables
> equivalen a nadie. Esto sostengo en alta voz incluso en el [reino de Perséfone[15].

Y este otro por el estilo:

15. *Ant. Pal.* VII 128.

No enrolles presuroso sobre tu ombligo el libro de
[Heráclito
de Éfeso. En verdad es un sendero de muy arduo acceso.
Hay oscuridad y tiniebla sin luz. Pero si algún iniciado
te introduce, será más luminoso que el sol
[resplandeciente[16].

17. Hubo cinco Heráclitos. El primero, este mismo. El segundo, un poeta lírico, del que se conserva un *Encomio de los doce dioses*. El tercero, un poeta elegíaco de Halicarnaso, para el que Calímaco compuso este epigrama:

Me contó uno, Heráclito, tu muerte, y me indujo
al llanto; recordé cuántas veces ambos
vimos en nuestras charlas ponerse el sol. Ahora tú,
amigo de Halicarnaso, eres desde hace tiempo polvo.
Pero viven tus ruiseñores, sobre los que Hades,
el que todo lo arrebata, no alargará la mano[17].

El cuarto, un lesbio, que escribió una historia de Macedonia. El quinto, un autor burlesco, que había trocado el arte de la citarodia por ese género de literatura.

Jenófanes (570-478 a.C.)

18. Jenófanes de Colofón, hijo de Dexio o, según Apolodoro, de Ortómenes, es elogiado por Timón. En efecto éste dice:

Jenófanes falto de vanidad, demoledor del engañoso
[Homero[18].

16. *Ant. Pal.* IX 540.
17. *Ant. Pal.* VII 80; Epigramas, 2 Pfeiffer.
18. *Frag.* 60 Diels.

Éste, al ser expulsado de su patria, vivió en Zancle de Sicilia ... y luego en Catania. Según algunos, no fue discípulo de nadie, según algunos, lo fue de Botón de Atenas, o, según otros, de Arquelao. Y, según Soción, era contemporáneo de Anaximandro. Escribió en versos épicos, y además elegías y yambos contra Hesíodo y Homero, censurando lo que habían dicho sobre los dioses. Además recitaba personalmente sus propias composiciones como rapsodo. Se dice que expresó opiniones contrarias a Tales y a Pitágoras, y que atacó también a Epiménides. Alcanzó una edad muy avanzada, como en algún lugar dice él mismo:

19. Ya son sesenta y siete los años
en que mi pensamiento difundo por la tierra de Grecia.
Desde mi nacimiento habían transcurrido veinticinco [antes de éstos,
si es que sobre este tema sé yo expresarme con [precisión[19].

Afirma que son cuatro los elementos que componen los entes y que hay mundos infinitos, pero no en contacto. Que las nubes se forman cuando el vapor del sol se eleva y las alza en el aire exterior. Y que la esencia de Dios es esférica, sin ninguna semejanza con la del hombre. Todo él ve, y todo él oye, pero no respira. Es por entero razón, inteligencia y eternidad. Fue el primero en demostrar que todo lo que deviene es perecedero, y que toda alma es un soplo.

20. Decía también que la mayor cantidad de cosas son inferiores a la inteligencia. Y que había que topar con los tiranos o lo menos posible o lo más a gusto posible. Al decirle Empédocles que el sabio es imposible de encontrar, respondió: «Lógicamente, porque se necesita ser sabio para reconocer al sabio». Cuenta Soción (pero se equivoca) que fue el primero que dijo que la totalidad es incognoscible.

19. *Frag.* 21 B 8 Diels-Kranz.

Fue autor también de una *Fundación de Colofón* y *La fundación de la colonia de Elea en Italia* en dos mil versos épicos.

Alcanzaba su momento de plenitud en la Olimpiada sesenta[20]. Cuentan Demetrio de Falero en su *Acerca de la vejez* y Panecio el estoico en su *Acerca del buen talante* que con sus propias manos enterró él a sus hijos, como también hizo Anaxágoras[21].

Se cree que fue vendido como esclavo (... y que fue rescatado) por los pitagóricos Parmenisco y Orestades, según cuenta Favorino en el libro primero de sus *Recuerdos personales*.

Hubo también otro Jenófanes, de Lesbos, poeta yámbico.

Y éstos son los filósofos independientes (de aparición esporádica).

Parménides (*akmé c.* 500 a.C.)

21. De Jenófanes fue discípulo Parménides de Elea, hijo de Pires. (De él dice Teofrasto en su *Epítome* que fue alumno de Anaximandro.) Sin embargo, a pesar de haber sido discípulo, no fue seguidor de éste. Se asoció también, según refiere Soción, a Aminias, el hijo de Dioquetas el pitagórico, que era hombre pobre pero de noble conducta. A éste prefirió seguir, y, a su muerte, le construyó un templete como a un héroe. Parménides era de linaje ilustre y rico, y se volvió a la serenidad (de la vida teorética) por la influencia de Aminias, no por la de Jenófanes.

Él fue el primero en manifestar que la tierra es esférica y que está en el centro del universo. Y que los elementos básicos son dos: fuego y agua, y que el uno tiene la función de ar-

20. 540-537 a.C.
21. II 13.

tesano y la otra la de la materia. 22. Y que el nacimiento de los hombres procede del sol como primera causa; que de éste dependen lo cálido y lo frío, a partir de lo cual se componen todos los seres. Y que el alma y la mente son lo mismo, según recuerda Teofrasto en sus *Filósofos de la Naturaleza*, en donde expone las opiniones básicas de casi todos.

También sostenía que la filosofía era doble: la una, de acuerdo con la Verdad, la otra, de acuerdo con la Opinión. Por eso dice precisamente en algún punto:

> Te es preciso enterarte de todo,
> ya sea del corazón intrépido de la rotunda Verdad,
> ya de las opiniones de los mortales, en las que no reside
> [convicción verdadera[22].

También él filosofa por medio de poemas, como Hesíodo, Jenófanes y Empédocles. Dijo que la razón es el criterio válido, y que las sensaciones no son precisas. Se expresa así:

> Que no te presione la costumbre repetida hacia ese camino
> de entregarte a la mirada invidente y al rumoroso oído
> y a la lengua, sino que juzga con la razón la ardua
> [controversia[23].

23. Por este motivo sobre él dice Timón:

> ... La fortaleza del magnánimo Parménides, sin múltiple
> [opinión,
> quien en lugar del engaño de la fantasía introdujo la
> [intuición[24].

Sobre él también Platón escribió un diálogo, con el título de *Parménides* o *sobre las ideas*.

22. *Frag.* B 1.2830 Diels-Kranz.
23. *Frag.* 20 B 7.35 Diels-Kranz.
24. *Frag.* 44 Diels.

Tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada sesenta y nueve[25]. Parece que fue el primero en observar que la estrella de la tarde y el lucero de la mañana son la misma, según cuenta Favorino en el libro quinto de sus *Recuerdos*. Otros lo atribuyen a Pitágoras. Calímaco hasta dice que no es suyo el poema. Se cuenta que dio leyes a sus conciudadanos, según atestigua Espeusipo en su *Acerca de los filósofos*. Y, según Favorino en su *Historia miscelánea*, fue el primero en plantear la aporía de Aquiles (y la tortuga).

Hubo además otro Parménides, un orador que escribió un tratado sobre su profesión.

Meliso (s. V a.C.)

24. Meliso de Samos era hijo de Itégenes. Fue discípulo de Parménides. Pero también tuvo contactos intelectuales con Heráclito. En cierta ocasión lo recomendó a sus conciudadanos de Éfeso, que lo ignoraban, del mismo modo como Hipócrates recomendó a Demócrito a los ciudadanos de Abdera. Fue además hombre político y tenido en gran estima por sus conciudadanos. De ahí que fuera elegido navarco y suscitara gran admiración por su valor personal. Exponía sus opiniones de que el todo es infinito, inmutable, inmóvil, único e idéntico a sí mismo y lleno. Que el movimiento no es real, aunque parece serlo. Por otra parte decía que sobre los dioses no hay que hacer afirmaciones, pues no hay conocimiento de ellos.

Cuenta Apolodoro que tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada ochenta y cuatro[26].

25. 500-497 a.C.
26. 444-440 a.C.

Zenón de Elea (*c.* 495-440 a.C.)

25. Zenón de Elea. Éste cuenta Apolodoro en sus *Crónicas* que por nacimiento era hijo de Teleutágoras, y por adopción de Parménides (de Parménides, hijo de Pires). Acerca de él y de Meliso dice Timón esto:

> Vigor enorme y no despreciable el de Zenón,
> de lengua de doble filo, apresador de todos, y de Meliso,
> por encima de múltiples apariencias, por debajo de
> [pocas[27].

Zenón fue en efecto discípulo de Parménides y fue también su amante. Era de buena estatura, según dice Platón en el *Parménides*[28]. El mismo lo recuerda en el *Sofista*[29] y en el *Fedro*[30] y le llama Palamedes eleático. Dice Aristóteles que fue el fundador de la Dialéctica, como lo fue Empédocles de la Retórica.

26. Fue un hombre muy valiente tanto en su actitud filosófica como en la política. Se trasmiten en efecto como de él libros henchidos de inteligencia. Y, queriendo derribar al tirano Nearco (otros lo llaman Diomedonte), fue capturado, según cuenta Heraclides en su *Epítome* de Sátiro. Cuando le interrogaron sobre sus cómplices y sobre las armas que había introducido en Lípara, denunció a todos los amigos del tirano, con la intención de dejarlo completamente solo. Luego dijo que tenía algo que decirle al oído, y mordiéndole la oreja no le soltó hasta caer asaetado, sufriendo la misma muerte que el tiranicida Aristogitón.

27. Demetrio, en cambio, cuenta en sus *Homónimos* que le arrancó de un mordisco la nariz. Antístenes en sus *Tradi-*

27. *Frag.* 45 Diels.
28. 127 B.
29. 216 A.
30. 261 D.

ciones cuenta que, tras haber denunciado a los amigos del tirano, éste le preguntó si había algún otro; y él respondió: «Tú eres el mayor criminal de la ciudad». Y a los que le rodeaban, les increpó: «Admiro vuestra cobardía, si por temor a lo que yo ahora resisto permanecéis esclavos del tirano». Y finalmente cortándose la lengua de un mordisco se la escupió a la cara. Y los ciudadanos, excitados, lapidaron enseguida al tirano. Así poco más o menos lo refieren la mayoría. Pero Hermipo dice que lo arrojaron a un mortero de piedra y lo descuartizaron.

28. Y acerca de él compusimos estos versos:

Quisiste, Zenón, quisiste noblemente matar a un tirano
y liberar de esclavitud a Elea.
Pero fuiste vencido. Que en efecto te apresó el tirano
y te troceó en un mortero. Mas ¿qué digo? A tu cuerpo, no a ti[31].

Fue en todo lo demás distinguido Zenón, pero despectivo con los poderosos a semejanza de Heráclito. Así por ejemplo amó más a la antigua Yela, denominada luego Elea, colonia de los focenses, y patria suya, una ciudad sencilla y sólo entrenada en criar hombres dignos que el esplendor ufano de Atenas, adonde no viajó nunca, sino que vivió hasta el fin en su patria.

29. Éste fue el primero en exponer la aporía de Aquiles (aunque Favorino se lo adjudica a Parménides) y otros argumentos parecidos.

Mantiene estas opiniones: que existen varios cosmos y no existe el vacío. Que la naturaleza de todas las cosas se produce a partir de lo caliente y lo frío y lo seco y lo húmedo, cambiando unas cosas en otras. Que la génesis de los hombres es a partir de la tierra, y el alma es una mezcla de los elementos antedichos, sin predominio de ninguno de ellos.

31. *Ant. Pal.* VII 129.

Cuentan que él se irritaba al ser insultado. Como uno se lo reprochaba, le replicó: «Si no me enfado ante los insultos, no seré sensible a los elogios».

Que hubo ocho Zenones ya lo expusimos en la vida del de Citio. Éste tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada setenta y nueve[32].

Leucipo (*c.* 480-420 a.C.)

30. Leucipo nació en Elea, o, según algunos, en Abdera o, según otros, en Mileto. Fue discípulo de Zenón.

Sostenía éste que las cosas en su totalidad son infinitas y que cambian unas en otras, y la totalidad se compone de lleno y vacío. Que los cosmos nacen al precipitarse los cuerpos en el vacío y entremezclarse los unos con los otros. Del movimiento en expansión de éstos se origina la sustancia de los astros. Y el sol se mueve en un círculo más amplio en torno a la luna. La tierra está suspendida girando en torno al centro. Su figura es en forma de un tambor. Fue el primero que estableció como principios los átomos. En lo fundamental éstas son sus teorías. En temas particulares sostiene las siguientes opiniones:

31. Afirma que el todo es infinito, como ya se ha dicho. De éste una parte es lo lleno y otra lo vacío, lo que llama elementos. De éstos se forman mundos infinitos y en ellos se disuelven. Los mundos surgen del siguiente modo. Se desplazan por segregación del infinito muchos cuerpos variados con todo tipo de formas y caen en el gran vacío, y reuniéndose forman un vasto torbellino, en el que se entrechocan unos con otros y volteando de múltiples maneras se separan uniéndose lo semejante con lo semejante. Y no pudiendo a causa del número moverse ya circularmente en equilibrio de peso, los cuerpos ligeros emigran hacia el vacío exterior,

32. 464-460 a.C.

como propulsados a través de un tamiz. Y los restantes se quedan juntos y entrelazándose se precipitan unos sobre otros y forman un cierto sistema primordial de forma esférica. 32. Éste subsiste como una membrana, que envuelve en su interior cuerpos de toda clase. Al voltear éstos, por la resistencia del centro, la membrana exterior se hace ligera, ya que los compactos confluyen al contacto en el interior del torbellino. Y así se forma la tierra al unirse fijamente los cuerpos arrastrados al centro. Y a su vez la membrana exterior se crece por el añadido de los cuerpos de afuera. Pues al moverse en remolino esta capa envolvente se apropia todo aquello que entra en contacto con ella. Al entrelazarse algunos de estos cuerpos crean un sistema, en su comienzo húmedo y fangoso, pero que se seca al girar con el torbellino del conjunto, y luego se incendia y produce como conclusión la sustancia de los astros.

33. La órbita circular del sol es la más externa, la de la luna la más cercana a la tierra, las de los demás astros son intermedias. Y todos los astros se incendian por la velocidad de su movimiento de rotación; y el sol es incendiado además por los otros astros. La luna participa poco de ese fuego. El sol y la luna se eclipsan..... (y la inclinación del zodíaco) se debe al hecho de estar la tierra inclinada hacia el sur. Las regiones del norte siempre están nevadas y son frías y sufren heladas. Y el sol se eclipsa raramente, pero la luna con mucha frecuencia, porque sus ciclos son diferentes. Existen unos períodos como de nacimiento del mundo, e igualmente otros de expansión, consunción y destrucción, según una cierta necesidad, que no aclara de qué tipo es.

Demócrito (? 460-357 a.C.)

34. Demócrito, hijo de Hegesístrato, o de Atenócrito según algunos, o de Damasipo según otros, nació en Abdera, o en

Mileto, según algunos. Éste escuchó las lecciones de algunos Magos y Caldeos, que el rey Jerjes había prestado como preceptores a su padre, en una ocasión en que había sido su huésped, según cuenta precisamente Heródoto. De ellos aprendió los conocimientos de teología y de astrología cuando era todavía niño. Más tarde se encontró con Leucipo, y con Anaxágoras, según algunos, siendo él cuarenta años más joven que éste. Favorino afirma en su *Historia miscelánea* que a propósito de Anaxágoras decía Demócrito que sus teorías acerca del sol y la luna no eran originales suyas, sino antiguas, y que él se las había apropiado subrepticiamente. 35. Ridiculizaba sus teorías acerca de la ordenación cósmica y la inteligencia, con sentimientos hostiles contra Anaxágoras por no haberle aceptado como alumno. ¿Cómo pues dicen algunos que fue su discípulo?

Cuentan Demetrio en sus *Homónimos* y Antístenes en sus *Tradiciones* que viajó hasta Egipto para aprender geometría con los sacerdotes y fue a Persia junto a los Caldeos y estuvo en el mar Rojo. Y dicen algunos que tuvo trato en la India con los gimnosofistas y llegó hasta Etiopía. Como tercer hermano que era, distribuyó la hacienda heredada; y, según los testimonios más numerosos, escogió para sí la parte menor, consistente en dinero del que tenía necesidad para viajar, siendo eso lo que arteramente sospechaban sus hermanos.

36. Demetrio dice que su parte fue superior a cien talentos, que se gastó por entero. Cuenta también que era tan laborioso que en el jardín que rodeaba la casa se había dispuesto una pequeña celda en la que se encerraba. Y una vez su padre trajo un buey para el sacrificio y lo dejó atado allí, y no se dio cuenta durante largo rato, hasta que su padre le hizo levantarse con el motivo del sacrificio y le habló del buey. Parece, refiere el mismo, que también fue a Atenas y no se preocupó de ser conocido, porque despreciaba la fama. Él conoció a Sócrates, pero le pasó inadvertido a éste. «Fui pues a Atenas –dice– y nadie me conoció.»

37. Si los *Rivales amorosos* son obra de Platón, dice Trasilo, él podría ser aquel personaje anónimo que hay allí, distinto de los seguidores de Enópides y de Anaxágoras, que en la compañía de Sócrates dialoga sobre filosofía, al que Sócrates dice que el filósofo se parece al atleta del pentatlón. En efecto, de verdad fue como un atleta del pentatlón en el ámbito de la filosofía. Pues se había ejercitado en la física y la ética, pero también en las matemáticas y en los conocimientos enciclopédicos y tenía una experiencia cabal en las artes.

Suyo es el dicho: «La palabra es la sombra de la acción».

Demetrio de Falero en su *Apología de Sócrates* afirma que ni siquiera acudió él a Atenas. Eso sería muy significativo, si desdeñó una ciudad tan importante, sin pretender adquirir fama, sino prefiriendo ligar su fama a su localidad.

38. También en sus escritos se evidencia su carácter. Al parecer, dice Trasilo, fue émulo de los pitagóricos. E incluso él menciona a Pitágoras, hablando con admiración de éste en su escrito titulado con tal nombre. Opina que de él lo acepta todo y que habría sido discípulo suyo de no oponerse la distancia en el tiempo. De todos modos recibió enseñanzas de alguno de los pitagóricos, según afirma Glauco de Regio, que fue contemporáneo suyo. Cuenta precisamente Apolodoro de Cícico que trató con Filolao.

Se ejercitaba, cuenta Antístenes, en poner a prueba de diversos modos las imaginaciones, retirándose algunas veces a la soledad y deambulando entre sepulcros. 39. Refiere también que, al regresar de sus viajes, vivía de manera muy humilde, por haber gastado toda su fortuna. Y que a causa de su indigencia era mantenido por su hermano Dámaso. Pero como alcanzó un gran prestigio por haber pronosticado algunos acontecimientos futuros, en adelante se vio rodeado de un renombre divino entre la mayoría. Refiere Antístenes que existía una ley de que el que hubiera gastado la herencia paterna no era digno de obtener sepultura en su patria, y él, consciente de que podría estar incurso en ello

por denuncia de los que le envidiaban y de los sicofantas, leyó en público su *Gran orden cósmico*, que destaca entre todas sus obras. Y le honraron con un premio de quinientos talentos. Y no sólo con eso, sino además con estatuas de bronce. Y al morir fue sepultado públicamente, después de haber vivido más de cien años. 40. Demetrio, en cambio, dice que fueron sus parientes los que leyeron el *Gran orden cósmico*, que fue premiado sólo con cien talentos. Eso mismo dice también Hipóboto.

Aristóxeno en sus *Apuntes históricos* cuenta que Platón quiso quemar los escritos de Demócrito, en bloque, todos cuantos lograra reunir, pero que Amiclas y Clinias los pitagóricos le disuadieron, diciendo que no obtendría ningún provecho; pues los libros estaban ya en manos de muchos. Y es verosímil. Pues Platón, que menciona casi a todos los filósofos antiguos en ningún lugar cita a Demócrito, ni siquiera donde debería contradecirle, evidentemente porque sabía que se enfrentaba al mejor de los filósofos.

Incluso Timón le elogia de la manera siguiente:

> El prudente Demócrito, pastor de palabras,
> muy agudo conversador, leí entre los primeros[33].

41. En cuanto a la época de su vida, según dice él mismo en el *Pequeño orden cósmico*, era joven cuando era viejo Anaxágoras, que le aventajaba en cuarenta años. Afirma que dejó compuesto el *Pequeño orden cósmico* setecientos treinta años después de la toma de Troya. Habría nacido, según Apolodoro en sus *Crónicas*, en la Olimpiada ochenta[34]. Pero Trasilo en la obra titulada *Prólogo a la lectura de los libros de Demócrito* dice que fue en el tercer año de la Olimpiada setenta y siete[35], siendo un año mayor que Sócrates. Habría

33. *Frag.* 46 Diels.
34. 460-457 a.C.
35. 470-469 a.C.

sido así coetáneo de Arquelao el discípulo de Anaxágoras y de los de la escuela de Enópides. Precisamente a éste lo ha citado. 42. Cita también la teoría del Uno de los seguidores de Parménides y de Zenón, que eran muy aclamados en sus tiempos, y también menciona a Protágoras de Abdera, al que se reconoce que fue contemporáneo de Sócrates.

Cuenta Atenodoro en el libro octavo de sus *Paseos* que, cuando le hizo una visita Hipócrates, mandó que les trajeran leche. Y, en cuanto observó la leche, dijo que era de cabra de primer parto y negra. Entonces su perspicacia suscitó la admiración de Hipócrates. En aquella ocasión acompañaba a Hipócrates una muchacha, y al primer día la saludó así: «Hola, muchacha», y al día siguiente: «Hola, mujer». En efecto la muchacha había sido seducida en aquella noche.

43. La muerte de Demócrito la cuenta Hermipo de este modo: era ya muy viejo y estaba a punto de expirar. Entonces su hermana se acongojaba porque iba a morir durante la fiesta de las Tesmoforias y ella no podría cumplir su deber para con la diosa. Pero él le dijo que tuviera confianza y le ordenó que le trajera panes calientes cada día. Acercándose éstos a la nariz, logró mantenerse vivo durante la fiesta. Cuando pasaron tales días, que son tres, abandonó la existencia sin ningún pesar, según dice Hiparco, tras haber vivido ciento tres años.

En nuestro *Versos de diverso tipo* le compusimos este poema:

¿Y quién hubo tan sabio, quién realizó obra tan magna
cual la que llevó a cabo el omnisciente Demócrito?
Él albergó a la muerte presente durante tres días en su casa
y la agasajó con el aroma de los panes calientes[36].

Así fue la vida de este hombre.

36. *Ant. Pal.* VII 57.

44. Sus opiniones son éstas: que los principios del conjunto de cosas son los átomos y el vacío, y todo lo demás es convencional. Los mundos son infinitos, engendrados y perecederos. Nada nace de lo no ente ni se destruye en el no ser. Y los átomos son infinitos en cuanto a su tamaño y número, y se mueven arrastrados en torbellino en el conjunto general. Y así engendran los compuestos: el fuego, el agua, el aire, la tierra. Pues éstos existen como sistemas de átomos de cierto modo. Los átomos son insensibles e inalterables por su dureza. En cuanto al sol y a la luna, están compuestos por volúmenes semejantes (átomos) ligeros y redondos, y el alma igualmente. Ésta es lo mismo que la inteligencia. Y nosotros vemos por los impactos de las imágenes.

45. Todo acontece de acuerdo con la necesidad, siendo el torbellino la causa de la generación de todas las cosas, y a él llama necesidad.

El fin de la vida es la serenidad de ánimo, que no es idéntica al placer, como algunos supusieron malentendiéndolo, sino aquello con lo que el alma se mantiene en calma y equilibrio, sin sufrir ninguna perturbación por temor o por superstición o por algún otro sentimiento. La llama también bienestar y le da otros muchos nombres.

Las cualidades existen por convención. Por naturaleza existen sólo átomos y vacío. Conque éstas son sus opiniones.

Sus libros también los ha catalogado Trasilo por escrito ordenándolos, como los de Platón lo están por tetralogías.

46. Son de ética éstos:

I *Pitágoras*
Sobre la disposición del sabio.
Acerca de las cosas del Hades.
Tritogenia (esto es porque de ella dependen tres cosas, que comprenden todos los aspectos humanos).

II *Acerca de la hombría de bien o de la virtud.*
Cuerno de Amaltea.
Acerca de la serenidad de ánimo.

Comentarios de ética. (La obra *Bienestar* no se encuentra aquí.)

Y ésas son las obras de ética.

Las de física son éstas:

III *Gran orden cósmico.* (Que los discípulos de Teofrasto dicen que es de Leucipo.)

Pequeño orden cósmico.

Descripción del universo.

Acerca de los planetas.

IV *Acerca de la Naturaleza,* un libro.

Acerca de la naturaleza del hombre (o *De la carne),* segundo tomo.

Acerca de la mente.

Acerca de los sentidos. (Algunos catalogan estos dos juntos con el epígrafe de *Sobre el alma.*)

V *Sobre los sabores.*

Sobre los colores.

47. *Sobre las diferentes figuras.*

Sobre las mutaciones figurativas.

VI *Confirmaciones* (que son añadidos críticos a lo ya expuesto).

Acerca de las imágenes o *acerca de la previsión del futuro.*

Sobre temas de lógica o *Canon,* tres libros.

Problemas.

Éstas son las obras sobre física.

Las siguientes no están ordenadas:

Causas celestes.

Causas aéreas.

Causas terrestres.

Causas del fuego y de lo que hay en el fuego.

Causas en relación con los sonidos.

Causas en relación con semillas, plantas y frutos.

Causas en relación con los animales, tres libros.

Causas mixtas.

Sobre la piedra imán.

Ésas son las obras no ordenadas.

Las de matemáticas son las siguientes:

VII *Sobre la diferencia de ángulo* o *Del contacto de círculo y esfera.*
Sobre geometría.
Temas de Geometría.
Números.

VIII *Sobre las líneas y sólidos irracionales,* dos libros.
Proyecciones.

48. *Gran Año,* o *Astronomía, Calendario.*
Competencia de la clepsidra (y del cielo).

IX *Descripción del cielo.*
Geografía (Descripción de la tierra).
Descripción del polo.
Descripción de los rayos de luz.

Todas esas son de matemáticas.

De tema literario-musical son las siguientes:

X *Sobre ritmos y armonía.*
Acerca de la poesía.
Sobre la belleza de los versos.
Acerca de letras de buen y de mal sonido.

XI *Sobre Homero o de la dicción épica correcta, y de las palabras raras.*
Sobre el canto.
Sobre las verbos.
Sobre los nombres.

Todas estas son las obras músico-literarias.

Escritos técnicos son los siguientes:

XII *Acerca de la dieta* o *Dietético.*
Régimen médico.
Causas en relación a tiempos favorables y desfavorables.

XIII *Acerca de la agricultura* o *De la medición de tierras.*

Acerca de la pintura.
Tratado de táctica.
Tratado del combate con armadura.

Son todos estos.

49. Algunos ordenan a su gusto los siguientes escritos procedentes de sus apuntes:

Acerca de los escritos sagrados de Babilonia.
Acerca de los de Méroe.
Periplo del Océano.
Acerca de la Historia.
Relato caldeo.
Relato frigio.
Acerca de la fiebre o *de los que tosen por enfermedad.*
Causas jurídicas.
Problemas manuales.

De todas las demás cosas que algunos le atribuyen, unas están extractadas de sus obras, otras son reconocidamente espurias. Éstos son los títulos de sus obras y su suma.

Hubo seis Demócritos. El primero es éste. El segundo, un músico de Quíos de la misma época. El tercero, un escultor al que menciona Antígono. El cuarto, uno que ha escrito acerca del santuario de Éfeso y de la ciudad de Samotracia. El quinto, un poeta epigramático de estilo claro y florido. El sexto, uno de Pérgamo que se hizo famoso por sus tratados retóricos.

Protágoras (481-411 a.C.)

50. Protágoras fue hijo de Artemón o, según Apolodoro y Dinón en el libro quinto de su *Historia de Persia*, de Meandrio, y nació en Abdera, de acuerdo con lo que dice Heraclides Póntico en su *Sobre las leyes*, quien también afirma que redactó leyes para los ciudadanos de Turios. Pero según Éupolis en *Aduladores*, en Teos. Pues dice:

Ahí dentro está Protágoras el de Teos[37].

Él y Pródico de Ceos se hacían pagar sus lecturas públicas. Y añade Platón en el *Protágoras*[38] que Pródico tenía una voz profunda. Protágoras fue discípulo de Demócrito. Le llamaban «Sapiencia», según cuenta Favorino en su *Historia miscelánea*.

51. Fue el primero que dijo que sobre cualquier tema hay dos razonamientos opuestos entre sí[39]. Con uno y otro planteaba la discusión, siendo el primero en actuar así. En alguno de sus escritos comienza de este modo: «De todas las cosas la medida es el hombre, de las que son en cuanto son, y de las que no son en cuanto no son»[40]. Afirmaba que el alma no es nada al margen de las sensaciones, como dice precisamente Platón en el *Teeteto*[41], y que todas las cosas son verdaderas. Y en otro de sus escritos comenzó de esta forma: «Acerca de los dioses no puedo saber ni cómo son ni cómo no son. Porque muchos son los impedimentos para saberlo: la oscuridad del tema y lo breve que es la vida humana»[42]. 52. A causa de este proemio de su escrito fue desterrado de Atenas. Y los atenienses quemaron sus libros en el ágora, después de ordenar por medio del pregonero que los entregaran todos los que los habían comprado. Él fue el primero en exigir como paga cien minas. Y el primero que distinguió los tiempos del verbo, y destacó el poder de la oportunidad, organizó debates oratorios y aportó a los pleiteantes los trucos sofísticos. Y, prescindiendo de la razón de fondo, redujo la discusión a las palabras y engendró la raza de los dispu-

37. *Frag.* 146 Kock.
38. 316 A.
39. *Frag.* 80 B 6a Diels-Kranz.
40. *Frag.* 80 B 1 Diels-Kranz.
41. 152 A ss.
42. *Frag.* 80 B 4 Diels-Kranz.

tadores erísticos, ahora tan en boga. Por eso dice de él Timón:

Protágoras, sociable, buen conocedor de las discusiones verbales[43].

53. Él fue el primero que suscitó el modo de dialogar que llamamos socrático. También fue el primero en usar en dialéctica el argumento de Antístenes que intenta demostrar que no es posible la contradicción, según afirma Platón en el *Eutidemo*[44]. Y el primero en advertir los puntos de ataque contra las tesis propuestas, según dice Artemidoro el dialéctico en su *Contra Crisipo*. Fue además el inventor de la especie de mochila llamada *tyle*, sobre la que se acarrean los fardos, según refiere Aristóteles en *Acerca de la educación*. Pues fue porteador de cargas de leña, según dice Epicuro en alguna parte. Y de esta manera suscitó el aprecio de Demócrito, que le habría visto atar los haces de leña.

Fue el primero en distinguir cuatro tipos de proposición: súplica, pregunta, respuesta, mandato. 54. (Otros dicen que siete: narración, pregunta, respuesta, mandato, relato, súplica, invocación), que calificó como los fundamentos de los discursos. Alcidamante, en cambio, admite cuatro tipos de proposición: afirmación, negación, pregunta y respuesta.

El primero de sus escritos que leyó en público fue *Acerca de los dioses*, cuyo comienzo hemos citado antes. Lo leyó en Atenas, en casa de Eurípides o, según algunos, en la de Megaclides. Otros dicen que fue en el Liceo, sirviéndose de la voz de un discípulo suyo, Arcágoras, el hijo de Teódoto. Su acusador fue Pitodoro hijo de Policelo, uno de los Cuatrocientos. Pero Aristóteles dice que fue Evatlo.

55. Los libros suyos que se conservan son éstos:

43. *Frag.* 47 Diels.
44. 286 C.

Técnica de controversias.
Sobre la lucha libre.
Sobre las ciencias.
Sobre la constitución política.
Sobre la ambición de honores.
Sobre las virtudes.
Sobre la disposición original de las cosas.
Sobre las cosas del Hades.
Sobre las acciones incorrectas de los hombres.
Libro de preceptos.
Pleito por la paga.
Antilogías, dos libros.

Y éstos son sus libros. Además Platón ha escrito un diálogo que se refiere a él.

Cuenta Filócoro que, cuando navegaba hacia Sicilia, su nave se hundió en alta mar. Y a esto alude enigmáticamente Eurípides en su *Ixión*. Algunos dicen que murió en este trayecto, habiendo vivido cerca de noventa años. 56. En cambio Apolodoro afirma que setenta, y que fue sofista durante cuarenta, y que tuvo su momento de apogeo en la Olimpiada ochenta y cuatro[45].

Hay una composición nuestra sobre él que dice así:

> También de ti, Protágoras, escuché nuevas, de cómo al salir
> de Atenas, siendo ya anciano, en el camino pereciste.
> La ciudad de Cécrope prefirió tu destierro. Mas tú entonces
> escapaste de la ciudadela de Palas, pero no de Plutón[46].

Se cuenta que en una ocasión le reclamaba la paga a su discípulo Evatlo, y al replicar él: «¡Pero si aún no he ganado ningún pleito!», le contestó: «De todas maneras, si yo te lo gano, por habértelo ganado, habré de recibirla. Y si lo ganas tú, porque lo has ganado tú».

45. 444-441 a.C.
46. *Ant. Pal.* VII 130.

Hubo también otro Protágoras, un astrólogo, para el que Euforión compuso un epicedio. Y un tercero, un filósofo estoico.

Diógenes de Apolonia (s. V a.C.)

57. Diógenes de Apolonia, hijo de Apolotemis, fue un filósofo de la naturaleza y muy renombrado. Fue discípulo, según dice Antístenes, de Anaxímenes. Fue contemporáneo de Anaxágoras. De éste cuenta Demetrio de Falero en su *Apología de Sócrates* que por su gran impopularidad casi perdió la vida en Atenas.

Sus opiniones eran éstas: que el elemento básico es el aire, hay mundos infinitos y un vacío infinito. Y que el aire al condensarse y rarificarse es generador de los mundos. Que nada nace de lo no ente ni se destruye en el no ser. Que la tierra es esférica, está fijada en el medio, y ha obtenido su composición por la rotación a partir de lo cálido y la condensación a causa del frío.

El comienzo de su escrito es éste: «Al comenzar cualquier razonamiento me parece que es necesario presentar una fundamentación que sea indiscutible, y una explicación sencilla y seria»[47].

Anaxarco (s. IV a.C.)

58. Anaxarco era de Abdera. Éste fue discípulo de Diógenes de Esmirna, que lo fue de Metrodoro de Quíos, que decía que ni siquiera sabía eso de que no sabía nada. Y de Metrodoro los unos dicen que fue alumno de Nesas de Quíos, los otros que de Demócrito.

47. *Frag.* 64 B 1 Diels-Kranz.

El caso es que Anaxarco acompañó a Alejandro y tuvo su momento de madurez en la Olimpiada ciento diez[48], y tuvo como enemigo a Nicocreonte el tirano de Chipre.

Así que una vez en un banquete Alejandro le preguntó qué le parecía el festín, y dicen que contestó: «Rey, todo es espléndido. Pero se debía haber servido de propina la cabeza de algún sátrapa». 59. Con eso apuntaba a Nicocreonte. Éste se guardó en la memoria el agravio, y, tras la muerte de Alejandro, una vez que el filósofo se encontraba en un navío, fue conducido contra su voluntad a Chipre, y allí lo apresó y mandó que lo arrojaran a un mortero y lo golpearan con mazas de hierro. Y él, sin preocuparse del castigo, dijo aquella famosa frase: «Machaca el envoltorio de Anaxarco, que a Anaxarco no lo machacas». Al dar Nicocreonte órdenes de que le cortaran la lengua, se cuenta que él se la tajó de un mordisco y se la escupió a la cara.

También tengo unos versos sobre él que dicen:

> Machacadlo, Nicocreonte, todavía más. Es sólo un saco.
> Machacadlo. Anaxarco está desde hace tiempo en la [mansión de Zeus.
> También a ti te destrozará en sus mandíbulas Perséfone y te dirá luego estas palabras: «¡Piérdete en mala hora, [molinero perverso!»[49].

60. A éste, por su carácter apático y lo afable de su existencia, le llamaban «el hombre feliz». Y tenía la capacidad de volver sensato a cualquiera de la manera más sencilla. En efecto logró disuadir a Alejandro, que creía ser un dios. Pues al ver que le brotaba sangre de una herida, indicándosela con la mano, exclamó: «Eso es sangre y no "*ichor* divino que circula por los dioses felices"»[50].

48. 340-337 a.C.
49. *Ant. Pal.* VII 133.
50. *Ilíada* V 340-341.

Pero Plutarco cuenta que lo dijo el mismo Alejandro ante sus amigos.

También en otra ocasión, cuando Anaxarco brindaba a la salud de Alejandro, extendió hacia él su copa y dijo:

¡Uno de los dioses caerá herido por mano mortal![51].

Pirrón (*c.* 360-270 a.C.)

61. Pirrón de Élide era hijo de Plistarco, según relata Diocles. Según cuenta Apolodoro en su *Cronología*, fue antes pintor; fue discípulo de Brisón el hijo de Estilpón, como dice Alejandro en sus *Tradiciones*, y después de Anaxarco, al que acompañó por todas partes, de modo que se relacionó con los gimnosofistas en la India y con los Magos. A partir de estos contactos se cree que filosofó del modo más severo, introduciendo la doctrina de la incomprensibilidad *(acatalepsía)* y de la suspensión del juicio *(epoché)*, como afirma Ascanio de Abdera. Pues aseguraba que nada es bueno ni malo ni justo ni injusto. Y de igual modo que en todas las cosas nada es de verdad, sino que los hombres actúan en todo por convención y costumbre, pues no es cada cosa más lo uno que lo otro.

62. Era consecuente con esto en su vida, sin desviarse ni tomar precauciones ante nada, enfrentándose a cualquier cosa, a lo que le saliera al paso, tanto carros como precipicios y perros, con total inadvertencia de sus sensaciones. Sin embargo le ponían a salvo, según dicen los seguidores de Antígono de Caristo, sus amigos que le acompañaban. Enesidemo, en cambio, afirma que mantuvo en su filosofía el principio de la suspensión de juicio, pero que no actuaba en la vida cotidiana desprevenidamente.

51. Eur. *Orestes*, 271.

Vivió hasta los noventa años.

Antígono de Caristo cuenta en su *Acerca de Pirrón* a propósito de él que al principio carecía de renombre y era pobre y pintor. Se conservan de él unos portadores de antorchas pintados en el gimnasio de Élide, de factura mediocre. 63. Y que se apartaba en sus paseos y vivía en la soledad, mostrándose raramente alguna vez a sus familiares. Hacía esto porque había oído a un indio reprocharle a Anaxarco que no sería capaz de enseñarle a otro nada bueno él que servía en las cortes reales. Siempre mantenía la misma compostura, de modo que si alguien le abandonaba en mitad de una charla, él concluía la disertación para sí mismo, aunque de joven fue bastante emotivo. Muchas veces, cuenta, salía de viaje, sin advertir a nadie, y vagaba en compañía de los que le apetecía. Incluso una vez que Anaxarco cayó en un pantano, pasó de largo sin socorrerle. Como algunos lo acusaran de esto, el propio Anaxarco lo elogió por su carácter impasible e indiferente.

64. Al ser sorprendido una vez en conversación consigo mismo y al ser preguntado por el motivo, contestó que se ejercitaba en ser útil. En las discusiones científicas no era aventajado por ninguno, por razonar metódicamente y atendiendo al tema. Por eso incluso Nausífanes, en su juventud, se sintió cautivado por él. Solía decir, en efecto, que había que seguir a Pirrón en la disposición de ánimo, pero a él en los razonamientos. Contaba también que muchas veces Epicuro, que admiraba la conducta de Pirrón, le preguntaba de continuo sobre éste. Le honraron tanto en su patria que le nombraron sumo sacerdote y en honor a él concedieron la exención de impuestos a todos los filósofos.

También tuvo desde luego muchos émulos en su inactividad. Por eso precisamente dice sobre él Timón en su *Pitón* .... y en sus *Siloi:*

65. ¿Oh anciano, oh Pirrón, cómo y dónde hallaste [liberación

de la servidumbre de las opiniones y de la vacuidad de los
[sofistas,
y desataste las cadenas de cualquier engaño y persuasión?
Ni te interesó investigar eso de qué vientos
por Grecia soplan, ni de dónde ni hacia dónde se mueven
[las cosas[52].

Y en otro pasaje en sus *Imágenes:*

Esto desea, Pirrón, escuchar mi corazón:
¿Cómo tú que eres un hombre todavía vives con magnífica
[y fácil serenidad,
tú el único, que como un caudillo entre los hombres
vives a la manera de un dios?[53].

Los atenienses le honraron con su ciudadanía, por haber matado al tracio Cotis, según cuenta Diocles. 66. Convivía piadosamente con su hermana, que era comadrona, según dice Eratóstenes en su *Acerca de la riqueza y la pobreza,* y a veces llevaba cosas a vender al mercado, como pollos, por caso, y cochinillos, e incluso hacía la limpieza casera con indiferencia. Se cuenta que incluso lavaba a su cerdo con total indiferencia. Pero una vez se enfureció, en defensa de su hermana, que se llamaba Filista, y al que se lo echó en cara le replicó que la demostración de indiferencia no la daba en el caso de una pobre mujer. También en una ocasión se sobresaltó al ser atacado por un perro, y, al censurárselo uno, le respondió que era difícil despojarse enteramente del elemento humano. Pero que había que enfrentarse en la medida de lo posible a los acontecimientos, en primer lugar con hechos, y si no, al menos con el razonamiento.

67. Cuentan también que, cuando le aplicaron unos medicamentos abrasivos, incisiones y cauterizaciones en una

52. *Frag.* 48 Diels.
53. *Frag.* 67 Diels.

herida, ni siquiera contrajo el entrecejo. Timón expone claramente su disposición de ánimo en sus relatos a Pitón. Además también Filón de Atenas, que fue su amigo íntimo, contaba que se acordaba a menudo sobre todo de Demócrito, y otras veces de Homero, citándole con admiración continuamente:

Como la generación de las hojas, así va también la de los hombres[54].

Y también a propósito de su comparación de los hombres con las avispas, las moscas y los pájaros. También aducía estos versos:

¡Conque, amigo, muere también tú! ¿Por qué tanto te [quejas?
Murió también Patroclo, que era mucho mejor que tú[55].

Y todos aquellos que apuntan a lo incierto de la condición humana, a lo inútil del esfuerzo, y a la puerilidad de los humanos.

68. Posidonio relata acerca de él el suceso siguiente. Mientras sus compañeros de navegación estaban despavoridos por la tempestad, él, muy sereno, reavivó su ánimo, mostrándoles un cerdito que comía a bordo del barco y diciéndoles que el sabio debía erguirse con una imperturbabilidad semejante. Numenio es el único que dice que tuvo algunos principios de creencia.

Tuvo también entre otros algunos discípulos ilustres, entre los que se cuenta a Euríloco. De éste se refiere el escandaloso incidente que sigue: el caso es que cuentan que se irritó tan en extremo una vez que, empuñando el asador con las

54. *Ilíada*, VI 146.
55. *Ilíada*, XXI 106 s.

carnes ensartadas, se lanzó a perseguir a su cocinero hasta el ágora.

69. Otra vez que en Élide se encontraba fatigado por los que le asediaban con sus cuestiones en el coloquio, se quitó su vestido y se cruzó a nado el Alfeo. Era desde luego muy hostil a los sofistas, según cuenta Timón.

Filón (discípulo de Pirrón) acostumbraba a coloquiar casi siempre consigo mismo, por lo que de éste dice (Timón) así:

> O el que aparte de los humanos solitario su ocio colma
> y charla consigo mismo, sin atender a la fama ni a las
> [disputas, Filón[56].

Además de éstos, fueron discípulos de Pirrón Hecateo de Abdera y Timón de Fliunte, el autor de los *Silos*, del que hablaremos, y además Nausífanes de Teos, del que algunos sostienen que fue alumno Epicuro. Todos estos son calificados como pirrónicos, por su maestro, y aporéticos, escépticos, dubitativos e inquisitivos por aquello que adoptaron como su principio básico. 70. Inquisitiva en efecto es esta filosofía por el inquirir siempre la verdad, escéptica por el examinar siempre y jamás concluir en un descubrimiento, dubitativa *(ephectiké)*, por el sentimiento que acompaña la investigación. Me refiero a la suspensión de juicio *(epoché)*. Aporética porque no sólo ellos, sino también los dogmáticos, se encuentran en aporías. Pirrónicos, por Pirrón. Teodosio en sus *Capítulos escépticos* dice que no hay que llamar pirrónica a la filosofía escéptica. Pues si el movimiento de la mente en uno u otro sentido es inaprensible, no sabremos el pensamiento de Pirrón. Al desconocerlo, no podemos tampoco calificar de pirrónico a nadie. Añade que ni Pirrón fue el primero en fundar el escepticismo ni sostuvo ningún

56. *Frag.* 9 B 50 Pfeiffer; cf. *Odisea* XXI 364.

principio filosófico. Pero puede calificarse de pirrónico al de conducta parecida a la de aquél.

71. Esta escuela algunos dicen que la fundó Homero, porque él más que ningún otro se expresa de modo diferente acerca de las mismas cuestiones, y no afirma nada dogmáticamente en su presentación. Luego, que incluso los lemas de los Siete Sabios son escépticos, como lo de «Nada en demasía» y «Da garantías y ya tienes la ruina». Pues se declara que el que afirma con empeño algo de modo firme y convencido se atrae la ruina. Pero por otra parte también Arquíloco y Eurípides se expresan con escepticismo, en los versos en que Arquíloco dice:

El ánimo de los humanos, Glauco hijo de Leptines,
resulta tal cual el día que Zeus les depara a los mortales[57].

Y dice Eurípides:

(¡Oh Zeus!) ¿A qué, en verdad, los afligidos mortales
llaman pensar? Estamos pendientes de ti
y hacemos lo que tú quieres en cada caso[58].

72. Y no sólo éstos, sino que además también Jenófanes y Zenón de Elea y Demócrito son de por sí escépticos. En sus versos dice Jenófanes:

En verdad que lo cierto ningún hombre lo vio
ni habrá quien lo sepa[59].

Zenón rechaza el movimiento diciendo: «Lo que se mueve no se mueve en el espacio que existe ni en el que no existe»[60].

57. *Frag.* 68 Diels.
58. *Suplicantes,* 735-737.
59. *Frag.* 21 B 34. 1 Diels-Kranz.
60. *Frag.* 29 B 4 Diels-Kranz.

Demócrito niega las cualidades cuando dice: «Por convención es caliente, por convención es frío, en realidad sólo hay átomos y vacío»[61]. Y en otro pasaje: «En realidad no sabemos nada. La verdad yace al fondo de un abismo». Incluso Platón abandona la verdad a los dioses y a los hijos de los dioses, y busca la explicación verosímil[62]. También Eurípides dice:

73. ¿Quién sabe si el vivir es morir,
y si los mortales consideran vida al morir?[63].

Por otro lado también dice Empédocles:

De tal modo estas cosas no son visibles ni audibles
a los mortales ni pueden captarlas con su entendimiento[64].

Y antes:

Sólo están creídos de lo que ha experimentado cada uno[65].

Agrega Heráclito: «No hagamos conjeturas al azar en los temas más importantes»[66]. También Hipócrates posteriormente se expresa de modo fluctuante y muy humanamente. Como antes Homero:

Voluble es la lengua de los hombres, y muchos sus relatos[67].

Y:

61. *Frag.* 68 B 117 y 121 Diels-Kranz.
62. *Timeo* 40 D.
63. *Frag.* 638 Nauck.
64. *Frag.* 31 B. 2. 7 ss. Diels-Kranz.
65. *Frag.* 31 B 2. 5 Diels-Kranz.
66. *Frag.* 22 B 47 Diels-Kranz.
67. *Ilíada* XX 248-250.

De palabras es anchuroso el pasto para ir por acá y por allá.

Y:

Según la palabra que digas, así será la que oigas,

aludiendo al equilibrio de las afirmaciones y a su oposición.

74. Acostumbraban los escépticos a rebatir los principios básicos de las otras escuelas, mientras que ellos no expresaban nada en forma segura, en tanto que exponían y desarrollaban las teorías de los demás, sin definir ningún aserto, ni siquiera éste (de no definir nada). De modo que incluso negábanse a no definir, porque al decir algo como: «No definimos nada», estarían haciendo una aserción. Pero exponemos, afirman, las proposiciones para demostrar nuestra ausencia de precipitación, como si, con sólo asentir con la cabeza, se expusieran a evidenciar tal cosa. Por medio de la frase «No definimos nada» se declara simplemente su sensación de equilibrio. Del mismo modo con la de «Nada más (eso que lo otro)» y la de «A todo razonamiento se opone otro razonamiento», y otras por el estilo.

75. Lo de «Nada más» se predica también en forma de aserto, en el sentido de que existen cosas semejantes. Por ejemplo: «En nada es más malo el atracador que el timador». Pero los escépticos no lo emplean en forma aseverativa, sino sólo negativa, como cuando uno hace una refutación y dice: «No existe Escila más que la Quimera». En cuanto a la expresión de «más», se usa unas veces en sentido comparativo, como cuando afirmamos que la miel es «más» dulce que la uva. Otras veces se usa en sentido de una afirmación o negación, como cuando decimos: «Más beneficia que daña la virtud». Queremos decir que la virtud beneficia, y no daña.

76. Pero los escépticos eliminan también esta misma expresión de «en nada más». Pues de igual modo que la providencia no existe «más» que no existe, así tampoco lo de

«Nada más» existe más que no existe. Indica por tanto la expresión, según dice precisamente Timón en su *Pitón*, «el no definir nada, sino abstenerse de toda adhesión». La otra afirmación: «A todo razonamiento se opone otro», conduce también a la suspensión de juicio. En efecto, cuando los hechos están en desacuerdo y las opiniones contrapuestas tienen el mismo peso, la consecuencia es la ignorancia de la verdad. Pero incluso a este razonamiento se opone un razonamiento que después de derribar a los demás se vuelve contra sí mismo y se destruye, como los purgantes que, tras haber eliminado la materia, se eliminan a sí mismos y se destruyen.

77. A esto replican los dogmáticos que los escépticos no niegan el juicio, sino que lo vigorizan.

Los escépticos, por tanto, usan los asertos como medios auxiliares sólo. Pues no sería posible destruir un razonamiento a no ser con un razonamiento. De igual modo acostumbramos a decir que no existe el espacio y es preciso nombrar el espacio de cualquier modo, pero no como una afirmación dogmática, sino de manera indicativa. Y cuando decimos que nada sucede por necesidad, también es preciso nombrar la necesidad. Tal era el tipo de explicación que utilizaban. Porque las cosas, decían, por naturaleza no son tales como aparecen, sino que sólo aparecen. Decían que indagaban no lo que se piensa, que es evidente que se piensa, sino aquello que se nos comunica a través de nuestras sensaciones.

78. Consiste pues la doctrina de Pirrón, según dice Enesidemo en su *Introducción a la filosofía de Pirrón*, en una denuncia de las apariencias o de las cosas pensadas en cualquier forma, en la que enfrenta todas a todas, y en esa contraposición descubre que presentan una dificultad y confusión enormes. Respecto a las contradicciones que se revelan en los exámenes críticos, primero exponen los argumentos persuasivos de los objetos y luego con estos mismos destru-

yen la creencia en los mismos objetos. Pues tienen un poder persuasivo las cosas que se presentan de modo armónico a la sensación, y las que se alteran o nunca o raramente, y las establecidas de acuerdo con leyes y las placenteras y las admirables. 79. Mostraban entonces desde las cosas contrarias a las persuasivas que poseían iguales méritos de credibilidad.

Las aporías respecto a los acordes de las cosas aparentes o pensadas que exponían se ordenan en diez modalidades, según las cuales los fundamentos de la creencia se muestran variables. Éstos son los diez «tropos» que plantean:

El primero se refiere a las diferencias de los seres vivos en cuanto al placer, el dolor, lo dañino y lo beneficioso. Se deduce de él que no todos tienen las mismas representaciones sobre las mismas cosas y que de semejante conflicto se concluye el abstenerse de juzgar. Porque de los animales los unos nacen sin unión corporal, como los que viven en el fuego y el fénix de Arabia y los gusanos. Y otros nacen de un mutuo contacto, como los humanos y otros muchos. 80. Así que los unos están constituidos de un modo y los otros de otro. Por eso también se diferencian en su capacidad de percepción, de forma que los halcones son de vista agudísima, mientras que los perros tienen desarrolladísimo el olfato. Conque es muy razonable que quienes tienen ojos diferentes reciban también representaciones diferentes. Así, por ejemplo, para las cabras el follaje de la vid es comestible, para el hombre es amargo; la cicuta es nutritiva para la codorniz, mientras para el hombre es mortal; el estiércol es comestible para el cerdo, pero no para el caballo.

El segundo se refiere a los naturales e idiosincrasias de los hombres. Por ejemplo, Demofonte, el mayordomo de Alejandro, se calentaba a la sombra y se helaba al sol. 81. Andrón de Argos, según cuenta Aristóteles, a través de la desértica Libia marchaba sin beber. Además el uno se siente atraído por la medicina, el otro por la agricultura y otro por

el comercio. Y unas mismas cosas dañan a unos y benefician a otros. Por eso hay que abstenerse de juzgar.

El tercero se refiere a las diferencias de los poros de los sentidos. Por ejemplo, una manzana se ofrece a la vista amarilla, al gusto dulce, y al olfato aromática. Incluso una misma forma se ve diferente según las diferencias de los espejos. De ahí se sigue que lo aparente no es más de un modo que de otro.

82. El cuarto se refiere a las disposiciones individuales y a los cambios de perspectiva, en general, como salud y enfermedad, sueño y vigilia, alegría y tristeza, juventud y vejez, osadía y temor, necesidad y saciedad, odio y amistad, calor y frío, además de respirar o tener obturados los poros. Pues las percepciones parecen diferentes según el cómo de las disposiciones individuales. Ni siquiera los locos están en contra de la naturaleza. ¿Por qué lo iban a estar más ellos que nosotros? Pues también nosotros vemos el sol como fijo. Teón el de Titorea el estoico, mientras dormía, paseaba en sueños, y también el esclavo de Pericles en lo alto del tejado.

83. El quinto se refiere a la educación, las costumbres y leyes, las creencias míticas, los acuerdos entre pueblos y las convicciones dogmáticas. En eso están incluidos los juicios sobre lo hermoso y lo feo, sobre lo verdadero y lo falso, sobre lo bueno y lo malo, sobre los dioses y sobre la producción y destrucción de todos los fenómenos. Lo mismo es para unos justo, y para otros, injusto. Y entre los unos es bueno, y entre los otros es malo. Así, por ejemplo, los persas no consideran extraño tener trato sexual con la propia hija; para los griegos es ilícito. Los maságetas, según cuenta Eudoxo en el primer libro de su *Viaje alrededor de la tierra*, tienen sus mujeres en común, los griegos no. Los de Cilicia se divierten con el bandidaje, los griegos en cambio no. 84. Unos y otros creen en dioses diferentes. Y los unos creen en la providencia de éstos, y otros no. Al enterrar a sus muertos, los egipcios los embalsaman, los romanos los incineran, los peonios los

arrojan a unos lagos. De ahí la abstención de juicio en cuanto a lo que es lo verdadero.

El sexto se refiere a las mezclas y combinaciones, en el sentido de que nada se presenta de un modo puro por sí mismo, sino junto con el aire, la luz, la humedad, la solidez, el calor, el frío, el movimiento, las exhalaciones y otras influencias. Así la púrpura ofrece un color distinto al sol, a la luna y a la luz de una lámpara. Incluso nuestro color aparece diferente al mediodía y cuando el sol se pone. 85. Y la piedra que en el aire es alzada entre dos, en el agua se levanta fácilmente, ya sea porque aunque es pesada de suyo el agua la aligera, o ya porque siendo ligera la hace pesada el aire. Desconocemos en efecto lo que es cada cosa por sí misma, como el aceite en el perfume.

El séptimo se refiere a las distancias, tipo de posiciones, lugares y situación en los lugares. Según esta modalidad, los objetos considerados grandes parecen pequeños, los cuadrados redondos, los planos como con volumen, los rectos quebrados, los pálidos de otro color. Así el sol, a causa de la distancia, parece pequeño. Y los montes, desde lejos, nebulosos y lisos, pero, de cerca, abruptos. 86. Además el sol parece diferente al levantarse y otro cuando está en el medio del cielo. Y el mismo cuerpo se ve diverso en medio de un bosque y en una llanura abierta. Y la imagen depende de cuál sea su posición, como el cuello de la paloma según hacia adónde se vuelva. Puesto que no es posible observar estas cosas fuera de todo lugar y posición, su naturaleza es ignorada.

El octavo se refiere a las condiciones de cantidad, calor, frío, rapidez, lentitud, palidez y otras coloraciones de las cosas. Así el vino, tomado con moderación, vigoriza, pero en mayor cantidad, debilita. De igual modo pasa con la alimentación y lo demás por el estilo.

87. El noveno se refiere a lo frecuente y a lo extraño y raro. Así, por ejemplo, los terremotos no suscitan asombro

entre aquellos a quienes les ocurren de continuo; ni el sol lo suscita, porque se ve cada día. A este noveno modo Favorino lo considera octavo, y Sexto y Enesidemo, décimo. A su vez al décimo lo llama Sexto octavo, y Favorino noveno.

El décimo se refiere a la interrelación de unas cosas con otras, como lo ligero con lo pesado, lo fuerte con lo débil, lo mayor con lo menor, lo de arriba con lo de abajo. Así pues, lo que está a la derecha no está a la derecha por naturaleza, sino que se concibe como tal por su posición frente a lo demás. Si se cambia esto, ya no estará a la derecha. 88. De igual manera «padre» y «hermano» son correlativos, y el día está en relación con el sol, y todo lo existente, en relación a la inteligencia. Desde luego los objetos en relación son incognoscibles en sí mismos.

Y éstos son los diez «tropos».

Pero los seguidores de Agripa agregan a éstos otros cinco: el del desacuerdo, el del avance a lo infinito, el de la relatividad, el hipotético y el de la referencia recíproca.

El del desacuerdo muestra que toda cuestión que se plantea bien por los filósofos o en la vida corriente, está llena del mayor conflicto y confusión.

El que se extiende hacia el infinito no permite confirmar lo que se busca, porque una cosa requiere su fundamentación en otra y así hasta el infinito.

89. El de la relatividad afirma que nada se percibe en sí mismo, sino en conexión con otra cosa; de ahí que sean incognoscibles. El tropo hipotético surge al suponer algunos que es necesario admitir los principios básicos de las cosas como seguros y no cuestionarlos. Lo cual es necio, pues cualquiera puede suponer lo contrario.

El de la referencia recíproca surge cuando lo que debe ser lo que confirme aquello que se indaga tiene necesidad de la creencia en lo que se indaga; como, por ejemplo, si uno que asegura que hay poros mediante la referencia a la existencia de las emanaciones recurriera a este mismo supuesto (la

existencia de poros) para confirmar la existencia de emanaciones.

90. Ellos prescindían de toda demostración y negaban cualquier criterio, signo, causa, movimiento, aprendizaje, creación, y el que existiera algo bueno o malo por naturaleza. Porque cualquier demostración consta de cosas demostradas o de indemostradas. Si es de cosas demostradas, también éstas requerirán alguna demostración, y así hasta el infinito. Y si es de cosas indemostradas, si se duda de todas o de algunas o de una sola, el conjunto queda por demostrar. Y si algunos opinan, dicen, que ciertas cosas no necesitan ninguna demostración, son de una inteligencia sorprendente, si no comprenden que eso mismo es lo primero que requiere una demostración, lo de que por sí mismas exijan credibilidad. 91. Pues tampoco el que los elementos sean cuatro ha de confirmarse de la existencia de los cuatro elementos. Además, si desconfiamos de las demostraciones particulares, también resulta invalidada la demostración general. Para reconocer que es una demostración, se necesita un criterio; y que hay un criterio requiere una demostración; de ahí que lo uno y otro sean incomprensibles al remitir lo uno a lo otro. ¿Cómo pues pueden comprenderse las cosas dudosas, si se ignora la demostración? No se indaga si las cosas aparecen de tal forma, sino si en su fundamento real son así.

Los escépticos calificaban de bobos a los filósofos dogmáticos, considerando que lo que se concluye por medio de hipótesis no tiene carácter de investigación real, sino de mero tema. Con tal tipo de razonamiento también se puede tratar de lo imposible.

92. De los que pensaban que no era inevitable juzgar lo verdadero a partir de sus circunstancias ni legislar según lo acorde a lo natural, afirmaban que se definían a sí mismos como medida de todas las cosas, sin advertir que todo lo que aparece nos aparece en una circunstancia y disposi-

ción individuales. Ahora bien, hay que decir que todas las cosas son verdaderas o que todas son falsas. Si sólo algunas son verdaderas, ¿con qué criterio hay que distinguirlas? Pues no será con la sensación en las cosas sensibles, ya que todos los fenómenos aparecen a ésta en un plano de igualdad, ni con la razón por el mismo motivo. Y al margen de ambas no se ve otra facultad para tal distinción.

En efecto, dicen, aquel que trata de asegurarse acerca de cualquier cosa sensible o inteligible debe primero presentar las opiniones corrientes sobre la misma. Los unos han denegado esto, los otros lo de más allá. Y es preciso decidir con un criterio o inteligible o sensible; y uno y otro están puestos en duda. 93. Así que tampoco es posible dar un juicio sobre las opiniones acerca de los objetos sensibles o inteligibles. Si uno a causa del conflicto entre las representaciones mentales debe desconfiar de todas, se privará de la medida con la que parece que deben precisarse todas las cosas. Se juzgará entonces que todo vale por igual.

Aun más, nuestro colaborador en una indagación sobre un fenómeno será digno de fe o no. Pues bien, si es un hombre digno de fe, nada tendrá que replicar a aquel que sostenga la opinión contraria. Pues así como él es digno de fe al explicar el fenómeno, así también lo será su oponente. Y, de no serlo, ya será objeto de desconfianza al dar su explicación sobre el tema.

94. No debe admitirse que lo convincente es verdadero. Pues no a todos convence lo mismo ni tampoco convence a los mismos siempre. La persuasión se origina también en las circunstancias externas, a partir de la fama del que habla, o de su agudeza mental, o de su afabilidad, o de la costumbre, o de lo agradable del mismo.

Eliminaban también el criterio con el siguiente razonamiento. El criterio desde luego o está fundamentado críticamente o no. Pero si no está fundamentado críticamente, resulta inconvincente y no decide lo verdadero y lo falso.

Pero si está fundamentado, será una de las cosas fundamentadas en parte, de forma que ese mismo criterio para decidir y estar fundamentado críticamente en cuanto fundamentado lo estará por otro, y éste a su vez por otro, y así hasta el infinito.

95. Además de eso, también hay discrepancias respecto al criterio, porque los unos sostienen que es el hombre, otros que los sentidos, otros que la razón y algunos que la representación percibida. Ahora bien, el hombre discrepa incluso consigo mismo, y de los demás, como es evidente por las diferentes leyes y costumbres. Los sentidos se engañan, la razón se contradice. Y la representación apercibida es juzgada por el entendimiento y el entendimiento se mueve en sentidos variables. Por lo tanto, el criterio es incognoscible, y con él la verdad.

96. Niegan que exista un signo de la verdad. Pues si existe un signo, será o sensible o inteligible. Pero no es sensible, ya que lo sensible es común, mientras que el signo es individual. Y lo sensible pertenece a la clase de lo diverso, en tanto que el signo pertenece a la de lo relacionado. Y no es inteligible, porque lo inteligible es o bien apariencia de lo aparente, o inapariencia de lo inaparente, o inapariencia de lo aparente o apariencia de lo inaparente. No es ninguna de estas cosas. En consecuencia, tal signo no existe. En efecto no es apariencia de lo aparente, puesto que lo aparente no requiere un signo. Tampoco es inapariencia de lo inaparente, porque lo inaparente debe revelar lo latente por medio de algo.
97. No puede ser inapariencia de lo aparente, porque lo que se ofrece a la aprehensión de otro ha de mostrarse. Apariencia de lo inaparente no es, porque, al ser el signo una cualidad relativa debe ser aprehendido conjuntamente con aquello de lo que es signo, y esto no es posible en este supuesto. Por tanto, ninguna de las cosas inciertas puede ser captada. Pues se dice que las cosas inciertas son aprehendidas por medio de los signos.

Eliminan también la causa del modo siguiente. La causa es una de las entidades relativas. Pues es relativa al efecto. Las relaciones son sólo objetos del pensamiento, pero no existen. 98. Así desde luego la causa sólo puede ser pensada, ya que en cuanto que es causa, necesita tener algo de que se predica como causa, puesto que de otro modo no sería una causa. Del mismo modo que el padre no sería padre de no existir aquel del que se dice padre, igual sucede con la causa. No se presenta aquello de lo que se piensa la causa. Porque no hay ni creación ni destrucción ni ningún otro proceso. Por tanto no existe causa. Y en caso de existir causa, o bien un cuerpo es causa de otro cuerpo, o lo incorpóreo de lo incorpóreo. Nada de esto es posible. Por tanto, no hay causa. Un cuerpo no puede ser causa de un cuerpo, ya que ambos tienen la misma naturaleza. Y si uno de los dos es calificado de causa en la medida en que es cuerpo, también el otro, que es cuerpo también, resultará causa. 99. Y siendo ambos causas en común, nada será efecto. Lo incorpóreo no puede ser causa de lo incorpóreo por la misma razón. Lo incorpóreo no es causa de un cuerpo, porque nada incorpóreo da lugar a un cuerpo. Un cuerpo no puede ser causa de lo incorpóreo porque lo producido debe ser de la materia que recibe el efecto. Y como nada sufre un efecto por el hecho de ser algo incorpóreo, tampoco puede ser producido por algo. Así que no existe ninguna causa. De lo que se concluye que los principios del universo carecen de fundamentación real. Pues necesitan la existencia de algo que cree y actúe.

Pero tampoco existe el movimiento. Pues lo que se mueve se mueve en el espacio en que está o en el que no está. Cierto que en el lugar en que está no se mueve, pero tampoco se mueve en el que no está. Conque no existe el movimiento.

100. Negaban también el aprendizaje. Si se aprende algo, decían, o bien se aprende lo que es por su ser o lo que no es por su no ser. Pero ni se aprende lo que es por su ser –pues la naturaleza de lo que es está patente a todos y es conocida– ni

lo que no es por su no ser. Pues a lo que no es nada le acontece, ni siquiera el ser enseñado.

Tampoco hay devenir, afirman. Porque ni lo que es deviene, pues ya es, ni lo que no es, pues no tiene base real. Y lo que no tiene realidad ni es tampoco consigue devenir.

101. Por naturaleza no hay bien o mal, dicen. Pues de haber algo bueno o malo por naturaleza, debería presentarse a todos como tal bien o mal, al modo como la nieve es fría para todos. Pero nada es en general bueno o malo para todos. Por consiguiente no hay bien o mal por naturaleza. Pues o bien todo lo que a uno le parece un bien debe ser proclamado tal, o no todo. Y todo no puede ser proclamado tal, porque una misma cosa a uno le parece un bien y a otro le parece un mal, como el placer para Epicuro es un bien y para Antístenes un mal. Ocurre por tanto que la misma cosa es un bien y un mal. Y si decimos que no es bueno todo lo que se lo parece a alguien, será preciso que distingamos entre las opiniones. Lo cual no es posible a causa de la equivalencia de las razones (en favor de lo uno o lo otro). Por tanto el bien por naturaleza es incognoscible.

102. Es posible captar en conjunto el carácter general de su doctrina a partir de los tratados que dejaron. Pirrón personalmente no escribió nada, pero lo hicieron sus alumnos asiduos Timón, Enesidemo, Numenio, Nausífanes y otros varios.

En polémica con ellos los dogmáticos afirman que los escépticos tienen conocimientos y expresan creencias. Pues en lo que tratan de rebatir admiten un conocimiento. Y en éste se afirman y dogmatizan. Así, por ejemplo, cuando aseguran que no definen nada y que a todo razonamiento se opone otro, están definiendo eso y expresan una conclusión dogmática.

103. A éstos les responden ellos: «Sobre aquello que experimentamos como hombres, estamos de acuerdo en admitirlo. Por ejemplo que es de día, y que vivimos, y admitimos

muchos otros fenómenos de la vida. Pero en cuanto a aquellas cosas que los dogmáticos afirman por el razonamiento, asegurando que las han comprendido, acerca de estas suspendemos nuestro juicio en cuanto inciertas, ya que sólo reconocemos nuestras impresiones. Admitimos el hecho de que vemos y de que pensamos; esto lo reconocemos, pero ignoramos cómo vemos o cómo pensamos. Y que un cierto objeto parece blanco lo decimos coloquialmente, aunque no aseguramos que también lo sea realmente. En cuanto a la expresión de «No defino nada» y las otras parecidas, las decimos no como afirmaciones dogmáticas. 104. Porque no son semejantes a afirmar que el mundo es esférico. Pues esto expresa algo oscuro e incierto, mientras que aquéllas son reconocimientos de un hecho. Por tanto, cuando decimos que no definimos nada, ni siquiera definimos ese mismo aserto.

Por otra parte, los dogmáticos les acusan de eliminar la vida en cuanto que niegan todas aquellas cosas de que se compone la vida. Pero ellos replican que eso es falso. Porque no niegan el que veamos, sino que desconocen el cómo vemos, «pues el caso es que admitimos la apariencia, pero no sabemos cómo sucede ni que sea tal en realidad. Y también percibimos que el fuego quema; pero nos abstenemos de juzgar si su naturaleza es cáustica. También vemos que uno se mueve y que perece; pero cómo sucede eso, no lo sabemos. Sólo nos oponemos por tanto, dicen, a los supuestos entramados ocultos de los fenómenos. 105. También cuando decimos que una pintura tiene proyecciones, aclaramos lo aparente. Pero cuando decimos que no tiene proyecciones, decimos algo distinto».

Por eso dice Timón en su *Pitón* que no ha ido más allá de la observación corriente. Y en sus *Imágenes* dice así:

> Pero la apariencia se impone por doquier donde se [presenta[68].

68. *Frag.* 69 Diels.

Y en su *Acerca de las sensaciones* dice: «No aseguro que la miel sea dulce, pero reconozco que lo parece».

106. También Enesidemo en sus *Argumentos de Pirrón* dice que Pirrón no definía nada dogmáticamente por la posibilidad de contradicción, sino que se guiaba por las apariencias. Lo mismo afirma en su *Contra el saber* y en su *Sobre la investigación*. Por lo demás, también Zeuxis, el amigo de Enesidemo, en su *Sobre los argumentos dobles* y Antígono de Laodicea y Apelas en su *Agripa* admiten sólo las apariencias. Así pues, para los escépticos un criterio es la apariencia, cono dice Enesidemo. También opina así Epicuro. Demócrito en cambio no acepta nada de las apariencias fenoménicas, sino que dice que éstas no son reales.

107. Contra este criterio de las apariencias los dogmáticos dicen que cuando de los mismos objetos se obtienen diferentes representaciones, como de una torre, redonda o cuadrada, si el escéptico no elige una de las dos, será incapaz de actuar. Pero si se decide por una de las dos, ya no otorgará un valor idéntico a todas las apariencias, dicen. A ellos les responden los escépticos que cuando se reciben diferentes representaciones, hemos de decir que aparecen unas y otras. Precisamente por eso se admiten las apariencias, porque aparecen.

Los escépticos afirman que el fin moral es la suspensión de juicio, a la que sigue a modo de sombra la imperturbabilidad, según dicen los discípulos de Timón y Enesidemo. 108. Pues ni siquiera en lo que depende de nosotros escogemos esto o vamos a evitar aquello. Y todo lo que no depende de nosotros, sino de la necesidad, no podemos evitarlo, como el pasar hambre y sed y sentir dolor. Al decir los dogmáticos que el escéptico podrá vivir a condición de no evitar, si recibiera tal orden, el descuartizar a su padre, replican los escépticos que podrá vivir con tal de abstenerse de las investigaciones de los dogmáticos, pero no en las cuestiones que se refieren a la vida y su conservación. De modo que ele-

gimos o evitamos algo según la práctica habitual, y nos atenemos a las leyes. Algunos dicen que el fin que proclaman los escépticos es la impasibilidad, y otros que la afabilidad.

Timón (*c.* 320-230 a.C.)

109. Nuestro Apolónides de Nicea en el primer libro de sus *Comentarios sobre los «Siloi»*, que dedicó al emperador Tiberio, dice que era hijo de Timarco y de Fliunte por su linaje.

Habiéndose quedado sin familia joven se dedicó a coreuta, pero luego se arrepintió y se marchó a Mégara al lado de Estilpón. Y después de haber tratado con aquél regresó de nuevo a su patria y se casó. Luego se trasladó en compañía de su mujer a Élide junto a Pirrón y allí vivió hasta que tuvo hijos, de los cuales al mayor le dio el nombre de Janto, le enseñó la medicina y le dejó en herencia sus medios de vida.

110. Éste fue famoso, como dice Soción en su undécimo libro. No obstante, careciendo de alimentos, zarpó hacia el Helesponto y la Propóntide. Practicando el oficio de sofista en Calcedón, adquirió mayor reputación, y tras haberse enriquecido allí marchó a Atenas, donde habitó hasta su muerte, excepto un viaje por corto tiempo a Tebas. Fue conocido del rey Antígono y de Tolomeo Filadelfo, según él mismo atestigua en sus yambos.

Era, según cuenta Antígono, aficionado a la bebida, y componía poemas en el tiempo libre de sus estudios filosóficos. Así compuso versos épicos, tragedias y dramas satíricos y dramas cómicos (treinta comedias y sesenta tragedias), poesías burlescas *(Siloi)* y obscenas. 111. Se le atribuyen también libros que en conjunto abarcan unas veinte mil líneas, que cita Antígono de Caristo, el mismo que escribió su biografía. Los (libros) de poesías burlescas *(Siloi)* son tres, en los cuales en su condición de escéptico ridiculiza a todos

y se mofa de los dogmáticos en un género paródico. De éstos el primero tiene una exposición en primera persona, el segundo y el tercero tienen forma de diálogo. En efecto se representa como interlocutor de Jenófanes de Colofón interrogándole respecto a unos y otros, y aquél le va respondiendo. En el libro segundo trata de los filósofos más antiguos, y en el tercero, de los posteriores. Por eso algunos le dieron a éste el título de *Epílogo*. 112. El primero trata de los mismos temas, con la peculiaridad de que el poema es un monólogo. Su comienzo es éste:

Contadme ahora vosotros, habilidosos sofistas todos...[69].

Murió cerca de los noventa años, según afirman Antígono y Soción en su libro undécimo. De él oí decir que tenía sólo un ojo, por lo que él mismo se llamaba Cíclope.

Hubo además otro Timón, el misántropo.

En cuanto al filósofo, era muy amante de los jardines y de la vida privada, según refiere también Antígono. En todo caso se cuenta que Jerónimo el peripatético dijo a propósito de él: «Como entre los escitas disparan sus flechas tanto los que atacan como los que se retiran, también entre los filósofos los unos cazan a sus discípulos persiguiéndolos, y los otros retirándose, como Timón».

113. Era muy agudo en sus ideas y en sus burlas. Y aficionado a la literatura y capaz de componer argumentos para los poetas y de escribir dramas. Y colaboraba en las tragedias de Alejandro (de Etolia) y Homero (de Bizancio). Cuando le molestaba el alboroto de las criadas y de los perros, no componía nada, esforzándose por obtener la tranquilidad. Cuentan que Arato le preguntó cómo podía adquirir un texto fiel de Homero, y que él respondió: «Si consigues encontrar copias antiguas y no las ya enmendadas».

69. *Frag.* 1 Diels.

Tenía sus poemas amontonados al azar y medio roídos algunas veces. 114. De modo que al leérselos al orador Zópiro desplegaba el volumen y empezaba a leer al desgaire. Y, al llegar a la mitad, entonces encontraba el pasaje que hasta entonces había buscado en vano. Tan descuidado era. Era tan distraído que se olvidaba de ir a comer.

Cuentan de él que al ver a Arcesilao cruzar por la plaza de los Cércopes (en Atenas), le dijo: «¿Qué haces tú aquí, donde estamos nosotros, los hombres libres?». De continuo acostumbraba citar contra los que admitían las sensaciones cuando estaban confirmadas por la intuición el dicho: «Se encontró Atagante con Numenio».

Acostumbraba a bromear de ese modo. A uno que se admiraba de todo le dijo: «¿Por qué no te admiras de que entre nosotros tres tengamos cuatro ojos?». Porque él era tuerto y también su discípulo Dioscórides, y el otro era normal.

115. Al preguntarle una vez Arcesilao que por qué había regresado de Tebas, contestó: «Para reírme al veros revolotear aquí». A pesar de que satiriza a Arcesilao en los *Siloi*, lo ha elogiado en su *Banquete fúnebre de Arcesilao*.

No tuvo ningún sucesor, según dice Menódoto, y su escuela se eclipsó hasta que la restableció Tolomeo de Cirene. Según afirman Hipóboto y Soción, fueron discípulos suyos Dioscórides de Chipre, Nicóloco de Rodas, Eufranor de Seleucia y Prailo de la Tróade, quien fue persona de tal bravura que, según cuenta Filarco en su relato histórico, soportó ser castigado injustamente por delito de traición sin dignarse dirigir la palabra a sus conciudadanos.

116. De Eufranor fue discípulo Eubulo de Alejandría; de éste, Tolomeo; de éste, Sarpedón y Heraclides; de Heraclides, Enesidemo de Cnoso, quien compuso los ocho libros de sus *Discursos de Pirrón*. De él fue discípulo su conciudadano Zeuxipo; de éste, Zeuxis el Patizambo; y de éste, Antíoco de Laodicea sobre el Lico. De éste lo fueron Menódoto de Nicomedia, un médico empírico, y Teodante de Laodicea. De

Menódoto lo fue Heródoto de Tarso, hijo de Arieo. De Heródoto fue alumno Sexto Empírico, que escribió los diez libros sobre los escépticos y otras obras muy interesantes. De Sexto fue discípulo Saturnino el Citenate, también un empírico.

LIBRO X

Epicuro (341-271 a.C.)

1. Epicuro, hijo de Neocles y Queréstrata, era ateniense, del demo de Gargetto, y del linaje de los Filaidas, según dice Metrodoro en su *Sobre la nobleza.*

De él cuenta Heraclides, entre otros, en su *Epítome* de Soción, que se crió en Samos, donde los atenienses habían establecido una colonia. Y que vino a Atenas a los dieciocho años, cuando Jenócrates enseñaba en la Academia y Aristóteles estaba en Calcis. Tras la muerte de Alejandro de Macedonia y la expulsión de los atenienses por Perdicas[1], marchó a Colofón a reunirse con su padre. 2. Después de haber vivido allí durante cierto período, y de haber reunido unos discípulos, regresó de nuevo a Atenas en el arcontado de Anaxícrates[2]. Allí por un tiempo filosofó en común con otros, después fundó de un modo un tanto particular la escuela que lleva su nombre.

Él mismo cuenta que abordó la filosofía a la edad de catorce años. Y Apolodoro el epicúreo relata en el primer libro

1. Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*, XVIII 18. 9.
2. 307-306 a.C.

de su *Vida de Epicuro* que accedió a la filosofía por despecho hacia los maestros de escuela, porque no habían podido explicarle el sentido de «caos» en Hesíodo. Pero Hermipo dice que él mismo fue maestro de escuela, mas luego al encontrarse con los libros de Demócrito se precipitó a la filosofía.
3. Por eso precisamente lo califica Timón de:

> El postrero y más desvergonzado de los fisiólogos,
> venido de Samos, descendiente de maestros de escuela,
> el más ineducado de los vivientes[3].

Con él se dedicaron a filosofar sus tres hermanos, Neocles, Queredemo y Aristobulo, a los que él incitó a ello, según dice Filodemo el epicúreo en el libro décimo de su *Ordenación de los filósofos.* Y además un esclavo, llamado Mys, según dice Mironiano en sus *Capítulos históricos paralelos.*

El estoico Diotimo, que le odiaba, lo calumnió de manera muy acerba al publicar cincuenta cartas escandalosas como de Epicuro; y también ese que adscribió a Epicuro las cartas que se consideran de Crisipo. 4. Y también (le calumniaron) los discípulos de Posidonio el estoico, y Nicolao, y Soción en el libro doce de la obra titulada *Refutaciones diocleas* (que consta de veinticuatro libros), y Dionisio de Halicarnaso. Así por ejemplo, (cuentan) que iba en compañía de su madre de ronda por las casas miserables, y recitaba ensalmos, y que en compañía de su padre enseñaba a leer y escribir por una paga mísera. Y además que prostituyó a uno de sus hermanos, y que convivía con la hetera Leontio. Y que enunció como suyas las teorías de Demócrito acerca de los átomos y la de Aristipo sobre el placer. Que no era ciudadano de un modo legítimo lo afirman Timócrates y Heródoto en la obra *Sobre la efebía de Epicuro.* Y que aduló vergonzosamente a Mitras, el ministro de Lisímaco, invocándolo en

3. *Frag.* 51 Diels.

sus cartas como «Salvador» y «soberano»; 5. de igual modo que a Idomeneo, Heródoto y Timócrates, que dieron a conocer sus doctrinas secretas, los elogia y adula por este mismo motivo.

En sus cartas a Leontio, se expresa así: «¡Por el soberano Peán, mi querida Leontilla, qué tumultuoso alborozo suscitó entre nosotros la lectura de tu carta!». Y a Temista, la esposa de Leonteo, le dice: «Soy capaz, si no venís vosotros a verme, de impulsarme en mi silla de tres ruedas hacia donde quiera que vosotros y Temista me convoquéis». Y a Pítocles, que estaba en lo mejor de su juventud, le dice: «Me sentaré a aguardar tu deseada y divina aparición». De nuevo, según refiere Teodoro en el libro cuarto de su obra *Contra Epicuro*, se dirige a Temista como adorándola. 6. Y además escribió a otras varias heteras, sobre todo a Leontio, de la que se enamoró Metrodoro.

En su tratado *Acerca del fin* escribe así: «Pues yo desde luego no sé cómo imaginar el bien, si suprimo los placeres de los sabores, si suprimo los del sexo, los de los sonidos y los de la forma bella». Y en la carta a Pítocles, le escribe: «Desplegando las velas huye, hombre feliz, de toda cultura».

Epicteto le califica de pornógrafo y lo insulta al máximo. Y también lo hace desde luego Timócrates en su escrito intitulado *Delicias;* éste, que era hermano de Metrodoro y que fue discípulo suyo, después de haber abandonado su escuela, cuenta que Epicuro vomitaba dos veces al día a causa de sus excesos, y refiere que a duras penas tuvo fuerza para liberarse de aquellas nocturnas sesiones filosóficas y aquella tertulia de iniciados. 7. Y cuenta que Epicuro era un ignorante respecto a muchos temas de la teoría, y mucho más aún respecto a los de la vida; y que su salud corporal era lamentable, de modo que durante muchos años no podía levantarse de su litera. Y que gastaba una mina diaria en la comida, según escribe él mismo en su carta a Leontio y en la dirigida a los filósofos de Mitilene. Y que convivían con él y

con Metrodoro esa y otras heteras, como Mammario, Hedia, Erotio y Nicidio.

Además, que en los treinta y siete libros de su *Acerca de la Naturaleza* se repite en la mayoría de los temas, y que en ellos escribe constantemente en contra de otros autores y especialmente en contra de Nausífanes, y cita su propia expresión, cuando dice: «¡Dejémoslo a su desventura! Pues aquél enarbolaba, tras los dolores del parto, la jactancia sofística de su boca, como lo hacen también otros muchos esclavos».

8. Añade que el mismo Epicuro decía de Nausífanes en sus cartas: «Eso lo ha llevado a tal punto de desvarío que me injuriaba y se calificaba de maestro mío». Lo calificaba de «molusco», «iletrado», «analfabeto», «engatusador» y «prostituta». A los platónicos los llamaba «aduladores de Dionisio», y al mismo Platón, «el áureo», y a Aristóteles, «un disipado, que tras haber devorado la hacienda paterna se enroló en el ejército y vendía drogas». A Protágoras «portador de bultos», y «escribiente de Demócrito», y «maestro de aldea». A Heráclito «revolvedor», a Demócrito «lerócrito», a Antidoro «Sannidoro», a los de Cícico «enemigos de Grecia», a los dialécticos «roídos de envidia», y a Pirrón «ignorante e inculto».

9. Pero estos (calumniadores) están locos. Pues para nuestro hombre hay suficientes testigos de su insuperable buena disposición para con todos, tanto su patria que le honró con veinte estatuas de bronce como sus amigos, tan numerosos que su cantidad no podría medirse ni por ciudades enteras, y sus discípulos todos que se sintieron retenidos por los encantos de su doctrina, como por unas sirenas, a excepción de Metrodoro de Estratonicea, que desertó para seguir a Carnéades, agobiado tal vez por las insuperables muestras de bondad de Epicuro. Y la tradición de la escuela, que, mientras casi todas las demás se han extinguido, se mantiene y cuya dirección se ha traspasado innumerables veces de un discípulo a otro. 10. Y su agradecimiento hacia sus padres, su generosidad con sus hermanos, su dulzura

para con sus siervos, como se puede ver por sus disposiciones testamentarias y por el hecho de que éstos filosofaban en su compañía, como fue el caso del famoso Mys, al que ya hemos aludido. Y, en general, su amor humanitario hacia todo el mundo.

Porque, desde luego, su piedad hacia los dioses y su amor a la patria son algo indecible. En efecto, por exceso de honestidad, se abstuvo de la política.

Y aunque en aquellos momentos atravesaba Grecia por circunstancias muy penosas, persistió en habitar en ella, haciendo sólo dos o tres viajes hacia las tierras de Jonia para visitar a sus amigos. Por cierto que éstos acudían de todas partes a él, y convivían con él en el Jardín, según cuenta Apolodoro, que dice que lo había comprado por ochenta minas.

11. Diocles en el tercer libro de su *Breviario* dice que allí llevaban un régimen de vida muy frugal y sencillísimo. Pues se contentaban, dice, con un cuartillo de vino, pero su bebida de siempre era el agua. Epicuro no consideró preciso depositar los bienes propios en común, de acuerdo con la máxima de Pitágoras de que los bienes de los amigos son propiedad común. Pues decía que tal acción implica desconfianza, y si hay desconfianza, no hay amistad. Él mismo afirma en sus cartas que se contentaba sólo con agua y un pan sencillo. Así dice: «Envíame una tarrina de queso, para que pueda, cuando me apetezca, darme un festín». Tal era el hombre que establecía como principio que el placer era el fin de la vida, a quien Ateneo celebra en un epigrama que dice así:

12. Penáis, humanos, por lo de poca monta y por una [ganancia
que no os colma emprendéis rencillas y batallas.
Pero breve es el límite que la naturaleza asigna a la riqueza,
mientras que los vanos juicios le dan un camino sin fin.

Tal mensaje escuchó el sagaz hijo de Neocles
o bien de las Musas o de los sagrados trípodes de Pitó[4].

Lo entenderemos mejor al avanzar por sus principios y sus propias palabras.

De los antiguos filósofos le agradaba sobre todo Anaxágoras, aunque haya disentido de él en algunos temas, y Arquelao, el maestro de Sócrates, dice Diocles. Ejercitaba, añade éste, a sus discípulos en retener de memoria sus escritos.

13. Apolodoro en sus *Crónicas* dice que fue alumno de Nausífanes y de Praxífanes. Pero él lo niega, y dice que lo fue sólo de sí mismo en la *Carta a Euríloco.* Además tanto él como Hermarco niegan que haya existido ningún Leucipo filósofo, el que algunos, como Apolodoro el epicúreo, dicen que fue el maestro de Demócrito. Demetrio de Magnesia refiere que Epicuro escuchó también las lecciones de Jenócrates.

Se sirve de un estilo preciso en el tratamiento de los temas, al que el gramático Aristófanes le reprocha ser muy personal. Era tan claro, que en su obra *Sobre la retórica* no pretende exigir otro requisito que la claridad. 14. Incluso en sus cartas escribe, en lugar de «¡alégrate!», «¡pórtate bien!» y «¡vive dignamente!».

Pero Aristón dice en su *Vida de Epicuro* que escribió su *Canon* a partir del *Trípode* de Nausífanes, del que afirma que fue discípulo, como también lo fue del platónico Pánfilo en Samos. Dice también que comenzó a filosofar a la edad de catorce años, y estableció su escuela a la edad de treinta y dos.

Nació, según dice Apolodoro en sus *Crónicas*, en el tercer año de la Olimpiada ciento nueve, durante el arcontado de Sosígenes[5], el séptimo día del mes de Gamelión, siete

4. *Ant. Plan.* IV 43.
5. 341 a.C.

años después de la muerte de Platón. 15. A la edad de treinta y dos años fundó una escuela por primera vez en Mitilene y Lámpsaco, que duró cinco años. Luego ya se trasladó a Atenas. Y murió en el segundo año de la Olimpiada ciento veintisiete, en el arcontado de Pitárato[6], tras haber vivido setenta y dos años. Al frente de la escuela le sucedió Hermarco de Mitilene, hijo de Agemorto. Murió Epicuro de un cálculo renal por retención de la orina, según cuenta Hermarco en sus cartas, después de catorce días de enfermedad. Cuenta precisamente Hermipo que entonces se metió en una bañera de bronce llena de agua caliente y pidió vino puro para echar un trago, y, 16. después de recomendar a sus amigos que se acordaran de sus enseñanzas, allí murió.

Y tenemos unos versos acerca de él que dicen así:

> Vivid alegres y recordad mis doctrinas. Ésta fue
> la última frase que dijo a sus amigos, al morirse, Epicuro.
> Entonces entró en un baño cálido y sorbió vino puro,
> y al punto se sintió penetrado del frío del Hades[7].

Ésa fue la vida del hombre, y ésta su muerte.

E hizo su testamento con estas cláusulas:

«Por la presente lego todos mis bienes personales a Aminómaco, hijo de Filócrates, del demo de Bate, y a Timócrates, hijo de Demetrio, del demo de Pótamo, de acuerdo con la donación a uno y otro recogida por escrito en el Metroon, 17. con la condición de que dejen el Jardín y todas sus dependencias a disposición de Hermarco, hijo de Agemorto, de Mitilene, y a los que filosofan en su compañía, y a los que Hermarco pueda dejar como sus sucesores en filosofía,

6. 271-270 a.C.
7. *Ant. Pal.* VII 106.

para que vivan de acuerdo con la filosofía. Y para siempre lo lego a los que filosofen según nuestros principios, para que conserven de acuerdo en lo posible con Aminónaco y Timócrates la vida comunitaria en el Jardín, y de acuerdo también con los herederos de éstos, del modo que sea más seguro, para que también éstos se cuiden del Jardín, así como también aquellos a los que se lo encomienden nuestros sucesores en la escuela filosófica. Respecto a la casa en Mélita, que Aminómaco y Timócrates se la cedan a Hermarco y a los que filosofan con él, para que la habiten, mientras Hermarco viva.

18. »De los beneficios que se obtengan de lo que hemos donado a Aminómaco y a Timócrates que se hagan partes, de acuerdo con Hermarco, para atender a las ofrendas funerarias en honor de mi padre, mi madre y mis hermanos, y para celebrar la fiesta habitual del día de mi aniversario el diez de Gamelión de cada año, así como para (cubrir los gastos de) la reunión que tiene lugar los días veinte de cada mes de los que filosofan con nosotros, en la fecha dedicada a mi memoria y la de Metrodoro. Que celebren conjuntamente el día de mis hermanos en el mes de Posidón. Que celebren también reunidos el de Polieno en el mes de Metagitnión, como lo hacíamos nosotros.

19. »Que se preocupen también Aminómaco y Timócrates de Epicuro, el hijo de Metrodoro, y del hijo de Polieno, mientras éstos filosofen y convivan con Hermarco. De igual modo que tengan a su cargo a la hija de Metrodoro, y que, al llegar ella a la edad conveniente, la den en matrimonio a aquel que Hermarco elija de entre los que filosofan en su compañía, siempre que ella sea de buena disposición y obediente a Hermarco. Que Aminómaco y Timócrates entreguen para la alimentación de estos niños la parte de nuestros ingresos que les parezca ser conveniente, en consulta con Hermarco.

20. »Que junto a ellos mismos concedan a Hermarco pleno derecho para decidir sobre los ingresos, para que nada se

haga sin la aprobación de quien ha envejecido a nuestro lado en el trato con la filosofía y que ha quedado como guía de nuestros compañeros de filosofar. En cuanto a la dote de la muchacha, que fijen la dote de bodas Aminómaco y Timócrates, cuando ella alcance la edad oportuna, tomando la suma que convenga de los recursos disponibles, de acuerdo con el parecer de Hermarco.

»Que se ocupen también de Nicanor, como lo hacíamos nosotros, para que ninguno de aquellos que, compañeros nuestros en el filosofar, nos han ofrecido su apoyo en los asuntos particulares y nos han demostrado una familiaridad cabal al elegir envejecer a nuestro lado en el trato con la filosofía se halle carente de cualquiera de las cosas necesarias, en lo que lo permitan nuestros recursos.

21. »Que entreguen todos los libros que son míos a Hermarco.

»Si alguno de los accidentes humanos acontece a Hermarco antes de que los hijos de Metrodoro alcancen la adolescencia, que Aminómaco y Timócrates les den para cubrir todas sus necesidades, siempre que se porten bien, en la medida posible de los recursos que nosotros dejamos.

»Y que se cuiden de todas las restantes disposiciones que hemos dado, para que se cumplan en la medida de lo posible.

»De mis esclavos dejo en libertad a Mys, a Nicias y a Licón; dejo también libre a la esclava Fedrion».

22. Cuando ya se estaba muriendo, escribe a Idomeneo esta carta:

«Al tiempo que pasa este feliz y a la vez último día de mi vida te escribo estas líneas. Me siguen acompañando los dolores de la vejiga y del vientre, que no disminuyen el rigor extremo de sus embates. Pero contra todos ellos se despliega el gozo del alma, fundado en el recuerdo de las conversaciones que hemos tenido. Tú, en consonancia con tu actitud

desde muchacho hacia mí y hacia la filosofía, cuídate de los hijos de Metrodoro».

Y así dejó sus últimas disposiciones.

Tuvo numerosos discípulos, pero el más renombrado fue Metrodoro de Lámpsaco, hijo de Ateneo, o de Timócrates y de Sande; el cual, desde el momento en que conoció a Epicuro, no se apartó de él, a no ser durante seis meses que pasó en su tierra patria, tras los que regresó. 23. Era un hombre excelente en todos los aspectos, como atestigua precisamente Epicuro en sus escritos prologales (a las obras de aquél) y en el tercer libro de su *Timócrates*. Siendo de tal carácter entregó a su hermana Bátide cono esposa a Idomeneo y acogió y tuvo a Leontio, una hetera ateniense, como concubina. Se mantuvo imperturbable ante las desgracias y la muerte, como cuenta Epicuro en el libro primero de su *Metrodoro*. Cuentan que murió siete años antes que él, a la edad de cincuenta y tres años, y el mismo Epicuro en su citado testamento deja instrucciones, evidentemente porque él ya había muerto, acerca del cuidado de sus hijos. También fue discípulo de Epicuro otro hermano de Metrodoro, Timócrates, al que ya aludimos, un hombre irresponsable.

24. Los libros de Metrodoro son los siguientes:

Contra los médicos, tres libros.
Sobre las sensaciones.
A Timócrates.
Sobre la magnanimidad.
Sobre la enfermedad de Epicuro.
Contra los dialécticos.
Contra los sofistas, nueve libros.
Acerca del camino hacia la sabiduría.
Sobre el cambio.
Sobre la riqueza.
Contra Demócrito.
Sobre la nobleza de nacimiento.

Lo fue también Polieno de Lámpsaco, hijo de Atenodoro, una persona honesta y amable, según dicen los discípulos de Filodemo.

Y el que fue su sucesor en la escuela, Hermarco, hijo de Ageraorto, de Mitilene, hijo de un hombre pobre, y que al comienzo se dedicó a estudios de retórica.

También de éste se conservan libros excelentes, éstos:

25. *Escritos en forma epistolar sobre Empédocles,* en veintidós libros.
Sobre los discípulos.
Contra Platón.
Contra Aristóteles.

Murió de parálisis, tras haber llegado a ser una persona muy competente.

De igual modo fueron sus discípulos Leonteo de Lámpsaco y su mujer, Temista, a la que Epicuro dejó escritas cartas. Y además Colotes e Idomeneo, ambos de Lámpsaco también. Éstos fueron los más notables, y con ellos Polístrato, el que sucedió a Hermarco.

A éste le sucedió Dionisio, y a éste Basílides. También Apolodoro, «el tirano del Jardín», se hizo famoso, que escribió más de cuatrocientos libros. Y los dos Tolomeos de Alejandría, el blanco y el negro. Y Zenón de Sidón, discípulo de Apolodoro, un polígrafo; 26. y Demetrio, el llamado Lacedemonio; y Diógenes de Tarso, el que compuso las *Lecciones selectas;* y Orión y otros a los que los auténticos epicúreos llaman «sofistas».

Hubo además otros tres Epicuros: el hijo de Leonteo y Temista; otro, de Magnesia; y el otro, un maestro de armas.

Fue Epicuro el más prolífico escritor, sobrepasando a todos por el número de sus libros. Pues existen alrededor de trescientos rollos de él. Y están escritos sin ninguna citación intercalada, sino que son las palabras de Epicuro. Intentó emularle en lo prolífico de los escritos Crisipo, como atestigua precisamente Carnéades, que le apoda «parásito de sus

libros». Pues de cualquier cosa que Epicuro escribiera, rivaliza Crisipo en escribir otro tanto. 27. Precisamente por eso se ha repetido a menudo y ha escrito lo que se le ocurría, y al apresurarse dejó manuscritos sin corregir. Y sus citas son tantas que llegan a colmar los libros, como también es posible verlo en Zenón y en Aristóteles.

Tan numerosos y de tal carácter son los escritos de Epicuro. De ellos los mejores son los siguientes:

Acerca de la Naturaleza, treinta y siete libros.
Acerca de los átomos y el vacío.
Sobre el amor.
Epítome de las objeciones a los fisiólogos.
Contra los megáricos.
Problemas.
Máximas capitales.
Sobre elecciones y rechazos.
Acerca del fin.
Sobre el criterio o *Canon.*
Queredemo.
Acerca de los dioses.
Sobre la piedad.
28. *Hegesianacte.*
Sobre los modos de vida, cuatro libros.
Sobre el justo obrar.
Neocles, dedicado a Temista.
Banquete.
Euríloco, dedicado a Metrodoro.
Sobre la visión.
Sobre el ángulo en el átomo.
Sobre el tacto.
Sobre el destino.
Opiniones sobre las sensaciones, contra Timócrates.
Pronóstico.
Protréptico.
Sobre las imágenes.

Sobre la representación.
Aristobulo.
Sobre la música.
Sobre la justicia y otras virtudes.
Acerca de los regalos y el agradecimiento.
Polimedes.
Timócrates, tres libros.
Metrodoro, cinco libros.
Antidoro, dos libros.
Opiniones sobre enfermedades, dedicado a Mitres.
Calístolas.
Acerca del gobierno real.
Anaxímenes.
Cartas.

Las teorías que sostiene en estas obras intentaré exponerlas presentando tres cartas suyas, en las que ha abreviado toda su filosofía. 29. Daremos también sus *Máximas capitales* y lo que nos pareció que está expresado de un modo digno de seleccionarlo, de forma que puedas conocer su personalidad en todas sus facetas y tener conocimientos para juzgarlo.

La primera carta está dirigida a Heródoto, y trata sobre fenómenos físicos. La segunda, a Pítocles, trata de fenómenos meteorológicos. La tercera, a Meneceo, trata de consideraciones sobre la vida humana. Hay que empezar por la primera, después de decir un breve prólogo acerca de la división que él establece de la filosofía.

La divide en efecto en tres secciones: Canónica, Física y Ética. 30. La Canónica forma la introducción al sistema doctrinal, y está contenida en un único libro, el titulado *Canon*. La Física trata de toda la teoría acerca de la naturaleza, y está contenida en los treinta y siete libros de *Acerca de la naturaleza*, y en las *Cartas*, en lo elemental. La Ética trata de lo que respecta a elección y rechazo; y está presentada en los libros *Sobre los modos de vida* y en las *Cartas* y en el *Sobre el*

fin. Acostumbran, sin embargo, a clasificar la Canónica junto con la Física, y a esta sección la denominan «del criterio y del principio», y «elemental». La Física trata de la generación y la corrupción y de la naturaleza; la Ética sobre elecciones y rechazos, y sobre modos de vida, y sobre el fin moral.

31. Desdeñan la dialéctica como superflua, pues estiman que basta con que los físicos procedan de acuerdo con los nombres aplicados a las cosas. Desde luego en el *Canon* Epicuro afirma que los criterios de la verdad son las sensaciones, las prolepsis y las afecciones, pero los epicúreos añaden las proyecciones representativas del pensamiento. Lo dice también en su resumen dirigido a Heródoto y en las *Máximas Capitales*.

«Toda sensación –afirma– es irracional e incapaz de memoria. Pues ni se mueve por sí misma ni, movida por otro, es capaz de añadir o quitar nada. Tampoco hay nada que pueda refutarlas. 32. Porque ni la sensación de cierta clase refuta otra de la misma clase por su fuerza equivalente, ni la sensación de una clase diferente la de una clase diferente, puesto que no emiten juicio sobre los mismos objetos; ni tampoco la razón, puesto que todo razonamiento es enunciado a partir de las sensaciones; ni un sentido a otro, pues prestamos atención a todos. Y la existencia de percepciones efectivas garantiza la verdad de las sensaciones; pues tan efectivamente existe el hecho de que nosotros vemos y oímos como el hecho de que sentimos dolores.

»Por lo tanto también es preciso que nuestras inferencias sobre las cosas trascendentes procedan del ámbito de los fenómenos. Y desde luego todas las nociones tienen su origen en las sensaciones y se forman por coincidencia y analogía y semejanza y composición, colaborando en algo también el razonamiento. Incluso las visiones de los locos y las de los sueños son verdaderas, ya que producen una agitación, y lo inexistente no puede agitar.

33. »En cuanto a la prolepsis, hablan de ella como de una aprehensión real o una opinión correcta o intuición o idea universal residente en nosotros, es decir como recuerdo de lo que muchas veces se le ha mostrado en el exterior, como por ejemplo: "lo de tal aspecto es un hombre". Porque en cuanto se pronuncia la palabra "hombre" enseguida de acuerdo con la prolepsis la imagen de éste es pensada, siendo los sentidos sus introductores previos. Desde luego la significación denotada por cada nombre primordialmente es clara. Y nunca habríamos planteado la investigación sobre un objeto, si no lo conociéramos ya antes. Como al decir: «Lo que está allá lejos es un caballo o un toro», es preciso que ya por prolepsis (o anticipación) nosotros tengamos un conocimiento de la forma del caballo y del toro. Y no habríamos dado un nombre a algo antes de conocer su imagen por prolepsis. Por tanto las prolepsis son claras. También lo opinable está en dependencia de algo anterior concebido claramente, a lo que lo referimos al decir, por ejemplo: "¿Cómo sabemos si esto es un hombre?".

34. »La opinión la califican de suposición, y la consideran verdadera y falsa. Si es confirmada por otros testimonios y no resulta contradicha por ninguno, es verdadera. Pero si no es confirmada por testimonios y es contradicha, resulta falsa. Por eso introdujeron la calificación de "en expectativa", por ejemplo en expectativa de acercarse a la torre y conocer cómo es de cerca.

»Dicen que hay dos afecciones, el placer y el dolor, que se presentan a todo ser vivo, y el uno es connatural y el otro extraño. Por uno y otro decidimos nuestras elecciones y rechazos.

»Y que entre las investigaciones las unas versan sobre los hechos, y las otras, sobre la palabrería huera».

Y esto es lo que se refiere a la división de la filosofía y al criterio de forma elemental.

Conviene pasar ahora a la carta.

Carta a Heródoto:

«Epicuro a Heródoto: ¡salud y alegría!

35. »Para quienes no pueden, Heródoto, examinar con precisión cada uno de nuestros escritos acerca de la Naturaleza, ni tampoco estudiar por entero los libros mayores de los que los constituyen, he preparado yo mismo un resumen de la exposición de conjunto, a fin de que, al menos, puedan retener en la memoria los principios más importantes de modo suficiente pasa que sean capaces de socorrerse a sí mismos en cualquier oportunidad con las reglas fundamentales, en cuanto se acojan a la teoría de la Naturaleza. E incluso aquellos que han progresado bastante en el estudio de las obras enteras conviene que memoricen el esquema básico de toda la doctrina, reducido a sus líneas esenciales. Porque a menudo necesitamos de la visión de conjunto, y no tanto de la pormenorizada.

36. »Hay que acudir, en efecto, a aquéllos (principios básicos) de continuo, y hay que fijarlos en la memoria hasta el punto de obtener, a partir de su recuerdo, la comprensión más fundamental de los sucesos reales. Así también se podrá alcanzar cualquier precisión del detalle en cualquier tema, al haber aprendido bien y retener de memoria los esquemas más generales. Pues incluso en el estudioso muy avanzado ésa resulta la mejor garantía de precisión: el ser capaz de recurrir con presteza a la conexión con los principios generales, refiriéndolo todo a elementos simples y a expresiones sencillas. Pues no es posible comprender el alcance del progreso continuo de la investigación de conjunto, si uno no es capaz de resumirlo con breves fórmulas por sí mismo y hasta lo investigado en detalle.

37. »Por tanto, ya que este método es provechoso para cuantos se dedican al estudio de la Naturaleza, yo, que recomiendo la continua actividad en este estudio natural, y sobre todo la serenidad de vida que con ella se alcanza, he compuesto para conjunto.

»En primer lugar conviene ser conscientes, Heródoto, de lo que denotan las palabras, para que en los temas sujetos a opinión o que se investigan o se discuten podamos emitir juicio refiriéndonos a sus designaciones, y, al hacer una demostración, no se nos vaya todo confuso al infinito o nos quedemos con palabras vacías.

38. »Es preciso pues que en cada vocablo atendamos a su sentido primero y que no requiera explicación, si es que hemos de tener un término al que referir lo que se investiga, se discute o es objeto de opinión. Luego hay que velar en todo caso por nuestras sensaciones y de forma simple por las percepciones presentes (en nosotros), ya sean de la mente o de cualquier otro de los criterios, y del mismo modo por nuestros sentimientos actuales, para que podamos referir a estos signos tanto lo que aguarda confirmación como lo no evidente (a la percepción sensible).

»Y una vez que hemos captado esto claramente conviene ya hacer consideraciones sobre lo que está más allá de la experiencia.

»Así que: en primer lugar, nada nace de la nada. Pues en tal caso cualquier cosa podría nacer de cualquiera, sin necesidad de ninguna simiente.

39. »Y si lo que desaparece se destruyera en la nada, todas las cosas habrían perecido, al no existir aquello en lo que se disolvían.

»Desde luego el todo fue siempre tal como ahora es, y siempre será igual. Porque nada hay en lo que vaya a cambiarse. Pues al margen del todo no hay nada, en lo que pudiera ir a parar en su cambio. Por lo demás [esto lo afirma Epicuro también en su *Gran compendio*, al comienzo, y en el libro primero de *Acerca de la Naturaleza*][8] el todo consiste en átomos y vacío. Pues la existencia de cuerpos la atestigua

8. Todos los pasajes que a partir de aquí aparecen entre corchetes son obra o del propio Diógenes Laercio o de algún escoliasta, no de Epicuro.

la sensación en cualquier caso, y de acuerdo con ella le es necesario al entendimiento conjeturar lo imperceptible, como ya antes he dicho.

40. »Si no existiera lo que llamamos vacío, espacio y naturaleza impalpable, los cuerpos no tendrían dónde estar ni dónde moverse, cuando aparecen en movimiento. Más allá de esto nada puede pensarse, ni por medio de la percepción ni por analogía con lo percibido, en el sentido de que posea una naturaleza completa, que no sea predicado de eso como propiedades o accidentes de las cosas.

»Por lo tanto [esto lo dice también en el libro primero de *Acerca de la Naturaleza* y en los libros catorce y quince, y en el *Gran Compendio]* de los cuerpos los unos son compuestos, y los otros aquellos (elementos) de los que se forman los compuestos. 41. Éstos son indivisibles *(átoma)* e inmutables, so pena de que todo fuera a destruirse en el no ser, y permanecen firmes en las disgregaciones de los compuestos, al ser ellos compactos por naturaleza, de forma que no tienen manera ni lugar de disolverse. De ahí que es forzoso que los principios indivisibles (los átomos) sean los elementos originales *(physeis)* de los cuerpos.

»Además, el todo es infinito. Pues todo lo limitado tiene un límite. Y este límite se percibe al lado de lo otro. De modo que (ya que margen del todo no se percibe nada), no teniendo límite, no tiene final, y no teniendo final, ha de ser infinito y no limitado.

»Y es infinito, desde luego, por la multitud de los cuerpos y por la magnitud del espacio. 42. Pues si el espacio (el vacío = *tŏ kenŏn)* fuera infinito y los cuerpos limitados, en ningún sitio permanecerían los cuerpos, sino que serían arrastrados por el vacío infinito dispersos, sin encontrar algo que los sostuviera y los relanzara mediante los impulsos de choque. Y si el vacío fuera limitado, no tendrían dónde estar los cuernos infinitos.

»Además de eso, los elementos indivisibles y compactos (los átomos) de los cuerpos, de los que surgen los compuestos y en los que se disuelven, son incalculables en las variedades de sus formas. Pues no sería posible que se presentaran tan numerosas variedades de cuerpos a partir de las mismas formas en número reducido. Las formaciones iguales en cuanto a su figura son sencillamente infinitas, mientras que la variedad (de átomos) no es infinita, sino sólo incalculable. 43. [Pues también dice, más abajo, que la división no alcanza al infinito. Y dice que también sus cualidades cambian, a no ser que uno pretenda proyectar éstas, por los tamaños de los átomos, hasta el infinito, sin más].

»Los átomos se mueven continuamente [y afirma más abajo que se mueven a una misma velocidad, al ofrecer el vacío igual paso al más ligero y al más pesado] durante toda la eternidad. Mientras los unos se distancian más y más unos de otros, otros conservan su impulso como oscilación en el sitio donde están, al hallarse atrapados en una trama o al ser envueltos por los que se entrelazan con ellos.

44. »La naturaleza del vacío que los envuelve motiva tal hecho; puesto que no es capaz de ofrecer resistencia y, en cambio, la solidez de los átomos produce el efecto de rebote en la colisión, en la medida en que la trabazón (de unos y otros) permite el retroceso después del choque.

»Y no existe un comienzo de semejantes procesos, porque son eternos los átomos y también el vacío. [Dice más abajo que no hay en los átomos ninguna cualidad a no ser la figura, el tamaño y el peso. En cuanto al color, varía según la disposición de los átomos, afirma en los *Doce elementos*. Pero no llegan a alcanzar cualquier tamaño, ya que nunca un átomo resulta visible.]

45. »Una presentación como ésta de todos esos datos memorizables ofrece una imagen suficiente para inducciones sobre la naturaleza de las cosas reales.

»Pues bien, también los mundos son infinitos, los semejantes a éste y los desemejantes. Pues los átomos, que son infinitos, como hace un momento quedó demostrado, se mueven incluso a lo más lejos. Es que los átomos estos, de los que puede surgir o componerse un mundo, no se agotan en uno ni en varios mundos limitados, ni en los que se asemejan al nuestro ni en los desemejantes. De modo que no hay nada que sea un impedimento a la infinidad de los mundos.

46. »Por lo demás existen imágenes de forma idéntica a los cuerpos sólidos, pero que se distinguen mucho por su sutilidad de los aparentes. Porque los objetos son capaces de producir en su espacio envolvente emanaciones y figuraciones de tal clase que reproduzcan sus cavidades y sus superficies, y efluvios que conservan exactamente la disposición y la secuencia inmediata que ofrecen en sus volúmenes sólidos. A estas imágenes las denominamos "simulacros" *(eídola)*.

»Ahora bien, el movimiento que se realiza en el vacío sin ningún choque con impulsos contrarios se cumple para cualquier distancia sensible en una duración inimaginable. Pues es la resistencia y la falta de resistencia lo que nos da la apariencia de lentitud y de rapidez.

47. »Desde luego el cuerpo mismo que se mueve ni siquiera de acuerdo con las fracciones de tiempo calculadas por la mente recorre de golpe los varios puntos de la trayectoria –ya que es inconcebible (su simultaneidad en ocupar varios lugares)–, y eso que llega en un tiempo sensible a un lugar cualquiera no habrá partido en su movimiento de allí de donde captamos su desplazamiento. Ha de existir, pues, algo semejante a una resistencia de choque, y con esto dejamos de lado la velocidad del movimiento no refrenada por choques. Es útil retener también este principio elemental.

»Luego, que los simulacros estén formados con sutilezas incomparables ninguno de los hechos perceptibles lo contradice. Por tanto, tienen también una velocidad insuperable, en

cuanto encuentran cualquier paso adecuado para que nada o poco choque contra su sutileza infinita, aunque cualquier cosa se oponga a los átomos numerosos e infinitos.

48. »Además de eso, (señalamos) que la producción de los simulacros compite en rapidez con el pensamiento. Pues precisamente la emanación desde la superficie de los cuerpos es continua, sin que se observe la mengua de éstos a causa de la reposición continua de la materia, que conserva la disposición del sólido y la ordenación de los átomos durante largo tiempo, aunque en algunas ocasiones se produzca un cierto derrame. También se forman en la atmósfera concentraciones rápidas (de simulacros) porque no es necesario que la conformación suceda en toda su profundidad, y existen algunos otros modos de producirse estas creaciones. Ninguna de estas cosas se opone al testimonio de nuestras sensaciones, si uno atiende al modo en que podemos referir a nosotros mismos las evidencias y las correspondencias de los objetos externos con nosotros.

49. »Es preciso considerar que nosotros vemos y pensamos al introducirse en nosotros algo procedente de los objetos exteriores. Porque no podrían imprimirnos los objetos externos el impacto de su color natural y de su forma a través del aire interpuesto entre nosotros y ellos ni siquiera con rayos o corrientes de cualquier tipo que surgieran de ellos hacia nosotros, así como (lo hacen) con esa especie de imágenes que nos penetran a partir de los objetos, de su mismo color y forma, y de un tamaño proporcionado para nuestra visión y pensamiento, y capaces de velocidad en sus desplazamientos. 50. Así que por tal motivo preservan la apariencia de unidad y continuidad, y conservan la complexión sensible del objeto emisor, de acuerdo con el impacto medido de su impulso, procedente de la vibración interna que tenían los átomos en el objeto sólido. Por tanto, la imagen que captamos proyectivamente con el entendimiento o por medio de los órganos sensibles, tanto de la forma como de otros

accidentes, es la forma misma del sólido, surgida de su volumen de conjunto o bien de algún resto del simulacro.

»El engaño o el error residen siempre en lo que la opinión agrega a lo que aún aguarda ser confirmado o carecer de testimonio en contra, que luego es algo que no se confirma <o es contradicho por otros datos> [de acuerdo con cierta tendencia que está en nosotros, conectada a la proyección imaginativa, pero distinta, de lo que nace el error o el engaño].

51. »La semejanza de las imágenes percibidas como en una pintura u originadas en sueños o por algunas otras proyecciones del entendimiento, o de los demás criterios, no podría existir en correspondencia a las cosas que llamamos reales y verdaderas, si no existieran algunos objetos de tal clase de los que las recibimos. Pero tampoco se daría el error de no tener en nosotros mismos otro movimiento indeterminado, relacionado con la proyección imaginativa, pero que tiene su independencia. Según ésta, si (lo que imagina) no se ve confirmado o es refutado por otros testimonios, nace el error. En cambio, si se ve confirmado y no contradicho, la verdad.

52. »Conviene, desde luego, mantener esta opinión muy en firme para que no se derrumben los criterios de acuerdo con la evidencia y que no se afiance igualmente el error y todo se confunda.

»Pues bien, también el oír se origina con una corriente de aire que se desplaza a partir del que vocea o resuena o retumba o produce, de cualquier modo, la impresión auditiva. Esa corriente se disemina en partículas homogéneas, que al mismo tiempo conservan una conexión mutua y una unidad peculiar, que se alarga entre el objeto emisor y la sensación que produce, en la mayoría de los casos orientada hacia él, y si no, la que hace patente sólo su exterioridad.

53. »Pues sin una conexión sensible que remonta desde el objeto no habría una sensación semejante. Por tanto no hay que pensar que el aire mismo a impulsos de la voz emi-

tida o de otros impulsos semejantes adopte una figura determinada, ya que ha de ser muy imposible que sufra eso por aquélla; sino que el impacto que producimos al momento de emitir una voz causa el desplazamiento de determinadas partículas constitutivas del fluido aéreo, que nos ofrece la sensación auditiva.

»También respecto del olfato, como del oído, hay que admitir que no se produciría ninguna experiencia de no existir algunas partículas emitidas desde el objeto, adecuadas para mover tal sentido, las unas con una impresión confusa y extraña, las otras con un efecto sereno y familiar.

54. »Además hay que pensar que los átomos no poseen ninguna cualidad de los objetos aparentes a excepción de figura, peso y tamaño y cuanto por necesidad es congénito a la figura. Porque cualquier cualidad se transforma, mientras que los átomos no se alteran en nada, puesto que debe quedar algo firme e indisoluble en las disgregaciones de los compuestos, algo que impida los cambios al no ser o desde el no ser, sino que éstos sean sólo por transposición (de elementos) en muchos casos y por añadidos y sustracciones en otros. De ahí que resulta necesario que lo que se traspone sea indestructible y no tenga la naturaleza de lo que se transforma, pero sí volumen y figura propios. Porque es necesario que eso permanezca.

55. »Así pues, en los objetos que cambian de aspecto ante nosotros se concibe a través del proceso la figura como algo inherente y las cualidades no inherentes al objeto cambiante, de modo que mientras aquélla subsiste como un resto, éstas desaparecen de todo su cuerpo. Lo que permanece residualmente es suficiente para producir las diferencias entre los compuestos, ya que es forzoso que algo quede y no se destruya todo en el no ser.

»Pero tampoco hay que admitir que los átomos puedan ser de cualquier tamaño, para que las apariencias no nos contradigan. Y hay que aceptar algunas diferencias de ta-

maño. Porque se explicarán mejor las datos de nuestras sensaciones si admitimos esto. 56. El que tengan cualquier tamaño, en cambio, no es útil ni siquiera para explicar las diferencias de las cualidades, y además obligaría a que ciertos átomos llegaran a ser visibles. Lo cual no se observa que suceda ni se puede imaginar cómo un átomo llegaría a ser visible.

»Por lo demás no hay que admitir que en un cuerpo limitado haya infinitas partículas ni tampoco de un tamaño cualquiera. Por lo tanto no sólo hay que excluir la división hasta el infinito, para no dejar inconsistentes todas las cosas y no vernos forzados en nuestras concepciones de los agregados a aniquilar los objetos pulverizándolos hasta la nada; sino que también al avanzar en el examen de las cosas finitas hay que pensar que no se da un progreso de lo mínimo hasta el infinito.

57. »Pues, en el caso de que alguien afirmara en algún momento que las partículas de un objeto son infinitas o de cualquier tamaño, no es posible imaginarse cómo estaría entonces limitado el tamaño concreto de la cosa. Es evidente que las partículas, infinitas, tendrían una extensión, cualquiera que sea, y si esas partículas tienen una extensión cualquiera, entonces el tamaño del objeto en cuestión sería infinito. Y si un cuerpo limitado tiene un extremo que es distinguible, aunque no sea observable por sí mismo, no es posible dejar de pensar que también lo que le sigue será igual, y, progresando así hacia lo cada vez contiguo, llegar a la idea de que éste (el objeto limitado) sea infinito, según tal propuesta.

58. »En cuanto a lo mínimo percibido en la sensación, hay que inducir que ni es tal cual lo que admite cambios ni tampoco totalmente diferente en cualquier respecto, sino que posee una cierta afinidad con lo sujeto a cambio, pero carece de una distinción en partes. Pero siempre que por la semejanza de su comunidad hayamos creído captar por se-

parado algo del conjunto, esto por aquí y esto por allá, se nos ha de ocurrir la igualdad (entre esos elementos mínimos). Así observamos, uno tras otro, una serie de mínimos, a partir del primero, y no ocupando el mismo lugar, ni en contacto de unos miembros con otros, sino con una individualidad y con un tamaño propios, los más numerosos midiendo una extensión mayor y los menos una menor.

»Con esa analogía hay que pensar que debe tratarse también lo mínimo en el átomo. 59. Está claro que por su pequeñez ése difiere del sujeto a observación, pero se comporta según la misma analogía. Al decir que el átomo tiene un tamaño, lo hemos predicado según la analogía de hace un momento, trasladando sólo lo pequeño a lo grande. Luego hay que considerar estos elementos brevísimos y simples como límites de las dimensiones, como que ofrecen en sí mismos, como unidades primarias, la base de medida para los cuerpos mayores y menores, de acuerdo con el método de inferencia racional apropiado a las cosas invisibles. En efecto, su semejanza con las cosas sujetas a cambios es suficiente para concluir lo que hemos afirmado hasta aquí. Pero no es posible que se produzca la confluencia de éstos (mínimos), dotados de movimiento.

60. »Respecto del infinito no se puede enunciar lo alto y lo bajo del mismo como lo más alto y lo más bajo. Sabemos, no obstante, que lo que está por encima de nuestra cabeza, dondequiera que estemos, se prolonga al infinito, pero jamás se nos mostrará ese extremo, o el abajo del que piensa hasta el infinito, que sería (un infinito) arriba y abajo en relación a lo mismo. Pues eso es imposible pensarlo. De modo que es posible imaginar una línea sola de movimiento hacia el infinito por arriba y una sola por abajo, aun si llegara diez mil veces a los pies de los que están arriba lo que se mueve desde nosotros hacia los espacios de por encima de nuestra cabeza, o a la cabeza de los que están más abajo lo que se mueva hacia abajo. Pues el movimiento entero no menos en

una dirección que en la otra opuesta se imagina hasta el infinito.

61. »Y también es forzoso que los átomos se desplacen con idéntica velocidad cuando se mueven a través del vacío, sin encontrar obstáculos. Porque no se ha de creer que los pesados vayan más deprisa que los pequeños y ligeros en cuanto nada se les oponga. Ni los pequeños más que los grandes, si todos tienen pasos adecuados, y nada les opone una resistencia de choque. Ni el movimiento hacia arriba ni el de costado, motivado por las colisiones, ni el de caída hacia abajo, causado por los propios pesos, son más rápidos en un caso que en otro. En la medida en que uno u otro átomo mantenga su desplazamiento original, se moverá a la velocidad del pensamiento hasta que se vea frenado por un choque externo o por el peso propio contrario a la potencia del impulso de choque.

62. »Sin embargo, en los compuestos se podrá afirmar que uno se desplaza más deprisa que otro, aunque los átomos tengan igual rapidez. Porque los átomos en los cuerpos compuestos son movidos en una única dirección durante la más breve extensión de tiempo, por más que según las duraciones sólo apreciables por la razón no se muevan así; sino que se entrechocan constantemente, mientras que a la sensación le ofrecen una continuidad de desplazamiento. Lo añadido por la opinión respecto al proceso imperceptible, en el sentido de que también los tiempos apreciables por el entendimiento ofrecerán la continuidad del movimiento de traslación, no es verdadero en tal caso. En efecto, sólo lo que se observa y lo que se capta de acuerdo con su proyección (imaginativa) por la mente es verdadero.

63. »Tras estas cosas, hay que considerar, refiriéndolo a las sensaciones y a las afecciones -pues de este modo será nuestra convicción más firme-, que el alma es un cuerpo formado por partes sutiles, diseminada por todo el organismo, muy semejante al aire con cierta mixtura de calor, y cer-

cana en cierto respecto a lo uno y en parte a lo otro (i. e., al soplo y al calor). Existe también una parte que posee una enorme ventaja sobre lo ya mencionado por la sutilidad de sus partículas, y que por eso está más sensiblemente compenetrada con el resto del organismo. Todo esto lo dejan en claro las facultades del alma, los sentimientos, la buena movilidad y los pensamientos, de lo que quedamos privados al morir.

»También debe saberse que el alma posee la causa fundamental de la sensación. 64. Cierto que no la tendría de no estar de algún modo recubierta por el resto del organismo. Ese resto del organismo, que le permite este papel fundamental, participa también de esa propiedad, proveniente de ella, aunque no de todo lo que ella tiene a su disposición. Por eso, al apartarse el alma, carece de sensibilidad. Porque no ha adquirido él por sí mismo semejante capacidad, sino que se la proporcionaba lo otro, que convive congénitamente con él. El alma, mediante la facultad adquirida por sí misma a través del movimiento, adquiere esa facultad de sentir y al punto la cede al organismo de acuerdo con su convivencia y compenetración con él, como dijimos.

65. »Por eso, mientras el alma se mantiene unida a éste, jamás deja de sentir, aunque alguna otra parte del mismo se desprenda. Pero si algo de ella se destruye conjuntamente al quedar en parte destruido el organismo que la recubre, siempre que el resto perdure, conservará en él la sensación. En cambio, por más que el resto del organismo perdure, bien total o parcialmente, una vez que ella se separe no posee sensibilidad, sea cual sea la cantidad de átomos que cohesiona la naturaleza del alma. Y desde luego, cuando se disgrega todo el organismo, el alma se dispersa y ya no conserva las mismas facultades ni se mueve, de modo que tampoco posee sensibilidad.

66. »No es posible, pues, pensar que ella experimente sensaciones a no ser en el organismo, ni que se sirva de sus

movimientos en cuanto deja de ser tal como era aquello que la recubre y envuelve, en lo que mantiene ahora, mientras existe, esos movimientos. [En otros lugares dice que el alma se compone de átomos finísimos y muy redondos, que aventajan en eso incluso a los del fuego. Y que una de sus partes es irracional, la cual está esparcida por todo el cuerpo entero, mientras que la otra, racional, está situada en el pecho, como se advierte por los temores y la alegría. Y que el sueño se origina cuando las partículas del alma diseminadas por todo el compuesto orgánico son contraídas o dispersadas, y luego caen las unas sobre otras en movimientos de colisión. Y que el semen se forma en la totalidad del cuerpo.]

67. »Conviene, además, añadir esto a nuestra reflexión: que lo que solemos llamar «incorpóreo», en la aplicación más corriente del vocablo, lo sería como algo que se piensa como existente por sí mismo. Pero no es posible pensar en la existencia de lo incorpóreo, como no sea la del vacío. Y el vacío no puede actuar ni padecer, sino que tan sólo proporciona a los cuerpos la posibilidad de trasladarse a través de él. De modo que los que califican al alma de incorpórea disparatan. Pues no podría actuar ni padecer nada si fuera así. Pero, de hecho, se observa que esos accidentes atañen al alma.

68. »Cualquiera que relacione todos estos razonamientos acerca del alma con (el criterio de) los sentimientos y las sensaciones, recordando lo dicho al comienzo, recordará que están suficientemente contenidos en los esquemas básicos como para precisarlos en detalle a partir de ellos de modo seguro.

»Por otro lado, tanto las formas como los colores, los tamaños, los pesos, y todo lo demás que se predica de un cuerpo como sus cualidades peculiares –de todos los cuerpos o de los visibles–, y que son perceptibles de acuerdo con nuestra sensibilidad, no hay que creer que sean entidades subsistentes por sí mismas –pues no es posible imaginarlo–; 69.

ni tampoco que carecen en absoluto de existencia, ni tampoco como elementos incorpóreos distintos que subsisten en un objeto, ni como partes del mismo; sino que el cuerpo tiene en conjunto su naturaleza propia permanente a partir de todo eso, pero no porque sea un conglomerado –al modo como un agregado más voluminoso está compuesto por volúmenes independientes, bien sean elementales, bien de tamaños simplemente menores que el compuesto total–, sino sólo, como digo, que con todos esos rasgos tiene su entidad permanente. Y todas esas propiedades se prestan a percepciones y distinciones en su aprehensión, pero siempre en compañía del conjunto y nunca por separado de éste, sino que es en referencia a la visión de conjunto como el cuerpo obtiene tal categoría.

70. »Pero también concurren en los cuerpos muchas veces accidentes que no los acompañan de modo permanente, que no pertenecen a las cosas invisibles ni son incorpóreos. De modo que, utilizando el término en su acepción más corriente, dejemos claro que los «accidentes» ni poseen la naturaleza del conjunto –lo que nosotros captamos al nombrar ya al cuerpo entero– ni siquiera la de sus características perpetuas, sin las que no es posible figurarse a tal cuerpo. Según ciertas percepciones del conjunto corporal que las acompaña, son designados cada uno de ellos; 71. pero siempre se perciben según el modo en que concurren, ya que tales accidentes no se presentan siempre. Y no hay que expulsar de lo real esta evidencia: que no tienen la naturaleza del conjunto en que aparecen, ese al que llamamos «cuerpo», ni tampoco la de sus características perpetuas, y que tampoco deben ser consideradas como éstas por sí mismas –pues eso no debe pensarse ni de ellas ni de las características de carácter permanente– sino que, según lo que se perciba, hay que admitir todas esas cualidades accidentales de los cuerpos, aunque no los acompañen perpetuamente, ni tampoco tienen por sí mismas el rango de su naturaleza, sino que son observadas

según el modo en que la misma sensibilidad configura su aspecto.

72. »Y luego hay que seguir reflexionando sobre esto, en firme: que el *tiempo no ha* de ser estudiado como las demás cosas que investigamos referidas a un sujeto, contrastando las prenociones que observamos en nosotros mismos, sino por referencia a esa evidente experiencia, según la que hablamos de «mucho tiempo» o «poco tiempo», atribuyéndole tal cosa (más o menos duración) como connatural a él, procediendo por analogía. Porque no hay que alterar las expresiones de la lengua en busca de otras mejores, sino que hay que servirse de las existentes acerca de él; ni tampoco hay que predicar de otra cosa lo propio del tiempo, como si tuviera la misma naturaleza que lo de tal denominación -pues hay algunos que lo hacen-, sino que hay que calcular muy bien aquello con lo que tramamos y medimos su peculiar carácter.

73. »Pues, en efecto, ese (fenómeno) no necesita una demostración, sino una reflexión, de que lo enlazamos con los días y las noches, e igualmente con los sentimientos y con la ausencia de éstos, y con los movimientos y estados de reposo como un cierto accidente peculiar, meditando de nuevo acerca de eso mismo por lo que lo denominamos «tiempo». [Esto lo repite en el libro segundo de *Acerca de la Naturaleza* y en el *Gran Compendio*.]

»Sobre lo ya antedicho hay que admitir que los mundos y cualquier compuesto limitado que presente una apariencia homogénea a los que de ordinario observamos han nacido del infinito, al quedar separados todos sus agregados, más grandes y más pequeños. Y de nuevo todos se disuelven, los unos más deprisa, los otros más despacio, y unos por efecto de tales causas, los otros por tales otras. [Es claro, pues, que afirma que también los mundos son perecederos, en cuanto se alteran sus partes constitutivas. Y también dice en otro lugar que la tierra está sostenida por el aire.]

74. »Es más, no hay que pensar que los mundos tengan por necesidad una única forma... [Por el contrario, dice en el libro doce de *Acerca de la Naturaleza* que hay unos esféricos, otros ovoides y otros que tienen otras formas. Con todo, no tienen una forma cualquiera. Ni son seres vivos separados del infinito.] Porque nadie podría demostrar que en un mundo de tal o cual forma no se hallen comprendidas las simientes de tal o cual clase, de las que se forman los seres vivos, plantas y todo lo demás que contemplamos, y que en otro de tal figura no podrían darse. [Y de tal modo producirse su creación. El mismo razonamiento hay que aplicarlo también a la tierra.]

75. »Por lo demás hay que suponer que la naturaleza fue muy adiestrada y de mil modos por los hechos mismos y que se vio forzada por ellos. Pero luego el razonamiento perfeccionó y añadió sus invenciones a lo ya avalado por ésta, entre los unos (en unos pueblos) más pronto y entre otros con mayor lentitud, en ciertos períodos y épocas con un progreso más amplio, en otros con uno menor.

»Por eso (hay que suponer) que los nombres no surgieron desde un comienzo por convención, sino que los hombres primitivos en cada una de sus tribus, al experimentar sentimientos particulares y al recibir impresiones concretas, emitían el aire de modo peculiar bajo el impulso de todos y cada uno de esos sentimientos e imaginaciones, de acuerdo también acaso con la naturaleza de los lugares que habitaban.

76. »Más tarde, en acuerdo comunitario, cada tribu codificó sus vocablos propios a fin de que los significados resultaran menos ambiguos recíprocamente y que las expresiones fueran más concisas. Y al introducir ciertas cosas hasta entonces desconocidas, los expertos recomendaron ciertos vocablos para éstas, forzados a darles nombre con tal sonido, o bien eligiéndolos calculadamente según el motivo más apto para su interpretación.

»En cuanto a los fenómenos celestes, respecto al movimiento de traslación, solsticios, eclipses, orto y ocaso de los astros, y los fenómenos semejantes, hay que pensar que no suceden por obra de algún ser que los distribuya, o los ordene ahora o vaya a ordenarlos, y que a la vez posea la beatitud perfecta unida a la inmortalidad. 77. Porque ocupaciones, preocupaciones, cóleras y agradecimientos no armonizan con la beatitud, sino que se originan en la debilidad, el temor y la necesidad de socorro de los vecinos. Ni tampoco que, siendo masas de fuego concentrado, posean a la vez la beatitud para disponer a su antojo tales movimientos.

»Por el contrario hay que conservar toda la dignidad de cada uno de los calificativos al aplicarlos a tales representaciones, para que no surjan de ellos opiniones contrarias a su dignidad. De no hacerlo así, la contraposición misma engendrará la mayor confusión en nuestras almas. De ahí que conviene admitir la opinión de que esa regularidad y ese movimiento periódico se realizan de acuerdo con las implicaciones originarias de los mismos compuestos orgánicos desde el origen del universo.

78. »Es más, debemos pensar que es tarea propia de la ciencia física el investigar con precisión la causa de los fenómenos más importantes, y que precisamente de eso depende nuestra felicidad: de cómo sean las naturalezas que observamos de esos objetos celestes, y de cuánto contribuya a la exactitud de este conocimiento.

»Además, en casos como éstos, no es posible el aceptar varias explicaciones ni la posibilidad de que eso pudiera ser de otro modo, sino que, sencillamente, hay que pensar que en la naturaleza inmortal y feliz no cabe ningún motivo de conflicto o perturbación. Tal cosa le es posible al entendimiento aprenderla sin más.

79. »En cuanto a lo sujeto a investigación especializada en el orto y ocaso de los astros, eclipses y demás fenómenos naturalmente relacionados con éstos, nada hay en eso que

tienda, en su conocimiento, a nuestra felicidad; sino que, cuantos están bien informados al respecto, pero ignoran la naturaleza de los cuerpos celestes y cuáles son las causas fundamentales de tales fenómenos, tienen los mismos terrores que si desconocieran aquellos datos. Incluso es fácil que tengan más, en cuanto el estupor derivado de su conocimiento detallado de eso no puede ofrecerles la liberación y la buena administración de los principios más importantes. Por eso, pues, en caso de que encontremos varias causas de los solsticios, de los ocasos, ortos, eclipses, y de los fenómenos semejantes, como también en los asuntos de detalle,
80. no hay que pensar que el tratamiento de esto no ha logrado una precisión suficiente para contribuir a nuestra serenidad y felicidad. De modo que, considerando de cuántas maneras ocurre un hecho similar a nuestro lado, conviene investigar las causas de los fenómenos celestes y de todo aquello que está más allá de nuestra experiencia, desdeñando a los que desconocen ni lo que es o sucede de un modo único ni lo que se presenta de varios modos, y que menosprecian la representación de lo remoto, y además ignoran en qué condiciones no es posible conservar el ánimo sereno. Si sabemos que puede ser que algo ocurra de este modo determinado, con conciencia de que puede suceder de varios modos, estaremos tranquilos, tanto como si supiéramos que es efectivamente así.

81. »Además de todas estas consideraciones generales, hay que advertir lo siguiente: la mayor perturbación de las almas humanas se origina en la creencia de que ésos (cuerpos celestes) son seres felices e inmortales, y que, al mismo tiempo, tienen deseos, ocupaciones y motivaciones contrarios a esa esencia; y también en el temor a algún tormento eterno, y en la sospecha de que exista, de acuerdo con los relatos míticos; o bien en la angustia ante la insensibilidad que comporta la muerte, como si ésta existiera para nosotros; y en el hecho de que no sufrimos tales angustias a causa de

nuestras opiniones, sino afectados por una disposición irracional, de modo que, sin precisar el motivo de sus terrores, se experimenta la misma y amplia perturbación que el que sigue una creencia insensata. 82. La tranquilidad de ánimo significa estar liberado de todo eso y conservar un continuo recuerdo de los principios generales y más importantes.

»En consecuencia hemos de atenernos a las afecciones presentes, y a las sensaciones, a las comunes de la sensibilidad común y a las particulares de los sentidos particulares, y a cualquier tipo de evidencia actual según uno y otro de los criterios. Si atendemos a esto, descubriremos correctamente de dónde se originan la perturbación y el temor y nos liberaremos de ellos, explicando las causas de los fenómenos celestes, y de los demás acontecimientos que siempre se repiten, que aterrorizan en extremo a los demás.

»Aquí tienes, Heródoto, los principios fundamentales, expuestos en forma abreviada, de la naturaleza general. 83. Así que, confío, esta exposición es suficiente, si se la domina con precisión, aunque no descienda uno en todos los temas a las precisiones de detalle, de proporcionar por sí misma una incomparable y sólida confianza al que la estudie, en contraste con los demás hombres. Pues por sí mismo podrá solventar numerosas cuestiones que investigue el pormenor, de acuerdo con nuestra exposición, y, conservando estas mismas explicaciones en su memoria, le servirán de socorro continuo.

»Porque son de tal clase que quienes ya de forma notable o incluso perfectamente han estudiado los detalles con exactitud, analizándolos en relación con estas concepciones teóricas, prosiguen muchísimas investigaciones sobre la Naturaleza en su conjunto. Por su parte, aquellos que no han llegado por sí mismos a un grado de perfección tan avanzado, a partir de estos apuntes y sin recurrir a una enseñanza oral, podrán hacer en su entendimiento el recorrido de los principios fundamentales para la serenidad».

Y ésta es su carta sobre la Física. La siguiente trata de los fenómenos celestes.

Carta a Pítocles:
«Epicuro a Pítocles: ¡salud y alegría!
84. »Me trajo Cleón la carta tuya en la que te mostrabas muy afectuoso con respecto a nosotros, en digna correspondencia a nuestra amabilidad contigo, donde te esforzabas con plena convicción en rememorar aquellos razonamientos que conducen a una vida feliz. Y me pedías que te enviara un resumen, breve y de conjunto, acerca de los fenómenos celestes para guardarlo fácilmente en tu memoria. Pues lo que hemos escrito en otros textos son temas difíciles de memorizar, aunque, según decías, los tienes de continuo en tus manos. Nosotros hemos acogido con agrado esa petición tuya y la hemos correspondido con gratas perspectivas. 85. Por eso, después de haber escrito todas las demás obras, hemos compuesto lo que nos pedías pensando que esos apuntes serán útiles también para otros, sobre todo a los que recientemente han tomado gusto a la auténtica ciencia de la naturaleza y a los que andan faltos de tiempo libre, demasiado ocupados por alguna de las ocupaciones cotidianas. Aprende pues bien estas cosas, y reteniéndolas en la memoria precisamente repásalas junto con las demás enseñanzas que hemos mandado en el breve compendio que hemos enviado a Heródoto.

»Así que, en primer lugar, hay que pensar que no hay ninguna otra finalidad en el conocimiento de los fenómenos celestes, ya sean expuestos en conexión con otros temas o independientemente, sino la serenidad de ánimo y la confianza segura, así como en las demás cosas. 86. Y no se debe forzar lo imposible ni mantener una misma manera de explicar todas las cosas, ya sea en los razonamientos sobre los géneros de vida o en la solución de los demás problemas naturales, como por ejemplo que «el todo está compuesto de

cuerpo y de vacío», o que «los elementos fundamentales de la naturaleza son átomos» o todas las demás cosas por el estilo que sólo admiten una única explicación acorde con los fenómenos. Eso precisamente no ocurre con los fenómenos celestes, sino que éstos admiten una explicación múltiple tanto como causa de su producción como de su esencia en correspondencia a nuestras sensaciones. 87. No hay que investigar la naturaleza según axiomas y leyes impuestas, sino tal como los fenómenos lo reclaman. Pues, desde luego, nuestra vida no está necesitada de insensatez y vana opinión, sino de que tengamos una existencia sin temores. Y todo resulta, en efecto, resuelto con firmeza cuando según un método de explicaciones varias todo queda aclarado de manera acorde a las apariencias, cuando uno da una explicación verosímil de manera convincente sobre esas mismas apariencias. Pero cuando uno acepta una y rechaza otra explicación que es igualmente adecuada al fenómeno, es evidente que uno se desvía de cualquier procedimiento de ciencia natural y desemboca en el mito.

»Los signos de los acontecimientos celestes nos los proporcionan algunos de los fenómenos que se presentan ante nosotros, que se ve cómo ocurren, y no lo que sucede en los fenómenos celestes mismos: Éstos, pues, pueden producirse de muchas maneras. 88. No obstante hay que observar bien la imagen de cada uno y hay que prestar atención a lo que es concomitante con cada uno, aquello que no contradice que las cosas que suceden en nuestra experiencia se produzcan de varios modos.

»El mundo es una región delimitada del cielo que abarca las estrellas, la tierra y todos los fenómenos (celestes), estando limitado frente al infinito, concluyendo en un límite que puede ser etéreo o fijo –y que cuando se disuelva producirá la confusión de todo lo que está dentro de él–, en movimiento o rígido, de figura redonda o triangular o de cualquier otro formato. Es posible que sea de cualquier forma, ya que

ninguno de los fenómenos se opone a tal universo del que no se puede captar su límite extremo.

89. »Que los mundos semejantes son infinitos en número es posible concebirlo, y también que un mundo semejante pueda existir en un universo y en un «entremundo» *(metakósmos)*, como llamamos a la distancia entre mundos, en un espacio muy vacío, pero no en un enorme y puro espacio vacío, como afirman algunos, pues se forma por la confluencia de algunas simientes oportunas de un único mundo o de un «entremundo», o de varios, que realizan poco a poco convergencias, desviaciones y amontonamientos hacia otro lugar, según sea el caso, y combinaciones de sus componentes de modo oportuno hasta lograr una conclusión y una consistencia hasta el punto de poder establecer las bases de su agregación material. 90. No basta con que se forme un amontonamiento ni un torbellino para que se origine en el vacío según la apariencia de la necesidad y que luego se aumente hasta chocar con otro, como afirma alguno de los llamados "filósofos de la naturaleza". Porque eso está en contradicción con las apariencias.

»El sol y la luna y los demás astros no nacieron por sí mismos y luego se vieron atrapados por el mundo como todo lo que en él vive, sino que se formaron directamente y adquirieron su desarrollo, a la par de la tierra y el mar, por combinación y remolinos de algunas partículas sutiles naturales, sean aéreas o fogosas o ambas cosas. Pues así lo sugiere nuestra experiencia.

91. »La grandeza del sol y de los otros astros, por lo que a nosotros respecta, es tal cual aparece [esto lo afirma también en su libro XI de *Sobre la naturaleza:* "Si, en efecto, las dimensiones perdieran su grandeza por la distancia, mucho más perderían el color, pues ninguna otra distancia sería más adecuada para eso"]; en sí misma puede ser mayor de la que se ve o algo menor o igual. Así también, pues, los fuegos de nuestro entorno al ser vistos a distancia se corresponden con

nuestra sensación. Y cualquier objeción al respecto será rebatida si se atiende a los criterios de evidencia, como mostramos en nuestros libros *Sobre la naturaleza.*

92. »El surgir y el ponerse del sol, la luna y los demás astros puede suceder por su encenderse y apagarse, cuando se dan las condiciones propias en uno y otro caso, de modo que pueda cumplirse lo que se ha dicho. Pues ningún fenómeno natural se opone a ello. Puede ocurrir también por su aparición sobre la tierra y su sucesivo ocultamiento; tampoco a esto se opone ninguno de los fenómenos. En cuanto a sus movimientos, no es imposible que sucedan por el movimiento circular de todo el cielo, o bien, estando éste inmóvil, por el movimiento rotativo de ellos mismos, según la necesidad originada en el comienzo del mundo en cuanto a su ascensión [...], 93. o también por el calentamiento, en la difusión del fuego continuamente avanzando sobre los espacios vecinos. Los movimientos trópicos del sol y de la luna pueden ocurrir por la inclinación del cielo, obligado a eso en ciertas épocas; e igualmente también por la resistencia del aire, o también por la carencia de una materia ardiente que llevan consigo y luego les falta; o bien porque desde un comienzo un movimiento semejante arrastre a estos astros, para moverlos a la manera de un movimiento helicoidal. Así que todas estas cosas y las semejantes a ellas no contradicen ninguna de las evidencias, siempre que uno manteniéndose atento a sus componentes sea capaz de referir cada una de ellas a la concordancia con los fenómenos, sin temer los artilugios de los astrónomos propios de esclavos.

94. »Los sucesivos ocultamientos y plenitudes de la luna podrían suceder por una transformación del astro, sea por una diferente composición de la atmósfera, sea por ocultación, e incluso por muchas otras razones que pueden sugerirnos las apariencias que se dan entre nosotros a propósito de tales alteraciones de la figura, a no ser que uno se deje seducir por la tendencia a la explicación única y desprecie va-

namente todas las demás, sin tener en cuenta qué le es posible teorizar al ser humano y qué imposible, y por esa razón desee teorizar lo imposible. Además puede admitirse que la luna tenga luz por sí misma, y se admite que la reciba del sol. 95. Pues también en nuestro entorno se ve que muchas cosas tienen luz por sí mismas, y muchas la reciben de otras. Y ninguna de las apariencias de los fenómenos celestes se opone a ello, siempre que uno tenga en mente el método de explicación múltiple, y se propongan hipótesis y principios causales de acuerdo con los fenómenos, en lugar de insistir en los aspectos discordantes, sin concederles una importancia exagerada y derivar de un modo u otro en el método de explicación única.

»La aparición de la cara que vemos en la luna puede deberse a la diversidad de sus partes, o a una superposición, o a alguna de aquellas otras causas que parezcan de acuerdo con las apariencias. 96. Esta vía de investigación, en efecto, no debe abandonarse nunca en el estudio de cualquier fenómeno celeste, ya que, si adoptamos una posición que se contraponga a la evidencia de los hechos, nunca alcanzaremos la auténtica serenidad.

»El eclipse de sol como el de luna puede producirse por un apagón, a la manera como justamente se ve que eso sucede en nuestro entorno, y también por interposición de algunos otros cuerpos, de algún otro elemento de la tierra o del cielo. También de ese mismo modo hay que considerar los procesos que son familiares unos a otros, y pensar que no es algo imposible que concurran confluencias de determinadas circunstancias [esto lo afirma también en su libro XI de *Sobre la naturaleza:* "Si, en efecto, las dimensiones perdieran su grandeza por la distancia, mucho más perderían el color, pues ninguna otra distancia sería más adecuada para eso"].

97. »La sucesión ordenada de movimientos regulares debe entenderse que sucede como los fenómenos habituales que acaecen entre nosotros. Y que nunca se invoque la natu-

raleza divina a propósito de estas cosas, sino que debemos conservarla alejada de tales servidumbres en una total felicidad. Si no se hace así, cualquier investigación sobre los fenómenos celestes será vana, como ha sucedido a algunos que, ignorando el criterio del argumento posible, cayeron en vanas argumentaciones porque se adherían al criterio de la explicación única, y así rechazaban todas las otras basadas en el criterio de la posibilidad, y se precipitaron en la irracionalidad, al no ser capaces de comprender los fenómenos que hay que aceptar como signos.

98. »La diferencia en la duración de los días y las noches puede ser debida al paso del sol sobre la tierra, que unas veces se prolonga más tiempo y otras menos, según la diferente longitud de los espacios que debe recorrer y porque su paso es más rápido por ciertos lugares y más lento por otros. Eso es lo que observamos que sucede en algunos fenómenos de nuestro entorno según los cuales es preciso que expliquemos los que ocurren en el cielo. Quienes se adhieren a una única explicación y adoptan una actitud no congruente con la experiencia están muy equivocados respecto a las posibilidades del pensamiento humano.

»Los pronósticos acerca del tiempo pueden producirse por una coincidencia fortuita de circunstancias, bien sea a partir de los signos que se nos presentan en los animales, o bien por alteraciones y cambios de la atmósfera. Ninguna de estas dos posibilidades se contradice con los fenómenos,
99. pero en qué casos son verdad una y otra no lo podemos saber.

»Las nubes pueden originarse y aglomerarse ya sea por una condensación del aire por la presión de los vientos, ya sea por las mezclas entretejidas de átomos diversos y apropiados para producir ese efecto, ya sea por una aglomeración de las emanaciones húmedas de la tierra y las aguas. Y no es imposible que por otros muchos modos se formen esas aglomeraciones. De las nubes, luego, ya sea por compresión

o por alteración, pueden producirse las lluvias. 100. Y además los vientos, al surgir de lugares apropiados y al moverse a través del aire, llegan a producir semejantes precipitaciones al propiciar un aguacero muy violento a causa de algunas de esas presiones.

»Los truenos pueden originarse a causa del viento, que se agota en las cavidades de las nubes, tal como ocurre en el interior de nuestros cántaros, ya sea por el retumbo que se produce al mezclarse fuego y viento en su interior, ya sea por desgarros y quebrantos de las nubes, o bien porque algunas de ellas, que han adquirido la textura del cristal, se rompen, debido a algún roce. En general, y también en este caso, los fenómenos nos invitan a decir que eso puede suceder de muchas maneras.

101. »También los relámpagos se producen de varias maneras. Desde luego es a causa del frotarse y chocar de las nubes como la configuración del fuego capaz de producir ese efecto, cuando se escapa, produce el relámpago, e igualmente por el desgajarse, por el arrastre de los vientos, de partículas de determinada clase desprendidas de las nubes, que producen el resplandor que se ve; y también por el estallido, cuando las nubes se comprimen entre sí, o bien a causa de los vientos; y también porque la sustancia luminosa que se ha expandido a partir de los astros sea luego comprimida en el movimiento de las nubes y de los vientos y se escape luego a través de las nubes, o bien porque se filtre a través de las nubes la sustancia luminosa más sutil, y por el moverse de esa luminosidad. Y también por el amontonarse las nubes formadas de fuego y entonces se producen los truenos por el movimiento de aquél, y por la inflamación del viento producida por la intensidad del viento y de la fuerte rotación. 102. Y también al rasgarse las nubes a causa del viento y de la subsiguiente caída de los átomos ígneos que produce la imagen del relámpago; y de muchas otras maneras se puede observar fácilmente lo que ocurre,

siempre que uno se atenga a los fenómenos y sea capaz de entender lo que es semejante a ellos. Precede el relámpago al trueno en una circunstancia semejante de las nubes ya sea porque, sucediendo a la vez el precipitarse del viento y la expulsión de lo que causa el relámpago, luego el viento, con sus remolinos, produce el retumbo; o sea porque, aunque ocurran a la vez los dos, el relámpago llega más rápido a nuestros sentidos y el trueno se retrasa, 103. como acontece en algunas cosas que se observan a larga distancia cuando se producen algunos choques.

»Los rayos puede ser que se produzcan por los encuentros de vientos y su fuerte opresión y combustión por su rápido empuje y por el desprendimiento y caída de una parte más densa allí hacia los lugares inferiores, originándose ese desgarramiento hacia los espacios más densificados por la compresión de las nubes. También pueden formarse por la propia caída del fuego, y eso también le puede suceder al trueno, que al hacerse más fuerte e hinchándose de modo más violento haga estallar la nube al no poder soportar lo que llega, al acaecer la opresión de unas nubes con otras (y las más veces sobre un alto monte, donde es más frecuente que caigan los rayos). 104. Y también puede admitirse que los rayos se produzcan de muchos otros modos. Sólo debe rechazarse el mito. Y queda rechazado siempre que observando bien los fenómenos se saquen indicios acerca de las cosas que no son visibles.

»Los ciclones pueden originarse por la precipitación de una nube que ha tomado forma de columna presionada por un fuerte vendaval constante, de modo que, mientras es impulsada por la fuerza del viento, otro viento adverso la empuja de través. También pueden nacer de un turbión de viento que impulsa continuamente una masa de aire de arriba abajo; o bien por una gran confluencia de vientos que no puede canalizarse por los lados por la presión del aire que los envuelve. 105. Cuando el ciclón se abate sobre la tierra

se forman los remolinos y, cuando se precipita sobre el mar, las trombas marinas.

»Los terremotos pueden originarse a causa de un viento encerrado en la tierra de modo que algunas porciones pequeñas de ella se ven desplazadas en continuo movimiento, lo que provoca un temblor en la tierra. Ese viento o procede del exterior o se origina por el hundimiento del suelo hacia cavernas subterráneas que dejan escapar su aire comprimido. Puede venir también por la propagación del movimiento originado por los múltiples hundimientos de cuevas y la repercusión consiguiente a su choque con las partes más densas y sólidas de la tierra. 106. También de otros muchos modos pueden originarse esos movimientos de la tierra. Ocurre que los vientos sobrevienen al cabo de algún tiempo, cuando se introduce un elemento extraño, de modo regular y poco a poco, o también por una abundante acumulación de agua. Y los restantes vientos se originan al precipitarse algunos pequeños elementos en las grandes cavidades, por la propagación resultante de éstos.

»El granizo se produce por una muy fuerte congelación, por la concentración de ciertos elementos aéreos y su dispersión posterior; asimismo por la destilación bastante moderada de algunos elementos acuosos que produce al mismo tiempo su comprensión y su resquebrajamiento, de modo que al helarse se forman partículas condensadas y en conjunto. 107. Y su redondez no es imposible que provenga de que por todas partes sus extremos se funden, y luego por la condensación por todas partes, como se dice, de los elementos acuosos y aéreos dispuestos en sus partículas de manera uniforme.

»La nieve puede que se forme, por una parte, por un agua muy fina que se derrama desde las nubes (a través de ciertos conductos, en la adecuación y el roce de nubes adecuadas y por la presión del viento), y que pronto esa agua se hiela al encontrar una zona muy fría al desplazarse por los lugares

de más debajo de las nubes. Y también por una congelación en las nubes que tienen una densidad débil y regular podría originarse una emisión, cuando las nubes se comprimen unas contra otras, de elementos acuosos dispuestos unos al lado de los otros que, al sufrir una especie de comprensión, acaban por producir una especie de granizo en la atmósfera.
108. También al frotarse las nubes que han sufrido una helada podría producirse el flujo y caída de la nieve. Y también de otras maneras puede suceder que se forme la nieve.

»El rocío se forma por la congregación mutua de partículas que vienen del aire, de tal clase que originan elementos de cierta humedad. Y, por otra parte, en razón de un movimiento que viene de lugares húmedos o que tienen aguas (en esos lugares se forma precisamente el rocío), y luego de la confluencia de esos elementos en un mismo punto se origina la humedad y se desprenden hacia abajo, de manera semejante a como se ve que suceden entre nosotros tales cosas.
109. Y la escarcha se forma no de modo distinto que los rocíos, de aquellos que sufren una cierta congelación a causa de un cierto entorno de aire frío.

»El hielo se origina bien porque la presión expulsa fuera del agua las partículas redondas y se unen los elementos angulosos y puntiagudos que hay en ella, bien porque esos elementos homogéneos se condensan desde fuera y con su unión solidifican el agua causando la expulsión de una cierta cantidad de partículas redondas.

»El arco iris se produce por el resplandor del sol sobre el aire húmedo, o por una particular combinación de la luz y del aire que origina esas determinadas tonalidades de color, o todas juntas o por separado, por la cual de la luz que se refleja los estratos vecinos del aire asumen ese colorido que nosotros observamos, por el resplandor de cada parte. 110
Su aspecto circular se determina porque la distancia es observada por igual desde todas sus partes, ya sea porque los átomos que se hallan en el aire, o los de las nubes, impulsa-

dos por el aire mismo, se mezclan y se asientan en cierta forma circular.

»El halo en torno a la luna se forma porque el aire concurre de todas partes hacia ella, o porque las emanaciones que fluyen de ella son empujadas por el aire mismo de modo uniforme, semejantes a una nube a su alrededor, y se disponen en círculo sin solución de continuidad; o porque el aire que en torno a ella está apretado es comprimido por otro aire, de modo uniforme, hasta formar todo alrededor de ella esa concreción de forma circular y densa. 111. El halo se forma en algunas partes sólo por un flujo de la presión externa, o al recibir ella el recalentamiento sobre algunos conductos que lo rechazan y producen este fenómeno.

»Los cometas son astros que se forman en ciertos lugares de cielo por alguna conflagración de fuego en algunos períodos de tiempo determinados y en ciertas condiciones, o bien por cierto movimiento peculiar del cielo que está sobre nosotros, en el que surgen los astros de este tipo, o bien porque en algunos períodos de tiempo surgen a causa de alguna circunstancia y se hacen visibles al llegar a espacios próximos a nosotros. Su desaparición sucede por las causas contrarias a éstas.

112. »Algunos astros dan vueltas siempre en el mismo lugar, y esto sucede no sólo porque esa parte del cielo está fija y el resto da vueltas alrededor, como algunos afirman, sino también porque alrededor de estos astros puede fijarse rodando en círculo un torbellino de aire que impide que ellos se muevan en círculo como los demás astros. O por el hecho de que en los lugares próximos no se dé una materia adecuada a ellos, mientras que sí la hay donde los vemos estar fijos. Y también es posible que eso suceda de otros muchos modos, si uno puede razonar una explicación acorde a los fenómenos.

»Que algunos astros se mueven errantes, tanto si ocurre que algunos se adaptan a esos movimientos, y otros no,

113. se explica por el hecho de que desde el principio se vieron obligados a ir errantes al margen del movimiento circular, de manera que algunos son llevados por el torbellino que se mueve de modo regular, y otros al mismo tiempo por otro que resulta irregular. Es posible también que en medio de los espacios por donde se mueven los astros existan en algunos puntos corrientes de aire constantes que los impulsen de modo regular en la misma dirección, y que regularmente los enciendan, y que en otros lugares sean irregulares y por ello se produzcan las variaciones de movimiento que nosotros observamos. Presentar, por lo tanto, una única explicación de estos hechos, en tanto que los fenómenos nos sugieren varias, es propio de dementes y constituye un hábito perverso de personas que se empeñan en la vana astrología y se entregan a lo vacuo de sus explicaciones, cuando de ninguna manera liberan a la naturaleza divina de sus servidumbres.

114. »Que algunos astros se vean situados por detrás de otros acontece porque se mueven también en la misma órbita pero arrastrados en sentido contrario por uno de manera más lenta o porque se muevan en direcciones opuestas arrastrados por el mismo torbellino, o bien porque algunos realicen un recorrido más largo y otros uno más corto, aunque todos se muevan en un mismo torbellino circular. El hacer una demostración de modo único con respecto a esto es propio de quienes quieren embaucar a las masas.

»Las estrellas que llaman fugaces pueden formarse, tal vez en parte, bien por roce de unas con otras y al margen de una caída que se da en medio del vendaval, como lo que decíamos a propósito de los relámpagos. 115. Y también por una concurrencia de átomos capaces de engendrar fuego, si se da la afinidad conveniente para producirlo, y de acuerdo con el movimiento cuyo impulso desde el principio llevó a tal concurrencia. También pueden originarse por una acumulación de vientos en algunas condensaciones nebulosas y en la inflación posterior debida a su compresión y por la ig-

nición de sus entornos, y a partir de ahí se produce el impulso a su desplazamiento en el sentido originario. Hay además otros modos de explicar esto al margen de los míticos.

»Los pronósticos del tiempo que se obtienen a partir de ciertos animales resultan de una mezcla de circunstancias. Pues de ningún modo es posible que los animales determinen que se produzca una tormenta, ni ninguna naturaleza divina está encargada de velar por la salida de esos animales, ni de llevar a cabo después esos signos de aviso. 116. Pues semejante insensatez no se le ocurriría a un animal cualquiera, ni aunque fuera un poco más agradable, ni mucho menos a quien posee una felicidad completa.

»Recuerda, Pítocles, todas estas cosas. Y en general superarás el mito y podrás conocer las cosas de esta clase y las parecidas. Dedícate sobre todo a la ciencia de los principios y del infinito y a la teoría sobre las cosas de ese nivel, y aún más a las de los criterios de verdad y de los sentimientos, y al motivo de que examinemos estas cosas. Al examinar precisamente esas cosas podrás contemplar a la vez fácilmente las causas de los fenómenos particulares. Y los que no se esfuercen por ello ni siquiera podrán entender eso correctamente ni lograrán alcanzar aquello en vista a lo cual debemos emprender la teoría».

117. Y éstas son sus opiniones sobre los fenómenos celestes.

Sobre las formas de vida y de cómo debemos elegir unas cosas y evitar otras, escribe (Epicuro) de este modo. En primer lugar pasemos revista a lo que opinan acerca del sabio él y sus discípulos:

Los daños procedentes de la gente se originan por odio, o por envidia, o por desprecio, cosas que el sabio supera con su razonamiento. Es más, el que ha llegado a ser sabio una vez no admitirá ya más la disposición de ánimo contraria, ni la fingirá a gusto. En sus pasiones se contendrá más, para

que no puedan serle un impedimento para su sabiduría. No está, sin embargo, al alcance de cualquier disposición corporal ni de cualquier raza llegar a ser sabio.

118. Aun si fuera torturado, el sabio será feliz. Sólo el sabio conservará el recuerdo agradecido, de forma que puede vivir continuamente con el afecto de los seres queridos, tanto los presentes como los ausentes. Sin embargo, cuando es sometido a tortura, entonces se queja y grita de dolor.

De la unión sexual con mujer el sabio se abstendrá cuando lo prohíban las leyes, según dice Diógenes en su *Epítome de las doctrinas éticas de Epicuro.*

Opinan que el sabio no ha de enamorarse. Ni ha de preocuparse de su sepultura. Tampoco creen que el amor sea de origen divino, según dice Diógenes en el *Epítome sobre las doctrinas éticas de Epicuro.* No castigará a sus criados, sino que se compadecerá de ellos y tratará comprensivamente a los que cumplan bien.

Tampoco discurseará con elocuencia.

Las relaciones sexuales, dicen, nunca producen provecho, pero son amables con tal de que no produzcan daño.

119. El sabio puede incluso casarse y tener hijos, según Epicuro en sus *Incertidumbres* y en su *Acerca de la Naturaleza.* En algún momento difícil de su vida puede contraer matrimonio, y renunciarán algunos según las circunstancias.

Tampoco parloteará en medio de la borrachera, dice Epicuro en su *Banquete.*

No hará política, según el primer libro de *Acerca de las formas de vida.* No se hará tirano ni pasará por cínico, según el segundo libro de *Acerca de las formas de vida.* Tampoco practicará la mendicidad. 120. Incluso después de quedar ciego mantendrá su manera de vivir, según dice en el mismo libro.

También el sabio sentirá pesar, según Diógenes en el libro quinto de sus *Selecciones.*

Puede también acudir a los tribunales. Y legar escritos a la posteridad. Pero no hará panegíricos ante la multitud.

Velará por su hacienda y por su futuro. Amará la campiña. Se enfrentará al azar, y no abandonará a ningún amigo. Cuidará de su buena fama, en la medida precisa para no ser despreciado. Y se regocijará más que los otros en las fiestas.

Dedicará estatuas si le viene bien. Pero es indiferente que pueda hacerlo.

Sólo el sabio dialoga con acierto sobre las artes musicales o poéticas, pero no ejercitará la actividad poética. Ninguno es más sabio que otro.

Puede buscar una ganancia monetaria, pero sólo de su saber, en caso de necesidad. Y en la ocasión puede servir a un monarca.

Estará agradecido a cualquiera por una buena corrección. Puede también dirigir una escuela, pero de modo que no atraiga multitudes. Llegará a dar lecturas en público, pero no por su gusto propio.

Tendrá principios de certeza y no dudará de todo. Incluso en sus sueños se mantendrá ecuánime. Por un amigo llegará a morir, si es preciso.

Piensan que los errores son desiguales. Para algunos la salud es un bien; a otros les parece algo indiferente.

Afirman que el valor no se produce por naturaleza, sino que nace del cálculo de lo más conveniente.

La amistad se origina por las necesidades y tratos. Es preciso con todo que se haya iniciado así, como sembramos el campo; pero se confirma plenamente en la comunidad de los colmados de placeres.

121. Piensan que hay dos tipos de felicidad: la más alta, que es la que rodea a la divinidad, no conoce alternancias, y la otra, que varía con la adquisición y pérdida de placeres.

Hay que ocuparse ahora de la carta.

Carta a Meneceo:

«Epicuro a Meneceo: ¡salud y alegría!

122. »Nadie por ser joven vacile en filosofar ni por hallarse

viejo de filosofar se fatigue. Pues nadie está demasiado adelantado ni retardado para lo que concierne a la salud de su alma. El que dice que aún no le llegó la hora de filosofar o que ya le ha pasado es como quien dice que no se le presenta o que ya no hay tiempo para la felicidad. De modo que deben filosofar tanto el joven como el viejo: el uno para que, envejeciendo, se rejuvenezca en bienes por el recuerdo agradecido de los pasados, el otro para ser a un tiempo joven y maduro por su serenidad ante el futuro. Así pues, hay que meditar lo que produce la felicidad, ya que cuando está presente lo tenemos todo y, cuando falta, todo lo hacemos por poseerla.

123. »Lo que de continuo te he aconsejado, medita y ponlo en práctica, reflexionando que esos principios son los elementos básicos de una vida feliz. Considera, en primer lugar, a la divinidad como un ser vivo incorruptible y feliz, como lo ha suscrito la *noción común de lo divino*, y no le atribuyas nada extraño a la inmortalidad o impropio de la felicidad. Represéntate, en cambio, referido a ella todo cuanto sea susceptible de preservar la beatitud que va unida a la inmortalidad.

»Los dioses, en efecto, existen. Porque el conocimiento que de ellos tenemos es evidente. Pero no son como los cree el vulgo. Pues no los mantiene tal cual los intuye. Y no es impío el que niega los dioses del vulgo, sino quien atribuye a los dioses las opiniones del vulgo. 124. Pues las manifestaciones del vulgo sobre los dioses no son prenociones, sino falsas suposiciones. Por eso de los dioses se desprenden los mayores daños y beneficios. Habituados a sus propias virtudes en cualquier momento acogen a aquellos que les son semejantes, considerando todo lo que no es de su clase como extraño.

»Acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros. Porque todo bien y mal residen en la sensación, y la muerte es privación del sentir. Por lo tanto el recto conoci-

miento de que nada es para nosotros la muerte hace dichosa la condición mortal de nuestra vida, no porque le añada una duración ilimitada, sino porque elimina el ansia de inmortalidad.

125. »Nada hay, pues, temible en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada temible hay en el no vivir. De modo que es necio quien dice que teme a la muerte no porque le angustiará al presentarse sino porque le angustia esperarla. Pues lo que al presentarse no causa perturbación vanamente afligirá mientras se aguarda. Así que el más espantoso de los males, la muerte, nada es para nosotros, puesto que mientras nosotros somos, la muerte no está presente, y, cuando la muerte se presenta, entonces no existimos. Conque ni afecta a los vivos ni a los muertos, porque para éstos no existe y los otros no existen ya. Sin embargo, la gente unas veces huye de la muerte como del mayor de los males y otras la acogen como descanso de los males de la vida.

126. »El sabio, en cambio, ni rehúsa la vida ni teme el no vivir. Porque no le abruma el vivir ni considera que sea algún mal el no vivir. Y así como en su alimento no elige en absoluto lo más cuantioso sino lo más agradable, así también del tiempo saca fruto no al más largo sino al más placentero. El que recomienda al joven vivir bien y al viejo partir bien es un tonto, no sólo por lo amable de la vida, sino además porque es el mismo el cuidado de vivir bien y de morir bien. Pero mucho peor es el que dice: "Bueno es no haber nacido, o bien una vez nacido traspasar cuanto antes las puertas de Hades"[9].

127. »Pues si afirma eso convencido, ¿cómo no se aparta de la vida? Pues eso está a su alcance, si es que ya lo ha deliberado seriamente. Si lo dice chanceándose, es frívolo en lo que no lo admite.

9. Teognis, 425-427.

»Hay que rememorar que el porvenir ni es nuestro ni totalmente no nuestro, para que no aguardemos que lo sea totalmente ni desesperemos de que totalmente no lo sea.

»Reflexionemos que de los deseos unos son naturales, otros vanos; y de los naturales unos son necesarios, otros sólo naturales; y de los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para el bienestar del cuerpo y otros para la vida misma.

128. »Un conocimiento firme de estos deseos sabe, en efecto, referir cualquier elección o rechazo a la salud del cuerpo y a la serenidad del alma, porque eso es la conclusión del vivir feliz. Con ese objetivo, pues, actuamos en todo, para no sufrir dolor ni pesar. Y apenas de una vez lo hemos alcanzado, se diluye cualquier tempestad del alma, no teniendo el ser vivo que caminar más allá como tras una urgencia ni buscar otra cosa con la que llegara a colmarse el bien del alma y del cuerpo. Porque tenemos necesidad del placer en el momento en que, por no estar presente el placer, sentimos dolor. Pero cuando no sentimos dolor, ya no tenemos necesidad del placer.

»Precisamente por eso decimos que el placer es principio y fin del vivir feliz. 129. Pues lo hemos reconocido como bien primero y connatural y de él tomamos el punto de partida en cualquier elección y rechazo y en él concluimos al juzgar todo bien con la sensación como norma y criterio. Y puesto que es el bien primero y connatural, por eso no elegimos cualquier placer, sino que hay veces que soslayamos muchos placeres, cuando de éstos se sigue para nosotros una molestia mayor. Muchos dolores consideramos preferibles a placeres, siempre que los acompañe un placer mayor para nosotros tras largo tiempo de soportar tales dolores. Desde luego todo placer, por tener una naturaleza familiar, es un bien, aunque no sea aceptable cualquiera. De igual modo cualquier dolor es un mal, pero no todo dolor ha de ser evitado siempre. 130. Conviene, por tanto, mediante

el cálculo y la atención a los beneficios y los inconvenientes, juzgar todas estas cosas, porque en algunas circunstancias nos servimos de algo bueno como un mal y, al contrario, de algo malo como un bien.

»Así que la autosuficiencia la consideramos un gran bien, no para que en cualquier ocasión nos sirvamos de poco, sino para que, siempre que no tengamos mucho, nos contentemos con ese poco, verdaderamente convencidos de que más gozosamente disfrutan de la abundancia quienes menos necesidad tienen de ella, y de que todo lo natural es fácil de conseguir y lo superfluo difícil de obtener. Y los alimentos sencillos procuran igual placer que una comida costosa y refinada una vez que se elimina todo el dolor de la necesidad. 131. Y el pan y el agua dan el más elevado placer cuando se los procura uno que los necesita. En efecto, habituarse a un régimen de comidas sencillas y sin lujos es provechoso a la salud, hace al hombre desenvuelto frente a las urgencias inmediatas de la vida cotidiana, nos pone en mejor disposición de ánimo cuando a intervalos accedemos a los refinamientos y nos equipa intrépidos ante la fortuna.

»Por tanto, cuando decimos que el placer es el objetivo final, no nos referimos a los placeres de los viciosos o a los que residen en la disipación, como creen algunos que ignoran o que no están de acuerdo o interpretan mal nuestra doctrina, sino al no sufrir dolor en el cuerpo ni estar perturbados en el alma. 132. Porque ni banquetes ni juergas constantes ni los goces con mujeres y adolescentes, ni pescados y las demás cosas que una mesa suntuosa ofrece, engendran una vida feliz, sino el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección y rechazo, y extirpa las falsas opiniones de las que procede la más grande perturbación que se apodera del alma.

»De todo esto principio y el mayor bien es la prudencia. Por ello la prudencia resulta algo más preciado incluso que la filosofía. De ella nacen las demás virtudes, porque enseña

que no es posible vivir placenteramente sin vivir sensata, honesta y justamente, ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir con placer. Las virtudes, pues, están unidas naturalmente al vivir placentero, y la vida placentera es inseparable de ellas. 133. Porque, ¿quién piensas tú que sea superior a quien sobre los dioses tiene creencias piadosas y ante la muerte está del todo impávido y ha reflexionado el fin de la naturaleza y sabe que el límite de los bienes es fácil de colmar y de conseguir, mientras que el de los males presenta breves sus tiempos o sus rigores?; ¿y que se burla de aquella introducida como tirana universal, la Fatalidad, diciendo que algunas cosas suceden por necesidad, otras por azar y otras dependen de nosotros, porque afirma que la necesidad es irresponsable, que el azar es vacilante, mientras lo que está en nuestro poder no tiene otro dueño, por lo cual le acompaña naturalmente la censura o el elogio?

134. »Pues sería mejor prestar oídos a los mitos sobre los dioses que caer esclavos de la Fatalidad de los físicos. Aquéllos esbozan una esperanza de aplacar a los dioses mediante el culto, mientras que ésta presenta una exigencia inexorable.

»En cuanto a la Fortuna, ni la considera una divinidad como cree la muchedumbre –puesto que la divinidad no hace nada en desorden– ni una causalidad insegura, pues no cree que a través de ésta se ofrezcan a los hombres el bien o el mal para la vida feliz, aunque determine el rumbo inicial de grandes bienes o males. 135. Piensa que es mejor ser sensatamente desafortunados que gozar de buena fortuna con insensatez. Pero es mejor que lo rectamente decidido se enderece en nuestras propias acciones con su ayuda.

»Estos consejos, pues, y los afines a ellos medítalos en tu interior día y noche contigo mismo y con alguien semejante a ti, y nunca ni despierto ni en sueños sufrirás perturbación, sino que vivirás como un dios entre los hombres. Pues en nada se asemeja a un mortal el hombre que vive entre bienes inmortales».

Rechaza todo tipo de adivinación en otros lugares, como precisamente en el *Pequeño resumen*. Y afirma: «Que el futuro es impredecible, pero incluso si fuera predecible, habría que considerar que no es nada para nosotros».

136. Y Epicuro difiere de los cirenaicos en cuanto al placer. Pues ellos no admiten el placer en reposo (catastemático), sino sólo en el movimiento, mientras que él los acepta ambos, del alma y del cuerpo, como dice en su *Acerca de la elección y el rechazo* y en *Acerca del fin último*, y en el primer libro de *Sobre los géneros de vida* y en su *Carta a los amigos de Mitilene*. De igual modo se expresan Diógenes en el libro decimosexto de sus *Selecciones* y Metrodoro en su *Timócrates*, donde toma en consideración el placer en movimiento y el placer en reposo. Y Epicuro en su *Acerca de las elecciones* dice así: «La falta de perturbación y la ausencia de pesar son placeres en reposo, y el regocijo y la alegría se perciben como en movimiento por su actividad».

137. Además contra los cirenaicos. Ellos afirman que los dolores del cuerpo son peores que los del alma, porque a los delincuentes se les castiga en su cuerpo, en tanto que él dice que los del alma son peores, pues la carne sólo sufre tormento en el presente, pero el alma sufre por el presente, el pasado y el futuro. Y por esa misma razón son mayores también los placeres del alma. Y aporta como prueba de que el fin natural es el placer que los animales apenas nacen están contentos con él y rechazan el dolor, de manera espontánea y sin razonamiento. Por experiencia natural pues evitamos el dolor. Como cuando Heracles, que es devorado por la túnica envenenada, grita:

> Aúlla al sentir su mordedura. Y en torno resuenan las rocas
> y los montes de Locros y las colinas ribereñas de Eubea[10].

10. Sófocles, *Traquinias*, 787 s.

138. Por el placer también elegimos las virtudes, no por sí mismas, como (buscamos) la medicina por la salud, según dice Diógenes en el libro veinte de sus *Selecciones*. Y llama diversión a la educación. Epicuro afirma que la virtud, y sólo ella, es inseparable del placer, y las demás cosas, como los alimentos, están de paso.

Así que, venga ya, ahora el colofón, como uno podría decir, coloquemos ya todo el asunto y la vida entera del filósofo, exponiendo sus *Máximas Capitales*, y concluyendo con ellas todo nuestro escrito, usándolas para que el final coincida con el principio de nuestra felicidad:

139. I. El ser feliz e imperecedero (la divinidad) ni tiene él preocupaciones ni las procura a otro, de forma que no está sujeto a movimientos de indignación ni de agradecimiento. Porque todo lo semejante se da sólo en el débil.

[En otros lugares dice (Epicuro) que los dioses son cognoscibles por la razón, presentándose los unos individualmente, otros en su semejanza formal, a partir de la continua afluencia de imágenes similares que constituyen el mismo objeto, en forma humana.]

II. La muerte nada es para nosotros. Porque lo que se ha disuelto es insensible, y lo insensible nada es para nosotros.

III. Límite de la grandeza de los placeres es la eliminación de todo dolor. Donde exista placer, por el tiempo que dure, no hay ni dolor ni pena ni la mezcla de ambos.

140. IV. No se demora continuamente el dolor en la carne, sino que el más agudo perdura el mínimo tiempo, y el que sólo aventaja apenas lo placentero de la carne no persiste muchos días. Y las enfermedades muy duraderas ofrecen a la carne una mayor cantidad de placer que de dolor.

V. No es posible vivir con placer sin vivir sensata, honesta y justamente; ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir placenteramente. Quien no tiene esto a mano no puede vivir con placer.

141. VI. Con el fin de tener seguridad ante la gente hay un bien en el poder y en la realeza como medios para procurarse esa seguridad.

VII. Famosos e ilustres quisieron hacerse algunos, creyendo que así conseguirían rodearse de seguridad frente a la gente. De suerte que, si su vida es segura, consiguieron el bien de la naturaleza. Pero si no es segura, no poseen el objetivo al que se sintieron impulsados de acuerdo a lo propio de la naturaleza.

VIII. Ningún placer es por sí mismo un mal. Pero las causas de algunos placeres acarrean muchas más molestias que placeres.

142. IX. Si pudiera densificarse cualquier placer, y lo hiciera tanto en su duración como por su referencia a todo el organismo o a las partes dominantes de nuestra naturaleza, entonces los placeres no podrían diferenciarse jamás unos de otros.

X. Si lo que motiva los placeres de los disolutos les liberara de los terrores de la mente respecto a los fenómenos celestes, la muerte y los sufrimientos, y les enseñara además el límite de los deseos, no tendríamos nada que reprocharles a ellos, saciados por doquier de placeres y carentes en todo tiempo de pesar y de dolor, de lo que es en definitiva el mal.

XI. Si nada nos perturbaran los recelos ante los fenómenos celestes y el temor de que la muerte sea algo para nosotros de algún modo, y el desconocer además los límites de los dolores y de los deseos, no tendríamos necesidad de la ciencia natural.

143. XII. No era posible disolver el temor ante las más importantes cuestiones sin conocer a fondo cuál es la naturaleza del todo, recelando con temor algo de lo que cuentan los mitos. De modo que sin la investigación de la naturaleza no era posible obtener placeres sin tacha.

XIII. Ninguna sería la ganancia de procurarse la seguridad entre los hombres si uno se angustia por las cosas de

más arriba y por las de debajo de tierra y, en una palabra, las del infinito.

XIV. Cuando ya se ha conseguido hasta cierto punto la seguridad frente a la gente mediante una sólida posición y abundancia de recursos, aparece la más nítida y pura, la seguridad que procede de la tranquilidad y del apartamiento de la muchedumbre.

144. XV. La riqueza acorde con la naturaleza está delimitada y es fácil de conseguir. Pero la de las vanas opiniones se desparrama hasta el infinito.

XVI. Breves asaltos da al sabio la fortuna. Pues las cosas más grandes e importantes se las ha administrado su razonamiento y se las administra y administrará en todo el tiempo de su vida.

XVII. El justo es el más imperturbable, y el injusto rebosa de la mayor perturbación.

XVIII. No se acrece el placer en la carne una vez que se ha extirpado el dolor por alguna carencia, sino que tan sólo se colorea. En cuanto al límite dispuesto por la mente al placer, lo engendra la reflexión sobre estas mismas cosas y las afines a ellas, que habían procurado a la mente los mayores temores.

145. XIX. El tiempo infinito y el limitado contienen igual placer si uno mide los límites de éste mediante la reflexión.

XX. La carne concibe los límites del placer como infinitos, y un tiempo infinito requeriría para ofrecérselos. Pero la mente, que ha comprendido la conclusión racional sobre la finalidad y límite de la carne y que ha desvanecido los temores a la eternidad, nos procura una vida perfecta. Y ya para nada tenemos necesidad de un tiempo infinito. Pero tampoco rehúye el placer ni, cuando los hechos disponen nuestra partida del vivir, se da la vuelta como si le hubiera faltado algo para la existencia mejor.

146. XXI. Quien es consciente de los límites de la vida sabe cuán fácil de conseguir es lo que elimina el dolor por una carencia y lo que hace lograda una vida entera. De modo

que para nada reclama cosas que traen consigo luchas competitivas.

XXII. Es preciso confirmar reflexivamente el fin propuesto y toda la evidencia a la que referimos nuestras opiniones. De lo contrario todo se nos presentará lleno de incertidumbre y confusión.

XXIII. Si te opones a todas las sensaciones, no tendrás siquiera un punto de referencia para juzgar las que dices ser falsas.

147. XXIV. Si vas a rechazar en bloque cualquier sensación y no vas a distinguir lo opinado y lo añadido y lo ya presente en la sensación y en los sentimientos y cualquier proyección imaginativa del entendimiento, confundirás incluso las demás sensaciones con tu vana opinión hasta el punto de derribar cualquier criterio de juicio. Por el contrario, si vas a afirmar como seguro también todo lo añadido en las representaciones imaginativas y lo que no ha recibido confirmación, no evitarás el error. Porque estarás guardando una total ambigüedad en cualquier deliberación sobre lo correcto y lo no correcto.

148. XXV. Si no refieres en todo momento cada uno de tus actos al fin de la naturaleza, sino que te desvías hacia algún otro, sea para perseguirlo o evitarlo, no serán tus acciones consecuentes con tus razonamientos.

XXVI. De los deseos todos cuantos no concluyen en dolor si no se colman no son necesarios, sino que tienen un impulso fácil de eludir cuando parecen ser de difícil consecución o de efectos perniciosos.

XXVII. De los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de la vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad.

XXVIII. El mismo buen juicio que nos ha hecho tener confianza en que no existe nada terrible eterno o muy duradero nos hace ver que en los mismos términos limitados de la vida la seguridad consigue su perfección sobre todo de la amistad.

149. XXIX. De los deseos los unos son naturales y necesarios; los otros naturales y no necesarios; y otros no son ni naturales ni necesarios, sino que se originan en la vana opinión.

[Naturales y necesarios considera Epicuro a los que eliminan el dolor, como beber cuando se tiene sed. Naturales, pero no necesarios los que sólo diversifican el placer, pero no eliminan el sentimiento de dolor, como la comida refinada. Ni naturales ni necesarios (considera), por ejemplo, las coronas y la erección de estatuas honoríficas.]

XXX. A algunos de los deseos naturales que no acarrean dolor si no se colman les acompaña una intensa pasión. Ésos nacen de la vana opinión y no es por su propia naturaleza por lo que no se diluyen, sino por la vanidad de la persona humana.

150. XXXI. Lo justo según la naturaleza es un acuerdo de lo conveniente para no hacerse daño unos a otros ni sufrirlo.

XXXII. Respecto a todos aquellos animales que no pudieron concluir sobre el no hacerse ni sufrir daño mutuamente, para ellos nada hay justo o injusto. Y de igual modo también respecto a todos aquellos pueblos que no pudieron o no quisieron concluir tales pactos sobre el no hacer ni sufrir daño.

XXXIII. La justicia no era desde un comienzo algo por sí mismo, sino un cierto pacto sobre el no hacer ni sufrir daño surgido en las relaciones de unos y otros en lugares y ocasiones determinadas.

151. XXXIV. La injusticia no es en sí misma un mal, sino por el temor ante la sospecha de que no pasará inadvertida a los establecidos como castigadores de tales actos.

XXXV. No le es posible a quien furtivamente viola alguno de los acuerdos mutuos sobre el no dañar ni ser dañado, confiar en que pasará inadvertido, aunque así haya sucedido diez mil veces hasta el presente. Es desde luego incierto si será así hasta su muerte.

XXXVI. Según la noción común, el derecho es lo mismo para todos, es decir, lo que es provechoso al trato comunita-

rio. Pero el particular de un país y de momentos concretos no por todos se acuerda que sea el mismo.

152. XXXVII. De las leyes establecidas tan sólo la que se confirma como conveniente para los usos del trato comunitario posee el carácter de lo justo, tanto si resulta ser la misma para todos como si no. Si se establece una ley, pero no funciona según lo provechoso al trato comunitario, ésta no posee ya la naturaleza de lo justo. Y si lo conveniente según el derecho cambia, pero durante algún tiempo está acorde con nuestra prenoción de lo justo, no por ese cambio es durante ese mismo tiempo menos justo para quienes no se confunden a sí mismos con palabras vanas, sino que atienden sencillamente a los hechos reales.

153. XXXVIII. Cuando, sin aparecer variaciones en las circunstancias, resulta manifiesto que las cosas sancionadas como justas por las leyes no se adecuan ya en los hechos mismos a nuestra prenoción de lo justo, ésas no son justas. Cuando, al variar las circunstancias, ya no son convenientes las mismas cosas sancionadas como justas, se ve que eran justas entonces, cuando resultaban convenientes al trato comunitario de los conciudadanos, y luego ya no eran justas, cuando dejaron de ser convenientes.

154. XXXIX. Quien se dispone de la mejor manera para no sentir recelos de las cosas externas, ése procura familiarizarse con todo lo que le es posible, y que las cosas que no se prestan a ello no le resulten hostilmente extrañas. Respecto de aquello en que ni siquiera eso le es posible, evita tratarlo y delimita las cosas en que le es provechoso obrar así.

XL. Quienes han tenido la capacidad de lograr la máxima seguridad en sus prójimos consiguen vivir así en comunidad del modo más placentero, teniendo la más firme confianza, y, aun logrando la más colmada familiaridad, no sollozan la marcha prematura del que ha muerto como algo digno de lamentación.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abdera, ciudad de Tracia: IV 58; IX 24, 30, 34, 42, 50, 58, 61, 69.
Abo, esclavo de Estratón: V 63.
Academo: héroe epónimo de la Academia, III 7.
Academia platónica, Antigua, Media y Nueva: I 14, 17, 18, 19; II 64; III 41; IV 23, 51, 67; VII 163, 164.
Acaico, autor de una *Ética:* VI 99.
Acamántide, tribu ática: VII 10.
Acarnas, demo del Ática: VII 12.
Acaya: VI 85.
Acragante, río: VIII 62; ciudad: VIII 63, 67, 71, 72.
Acragantino/s: VIII 40, 51, 54, 63, 65, 69, 72.
Acrón, médico: VIII 65.
Actíde, hija de Eudoxo: VIII 88.
Acusilao: I 42.
Adimanto, hermano de Platón: III 4.
Adimanto, sobrino de Platón: III 41.
Adimanto, depositario del testamento de Teofrasto: V 67.
Adramitio, ciudad de Misia: V 84.
Aetlio, pitagórico: VIII 89.
Afrodita: III 33; VI 60, 69.
Agamenón: VII 67, 160; vástago de: II 131.
Agatenor, padre de Jenócrates: IV 6.
Agatocles, padre del cómico Eudoxo: VIII 90.
Agatón, poeta trágico: II 28; III 32.
Agatón, esclavo de Licón: V 73.
Agemorto, padre de Hermarco: X 15, 17.
Agenor, antepasado de Tales: I 22.
Agesarco, padre de Epiménides: X 15, 17.
Agesilao, rey de Esparta: II 51, 52; VI 39; VIII 87.
Agetor de Lamia, protector de Menedemo: II 138.
Agnonides, acusador de Teofrasto: V 37.
Agripa, escéptico: IX 88.
Ahrimán: I 8.
Ahuramazda: I 8.
Alceo de Mitilene, poeta: I 31, 74, 76, 81; II 46.

Alcibíades: II 23, 24, 31, 36, 105; IV 49.
Alcidamante, retor, discípulo de Gorgias: VIII 56; IX 54.
Álcimo, retor: II 144; III 9-11, 12-16, 17.
Alcipo, maestro de Teofrasto: V 36.
Alcmeón de Crotona: VIII 83.
Alejandría: V 61, 76, 84; VII 177.
Alejandrino: I 21; IV 5; V 94; VI 95; VII 18, 38, 164; VIII 85; IX 116; X 25.
Alejandro Magno: I 2; II 3, 17; IV 8, 23; V 2, 4, 5, 10, 75; VI 32, 38, 44, 45, 60, 63, 68, 79, 84, 88, 93; VII 165; IX 58, 60, 80; X 1.
Alejandro (Paris): I 32.
Alejandro Polihístor: I 116; II 19, 106; III 4, 5; IV 62; VII 179; VIII 24, 36; IX 61.
Alejandro, padre de Lácides: IV 59.
Alejandro, poeta y gramático etolio: IX 113.
Alejón de Minda: I 29.
Alexámeno: III 48.
Alexino, dialéctico: II 109, 110, 129, 135, 136; IV 36; VII 106.
Alexis, cómico: III 27, 28.
Alexis: III 31.
Alfeo, río de Élide: II 109, 110; IX 65.
Aliates, padre de Creso: I 81, 83, 95.
Alopece, demo del Ática: II 18, 40; V 57.
Amasis, faraón de Egipto: VIII 23.
Amasteis, ciudad de Paflagonia: IV 14.
Ambracia: I 98.
Ambrácide, esclava de Aristóteles: V 14.
Ambrión, autor de un libro sobre Teócrito de Quíos: V 11.
Aminias, padre de Diodoro Crono: II 111.
Aminias, arconte: III 3.
Aminias, amigo de Estratón: V 64.
Aminias, amigo de Parménides: IX 21.
Amipsias, cómico: II 28.
Amiclas, pitagórico: IX 40.
Amiclo de Heraclea: III 46.
Aminómaco, amigo y heredero de Epicuro: X 16, 17, 18, 19, 20, 21.
Amintas III, rey de Macedonia: II 56; V 1.
Anacarsis el Escita: I 13, 30, 41, 42, 101, 102, 103, 105, 106.
Anacea, demo del Ática: VII 10, 12.
Anaflisto, demo del Ática: VII 12.
Analogistas: I 17.
Anaxágoras de Clazómenas: I 4, 14, 16, 42; II 6, 11, 12, 15, 16, 19, 35, 45, 46; VIII 56; IX 20, 34, 37, 41, 57; X 12.
Anaxágoras, retor: II 15.
Anaxágoras, escultor: II 15.
Anaxágoras, gramático: II 15.
Anaxándrides, cómico: III 26.
Anaxarco de Abdera: IX 58, 59, 60, 61, 63.
Anaxícrates, arconte: X 2.
Anaxilaides: III 2.
Anaxílao: I 107.
Anaxilas, cómico: III 28.
Anaximandro de Mileto: I 13, 14, 122; II 1, 3; VIII 70; IX 18, 21.
Anaximandro, historiador: II 2.
Anaxímenes: I 14, 40; II 3, 4, 5, 6; VIII 49; IX 57.
Anaxímenes, retor de Lámpsaco: II 3; V, 10; VI 57.
Anaxímenes, historiador: II 3.
Andrón de Éfeso: I 30, 119.

Andrón de Argos: IX 81.
Andróstenes: V 57.
Andróstenes de Egina: VI 75.
Aniceris de Cirene: I 19; II 85, 86, 98; III 20.
Ánito, acusador de Sócrates: II 38, 39, 43; VI 9, 10.
Anfiarao: II 127, 142; IV 48.
Anficlides: V 38.
Anfícrates: II 101.
Anfícrito: IV 43, 44.
Anfímenes de Cos: II 46.
Anfión, amigo de Licón: V 70.
Anfípolis: II 22; III 46.
Anfis, cómico: III 27, 28.
Antágoras de Rodas: II 133; IV 21, 26-27.
Anticlides: VIII 11.
Antidoro, epicúreo: X 8.
Antígenes, padre de Crates: IV 21.
Antígono de Caristo: II 15, 136, 143; III 66; IV 17, 22; V 67; VII 12, 188; IX 49, 62, 110, 111, 112.
Antígono I el Cíclope: II 115.
Antígono II Gonatas: II 127, 128, 141, 142, 143; IV 39, 41, 46, 54; V 65, 78; VII 6, 7, 8, 9, 13, 14, 15, 36, 169; IX 110.
Antígono III Dosón: II 110.
Antileón: III 3.
Antíloco de Lemnos: II 46; VIII 49.
Antiménidas: II 46.
Antíoco I Soter: V 83.
Antíoco II: V 67.
Antíoco de Laodicea: IX 106, 116.
Antípatro de Cirene: II 86.
Antípatro, general de Alejandro: IV 8, 9, 11; V 11, 13; VI 44, 66.
Antípatro de Tarso, estoico: IV 64, 65; VII 54, 57, 60, 68, 84, 92, 121, 140, 142, 148, 150, 151.
Antípatro de Sidón, poeta epigramático: VII 29.
Antípatro de Tiro: VII 139.
Antístenes de Atenas: I 15, 19; II 31, 36, 47, 61, 64; III 35; VI 1, 19, 21, 103, 104, 105; VII 19, 91; IX 15, 53, 101.
Antístenes de Éfeso: VI 19.
Antístenes de Rodas, historiador: I 40; II 39, 98, 134; VI 19, 77, 87; VII 168; IX 6, 27, 35, 38, 39, 57.
Antifonte, el augur: II 46.
Antifonte: VIII 3.
Apelas, escéptico: IX 106.
Apemante: I 107.
Apis: VIII 90, 91.
Apolo: I 4, 29, 32, 83, 99, 107; II 42; III 2; VI 20; VIII 5, 11, 13, 57.
Apolodoro de Atenas: I 37, 68, 74, 95, 98, 121; II 2, 3, 7, 44, 55; III 2; IV 23, 28, 45, 65; V, 9, 58; VI 101; VII 184; VIII 52, 58, 90; IX 1, 18, 23, 24, 25, 29, 34, 41, 50, 56, 61; X 13, 14.
Apolodoro, «el tirano del Jardín», epicúreo: I 58, 60; VII 181; X 2, 10, 13.
Apolodoro, padre de Arquelao: II 16.
Apolodoro, socrático: II 35.
Apolodoro, estoico: VII 39, 41, 54, 64, 84, 102, 118, 121, 125, 129, 135, 140, 142, 143, 150, 157.
Apolodoro de Cícico: IX 38.
Apolodoro el Logístico: I 25; VIII 12.
Apolófanes, estoico: VII 92, 140.
Apolonia: VI 81; IX 57.
Apolonides, sirviente de Platón: III 42.
Apolonides: II 50.
Apolonides de Nicea: IX 109.

Apolonio Crono: II 111.
Apolonio de Solos: V 83.
Apolonio de Tiro, estoico: VII 1, 2, 6, 24, 28.
Apolonio, padre de Crisipo: VII 179.
Apolotemis, padre de Diógenes de Apolonia: IX 57.
Apsefión, arconte: II 44.
Aqueo de Eretria, trágico: II 133-134.
Aqueronte: IV 31.
Aquiles: V 8; (y la tortuga, aporía de Zenón): IX 23, 29.
Aquilíde, comarca de Troya: I 74.
Arabia: IX 79.
Arato, poeta: II 133; VII 167; IX 113.
Arcadia: I 28, 94; II 83; IV 2.
Arcádico: VI 102.
Arcadio/s: I 107, 114, 116; II 64; III 23; IV 38.
Arcágoras, discípulo de Protágoras: IX 54.
Arcesilao de Pítane, fundador de la Academia Media: I 14, 19; IV 22, 23, 24, 25, 28, 30, 31, 34, 37, 44, 45, 59; V 41, 68; VII 162, 171, 183; IX 114, 115.
Arcesilao, cómico: IV 45.
Arcesilao, poeta elegíaco: IV 45.
Arcesilao, escultor: IV 45.
Arcesilao, padre de Estratón de Lámpsaco: V 57, 58.
Arcesilao, heredero de Estratón de Lámpsaco: V 61, 62, 63, 64.
Areopagitas: II 116; VII 169.
Areópago: I 110; II 101, 116.
Ares: III 33.
Arete, hija de Aristipo: II 72, 86.
Argivo: I 30.
Argo: I 111.
Argos: I 41; II 47; III 4; IX 81.
Ariarates, rey de Capadocia: IV 65.
Aridices: IV 42.
Arieo: IX 116.
Arimnesto, hermano de Aristóteles: V 15.
Arimnesto, hijo de Cleobulo: V 57.
Aristágoras de Mileto: I 11, 72.
Aristágoras, hijo de Eudoxo: VIII 89.
Aristides el Justo: II 26.
Aristides, dialéctico: II 113.
Aristides, albacea de Estratón: V 62.
Aristipo de Cirene: I 19; II 47, 60, 61, 62, 65, 66, 77, 78, 80, 83, 86, 86-99, 103; III 36; IV 40; VI 19, 25, 32; VIII 21; X 4; (obras: II 84-85).
Aristipo: I 96; II 23, 48; III 29; IV 19; V 3, 39; VIII 60.
Aristipo el «Metrodidacto», nieto de Aristipo de Cirene: II 83, 86.
Aristipo, filósofo de la Academia Nueva: II 83.
Aristipo, autor de un libro sobre Arcadia: II 83.
Aristóbulo, hermano de Epicuro: X 3.
Aristocles, citaredo: VII 13.
Aristócrates: I 94.
Aristocreonte, sobrino de Crisipo: VII 185.
Aristófanes, cómico: II 18, 20, 27, 28, 38; IV 18-19; VIII 34.
Aristófanes, gramático: III 61; X 13.
Aristofonte, cómico: VIII 38.
Aristogitón, tiranicida: I 56; VI 50; IX 26.
Aristómaco, amigo de Licón: V 70.
Aristómenes, discípulo de Platón: III 19.
Aristómenes, albacea de Aristóteles: V 12.

Aristón de Quíos: I 16; II 80; IV 33, 40; VI 103, 105; VII 18, 37, 160, 161, 171, 182; (obras: VII 163).
Aristón de Ceos: II 22; V 64, 70, 74; VII 163, 164; IX 5, 11; X 14.
Aristón, padre de Platón: III 1, 2, 44.
Aristón, músico ateniense: VII 164.
Aristón, trágico: VII 164.
Aristón, retor: VII 164.
Aristón, peripatético alejandrino: VII 164.
Aristónicos (discípulos de Aristón de Quíos): VII 161.
Aristóteles de Estagira: I 1, 8, 15, 16, 19, 24, 98, 99; II 23, 26, 45, 46, 55, 104, 109; III 37, 46, 48, 80, 109; IV 5, 6, 67; V 1, 2, 3, 5, 6, 7-8, 11-16, 21, 35, 36, 38, 39, 51, 61, 86; VIII 13, 19, 34, 36, 48, 51, 52, 57, 63, 74, 88; IX 25, 53, 54, 81; X 1, 8, 27; (obras: V 22-27).
Aristóteles, nieto del anterior: V 53.
Aristóteles el «Mito», alumno del socrático Esquines: II 63; V 35.
Aristóteles de Cirene, poeta: II 113; V 35.
Aristóteles, comentarista de la *Ilíada:* V 35.
Aristóteles, político ateniense: V 35.
Aristóteles, retor siciliano: V 35.
Aristóteles, maestro de primeras letras: V 35.
Aristóteles, gramático: V 35.
Aristóxeno, peripatético: I 42, 107, 108, 118; II 19, 20; III 8, 37; IV 15; V 35, 92; VIII 1, 8, 15, 20, 21, 46, 79, 82; IX 40.
Aristóxeno de Tarento, músico: VIII 14.
Arquécrates: IV 38.
Arquedemo de Tarso, estoico: VII 40, 55, 68, 84, 88, 134, 136.
Arquelao: I 14, 18; II 16, 17, 19, 23; IX 18, 41; X 12.
Arquelao, geógrafo: II 17.
Arquelao, autor de un libro sobre *Particularidades naturales:* II, 17.
Arquelao, retor: II, 17.
Arquelao, rey de Macedonia: II 25.
Arquéstrato: III 41.
Arquetimo de Siracusa: I 40.
Arquianasa, hetera: III 31.
Arquias: IV 38.
Arquíloco, poeta: IX 1, 71.
Arquínomo: VIII 53.
Arquipo de Tarento, pitagórico: VIII 39.
Arquípolis: II 137.
Arquitas de Tarento, pitagórico: III 21, 22, 61; VIII 3, 79, 80, 82, 86.
Arquitas de Mitilene, músico: IV 52; VIII 82.
Arquitas, autor de un tratado sobre agricultura: VIII 82.
Arquitas, poeta epigramático: VIII 82.
Arquitas, arquitecto: VIII 82.
Arsénides, arconte: VII 10.
Arsínoe, destinataria de cartas de Estratón de Lámpsaco.
Arsínoe, destinataria de un discurso de Jenófanes de Colofón: IV 15.
Artafernes, sátrapa: II 79.
Artemidoro el dialéctico: IX 53.
Ártemis: II 42, 44, 51; IV 45; IX 3, 6.
Ártemis, esclava de Platón: III 42.
Artemón, padre de Protágoras: IX 50.

Ascanio de Abdera: IX 61.
Asclepíada, epíteto aplicado al médico Pausanias: VIII 61.
Asclepíades de Fliunte: II 105, 126, 129, 130, 131, 132, 137, 138; VI 91.
Asclepio: III 45; V 1; VI 38; santuario de: IV 24.
Ascondas, padre de Crates: VI 85.
Asdrúbal, nombre natal de Clitómaco: IV 67.
Asia: I 44; II 51, 79; III 7; V 83.
Asirios: I 1.
Asos: VII 37, 168, 170.
Aspendo: V 83; VI 13.
Áster: III 29.
Astianacte, padre de Licón: V 65.
Astianacte, hermano de Licón: V 69.
Astipalea: VI 84.
Astón de Crotona: VIII 7.
Astrampsicos: I 2.
Átalo I Soler, rey de Pérgamo: IV 30, 60; V 67.
Atanes, albacea de Estratón: V 62.
Atarneo: V 3, 8.
Atarnita: I 80.
Atenas: I 22, 24, 44, 54, 57, 62, 67, 82, 101; II 7, 16, 25, 45, 49, 53, 62, 65, 102, 119; III 2, 3, 7, 18, 20, 21, 47; IV 9, 11, 24, 29, 40, 43, 44, 47, 67; V 4, 5, 9, 10, 35, 61, 69, 75, 79, 86; VI 21, 44, 57, 59, 75, 90; VII 2, 5, 6, 28, 31, 32, 168, 187; VIII 86, 87; IX 36, 37, 54, 56, 57, 110; X 1, 2, 15.
Atenea: I 67, 69; II 116; IV 25, 45; V 16; VII 147.
Ateniense/s: I 3, 19, 31, 43, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 53, 59, 61, 64, 65, 66, 67, 72, 74, 110, 111, 112, 113, 114, 119; II 2, 10, 16, 18, 23, 26, 27, 31, 35, 41, 43, 44, 46, 48, 51, 53, 56, 59, 60, 74, 102, 104, 121, 122, 124; III 1, 5, 19, 46, 52; IV 1, 7, 9, 14, 16, 21, 29, 44, 49; V 1, 2, 4, 17, 37, 38, 41, 66, 75, 76, 77, 82; VI 1, 2, 8, 22, 23, 34, 39, 43, 63; VII 1, 6, 9, 11, 15, 29, 164, 169, 173, 181; VIII 1, 52; IX, 15, 18, 28, 52, 65, 67; X 1, 23.
Ateneo, médico: II 104.
Ateneo, epicúreo: X 22.
Ateneo, poeta epigramático: VI 14; VII, 20; X 12.
Atenodoro de Solos, estoico: III 3; V 36; VI 81; VII 34, 38, 68, 121, 149; IX 42.
Atenodoro de Lámpsaco: X 24.
Ática: I 47, 104; III 44; V 86; VI 25.
Ático/a/s: dialecto: II 83; IV 58; VII 56; moneda: IV 8; VII 18; Musa ática, epíteto de Jenofonte: II 57.
Atlante: I 1.
Atlias: VI 44.
Atrida: VII 67.
Autólico, matemático: IV 29.
Axiótea de Fliunte, discípula de Platón: III 46; IV 2.
Ayaces: II 5.
Ayante: I 48, 62; V 8.

Babilonia: VI 79.
Babilonio/s: I 1; VI 81; VII 39, 55.
Babis, padre de Ferecides: I 116, 119.
Baco: IV 61; VII 184.
Bargilis: V 94.
Basílides, epicúreo: X 25.
Bate, demo del Ática: X 16.
Baticles: I 28, 29.
Bátide, hermana de Epicuro: X 23.
Batilo: VIII 83.
Batón, amo de Menipo: VI 99.

Beocia: VI 98.
Beocio: II 49.
Berenice, reina de Egipto: V 78.
Betión, discípulo de Bión: IV 54.
Biante de Priene: I 13, 31, 32, 41, 42, 44, 82, 83, 84, 85, 88; II 46.
Bictas, esclavo de Platón: III 42.
Bión de Borístenes: II 77, 117, 135: IV 5, 10, 23, 46, 47, 52, 54, 55, 57, 58.
Bión de Proconeso: IV 58.
Bión de Siracusa, retor: IV 58.
Bión de Abdera, matemático: IV 58.
Bión de Solos, historiador: IV 58.
Bión, retor: IV 58.
Bión, lírico: IV 58.
Bión de Mileto, escultor: IV 58.
Bión de tarso, trágico: IV 58.
Bión de Clazómenas, escultor: IV 58.
Bitinia: II 47; IV 63.
Bitinio: V 3, 84.
Bizancio: II 20.
Bizantino: II 104.
Blosón, padre putativo de Heráclito: IX 1.
Boeto: VII 54, 143, 148, 149.
Borístenes: IV 23, 46, 55.
Bósforo: II 113; VII 37, 177.
Botón de Atenas, maestro de Jenófanes: IX 18.
Branco: I 72.
Bránquidas, templo de Apolo: I 72; VIII 5.
Brisón de Acaya, maestro de Crates y Pirrón: I 16; VI 85; IX 61.
Brontino: VIII 42, 55, 83.
Bugelo, padre de Pítocles: IV 41.
Bulón, discípulo de Licón: V 70, 71.
Busiris, distrito de Egipto: V 78.

Caba de Argos: I 41.
Cabrias, estratego: III 20, 23, 24.
Cabrino, padre putativo de Laso: I 42.
Cádamo, padre de Metrodoro: IV 31.
Cadmo: I 22, VII 30.
Caduidas, rey de los escitas y hermano de Anacarsis: I 101.
Calatis: I 38, V 83, 94.
Calaures, isla del Egeo, hoy Poros: V 10.
Calcedón: IX 110.
Calcedonia: II 106; IV 6; V 72, 83.
Cálcide: II 136; IV 54; V 5, 10, 14, 36, 56; X 1.
Calcídica: VIII 46.
Caldeos: I 1, 6; VIII 3; IX 34, 35.
Calescro, padre de Critias: III 1.
Calíades, arconte: II 45.
Calias, arconte: II 7, 30.
Calias, cómico: II 18.
Calias, esclavo de Aristóteles: V 55.
Calicles: III 52.
Calícrates: IV 58.
Calicrátides, hermano de Empédocles: VIII 53.
Calímaco, poeta: I 23, 25, 28, 29, 79; II 111; VIII 86; IX 17, 23.
Calímaco, polemarco en Maratón: I 56.
Calímaco, albacea de Aristóteles: III 42, 43.
Calino, albacea de Aristóteles: V 52, 53, 55, 56.
Calino, albacea de Licón: V 70, 71, 73, 74.
Calipo, discípulo de Aristóteles: III 46.
Calipo, albacea de Aristóteles: V 57.
Calipo de Corinto, discípulo de Zenón: VII 38.
Calístenes de Olinto, pariente y discípulo de Aristóteles: V 4, 10, 39, 53, 56; VI 45.

Calcedonia: III 46; V 83.
Cameleonte: III 46, V 92.
Camino de las procesiones (Pompeion): II 43; VI 22.
Capadocia: IV 65.
Caria: I 89.
Cario/a: VI 101.
Carcino: II 63.
Cares, esclavo de Licón: V 73.
Caribdis: VI 51.
Carino, padre de Esquines: II 60, 120.
Carión, esclavo de Aristóteles: V 55.
Caristo, ciudad de Eubea: II 136, 143; III 66; IV 17; V 67; IX 62, 111.
Cárites, «Gracias»: IV 6.
Cárites, «Gracias», estatuas de la Acrópolis de Atenas: II 19.
Cárites, «Gracias», estatuas de la Academia platónica: IV 1.
Caritobléfaro, «de agraciados párpados», apodo de Demetrio de Falero: V 76.
Carmándrides: III 19.
Carmandro: III 19.
Carmántides: I 42.
Cármides, tío de Platón: II 29, 31; III 1.
Carnéades: I 14, 16; IV 60, 62, 65, 66, 67; V 19; VII 182; X 9, 26.
Carondas: II 76.
Carondas, legislador de Italia: VIII 16.
Caronte: VII 123.
Cartago: I 19; III 82; IV 67; VII 37, 165.
Cartaginés/eses: VII 35; VIII 82.
Casio, escéptico: VII 32, 34.
Catania: IX 18.
Cafisio: VII 21.
Cebes de Tebas: II 125.
Cécrope: II 58; IX 56.
Céfalo, padre de Lisias: III 25.
Cefisias, santuario de: III 41.
Cefiso, río: III 42.
Cefisodoro, hiparco espartano en Mantinea: II 54.
Celtas: I 1.
Ceneo: IV 2.
Ceos: V 64, 74; IX 50.
Cerámico: V 57; VI 35; VII 3, 11, 15, 29, 182.
Cércidas de Megalópolis: VI 76.
Cércope: II 46.
Cércopes, plaza de Atenas: IX 114.
Chipriota: I 63.
Chipre: I 50, 51, 62; II 129; VII 1; IX 58, 59, 115.
Chytras, fiestas con certámenes teatrales: III 56.
Cibisto, hijo de Tales: I 26.
Cícico: I 99; II 127; III 25, 46; VIII 72, 87; IX 4, 38; X 8.
Cíclope: VII 53.
Cíclope: apodo de Timón de Fliunte: IX 112.
Cilicia: I 51; IX 83.
Cilón de Crotona: II 46; VIII 40, 49.
Cilón: I 110.
Cinégiro, combatiente en Maratón: I 56.
Cínico/a/s: I 17, 18, 19; VII 3, 17.
Cinosarges, gimnasio de Atenas: VI 13; VII 161.
Cipris: III 33; IV 27.
Cípselo: I 40.
Cípselo, padre de Periandro: I 94.
Cípselo, hijo de Periandro: I 94.
Circe: IV 9.
Cirenaico/a/s: I 17, 18, 19; II 85; VII 167; X 136, 137.
Cirene: I 40; II 65, 83, 86, 103, 113, 134; III 6, 20; IV 41, 52, 59; V 35, 41, 84; VIII 21; IX 115.

Ciro el Grande: I 25; III 34; VI 2.
Ciro el Joven: II 49, 50, 51, 55, 58; VI 84.
Citenate: IX 116.
Citieo: VII 31.
Citio, localidad de Chipre: I 15, 19; VI 104; VII 1, 6, 10, 11, 12, 29, 36, 39, 84, 134; VII 11; VIII 6; IX 29.
Clazómenas: II 6; IV 58.
Cleantes, estoico: I 15; VII 14, 17, 37, 41, 84, 87, 89, 91, 92, 127, 128, 134, 139, 142, 157, 167, 168, 170, 171, 176, 179, 182, 185; (obras: VII 174-175).
Cleantes del Ponto: IX 15.
Clearco de Solos: I 9, 30, 81; III 2.
Clinias, pitagórico: IX 40.
Clinias: II 49.
Clinómaco de Turios: II 112.
Clipides: II 127.
Clístenes: II 125.
Clitarco: I 6; II 113.
Clitómaco de Cartago, dialéctico: I 14, 19; II 92; IV 66, 67.
Cleobis, tiranicida: I 50.
Cleobulina, madre de Tales: I 22.
Cleobulina, hija de Cleobulo: I 89.
Cleobulo: I 13, 30, 41, 42, 89, 90, 93.
Cleobulo, padre de Arimnesto: V 57.
Cleómenes: VI 75, 95.
Cleómenes, rapsoda: VIII 63.
Cleócares: IV 41.
Cleón, demagogo ateniense del s. v a.C.: II 12.
Cleón: III 61.
Cleón, acusador de Demetrio de Falero: V 76
Cleón, epicúreo: X 84.
Cleónimo, antepasado de Pitágoras: VIII 1.
Clitemnestra, apodo del actor Nicóstrato: IV 18.
Cnides: I 29.
Cnido VII 186; VIII 86, 89, 90.
Cnoso: I 111, 109; IX 116.
Codro: I 53; III 1.
Coes: IV 8.
Cólide: III 41.
Coliteo, demo del Ática: III 3.
Colofón: I 111; II 46; III 31; VI 100; IX 18, 111; X 1.
Cólquide: I 111.
Colono, demo del Ática: III 5.
Colotes de Lámpsaco, discípulo de Epicuro: VI 102; X 25.
Conón, almirante ateniense: II 39; V 76.
Conufidis de Heliópolis: VIII 90.
Corcira: I 94.
Corcirenses: I 95.
Coribantes: I 111.
Coricio, monte: I 118.
Corintio/s: I 96; VI 74.
Corinto: I 40, 94, 97, 99, 100; II 42, 113; VI 77, 79, 82, 90; VII 38.
Corisco, discípulo de Platón: III 46, 61.
Cos: I 31, 32, 33; II 46, 47, 59; VIII 78.
Cotis: IX 65.
Cránao: II 58.
Craneo, gimnasio de Corinto: VI 38, 77.
Crántor de Solos, académico: I 14; IV 17, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29.
Cranón: II 25.
Cratea, madre de Periandro: I 96.
Crátero, general de Alejandro: VI 57.
Crates, director de la Academia: I 14; IV 18, 21, 22, 23, 27, 32, 51.
Crates de Tebas, cínico: I 15; II 114, 117, 118, 119, 126, 131; IV 23; VI 15, 82, 85, 86, 88, 91, 92, 93, 94, 96, 98, 105; VII 2, 3, 4, 12, 24, 32.

Crates, cómico: IV 23.
Crates de Tralles, retor: IV 23.
Crates, constructor de fosas: IV 23.
Crates, geómetra: IV 23.
Crates, poeta epigramático: IV 23.
Crates de Tarso, académico: IV 23.
Crates, padre de Pitágoras: VIII 49.
Crates: IX 12.
Cratino, cómico: I 12, 62, 89.
Cratino: I 110.
Cratino el Joven, cómico: III 28; VIII 37.
Cratistóteles: VII 10.
Cratilo el Heraclíteo: III 6.
Cremónides: VII 17.
Creófilo: VIII 2.
Creso, rey de Lidia: I 25, 29, 30, 38, 40, 50, 51, 67, 75, 77, 81, 95, 105.
Creta: I 41, 43, 100, 107, 110, 111, 112, 113; VI 74; VIII 3.
Cretense/es: I 13, 107, 109, 111, 112, 114, 115.
Crinis: VII 62, 68, 71, 76.
Cripsipo, apodo de Crisipo: VII 182.
Crisipo: I 14, 15, 16; IV 62; VII 1, 34, 35, 39, 40, 50, 54, 55, 57, 60, 62, 65, 68, 71, 79, 84, 85, 87, 89, 91, 92, 101, 102, 103, 111, 120, 121, 122, 125, 127, 128, 129, 130, 131, 134, 136, 138, 139, 140, 142, 143, 148, 149, 150, 151, 157, 159, 179, 180, 181, 183, 184, 185, 186-187, 189; X 3, 26; (obras: VII 189-202).
Crisipo de Cnido, médico y discípulo de Eudoxo: VII 186; VIII 87, 89.
Crisipo, médico de Tolomeo Soter: VII 186.
Critias, uno de los Treinta tiranos: II 24; III 1.
Critias, abuelo del anterior: III 1.
Critobulo, hijo de Critón: II 121.
Critón, discípulo de Sócrates: II 20, 31, 60, 105, 121; III 36; (obras: II 121).
Critón, esclavo de Licón: V 72, 74.
Cróbilo, sicofanta: III 24.
Crono, apodo de Apolonio y Diodoro de Yaso: II 111, 112.
Cronos: VIII 2.
Crotona: II 5, 46; VIII 3, 7, 21, 40, 46, 83, 84.
Crotoniata/s: II 5; VIII 39.
Ctesarco, abuelo de Teofrasto: V 56.
Ctesibio: I 110.
Ctesibio, amigo de Arcesilao: IV 37.
Ctesipo, hijo de Critón: II 121.
Ctonia: I 119.
Cumas: I 76; V 94.
Cumeos: I 76.
Curete: I 115.
Curetes: I 111.

Daimaco de Platea: I 30.
Daipo: V 63.
Damagetas, padre de Quilón: I 68.
Damasio, arconte: I 22.
Damasipo, padre putativo de Demócrito: IX 34.
Dámaso, hermano de Demócrito: IX 39.
Damo, hija de Pitágoras: VIII 42.
Damón de Cirene: I 40.
Damón, músico: II 19.
Dánao: II 44.
Dárdano: II 53.
Darío I, rey de Persia: IX 12, 13, 14.
Délfico: VIII 73.

Delfíde, hija de Eudoxo: VIII 88.
Delfos: I 28, 29, 40, 118; II 23, 50, 51, 136; V 6; VI 20, 21, 60; VIII 8, 21.
Delio/s: I 89; II 22, 42, 44; III 2; VIII 5; IX 12.
Delion, batalla de: II 22.
Delos: I 118, II 22; III 8; VI 20; VIII 13, 40.
Demarato, consejero de Jerjes: I 72.
Demarato, discípulo de Aristóteles: V 53.
Demeas, padre putativo de Zenón de Citio: VII 1.
Deméter: V 4, 8, 16; VI 69; VII 147; VIII 15.
Demetríade: IV 39.
Demetrio de Falero: I 22; II 7, 13, 44, 101; IV 14; V 39, 75, 79; VI 90; IX 15, 20, 37, 57; (obras: V 80-81).
Demetrio de Magnesia: I 38, 79, 112, 114; II 52, 56, 57; V 3, 75, 89; VI 79, 84, 88; VII 31, 169, 185; VIII 84, 85; IX 15, 27, 35, 36, 40; X 13.
Demetrio de Bizancio: II 20.
Demetrio Poliorcetes: II 115, 140, 141, 143; V 77.
Demetrio, albacea de Aristóteles: III 43.
Demetrio de Anfípolis, discípulo de Aristóteles: III 46.
Demetrio: IV 41.
Demetrio, padre de Heraclidas: V 71.
Demetrio, esclavo de Aristóteles: V 72, 74.
Demetrio de Calcedonia, retor: V 83.
Demetrio de Bizancio, peripatético: V 83.
Demetrio el «Gráfico», escritor y pintor: V 83.
Demetrio de Aspendo: V 83.
Demetrio de Calatis, geógrafo: V 83.
Demetrio, historiador bizantino: V 83.
Demetrio de Alejandría, sofista: V 84.
Demetrio de Ardamitio, apodado «Ixión», gramático: V 84.
Demetrio de Cirene, gramático: V 84.
Demetrio de Escepsis, filólogo: V 84.
Demetrio de Eritrea, gramático: V 84.
Demetrio de Bitinia, estoico: V 84.
Demetrio de Esmirna, retor: V 85.
Demetrio, cómico: V 85.
Demetrio, poeta épico: V 85.
Demetrio de Tarso, satirógrafo: V 85.
Demetrio, yambógrafo: V 85.
Demetrio, escultor: V 85.
Demetrio de Eritrea, historiador: V 85.
Demetrio de Alejandría, alumno de Teómbroto: VI 95.
Demetrio de Citio: VII 6, 36.
Demetrio de Trecén: VIII 74.
Demetrio, padre de Timócrates: X 16.
Demetrio el Lacedemonio, discípulo de Epicuro: X 26.
Demilo, arconte: II 11.
Demócares, hijo de Laques: IV 41; VII 14.
Demócrito de Abdera: I 15, 16, 22, 23; II 14; III 25; IV 58; IX 24, 34, 36, 37, 38, 40, 41, 43, 49, 50, 53, 58, 67, 72, 106; X 2, 4, 8, 13; (obras: IX 46-49).
Demócrito de Quíos, músico: IX 49.
Demócrito, escultor: IX 49.

Demócrito, autor de una obra sobre el santuario de Éfeso y sobre Samotracia: IX 49.
Demócrito, poeta epigramático: IX 49.
Demócrito de Pérgamo: IX 49.
Demódoco de Leros: I 84.
Demófilo, acusador de Aristóteles: V 5.
Demofonte, mayordomo de Alejandro: IX 80.
Demóstenes: II 64, 108; III 47; V 10; VI 34.
Demóstrato de Xípete: III 42.
Demótimo, discípulo de Aristóteles: V 53, 55, 56.
Dexio, padre putativo de Jenófanes: IX 18.
Diágoras de Melos: VI 59.
Dialéctica, escuela: I 18, 19.
Dicearco: I 40, 41; III 4, 38, 46; VIII 40.
Dídima, santuario de Apolo: I 29, 32.
Dídimo: V 76.
Didimón, flautista: VI 51, 68.
Diéuquidas: I 57.
Dífilo del Bósforo: II 113.
Dífilo, estoico: V 84.
Dífilo, discípulo de Aristón: VII 161.
Dinarco: II 52.
Dinón: I 8; IX 50.
Diocles de Magnesia: II 54, 82; VI 12, 13, 20, 36, 87, 91, 99, 103; VII 48, 162, 166, 179, 181; IX 61, 65; X 11, 12.
Diocles, albacea de Estratón: V 62.
Diocles, esclavo de Estratón: V 63.
Diocles de Fliunte, pitagórico: VIII 46.
Diodoro, hijo de Jenofonte: II 52, 54.
Diodoro de Yaso, apodado «Crono»: II 111, 112; IV 33; VII 16, 25.
Diodoro: IV 2.
Diodoro de Aspendo, cínico: VI 13.
Diodoro de Éfeso: VIII 70.
Diódoto de Sidón, gramático: IX 12, 15.
Diofanto, esclavo de Estratón: V 63.
Diofanto, albacea de Licón: V 71.
Diógenes el Cínico: I 15; II 66, 68, 78, 103, 112; IV 3; V 18, 19; VI 6, 15, 18, 20, 25, 26, 31, 32, 36, 40, 54, 60, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 87, 93, 103, 104, 105; VII 91, 131.
Diógenes Laercio (epigramas y versos procedentes de su *Poemario de metros diversos*): I 39, 63, 73, 85, 97, 103, 120; II 15, 46, 58, 110, 112, 120, 144; III 45; IV 3, 15, 20, 27, 45, 55-57, 61, 65-66; V 8, 40, 60, 68, 79, 90; VI 19, 79, 100; VII 31, 164, 176, 184; VIII 44, 45, 75, 84, 91; IX 4, 28, 43, 56, 59; X 16.
Diógenes, albacea de Arcesilao: IV 44.
Diógenes de Apolonia: VI 81; IX 57.
Diógenes de Babilonia, estoico: VI 81; VII 30, 39, 55, 56, 57, 58, 71, 84, 88.
Diógenes de Esmirna: IX 58.
Diógenes de Sición: VI 81.
Diógenes de Tarso: VI 81.
Diógenes de Tarso, epicúreo: X 26, 118, 120, 136, 138.
Diógenes de Tolemaide, estoico: VII 41.
Diomedonte, tirano de Elea: IX 26.

Dión, localidad de Macedonia: I 5.
Dión: I 80.
Dión, tirano de Siracusa: II 63; III 3, 9, 19, 20, 21, 23, 25, 29, 30, 31, 46, 61; IV 5; VIII 84.
Dión, esclavo de Licón: V 73.
Dión de Peania: VII 12.
Dionisíacas, fiestas: VI 24.
Dionisias: III 56.
Dionisio: I 38.
Dionisio I de Siracusa: II 66, 67, 69, 73, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83; III 18, 21; VIII 85; X 8.
Dionisio II de Siracusa: II 63; III 21, 23, 25, 61; IV 2, 8, 11; VI 26, 50; VIII 79
Dionisio I o Dionisio II de Siracusa: II 61; III 9, 34, 36; VI 58.
Dionisio el Dialéctico: II 98.
Dionisio de Calcedonia: II 106.
Dionisio, maestro de primeras letras de Platón: III 4.
Dionisio, esclavo de Platón: III 42.
Dionisio de Epicefisia: V 57.
Dionisio de Heraclea, el «Tránsfuga»: V 92, 93; VII 23, 37, 166; (obras: VII 167).
Dionisio el Estoico: VI 43.
Dionisio de Colofón: VI 100.
Dionisio: VIII 47.
Dionisio, comentarista de la obra de Heráclito de Éfeso: IX 15.
Dionisio de Halicarnaso: X 4.
Dionisio, epicúreo: X 25.
Dioniso: II 102; IV 61; VI 63; VII 173; (teatro de): III 5.
Dionisodoro: II 42.
Dionisodoro, flautista: IV 22.
Dioscórides: I 63.
Dioscórides, albacea de Teofrasto: V 57.
Dioscórides de Chipre: IX 114, 115.
Dioscuros, apodo de los hijos de Jenofonte: II 52.
Diospolis, localidad de Egipto: V 78.
Dióteles, albacea de Aristóteles: V 12.
Diotimo el Estoico: X 3.
Dioxipo, atleta: VI 43.
Dónax, esclavo de Teofrasto: V 55.
Dorio/a/s: I 115; II 83; IV 19; VIII 47.
Dosíadas, padre putativo de Epiménides: I 109.
Dracón, legislador ateniense: I 55.
Dracón, hijo de Pentilo: I 81.
Dromón, esclavo de Estratón: V 63.
Drópide, hermano de Solón: III 1.
Druidas: I 1, 6.
Duris, historiador: I 22, 38, 74, 82, 89, 119; II 19.

Eea, demo del Ática: IV 16.
Efesio: I 117; II 104; IX 2, 3, 15.
Éfeso: I 41, 117, 119, 121; II 51, 52, 60, 103; VI 19, 95; VIII 70; IX 1, 13, 14, 16, 49.
Éforo: I 40, 41, 96, 98; II
Egina: II 115; III 3, 19, 36; V 70, 71; VI 73, 74, 75, 80, 84.
Egineta: III 3.
Egipcios: I 1, 8, 10, 24; III 7; VII 1; VIII 89; IX 84.
Egipto: I 27, 43, 50, 89; II 115; III 6; VIII 2, 3, 87, 90; IX 35.
Egospótamos: II 10.
Ejecéstides, padre de Solón: I 45.
Elea: I 15, 18, 19; III 52; VII 35; IX 21, 25, 28, 30, 72.
Eléata: I 17; III 48.
Eleático: IX 25.
Electra: II 108.

Elenxino el «Refutador», apodo de Alexino de Élide: II 109.
Eleusinia, advocación de Deméter: V 4.
Eleusis, comentarista: I 29.
Élide: I 19; II 53, 195, 109, 126; IX 61, 62, 69, 109.
Empédocles de Agrigento: VIII 43, 50, 51, 53, 55, 56, 57, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 70, 72, 75, 76, 77; IX 20, 22, 25, 73.
Empédocles, abuelo del anterior. VIII 51.
Endoxo «ilustre», apodo de Eudoxo: VIII 91.
Enesidemo de Cnoso, alumno de Pirrón: IX 62, 78, 87, 102, 106, 107, 116.
Eno: III 46.
Enópides: IX 37, 41.
Eolio, dialecto: IV 28.
Epaminondas: II 54; VI 39; VIII 7.
Epicarmo: I 42; III 9, 10, 13, 15, 17; VIII 78.
Epicefisia: V 57.
Epicomo, padre putativo de Carnéades: IV 62.
Epícrates, albacea de Estratón.
Epicteto: X 6.
Epicúreo/s: I 17, 18, 19; IV 43; V 92; VII 35; X 2, 3, 13, 26, 31, 97.
Epicuro: I 14, 15, 16, 19; II 87, 89, 97; III 61; V 94; VII 59, 181; IX 53, 64, 69, 101, 106; X 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 12, 13, 14, 16, 16-21, 22, 23, 25, 26, 27, 31, 34, 34-83, 39, 40, 44, 66, 73, 74, 83-116, 91, 96, 117, 118, 119, 120, 121, 121-135, 136, 137, 138, 139; (obras: X 27-28).
Epicuro, hijo de Metrodoro: X 19, 26.
Epicuro de Magnesia: X 26.
Epicuro, maestro de armas: X 26.
Epidauro: I 94.
Epígenes, hijo de Critón: II 121.
Epiménides de Creta: I 13, 41, 42, 64, 109, 110, 113, 115; VIII 3; IX 18.
Epiménides, genealogista: I 115.
Epiménides, autor de un tratado sobre Rodas en dialecto dorio: I 115.
Epitímides de Cirene, alumno de Antípatro: II 86.
Equécrates, pitagórico: VIII 46.
Equecles de Éfeso, discípulo de Cleómenes: VI 95.
Erasístrato, médico alumno de Teofrasto: V 57, 61; VII 186.
Erasto de Escepsis, discípulo de Platón: III 46, 61.
Eratóstenes: I 119; IV 52; VI 88; VII 5; VIII 47, 51, 89; IX 66.
Érebo: IV 26.
Éreso: II 65; V 36.
Eretria: II 60, 61, 105, 126, 127, 132, 133, 138, 140; IV 43, 44; VI 91.
Eretria, escuela filosófica: I 18, 19.
Eretrio/s: I 17; II 85, 105, 125, 126, 144; III 33.
Erineo, padre de Crisipo: VIII 89.
Erinia/s: VI 102; VIII 31.
Eritrea: V 84, 85.
Eros: III 33; IV 26.
Erotio, hetera: X 7.
Erquia, demo del Ática: II 48.
Escabra de Argos: I 41.
Escepsis: III 46; V 84.
Escila: IX 75.
Escilunte: II 52, 53.
Escírpalo, jefe de piratas: VI 74.
Escita/s: I 13, 101, 104; IV 55; IX 112.
Escitia: I 102, 103, 105.
Escitino, yambógrafo: IX 16.

Escopas de Cranón: II 25.
Escrión, padre de Lisanias: VI 23.
Esfero del Bósforo, discípulo de Zenón de Citio y Cleantes: VII 37, 159, 177, 185; IX 15; (obras: VII 178).
Esmicito de Sipaleto: VII 12.
Esmirna: V 85; IX 58.
Esopo: I 69, 72; II 42.
Esparta: I 30, 31, 68, 73; II 54; VI 27, 59.
Espartano/a: I 32; II 53.
Espeusipo, sobrino, discípulo de Platón y su sucesor al frente de la Academia: I 14; III 2, 4, 43, 46; IV 1, 3, 14, V 86; IX 27; (obras: IV 4-5).
Espeusipo de Alejandría, médico: IV 5.
Espíntaro, padre de Aristóxeno: II 20; V 92.
Esquilo: II 43, 133; III 56; VII 28.
Esquines, socrático: II 20, 34, 35, 47, 55, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 82, 83, 105; III 36; V 35.
Esquines, autor de tratados de retórica: II 64.
Esquines, rival de Demóstenes: II 64.
Esquines de Arcadia, discípulo de Isócrates: II 64.
Esquines de Mitilene, «Azote de los retóricos»: II 64.
Esquines de Nápoles, académico: II 64.
Esquines de Mileto, escritor político: II 64.
Esquines, escultor: II 64.
Esquines, padre de Eudoxo de Cnido: VIII 86.
Estagira: I 19; III 46; V 1, 14, 16, 52.
Estagirita: V 35.
Estámnos, «Jarro de vino», apodo de Demetrio de Cirene: V 84.
Estesiclides de Atenas, autor de un catálogo de arcontes y vencedores olímpicos: II 56.
Estilpón de Mégara: I 16, II 100, 105, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 120, 126, 134; VI 76; VII 2, 24; IX 61, 109; (obras: II 120).
Estira: III 48.
Estratonicea: VI 101; X 9.
Estratón de Lámpsaco, director del Liceo tras Teofrasto: II 67; V 53, 56, 57, 58, 60, 61-64, 68; (obras: V 59-60).
Estratón, discípulo de Isócrates: V 61.
Estratón, médico, alumno de Erasístrato: V 61.
Estratón, historiador: V 61.
Estratón, poeta epigramático: V 61.
Estratón, médico: V 61.
Estratón, peripatético: V 61.
Estrimón, padre de Misón: I 106.
Eta: I 30, 106.
Etálides, reencarnación de Pitágoras: VIII 4, 5.
Etea, ciudad de Creta: I 107.
Eteo: I 106, 107.
Etíope de Tolemaide, discípulo de Aristipo: II 86.
Etiopía: IX 35.
Etna: VIII 69.
Eubea: I 4; III 33; X 137.
Eubeo: V 55.
Eubúlides de Mileto: II 41, 108, 109, 110, 111; VI 20; VII 187.
Eubulo, padre putativo de Anaxágoras: II 6.
Eubulo: II 59.
Eubulo, amo de Hermias: V 3, 11.
Eubulo, arconte: V 9.
Eubulo, autor de una obra sobre Diógenes: IV 30.

Eubulo de Alejandría, discípulo de Eufranor de Seleucia: IX 116.
Euclides de Mégara, socrático: I 19; II 30, 47, 64, 106, 107, 108, 112, 113; III 6; VI 24, 84.
Euclides, marmolista: III 42.
Éucrates, arconte: I 101.
Eudemo de Rodas: I 9, 23.
Eudemonista el «Hombre feliz», apodo de Anaxarco de Abdera: IX 60.
Eudemonistas: I 17.
Eudoxo de Cnido: I 8, 29, 30; VIII 86, 90, 91; IX 83.
Eudoxo de Rodas, historiador: VIII 90.
Eudoxo de Sicilia, cómico: VIII 90.
Eudoxo de Cnido, médico: VIII 90.
Éudromo: VII 59, 40.
Eufanto de Olinto, historiador: II 110, 113, 141.
Euforbo el frigio, reencarnación de Pitágoras: I 25; VIII 4, 5, 45.
Euforión: III 37; IX 56.
Eufranor, esclavo de Licón: V 73.
Eufranor de Seleucia, discípulo de Timón: IX 115, 116.
Eufronio de Peania, albacea de Licón: V 74.
Éugamo: IV 30, 31.
Eumelo, historiador: V 6.
Eumeo: III 16.
Éumenes I de Pérgamo; IV 38; V 67.
Eumólpidas: I 3.
Eumolpo, padre de Museo: I 3.
Eunomo: VIII 2.
Éupolis, cómico: III 7; IX 50.
Euriclides, hierofante: II 101.
Eurídice, esposa de Tolomeo Soter: V 78.
Euríloco de Larisa: II 25.
Euríloco de Casandrea: II 127.
Euríloco, discípulo de Pirrón: IX 68.
Eurimedonte de Mirrinunte, padre de Espeusipo: III 42, 43; IV 1.
Eurimedonte, hierofante: V 5, 8.
Eurímenes, atleta: VIII 12.
Eurípides: I 56; II 10, 18, 22, 33, 44, 45, 78, 134; III 6, 63; IV 18, 26, 29, 35, 51; V 3; VI 36, 55, 98, 104; VII 22, 60, 172, 179, 180, 182; IX 11, 54, 55, 60, 71, 72.
Eurístrato, padre de Anaxímenes: II 3.
Éurito, pitagórico: III 6; VIII 46.
Europa: V 83.
Eutícrates: VI 90.
Eutidemo, arconte de Atenas: I 68.
Eutidemo, personaje del diálogo de Platón: III 52.
Eutifrón: I 107.
Eutifrón, socrático: II 29.
Eutifrón, padre de Heraclides del Ponto: V 86, 91.
Eutifrón, abuelo putativo de Pitágoras: VIII 1.
Eutíquides, esclavo de Aristipo: II 74.
Evágoras, padre de Cleobulo: I 89.
Evandro de Focea, junto con Telécles director de la Academia Nueva: IV 60.
Evantes de Mileto: I 29.
Evatlo, acusador de Protágoras: IX 54.
Evatlo, alumno de Pitágoras: IX 56.
Eveón de Lámpsaco, discípulo de Platón: III 46.
Evominea: V 57.
Examias, padre de Tales: I 22, 29; II 4.

Exéneto, padre putativo de Empédocles: VIII 53.
Exéneto, hijo de Empédocles: VIII 53.

Falero: I 3, 22; II 7, 13, 101; IV 14; V 39, 75; VI 90; IX 15, 20, 37, 57.
Fanias de Éreso, peripatético: II 65; VI 8.
Fanias, peripatético: V 37.
Fanias, padre de Cleantes: VII 37, 168.
Fanódico: I 31, 82, 83.
Fanóstrato, padre de Demetrio de Falero: V 75.
Fantón de Fliunte, pitagórico: VIII 46.
Fársalo: II 50.
Favorino de Arlés: I 79; II 1, 11, 20, 23, 38, 39, 40; III 3, 19, 20, 24, 25, 37, 40, 48, 57, 62; IV 5, 54, 63; V 5, 9, 21, 41, 76, 77; VI 25, 73, 89; VIII 12, 15, 47, 48, 53, 63, 73, 83, 90; IX 20, 23, 29, 34, 50, 87.
Féax, estratego: II 63.
Febo: I 28, 33; III 45.
Fedrion, esclava de Epicuro: X 21.
Fedro de Anaflisto: VII 12.
Fedón de Élide: I 19; II 31, 47, 64, 76, 85, 105, 107, 125, 126; VI 19; (obras; II 105).
Fenareta, madre de Sócrates: II 18.
Fenias, discípulo de Posidonio: VII 41.
Fenicia: I 22; VII 2, 30.
Fenicio/a/s: I 1, 22, 23; II 114; VI 99, 100; VII 1, 3, 15, 25.
Ferecides de Siros: I 13, 15, 42, 116, 117, 118, 119, 120, 122; II 46; IV 58; VIII 2, 40.
Ferecides, astrólogo: I 119.
Ferecides, genealogista ateniense: I 119.
Festio, padre putativo de Epiménides: I 109.
Fidiades, hijo de Tales: III 3.
Fidias: II 116.
Fila, cortesana: IV 40.
Filaidas, linaje de Epicuro: X 1.
Filarco, historiador: IX 115.
Filemón, cómico: II 25; VI 87; VII 27.
Filesia, esposa de Jenofonte: II 52.
Filetairo: IV 38.
Filipo: I 16.
Filipo II, rey de Macedonia: II 56; III 40; IV 8, 9; V 2, 4, 10; VI 43, 88.
Filipo V, rey de Macedonia: V 61.
Filipo de Cólide: III 41.
Filipo el Megárico: II 113.
Filipo de Opunte, discípulo de Platón: III 37, 46.
Filisco de Egina, hijo de Onesícrito y amigo de Diógenes: VI 73, 75, 80, 84.
Filista, hermana de Pirrón: IX 66.
Filistión de Sicilia, médico, maestro de Eudoxo: VIII 86, 89.
Filocles, arconte: V 10.
Filocles del Pireo: VII 12.
Filocomo, padre putativo de Carnéades: IV 62.
Filócoro: II 44; IX 55.
Filócrates, hijo de Tisámenes: V 64.
Filócrates, sobrino de Crisipo: VII 185.
Filócrates, padre de Aminómaco: X 16.
Filodemo, epicúreo: X 3, 24.
Filolao de Crotona, pitagórico: III 6, 9; VIII 15, 46, 53, 55, 84, 85; IX 38.
Filomelo de Evominea, albacea de Teofrasto: V 57.

Filón: III 40.
Filón, esclavo de Aristóteles: V 15.
Filón: V 38.
Filón de Alopece, albacea de Teofrasto: V 57.
Filón: VI 83.
Filón de Atenas, discípulo y amigo de Pirrón: IX 67, 69.
Filón, dialéctico: VII 16.
Filónides: IV 47.
Filónides de Tebas, estoico: VII 9, 38.
Filópidas, espartano amigo de Jenofonte: II 53.
Filóstrato, padre de Polemón: IV 16.
Filóxeno: IV 36.
Filtíde, hija de Eudoxo: VIII 88.
Flegón: I 111.
Fliasios: I 12.
Flístano de Élide, sucesor de Fedón: II 105.
Fliunte: II 105, 126; III 46; IV 2; VI 91; VIII 18, 46; IX 69, 109.
Focaico: I 77.
Focea: IV 60; V 94.
Focenses: IX 28.
Foción «el Honesto», discípulo de Diógenes: VI 76.
Foco de Samos, astrónomo: I 23.
Folegandrio: I 47.
Fótidas: III 22.
Frasidemo, peripatético: II 114.
Freantles «el que saca agua del pozo», apodo de Cleantes: VII 168.
Frearras: III 41.
Frigia: IV 31.
Frigio/a: I 25; II 75; VI 1.
Friné, cortesana: IV 7; VI 60.
Frínico, cómico: IV 20.
Frinón, atleta: I 74.

Gálatas: I 1; V 85.
Gamelión, mes del calendario ateniense: X 18.
Gargetto, demo del Ática: X 1.
Gea: I 119; IV 27.
Gela: II 106, 113; VIII 61.
Getas: VIII 2.
Glauco de Regio: VIII 52; IX 38.
Glauco, hijo de Leptines: IX 71.
Glaucón, hermano de Platón: II 29, 124; III 4; (obras: II 124).
Glaucón, abuelo de Platón: III 1.
Glaucónides: II 30.
Gnuro, padre de Anacarsis: I 101.
Gorgias de Leontinos: II 49, 63; III 52; VI 1; VIII 58.
Górgilo, albacea de Estratón: V 62.
Gorsíadas, padre de Leofanto: I 41.
Grecia: I 44, 72, 102; II 51, 103, 113, 114; III 45, 106; V 7; VI 27; VII 13, 30; IX 12, 19, 65; X 8, 10.
Griego/a/s: I 3, 4, 29, 30, 33, 43, 53, 71, 101, 102, 103, 104, 105, 110, 120; II 27; III 25; VI 2; VII 1, 56, 59; VIII 2, 14, 88, 89; IX 14, 83.
Grilión, escultor: V 15.
Grilo, padre de Jenofonte: II 48.
Grilo, hijo de Jenofonte: II 52, 54, 55.
Gobrias, mago persa: I 2.

Hades: I 8, 85; II 11, 80; IV 49, 50, 61, 66; VI 92; VII 164; VIII 34; IX 46, 55.
Halciones, hijo de Antígono Gonatas: IV 41; X 4.
Halicarnaso: IX 17; X 4.
Halis, río: I 38.
Harmodio, tiranicida: I 56; VI 50.
Hárpalo: V 75.
Hécuba: III 30.

Hecademia: III 8.
Hecademo: III 7.
Hecateo: I 9, 10, 11; IX 1, 69.
Hecateo de Abdera, discípulo de Pirrón: IX 69.
Hecatón: VI 4, 32, 95; VII 2, 26, 87, 90, 91, 101, 102, 103, 110, 124, 127, 172, 181.
Héctor: VI 63.
Hefesto: I 1, 35; III 5; VI 95; VII 147.
Hegesias: II 85, 93.
Hegesias «el aconsejador de la muerte»: II 86; VI 48.
Hegesias, albacea de Teofrasto: V 57.
Hegesias de Sinope, apodado «collar de perro»: VI 84.
Hegesibulo, padre putativo de Anaxágoras: II 6.
Hegesino de Pérgamo, director de la Academia: IV 60.
Hegesístrato, padre putativo de Demócrito de Abdera: IX 34.
Hegias, albacea de Platón: III 43.
Helena: I 32.
Helénico/a: I 103; II 58; VI 60; IX 13.
Helenismo: VII 59.
Helenos: II 19.
Helesponto: IX 110.
Hélice: III 20.
Heliea: I 66.
Hemón: IV 34.
Hera: I 95; II 83; V 84; VII 147, 187; VIII 76.
Heraclea del Ponto: V 86, 91; VII 37, 166.
Heracleotas: II 43.
Heracles: I 83, 89, 117; II 118; III 35, 63; V 3; VI 2, 41, 50, 71; VII 29, 170, 173; X 137.
Heraclidas: I 94.
Heraclides Póntico: I 12, 25, 94, 98, 107; II 43; III 46; V 86, 90, 91, 93; VII 166; VIII 4, 51, 52, 60, 61, 67, 71, 72; IX 15, 30; (obras: 86-88).
Heraclides de Lembos, hijo de Serapión: II 113, 120, 135, 138, 143, 144; III 26; V 79, 94; VIII 7, 40, 44, 53, 58; IX 26; X 1.
Heraclides de Eno, discípulo de Platón: III 46.
Heraclides, hijo de Demetrio y albacea de Licón: V 71.
Heraclides, amigo y conciudadano del Póntico y autor de canciones pírricas: V 93.
Heraclides de Cumas, historiador: V 94.
Heraclides de Cumas, retor: V 94.
Heraclides de Alejandría, historiador: V 94.
Heraclides de Bargilis, dialéctico: V 94.
Heraclides, médico de la escuela de Hicesio: V 94.
Heraclides de Tarento, médico y empírico: V 94.
Heraclides, poeta: V 94.
Heraclides de Focea, escultor: V 94.
Heraclides, poeta epigramático: V 94.
Heraclides de Magnesia, historiador: V 94.
Heraclides, astrónomo: V 94.
Heraclides de Tarso, estoico: VII 121.
Heraclio, uno de los sucesores de Licón: V 70.
Heraclíteas, doctrinas de Heráclito de Éfeso: III 8.
«Heraclíteo», apodo de Crátilo, maestro de Platón: III 6.
Heraclíteos, discípulos de Heráclito de Éfeso: VI 9; IX 6.
Heráclito de Éfeso, filósofo físico: III 5, 8; VIII 6, 91; IX 1, 4,

5, 6, 13, 14, 16, 17, 24, 28, 73; X 8.
Heráclito de Éfeso, comentarista: I 23, 76, 88; II 22.
Heráclito, poeta lírico: IX 17.
Heráclito de Halicarnaso, poeta elegíaco: IX 17.
Heráclito de Lesbos, historiador: IX 17.
Heráclito, autor burlesco: IX 17.
Heraconte, padre putativo de Heráclito de Éfeso: IX 1.
Herilo de Cartago, discípulo de Zenón de Citio: VII 37, 165, 166; (obras: VII 166).
Hermarco de Mitilene, amigo y sucesor de Epicuro: X 13, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 24, 25; (obras: X 25).
Hermes: I 4, 11, 85; IV 8; V 33, 82; VIII 4, 31.
Hermias, esclavo de Licón: V 73.
Hermias, tirano de Atarneo: III 61; V 3, 4, 5, 9, 11.
Hermione: V 74.
Hermioneo: I 42.
Hermipo: I 8, 33, 42, 72, 101, 106, 107; II 13, 38, 55, 109, 120, 142; III 2; IV 44; V 1, 2, 41, 67, 78, 91; VI 2, 99; VII 184; VIII 1, 10, 40, 41, 56, 69, 85, 88; IX 4, 27, 43; X 2, 15.
Hermócrates, padre de Dionisio I de Siracusa: III 18.
Hermógenes, hijo de Critón: II 121.
Hermógenes, discípulo de Parménides: III 6.
Hermodamante, maestro de Pitágoras: VIII 2.
Hermodoro el Platónico: I 2, 8; II 106; III 6.
Hermolao: V 5.
Hermótimo, reencarnación de Pitágoras: VIII 5.
Heródoto: I 9, 22, 23, 68, 95; VIII 2; IX 34.
Heródoto de Tarso, maestro de Sexto Empírico: IX 116.
Heródoto, epicúreo: X 4, 5, 29, 31, 34, 35, 37, 82.
Herófilo: IV 5; VII 35.
Herpílide, concubina de Aristóteles y madre de su hijo Nicómaco: V 1, 12, 13, 14.
Hesíodo: I 12, 38; II 46; V 92; VII 25; VIII 21, 48; IX 1, 18, 22; X 2.
Hestieo de Perinto, discípulo de Platón: III 46.
Hestieo, padre putativo de Arquitas de Tarento: VIII 79.
Hicesio, maestro del médico Heraclides: V 94.
Hicesio, banquero, padre de Diógenes de Sinope: VI 20.
Hicetas de Siracusa: VIII 85.
Hierocles, militar ateniense: II 127; IV 39, 40.
Hilara, beneficiaria en el testamento de Licón: V 73.
Hiparco, albacea de Aristóteles y Teofrasto: V 12, 51, 53, 54, 55, 56, 57.
Hiparco: IX 43.
Hiparquia de Maronea, hermana de Metrocles y esposa de Crates: VI 88, 94, 96, 97.
Hípaso, abuelo putativo de Pitágoras: VIII 1.
Hípaso de Metaponto, pitagórico: VIII 7, 55, 84.
Hípaso de Lacedemonia: VIII 84.
Hipias de Élide, sofista: I 24; III 52.
Hipóboto: I 19, 42; II 88; V 90; VI 85, 102; VII 25, 38; VIII 43, 51, 69, 72; IX 5, 40, 115.
Hipocentauro: VII 53.
Hipócrates: I 68.

Hipócrates, albacea de Estratón: V 62.
Hipócrates, médico: IX 24, 42.
Hipócrates: IX 73.
Hipón: VII 10.
Hiponacte, yambógrafo: I 84, 88, 107; IV 58.
Hipónico de Macedonia, mecenas de Menedemo: II 138.
Hipónico, geómetra, maestro de Arcesilao: IV 32.
Hipótales de Atenas, discípulo de Platón: III 46.
Homerizante: VIII 57.
Homero: I 12, 38, 48, 57, 90; II 11, 35, 43, 46, 133; III 5, 7; IV 9, 20, 26, 31, 46, 47, 64; V 5, 9, 92; VI 52, 53, 57, 63, 66, 67, 84, 90, 103; VII 67, 114, 172, 183; VIII 21, 47, 74; IX 1, 18, 60, 67, 71, 73, 113.
Homero de Bizancio, trágico: IX 113.

Ictías, dialéctico, sucesor de Euclides: II 112, 113.
Ida, monte de Creta: VIII 3.
Idomeneo de Lámpsaco, discípulo de Epicuro: II 19, 20, 60; III 36; X 5, 22, 23, 25.
Ifícrates, estratego: II 30.
Ifistiadas: III 41.
Ilión: III 30; V 67; IX 41.
Iliso, río de Atenas: VI 79.
Ínaco: VII 67.
India: IX 35, 61.
Indio/s: I 1; IX 63.
Ión de Quíos: I 120; II 23; IV 31; VIII 8.
Isidoro de Pérgamo, retor: VII 34.
Isis: I 10.
Ismenias, músico: IV 22.
Isócrates: II 15, 64; III 3, 8; IV 2, 23; V 35, 61.
Ístmicos, Juegos: III 4; VI 2.
Istmo de Corinto: II 23, 106; VI 78.
Istro: II 59.
Itágenes, padre de Meliso de Samos: IX 24.
Italia: I 13; III 6; VII 35; VIII 3, 16, 40, 41.
Itálico/a: I 13, 14, 15; VIII 1, 50.
Italiota: II 5; VIII 3.
Iulis: VII 164.
Ixión, apodo de Demetrio de Adramitio: V 84.

Jantipa, mujer de Sócrates: II 26, 34, 36, 37, 60; III 32.
Janto de Lidia: I 2; VI 101; VIII 63.
Janto de Atenas, músico: IV 29.
Janto, hijo de Timón: IX 109.
Jasón: I 111.
Jenepeto: II 55.
Jeníades, amo de Diógenes de Sinope: VI 30, 31, 36, 74, 82.
Jenócrates de Calcedonia, director de la Academia: I 14; II 134; III 38, 46; IV 3, 6, 9, 14, 15, 16, 19, 24; V 2, 3, 4, 10, 39; VII 2; X 1, 13; (obras: 11-14).
Jenócrates, táctico: IV 15.
Jenócrates, autor del discurso *Arsinoético:* IV 15.
Jenócrates, filósofo y elegíaco: IV 15.
Jenócrates, escultor: IV 15.
Jenócrates, músico: IV 15.
Jenófanes de Colofón: I 15, 16, 23, 111; II 46; VIII 36, 37, 56; IX 1, 5, 18, 19, 20, 21, 22, 72, 111.
Jenófanes de Lesbos, poeta yámbico: IX 20.
Jenófilo de Calcídica, pitagórico: VIII 16, 46.
Jenofonte: II 13, 19, 22, 29, 31, 32,

45, 47, 48, 49, 50, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 64, 65; III 34; VI 14, 15, 84; VII 2; (obras: II 57).
Jenofonte, historiador: II 59.
Jenofonte de Cos, médico: II 59.
Jenofonte, autor de una *Historia de Aníbal:* II 59.
Jenofonte, autor de relatos míticos: II 59.
Jenofonte de Paros, escultor: II 59.
Jerjes: I 2, 9, 72; II 7; VIII 57; IX 34.
Jerónimo de Rodas, peripatético: I 26, 27; II 14, 26, 105; IV 41, 42; V 68; VIII 21, 57, 58; IX 16.
Jonia: I 34, 44, 85; II 16; X 10.
Jónica, escuela filosófica: I 13, 15, 122; VIII 1.
Jonio (dialecto): II 2, 3; IV 58; VIII 56.
Jonios: I 28.
Judíos: I 9.
Justo de Tiberíades: II 41.

Lago, padre de Tolomeo Soter: II 102.
Lais, hetera: II 74; IV 7.
Lacedemonia: I 41, 72, 108; II 1; III 83.
Lacedemonio/s: I 71, 72, 114, 115, 117; II 51, 53; III 3, 19, 92, 106; VI 2; VIII 84.
Lacideo, jardín de la Academia llamado así por Lácides: IV 60.
Lácides de Cirene, fundador de la Academia Nueva: I 14, 19; IV 59, 60, 61; V 41; VII 183.
Lamia: II 138.
Lamia, hetera: V 76.
Lamíaca, guerra: IV 9.
Lamisco, amigo de Platón: III 22; VIII 80.
Lampito «de brillante mirada», apodo de Demetrio de Falero: V 76.
Lamprocles, hijo de Sócrates y Jantipa: II 26, 29.
Lampirión, albacea de Estratón: V 61, 63.
Lámpsaco: II 3, 10, 11, 14; III 46; V 57, 58, 60; VI 102; X 15, 22, 24, 25.
Lampsaceno: II 15.
Laodiceo: IX 106, 116.
Laomedonte: VIII 81.
Laques, padre de Demócares: IV 41; VII 14.
Larisa: II 25.
Lastenia de Mantinea, discípula de Platón: III 46; IV 2.
Laso, considerado uno de los Sabios de Grecia: I 42.
Leandrio de Mileto: I 28, 41.
Lébede: I 32, 41.
Leda: V 7.
Lembos, apodo de Heraclides de Calatis: V 94.
Lemnos: V 84.
Leneas: III 56; VIII 90.
Leodamante de Tasos: III 24, 61.
Leofanto, considerado uno de los Sabios de Grecia: I 41, 42.
León, tirano de los sicionios o de los fliasios: I 12; VIII 8.
León de Salamina: II 24.
León, posible autor del diálogo *Alción:* III 62.
León, padre de Melantes y Pancreonte, herederos de Teofrasto: V 51.
León, al que dedica Alcmeón su libro de *Física:* VIII 83.
Leonteo de Lámpsaco, discípulo de Epicuro: X 5, 25, 26.
Leontilla, diminutivo de Leontio: X 5.
Leontinos: II 49, 63; VIII 58.

Leontio, concubina de Epicuro: X 4, 5, 6, 23.
Leóstenes, albacea de Platón: III 43.
Lepreo: II 53.
Leptines: IX 71.
Lerócrito, apodo atribuido a Epicuro para burlarse de Demócrito: X 8.
Lesbos: I 74, 79.
Leucipo de Elea, discípulo de Zenón de Elea: I 15; IX 30, 34; X 13.
Liberador, epíteto de Dioniso: IV 61.
Libia: II 83, 103; V 83; IX 81.
Libio: I 1.
Liceo: V 2, 10; VII 11, 185; IX 54.
Lico: IX 116.
Licofrón, poeta trágico: II 133, 140.
Licomedes, albacea de Licón: V 70.
Licón, demagogo, acusador de Sócrates: II 38, 39.
Licón: V 16.
Licón de Tróade, director del Liceo: V 62, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74.
Licón, pitagórico: V 69.
Licón, poeta épico: V 69.
Licón, poeta epigramático: V 69.
Licón, esclavo de Epicuro: X 21.
Licurgo, legislador espartano: I 38, 68.
Licurgo, discípulo de Platón: III 46.
Lidia: I 81.
Lidios: I 105; VI 101.
Ligiastades, padre del poeta Mimnermo: I 61.
Lindos: I 89, 90, 93.
Lino de Tebas, hijo de Hermes y Urania: I 3, 4, 42.
Lípara: IX 26.
Lisandro de Hibas, albacea de Teofrasto: V 57.
Lisanias, padre putativo de Esquines: II 60.
Lisanias: VI 23.
Lisias, retor: I 55; II 40, 41, 63; III 25.
Lisias, vendedor de fármacos: VI 42.
Lisicles: IV 22.
Líside, esposa de Periandro: I 94.
Lisimaquia: II 141.
Lisimáquides, arconte: IV 14.
Lisímaco, diádoco de Alejandro: II 102, 140; VI 97; X 4.
Lisímaco, arconte: III 3.
Lisis, discípulo de Sócrates: II 29.
Lisis de Tarento, pitagórico: VIII 7, 39, 42.
Lobón de Argos: I 34, 112.
Locros: X 137.
Loxias, epíteto de Apolo: VIII 37.
Lucania: VIII 80.
Lucanios: VIII 14.
Luciano, padre de Pasifonte: VI 73.
Luna: VIII 34.

Madres: VIII 11.
Mausolo: II 10; VIII 87.
Macaón, hijo de Asclepio: V 1.
Medias, médico de Licón: V 72.
Medón de Acarnas: VII 12.
Medos: I 62; II 5; VIII 49.
Megabizo, sacerdote de Ártemis: II 51, 52.
Megaclides: IX 54.
Megalópolis: III 23; VI 76.
Mégara: II 62, 106, 115, 118, 125, 126; III 6; VI 41; VII 187; VIII 73, 75; IX 109.
Mégara de Sicilia: VIII 78.
Megarenses: I 46.
Megárica, escuela filosófica: I 19; VIII 161.

Megárico/s: alumnos de Euclides: II 106, 113.
Melancro, tirano de Lesbos: I 74.
Melantes, padre de Teofrasto: V 36.
Melantes, pariente y heredero de Teofrasto: V 51, 53, 54, 55, 56.
Melantio de Rodas: II 64.
Melantio, pintor: IV 18.
Melanto, padre de Codro, antepasado de Solón: III 1.
Melanto, criada de Penélope: II 79.
Meleagro, comentarista: II 92.
Meleagro: VI 99.
Meleto, acusador de Sócrates: II 38, 39, 40, 43; VI 9.
Meleto, padre de Mileto: II 40.
Melisa, apodo que daba Periandro a su esposa Líside: I 94.
Meliso de Samos, discípulo de Parménides y Heráclito: I 16; IX 24, 25.
Melos: VI 59.
Mélita: X 17.
Memoria: VI 14; VII 30.
Menandro, cómico, discípulo de Teofrasto: V 36, 79; VI 83, 93; VII 68.
Menandro, discípulo de Diógenes, apodado «Cabeza de roble»: VI 84.
Mendos: II 63.
Meneceo, discípulo de Epicuro: X 29, 121.
Menedemo de Eretria: I 16, 19; II 60, 105, 125, 126, 127, 129, 130, 134, 137, 138, 141, 143, 144; IV 33; VI 91; VII 166.
Menedemo, cínico: IV 54; VI 95, 102.
Menelao: I 32; VIII 4, 5.
Menéxeno, hijo de Sócrates y Mirto: II 26.
Menfis: VIII 91.
Menipo de Fenicia, cínico: VI 29, 95, 99, 100, 101; (obras: VI 101).
Menipo, historiador: VI 101.
Menipo, escultor: VI 101.
Menipo, pintor: VI 101.
Menodora, esclava de Licón: V 73.
Menodoro: IV 30, 31.
Menódoto: II 104; IX 115.
Menódoto de Nicomedia, discípulo de Antíoco de Laodicea: IX 116.
Menón de Fársalo, jefe de mercenarios: II 50.
Méntor de Bitinia: IV 63, 64.
Meris, geómetra: VIII 11.
Méropes: I 33.
Mesapios: VIII 14.
Mesenia: I 82, 116; VIII 73.
Metagitnión, mes del calendario ateniense: X 18.
Metalo, padre de Ictías: II 112.
Metapontinos: VIII 15.
Metaponto: VIII 40, 84.
Metón, padre de Empédocles: VIII 51, 52, 72.
Metrocles de Maronea, cínico: II 102; VI 33, 94, 96.
Metrodoro de Lámpsaco, discípulo de Epicuro: II 11; X 1, 6, 7, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 136; (obras: X 24).
Metrodoro el teorético, discípulo de Teofrasto y Estilpón de Mégara: II 113.
Metrodoro: V 53.
Metrodoro de Escepsis: V 84.
Metrodoro de Quíos: IX 58.
Metrodoro de Estratonicea: X 9.
Metroon, edificio que contenía los archivos oficiales de Atenas: II 40; VI 23; X 16.
Micrón, esclavo de Licón: V 72, 73.
Midas: I 89, 90.

Midias, barbero: II 30.
Midias: VI 42.
Midón, padre putativo de Arquelao: II 16.
Milcíades, estratego en Maratón: I 56.
Milcíades, padre de Aristón de Quíos: VII 37.
Milcíades, discípulo de Aristón de Quíos: VII 161.
Milesio/s: I 25, 28, 44; II 2, 4, 5, 104, 108.
Mileto: I 13, 22, 27, 28, 29, 31, 32, 33, 95; II 1, 3, 16, 64; IV 58; VIII 49; IX 30, 34.
Milón: VIII 39.
Mimnermo: I 60.
Mindo: I 29; VI 57.
Minias: I 27.
Minos: I 112.
Mira: VIII 81.
Mirlea: IV 41.
Mírmex: V 14.
Mironiano de Amstris: I 115, III 40; IV 8, 14; V 36; X 3.
Mirrinunte: III 42; IV 1.
Mirto, esposa de Sócrates: II 26.
Misón el Queneo: I 13, 30, 41, 106, 107.
Mitilene: I 74, 80; II 64; V 9, VIII 82; X 7, 15, 17, 24, 136.
Mitilenios: I 74, 75.
Mitras, ministro de Lisímaco: II 102; X 4.
Mitrídates el persa: III 25.
Mnaseas, padre de Zeón de Citio: VII 1, 10, 11, 31.
Mnemósine: V 8.
Mneságoras, padre putativo de Arquitas de Tarento: VIII 79.
Mnesarco, padre putativo de Pitágoras: VIII 1, 6.
Mnesígenes, albacea de Estratón: V 62.
Mnesíloco: II 18.
Mnesímaco, cómico: VIII 37.
Mnesístrato de Tasos: III 47.
Mnesístrato, cómico: VII 177.
Moiras: III 30.
Molón, enemistado con Platón: III 34.
Molón, esclavo de Teofrasto: V 55.
Moloso, raza canina: IV 20; VI 55.
Momo: II 111.
Mónimo de Siracusa, cínico: VI 82, 83; (obras: VI 83).
Mosco: II 126.
Muniquia: I 114; IV 39.
Musa/s: I 4; II 57; III 33; IV 25, 45, 65; V 8; VI 69, 86; VIII 40; X 12.
Musa Ática, apodo de Jenofonte: II 57.
Museo: I 3.
Mys, esclavo de Epicuro: X 3, 10, 21.

Napolitano: II 64.
Naucides, discípulo de Demócrito: I 15.
Nausífanes de Teos, discípulo de Pirrón: I 15; IX 64, 69, 102; X 7, 8, 13, 14.
Neantes de Cícico: I 19; III 3, 4, 25; VI 13; VIII 55, 58, 72; IX 4.
Nearco, tirano de Elea: IX 26.
Nileo, amigo de Tales: I 22, 29.
Nilo: I 1, 37.
Nectanabis: VIII 87.
Nemea: V 16; VI 49.
Neocles, padre de Epicuro: X 1, 12.
Neocles, hermano de Epicuro: X 3.
Neofrón de Sición, trágico: II 134.
Nesas de Quíos, maestro de Metrodoro: IX 58.

Neso, río: VIII 11.
Neleo, mítico antepasado de Solón: III 1.
Neleo, albacea y heredero de Teofrasto: V 52, 53, 55, 56.
Nestis, nombre que da Empédocles al agua: VIII 76.
Nicea: IX 109.
Nicátor, apodo de Seleuco I: II 124.
Nicanor, yerno de Aristóteles: V 12, 13, 14, 15, 16.
Nicanor, epicúreo: X 20.
Nicáreta, cortesana: II 114.
Nicérato, padre de Nicias: I 110.
Nicias, estratego ateniense: I 72, 110.
Nicias, esclavo de Epicuro: X 21.
Nicidas: I 55.
Nicidio, hetera: X 7.
Nicipo, amigo de Teofrasto: V 53.
Nicódromo, citaredo: VI 89.
Nicocreonte, tirano de Chipre: II 129; IX 58, 59.
Nicolao: X 4.
Nicóloco de Rodas, discípulo de Timón: IX 115.
Nicómaco, padre de Aristóteles: V 1.
Nicómaco, hijo de Aristóteles: V 1, 12, 39, 52; VIII 88.
Nicomedia: IX 116.
Nicomedes, comentarista de Heráclito: IX 15.
Nicóstrato, actor: IV 18.
Ninfas: I 114, 115; VIII 11.
Noche: IV 26.
Noemón, esclavo de Licón: V 73.
Numenio, alumno de Pirrón: IX 68, 102.

Océano: IV 26.
Ocelo: VIII 80.
Oco: I 1.
Odeón: VII 184.
Odrisios: II 51.
Odiseo: II 80; VI 27.
Ofelión, esclavo de Licón: V 73.
Olimpia: I 68, 96, 116; II 10, 109; III 25; V 66; VI 43, 49, 60; VIII 49, 63, 66.
Olímpica (escuela): II 109.
Olímpico (vencedor): VI 49, 61.
Olímpico, albacea de Estratón: V 62, 63, 64.
Olimpiodoro, albacea de Teofrasto: V 57.
Olimpiodoro, magistrado ateniense: VI 23.
Olimpio, esclavo de Aristóteles: V 15.
Olimpo: III 44; VII 29.
Olinto: II 110; V 4.
Onesícrito de Egina, discípulo de Diógenes: VI 75, 84.
Onétor: II 114; III 9.
Opunte: III 37, 46.
Orcómeno: I 115.
Orestades, pitagórico: IX 20.
Orestes: III 81.
Orfeo: I 5, 42; VIII 8.
Orión, sofista: X 26.
Oromasdes: I 8.
Oropo: II 138, 141, 142.
Ortómenes, padre putativo de Jenófanes de Colofón: IX 18.
Órficos, misterios: VI 4.
Osiris: I 10.
Osa, monte: VII 29.
Ostanes: I 2.

Palamedes: IX 25
Palas: IX 56.
Palene: V 57.
Panateneas: III 56.
Páncalo: V 93.
Pancreonte, heredero de Teofrasto: V 51, 53, 54, 55, 56.
Panecio de Rodas, estoico: II 64, 85, 87; III 37, 109; V 84; VII

41, 92, 128, 142, 149, 163; IX 20.
Pánfila: I 24, 68, 76, 90, 98; II 24; III 23; V 36.
Pánfilo: I 41.
Pánfilo, platónico: X 14.
Panjonio: I 40.
Pantea, enferma curada por Empédocles: VIII 69.
Pantoides, dialéctico: V 68.
Parébates de Cirene, alumno de Epitímides: II 86, 134.
Paris: II 67.
Parménides de Elea: I 15, 16, 107; II 3, 106; III 6, 52; VIII 14, 48, 55, 56; IX 21, 22, 23, 24, 25, 29, 42.
Parménides, retor: IX 23.
Parmenisco, pitagórico: IX 20.
Parmenonte, esclavo de Teofrasto: V 55.
Paros: II 59; IV 45; VI 78.
Pasicles, hijo de Crates y de Hiparquia: VI 88.
Pasicles, hermano de Crates y discípulo de Euclides: VI 89.
Pasifonte de Eretria: II 61; VI 73.
Pasítemis, médico de Licón: V 72.
Patroclo: IX 67.
Pausanias: VIII 60, 61, 67, 68, 69, 71.
Pausanias el Heraclíteo: IX 15.
Pazatas: I 2.
Peania: V 74.
Pelión, monte: VII 29.
Pélope: I 32.
Peloponeso: I 32; II 8; VI 81; VIII 67, 71.
Penélope: II 79.
Pentilo: I 81.
Peonio, discípulo de Estilpón de Mégara: II 113.
Peonios: IX 84.
Perdicas III, rey de Macedonia: III 6; VI 44.
Perdicas: X 1.
Pérgamo: IV 30, 60; VII 34; IX 49.
Periandro, tirano de Corinto: I 13, 30, 31, 41, 42, 64, 73, 74, 94, 97, 98, 99, 100, 108.
Periandro de Ambracia: I 98.
Pericles: II 12, 13, 14, 15, 123; III 3; IX 82.
Perictíone, madre de Platón: III 1, 2.
Perilao, huésped de Ferecides: I 116.
Perinto: III 46.
Persa/s: I 1, 2; II 58; III 25; V 6; IX 83.
Perséfone: VIII 61; IX 16, 59.
Perseo, estoico, íntimo de Zenón de Citio: II 61, 143; IV 47; VII 1, 6, 9, 13, 28, 36, 120, 162.
Perseo: V 61.
Persia: I 2; II 76; IX 14, 35.
Péstide, madre de Aristóteles: V 1.
Peucetes: VIII 14.
Pigmeo: VII 53.
Píladas, amigo de Orestes: II 137; III 81.
Pílades, hermano de Arcesilao: IV 28, 38, 43.
Píndaro: II 46; IV 31.
Pireo: II 127; IV 39, 40; VI 2; VII 2, 12; VIII 86.
Pires, padre de Parménides: IX 21, 25.
Pirítoo: VIII 83.
Pirreo, esclavo de Aristóteles: V 13.
Pirro, rey de Epiro: VII 35.
Pirro, pescador de Delos, reencarnación de Pitágoras: VIII 5.
Pirrón de Élide, fundador del Escepticismo: I 16, 20; IV 33; IX 61, 64, 65, 69 70, 78, 102, 106, 109, 116; X 8.

Pirrónicos, discípulos de Pirrón: IX 69, 70.
Pisa: I 72; IV 30.
Pisianacte, pórtico ateniense, también conocido como «Pórtico Pintado»: VII 5.
Pisianacte: VIII 67, 71.
Pisístrato, tirano de Atenas: I 13, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 60, 65, 66, 67, 93, 108, 113, 122.
Pisístrato de Éfeso: II 60.
Pitacio, terreno dedicado a Pítaco: I 75, 76.
Pítaco: I 13, 30, 41, 42, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 116; II 46.
Pitágoras de Samos: I 12, 13, 15, 16, 25, 41, 42, 117, 118, 119, 129; II 4, 5, 46; III 8; VIII 1, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12, 13, 21, 36, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 53, 54, 56, 78, 83; IX 1, 18, 23, 38; X 11.
Pitágoras de Crotona: VIII 46.
Pitágoras de Fliunte, entrenador: VIII 46.
Pitágoras de Zacinto: VIII 46.
Pitágoras de Samos, escultor: VIII 47.
Pitágoras, retor: VIII 47.
Pitágoras, médico: VIII 47.
Pitágoras, autor de historias dorias: VIII 47.
Pitágoras de Regio: VIII 47.
Pitagórico/a/s: III 6, 8, 9, 21; V 69, 86; VIII 15, 16, 24, 41, 46, 50, 56, 72, 79, 82, 84, 85, 91; IX 20, 21, 38, 40.
Pítana, ciudad de Eolia: IV 28, 38; V 41.
Pitárato, arconte: X 15.
Pitia: I 106, 110; II 37; V 91.
Pitíade: V 16, 53.
Pítico (Apolo): I 30, 99.
Píticos (Juegos): VI 33.
Pitó: X 12.
Pítocles, hijo de Bugelo: IV 41.
Pítocles, alumno de Epicuro: X 5, 83, 106.
Pitodoro, acusador de Protágoras: IX 54.
Pitódoto, arconte: V 10.
Pitón de Eno, discípulo de Platón: III 46.
Pitón, alumno de Licón: V 70.
Pitóstrato, autor de la *Teseida:* II 59.
Pitto, demo del Ática: II 40.
Platón: I 14, 15, 19, 22, 30, 41, 77, 99, 108; II 18, 28, 29, 30, 38, 39, 41, 42, 45, 47, 57, 60, 61, 62, 64, 65, 67, 69, 78, 81, 82, 86, 103, 106, 125, 134, 144; III 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 12, 13, 15, 17, 18, 20, 21, 22, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 43, 44, 45, 48, 52, 55, 56, 61, 64, 65; IV 1, 2, 3, 6, 11, 28, 32, 33, 67; V 1, 2, 6, 9, 19, 32, 36, 39 86; VI 3, 7, 24, 25, 26, 40, 41, 53, 58, 67, 98; VII 131; VIII 15, 54, 55, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88; IX 23, 25, 37, 40, 45, 50, 51, 53, 55, 72; X 8, 14; (obras: III 50-51).
Platón de Rodas, discípulo de Panecio: III 109.
Platón, peripatético: III 109.
Platón, discípulo de Praxífanes: III 109.
Platón, cómico: III 109.
Platónico: II 135; III 49; X 14.
Pléyades: VIII 91.
Plístano de Élide, sucesor de Fedón: II 105.
Plistarco, padre de Pirrón de Élide: IX 61.
Plutarco: IV 4; IX 60.
Plutón: IV 27, 57; VIII 38; IX 56.
Polemón, director de la Academia: I 14; IV 16, 17, 18, 19, 20,

21, 22, 24, 25, 27; VII 2, 20, 25, 162, 188.
Polemón: II 104; III 46; IV 58; V 85.
Policelo, combatiente en Maratón: I 56.
Policelo, uno de los Cuatrocientos, padre de Pitodoro, acusador de Protágoras: IX 54.
Polícrates, tirano de Samos: II 2; VIII 3.
Polícrates, sofista, autor del discurso de acusación contra Sócrates: II 38, 39.
Polícrito de Mendos: II 63.
Polimnasto de Fliunte, pitagórico: VIII 46.
Pólide, lacedemonio: III 19, 20.
Polidora, criada de Penélope: II 79.
Polieno de Lámpsaco, discípulo de Epicuro: II 105; X 18, 19, 24.
Polístrato, epicúreo: X 25.
Polieucto, orador del discurso de acusación contra Sócrates: II 38.
Polieucto, retor, amigo de Diógenes de Sinope: VI 23.
Polignoto: VII 5.
Políxeno, sofista: II 76.
Polo: III 52.
Pólux (Polideuces): I 73.
Pómpico, apodo dado por los atenienses a Heraclides Póntico: V 86.
Pómpilo, esclavo de Teofrasto: V 36, 54, 55.
Póntico: V 86, VIII 4; IX 50.
Ponto: I 12, 94, 107; II 51; III 46; V 86; VI 3, 9, 10, 99.
Posidipo: VII 27.
Posidón: III 1; VII 147.
Posidonio, esclavo de Teofrasto: V 73.
Posidonio de Apamea, estoico: VII 39, 41, 54, 60, 62, 84, 87, 91, 92, 103, 124, 128, 129, 134, 135, 138, 139, 140, 142, 143, 144, 145, 146, 148, 149, 152, 153, 154, 157; IX 68; X 4.
Posidonio de Alejandría, discípulo de Zenón de Citio: VII 38.
Pótamo, demo del Ática: X 16.
Potamón de Alejandría, fundador de la escuela Ecléctica: I 21.
Potidea: II 23.
Potona, hermana de Platón y madre de Espeusipo: III 4; IV 1.
Prailo de la Tróade, discípulo de Timón: IX 115.
Pramnos, vino: IV 20.
Praxíades de Mileto, padre de Anaximandro: II 1.
Praxíteles: V 52.
Praxífanes de Rodas: III 8, 109.
Praxífanes: X 13.
Príamo: VII 67.
Priene: I 44, 82, 83, 84, 85, 88; II 46.
Procles, tirano de Epidauro: I 94, 99.
Proconeso: IV 58.
Pródico de Ceos: IX 50.
Propóntide: VIII 87; IX 110.
Protágoras de Abdera: III 37, 52, 57; IX 42, 50, 52, 56; X 8; (obras: IX 55).
Protágoras, astrólogo: IX 56.
Protágoras, estoico: IX 56.
Próxeno, amigo íntimo de Jenofonte: II 49, 50.
Próxeno: V 15.

Quene, aldea del Eta o de Lacedemonia: I 30, 106.
Queneo: I 13, 107.
Queredemo, hermano de Epicuro: X 3.

Querefonte, amigo de Sócrates: II 37.
Queréstrata, madre de Epicuro: X 1.
Quérilo, poeta: I 24.
Queronea, batalla de: VI 43.
Quilón de Lacedemonia: I 13, 30, 40, 41, 42, 68, 71, 73, 106.
Quilonio, estilo braquilógico, atribuido a Quilón: I 72.
Quimera: IX 75.
Quíos: I 16, 120; II 23, 104; IV 40, 42, 43, 58; V 11; VI 103, 105; VII 37, 160; VIII 8; IX 49, 58.
Quirón, centauro: VI 51, 59.

Radamantis: I 112.
Regio: VIII 47; IX 38.
Rodas: I 115; II 64; IV 49, 53; V 72, 84; VI 19; VII 22, 35.
Rodio: VIII 90.
Rodóbates, padre del persa Mitrídates: III 25.
Roico, padre de Teodoro de Samos: II 107.
Roma (historia de): II 104.
Romano/s: V 61; VII 35; VIII 14; IX 84.

Sabino: III 47.
Salamina: I 45, 46, 47, 48, 61, 62, 63; II 24.
Sálaro de Priene, crítico de Biante: II 46.
Samio/s: I 95; II 103; VIII 1.
Samos: I 23, 95, 116; II 2, 5, 23; VIII 1, 2, 3, 47, 48, 49; IX 24; X 3, 14.
Samotracia: VI 59; IX 49.
Sande: X 22.
Sannidoro, apodo supuestamente aplicado por Epicuro a Antidoro: X 8.
Sapiencia (Sofía), apodo de Protágoras: IX 50.
Sardes: I 81, 105; II 3, 49; IV 29.
Sarpedón, escéptico: IX 116.
Satírico/s (drama/s): II 133; III 56.
Sátiro: I 68, 82; II 12, 26; III 9; VI 80; VIII 40, 53, 58, 59, 60; IX 26.
Saturnino el Citenate, empírico: IX 116.
Scites, padre putativo de Arcesilao: IV 28.
Seleucia: VI 81; IX 115.
Seleuco I Nicátor: II 124.
Seleuco, gramático: III 109; IX 12.
Selinunte: II 52; VIII 70.
Sémele: II 102.
Sérapis: V 76; VI 63.
Serapión: VIII 7, 44, 58.
Seutes, rey de los odrisios: II 51.
Seutes, padre putativo de Arcesilao: IV 28.
Sexto Empírico: IX 87, 116.
Siagro, crítico de Homero: II 46.
Sicilia: II 5, 61; III 9, 18, 34; IV 6; VI 25; VII 35; VIII 54, 78, 85, 86; IX 18, 55.
Siciliano: V 35; VIII 89, 90.
Sicinita: I 47.
Sición: I 12, 38; VI 81.
Sicionio/s: I 12; II 134.
Sidón: VII 6, 29, 35, 38; X 25.
Silanión, escultor: III 25.
Sileno: II 11.
Silo: VII 39.
Simias de Siracusa, discípulo de Estilpón: II 113, 114.
Simias de Tebas: II 124; (obras: II 124).
Simias, esclavo de Estratón: V 63.
Simo, mayordomo de Dionisio de Siracusa: II 75.
Simón, discípulo de Sócrates: II 122; (obras: II 122-123).
Simón, escritor de un tratado de técnicas oratorias: II 124.

Simón, médico: II 124.
Simón, escultor: II 124.
Simón, beneficiario en el testamento de Aristóteles: V 15.
Simónides: I 76, 90; II 46; IV 45; VIII 65.
Sinope: VI 20, 76, 84, 95.
Sinopenses: VI 49.
Sipaleto: VII 12.
Siracusa: II 63, 114; III 30, 46; VI 25, 82; VIII 52, 71, 78, 85.
Siracusano: II 104; IV 58; VIII 40.
Siria: II 45.
Siro, beneficiario del testamento de Licón: V 73, 74.
Siros: I 13, 43, 116, 119, 120; IV 58; VIII 2.
Sisimbrino, padre putativo de Laso: I 42.
Soción: I 1, 7, 98; II 12, 74, 85; V 79, 86; VI 26, 80; VII 183; VIII 7, 86; IX 5, 18, 20, 21, 110, 112, 115; X 1, 4.
Sócrates: I 14, 15, 16, 18, 33; II 16, 18, 26, 28, 37, 38, 39, 40, 42, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 55, 56, 58, 60, 62, 65, 71, 74, 76, 78, 80, 105, 106, 121, 122; III 5, 6, 8, 24, 34, 35, 36, 52, 56; IV 49; V 19; VI 1, 2, 8, 10, 14, 53, 103; VII 26, 32, 53, 91, 165; VIII 48, 49; IX 11, 36, 37, 41, 42.
Sócrates, historiador: II 47.
Sócrates de Bitinia, peripatético: II 47.
Sócrates, poeta epigramático: II 47.
Sócrates de Cos: II 47.
Socrático/a/s: I 14, 17; II 47, 59, 60, 61, 64, 65, 107, 123, 144; III 6, 8; V 35; VI 11; VII 31; VIII 86; IX 53.
Sófilo, cómico: II 120.
Sófocles: II 82, 133; III 56; IV 20, 35; V 92; VII 19; X 137.
Sófocles, hijo de Anficlides: V 38.
Sofrón, mimógrafo: III 18.
Sofronisco, escultor, padre de Sócrates: II 18, 40.
Sofronisco, hijo de Sócrates y Mirto: II 26.
Solenses: I 51.
Solios: I 51.
Solón: I 13, 28, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 52, 54, 55, 56, 57, 58, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 93, 101, 102, 112, 113; II 13; III 1.
Solos: I 51; IV 24, 27; V 83; VII 38, 179.
Somátala, esclava de Teofrasto: V 54.
Sosibio el lacedemonio: I 115.
Sosibio: II 46.
Sosícrates de Rodas: I 38, 49, 62, 68, 75, 95, 101, 106, 107; II 84; VI 13, 80, 82; VII 163; VIII 8.
Sosígenes, arconte: X 14.
Sosíteo, trágico: VII 173.
Susa: III 33.

Tale, beneficiaria en el testamento de Aristóteles: V 14.
Tales de Mileto, fundador de la Escuela Jonia: I 13, 14, 21, 22, 28, 29, 32, 34, 39, 40, 41, 42, 44, 106, 121, 122; II 4, 46; VIII 1; IX 18.
Tales de Calatis, retor: I 38.
Tales de Sición, pintor: I 38.
Tales: I 38.
Tales: III 3.
Tanagra, batalla de: III 8; VI 1.
Tántalo: II 8.
Tarento: V 94; VIII 7, 39, 40, 46, 79.
Targelión, mes del calendario ático: II 44.
Tarso: IV 23; V 85; VI 81; VII 41, 84, 121, 179; IX 116; X 26.
Tártaro: II 112.

Tasos: III 24, 47.
Taumasias: IV 43.
Téano, mujer de Pitágoras: VIII 42, 43, 50.
Tebano/s: II 51, 104, 125; III 23; VI 2, 99.
Tebas: I 3, 4, 15, 83; II 124; VI 85, 90, 100; VII 9, 38; VIII 7; IX 110, 115.
Teeteto, poeta epigramático: IV 25; VIII 48.
Tegea (Burdelia): VI 61.
Telauges, hijo de Pitágoras y Téano: I 15; VIII 43, 50, 53, 55, 74.
Telécles de Focea, junto con Evandro sucesor de Lácides como director de la Academia Nueva: IV 60.
Télefo: VI 87.
Telésforo, sobrino de Demetrio de Falero: V 79.
Teleutágoras, padre de Zenón de Elea: IX 25.
Télidas: I 22.
Telo de Atenas: I 50.
Temista, alumna de Epicuro: X 5, 25, 26.
Temistoclea, sacerdotisa de Delfos: VIII 8, 21.
Teócrito de Quíos, historiador: V 11, 19.
Teodante de Laodicea, discípulo de Antíoco: IX 116.
Teodoro, cirenaico: I 19; II 85; IV 23, 52, 54.
Teodoro el «Ateo»: I 16; II 65, 86, 97, 98, 100, 101, 102, 103; IV 52; VI 42, 77, 98.
Teodoro de Samos: II 103.
Teodoro de Cirene, matemático y geómetra: II 103; III 6.
Teodoro, autor de un libro de ejercicios vocales: II 103.
Teodoro, músico: II 104.
Teodoro, estoico: II 104; X 5.
Teodoro, autor de una Historia de Roma: II 104.
Teodoro de Siracusa, táctico: II 104.
Teodoro de Bizancio, autor de discursos políticos: II 104.
Teodoro, retor: II 104.
Teodoro de Tebas, escultor: II 104.
Teodoro, pintor: II 104.
Teodoro de Atenas, pintor: II 104.
Teodoro de Éfeso, pintor: II 104.
Teodoro, poeta epigramático: II 104.
Teodoro, escribió sobre poetas: II 104.
Teodoro, médico: II 104.
Teodoro de Quíos, estoico: II 104.
Teodoro de Mileto, estoico: II 104.
Teodoro, trágico: II 104.
Teodoro el «Dios»: II 116.
Teodosio: IX 70.
Teodota, cortesana: IV 40.
Teódoto: IX 54.
Teodotas: III 21.
Teófanes: II 104.
Teofanto, padre de Dionisio el «Tránsfuga»: VII 166.
Teófilo, arconte: V 9.
Teofrasto, director del Liceo tras Aristóteles: I 14, 15; II 113; III 46; IV 22, 27, 29, 30, 52; V 12, 13, 19, 35, 36, 37, 38, 39, 40-41, 51-57, 75; VI 22, 90, 94, 95; VIII 48, 55; IX 6, 21, 22; (obras: 42-50).
Teognis: X 126.
Teómbroto: VI 95.
Teomedonte, médico, amigo de Eudoxo: VIII 86.
Teón, esclavo de Teofrasto: V 73.

Teón: IX 82.
Teopompo: I 8, 109, 115, 116, 117; III 40; VI 14.
Teopompo, cómico: III 26.
Teoprópidas: II 125.
Teos: III 48; IX 50, 60.
Tericles, famoso ceramista corintio: V 72.
Terpandro: II 104.
Tersites: VII 160.
Tesipo, albacea de Teofrasto: V 57.
Tespis: I 59; III 56; V 92.
Teucro: VIII 82.
Teutámico, recinto dedicado a Teútamo: I 88.
Téutamo, padre de Biante de Priene: I 82, 88.
Tiatira: IV 31.
Tiberio César: IX 109.
Ticio: VII 53.
Ticón, esclavo de Platón: III 42.
Ticón, esclavo de Aristóteles: V 15.
Tifón: II 118.
Timágoras de Gela, discípulo de Estilpón: II 113.
Timarco, albacea de Aristóteles: V 12.
Timarco de Alejandría: VI 95.
Timarco, padre de Timón: IX 109.
Timeo: I 114; VIII 10, 11, 51, 54, 60, 64, 66, 71-72.
Timeo: III 52.
Timócrates, hermano de Metrodoro, epicúreo: VII 2; X 4, 5, 6, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23.
Timocreonte, crítico de Simónides: II 46.
Timolao de Cícico, discípulo de Platón: III 46.
Timón de Fliunte, escéptico: I 34; II 6, 19, 55, 62, 66, 107, 126; III 7, 26; IV 33, 34, 42, 67; V 11; VI 18; VII 15, 16, 161, 170; VIII 36, 67; IX 6, 18, 23, 25, 40, 52, 64, 65, 67, 69, 76, 102, 107, 109, 112; X 3.
Timón el Misántropo: I 107; IX 112.
Timón, esclavo de Teofrasto: V 55.
Timónides: IV 5.
Timoteo de Atenas: III 5; IV 4; V 1; VII 1.
Tirepaníctes («Abrepuertas»), apodo de Crates: VI 86.
Tirión: I 29.
Tiro: VII 1, 2, 6, 24, 139.
Tirreo, hijo de Pítaco: I 76.
Tirreno: VIII 1.
Tirreno, hermano de Pitágoras: VIII 2.
Tírtamo, nombre original de Teofrasto: V 38.
Tirteo: II 43.
Tisámenes: V 64.
Titorea: IX 82.
Tolemaide: II 86; VII 41.
Tolomeo I Soter: II 102, 111, 115, 140; V 37, 38, 39.
Tolomeo II Filadelfo: V 58, 79, 83; VII 24, 185, 186; IX 110.
Tolomeo IV Filopátor: VII 177.
Tolomeo de Cirene: IX 115, 116.
Tolomeo de Alejandría, el «blanco», epicúreo: X 25.
Tolomeo de Alejandría, el «negro», epicúreo: X 25.
Tracia: I 47; VIII 46.
Tracio/a: I 1, 5, 74; II 31; VI 1; IX 65.
Tralles: IV 23.
Trasibulo, tirano de Mileto: I 27, 31, 95, 100.
Trasilo: III 1, 56; IX 37, 38, 41, 45.
Trasímaco de Corinto: II 113.
Trasímaco de Calcedonia: III 52; V 83.

Trasipo, albacea de Platón: III 43.
Trasón de Anacea: VII 10, 12.
Trasón, embajador de Antígono II Gonatas: VII 15.
Trecén: VIII 74.
Trepta, beneficiaria en el testamento de Teofrasto: V 54.
Tría, demo del Ática: IV 21.
Tróade: IX 115.
Troya: I 2; VIII 5, 81.
Tucídides, oponente político de Pericles: II 12.
Tucídides, historiador: II 57.
Turios: II 112; VIII 52; IX 50.
Tyche (Fortuna): I 33.

Urania: I 4.

Xípete, demo del Ática: III 42; VII 10.

Zacinto: VIII 46.
Zancle: IX 18.
Zaleuco: VIII 16.
Zamolxis: I 1; VIII 2.
Zenódoto: II 15.
Zenódoto, estoico: VII 30.
Zenón de Citio: I 15, 16, 19; II 120; VI 15, 91, 104, 105; VII 1, 6, 7, 8-9, 10, 11, 12, 15, 16, 25, 27, 29, 30, 31, 32, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 84, 87, 108, 110, 120, 121, 127, 129, 131, 134, 136, 142, 143, 145, 148, 149, 150, 153, 157, 161, 162, 166, 167, 168, 169, 170, 173, 174, 176, 177, 179; VIII 48; X 27; (obras: VII 4).
Zenón de Elea: I 15, 18; II 109, 110; III 48; VII 35; VIII 56, 57; IX 25, 28, 29, 30, 42, 72.
Zenón el fenicio: II 114.
Zenón de Rodas: VII 35.
Zenón, historiador: VII 35.
Zenón de Tarso: VII 35, 41, 84.
Zenón, médico: VII 35.
Zenón, gramático: VII 35.
Zenón de Sidón, epicúreo: VII 35; X 25.
Zenón de Sidón, estoico: VII 38.
Zenónicos, discípulos de Zenón de Citio: I 19; VII 5.
Zoilo de Perga: VI 37.
Zoilo, tío de Pitágoras: VIII 2.
Zópiro de Colofón: VI 100.
Zópiro de Clazómenas, retor: IX 114.
Zeus: I 5, 8, 39, 69, 115, 119; II 37, 46, 58, 116, 139; III 10, 45; IV 30; V 8, 16, 20; VI 22, 50, 77, 83; VII 28, 60, 88, 135, 147, 187; VIII 10, 33, 76; IX 59, 71.
Zeuxipo: IX 116.
Zeuxis: IX 106, 116.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: Los discretos encantos de Diógenes Laercio. Reivindicación de un erudito tardío, por RICARDO GARCÍA GUAL 7

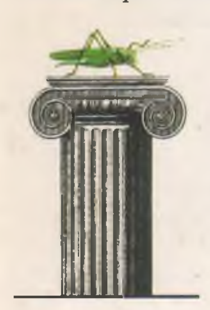
Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres 35

LIBRO I 37
LIBRO II 91
LIBRO III 153
LIBRO IV 195
LIBRO V 229
LIBRO VI 277
LIBRO VII 329
LIBRO VIII 417
LIBRO IX 457
LIBRO X 511

ÍNDICE ONOMÁSTICO 573

3468289 *****

Testimonio insustituible sobre la tradición de las escuelas filosóficas griegas al ser el único compendio de este tipo que ha llegado hasta nosotros, las VIDAS Y OPINIONES DE LOS FILÓSOFOS MÁS ILUSTRES, obra compuesta en la primera mitad del siglo III por DIÓGENES LAERCIO, fue desde principios del siglo XIX objeto de reproches, sobre todo por parte de los filósofos, que no encontraban en ella la historia de la filosofía antigua que habrían querido encontrar. Sin embargo, llevado por aficiones más filológicas que filosóficas, su autor –como aclara en su introducción Carlos García Gual, responsable de esta primera traducción íntegra de la obra desde la que hiciera Ortiz y Sanz en 1792– sólo pretendió registrar para la posteridad el espléndido legado sapiencial de los no en vano ilustres filósofos griegos, tarea que llevó a cabo en un texto que resulta hoy uno de los más atractivos del legado helénico por su información minuciosa y su amenidad.



ISBN 978-84-206-6180-3



El libro de bolsillo

Biblioteca temática

Clásicos de Grecia y Roma

